
CRISTINA PRADA
Pequeñitas cosas extraordinarias
zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
Epílogo
Referencias de las canciones
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Mia y Nico están juntos. Viven en París. Se quieren en París. Follan de vicio en París. Son felices. Por eso, cuando a Nico le ofrecen la posibilidad de volver a España, se resiste a dejar atrás cuanto tiene. Mia lo convence para que acepte esa gran oportunidad laboral que les permitirá regresar a la ciudad donde comenzó todo, sin sospechar que ese hecho les va a cambiar por completo la vida.

En su primer día de vuelta en Madrid y con un humor de perros, Nico entra en la que para él es la librería más especial del mundo. A partir de entonces todo da un giro de ciento ochenta grados, porque cuando las órdenes las dicta el corazón, las cosas se complican y el miedo a sufrir es demasiado grande. Todo lo que sintieron, sienten y pueden sentir se entrelaza, mientras el amor lucha por ganar la partida.

Pequeñitas cosas extraordinarias es una historia sobre la amistad, la lealtad, las ganas de comerse el mundo y lo difícil que a veces es crecer. Pero, sobre todo, es una historia sobre el amor.

PEQUEÑITAS COSAS EXTRAORDINARIAS

Cristina Prada



1

Mia

Subo las escaleras tan deprisa como soy capaz, con una sonrisa de oreja a oreja. No puedo creerlo. ¡Sencillamente no puedo! Es una noticia alucinante, maravillosa, ¡genial!

—¡Nico! —lo llamo prácticamente a la vez que abro la puerta de nuestra diminuta buhardilla en el distrito siete de París—. ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí, nena!

No necesita especificar ese «aquí», porque sé que se refiere a su rincón, mi preferido de la casa. Hace mucho que podríamos habernos mudado a un piso más espacioso y dejar este pequeño apartamento de un solo dormitorio que recorres en un puñado de pasos y aún te sobran un par para admirar las vistas, pero los dos estamos enamorados de él. Tiene unas ventanas enormes, desde las que se ve toda la calle, llena de adoquines y árboles verdes y frondosos. París se oye a la perfección siete plantas más abajo, repleta del ruido de pisadas, de risas, del choque de las tacitas de café contra los platitos de porcelana, con olor a mantequilla y a vino.

Camino hasta el salón y allí está, sentado a la vieja mesa de madera situada bajo una de las ventanas, la más amplia, con un lápiz entre los dientes, el pelo castaño revuelto y sus preciosos ojos azules clavados en la pantalla de su portátil. Por un momento, la visión me deja paralizada. Da igual cuántas veces lo haya visto así, en ese rincón, escribiendo; es como si me hubiesen hechizado, como si Nico Arranz fuera una parte de mi vida más grande incluso que yo misma. Es tan guapo que duele, con ese tipo de atractivo que te emborracha. No importa que hayan pasado cinco años desde que empezamos a salir; sigo sintiéndome como el primer día que el muy descarado se coló en mi cama.

Nico se da cuenta de mi presencia y se vuelve. Me barre con la mirada de arriba abajo, y una suave y macarra sonrisa se apodera, lenta y cadenciosa, de sus labios, a la misma velocidad que siento que me desnuda con la vista.

Tomándome por sorpresa, en un rápido movimiento, se inclina, me agarra de la muñeca y, tirando de mí, me sienta a horcajadas en su regazo, acomodando sus manos en mi trasero para acercarme más y más a él.

Gimo al mismo tiempo que una sonrisa se me escapaba a trompicones. Os lo he dicho, da igual que hayan pasado cinco años, algo me sigue atando a él, me alimenta. Me hace feliz.

Nico lo sabe y le encanta torturarme, así que, en lugar de besarme como todo mi cuerpo pide a gritos, clava sus ojos azules en los míos marrones y deja que las ganas crezcan, aunque lo

cierto es que en este juego participamos los dos, puedo notarlo a través de sus vaqueros y mi ropa interior.

—Rebe me ha llamado —digo, reconduciéndome. No podemos estar enredados o, en su defecto, pensando en estarlo todo el santo día.

Tampoco necesito especificar. Rebe es mi mejor amiga y también la suya, y la novia de uno de sus mejores amigos y la primera persona que conocí en Madrid cuando me mudé desde Palma de Mallorca para estudiar periodismo allí. Además, fue la chica que nos presentó en la universidad y quien le ha dado el currículum de Nico al jefe de Internacional de *El País*, que acaba de ofrecerle a Nico la posibilidad de convertirse en uno de sus redactores en plantilla. ¡Esa es la gran noticia!

Nico se mordisquea el labio inferior, manteniéndome la mirada.

—Yo también he tenido una llamada muy interesante esta mañana —replica.

Mi sonrisa se ensancha, nerviosa.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunto, impaciente, antes de que las palabras hayan cristalizado en mi mente.

Me encanta vivir en París, pero la idea de poder volver a Madrid, de estar allí con nuestros amigos, más cerca de nuestras familias, es muy, pero que muy, tentadora. Ninguno de los dos hemos nacido allí, tampoco Rebe, Lucas ni Marcelo, pero los cinco decidimos, desde que nos unió la facultad, que esa sería nuestra ciudad, nuestro lugar en el mundo, y, en realidad, ni siquiera es aplicable a toda la capital. Madrid era nuestro Madrid: correr para no perder el metro, tomarnos unas cañas en la terracita de nuestro bar favorito en Lavapiés, perdernos por La Latina, por Malasaña, por el barrio de Las Letras; reírnos, abrigados hasta las orejas, sentados en mitad de la Puerta del Sol mientras nos bebíamos un café para llevar o nos comíamos el mejor bocata de calamares en el bar más cochambroso del planeta detrás de la plaza Mayor. Era todo lo que nos hacía ser nosotros.

Nico entorna los ojos, cargando su expresión de seriedad. Está claro que ha tomado una decisión.

—La chica que ha llamado me ha parecido muy convincente. —Contengo el aliento. Vamos a regresar—. Está decidido. Me cambio a Vodafone.

¿Qué?

Abro la boca, indignadísima, y, tras un segundo y con una sonrisa, lo golpeo en el hombro, lo que nos hace tambalearnos un poquito en la silla.

—¡Estoy hablando en serio! —me quejo.

—Yo también —contraataca con cero remordimientos, riéndose claramente de mí—. Tienen una tarifa de datos cojonuda.

Nico es muchas cosas. Es muy inteligente, descarado, claramente más engreído que la media, testarudo y muy muy impulsivo, capacidades que nunca usa para el bien; de hecho, las usa para todo lo contrario, y aun así no puedo evitar que me tenga ganada, porque entre esas habilidades

que siempre utiliza para salirse con la suya está la de ser deliciosamente encantador… además de que el sexo se le da de vicio, rollo castigo divino. ¿Cómo se supone que voy a luchar contra eso?

El siguiente minuto nos miramos en silencio, aunque también podría decirse que nos desafiamos. Yo, con los ojos entrecerrados y una sonrisa en los labios; él, tan mezquinamente sexy como siempre, poniéndomelo muy complicado solo con estar ahí.

—Quiero que aceptes ese trabajo —pronuncio al fin, sin paños calientes—. Quiero volver a Madrid.

Su mirada cambia, de una forma casi imperceptible, pero lo suficiente como para que me dé cuenta; al fin y al cabo, nos conocemos a la perfección.

Mantiene sus ojos sobre los míos y, finalmente, deja escapar, controlado, todo el aire de sus pulmones.

—Yo no quiero regresar —afirma con voz pausada.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre mí. Lo observo sin saber qué contestar. Abro la boca dispuesta a decir algo, pero acabo cerrándola. Vuelvo a abrirla y vuelvo a cerrarla. ¿Qué demonios pretende que responda?

—Nico… —susurro.

Sin embargo, él, intuyendo que se avecina una discusión, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Yo gimo por la sorpresa; forcejeo para soltarme, pero, segundo a segundo, beso a beso, empieza a minar mis defensas. Al condenado se le da de fábula y, ¿recordáis?, nunca usa sus habilidades para el bien.

Me da un beso más corto, pero igual de intenso, y se separa despacio, dejando sus manos en mis mejillas.

Atrapa de nuevo mi mirada para asegurarse de que esta especie de trato implícito está cerrado… pero es que no lo está. Adoro mi vida en París, pero quiero vivir de nuevo en Madrid.

—Es una oportunidad increíble —vuelvo a la carga casi en un gimoteo, y no me equivoco. Estamos hablando de un puesto fijo, en plantilla, nada de *freelance* ni de colaboraciones asiduas, y en *El País*, uno de los periódicos más importantes de Europa—. Nadie desperdiciaría algo así.

Él se encoge suavemente de hombros, con una sonrisa en los labios.

—No lo necesito —replica—. Me gusta lo que hago aquí. Colaboro en varios sitios que me dan libertad creativa y con eso pago las facturas, y el resto del tiempo escribo porque quiero, porque es lo que me gusta.

Ahí no hay nada que rebatir. Tiene razón. Nico escribe reportajes para un par de teles locales de París y una privada a nivel nacional; incluso France Télévisions ha comprado alguna vez alguno de sus trabajos. No tiene contrato exclusivo con ninguna porque él no quiere. Solo trata temas que le importan de verdad, que le mueven por dentro, y lo cierto es que se le da de miedo. El resto del tiempo escribe para él y para mí: cuentos, relatos, la mayoría de ellos sobre nuestro día a día en París, sobre nosotros.

Su sonrisa se ensancha. Sabe que no le falta razón y, más que nada, sabe que yo lo sé.

Necesito un cambio de estrategia. Urgentemente.

—¿No te apetece volver a Madrid? —inquiero con voz ilusionada. París le gusta, pero Madrid le gusta mucho más—. Ir de terracitas —continúo tentándolo—, un concierto de Love of Lesbian en la sala Sol, tomarnos las uvas en la Puerta del Sol, como en una canción de Mecano.

—Ya nadie escucha Mecano —me reta.

—Estoy siendo poética, Nico Arranz, no me lo estropees.

—¿Con música de los ochenta?

—¿Acaso se puede ser poética con otra cosa?

Nico finge sopesar mi pregunta.

—A mí se me están ocurriendo un par —replica, haciendo que las palabras suenen pervertidas en sus perfectos labios.

—No vas a distraerme con sexo —le advierto.

—Pero voy a divertirme mucho intentándolo.

Los dos sonreímos mientras el momento, las miradas, esa suave idea de sexo flotando en el ambiente, nos engullen despacio. Cuando estamos tan cerca, da igual que estemos tratando de que el otro ceda, es muy fácil ser solo nosotros y nada más.

Me muerdo el labio inferior, procurando contenerme. Tengo una misión. No puedo flaquear.

—¿Y qué hay de los chicos? —planteo.

Rebe, Lucas y Marcelo son claramente uno de sus puntos débiles, lo sé porque también son el mío.

Nico me observa un instante más y, finalmente, resopla al tiempo que aparta las manos de mis mejillas. Una sonrisa victoriosa se dibuja en mis labios. Sabía que era una apuesta segura.

—Podríamos volver a vernos todos los días —prosigo, afianzando mi argumento—, no solo en vacaciones, y estarías a una hora y media de Quim y de tu hermano Fernando.

Lo contemplo esperando a que claudique y él se deja contemplar, pero, en la última décima de segundo, cuando ya estoy convencida de que dirá «Vamos a buscar un par de billetes de avión», farfulla algo entre dientes, en francés, como siempre que se enfada de verdad, me baja de su regazo y se levanta de un salto, echando a andar prácticamente a la vez.

—Mia —gruñe con la vista en el techo y las manos en las caderas.

—Es un gran trabajo —empiezo a recapitular—. Yo encontraré otro y podremos volver a Madrid y estaremos de nuevo todos juntos. No entiendo por qué dudas.

No quiero, pero una parte de mí está empezando a enfadarse, porque no puedo entenderlo. Lo hemos hablado cientos de veces. Regresar es algo que queremos los dos.

—Creía que te iba a encontrar dando saltos de alegría —murmuro al fin.

—Me gusta mi vida aquí —contesta, girándose. Está tenso, casi en guardia, molesto. Es más que obvio que ninguno de los dos había pensado que esta conversación se complicaría—. Me gusta lo que tenemos, ¿por qué hemos de cambiarlo por un trabajo en Madrid?

Otra vez no sé qué responder; bueno, en realidad, si lo sé, pero no estoy segura de si es una

contestación válida. Yo tengo veinticinco años; él, veintiocho… es normal querer dar pasos hacia delante, un trabajo mejor, una vida mejor, estabilizarnos.

—Porque es lo que se supone que debemos querer —materializo esa idea en voz alta.

—¿Quién lo dice? —me rebate.

—No lo sé…

—¿Qué hay de malo en lo que tenemos ahora? —insiste en el mismo segundo en el que vocalizo la última letra—. ¿Dónde está el problema? Me gusta vivir de alquiler, sin hipotecas, sin críos, sin un trabajo fijo que debes conservar aunque lo odies solo porque tienes demasiadas responsabilidades. Solos tú y yo, Mia —y, como siempre, pronuncia mi nombre como su tabla de salvación, como el suyo lo es para mí—, haciendo lo que queramos cuando queramos.

—No se trata de eso —intento hacerle entender.

—¿Y qué será lo siguiente? ¿Dejar de escribir lo que quiero? —casi grita, extendiendo las manos, todavía más enfadado.

—¡Yo nunca te pediría nada de eso!

Jamás podría pedirle que renunciara a eso, es una parte de él.

—¿Y qué demonios estás haciendo en este momento? —me reprocha—. Me estás presionando para que acepte ese maldito puesto en *El País* porque nadie rechaza un trabajo así. ¡Yo quiero quedarme aquí, joder, tal y como estamos ahora!

—¡Tú lo que no quieres es crecer, Nico!

Mis palabras nos silencian a los dos. No es algo que haya pensado, pero lo cierto es que no me arrepiento de haberlo dicho, porque no tengo la sensación de estar equivocada.

Nico me sostiene la mirada y sus ojos azules se oscurecen un poco más, como si hubiese dado de lleno en la diana sin ni siquiera proponérmelo, y, de pronto, visualizo a su padre, acusándolo exactamente de lo mismo cuando no quiso aceptar la beca para ir a Stanford para no dejar París ni dejarme a mí, cuando se negó a aceptar las prácticas después de la carrera y puso sus propias condiciones. Su padre nunca se ha tomado la molestia de escuchar o siquiera conocer a su hijo; solo ha tomado decisiones por él y le ha exigido que las acepté, indignándose cuando Nico no le ha seguido el juego. Una punzada de culpabilidad lo vuelve todo un poco más negro. Conozco a Nico, sé que no es el bala perdida que su padre se empeña en describir. Además, ¿qué derecho se cree que tiene? Su único mérito destacable ha sido destrozarle la vida a la madre de Nico cuando él y su hermano tan solo eran unos críos.

—Puede ser —ruge con una rabia pausada, pero cristalina; una de esas que te salen de muy adentro—, pero no puedes obligarme a sentir algo que no quiero.

—Lo sé.

—Pues no lo hagas.

Asiento suavemente un par de veces y muchas ideas atraviesan mi mente casi al mismo tiempo. Puede que el trabajo se lo hayan ofrecido a él, pero la decisión de quedarnos o

marcharnos nos afecta a ambos. Es nuestra vida, y un posesivo entre dos personas nunca ha estado tan acertado.

—Y lo que yo quiera, ¿no cuenta? —pregunto—. ¿Qué pasa si yo sí deseo dar un paso adelante?

Otra vez me mantiene la mirada, otra vez parece estar calibrándome con ella, la situación.

—Pasa que tendrás que dar ese paso sola.

No grita, ni siquiera se mueve, pero su voz suena dura, incluso impasible. Hemos discutido en muchas ocasiones. Nos hemos gritado. Llevamos cinco años juntos y a veces, sencillamente, nos sacamos de quicio, pero tengo la horrible sensación de que hoy es diferente, porque estamos hablando de algo terriblemente complicado que, por primera vez, nos pone en extremos del tablero completamente opuestos.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —le aseguro.

Sin saber qué otra cosa añadir, doy una larga bocanada de aire y giro sobre mis talones. Con la segunda respiración, los ojos se me llenan de lágrimas. Odio discutir con él, lo odio con todas mis fuerzas, pero todo esto es demasiado importante.

Me encierro en nuestra habitación y, antes de que pueda darme cuenta de ello, empiezo a pasear de un lado a otro, cada vez más nerviosa, cada vez más incómoda, ¡más cabreada! ¿Qué acaba de pasar? Ni siquiera soy capaz de explicármelo a mí misma. Nunca hemos dicho que París fuese definitivo. Siempre hemos tenido claro que volveríamos. ¡Lo hemos hablado un millón de veces! ¿Por qué no quiere regresar? No puedo entenderlo.

Me siento por inercia en el borde de nuestra cama, me dejo caer sobre el colchón y clavo los ojos en el techo, la postura preferida para pensar de Julia Roberts en sus pelis románticas. Resoplo con fuerza y trato de dejar la mente en blanco, pero es completamente imposible.

Fuera oigo a Nico pelearse con el salón, caminar arriba y abajo mientras farfulla en francés, enfadadísimo. Es curioso; normalmente, cabreado, hablas en tu lengua materna, pero, él, no. Desde que llevábamos más o menos un año viviendo aquí, empezó a hacerlo en francés sin ni siquiera percatarse de ello.

Vuelvo a resoplar. No es el momento de recordar detalles que hacen que me parezca más tierno y, al mismo tiempo, aún más atractivo. Es el momento de estar supercabreada. Rebe siempre dice que no sabemos estar de morros y puede que no se equivoque, porque, a pesar de todo, una parte de mí ya lo echa de menos.

Sin embargo, los dos nos mantenemos en nuestros respectivos trece y, durante las tres horas siguientes, no nos dirigimos la palabra. Yo ni siquiera salgo de la habitación. Como no tengo hambre, a eso de las once me pongo el pijama, apago las luces y me meto en la cama. Tampoco sirve de mucho. No consigo dormir.

Más o menos una hora después, la culpa empieza a asomar, señalándome que, tal vez, estoy siendo un poco, muy, egoísta; que, si tengo la sensación de que él me está obligando a quedarme, quizá yo lo estoy forzando a marcharse… y, por si no fuera suficiente, lo echo más y más de

menos. Qué cruz. Definitivamente, Rebe tiene razón y no tenemos la más mínima idea de cómo estar enfadados.

Y, entonces, la puerta se abre. El suave halo de luz que proviene del salón ilumina la estancia a oscuras y el cuerpo de Nico, alto, delgado, pero mezquinamente armónico, se dibuja delante de mí. Da un paso adelante al tiempo que su mano resbala despacio del pomo. Sigue tenso, es obvio, cabreado con el mundo, pero también está cansado de esta situación, de que estemos lejos.

—Nico —lo llamo mientras me incorporo hasta quedar sentada en la cama.

Mi voz suena a medio camino entre un reproche y una súplica. Ni siquiera tengo claro lo que quiero decir, solo deseo sentirlo cerca.

Él no contesta nada. Camina determinado hacia mí, clava una rodilla en el colchón y se inclina para agarrar mi cara entre sus manos y besarme con fuerza. Un gemido cruza mis labios, lleno de alivio y de un deseo loco que ha convertido los «lo echo de menos» en «lo necesito».

—Mia —susurra contra mis labios mientras me tumba de nuevo en la cama y él lo hace sobre mí—. Lo siento, joder. Lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento —respondo entre besos.

Nos las apañamos para apartar las sábanas y la suave colcha y Nico se abre paso entre mis piernas.

—Si quieres que nos quedemos aquí, nos quedaremos aquí —afirmo, acelerada, jadeante, trémula—. No importa. Solo quiero estar contigo.

Él deja de besarme y todo mi cuerpo protesta. Se aleja lo justo para poder atrapar mi mirada y, sin levantar sus manos de mis mejillas, escondiendo la punta de sus dedos en mi pelo, sonríe.

—Me da igual el puto pedazo de tierra donde vivamos —sentencia—. Yo solo te necesito a ti.

Su sonrisa se contagia de inmediato en mi boca.

—Te quiero —pronuncio, porque es lo único que me apetece hacer.

—Te quiero, nena —susurra justo antes de volver a estrellar sus labios contra los míos.

Se deshace de mis pantalones, de mis bragas, desabrocho sus vaqueros y sellamos el trato como los dos sabemos que debemos sellar las cosas importantes: con besos, risas y gemidos.

*

Nico y yo nos conocimos el 29 de septiembre del 2014, seis años antes. Era mi primera vez en la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense y me parecía un edificio enorme y laberíntico. Supongo que también debía sumarle que estaba hecha un flan. Nunca había estado lejos de casa ni de mi ciudad por algo más que un par de días y, aunque era justo lo que quería, no podía evitar sentir un poco de miedo.

—Perdona —llamé la atención de una chica rubia en mitad de uno de los pasillos de la segunda planta—, estoy buscando el despacho del profesor Sepello. ¿Puedes ayudarme?

Ella asintió.

—Está en la cuarta planta. Es el treinta y algo o el cuarenta y algo. En cualquier caso, a la derecha, al fondo.

—Gracias —respondí con una sonrisa, y me encaminé de vuelta a las escaleras.

Sin embargo, dicho piso era todavía más confuso que el que había dejado atrás. Los letreros brillaban por su ausencia, reinaba un silencio sepulcral y no había una sola alma a la que preguntar, algo bastante curioso teniendo en cuenta que el vestíbulo y toda la planta baja estaban atestados de estudiantes.

Estuve deambulando, intentado dar con el dichoso despacho, al menos durante media hora, hasta que me di por vencida y regresé al enorme *hall*. Quizá allí encontraría algún tipo de cartel informativo o podrían resolverme las dudas en secretaría.

Me crucé con algo así como un millón de alumnos y al fin me topé con un tablón inmenso donde había colgado todo tipo de comunicados… aunque ninguno que me fuera útil; alcancé esa conclusión después de otra media hora perdida revisando cada papel.

Resoplé, agobiada.

—¿No ha habido suerte?

Me giré hacia la simpática voz y vi a la misma chica rubia que me había ofrecido las indicaciones antes.

Negué con la cabeza.

—Es un desastre —claudiqué—. Mañana es mi primer día de clase y no he encontrado a ninguno de los profesores con los que se supone que debo hablar —le conté, mostrándole la hoja donde tenía anotados los nombres.

Ella me lo quitó de las manos sin preguntar y lo examinó, frunciendo el ceño un instante después.

—Estás en el turno de mañana —razonó—. Todos estos profesores son de ese turno, así que no vas a dar con ellos ahora, por la tarde.

«Maldita sea. ¿Cómo no he podido caer en eso?», me regañé.

—¿Y la secretaría? —pregunté, esperanzada—. ¿Está abierta por las tardes?

—Sí —respondió, y automáticamente sonreí—, pero tú necesitas ir al vicedecanato de alumnos y esos solo están por la mañana.

Volví a resoplar. ¿En serio? ¿Por qué me estaba saliendo todo tan mal?

Mi actitud pareció hacerle gracia, porque ella sí sonrió.

—Parece que estás un poco estresada, ¿por qué no te vienes a la cafetería? —me ofreció—. Mis amigos me están esperando allí.

Era nueva en la facultad. Nueva en la ciudad. No conocía absolutamente a nadie y su idea me sonó francamente bien.

Asentí, de nuevo con una sonrisa, y la chica se giró al tiempo que echaba a andar y me indicaba que la siguiera con un movimiento de cabeza.

—Me llamo Rebeca —se presentó.

—Yo, Mia.

La cafetería era gigantesca, con unos enormes ventanales del suelo al techo que cubrían la pared principal y ofrecían una bonita vista de la entrada a la facultad. Tenía una barra kilométrica justo al frente y, a pesar de estar repleta de camareros con pajarita negra y chaleco, daba la sensación de no dar abasto al aluvión de alumnos.

Rebeca fue flechada hasta una de las mesas y se detuvo junto a un chico con el pelo castaño y rapado que le rodeó la cintura con el brazo. Yo me quedé un paso más atrás. No soy una persona tímida, pero tampoco la más extrovertida del planeta; me muevo en un cómodo término medio.

—Chicos —llamó la atención de los tres—, os presento a Mia. Mia, estos son Marcelo, Lucas y Nico.

Avancé hasta colocarme a su lado y sonreí al tiempo que alzaba la mano suavemente.

—Hola —los saludé.

—Hola —respondieron al unísono.

El que le rodeaba la cintura era Lucas, que tiró de ella para hacer que se inclinara y besarla en los labios. Por la familiaridad con la que se movía junto a ella, quedó claro que debía de ser su novio. Marcelo tenía el pelo rubio oscuro y un corte en diagonal de esos hipermodernos, de anuncio de cerveza pija. Era muy delgado, pero parecía muy elegante. Me sonrío y, como me pasó con Rebeca, me pareció muy simpático, una de esas personas en las que sabes que puedes confiar.

Moví la mirada y me topé con Nico, aunque él estaba prestando toda su atención a lo que estaba hablando con Lucas y ni siquiera me miraba a mí. Era muy guapo y me sorprendí a mí misma cuando eso fue lo primero en lo que pensé. Tenía el pelo castaño, los ojos increíblemente azules y una sexy barba de un puñado de días le recorría la mandíbula. Era muy atractivo y tenía la sensación de que nunca había conocido a un chico así, aunque, con toda franqueza, ni siquiera pudiese explicar qué lo hacía tan diferente a los demás.

—Siéntate con nosotros —me ofreció Marcelo.

Sentí como si me sacaran de una burbuja y me obligué a asentir rápidamente para luego coger una silla de otra mesa y colocarla donde Marcelo me indicó, entre Rebeca y él.

—Cuéntanos algo de ti —me pidió esta—. Antes me has dicho que mañana es tu primer día.

Asentí de nuevo.

—Sí, me aceptaron en la convocatoria de septiembre. Me llamaron hace dos días para decirme que tenía la plaza, así que todo está siendo un poco locura.

Marcelo y Rebe sonrieron. Lucas y Nico seguían a lo suyo. Sin quererlo, volví a quedarme observándolo. Sonrió a algo que le dijo su amigo y unas cosquillitas diferentes y glotonas se apoderaron de mi vientre. Es cierto que era guapo, pero también que no era el primer chico guapo que veía. ¿Por qué me sentía así, entonces?

—¿De dónde eres? —preguntó Marcelo, devolviéndome a la realidad.

En ese momento, Nico se levantó, llamando la atención de todos, le susurró algo a Lucas con una sonrisa de lo más macarra en los labios y se dirigió a la barra. Todos lo siguieron con la mirada, así que me sentí libre de hacer lo mismo.

Se detuvo frente a una chica con unos vertiginosos tacones, a pesar de que era un miércoles cualquiera en una facultad, y un elegante bolso que le colgaba del hombro. No pude oír que le dijo, pero ella tardó algo así como diez segundos en sonreír.

—Otra que ha caído —aseguró Rebeca, con una divertida resignación.

—Es casi irritante ver que absolutamente todas le dicen que sí —continúo Marcelo.

—Pero ¿por qué resulta irritante? —planteó Lucas, burlón—, ¿porque son todas o porque no son todos?

Marcelo le dedicó un mohín y Lucas y Rebe sonrieron. Yo fruncí el ceño, un poco perdida.

—Aquí, nuestro Marcelo —me explicó Lucas al ver mi confusión— es el tío más gay de toda la facultad.

—Qué ofensivo —se quejó él, clavando los ojos en Lucas y, de pronto, la situación se volvió algo incómoda. No parecía que el comentario de su amigo le hubiese hecho mucha gracia—. Soy el tío más gay y más guapo —especificó con vehemencia— de todo Madrid.

Automáticamente toda la tensión se esfumó y los cuatro sonreímos.

—Nos estabas contando de dónde eras —dejó en el aire Marcelo.

—Soy de Palma… de Mallorca —añadí para evitar confusiones.

—Coño, qué casualidad —replico, enérgico, Lucas.

Volví a arrugar la frente. ¿A qué se refería? Abrí la boca dispuesta a preguntárselo, pero una risa volvió a robar nuestra atención y los cuatro llevamos la vista hacia la barra, a tiempo de ver a la chica de tacones desorbitados echarse hacia delante, todavía riendo a carcajadas, a la vez que clavaba sus ojos en Nico. Él sonrío mezquinamente sexy, y también se inclinó hacia delante. Dijo algo, no alcancé a averiguar qué, y ella asintió deprisa.

—Es un ligón de playa —comentó la jugada Rebeca.

—Como siga así, acabará robándole el récord a Bertín Osborne —observó Marcelo.

—Ahora que vuelve a salir en la tele, habrá mejorado sus números —apuntó Lucas.

Marcelo torció los labios, sopesando sus palabras.

—No sé yo —sentenció al fin—. ¿Has visto la velocidad de movimiento de nuestro Nico? Está en modo Julio Iglesias.

Sonreí, casi reí, no solo por el comentario, sino por la vehemencia con la que lo había dicho, como si Bertín Osborne o Julio Iglesias fueran baremos regulados por la Unión Europea para medir la capacidad de ligar de cualquier persona.

—¿Podéis dejar de hablar de señores antiguos? —pidió Rebe, a punto de echarse también a reír.

—¿Por qué? —la desafió Marcelo, achinando la mirada—. ¿Te ponen?

—A mí no me pone ninguno de los dos.

—Mentirosa.

Y, entonces sí que sí, todos, incluida la propia aludida, rompimos en carcajadas.

Sin embargo, mi mirada no tardó en volar a la barra de nuevo, y juro que fue algo que ocurrió inconscientemente. ¿Qué tenía ese Nico? De pronto, la curiosidad me estaba matando. ¿Qué le había dicho a aquella chica? ¿Por qué ella parecía estar completamente hechizada? ¿Y por qué yo seguía observándolos a los dos como una idiota?

Mi propia reflexión me hizo apartar los ojos y centrarlos en mis manos sobre la mesa, aunque el ataque de sentido común duro poco y un puñado de segundos después volví a dirigir la vista en su busca. Era objetivamente muy atractivo, nadie podría negar eso, como no se puede negar que los sugus azules son los que están más ricos, pero también había algo más… algo que salía de él, que te hacía imposible dejar de contemplarlo, como si las palabras *seguridad*, *rebeldía*, *elegancia* y *canallería* fueran innatas en él y las desprendiera en forma de luz.

Nico movió la mirada y me pilló de lleno; aparté la mía rápidamente, pero pude notar cómo, durante unos instantes, sus ojos azules siguieron sobre mí, abrasándome donde se posaban.

Conté mentalmente hasta diez y levanté la cabeza de nuevo. Él ya no me prestaba atención; toda volvía a ser para aquella chica.

Nico volvió a sonreír, le dijo algo, una sola palabra, y los dos salieron juntos de la cafetería.

¿Qué me estaba pasando? Ni siquiera entonces, que ya se había marchado, podía dejar de observar la puerta por la que lo había hecho.

El ruido de una silla arrastrada por el suelo atravesó la sexy atmósfera que parecía rodearme y me forcé a regresar a la conversación. Era Lucas, levantándose a por un vaso de agua.

—Esta tarde vamos a ir al cine —me contó Rebeca—. ¿Te apuntas?

—No puedo —dije, repasando a la velocidad del rayo todo lo que debía hacer—. Tengo que ver varias habitaciones de alquiler. Aún no tengo dónde quedarme.

Mi padre me había reservado una habitación en un pequeño hostal no muy lejos de la facultad, pero obviamente era una solución temporal. Necesitaba encontrar mi propio piso compartido.

De repente, a Rebeca se le iluminó la mirada y Marcelo sonrió, cómplice.

—Lucas está buscando compañero de piso —me explicó—. El que tenía se ha ido de Erasmus. El piso está muy bien, dos habitaciones y un baño, en Lavapiés.

El interesado apareció en ese preciso instante y volvió a sentarse, prácticamente dejándose caer. Tardó un segundo de más, pero al final se dio cuenta de que todos lo observábamos.

—¿Qué? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Mia está buscando piso —le informó Rebeca.

Él llevó su vista hasta mí.

—No quiero que esto parezca una encerrona —me apresuré a aclarar, alzando las manos y moviéndolas suavemente—. No nos conocemos y entendería que no te apeteciera compartir piso conmigo.

Lucas me observó cinco largos segundos más, en los que los tres se quedaron en el más absoluto silencio, consiguiendo que esa porción diminuta de tiempo se me hiciese eterna.

—Mola —concluyó al fin.

Rebe sonrío, como Marcelo, incluso dio unas palmaditas, mientras yo echaba todo el aire que sin darme cuenta había contenido. ¡Tenía casa!

—Son quinientos al mes, con gastos incluidos —continuó Lucas.

Asentí. Era un precio más que razonable.

—Toma —añadió, metiéndose la mano en el bolsillo, sacando un manojo de llaves unidas por un llavero de un equipo de fútbol, aunque no supe identificarlo, y otro de una conocida marca de ropa surfera. Separó una anilla más pequeña de la que colgaban dos llaves y me la entregó—. Yo entraré con las llaves de Rebe —me explicó.

Las cogí por pura inercia, aunque con ellas en la mano me quedé quieta, francamente extrañada. ¿No iba a esperar a que le diera la fianza ni a que firmásemos un contrato?

Nuestros dos espectadores se lo quedaron mirando sin que Lucas entendiera por qué hasta que Marcelo soltó una risotada incrédula.

—Animal —le recriminó a Lucas, divertido—, primero tendrá que ver el piso y pagarte el mes y la fianza.

Lucas oyó las palabras de Marcelo y finalmente se encogió de hombros otra vez, restándole toda la importancia del mundo.

—Me cae bien —sentenció, como si eso fuese todo lo que necesitaba.

—Pero tendrás que conocerla un poco mejor —insistió—. Hacerle algunas preguntas para saber si sois compatibles.

Sonreí. Era lo lógico. Al fin y al cabo, íbamos a compartir espacio, incluido el del baño.

—¿Y qué quieres que le pregunte?, ¿si es una narcotraficante? —planteó Lucas.

—Si es una narcotraficante, la verdad es que no creo que te lo confiese —convino el propio Marcelo, a lo que Lucas cerró los ojos y asintió, satisfecho, porque su razonamiento estaba ganando puntos.

—Bueno —intervino Rebe, chistosa—, eso depende del grado de sinceridad del narcotraficante en cuestión.

—Yo no lo contaría —aseguró Marcelo—. Preferiría mantener el misterio, rollo identidad secreta, guapísimo gay de día, guapísimo narco de noche.

Mi sonrisa se ensanchó un poco más, sobre todo por cómo había perdido la mirada al frente, cargada de dramatismo. Elisabeth Taylor hubiese estado muy orgullosa de él.

—Pues yo sí —apostilló Rebe—, a lo Pablo Escobar. Si fuera una criminal buscada por la CIA, también querría la gloria.

Buen razonamiento.

—¿Y tú? —preguntó Marcelo, pillándome por sorpresa.

Rebe también llevó su vista hacia mí, incluso a Lucas pareció interesarle repentinamente la

conversación. Aquella pregunta se había convertido en una manera perfecta de evaluarme.

Yo, ni tímida ni extrovertida, sino en mi cómodo punto medio, decidí torcer los labios y meditar la respuesta. Si el premio a ese examen era un piso a un precio asequible en un barrio bastante decente, bien merecía el esfuerzo.

—Creo que preferiría el anonimato —contesté al fin—. Si nadie supiera quién soy, tendría más libertad de movimiento para realizar mis operaciones. Además, podría hacer cosas del estilo infiltrarme entre mis propios hombres para saber si alguno me ha traicionado —aseveré, tocándome la nariz con el índice, el gesto universal de «En los negocios de la calle, hay que estar alerta».

Los tres me observaron sin decir nada, lo que me puso todavía más nerviosa, hasta que Lucas asintió.

—Buen argumento —afirmó.

Sonreí. Había pasado el examen.

—Es que aquí, nuestro Lucas —empezó a explicarme Marcelo, acomodándose en su silla de plástico y metal— es la cosa más *Be water, my friend* que hayas visto. No se altera, nunca, y cree y confía en cualquier ser vivo que habite en el planeta. Yo creo que es por pasarse tanto tiempo cerca del agua del mar.

—¿Dé dónde eres? —pregunté.

—De Cádiz —contestó—, y no te rías —añadió, risueño, refiriéndose a Marcelo—, el agua del mar te cura hasta los catarros.

Mi sonrisa se ensanchó.

Yo también había pasado mucho tiempo cerca del mar.

—Estoy completamente de acuerdo —apostillé.

Lucas asintió, satisfecho, y me sentí muy bien por dentro. Acababa de llegar a una nueva ciudad, a una nueva universidad, y todo eso me ponía nerviosa, nervios buenos y malos, pero, con ellos, justo en aquella mesa de cafetería, sentí que había dado el primer pasito.

*

Regresé al hostal, recogí todas mis cosas y, aventurándome de nuevo en el metro, llegué hasta Lavapiés, mi nuevo barrio. Al subir las escaleras de la estación, aparecí en mitad de una coqueta plaza y no pude evitar sonreír. Me gustaba el ambiente, las callecitas en cuesta, las fachadas de los edificios y cómo adornaban las callejuelas más estrechas, colgando, de pared a pared, abanicos de colores. Los modernos murales urbanos, llenos de color, se mezclaban con los carteles de los bares y las tiendas más antiguos, creando una especie de fusión mágica… eso que, en realidad, debería ser siempre una ciudad, una sociedad; dejar paso a lo nuevo, conservando la esencia de lo que nos ha hecho ser quienes somos, alentar nuestra capacidad de evolucionar, respetando todos nuestros recuerdos. Definitivamente, Lavapiés era un buen rincón para vivir.

Ni el piso ni mi habitación estaban nada mal. Los dos eran pequeñitos y sencillos, tal vez un poco viejos, pero muy bonitos, y lo que más me gustó fue que mi dormitorio tenía una ventana enorme con los marcos de madera blanca que daba a la calle, al bullicio de gente paseando. Era genial.

Guardé mi ropa en el armario, tamaño estándar de Ikea, hice la cama con mis sábanas y la colcha que me había regalado mi abuela, coloqué el portátil, mis libros y mis apuntes a medias entre la mesa y la pequeña estantería y dejé mi diario en la mesita. Oficialmente, ya estaba instalada.

Me di una vuelta por la casa y de regreso en el salón di una bocanada de aire con una sonrisa. Lucas y Rebeca estaban en casa de ella y Marcelo se había quedado en la biblioteca, aunque no llevaba el portátil ni libros ni nada.

Decidí ampliar el concepto de vuelta por el piso a por el vecindario y, de paso, comprar algo para la cena. Aún no sabía cómo tenía organizado Lucas ese tema, si querría que compartiésemos la comida o preferiría que dividiésemos el frigo por baldas. Me gusta cocinar, aunque no soy ninguna *masterchef*; lo mío es más la cocina de supervivencia, que es una manera de quedar bien cuando tu plato estrella es la ensalada y los macarrones con tomate.

Fui de calle en calle, con una suave sonrisa en los labios, contagiada de las que veía en las personas que charlaban animadamente o caminaban como yo, fijándome en los escaparates, los sonidos, los olores… en una palabra, del ambiente, y mi sonrisa se tornó enorme cuando llegué a La Casa Encendida, el centro cultural y social del barrio. Se trata de un precioso edificio de principios del siglo XX, cuya fachada simétrica combina el ladrillo visto y el granito, lo que lo hizo innovador en su época, y la más de una decena de toldos de colores, cada uno con un motivo diferente. La gente entraba y salía con fundas de instrumentos musicales, con las manos manchadas de pintura, entremezclándose con los padres que llevaban a sus hijos a alguno de los espectáculos infantiles. Era el centro de la magia de Lavapiés y conseguía que las chispitas se expandieran por cada calle.

Aunque estábamos en septiembre, el calor apretaba aún con fuerza, así que, de vuelta a casa, dispuesta a combatirlo, me compré un helado.

Sonreí por enésima vez cuando usé de nuevo mis recién estrenadas llaves y entré en el piso, un tercero sin ascensor; eso me entusiasmaba un poco menos, pero era un obstáculo más que salvable.

Cerré a mi paso y fui directa a la cocina, canturreando *Como lo tienes tú*, de Pereza.

Dejé la bolsa sobre la encimera, la abrí y empecé a guardar las cosas que había comprado en un súper pequeñito, que había encontrado a unas calles de casa, al tiempo que ya no tarareaba, sino que cantaba en toda regla e incluso bailaba, todo sin dejar de comer mi helado. Estaba muy bueno y yo tenía esa extraña mezcla de sed y calor que solo puedes combatir con un polo o una cerveza helada, eso ya depende de la sed —y el alcoholismo— de cada uno.

Cerré el armario donde acababa de meter el pan de molde, rechupeteé mi helado, me giré… y

solté un grito a la vez que contuve un salto y me llevé la mano al pecho, de nuevo sin soltar mi helado; soy toda una profesional en lo que a Colajets se refiere.

Nico estaba de pie, con el costado apoyado en el marco de la puerta y los brazos cruzados, tan alto como lo recordaba y con el cuerpo tan perfectamente fibroso y delgado como ya sabía, por algo lo había radiografiado con rotunda exactitud en la cafetería. Tenía el físico de ese tipo de tíos que, en realidad, no hace nada especial para tenerlo —lo que es sumamente injusto, y, por alguna extraña razón, aún más atractivo—, salvo el mundialmente conocido deporte de conocer chicas en horizontal a diestro y siniestro.

Tenía el inicio de una media sonrisa en los labios que claramente era por mí y no conmigo y no dijo una palabra; solo me miraba con el descaro de quien es consciente de que las chicas, cuando lo veían, lo describían como yo lo acababa de describir, es decir, un cabronazo engreído… o podía ser que, simplemente, no tuviese el más mínimo interés en mí, porque, sí, también estaba claro que Nico era de esos bastante selectivos con respecto a quien prestaba atención, y no se molestaba en fingir que estaba dispuesto a compartir tiempo y conversación contigo si no es lo que quería hacer.

—Creía que estaba sola —dije con la imperiosa necesidad de excusarme por cantar, bailar y comer helado como si estuviera en un cuadro de Keith P. Rein… sobre todo, por esto último.

Nico siguió en silencio, pero no levantó sus ojos de mí y, por supuesto, no hizo ademán de ocultar su sonrisa.

—Lucas está en casa de Rebe, si lo estás buscando a él —comenté.

Mi voz se apagó un poco. ¡Estaba tan nerviosa! Pero no me culpéis. Diecinueve años recién cumplidos, la primera vez que estaba lejos de casa, de mi familia, de mi ciudad. ¡La primera vez que estaba en mi propio piso! Y, en mitad de ese mar de emoción, miedo y burbujitas en el estómago, tenía que lidiar con el chico más guapo que había visto nunca y que no había podido dejar de mirar en la cafetería más de tres segundos seguidos… y lo del helado, sí, ese era un detalle que tener en cuenta.

No me malinterpretéis, no soy un gusanito de biblioteca ni nada por el estilo, pero tampoco me he escapado del colegio de Élite. Por cierto, si ese centro está inspirado en uno real, deberían avisar a Sanidad, a Servicios Sociales y, con toda probabilidad, a los bomberos, para que vayan a poner un poco de orden y a hacer unas mil quinientas pruebas del virus del papiloma humano.

—Yo… yo acabo de instalarme.

El calor y mi Colajet decidieron ponerme las cosas un poquito más difíciles: dos gotas de helados resbalaron por el reverso de mi pulgar y se estrellaron contra el suelo.

—Deberías chupar —dijo.

¿Qué?

—¿Qué? —murmuré, absolutamente conmocionada.

¿Qué?

Fue demasiado impactante para solo dos «¿qué?» alucinados.

Su sonrisa se hizo un poco más grande.

—Deberías chupar tu helado —y pronunció la primera y, sobre todo, la segunda palabra con alevosía, casi con tortura, como si estuviese acostumbrado a provocar ese tipo de reacciones saturadas de un tsunami de hormonas y le divirtiese ser el responsable.

Y, curiosamente, eso me hizo reaccionar. Puede que fuese una versión más moderna y, por Dios, espero que con más estilo, de Paco Martínez Soria en una de sus películas del pueblo a la gran ciudad, pero tenía cerebro, sabía usarlo y ningún chico, por muy guapo que fuera, iba a hacerme quedar como una masa de plastilina caliente que solo sabe decir «¿De rodillas o tumbada, señor?».

Mandé el deseado impulso eléctrico a mis piernas, me giré y lancé los restos del Colajet a la pila. Cogí una servilleta y rápidamente me limpié la mano y, en un hábil movimiento, el suelo.

—Problema resuelto —sentencié y, fingiendo que ni siquiera compartíamos continente, volví a mi tarea de guardar las pocas cosas que quedaban en la bolsa.

Sin embargo, seguía sintiendo la necesidad de llenar el aire con palabras y no tenía la más remota idea de por qué.

—¿Tú también vives por aquí?

De reojo, mientras llevaba las manzanas al frigo, lo vi negar con la cabeza. Podría haber simulado que le estaba haciendo tan poco caso que ni siquiera lo había visto, pero los dos sabíamos que, en el fondo, estaba más que pendiente de él.

—En Malasaña —respondió.

Torcí los labios, conteniendo una sonrisa. Malasaña fue territorio de la Movida, lo que hacía que sencillamente me encantase, como si fuera un lugar con galones en la historia de Madrid. Por allí pasaron Loquillo, Álvaro Urquijo o Alaska, las canciones que tocaban en el Penta resonaron por sus calles y desde ese lugar le explicaron al mundo que era hora de enamorarse de la moda juvenil, de los chicos, de las chicas y de los maniquís. Con el paso de los años se convirtió en un barrio de los que yo llamó HBO, demasiado raros y con gente demasiado fascinada de conocerse como para ser de verdad, pero lo cierto es que, por muchos hípsters que lo invadiesen luego, ese rincón de la ciudad seguía siendo especial, como si cada adoquín que pisó Antonio Vega cargando su guitarra desprendiera magia.

—¿Y compartes piso?

Empujé la puerta de la nevera y dejé que se cerrara sola mientras yo volvía a la encimera, donde descansaba la bolsa. La cocina era más grande de lo que parecía. Tenía bastante espacio para ir de un lado a otro, como una *femme fatale* que finge que no le tiemblan las rodillas.

Nico volvió a negar con la cabeza, sin molestarse en pronunciar más palabras de las necesarias.

Me encogí de hombros como respuesta. Si quería una conversación lacónica, por mí, iba a tenerla.

Por supuesto que no tenía compañeros. En un picadero nunca debe haber testigos que puedan

decir «Sí, señor juez, la susodicha gritaba como una loca mientras pedía que, por favor, por favor, no parase» en una demanda de divorcio.

Fui a buscar otro paquete que sacar de la bolsa y guardar, pero es que ya no quedaba nada más. Maldita sea, tendría que haber comprado más cosas. Tocaba seguir fingiendo sin nada entre las manos. Mentalmente, respiré hondo, me recordé aquello de que no era ninguna idiota sin cerebro y me giré, apoyándome de inmediato en la encimera cuando lo tuve de frente.

¿Por qué me estaba empeñando en llevar el peso de aquella conversación? Que se lo currara él un poco e hiciera algo más que estar ahí plantado, siendo injustamente atractivo. Me quedé observándolo, tratando de incomodarlo o, al menos, de crearle la ingente necesidad de hablar, pero él me mantuvo la mirada con cero problemas y una actitud que decía tres cosas: «Todo lo que tengo de guapo, lo tengo de canalla», «No me arrepiento de nada» y «No juegues a un juego que no vas a ser capaz de ganar».

Maldición.

Era como Maxi Iglesias, pero el cercano ya a los treinta, después de haberse dado un chapuzón en el lago donde Giorgio Armani sumerge a todos sus supermodelos sujetándolos del talón para que emerjan llenos de atractivo.

Y lo sabía. Eso era lo peor de todo. El muy engreído lo sabía.

Sin que ninguno de los dos lo pretendiese, por lo menos yo no lo hice, el ambiente cambió de golpe. Mi respiración se aceleró y el corazón comenzó a latirme con tanta fuerza que temí seriamente que él pudiese oírlo. Me gustaba muchísimo… Ahora es cuando ponéis los ojos en blanco, pronunciado un «¿De verdad? No nos habíamos dado cuenta», pero es que había algo más, algo mucho más kamikaze y también infinitamente más divertido: quería que fuéramos al cine, a cenar a algún restaurante diminuto y precioso al que habríamos llegado corriendo y riendo, cobijados en su chaqueta después de que una tormenta nos sorprendiera, pero también quería que nos besáramos como dos locos, que me tumbara en el suelo de la cocina y me hiciese gemir su nombre en dieciséis idiomas distintos mientras él se hundía una y otra vez en mí, con ganas.

Sí, mis fantasías habían pasado de románticas o romántico picantes, como me había pasado con todos los chicos anteriores que las habían protagonizado, a estar repletas de *hot* expectativas, y me resultaba emocionante, excitante y nuevo. Nico, en ese momento de apellido desconocido, y Mia Nieto, la que suscribe, estaban *on fire*.

Lo siguiente que oí fue mi propio gemido mental y, de inmediato, me obligué a carraspear.

—¿De dónde eres? —pregunté, básicamente por la preocupación ingente de que otra parte de mí tomara el control y se adelantase para decir «¿Crees que el suelo estará demasiado frío?».

Él continúo observándome con esa expresión de bajabragas, sin duda alguna un calificativo perfecto.

«¿Por qué no te lanzas?», me sugirió la misma voz que claramente sería la responsable de las malas decisiones que iba a tomar en el futuro. «¿Qué puede ser lo peor que pase?, ¿que te diga

que no? En cambio, la recompensa podría ser que tus fantasías se hicieran realidad, y este chico tiene pinta de ser un experto en eso de comprobar la temperatura de los suelos de las casas ajenas… pero, en el supuesto de que lo hiciese, ¿cuál sería mi modus operandi?» Me refería a gramática pura y dura, a palabras: «Eres el primer chico que hace que así, de pronto, tenga un volcán entre las piernas, ¿nos revolcamos?» No era virgen, había tenido mis aventuras, pero siempre había sido más de dejarme llevar que de desear con ímpetu.

No debería ser tan difícil.

Tuve la sensación de que Nico iba a decir algo, quizá contestar a mi pregunta, la sana y normal que había pronunciado, pero, entonces, la puerta principal sonó, abriéndose, la voz de Lucas hablando por el móvil flotó hasta la cocina y la burbuja se rompió de golpe.

Nico se volvió hacia él, aún en el rellano, se saludaron con un choque de manos e iniciaron una rápida conversación acerca de tomar unas cervezas «porque hace un calor de la hostia» y, simplemente, dejé de existir para él, como si solo hubiese sido un entretenimiento hasta que llegara la persona a la que de verdad quería ver. Aunque, siendo justas y sinceras, él no había hecho nada, todo había sido propiciado por mí, de palabra, pensamiento, obra y omisión.

—¿Te vienes, Mia? —me preguntó Lucas, asomándose a la cocina.

Tardé un segundo de más en volver por completo a la realidad. Suspiré mentalmente de puro alivio porque mi recién estrenado compañero de piso hubiese aparecido justo a tiempo de evitar que le propusiese a un prácticamente desconocido tener sexo en la cocina y comprendí y me reñí porque esas cosas no podían pasar. Yo tenía que ser yo, Mia Nieto, no un saco de hormonas con unas sandalias bonitas.

—Sí, claro —respondí.

Esa fue la primera vez que Lucas, Rebe, Marcelo, Nico y yo salimos juntos. El día que, oficialmente, nos convertimos en una pandilla. Las *hot* expectativas tendrían que quedar aparcadas.

Como me gustaría poder decir que me obedecí al pie de la letra.

2

Nico

Nos conocimos, no sé, como normalmente se conocen las personas. Mia era la amiga de una amiga y me la presentó en cualquier discoteca, cafetería, bar o botellón en el que pudiéramos estar hace seis años. Yo, con toda probabilidad, sonreí y le presté más atención a mi copa que a ella mientras pensaba en la posibilidad de follármela. Después, otra copa u otra chica, no lo sé, y no volví a pensar en la joven menudita, con la nariz pequeñita y sexy y la sonrisa tímida. Era gilipollas. En mi defensa diré que tenía veintidós años. A esa edad, los tíos que no lo son se pueden contar con los dedos de una mano y, creedme, son raros de cojones, de los que dan miedo.

—¿Dónde? —pregunta el taxista, observándome por el espejo retrovisor central.

Me tomo un momento para mirar por la ventanilla y una porción del imponente edificio del aeropuerto de Barajas se levanta frente a mí. «A París, joder.» Es la única respuesta que quiero darle.

—Lléveme a un barrio que no esté lleno de pirados y al que una rubia pueda regresar andando a casa sin que a su novio le dé un infarto —gruño.

—A mandar —responde, impasible, justo antes de arrancar el motor e incorporarnos al tráfico.

No lo culpo. Es taxista por aquí. Este hombre ya ha visto de todo.

Me revuelvo, malhumorado, en el asiento hasta recostarme y suelto un largo resoplido, aún con la mirada en la ventanilla. No me malinterpretéis. Me gusta Madrid. Es mi ciudad, pero adoraba mi vida tal y como era. Además, estar de vuelta significa muchas cosas: volver a ver a mi padre, algo que he evitado con una maestría brutal los últimos años, o tener que compartir a Mia con su familia, la cual me detesta, en más ocasiones.

Sonrío. No debería reprochárselo. Le pedí que se quedara en París conmigo y, cada vez que hemos bajado a Palma de vacaciones, siempre me las he ingeniado para seguir teniéndola cerca, aunque la culpa es suya. Me pone jodidamente difícil tener las manos quietas el suficiente tiempo como para poder pensar y aceptar alejarme de ella, aunque solo sea un par de horas.

—Listo —me explica el conductor, escueto, deteniendo el coche después de unos veinte minutos.

Me inclino hacia delante y echo un vistazo a mi alrededor. No tardo en reconocer dónde estamos.

—Malasaña —comento, aunque en el fondo lo hago para mí.

—Eso mismo —responde el chófer—. Inexplicablemente, se ha transformado en un sitio decente después de lo que los melenudos de mierda hicieron con él en los ochenta. —Está claro que este hombre es un ferviente admirador de la Movida madrileña—. Ahora —me advierte—, es caro de cojones. Cuanto más se acerque a Maravillas, peor.

Miro el taxímetro y saco un par de billetes del bolsillo.

—Gracias por la información —digo, tendiéndoselos.

Me ahorro el aclararle que ya lo sé, que este fue mi barrio desde que me mudé a estudiar periodismo en la Complutense hasta que me fui. Podría haberme quedado en la casa que me ofreció mi padre, pero no quise. No nos llevamos bien. La nuestra ya es una relación imposible.

—A mandar —repite.

El taxista deja mi mochila en el suelo y cierra el maletero de un golpe seco. La cojo al tiempo que nuevamente pierdo la mirada en lo que me rodea. Parece que sigue exactamente igual y eso me alivia un poco. Después de todo, tal vez Mia tenga razón y podamos volver de cabeza a nuestra vida de antes.

Sin embargo, el malhumor no se va y, con cada paso, parece empeorar.

—Necesito una puta cerveza.

Echo un vistazo a lo largo de la calle y también a mi espalda. Juraría que me han dejado en la única calle de España que no tiene un bar.

Avanzo un par de metros más y veo algo parecido a una cafetería. Con un poco de suerte, tendrán un botellín de Mahou.

Al entrar, el sonido de una suave campanita irrumpe en el aire con una familiaridad diferente, como si algo me dijese que ya he estado aquí o que, quizá, si no lo he hecho hasta ahora, debería haber ocurrido antes.

Frunzo el ceño, echando un vistazo a mi alrededor, y el local me engulle entero. Es… especial. No es un bar o, al menos, no es solo eso. Unas preciosas estanterías de madera, repletas de libros, cubren las paredes del suelo al techo. Hay sillones de todos los tamaños y colores salpicando la estancia, acompañados de pequeñas mesitas redondas. La luz que entra a través de las ventanas lo llena todo de calidez. Una música muy suave, con una voz femenina cantando en inglés, llega desde algún rincón y, al fondo, una barra también de madera que sirve de antesala a una vieja máquina de café de palo vigila la habitación como una maravillosa centinela.

Es una librería increíble.

—Hola —me saluda una dulce voz, sacándome de mi ensoñación.

Me giro hacia ella, asombrado todavía por este pedacito de Madrid, y lo que me encuentro me deja todavía más noqueado. Una chica, una mujer, sale del almacén metiéndose un mechón de pelo negro tras la oreja. Tiene los ojos grandes, oscuros, increíbles. Sonríe y, sin saber por qué, yo también lo hago.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta.

—Creo que no —contesto, sincero, antes de que pueda controlar mis propias palabras.

Ella abre la boca sin saber qué decir hasta que finalmente vuelve a sonreír y otra vez el gesto se imita en mis labios.

—No me esperaba esa respuesta —replica.

—Quería una cerveza —me doy prisa en explicarle, y ni siquiera entiendo por qué lo hago. Está claro que aquí no voy a encontrarla.

—No tenemos cerveza —se disculpa.

Asiento sin levantar mis ojos de ella. Lo sabía, pero creo que ya no me importa.

—Pero puedo prepararte un café —me ofrece.

Vuelvo a asentir al tiempo que trago saliva. También vuelvo a la realidad de golpe. No es una buena idea, ¿no?

—Tengo que irme —anuncio, brusco.

Ella vuelve a abrir la boca, un poco descolocada, pero la cierra antes de decir lo que pensase decir.

—Sí, claro —pronuncia al fin.

«Tengo que irme —me repito—. Es fácil. Un pie sigue a otro. Cruzo la puerta. Salgo de aquí. Entonces, ¿por qué hostias no lo hago?»

No sé por qué, de verdad que no lo sé, pero busco su mirada y, antes de que pueda controlarlo, mis ojos están atrapando los suyos.

Un pie sigue a otro, cruzar la puerta… es fácil, es muy fácil ¿no?

—Me voy.

Y solo lo expreso en voz alta para forzarme a hacerlo. Doy los primeros pasos hacia atrás, alejándome de ella.

—Alma —pronuncia cuando estoy a punto de girarme para salir definitivamente.

Su voz me hace levantar la cabeza, porque algo me pide a gritos que lo haga, y vuelvo a toparme con esos preciosos ojos negros, como si algo me atase a ellos.

—Me llamo Alma —continúa.

—Nico —respondo.

Su sonrisa se ensancha.

—Encantada de conocerte, Nico.

Asiento y un montón de cosas se me pasan por la cabeza en un solo segundo, cosas que tienen que ver con su pelo azabache, con su sonrisa, son sus labios. Doy una bocanada de aire, tratando de dejarlo todo a un lado y sintiendo al mismo tiempo cómo mi cuerpo protesta.

No digo nada más, solo asiento y salgo de la librería. En cuanto pongo los pies de vuelta en Malasaña, me siento como si acabara de cruzar el armario de Narnia, de cerrar el libro de *La historia interminable*, de dejar atrás Panem y los juegos del hambre. ¿Qué coño ha pasado? ¿Por qué me he sentido así? ¿Por qué tengo la sensación de que acabo de abandonar el lugar más mágico del mundo?

Mi teléfono comienza a sonar. Miro la pantalla. Es Marcelo. Me tomo un segundo más. Otra larga bocanada de aire, casi un resoplido. En serio, ¿qué coño ha pasado?

Cabeceo y con ese simple gesto me obligo a volver a ser yo, porque yo no soy así. No vivo momentos pseudomísticos omnitrascendentales en una puta librería.

—No los vivo en ningún lado, joder —mascullo, incómodo.

Yo no pierdo los papeles.

Deslizo el dedo por la pantalla y me llevo el *smartphone* a la oreja.

—¿Estás tan enamorado de mí que ya has percibido que estaba aquí? —comento, socarrón, a modo de saludo.

—Te he olido, cariño —responde sin ningún remordimiento.

Sonrío. Lo echaba de menos.

—Desenrédate del pobre incauto que haya sucumbido a tus encantos, sal de la cama y vístete —le digo—. Quiero tomarme una cerveza.

—Mmmm… —murmura con la única intención de fastidiarme—, Nico Arranz dándome órdenes. Me gusta.

Arrugo la nariz.

—Nos vemos donde Pepe —concreto.

Nuestra terracita favorita.

—Dame veinte minutos y remato —sentencia.

Vuelvo a arrugar la nariz.

Tengo muchas ganas de verlo.

*

Una hora después estoy sentado en nuestra terracita, en el centro de Lavapiés, con Rebe, Lucas y Marcelo, hablando de cualquier cosa, exactamente como si nunca me hubiese ido; sin embargo, no puedo evitar seguir sintiéndome raro.

—Así que ya tenemos a Nico de vuelta en Madrid —comenta, burlona, Rebe, al tiempo que coge un par de olivas del diminuto platito y se mete una en la boca—. Bienvenido de vuelta, majestad.

—Con lo que le gustaba París a nuestro pequeño franchute —añade Lucas, su novio, pellizcándome la mejilla.

Está claro que los que duermen en el mismo colchón… se vuelven igual de gilipollas.

Lo aparto de un manotazo a la vez que me revuelvo, alejándome de él.

—Sí, vuestro rey ha vuelto —protesto, desdeñoso—. Si tenéis algún problema, pueden ir dándoos mucho por saco, así, en pandilla.

—Nuestro rey… —repite Marcelo—, qué varonil ha sonado. ¿Piensas cobrarte el derecho de pernada? —pregunta, inclinándose hacia mí.

Lo miro con una sonrisa canalla en los labios.

—Contigo, no —respondo, macarra.

Marcelo finge dar un bocado al aire como si mis palabras le hubiesen dolido y encantado al mismo tiempo.

—Qué cruel —afirma—. Eres un hombre sin alma.

Todos rompen a reír y yo también lo hago, pero mi gesto está provocado solo por la inercia. Alma. Una palabra, cuatro letras, y mi mente emprende su propio camino hasta dejarme de vuelta en aquella librería con máquina de café, hasta dejarme otra vez frente a ella. Era preciosa… con un cuerpo sexy, apretado, lleno de curvas bajo aquel vestido.

—¿Has encontrado ya piso? —pregunta Rebe, reconduciendo la conversación.

Mi sentido común me avisa de que es a mí a quien se dirige y vuelvo a la realidad.

—No —gruño, malhumorado porque me hayan sacado de mi visión, aunque de todas formas da igual, no voy a volver a verla.

Mi cuerpo protesta de nuevo.

—Solo llevas unas horas aquí —me consuela—. Encontrarás algo seguro.

—Seguro —respondo justo antes de darle un largo trago a mi cerveza.

—¿Qué plan hay para esta noche? —interviene Marcelo—. ¿Vamos al cine?

Los chicos comienzan a hablar sobre lo que quieren hacer: cenita en La Latina y película, terracita y copa en cualquier bar de Huertas, pasarnos toda la noche de terrazas. Otra vez sin darme cuenta, desconecto y empiezo a pensar en cosas sueltas, prácticamente al azar. Primero, algo inocente: todo lo que tengo que hacer mañana, incluido presentarme en mi nuevo trabajo, que ya detesto sin haber puesto un pie en él. Debería haberme quedado en París. Ahora tendría que estar encima de Mia. Su simple recuerdo me alivia de más maneras de las que puedo ni siquiera comprender. Es mi bálsamo, incluso si no está a mi lado. No obstante, tan pronto como llega esa idea, también llega otra que me pone de un humor de perros. No está aquí y yo tendría que estar con ella. ¿En qué puto momento me pareció buena idea dejarla allí, solucionando los últimos flecos antes de mudarnos definitivamente de vuelta a Madrid?

Mi cuerpo vuelve a protestar, mucho más fuerte.

Al final optamos por lo de pasarnos toda la noche de terrazas y acabamos en un bar cutre pero con buena música a un par de calles del centro de Chueca. Como me quedaré en casa de Marcelo hasta que encuentre algo, aprovecho el cambio de local para pedirle las llaves y largarme ya.

—No, no y no —responde este—. Una más.

Niego con la cabeza.

—Estoy cansado.

—Lo que estás es de malhumor —me rebate, inmisericorde. Me conoce demasiado bien—. ¿Tanto echas de menos a Mia?

Lo miro mal.

—Sí, la echo de menos, joder, mucho. ¿Algún problema?

Marcelo sonríe, encantadísimo.

—Es que da igual que hayan pasado cinco años desde que estáis juntos, nunca deja de sorprenderme ver al gran Nico Arranz así de enamorado. Tienes una suerte brutal, lo sabes, ¿verdad? Esa niña es la criatura más dulce, inteligente y buena que hay sobre la faz de la Tierra.

Me muerdo el labio inferior para contener una sonrisa. Claro que sé la suerte que tengo. Mia es un puto regalo.

—Y ha tenido que acabar con un cabronazo arrogante de mierda como tú —sentencia, fingiéndose resignado.

Ahora sí que no puedo evitarlo y sonrío abiertamente.

—Ese soy yo —replico—, y sé que tú también me has echado de menos. ¿Me das las llaves ya?

Marcelo pone los ojos en blanco. Se mete la mano en el bolsillo y saca un manojo de llaves adornado con un llavero de Wonder Woman. Me las tiende y yo me preparo para cogerlas y largarme, pero, cuando estoy a punto, Marcelo agarra mi mano, conservando las llaves entre los dos.

—Sé que no querías venir —dice, mirándome a los ojos, dejándome claro sin usar esas palabras exactas que ya no estamos jugando, que habla en serio—, que te gustaba tu vida en París y que odias haber tenido que separarte de Mia, aunque solo sea por unos días, pero para nosotros es genial que vayáis a estar de nuevo aquí, porque, sí, maldito capullo engreído, te he echado mucho de menos.

Sonrío, sincero, y cambio el apretón de manos por un abrazo.

—Yo también te he echado de menos —contesto sin dudar, estrechándolo con fuerza. Es la pura verdad. Rebe, Marcelo y Lucas eran lo único que me faltaba en París. Sé que él lo sabe y me devuelve el abrazo—, muerdealmohadas —añado solo para romper el momento, y los dos nos echamos a reír.

Nos separamos aún con la sonrisa en los labios. Me despido de Rebe y de Lucas y salgo del local. Paso de pillar un taxi. Me subo el cuello del abrigo y voy andando hasta Carabanchel Bajo… no sé exactamente qué barrio, si Abrantes, Opañel o Puerta Bonita; yo soy de los que solo recuerda dos Carabancheles, Alto y Bajo, y que la cárcel estaba en el Alto.

Soy consciente de que me espera más de una hora de camino, pero me apetece perderme un poco por la ciudad y sentir el aire fresco cortarme la cara.

Cuando llego a casa, voy directo a mi habitación desabrochándome el abrigo y, sin ni siquiera quitármelo, me dejo caer bocarriba en la cama. Saco el móvil y busco a Mia en el FaceTime.

Dos tonos después, descuelga y, automáticamente, sonrío. Joder, solo puedo pensar en comérmela entera.

—¿Qué tal el día? —me pregunta con la sonrisa más bonita que he visto en todos los días de

mi vida, tumbada en nuestra cama.

Nuestra cama, qué jodidamente bien suena.

—Odioso —respondo, enfurruñado pero al mismo tiempo sin poder evitar que mis labios se curven hacia arriba. La estoy viendo y eso ya hace que toda esta puta locura merezca la pena.

—Ah, ¿sí? —inquiere con esa mezcla de impertinencia y dulzura que se le da tan condenadamente bien usar—. ¿Y qué podríamos hacer para que mejorara un poco?

Achino la mirada sobre ella.

—Se me ocurren un par de cosas —le advierto.

Ella asiente, cómplice.

—¿Puede que las mismas que a mí?

—Puede —replico.

Mia tuerce los labios como si fuera una científica muy muy sexy.

—Creo que debo proporcionarle una pista para saber si estamos o no en la misma línea de investigación —me explica.

—Adelante, señorita Nieto.

Ella vuelve a asentir y da una bocanada de aire, como si estuviese a punto de hacer una disertación complicadísima sobre física cuántica y, entonces, veloz, se baja el tirante de la camiseta, enseñándome un hombro.

En el segundo siguiente, los dos rompemos a reír y, así, sin ni siquiera entender cómo, todo mi enfado, las ganas de maldecir por no estar en París, se esfuman, porque tengo lo único que quiero enfrente de mí y la siento tan cerca y tan mía que, si cierro los ojos y estiro la mano, podría tocarla.

—¿Estás bien? —me pregunta cuando nuestras carcajadas se calman.

—Te echo de menos —contesto, sin dejar de sonreír.

—Yo también te echo de menos —responde, y sus mejillas se tiñen de un suave color rojo.

Otro pequeño detalle que me vuelve loco. Da igual cuánto tiempo haya pasado; provoco todo eso en ella, ella lo provoca en mí, como si reviviésemos la noche en la que me colé en su cama. Sigue revolucionándolo todo dentro de mí y yo continúo haciéndolo dentro de ella.

—Antes de que te des cuenta, estaré allí contigo.

—Ya me he dado cuenta —objeto, frustrado y enfadado como un adolescente que está acostumbrado a salirse siempre con la suya.

Mia me mira sabiendo exactamente cómo me siento y por un momento nos quedamos así, observándonos. Han pasado cinco años desde la primera vez, desde el primer vuelo a París, desde el baño del aeropuerto de Orly, pero no importa; tengo cada palabra, cada sonrisa, cada gemido, tatuados en mi piel.

—Te necesito —le digo, y mi voz suena ronca, trémula, canalla, al mismo tiempo que todos los músculos de mi cuerpo se alinean como si el suyo fuese mi único sol.

Me importa una mierda descubrirme, expresar lo que siento. Ahora mismo solo puedo pensar

en hacérselo muy lento.

Mia aparta la mirada, tímida, y sonríe sin poder evitarlo a la vez que hinca sus dientes en su labio inferior.

—Me tienes aquí —susurra, dejándome atrapar de nuevo sus preciosos ojos castaños… valiente, decidida, entregándose por completo.

—Quítate la ropa —le ordeno.

Y la locura alcanza el rango de magia, porque la burbuja que nos rodea, el hilo que nos une, brilla con una intensidad extraordinaria.

Mia obedece, despacio, calentándome la piel con cada centímetro de la suya que descubre. Es como un sueño y mi perdición a la vez. La respiración se me acelera y el corazón me retumba contra el pecho. No quiero despegar los ojos de ella.

—Quiero tocarte —pronuncio con la voz igual de trémula, envidioso de sus dedos, que recorren su piel—, besarte, morderte, lamerte.

Trago saliva. El aire se vuelve más denso en mis pulmones. Todo es más pesado y al mismo tiempo más liviano, como si tuviese la fuerza suficiente para volar y solo quisiese que fuese ella quien tocase el cielo.

—Llegar tan adentro que solo puedas gemir mi nombre.

Hace precisamente eso, gemir. Su mano se pierde entre sus piernas. El gemido se transforma en un grito ahogado y ya no puedo más, joder.

Desabrocho mis vaqueros con dedos acelerados y rodeo mi polla, dura, a punto de estallar con la mano. Echo la cabeza hacia atrás, estirando el cuello, el pecho, resollando, apretando los dientes para contener todo el placer.

—Dios —murmura bajito mientras sus dedos entran y salen de ella—. Dios —repite, con los ojos cerrados.

Es el mejor espectáculo del mundo. La película de mi vida. Un Netflix de sensaciones creadas para mí. Todo lo que quiero mirar el resto de mis días.

Sin soltarme, muevo el pulgar para alcanzar la punta y deslizar la gota previa a todo el placer que está a punto de escapar y extenderla.

Empiezo a mover la mano, a pensar en ella incluso aunque la esté mirando, a imaginarla, a desnudarla mil veces, a recordar sus piernas alrededor de mis caderas, toda la calidez, la humedad, la suavidad, su cuerpo entre el mío y la pared, su espalda contra mi pecho. El único lugar al que todas las partes de mi cuerpo quieren volver.

Entrar.

Salir.

Joder. Morirme dentro.

Mi hogar.

—¡Nico! —grita, alcanzando un orgasmo alucinante.

La miro. Me pierdo en ella. Cierro los ojos y me corro en mi mano con su nombre en los

labios.

—Te quiero —dice con la voz jodidamente dulce cuando vuelvo a abrirlos.

—Te quiero —repito.

«Te quiero como un idiota, Mia.»

Voy al baño a limpiarme. Al fin, me quito el abrigo y me tiro de nuevo en la cama, con prisa por volver a tenerla cerca, aunque sea al otro lado de la pantalla.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto, acomodándome sobre la almohada, colocando mi antebrazo bajo mi nuca.

—Un montón de cosas —resopla, divertida, debajo de nuestro nórdico de Ikea, para dejarme claro que han sido muchas, y no puedo evitar sonreír.

—Soy todo oídos.

Su sonrisa se ensancha y empieza a contarme todos los detalles de su día.

Hace seis años me habría reído a la cara de quien me dijera que le preguntaría a una chica por su día y, sobre todo, que me interesaría de verdad su respuesta, pero entonces la conocí.

*

Despertador. Las siete. Una puta tortura.

Me doy una ducha para espabilarme. Ayer me dormí hablando con Mia. Ni siquiera tengo idea de a qué hora fue.

Media hora después estoy entrando en el salón, con vaqueros, camisa y unas deportivas, recién afeitado y con el pelo aún húmedo. Lanzo el abrigo sobre la espalda del sofá y voy flechado hasta la cocina. Necesito un café.

—Nacido para matar —se burla, eróticamente festivo, Marcelo de mí.

Está sentado en uno de los taburetes de la minúscula isla de la cocina, con una taza de café entre las manos, el pelo rubio hacia atrás y el albornoz haciendo las funciones de bata.

—¿La próxima vez puedo ser espectador accidental cuando te afeites? —me pincha con una sonrisita, inclinándose hacia delante en el asiento y ofreciéndome la taza vecina a la suya.

Le doy un sorbo y la cafeína cumple de inmediato su misión. Es el mejor invento de la humanidad.

—El espectáculo merecerá la pena —replico, inclinándome apenas unos centímetros yo también.

—¿Cuánto de verdad hay en esas palabras, Nico Arranz?

—Todo —sentencio mientras me alejo.

Marcelo suelta un melodramático suspiro. Yo aprovecho para robarle una de sus tostadas con mantequilla y mermelada de fresa y echo a andar hacia la puerta.

—Eres un macarra —me deja clarísimo.

—Y cuánto te gusta —remato.

Sonrío y le guiño un ojo.

Termino de ponerme el abrigo con un golpe de hombros y la tostada sujeta entre los dientes.

—¡Suerte! —me desea Marcelo.

—Buenos días —me saluda un chico con pinta de veinte años recién cumplidos, en calzoncillos y con los ojos todavía medio cerrados, camino de la cocina.

—¡Lo mismo digo! —respondo, abriendo la puerta.

Está claro que no soy el único que tiene cosas que hacer esta mañana.

Ando deprisa, cinco minutos, hasta la estación de Oporto y pillo la línea cinco en dirección a la Alameda de Osuna. Me dejo caer en uno de los asientos y apoyo la sien contra la ventanilla. Si estuviera en París, ya llevaría un par de horas levantado. Habría desayunado con Mia y me la habría follado contra los azulejos de la ducha antes de que se fuera a trabajar. Yo estaría redactando algo, en vaqueros y camiseta, descalzo. Sin embargo, hoy, en lugar de eso, voy a pasarme una puta hora en un vagón de metro. La mañana no podría empezar mejor.

Veinte paradas de metro después, me bajo en la estación de Suanzes y no tardo más que unos minutos en ver el edificio de *El País* levantarse en ladrillo visto en mitad de la calle Miguel Yuste. Me gustaría ser una de esas personas a las que le impresionan este tipo de cosas, eso me lo pondría mucho más fácil, pero no soy así. Creo en el trabajo, que te apasione lo que haces, y esas dos cosas tienen que ver con cómo eres, no con el lugar donde curres. Me juego el cuello que hay periodistas igual de entregados en el *Huesca Información* que en *The New York Times*.

Doy mi nombre en la garita de seguridad y, con un pase provisional, accedo al edificio principal. Al poner un pie en la redacción, sonrío en contra de mi voluntad y por fin empiezo a sentir algo especial. No existe un periodista en todo el planeta que no experimente algo al estar en una, como si todo lo que te hizo querer escribir, contar noticias a la humanidad, se volviera físico; como haber seguido nuestro particular camino de baldosas amarillas y llegar al mundo del mago de Oz.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta una chica, deteniéndose frente a mí y sacándome de mi ensoñación.

Me obligo a mirarla y ella me sonríe, aleteando las pestañas.

—Estoy buscando a Andrea Ruiz —respondo sin prestarle atención, echando un vistazo tras ella y dando el primer paso para encontrarla por mi cuenta.

—¿La directora de Internacional? —insiste, girándose para volver a tenerme delante—. Tienes su despacho allí —continúa, señalándome una de las puertas al fondo de la sala.

Asiento y me dirijo hacia donde me ha indicado.

—Me llamo Laura —añade, pero no me detengo.

Aún me separan unos metros de la oficina en cuestión cuando la puerta se abre y una mujer de unos cincuenta, espigada, con un corte de pelo moderno y elegante a la vez, sale con la vista clavada en los papeles que lleva en la mano.

—Claudio —llama a uno de los redactores, a un par de mesas de distancia—, reescribe el

artículo. Los dos primeros párrafos son un desastre, poco se salva de la parte central y el final es un completo asco.

Ya no me queda ninguna duda. Es Andrea Ruiz, la directora de Internacional.

—Ahora mismo me pongo con ello —contesta el hombre sin protestar.

¿En serio? Acaban de decirle que lo que ha escrito es prácticamente una basura y ni siquiera ha rechistado. Lo que escribimos es una parte de nosotros. Hay que aprender de las críticas, pero también defenderlo, defendernos a nosotros mismos.

—Susana —llama, y una chica más o menos de mi edad levanta la cabeza de la pantalla del ordenador—, ¿has confirmado ya los datos con el experto económico de Nacional?

—Estoy esperando a que me responda el email.

La mujer se contiene para no poner los ojos en blanco.

—¿Y qué tal si te mueves y vas a buscarlo en lugar de esperar en tu mesa sin hacer nada útil?

La chica asiente y sale disparada.

La directora de Internacional acepta de mala de gana, hace el ademán de volverse hacia su despacho y, con el movimiento, entro en su campo de visión.

—Y, tú, ¿quién eres? —me pregunta sin demasiada amabilidad.

—Nico Arranz —respondo, y de manera instintiva sueno duro y arrogante.

Mi padre siempre ha mantenido que tengo un problema con las figuras de autoridad. Yo siempre he respondido que solo lo tengo con quienes intentan aprovechar esa autoridad para pisotear a los demás… y con quien pretende decirme lo que debo hacer, eso tampoco lo he llevado nunca especialmente bien, siendo sinceros.

—¿Y? —inquiere de nuevo, tratando de resultar intimidante.

—Soy el nuevo redactor de Internacional —contesto, dejándole claro lo poco que funcionan esas estupideces conmigo.

Ella me observa un poco más y supongo que piensa exactamente lo mismo que mi padre acerca de la autoridad. Se parecen bastante, así que tampoco me sorprende.

—Pues búscate algo que hacer —suelta y, sin más, vuelve a su despacho.

Resoplo, conteniéndome por no mandarlo todo al infierno en ese momento y coger el primer avión de vuelta a París.

Pienso en Mia, en que esto es lo que ella quiere, y me fuerzo a tranquilizarme. No voy a ser el primer español que odie a su jefe, eso está claro. Soy bueno en mi trabajo. Solo tengo que concentrarme en él y olvidarme de todo lo demás.

Me instalo en una de las mesas y repaso mentalmente las posibles ideas para artículos que he pensado estos días. Hago un par de llamadas para confirmar los datos que necesito y empiezo a escribir. Merkel y Macron se reunirán en dos días. El encuentro ha sido catalogado de informal para no tener que ofrecer una agenda oficial, lo que solo puede significar que van a hablar de cosas importantes.

Después de la hora de comer ya tengo listo el artículo. Llamo a la puerta de la directora y

espero a que me dé paso. Supongo que tendré que conformarme con ese «¿Qué?» malhumorado.

—Ya tengo listo el artículo —le explico, tendiéndole las hojas con el trabajo impreso.

Ella las coge por inercia mientras me observa con una expresión que no sabría si es rara o de sorprendida.

—¿Qué es esto?

—Merkel va a reunirse con Macron…

—Quiero decir, ¿por qué lo has hecho? —me interrumpe.

—Porque soy periodista —le dejo claro, con la misma actitud macarra que cuando nos hemos visto por primera vez.

No es que vaya por ahí comportándome como el rey de los canallas, pero, cuando me encuentro con alguien como ella, que trata a las personas como ella, no puedo evitar que esa parte de mí salga a la luz.

Ruiz se toma unos segundos para observarme y, finalmente, me dedica una tirante sonrisa.

—Aquí no hacemos las cosas así —concluye, ofreciéndome los documentos de vuelta sin ni siquiera echarles un vistazo.

Frunzo el ceño suavemente, apenas un segundo; nunca hay que mostrar al enemigo tu debilidad.

—¿Y cómo las hacemos, entonces? —inquiero con el tono de voz tosco.

—Tu trabajo aquí se limita a leer teletipos de la AFP —Agence France-Presse, la agencia de noticias más antigua del mundo y la más importante de Francia— y decirnos cuáles son susceptibles de ser noticia.

¿Qué coño…?

—No soy ningún traductor —gruño—. Mi trabajo es escribir.

—Eres redactor —me recuerda sin ninguna amabilidad—. Tu trabajo es el que te asignemos. Aquí los artículos los firmamos Acosta, el jefe de sección, o yo, y, si no te gusta, siempre puedes marcharte.

Es lo que pienso hacer. Joder. Aprieto los puños con rabia. No tengo por qué aguantar esto. Puedo continuar trabajando como *freelance*. Volver a París. París. Tenso la mandíbula. Mia no quiere estar allí. Quiere estar aquí. En Madrid.

Pienso en ella.

Haría cualquier cosa por ella.

Lucho por domesticar todo lo que tengo dentro ahora mismo. Recojo los papeles, un gesto con el que acepto las condiciones tácitamente, y, con el cuerpo en guardia, me giro para salir. Tengo que hacerlo por Mia.

—Eso pensaba —apostilla, soberbia—. Mañana a primera hora quiero en mi mesa la primera selección de teletipos.

Aprieto los dientes y salgo del despacho maldiciendo en francés, con ganas de prenderle fuego a todo el maldito edificio. En cuanto la puerta se cierra tras de mí, no lo dudo y cruzo la

redacción como una exhalación, con el móvil en la mano. Marco el número de Mia. Necesito oír su voz. Necesito sentirla cerca aunque nos separen mil trescientos kilómetros.

Un tono, dos, tres. No contesta. Vuelvo a gruñir un juramento ininteligible entre dientes. Demasiado cabreado, empujo la puerta de acceso a las escaleras y empiezo a bajar. Lo intento de nuevo. Otra vez no responde.

—*Merde!* —grito en mitad de un tramo cualquiera.

Me paso las manos por el pelo y suelto una bocanada de aire.

Antes de que pueda sopesar si es una buena idea o no, giro sobre mis talones y subo de vuelta un puñado de escalones. Voy a mandarlo todo al infierno. Así de simple. No voy a permitir que nadie, por muy pagado de sí mismo que esté y por muy importante que se crea por ser directora, me trate como esa mujer acaba de hacerlo. No lo he consentido nunca, ni siquiera cuando era un crío, y no pienso consentirlo ahora.

Sin embargo, apenas he avanzado un par de rellanos cuando recupero la suficiente cordura como para entender que no puedo hacerlo. Mia. Madrid. Se lo prometí.

Lo que tengo que hacer es salir de aquí y beberme una copa, o cinco.

—Me apunto a eso —murmuro para mí.

Camino de la estación de metro, vuelvo a reactivar el teléfono. El plan es sencillo: nos encontramos todos en cualquier rincón del centro y nos olvidamos de todos los putos problemas.

—Rebe —la reclamo en cuanto descuelga—, necesito…

—Te llamo en cuanto termine —me interrumpe a toda velocidad, con voz jadeante. Está corriendo por la redacción, el ruido de fondo es inconfundible—. Llego tarde a una reunión.

Antes de que pueda decir algo, cuelga. Me separo el *smartphone* de la oreja y lo observo un segundo, malhumorado. No pasa nada. Se reunirá con nosotros cuando acabe. Busco a Lucas en la agenda. Tampoco responde. ¿En serio?

Me paro en el cruce con la calle de Alcalá. Separo la vista del móvil y la llevo hasta el semáforo. El teléfono vibra en mi mano. Es un whatsapp de Lucas. Sonrío por adelantado. Sabía que no me fallaría. No obstante, el gesto desaparece de mis labios tan rápido como abro la aplicación.

Tengo mucho lío en el curro.
No creo que pueda salir antes
de las nueve. Yo nací para surfear, no para estar aquí.

El semáforo se abre. Tuerzo los labios. Echo a andar sin dejar de escribir.

Pues no estés allí y vente de bares conmigo.

Su respuesta no se hace esperar.

Ya me gustaría, pero toca ser responsable.

Toca que te olvides de todo.

¿Que si soy el típico amigo que siempre te tienta con el plan más divertido, pero, con toda probabilidad, menos responsable? Sí. ¿El que te acaba metiendo en líos? También, pero hoy tengo excusa, joder. He dejado mi vida fantástica —y claramente se merece más ese apelativo que una puta semana de los conocidos grandes almacenes—, para venir aquí. Tengo lejos a mi

chica, por lo que, follármela hasta olvidarme incluso de mi nombre está, temporalmente, descartado. Necesito a mis amigos, que nos riamos de todo y nos olvidemos del mundo.

Lo siento, pero yo no tengo esa cara de bajabragas que me libra de todos los líos y con la que seguro que ya te has ligado a tu jefa, o jefe, para que te deje salir antes. Me toca trabajar.

Leo su mensaje y suelto un bufido. No podría estar más equivocado.

Cierro la conversación con un escueto «Llámame cuando salgas» y busco el número de Marcelo. Tampoco atiende la llamada. Voy a incordiarlo por whatsapp, pero entonces recuerdo el tío que ha aparecido en bóxers en el salón esta mañana y presiento que seguirá muy ocupado.

Llamo a Mia una vez más. Sigue sin contestar. Llego a la boca de metro y me detengo al pie de las escaleras. Vuelvo a intentarlo.

—Vamos, nena. Cógelo, por favor —susurro—. Te necesito.

—Hola, soy Mia. Ahora no puedo atenderte. Deja tu…

Me separo el móvil de la oreja y su voz en el contestador se entremezcla con el resto de los sonidos de Madrid.

Un puto día redondo.

Me guardo el *smartphone* en el bolsillo de los vaqueros y bajo las escaleras. Sentado en el vagón, cada centímetro de mi cuerpo está tenso. Estoy bullendo en mi propio enfado, joder. Todo era diferente en París. ¡Todo estaba bien en París!

El tren se detiene en Callao y, otra vez antes de que pueda pensarlo con claridad, me levanto como un resorte y salgo disparado para acabar cruzando, acelerado, la estación. Ahora mismo puedo oír a mi padre reprocharme que soy demasiado impulsivo, que soy incapaz de razonar cuando estoy enfadado.

Avanzo un par de calles con la mente funcionándome demasiado rápido y, entonces, llego, allí, por algo a medio camino entre la inercia y la pura impulsividad. Yo solo querría estar con mis amigos, hablar con Mia.

Observo un segundo el escaparate, la fachada de ladrillo visto, y simplemente me dejo llevar.

Una dulce campanita, como de cuento, suena a mi paso. Cierro la puerta de cristal y madera oscura y echo un vistazo al local. La misma tímida luz baña la estancia, deteniéndose con mimo frente a las estanterías repletas de libros.

Un hombre de unos cuarenta está revisando uno de los estantes del fondo; otro, mayor, con toda probabilidad con más de sesenta, está sentado en uno de los mullidos sillones, ojeando un ejemplar de *La ciudad de los prodigios*, de Eduardo Mendoza. Ese libro es increíble.

Llevo la vista hacia el mostrador, pero ella no está. ¿Dónde está?

—¿Lo has leído? —me preguntan, sacándome de mi ensoñación.

Frunzo el ceño, confuso, y devuelvo mi mirada al hombre que está sentado.

Como pasan unos segundos sin que conteste, agita suavemente el libro que tiene entre las manos para hacerme ver que se refiere a esa novela en concreto.

—Sí —contesto, algo aturdido—. Eduardo Mendoza es uno de mis escritores favoritos, pero,

de sus novelas, la que más me gusta es *Mauricio o las elecciones primarias*.

El tipo me observa un segundo y, finalmente, asiente, satisfecho por mi respuesta.

—¿Qué opinas de *El asombroso viaje de Pomponio Flato*? —me plantea, entrecerrando los ojos, como si me estuviese poniendo a prueba con algún tipo de test.

—Divertido —respondo.

—¿Y de *Sin noticias de Gurb*? —inquiere, veloz.

—Más divertido todavía.

El hombre vuelve a asentir. Creo que he superado la prueba.

—Ven. Siéntate. Creo que tengo algo que te gustará.

Sonrío, amable, y alzo suavemente la mano.

—Se lo agradezco, pero he venido buscando a…

—Sebastián —lo riñe una voz con dulzura—, tienes que dejar que los otros clientes elijan qué quieren leer por sí mismos.

Me giro siguiendo el precioso sonido y me encuentro con ella. Alma sale del almacén cargando una caja y alcanza el mostrador de madera con una sonrisa. Lleva el pelo negro recogido en una trenza que le cae por uno de los hombros, siguiendo el tirante de su vestido blanco.

—Te prometo que me estaba portando bien —se disculpa él—. Este chico es otro admirador de Eduardo Mendoza, como yo.

Alma lo reprende, risueña, torciendo los labios. Mueve la vista y entonces repara en mí. Sus alucinantes ojos oscuros se abren, sorprendidos, y su sonrisa se hace un poco más grande.

—Hola —me saluda.

—Hola —respondo.

La sonrisa también se cuela en mis labios y la observo un momento más. Ella trata de recolocar la caja entre sus brazos y ese pequeño gesto me saca de mi ensoñación.

He venido hasta aquí por puro impulso, por enfado, pero quiero estar aquí.

—Déjame que te ayude —le pido, avanzando hasta ella.

—No hace falta.

Pero yo finjo no oírla y le quito la caja de las manos.

Alma vuelve a sonreír y caigo en la cuenta de que el gesto no es tímido, ella no es tímida.

—Gracias —añade, y entrelaza los dedos de ambas manos, como si ahora que no sostienen la caja no supiese qué hacer con ellas.

Me señala una de las estanterías en una de las paredes laterales y los dos nos encaminamos hasta allí. A unos pocos metros, ella se adelanta un paso, coge una de las sillas que descansan en un rincón cualquiera de la librería y la deja junto a mí.

—Puedes dejarla aquí —me ofrece.

Lo hago y, antes de ser consciente de ello, al soltar la caja, curioso, muevo una de las solapas abiertas para ver lo que hay dentro. Siempre he sido así y nunca he podido evitarlo. Mi madre

dice que era el crío más curioso que ha visto nunca.

—Muchas gracias —repite, tomándome el relevo, abriendo la caja con todas las de la ley y sacando dos libros de ella: Almudena Grandes y Dylan Thomas, extraña combinación, para colocarlos en los mismos estantes.

Alma parece darse cuenta de mi reflexión y vuelve a sonreír al tiempo que se encoge de hombros.

—Me gusta que cada libro tenga su propio hueco aquí —me explica sin apartar la vista de lo que sus manos hacen—, nada de orden alfabético o de género, el rinconcito en la vida de una persona no se obtiene así. Nunca dices «Vengo buscando algo que me cure el corazón roto, probaré con la letra de». Debes buscar entre las estanterías, perderte, disfrutar, puede que incluso tomarte un café mientras viajas de portada en portada, de línea en línea, y seguro que, al final, encuentras lo que necesitas.

Estoy seguro de que sí.

—No pensé que volvería a verte —añade.

—Yo tampoco pensé que regresaría.

Mi respuesta parece tener un eco diferente en ella y sus ojos grandes y negros buscan de inmediato los míos.

Yo no niego el contacto ni lo rompo, y, durante un segundo, dos, tres, nos quedamos mirándonos.

—Hoy he tenido un día difícil —me obligo a decir. Una parte de mí necesita hacerlo— y quería ver una cara amiga.

—¿Así que somos amigos? —me pregunta, risueña.

—Supongo que no como esos que se saben el cumpleaños del otro y un montón de anécdotas bochornosas —contesto, fingiéndome desdeñoso, aunque la palabra correcta sería *divertido*—, pero te he ayudado con la caja, lo que debe colocarnos, al menos, en el primer escalón.

Ella simula meditar mis palabras.

—Me parece justo —comenta— y, para sellar el trato, te diré que mi cumpleaños es el 16 de julio.

—26 de diciembre.

—¿Naciste un día después de Navidad?

—Sí, fui el último regalo de la lista, y no te lo aconsejo. Con la resaca de *champagne* y los polvorones, nadie se acuerda.

El chiste más malo de la historia, sin duda alguna, pero ella sonríe, casi ríe, y algo dentro de mí cae fulminado. Tiene una risa preciosa, joder.

—Prometo no olvidarme —dice al fin.

—Eso espero.

Volvemos a sonreír, como si nuestros gestos perteneciesen a una canción que los dos oímos a la vez.

Alma aparta la mirada sin que la sonrisa desaparezca de sus labios, yo pierdo la mía en el local y el siguiente par de minutos lo pasamos en silencio, ella colocando libros, yo, embebiéndome de este sitio diferente y especial, pero sin que ninguno de los dos se aleje un solo paso.

Las estanterías llenas de libros me llevan de vuelta a Alma y, sin premeditarlo, empiezo a fijarme en los mechones que se escapan de su trenza, en el lunar que tiene en la base del cuello. La luz se alía con ella y la imagen se convierte en una fotografía perfecta llena de dorados y naranjas, como en el último día de verano.

Alma saca el último libro de la caja y sonrío, sorprendido, cuando veo la cubierta. Es *Cuentos*, de Ignacio Aldecoa.

—Es mi libro favorito —le explico.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que lo leí, pero sí que, al hacerlo, supe que, hiciera lo que hiciese con mi vida, tenía que ser algo relacionado con la idea de escribir, de expresarme de esa manera tan bonita y libre, tan reivindicativa y amena, tan salvaje y dulce, como si las palabras tuviesen la capacidad de ser todo lo que queramos ser.

Alma sostiene el ejemplar entre las dos manos y acaricia con mimo la pequeña ilustración del centro de la portada.

—¿Me recomiendas que lo lea? —pregunta, y otra vez me mira a los ojos sin un solo resquicio de duda, sin esconderse.

—Estoy seguro de que te gustará.

—Yo también.

De nuevo un minuto entero para mirarnos, para conspirar con toda la magia de esta librería.

Alma recoge la caja y, con el libro aún entre las manos, vuelve al mostrador. El vestido se contonea, sexy y gracioso, sobre sus caderas.

La primera vez que entré en este lugar tuve la sensación de que había atravesado la puerta del armario de Narnia; ahora estoy seguro de que nada de lo que hay fuera tiene que ver con nada de lo que hay dentro de estas cuatro paredes.

—¿Cuál es el tuyo? —inquiero.

Ella vuelve a sonreír y la estancia parece iluminarse un poco más.

—*Inventario 1*, de Mario Benedetti.

Sonrío.

—Me lo llevo —sentencio.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo. Alma asiente, otra vez sin dudar. Camina hasta uno de los estantes y coge un libro. Sin embargo, antes de dármelo, se gira con él, busca una página en concreto y escribe algo en ella sin dejar de sonreír.

—Te he marcado mi poema favorito —me explica, avanzando hasta mí y entregándome el ejemplar.

—¿Qué te debo?

Alma niega con la cabeza.

—Regalo de la casa, pero —me advierte, alzando el índice— tienes que volver para contarme qué te ha parecido.

Cojo el poemario y le dedico una media sonrisa.

—Tengo que irme —anuncio, pero no insisto en pagar ni tampoco rechazo el libro. Los dos hemos decidido cerrar esta especie de trato sin añadir una palabra más.

—Adiós —me despido, girando sobre mis talones.

—Adiós, Nico —responde.

Mi nombre en sus labios me detiene en seco a unos pasos de la puerta. Giro la cabeza y nuestras miradas vuelven a encontrarse por encima de mi hombro.

Salgo de la librería sintiéndome extraño y bien a la vez, pero todo se complica todavía más cuando avanzo un par de pasos y un latigazo de culpabilidad me atraviesa de pies a cabeza. ¿Qué demonios ha pasado ahí dentro? ¿Por qué ha pasado? ¿Por qué no le he dicho que tengo novia? Yo quiero a Mia y nada podrá cambiar eso.

Soy consciente de por qué he entrado ahí. Estaba demasiado enfadado. Necesitaba a Mia, a mis amigos, pero estaba solo. Ha sido un golpe de pura impulsividad lo que me ha traído hasta la librería, aunque parte de esa idea se ha esfumado cuando he visto a Alma.

Cabeceo. Esta estupidez se acabó.

Justo en ese preciso instante mi móvil comienza a sonar y sonrío de verdad al ver la foto de Mia iluminarse en la pantalla.

—Perdona que no te haya cogido el teléfono antes —se explica, veloz—, pero estaba en una rueda de prensa que, al final, no ha valido para nada; ni siquiera nos han dejado preguntar. Estos franchutes están perdiendo el juicio —antes de que pueda decir nada, rompe a reír por su propia broma y el sonido, su risa, ella, automáticamente me hacen sonreír a mí—, pero olvidémonos de tonterías y centrémonos en las cosas importantes: ¿qué tal estás?

Mi sonrisa se hace un poco mayor. Tiene la habilidad de hacerme sentir como si fuese el centro del universo. Echo un vistazo a mi espalda, a la fachada de ladrillo visto de la librería, tratando de ordenar todo lo demás.

Mia es mi vida.

Levanto los ojos del local y echo a andar sin mirar atrás.

—Ahora que puedo escucharte, estoy perfectamente, nena —sentencio.

Nos pasamos más de una hora hablando de todo y nada a la vez, solo estando cerca, aunque sea a través de la línea telefónica, y la sensación es sencillamente cojonuda. En los últimos veinte minutos mi *smartphone* no deja de sonar y, para cuando nos despedimos y cuelgo, Marcelo, Lucas y Rebe están esperándome en el mejor bar de bocatas de calamares de todo Madrid, un local infame y diminuto detrás de la plaza Mayor. Las tradiciones hay que respetarlas.

Mia primero, y los chicos después, hacen que me olvide del trabajo.

—Te lo estoy diciendo de verdad —insiste Marcelo, abriendo la puerta del piso, entrando y

quitándose el abrigo sin dejar de andar en dirección al salón.

Sonrío como respuesta, accediendo a la casa tras él. Lleva todo el trayecto en taxi contándome cómo pretende redecorarla.

—Voy a comprar papel pintado, de flores —anuncia como si acabase de tener una revelación mística, a unos pasos de la cocina abierta.

—¿Papel pintado? —replico, macarra, puede que a punto de echarme a reír, deteniéndome en el centro de la sala de estar.

—Es lo más —me deja claro, abriendo el frigo y sacando dos cervezas—. Además, ¿cuál de los dos gemelos decoradores te crees que eres para atreverte a poner en entredicho una de mis geniales ideas?

—Obviamente, el que te ponga más —afirmo sin ningún remordimiento—. Conociéndote, el que va vestido como el obrero de los Village People.

Marcelo tuerce los labios, desdeñoso, tratando de ocultar una sonrisa, mientras yo lo hago descaradamente, sin un gramo de vergüenza.

—No sé por qué siempre te perdono —protesta, destapando uno de los botellines.

Me encojo de hombros exactamente con el mismo grado de remordimientos que antes: muy muy poco.

Marcelo sonríe abiertamente al tiempo que cabecea y me tiende una de las Mahou IPA.

Niego con la cabeza.

—Suficiente por hoy —comento—. Me voy a la cama.

—¿Seguro? —me tienta, agitando suavemente el botellín.

—Seguro.

—¿Seguro?

Ladeo la cabeza a la vez que una sonrisa se cuela en mis labios. Echo a andar hacia él y cojo la cerveza, hecho que lo hace sonreír, satisfecho. Puede que yo lo tenga ganado, pero él me tiene ganado a mí.

Abre su Mahou y nos acomodamos en la pequeña terraza, en las dos únicas sillas de metal que hay (y caben), a beber en silencio, contemplando la ciudad mientras *Lady Madrid*, de Pereza, suena de fondo, desde una ventana cualquiera.

Antes de que pueda controlarme, vuelvo a pensar en Mia. Quiero hablar con ella, pero ya es más de la una. Mañana tiene una reunión muy importante a primera hora. Si la despierto, los nervios no la dejarán volver a coger el sueño. Sonrío. Recuerdo la noche antes de su primer día en *Le Monde.* No conseguía dormirse. No paró de dar vueltas hasta que, finalmente, se rindió y encendió la luz de su mesita, la misma que me tiró a la cabeza en mitad de una discusión un par de meses después; en su defensa tengo que decir que me lo merecía… por suerte, no me dio.

Me dijo que no podía parar de pensar que se quedaría dormida y llegaría tarde al trabajo; que, si no, se perdería al hacer el trasbordo en el metro o que, al poner un pie en la redacción, le dirían que todo había sido una broma de Recursos Humanos y no estaba contratada de verdad.

Me ofrecí a distraerla. Juro que lo intenté charlando, pero tuve claro cuál era el mejor método para lograr mi objetivo y acabamos follando toda la noche. Al final, llegó tarde al periódico, pero por una razón mucho mejor y sin poder dejar de sonreír.

Al dirigirme a mi habitación, ese recuerdo concreto y un millón de ellos más se han apoderado de mí y, cuando abro la puerta, lo hago con una sonrisa en los labios y la sensación de que ella estará allí, dormida, acurrucada en mi lado de la cama; que se habrá quedado así, esperando a que yo termine algún artículo; que podré despertarla, tenerla debajo de mí. Por eso, al ver el colchón vacío, la sensación de decepción es brutal y me enfada de más formas de las que ni siquiera puedo entender.

Cabreado con el mundo, voy hasta la cómoda. Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones y comienzo a sacar y dejar sobre el mueble todas mis mierdas: cartera, dinero suelto, las llaves… pero, entonces, al pasar a los del abrigo, lo noto con la punta de mis dedos: el poemario de Mario Benedetti, el libro favorito de Alma.

Observo un segundo la portada antes de abrirlo y busco la página que ha marcado esta tarde. Los doce versos del poema «When you are smiling» se dibujan ante mí.

Lo leo y, en cuanto mis ojos recorren la última palabra, lo cierro de golpe. Una parte de mí protesta por hacerlo; otra, por haberlo siquiera leído. Lo que he dicho en la puerta de la librería iba completamente en serio. Lo de Alma es una estupidez. Se acabó.

Y lo tengo claro.

Y es lo que quiero.

Pero no me deshago del libro.

3

Mia

—¿De verdad? —pregunto, emocionada.

—Sí —responde Rebe, tan contenta como yo—. Al director del área digital le han encantado tus artículos. Dice que eres perfecta para el puesto.

Empiezo a dar saltos en mitad de mi diminuto salón. ¡Ya tengo trabajo en Madrid! Podré regresar la próxima semana. Por fin estaré con los chicos, más cerca de mi familia, y, más que nada, después de veintiún días separados llenos de sexo telefónico, estaré de nuevo con Nico.

Además, el curro es en *El País* digital, lo que significa que trabajaré con Rebe y al ladito de Nico.

—No puedo creerme que lo haya conseguido —comento, llevándome la palma de la mano a la frente, eufórica.

—Va a ser genial —sentencia—, y que sepas que pienso apañármelas para que te den una mesa al lado de la mía. Tenemos que estar juntas para cotillear como Dios manda.

—Ni que lo digas.

Las dos rompemos a reír.

—Gracias, Rebe —pronuncio, sincera, cuando nuestras carcajadas se calman.

Es la mejor amiga del universo.

—No me las des. Estoy deseando que te mudes a Madrid y, por fin, estemos todos juntos.

—Pienso embalarlo todo como un rayo —replico, divertida—. ¿Seguimos hablando luego? —planteo—. Quiero darle la noticia a Nico.

—Claro. Hablaremos luego. *Ciao, pescao.*

Cuelgo y, con dedos veloces, marco el número de mi chico, el único que me sé de memoria.

—Nico —lo llamo en cuanto descuelga, sin poder contenerme un solo segundo más.

Noto cómo sonríe al otro lado por mi efusividad.

—Hola, nena —contesta.

—¡Ya tengo trabajo! Seré la nueva redactora del área digital de *El País.*

—Es increíble, nena.

Tuerzo los labios, risueña. Lo conozco demasiado bien.

—Tú ya lo sabías, ¿verdad?

—¿Qué me ha delatado? —replica, contagiado de mi humor.

—Que te conozco demasiado bien, Arranz.

Nico suelta una carcajada suave y muy sexy.

—He estado martirizando a Rebe cada día hasta que lo ha conseguido —me explica, orgulloso, sin un ápice de remordimiento.

—He dado por hecho que había logrado el empleo por mis múltiples talentos —bromeo.

—Y así ha sido —sienta catedra, sin dudar un solo segundo—. Lo has conseguido por tu gran talento para lograr que te eche de menos.

Debería protestar, además enérgicamente, por cada una de esas palabras, pero no soy capaz y acabo sonriendo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Cuando quiere, sabe ser un sinvergüenza de lo más encantador.

—Tendría que haberte echado de mi cama a patadas la primera noche —le advierto, contenta, entrecerrando los ojos.

—Podrías haberlo intentado, pero no te habría valido de nada.

Suelto una carcajada, completamente atónita.

—Puede ser, pero eres tú el que acaba de confesar que me echa mortalmente de menos.

—¿En serio te has atrevido a decir eso?

—Ajá —le confirmo, alzando la barbilla, a punto de echarme a reír.

—Qué cruel, señorita Nieto —comenta, melodramático, tan burlón como yo.

—¿Podrás perdonarme?

—Eso depende, ¿qué llevas puesto?

—¡Descarado!

Rompo a reír y él no tarda más que unos segundos en hacerlo al otro lado. El sonido de su risa me calienta por dentro. Adoro que podamos hablar de todo, que podamos reírnos de todo. Nico es a quien necesito contarle las cosas, porque, si no, tengo la sensación de que no son de verdad. Él es mi persona… aunque no siempre fue así.

Nico y yo formábamos parte de la misma pandilla, incluso podría decirse que éramos colegas, pero amigos, no, no lo éramos. Nunca quedábamos a solas ni nos llamábamos cuando estábamos aburridos. Supongo que la definición más adecuada de lo que fuimos en aquel año de universidad era los dos extremos de una misma cuerda: forman parte de un ecosistema común, pero nunca, jamás, llegan a tocarse.

No obstante, esta definición no borraba del tablero de nuestra existencia que yo estuviese completa y absolutamente colada por él, y lo estaba de manera unilateral, así, sin preámbulos. Siempre he sido una de esas personas que se va con una facilidad pasmosa a las nubes, así que me esfuerzo muchísimo en atarme en corto, observar y ser realista, por lo que puedo decir a ciencia cierta que, en efecto, mi enganche era totalmente *monocíproco*… ¿Existe esa palabra? Si no, debería existir; mola muchísimo.

Me había convertido en una experta en contemplar sin ser detectada, en conocer cada uno de sus movimientos sin llegar a preguntar directamente y en llevar al día su lista de conquistas. Esa última era una tarea ardua. Nico es guapo, macarra y descarado, y tenía veintidós años, las chicas

se lo rifaban y, de las que por algún extraño fenómeno de la naturaleza eran inmunes a sus encantos, ya se encargaba él de que cayesen rendidas a sus pies.

Lo bueno de aquella situación es que no era dolorosa para mí. No me pasaba las horas llorando a solas en mi habitación, deseando que él se enamorase de mí, ni contemplaba mi vida como si fuese una de las chicas feas de Los Bridgerton, rezando para que su padre dejase de jugarse su dote en peleas clandestinas y poder casarme con el pelirrojo de la serie. Yo iba más en la línea de lady Whistledown, por seguir con la comparación *netflixiana*. Me gustaba mi vida, aunque la parte sentimental cojease un poco, y me conformaba con, de vez en cuando, ser golpeada por la órbita de atractivo de Nico Arranz transformada en un gesto perfecto, masculino y sexy. Hasta tenía un ranking con mis preferidos. En el *top*, la manera en la que se pasaba las dos manos por el pelo cuando algo no le cuadrada, solo superada por la forma en la que guiñaba un ojo con una media sonrisa, gesto que solo hacía por dos estrictos motivos: cuando estaba orgulloso de ti o para terminar de desarmar a una presa… quiero decir, a una presa… quiero decir, a una chica.

Eran contadas las noches de juerga en las que Nico se iba solo a casa, y estas siempre habían tenido una misma razón: sus amigos. La noche que Rebe se peleó con Lucas en mitad del O'Donnell, Nico se olvidó de la impresionante morena con la que estaba a punto de marcharse y se quedó con Lucas. Bebieron tanto que a la mañana siguiente ninguno recordaba cómo habían llegado a casa. Cuando fue Marcelo el que apareció con los ojos hinchados de tanto llorar porque su novio lo había dejado, Nico no se separó de él en los tres días siguientes. No dejó de contar chistes increíblemente malos solo para hacerlo sonreír, lo consoló cada vez que lloró e ignoró todas las miradas que le soltaban las chicas, algunas con un «¿Por qué no me llevas a tu casa?» de lo más explícito.

Puede que sea un chulo, ya lo he dicho, un auténtico macarra descarado, creo que eso también os lo he comentado, y se meta en más peleas de las que debería por ser demasiado impulsivo, pero es un buen tío, de verdad, y jamás dejará de preocuparse por la gente que le importa.

Una noche de finales de mayo prometía ser una más en nuestro Madrid, en un bar pequeñito pero matón, con música ochentera y gente pegando botes hasta en el último rincón. También teníamos un ranking con nuestros locales preferidos. Aquel no estaba en nuestro pódium, pero, cada vez que ponían *Rey del glam*, en la versión de Loquillo, la canción favorita de Marcelo y mía, se acercaba peligrosamente.

—¡Necesito algo de beber! —le grité a Marcelo para hacerme oír por encima del nuevo tema que nos proponía sus primeros acordes, quedándome sin resuello. Acabábamos de darlo todo en la pista al ritmo de *Escuela de calor*, de Radio Futura—. ¿Te traigo otra? —añadí, señalando su copa.

Él negó con la cabeza, dando un sorbo. Su gintónic había resurgido hasta el cuarto de vaso por el milagro de los hielos derretidos; era un gintónic *on water remix*.

Asentí y me encaminé hacia la barra. Lo dicho, el local era pequeñito, pero estaba hasta la bandera, por lo que recorrer un puñado de metros podía resultar una tarea titánica. Rebe y Lucas habían ido a dar una «vuelta», ¿a que no necesitáis más explicaciones?, y Nico había desaparecido. Sospecho que la rubia de piernas kilométricas y vestidito ajustado había tenido algo que ver.

—Un mojito, por favor —le pedí al camarero.

No era muy de alcohol, así que siempre tiraba de cócteles, aunque fuesen lo que Marcelo llamaba «una traicionera bomba resacosa».

El chico pasó de mí. No lo culpo. Éramos, no sé, un millón de personas pidiéndole de todo y a la vez. Por eso siempre he admirado al gremio de los camareros. Tienen más sangre fría que un francotirador, si no de qué iban a seguir trabajando cuando el resto de la humanidad se subía a la barra y este gritaba: «Al próximo que me diga "Cuando puedas", cuando claramente no voy a poder en las próximas cuatro horas, le lleno la cara de galletas». Sí, también me los imagino un poco buscabroncas, de los que molan.

Dos cervezas, tres ron colas y un Red Bull… después era mi turno.

En ese momento noté mi móvil vibrar en el bolsito negro lleno de flecos que llevaba colgado. Lo saqué, con el ceño fruncido, ¿quién podía ser?, y arrugué aún más la frente al leer el nombre de mi hermano, Simón, iluminándose en la pantalla. Sin embargo, no me dio tiempo a descolgar cuando la llamada se cortó.

—¿Qué te pongo? —me preguntó el camarero.

Seguramente, esa llamada no era nada, pero ¿y si era algo?

—Nada, gracias —respondí, alejándome con el teléfono en la mano.

Tenía que comprobar que todo estuviera bien.

Asumí la odisea de llegar hasta la salida y empujé la pesada puerta negra con el *smartphone* en la mano. En cuanto puse los pies en la acera, me llevé el móvil a la oreja, que comenzó a dar tono en ese mismo instante.

—¿Hermanita? —contestó Simón—. ¿Qué pasa?

Tres palabras y mucho ruido de fondo, lo justo y necesario para saber que mi hermano también estaba quemando la ciudad, en su caso, Barcelona, a base de bailes malos, chistes peores y puede que una copa de más.

—Me has llamado tú —le recordé.

—¿Yo? —replicó, completamente sorprendido—. Ah, sí, es verdad —añadió al cabo de un par de segundos—. Te he llamado por error.

Asentí, tratando de disimular una sonrisa. ¿Una copa de más? Puede que fuesen tres.

—No te preocupes.

—Nos vemos, enana.

—Nos vemos.

Colgué sin poder dejar de sonreír. Simón y yo nos llevamos cuatro años y tenemos una

relación genial, un poquito «hermano mayor protector-hermanita pequeña» para mi gusto, pero lo cierto es que nunca he tenido que llamarlo al orden por inmiscuirse en mi vida ni nada parecido y, en cualquier caso, si se atreviese, tengo una colección de momentos, muy en la línea de aquella llamada, con la que ponerlo en su sitio.

Me guardé el teléfono en el bolso, dispuesta a volver al interior de la disco, cuando alcé la cabeza y lo vi, a Nico, a unos metros. Estaba apoyado en uno de los coches aparcados, con los brazos cruzados y ese aire innato de «Haz que me divierta, haz que quiera estar aquí» que las embrujaba a todas, como si su compañía fuese un premio al que aspirar y algo por lo que luchar por conservar. Llevaba unos vaqueros rotos en una rodilla y una camisa remangada dejando ver sus antebrazos. Estaba increíble… y hablando con la chica que vaticiné: la rubia del vestidito ajustado.

Charlaban. Ella sonreía y él, más esporádicamente, hacia lo mismo. La chica se tocaba el pelo sin parar de sacarle temas de conversación y él se dejaba querer.

Tendría que haberme marchado, pero estaba hipnotizada, porque sabía lo que estaba a punto de pasar y ese instante concreto se había convertido en uno de los momentos más excitantes de mi vida, y que había bautizado como «el hambre». ¿Poético? Con toda seguridad, no. ¿Acertado? Más que el clavo que clavó Pablito.

Os explico, Nico no necesitaba desplegar una conversación interesantísima sobre metafísica, pagarse tres rondas ni salir a la pista a darlo todo. Él era atractivo y lo sabía; tenía ese qué sé yo que yo qué sé, lo mismo en lo que bañaron a Julio Iglesias, que volvía locas a las chicas. Así que se limitaba a ser él, a sonreír y, cuando quería rematar el trato, barrer a la chica de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza, remordimiento o disimulo, mirar a su conquista a los ojos y simplemente decir «Vámonos». Nada de un discurso elaborado, ni de llenarlo todo de romanticismo. Solo un «Vámonos» repleto de una brillantísima seguridad, y de golpe era Ryan Gosling en *Crazy, Stupid, Love*. Porcentaje de éxito: cegador.

Ese momento era mi favorito precisamente porque era eso, cegador, incluso un poco abrumador, y lograba que algo dentro de mí se relamiese. Nico me ponía muchísimo. No vale de nada negarlo.

La presa en cuestión le acarició el brazo y él se humedeció el labio inferior sin levantar los ojos de ella. Iba a pasar. Iba a llegar el hambre.

Aunque era consciente de lo peligroso que era el juego, bajé la cabeza y examiné mi propio atuendo; bueno, puede que un poco me estuviese examinando a mí, por eso el kamikaze error. Había visto a Nico con chicas rubias, morenas, pelirrojas, castañas e incluso con el pelo rosa; altas, bajitas, delgadas como una supermodelo y llenas de curvas como… una supermodelo con curvas; chicas que tenían un aspecto dulce, chicas que parecían inteligentes, inteligentes y divertidas, claramente no inteligentes. «Nico Arranz no tiene un prototipo de mujer definido», apuntó una versión de mí misma con bata de científica y gafas de pasta, sosteniendo una carpeta. Entonces… ¿por qué nunca se había fijado en mí?

Yo no soy muy alta, ejem, soy bajita, con un cuerpo normal, nada de supermodelos ni de curvas espectaculares. Soy rubia, cerca del castaño, y tengo los ojos marrones. Me gusta mi sonrisa… y las Oreo con doble relleno, de ahí que no sea ninguna supermodelo. Aquella noche llevaba un vestido blanco que me llegaba hasta las rodillas, con vuelo a partir de la cintura y la espalda descubierta, detalle que solo yo conocía, porque tenía puesta mi cazadora perfecto negra a juego con mis botines *peep toes*. No me iba eso de llevar vestidos ajustados, maquillarme como si fuese a salir en televisión o ir siempre perfectísima. Tenía mi estilo. Me gustaba que mi ropa me hiciese sentir cómoda y sonreír.

Supongo que era todo lo contrario que aquella rubia del vestidito ajustado. Supongo que por eso él no se fijaba en mí. Una chica del montón no puede competir con una Barbie edición coleccionista.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó una voz, sacándome de mis pensamientos.

Me obligué a mirar al dueño de aquellas palabras y me topé con un chico más o menos de mi edad, observándome con una sonrisa y que, antes de que pudiera contestar, dio un paso decidido en mi dirección, robándome unos centímetros de espacio personal e incomodándome.

—Mia —respondí por inercia.

Tenía que aprender de una maldita vez a mandar a la gente a la playa cuando claramente se lo merecía.

—¿Por qué no nos vamos a mi casa, Mia?

Vaya, a eso lo llamo yo ser romántico. El tío que escribió el guion de *El guardaespaldas*, a su lado, un mindundi.

—No, gracias —contesté, veloz, para no dar lugar a dudas, al tiempo que me dirigía hacia la puerta.

—No te vayas —me pidió, cogiéndome de la muñeca y forzándome a girarme.

—Suéltame —le exigí, zafándome de sus dedos.

Odiaba eso, lo odiaba con todas mis fuerzas. ¿Por qué tenía que tocarme? ¿Por qué tenía que invadir mi espacio personal? ¿Por qué tenía que obligarme a seguir con una conversación cuando claramente no era lo que yo quería? Respeto, maldita sea, no es tan difícil.

Él alzo las manos rápidamente, pidiendo tregua. Otra cosa que detesto: convertir a la víctima en verdugo, como si mi justo «Suéltame» hubiese sido desproporcionado.

—No te enfades —continúo—. Quédate y no seas sosa.

—Te llevas el premio —irrumpió otra voz.

La reconocí al instante y algo dentro de mí se sintió demasiado bien como para poder expresarlo con palabras.

Mi admirador se volvió hacia él mientras Nico, el dueño del comentario, ni siquiera se había separado de la carrocería del coche ni había descruzado los brazos para entrometerse en su pobre intento de ligar.

—¿Qué estás diciendo, tío? —lo instigó el tipo.

Trató de resultar intimidante, pero no funcionó y Nico no se amilanó ni siquiera un diminuto 0,0001 por ciento.

—Que te llevas el premio —repitió con esa actitud de perdonavidas que se le daba tan bien poner— al más gilipollas de la noche —especificó—, por si te quedaban dudas —añadió, y eso fue una señora provocación en toda regla.

Nico era un chulo. Eso no se podía negar.

El tío sonrío, perplejo, como si no pudiese creerse lo que estaba viviendo, y dio un paso hacia él, otra vez intentando intimidarlo y otra vez fracasando estrepitosamente, ya que Nico ni se movió, y no fue algo en la línea de «No me atrevo», más bien todo lo contario, tipo «No te mereces que ni siquiera haga el intento de levantar un dedo».

—¿Por qué no te largas? —gruñó.

—Porque tú ni siquiera te das cuenta de que esa chica no quiere nada contigo y la estás molestando.

—¿Qué pasa? —replicó, beligerante—. ¿Acaso es tu novia?

—No —contestó Nico sin dudar y, siendo sinceras, dolió un poco. Habría molado que, al menos, hubiera tenido que pensárselo o, lo que habría sido la caña, que hubiese dudado, rollo «Yo sí quiero, la amo en secreto y la deseo como un loco, pero temo no estar a su altura…». De sueños también se vive, ¿no?—, pero no tiene que serlo para que me toque los huevos que te pases con ella.

Creo que mi admirador se sintió un poco ofendido, pero lo disimuló rápido.

—Mira —le ofreció—, ¿por qué no te vas con la rubia esa con la que estás y nos dejas a nuestra bola?

Hizo el ademán de girarse de nuevo hacia mí, lo que de inmediato logró que mis nervios volviesen a crisparse. Tenía que mandarlo al diablo. Tenía que aprender a mandar a la gente al diablo, urgentemente.

La rubia del microvestido dio un paso hacia Nico y, al tiempo que colocaba las palmas de sus manos sobre el antebrazo de él, le susurró:

—¿Por qué no te olvidas de esta tontería —es decir, de mí— y nos vamos?

Nico llevó sus ojos hasta la chica.

El ademán se convirtió en un movimiento en toda regla y el estómago se me cerró de golpe.

¿Así iba a acabar la noche? ¿Yo tratando de deshacerme de un baboso mientras Nico se largaba con la prima guapa de Margot Robbie?

«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Solo tengo que darle un soberano empujón y mandarlo a la mierda, así, sin contarme un pelo.»

El tío volvió a sonreír. Me mentalicé. Cerré los puños… No era capaz. ¿A quién pretendía engañar?

—Porque no me da la gana —sentenció Nico con la voz ronca y masculina, olvidándose de la rubia y dando un paso hacia él.

El tipo se envalentonó y se giró hacia Nico.

—¿Y qué piensas hacer?

Partirse la cara con él. Lo tenía clarísimo. Nico es así, tiene un resorte, algo dentro de él, que, una vez que salta, es imposible frenarlo… como si se hubiese forzado toda su vida adolescente y adulta a pensar antes de actuar, pero su verdadero yo, ese lleno de impulsividad, estuviese latiendo bajo la superficie, deseando tomar el control.

—Nico —lo llamó la rubia, pero él no respondió; ni siquiera se giró para mirarla.

—Nico —traté de mediar—. No te preocupes. Estoy bien.

El otro extremo de mi cuerda dio un paso más hacia su oponente y una media sonrisa dura, desafiante, casi provocadora, se dibujó en sus labios.

—Mia, entra en el local —me ordenó.

Me negué. Al fin y al cabo, yo era responsable indirecta de aquel lío. Intenté imaginar lo que le dirían Marcelo, Lucas o Rebe si estuviesen allí, aunque, en realidad, daba igual si lograba hacer una imitación perfecta de cualquiera de ellos. Nico no se caracterizaba precisamente por, llegados a un punto como en el que nos encontrábamos, escuchar demasiado a los demás.

—Nico…

—Mia —me interrumpió. Me miró y sus ojos conectaron con los míos de una manera imposible de describir con palabras—, espérame dentro. Ahora.

Otra orden y otro tío al que, al parecer, iba a tener que mentalizarme para mandar al cuerno, pero él era Nico y había pronunciado mi nombre y me había pedido que lo esperara dentro cuando a la explosión rubia ni siquiera la había mirado. ¿Pensar así? Un error. ¿Grande? Gigante. Pero no pude evitar derretirme un poco y sentirme la chica más especial de la galaxia.

No dije nada. Mi combinación cerebro-cuerdas vocales estaba temporalmente fuera de servicio. Entré y lo esperé a tres pasos escasos de la puerta, los justos para que esta pudiese abrirse sin que me la estampasen en la cara.

No sé si tardó cinco minutos o quince. Juraría que habían pasado tres canciones cuando Nico empujó el pesado metal negro con la palma de la mano y entró, pasándose la que le quedaba libre por el pelo.

—¿Estás bien? —pregunté de inmediato, saliendo a su encuentro.

No tenía sangre, observé aliviada.

Nico me miró un segundo con el ceño fruncido, creo que había olvidado que estaba allí. La ilusión se disipó un poco, pero el corazón está preparado para soportar mil y una vicisitudes, así que, cuando sus ojos azules volvieron a posarse sobre los míos, volví a aparcar todo lo demás.

—Solo era un imbécil. Ni siquiera ha tenido valor de pelearse.

—Creo que deberías dejar de hacer estas cosas. No buscar pelearte con el primero que te dé la oportunidad —respondí sin pensar y, aunque me gustaría decir que no sé por qué lo hice, en el fondo, solo estaría mintiendo. Estaba preocupada por él.

Nico esbozo una sonrisa engreída, pero también sexy y canalla y dulce y condescendiente.

—Lo he hecho por ti, ¿sabes?

—A lo mejor yo no necesitaba que lo hicieras —repliqué, muy digna—. Las chicas podemos sacarnos solas las castañas del fuego.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que seas incapaz de mandar a un imbécil a la mierda.

¿Estaba enfadado? No. Estaba siendo otra vez un maldito engreído y, de paso, jugando. Las dos cosas se le dan demasiado bien.

—Esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? —me desafió.

La canción terminó. Los ochenta quedaron momentáneamente relegados por alguien con nostalgia de la primera década de los dos mil y *La suerte de mi vida*, de El Canto del Loco, empezó a sonar.

—Tienes que aprender a afrontar las cosas de otra manera. Eres demasiado…

Sus ojos se hicieron más intensos sobre mí. Dio un paso más en mi dirección y el estómago se me llenó de mariposas volando en tropel y dibujando intrincados arabescos.

—Demasiado, ¿qué? —me torturó de nuevo.

Sabía lo que provocaba en las chicas, lo que estaba provocando en aquel instante en mí.

—¿No vas a contestar? —inquirió con una deliciosa, provocadora y torturadora sonrisa en los labios.

Por supuesto que sí. Tenía cerebro y sabía usarlo la mar de bien… casi siempre.

—Impulsivo —susurré.

Nico dio un paso más hacia mí, la distancia entre los dos se hizo indetectable y su olor me sacudió. Maldita sea, qué bien olía. Se inclinó sobre mí y las mariposas, mi respiración, todo empezó a adquirir el estado de huracanado.

—No voy a cambiar —me dejó claro, con sus labios casi rozando el lóbulo de mi oreja, haciendo el desafío todavía mayor—. No quiero cambiar. —El corazón me latía caliente, deprisa. Todo el aire del mundo me parecía insuficiente—. Ni por nada, ni por nadie.

Nico se separó lo justo y necesario para atrapar mi mirada y yo se la mantuve. Nuevamente la idea de decir algo inteligente resultó temporalmente inviable.

Me observó un par de segundos más y la misma sonrisa volvió a colarse en sus labios. Satisfecho con su obra, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo al centro de la discoteca, donde estaban nuestros amigos. Fue en ese instante concreto cuando tuve una especie de epifanía… De acuerdo, una epifanía con música pop de fondo, soy consciente de que no suena muy a revelación mística, pero estos momentos pseudotranscendentales es lo que tienen, pueden tomarte por sorpresa en cualquier parte; al menos, llevaba un vestido bonito.

Reemprendí la marcha con el paso más seguro que han guiado mis pies en toda mi vida y pasé junto a él sin mirarlo, sin detenerme.

—Pues prepárate para comportarte como un crío toda tu vida —sentencié con el toque justo de indiferencia, desdén y, lo más divertido, una pizca de condescendencia.

Al oírme, se detuvo en seco y me siguió con la mirada. Me contempló mientras avanzaba. Me sentí como la puta ama.

—De nada por salvarte —apostilló, casi gritando, para hacerse oír por encima de la música.

Giré sobre mis *peep toes* y seguí caminando de espaldas, algo bastante arriesgado teniendo en cuenta la cantidad de gente que había.

—De nada por darte un motivo para seguir creyéndote el rey del patio —respondí.

Y, entre todas las cosas que podrían haber sucedido a continuación, él sonrío, sonrío de verdad y, joder, qué bonito fue. Su sonrisa debería ser embotellada y servida como remedio para todos los males de la humanidad.

Le devolví la sonrisa y, así, la conversación más larga que había tenido con Nico Arranz desde que oficialmente compartíamos pandilla, terminó con un momento molón y sexy. Sé que, en realidad, no fue nada, que él no iba a pensar más en mí ni en aquella situación, pero esos cinco minutos me gustaron y me gusté. Me gustó la parte que él consiguió que se desperezara y saliese del cascarón.

Sin que la sonrisa se escapara de mis labios, me di la vuelta de nuevo y llegué hasta Marcelo, que me recibió berreando y moviendo las caderas.

Estuve segura de que, a partir de aquella noche, podría mandar a paseo a cualquier admirador.

*

Antes de que nos diésemos cuenta, llegó el mes de junio y, con él, los exámenes del segundo semestre. Tenía muchísimo que estudiar. Soñaba con ser periodista y me gustaba todo lo que eso significa. Sin embargo, debía reconocer que la carrera también tenía asignaturas que, más que a emocionante periodismo de investigación o a reporteros de guerra, olían a apolillados cajones de algún despacho donde alguien —sin duda alguna, un señor muy mayor que ya no aguantaba las horas de tutoría despierto— había decidido que los buenos periodistas debían saber para poder serlo y que nada tenían que ver con el oficio en sí. El quid de la cuestión: me gustasen o no, con razón o no, tocaba estudiarlas y, lo que era más difícil, aprobarlas.

Además, estaba un poco nerviosa, pero en el buen sentido; *emocionada* supongo que sería la palabra exacta. Había echado la solicitud para las becas Erasmus. Me fascinaba la idea de poder pasar un semestre completo en el extranjero: Londres, Roma y París habían sido mis opciones, aunque confiaba en que me concedieran la primera. Mi italiano y mi francés eran un poco chapuceros.

También empezó a hacer un calor sibilino, malvado, dicho en el lenguaje de los corintios. Nuestro bonito piso de Lavapiés no tenía aire acondicionado, así que, muchas de las noches, acababa levantándome a por un vaso de agua a ver si era verdad eso de que hidratarte por dentro hace que tengas menos ganas de arrancarte la piel a tiras por si sientes más fresquito por fuera.

*

—Porque he dicho que no, joder.

Oí la voz de Nico al mismo tiempo que entraba en mi apartamento con un par de libros que había sacado de la biblioteca y una bolsa llena de latas de Coca-Cola, mi elixir para estudiar y no caer en el intento.

—¿De verdad tienes el valor de preguntármelo? —continuó.

Agudicé el oído, imposible no hacerlo, y atravesé despacio el recibidor.

No tardé en ver a Nico en el salón, hablando por teléfono junto a la mesa, de espaldas a la puerta y de cara a uno de los ventanales, con una mano en la cadera y el cuerpo exudando tensión y rabia.

No había rastro de Lucas.

—No voy a aceptar nada que venga de ti —sentenció—. No voy a dejar que me digas qué tengo que hacer y me da igual si piensas que tengo derecho o no a hacerlo.

Creo que, hasta aquel día, nunca lo había visto así de enfadado. No había chulería, nada del punto canalla que imprimía a todo. Estaba cabreado realmente, con todas las letras. Nico odiaba a quien estaba al otro lado de esa conversación, fuese quien fuese.

No dijo nada más, colgó y lanzó el teléfono sobre la mesa, sin importarle dónde acabara; por suerte se detuvo en medio giro antes de llegar al borde y terminar en el suelo.

No tardó más que un segundo en volverse y me pilló de lleno, en mitad de la sala de estar, observándolo. Al reparar en mi presencia, él también me observó, como si estuviese preguntándose mentalmente qué hacía allí.

—¿Estás bien? —inquirí, y acto seguido me di cuenta del error que era, porque le estaba confirmando la idea de que había escuchado la conversación, al menos lo suficiente como para saber que no había sido agradable.

—¿Piensas preguntarme eso cada vez que nos quedemos solos? —replicó.

Trató de resultar desdeñoso, y en parte lo consiguió, pero resultó obvio que seguía enfadado y que esa charla patrocinada por Vodafone le había dolido.

—Si creo que necesitas que te lo pregunten, sí.

Nico frunció levemente el ceño. Estaba claro que no se esperaba esa respuesta. Supongo que fui demasiado sincera como para que pareciese un juego o, quizá, involuntariamente, mi voz sonó demasiado dulce, porque deseaba de corazón que estuviese bien.

Él dejo escapar todo el aire de sus pulmones con cierta majestuosidad, sin levantar sus ojos de mí.

—Es mi padre —contestó, y fue un golpe de sinceridad.

Dos extremos de la misma cuerda, ¿recordáis? Nosotros dos no nos hacíamos confesiones.

—¿No te llevas bien con él?

Negó con la cabeza en un gesto cargado de masculinidad, pero también con un aire roto, vulnerable.

—No se lo merece. Nos abandonó a mi madre, a mi hermano y a mí cuando yo era un crío y pasó de nosotros durante años. Ahora se cree que, por enviarle dinero a mi madre, tiene derecho a decidir sobre mí.

—Aunque hubiese sido un buen padre, tampoco lo tendría.

Una media sonrisa se coló en los labios de Nico. Le había gustado lo que había oído.

—Si tu padre te da un consejo, ¿no lo aceptas? —planteó.

—Una cosa es un consejo y, otra cosa, tomar una decisión.

—Todo es un poco más complicado.

Una gran frase para dar paso a un cambio de conversación, puede que a una educada despedida, pero yo conocía a Nico. Sé que suena raro teniendo en cuenta que también he dicho que apenas habíamos hablado, pero, a veces, hay una conexión que no entiendes pero está ahí, incluso si la otra persona no lo siente; no tiene por qué haber un viceversa.

—¿Por qué? —inquirí, guiada por el impulso de hacer que se sintiese mejor.

—Eres muy insistente —me riñó con la misma tenue sonrisa en los labios.

—Y, tú, muy testarudo. Necesitas hablar. Si no quieres hacerlo conmigo, llama a Marcelo o a Rebe o espera a Lucas —le ofrecí, señalando el teléfono, aunque no quería que eligiera a ninguno de ellos; deseaba que se quedase conmigo, que me prefiriese a mí—, pero no te quedes con esto dentro.

Se hizo un minuto de silencio en el que ninguno de los dos levantó los ojos del otro, pero no resultó algo incómodo; fue como estudiarnos, como dibujarnos, como guardarnos para que la imaginación lo tuviese un poco más fácil luego.

—Le hizo daño a mi madre y eso nunca se lo voy a poder perdonar —me explicó, y supe que toda esa rabia volvía a quemarle en el pecho—. Sé que tiene razón en lo que pretende que haga, que, con toda probabilidad, es lo mejor para mí, pero no puedo asentir y obedecer; con él, no.

Me planteé hasta qué punto los actos que marcan nuestra vida son fruto de los buenos consejos, de asegurarnos en tomar la mejor decisión, y cuántos lo son de la impulsividad o la simple casualidad. Tan pronto como analicé mi propia pregunta, me di cuenta de que no tenía la más mínima idea de cuál sería la respuesta adecuada ni hasta qué punto importaba o no, porque era estúpido aventurarse a decirle a nadie que dejara de meditar sobre los pasos que daba en su vida o asegurar, con la misma radicalidad, que la casualidad, los actos de los demás, incluso la suerte, jamás condicionarían lo que viviría una persona.

A cambio, entendí algo de una forma tan cristalina que pareció fabricado con gotas de lluvia. Me gustaba lo que Nico había dicho, el rechazar lo que era mejor para él por no venderse, porque me llevó de golpe a la premisa de que era un hombre honesto, auténtico, incluso cuando se equivocaba, y, sobre todo, porque, para él, en aquel momento, estaba siendo más importante lo que le decía el corazón que lo que le gritaba la cabeza.

—Pues no lo hagas —sentencié en un susurro que, sin pretenderlo, salió de mis labios lleno de dulzura.

—Ni siquiera sabes qué es lo que quiere que haga —me recordó.

—No lo necesito —contesté sin dudar, y era la pura verdad, no lo necesitaba—. No importa lo que te haya pedido, importa que nadie mejor que tú conoce tu historia. Tú eres el que sabe lo que realmente es importante para ti, lo que te duele y lo que puedes dejar atrás.

Nico apartó la vista y la perdió en el ventanal. Otra vez se quedó callado unos segundos, meditando sobre lo que acababa de decir. Eso también me gustó, me gustó que se tomara el tiempo de pensar en lo que había dicho, y me dio fuerza para continuar con la segunda parte de mi discurso.

—Pero, si nunca olvidamos el pasado, las heridas no cicatrizarán y jamás dejarán de doler.

Mis palabras le hicieron volver a conectar sus ojos azules con los míos castaños.

—No lo harías por él, lo harías por ti —aseveré, encogiéndome de hombros.

Su sonrisa, aunque seguía siendo suave, se volvió más fuerte, como si hubiese recuperado parte de toda la seguridad que siempre brillaba en él.

—Oyéndote haces que parezca fácil.

Yo también sonreí.

—Solo tienes que intentarlo.

La atmósfera cambió, como si, de pronto, en ese rinconcito de Madrid, no cupiesen los pensamientos tristes. No sé si lo que sentí fue complicidad o pequeños destellos de magia, pero algo nuevo nació entre los dos y lo inundó todo tan rápido que estuve segura de que él también lo estaba sintiendo.

—Ya estás aquí, hermano —lo llamo Lucas, entrando en el salón, rompiendo esa especie de momento místico.

Tímida, desvié rápidamente la mirada, centrándola en los libros que llevaba entre las manos. Nico, en cambio, tardó un segundo de más en asentir y otro en apartar los ojos de mí.

—Sí —contesto al fin, con la vista ya puesta en su amigo—. Marcelo nos está esperando en el bar de Pepe.

Lucas le devolvió un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Te vienes? —me planteó mi compañero de piso.

—No puedo —respondí con una sonrisa, levantando la mirada de los libros, aunque, en realidad, estaba tan en una especie de nube por lo que acababa de pasar que creo que, de haberme preguntado, ni siquiera hubiese podido decir el nombre de ninguno de los ejemplares o el motivo por el que los tenía… estudiar, ah, sí, eso era—. Tengo mucho que estudiar.

Nadie dijo nada más y Nico y Lucas se marcharon.

Decidí volver a la realidad. Fue infinitamente más complicado hacerlo que decirlo, aunque, después de una hora sentada en mi mesa, con un codo apoyado en ella y la mejilla contra la palma, mordisqueando el lápiz y con la mirada perdida al frente con sonrisa de idiota, al fin

conseguí hacer algo productivo. Para cuando llegó la hora de cenar, ya me había estudiado dos temas.

—¡Mia! —oí que me llamaban justo después de que abrieran la puerta principal. Era Marcelo.

—Me hago mucho pis —se explicó Rebe mientras sus tacones se perdían raudos camino del baño.

—¡Mia! —repitió Marcelo.

—¡En la cocina! —respondí, terminando de montar mi sándwich mixto especial.

—Deja eso —me advirtió Marcelo en cuanto compartimos estancia.

—Tengo hambre —me excusé; que en ese momento tuviese la boca llena de tranchetes también fue una buena pista.

—Lo imagino —contestó, elocuente… los tranchetes de nuevo—, pero olvídate del bocadillo y ponte los zapatos. Nos vamos a cenar por ahí. Tenemos mucho que celebrar.

—¿El qué? —inquirí con una sonrisa. Me encantan las celebraciones.

—Nico ha aceptado un trabajo en París.

¿Qué?

—¿Qué? —murmuré.

—Se marcha en dos semanas.

No podía ser verdad.

4

Nico

Veintiún días. Veintiún días con sus veintiuna putas noches. Ese es el tiempo exacto que llevo lejos de Mia y, cada vez más, me estoy convirtiendo en un adolescente enfurruñado demasiado enfadado porque no puede tener lo único que quiere.

Estoy imposible en el trabajo, aunque, todo sea dicho, es el mismo trabajo en el que me está vetada la posibilidad de escribir cualquier artículo y lo único que hago es funcionar como traductor francés-español y seleccionar teletipos. Tampoco me lo ponen fácil.

Estoy imposible con los chicos y eso me cabrea, porque ellos no se lo merecen, pero es que ya no puedo más. Quiero a Mia como un loco y cada segundo que paso lejos de ella me molesta; me quema, joder.

Pero lo peor de todo es que empiezo a estar imposible con ella, con Mia. Se suponía que yo vendría aquí y que ella lo haría muy poco tiempo después, y es fundamental subrayar el «muy»; solo debía cerrar la mudanza, dejar su trabajo en *Le Monde* y regresar a Madrid, pero nada desde que puse los pies de vuelta en esta ciudad está saliendo como esperaba.

Me dejo caer en la cama, bocarriba, y, con el *smartphone* entre las dos manos, marco su número.

—Nena —la llamo a modo a saludo, pero, en realidad, es como condensar en cuatro letras las ganas que tengo de tocarla, de que esté aquí, conmigo; donde sea, pero conmigo.

Mia calla un segundo y, en esa mínima fracción de tiempo, me hago hiperconsciente de que este silencio se escucha roto, estropeado. ¿Qué está pasando?

—Tenemos que hablar —me pide, sin bromas, sin rodeos. Su voz suena triste y un millón de posibilidades se clavan en mi estómago.

—Claro —contesto, obligándome a sonar seguro, tragando saliva, incorporándome—, ¿qué pasa?

Mia da una bocanada de aire, armándose de valor, y mi mente se lanza a ese peligroso juego de descartar hipótesis, en teoría, para quedarte tranquilo, en la realidad, pensando en cada cosa que das por hecho que no ocurrirá y a cada segundo con más miedo de que sea justamente lo que haya pasado.

—Hoy me ha llamado el señor Legard —su jefe en *Le Monde*— a su despacho y me ha dicho que no puedo marcharme todavía. Necesita que me quede aquí para cubrir la campaña de las municipales.

No. Joder. No. Me levanto como un resorte. No puede ser verdad. ¡Eso serían seis putas semanas más!

—Lo he intentado todo —continúa, con el tono acelerado y cada vez más apenado, interpretando a la perfección mi silencio—. Le he explicado que tú estás en Madrid, que ya tengo un trabajo allí en el que me están esperando, pero me ha suplicado que no lo haga, que está desesperado. Nico, desesperado.

Cierro los ojos, mortificado, al tiempo que me llevo la mano libre al pelo. Mia es así. No se puede luchar contra eso. Sería incapaz de dejar a la deriva a alguien que la necesita, que dependa de ella mínimamente, aunque eso conlleve un sacrificio personal, pero ¿qué pasa con nosotros?, ¡¿qué pasa conmigo?!

—Mia —gruño.

La quiero. Adoro cómo es, pero no puede hacernos esto.

—Lo siento muchísimo, Nico —murmura, abatida.

Y algo dentro de mí cobra vida. En una sola décima de segundo, toda la situación me supera: el trabajo, las ganas de escapar, todo lo que la echo de menos.

—Pues no lo sientas y ven ya —rujo, enfadado.

Mis palabras la pillan por sorpresa, pero se recompone rápido.

—No puedo hacerlo —me suplica que la entienda—. Llevo trabajando con él tres años. Es mi jefe y mi amigo.

—Y yo llevo echándote de menos un mes. Se suponía que solo estaríamos separados un par de semanas.

—Nico…

—Yo ni siquiera quería marcharme y ahora estoy aquí, con un trabajo de mierda, lejos de la única persona a la que siempre quiero tener cerca…

Resoplo, interrumpiéndome. No quiero que esta conversación vaya por ahí; me siento estúpidamente vulnerable poniendo todas las cartas sobre la mesa, justo ahora, justo así.

No solo se trata de follar, que también, sino de ese instinto posesivo de tener a tu chica a tu lado, aunque es verdad que sea una putada machista y primitiva. Es un sentimiento real y tangible. Mi mundo se queda a oscuras cuando ella no está, es así de cruel.

—Yo también quiero tenerte siempre cerca —dice, y tendría que quedarme con esa frase y olvidarme de todo lo demás, pero no puedo, porque el enfado y la rabia siguen agujereándome las costillas.

—Tal vez, pero está claro que nada de eso puede competir con el señor Legard.

Como un adolescente enfurruñado, ¿recordáis? Ese soy yo ahora mismo y, de paso, un completo gilipollas, pero estoy demasiado dolido, demasiado cabreado para pensar con claridad.

—No es verdad —replica, sin amilanarse.

Mi chica es la cosa más dulce de todo el maldito universo, pero también tiene carácter y, desde luego, sabe plantarme cara.

—Pues, si no lo es, mete tus cosas en una maleta y ven —la desafío.

«Ven, por favor.»

Y ese es el colmo de todos, absolutamente todos, los seres humanos cuando nos enfadamos —bueno, rectificaremos al noventa y cinco por ciento, por aquello de mantener la confianza en la humanidad—, ya que, en esas circunstancias, lo hacemos todo infinitamente más complicado de lo que es. Si le hubiese dicho a Mia que no lo estoy pasando bien, que la necesito, estoy seguro de que ella habría regresado a Madrid mañana mismo; si se lo pidiese, se cogería unos días antes de que la campaña avanzara y los pasaríamos juntos aquí o en París. Puede que incluso nos quedásemos a vivir a medio camino y todas las mañanas nos montásemos en un tren en la estación principal de Burdeos, cada uno en una dirección.

—No puedo —responde, y sé que en ese instante ha comenzado a llorar.

Sin embargo, elijo enfadarme, culparla, porque me duele demasiado no tener lo único que no sé echar de menos.

—Está bien —sentencio, dolido, dando la conversación por acabada.

—Nico…

—Nos veremos dentro de seis semanas —la interrumpo.

Cuelgo antes de darle tiempo a decir nada, dejo que el teléfono se pierda sobre la cama y me llevo las manos al pelo para acabar deslizándolas sobre mi nuca y luego colocar las dos palmas abiertas en la cómoda e inclinar mi cuerpo, demasiado tenso, sobre ella. Si la hubiese oído llorar un segundo más, habría salido corriendo al aeropuerto para tomar el primer avión hasta ella.

—¿Por qué no puedes estar aquí, nena? —susurro.

Definitivamente, nada está saliendo como quiero. ¿Por qué tuve que marcharme de París?

*

A la mañana siguiente tengo que correr para coger el metro y no mojarme, lo que solo hace que esté aún de mejor humor. Parece que, de pronto, Madrid ha decido que extraña el diluvio universal y, no sé, ver a Antonio Resines vestido de Noé.

—Hola, majestad —me saluda, burlona, Rebe, con los brazos cruzados para mantener el calor y un cigarrillo entre los dedos, protegiéndose de la lluvia bajo el soportal del edificio principal del periódico.

—Hola —saludo, algo adusto, deteniéndome a su lado.

—Tienes que aprender el uso y funcionalidad del paraguas, te sacaría de muchos problemas.

Le sonrío tirante y ella, encantada, repite mi gesto, mostrándome todos los dientes.

—¿Estás bien? —me pregunta, perspicaz, aunque tampoco es que haga falta ser un genio para ver que algo va mal. Ya os lo he dicho. Estoy «encantador».

—Sí —respondo, sacándome el teléfono del bolsillo y revisando los emails.

Una cosa es que sea obvio que me ocurre algo y otra que esté dispuesto a hablar de ello.

—¿Todo bien con Mia?

—Sí —contesto, con los ojos aún fijos en las cinco pulgadas de pantalla.

—¿Contento con tu trabajo?

—Contentísimo.

—Pues no sabes cómo me alegro por ti.

Sonríe otra vez con ese gesto de listilla de la clase que me pone de los nervios.

—¿Vas a seguir tocándome los cojones mucho rato? —planteo así, básicamente por saber.

—Depende —me deja claro sin dudar—. Es divertido.

Divertido… Qué curioso, porque a eso podemos jugar los dos.

—Y, tú, ¿todo bien? —pregunto.

—Claro que sí —responde, felicísima.

—Con Lucas, ¿todo bien?

—Ajá.

—¿Todo bien con que no quiera casarse?

Rebe me mira, mal, y enarco las cejas como si no supiese que acabo de meter los deditos en la herida.

—Lo hemos hablado como personas adultas —me informa, alzando la barbilla— y está todo bien.

—Pero con que todavía no quiera que viváis juntos… —dejo en el aire.

—Todo bien —afirma con vehemencia, diría ella, molesta, diría yo.

—Y en el curro, desbocada y sin frenos, ¿no?

—A tope —sentencia, malhumorada.

—¿Cuándo te ascienden?

ME-FULMINA-CON-LA-MIRADA.

—Eres gilipollas —me insulta, regresando al interior.

—Pues, curiosamente, ahora me siento mejor —comento, encogiéndome de hombros—. ¡Fastidiarte es mi medicina preferida! —añado, alzando la voz para que pueda oírme.

Rebe no se detiene, solo alza la mano y me enseña el dedo corazón.

—¡Maleducada! —digo y, por primera vez en todo el día, sonrío.

En el trabajo, lo más emocionante que hago es revisar teletipos y un par de llamadas a un reportero francés que no habla nada de español.

Dejo caer el bolígrafo sobre la mesa con hastío al tiempo que resoplo, y resoplo porque llevo una mañana «genial» de una semana «genial» de un mes que, estoy seguro, será jodidamente «genial», y el genial aquí está cargado de tanta ironía que podría embotellarla y venderla como si acabara de salir del puto manantial de Vichy Catalán.

—¿Has repasado los teletipos? —me pregunta la directora, deteniéndose frente a mi mesa.

Alzo la vista y clavo mis ojos en los de ella. Sabe que sí, igual que yo sé que lo sabe. Esto es solo su manera de recordarme quién manda y tratar de doblegarme. El problema es que yo soy

como soy —y eso que me pasa con la autoridad— y, en vez de bajar la cabeza y asentir, como hacen todos por aquí, le mantengo la mirada, desafiante y, lo reconozco, más chulo de lo que claramente es buena idea. No sé funcionar de otra manera y, francamente, tampoco quiero. Voy a pasarme el próximo año revisando teletipos, perfecto, pero nadie va a obligarme a que me guste, a que sea lo que desee hacer y, mucho menos, a darle las gracias.

—¿Has corregido el artículo de Acosta?

No os equivoquéis. Con esa «corrección» lo único que se me ha permitido hacer ha sido señalar las faltas de las partes del texto traducidas del francés. Soy el puto traductor de la sección.

—Sí —contesto, y el inicio de una sonrisa se cuela en sus labios, como si estuviese consiguiendo que el lince entrara en la jaula—. Ya he hecho de profesor de francés con él.

Su gesto cambia de inmediato y la campana imaginaria de un ring de boxeo suena desde algún punto de la redacción.

Estoy tan enfadado que ni siquiera puedo pensar. Nunca he sentido tanta rabia, joder. Me estoy ahogando. Es como haber aceptado vivir con mi padre, estudiar lo que él pretendía, hacer las practicas donde él eligió, aceptar sus consejos, su dinero.

Ruiz no lo duda. Toma la tercera carpeta de las que lleva apoyadas en su antebrazo y la deja caer sobre mi mesa.

—Tradúceme esa nota de prensa —dice en cuanto el dosier aterriza delante de mí—. Ahora.

Observo la carpeta sintiendo cómo esa misma rabia se acomoda en mi pecho. Ella gira sobre sus talones, satisfecha por haber hecho de mi vida laboral un pozo un poco mayor, y regresa a su despacho.

Lo peor de todo es que soy consciente de que ni siquiera necesita esa nota, que es tan estúpidamente simple que podría traducirla con el puto traductor de Google. Quiere demostrarme lo lejos que estoy de volver a escribir.

No puedo más, hostias.

Me levanto como si el puto asiento estuviese en llamas y voy hasta las escaleras, bajo, subo, ni siquiera lo sé, solo soy consciente de que acabo delante de una máquina de *vending* y, antes de que pueda controlarme, me lío a golpes con ella.

Y en mitad del alivio liberador de estar sacando a puñetazos todo lo que me está ahogando, las piezas empiezan a encajar y no es el trabajo, no es haber regresado a Madrid, es estar lejos de ella. Desde que ayer me llamó, desde que discutimos, desde que la dejé llorando, no he podido pensar en otra cosa. Necesito tocarla. Necesito tenerla cerca. Necesito poder respirar.

Estoy cansado de todo.

Regreso a la redacción a regañadientes, traduzco la nota y salgo disparado en cuanto tengo la oportunidad. Hay gente que no vale para tener un trabajo de oficina de esos de ocho a cinco, fichar al entrar, al salir y vuelta a repetir lo mismo sin levantar la cabeza de tu mesa. Quizá yo

sea una de esa personas, pero precisamente por eso elegí ser periodista en vez de oficinista o abogado, y no pienso permitir que nadie me robe el amor que tengo por mi trabajo.

*

—Solo una tienda más, hermano —me pide Lucas con ese aire de surfista, a pesar de estar en Madrid y a trescientos sesenta kilómetros de la playa más cercana.

Resoplo, haciéndome de rogar, pero, finalmente, acepto. Hemos quedado para comprar su regalo de aniversario para Rebe y ya nos hemos recorrido el número infinito de plantas de FNAC, las de El Corte Inglés y cada tienda diminuta de cada barrio del centro de la ciudad… Bueno, puede que esté exagerando un poco, lo reconozco, pero es verdad que hemos visto muchas muchas muchas tiendas en busca de algo especial y todas las ocasiones en las que he sugerido que la esperara desnudo con un lazo en la polla han sido ignoradas con un espléndido estoicismo.

—¿Eso es lo que le regalaste a Mia por su último cumpleaños? —me pregunta Lucas, tratando de desmontar mi teoría.

Sonrío y no necesito más que un segundo para recordar cómo se iluminó la cara de mi chica cuando le enseñé su regalo, exactamente tres meses atrás. Fue una cursilada con todas las letras, pero ver cómo sonrío, cómo me abrazó, sin duda, mereció la pena.

—Sí —miento, desdeñoso—, pero yo necesité un lazo más grande —me burlo.

Intento ser… ¿cómo era?, ah, sí, estoico, pero no puedo más y sonrío abiertamente mientras Lucas emite una irónica carcajada.

—Muy gracioso, majestad.

Me encojo de hombros, en absoluto arrepentido, y mi amigo acaba dándome por perdido.

—Entremos aquí —comenta, deteniéndose, absorto en un escaparate unos metros después.

No me da tiempo a responder cuando abre la puerta haciendo sonar la campanita. En cuanto la tienda entra en mi campo de visión, algo, no sé si bueno o malo o confundido, se despierta en mí. Estamos en la librería de Alma.

—¿Cuándo hemos llegado a Malasaña? —inquiero, aunque la palabra adecuada habría sido *refunfuño*.

—Yo qué sé —me ofrece Lucas por toda respuesta mientras observa el local con una sonrisa.

No puedo negarlo. Es un sitio increíble, especial… pero yo no debo estar aquí.

—Hola.

La voz nos saluda al tiempo que sale de la trastienda. Es una chica, pero no es ella. «¿Dónde está Alma?» Pensamiento equivocado. Mejor que Alma no esté y nos atienda esta chavala con pinta de hípster de día y devoradora de tumbas de noches; sí, se puede ser una gótico-hípster y, sí, eso solo puede pasar en este barrio.

—¿En qué puedo ayudaros?

La puerta suena cuando Lucas está a punto de contestar y todo mi cuerpo sabe que no es un cliente más. Me giro a tiempo de ver cómo la madera encaja en el marco tras ella y Alma sonríe con los ojos sobre mí y un «Hola» en los labios.

Me obligo a no devolverle ninguno de los dos gestos, pero no puedo evitar que mis ojos sigan en ella, recorriéndola de arriba abajo.

Los dos tardamos al menos quince segundos en salir de esta especie de burbuja, como si esta librería fuese una isla perdida en el Pacífico y, nosotros dos, los únicos habitantes en ella.

—Estoy buscado un regalo para mi chica —explica Lucas, abducido ya por una de las estanterías repletas de libros, devolviéndonos a la realidad.

—Gracias, Diana —comenta Alma, caminando hasta Lucas—. Ya sigo atendiéndolos yo.

La empleada asiente y vuelve a perderse en la trastienda.

—¿Chica especial? —inquiere Alma.

Mis ojos vuelven a seguirla, a dibujar cada pliegue de sus vaqueros apretados y su camiseta llena de mariposas de colores. Me quedo fascinado con cómo la coleta de su indomable cabello negro se bambolea a un lado y a otro, como un barco atravesando mareas misteriosas, salvajes, vivas.

—Mi novia —aclara él.

Y, en cuestión de una sola décima de segundo, me ofusco porque él haya pronunciado con tanta facilidad las dos mismas palabras que parecen esquivar todas las conversaciones que tengo entre estas cuatro paredes.

—¿Qué tipo de literatura le gusta?

—Toda —responde sin dudar.

Sonrío. Tiene razón. Rebe puede aparecer con una novela de Kafka un día y, al siguiente, con una de esas en las que un hombre sin camisa y con la melena al viento sostiene a una mujer que, no sé por qué, está al borde del desmayo en la portada. Es capaz de llevarse a la playa *Los pilares de la Tierra*, con lo que pesa, por el amor de Dios, y tener en la mesita una novela de Agatha Christie raída por la infinidad de veces que la ha leído.

—¿Le gusta la romántica? —indaga, con una sonrisa.

—Sí —contesto por él.

Su gesto se ensancha y algo me dice que no tiene nada que ver con el romanticismo… impreso. Camina, decidida, hasta uno de los estantes, rebusca con el dedo índice, adornado con dos anillos de plata y la uña pintada de azul, recorriendo la hilera de lomos de libros y saca uno.

—*Los héroes son mi debilidad* —lee Lucas cuando se lo entrega—. ¿Es romántico?

—Sí. Susan Elizabeth Phillips es una de las mejores autoras del género —nos informa.

Lucas y yo nos miramos, poniendo sobre nuestra mesa telepática la misma teoría.

—¿Y por qué no hay un hombre sin camisa en la portada? —pregunta mi amigo.

Alma ríe suavemente y el sonido se llena de música.

—Puedo darte uno de ese estilo, pero creo que va a ser un poco… —divertida, finge tener

que buscar la palabra adecuada— diferente de lo que estáis pensando.

Lleva la mano hasta el estante de abajo, mueve uno de los libros, atrayéndolo de nuevo con el índice, revelando poco a poco la cubierta y, con ella, a un tío de frente, con un peinado de moda, sin camisa y con una colección de abdominales. No hay chica al borde del desmayo; supongo que se cayó más rápido de lo que él pudo cogerla.

Lucas y yo gruñimos a la vez en ese gesto tan de tíos de «Pasamos de ver a otro semidesnudo» y Alma vuelve a sonreír, orgullosa y encantada de haber demostrado que tenía razón.

—El de Susan Elizabeth Phillips entonces, ¿verdad?

Los dos asentimos. Ha ganado por goleada.

Alma se dirige al mostrador y nosotros la seguimos, pero, a medio camino, un libro llama la atención de Lucas, que me da su tarjeta de crédito y me pide que me encargue de pagar. Resoplo. No es una buena idea. Debería estar caminando en la dirección opuesta… pero no tengo nada que hacer. Mi amigo, actualmente, vive en una estantería y, por mucho que me niego, ni siquiera me escucha.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Alma, al otro lado de la barra.

—Me cobras, por favor —respondo, dejando el trozo de plástico sobre la madera.

Ella frunce el ceño, incapaz de entender por qué me estoy comportando así, pero un segundo después vuelve a sonreír, como si hubiese decidido no rendirse.

—¿Cómo va todo? —insiste.

La miro con la mente funcionándome demasiado rápido y mi cuerpo tirando de mí en dos direcciones opuestas a la vez.

—Tengo novia —suelto sin dudar.

Al pronunciar esas dos palabras, parte de la confusión se evapora, pero, sin comprender por qué, sigo sin sentirme bien.

Alma clava sus preciosos ojos negros en los míos, tratando de leer en mí, y, tras unos segundos, asiente, humedeciéndose el labio inferior. El gesto tiene un eco directo en una parte de mi cuerpo y todo se complica infinitamente más, joder.

—¿Puedes cobrarme? —me fuerzo a reconducirme.

Ella asiente de nuevo, rescata la tarjeta de encima del mostrador y pasamos el siguiente minuto dejando que el ruido del papel de regalo al doblarse y plegarse lo inunde todo.

—¿Ya está? —pregunta Lucas, de vuelta al mundo de los *muggles*.

—Sí —contesto, y no puedo evitar que mi tono suene sombrío.

Lucas coge la bolsa que Alma le tiende, le da las gracias y los dos nos dirigimos a la salida.

—Adiós —se despide Lucas.

—Adiós —repite ella.

Solo un par de pasos más y podré olvidarme de esto. Yo quiero a Mia.

—Adiós, Nico.

Y otra vez, exactamente como la primera, mi nombre en sus labios me detiene en seco.
Me giro. La veo. Todo se complica mucho más.
—Adiós, Alma.
Todo se complica de verdad.

5

Nico

Al terminar la universidad, estaba enfadado con el mundo. Tenía planes que mi padre se empeñaba en tirar por tierra, acusándome de ser un bala perdida. Dejar mi piso, para él, fue una prueba de que no sabía lo que quería, cuando, en realidad, estuvo motivado precisamente por lo contrario: en catorce días iba a marcharme a París, muchas cosas iban a cambiar en mi vida y no pensaba soltar las riendas en ningún momento.

Me mudé con Lucas. Su piso era grande y su habitación lo suficiente como para poder instalar en ella un futón y dormir medianamente cómodo las dos semanas siguientes. Además, viviendo en la misma casa, podríamos estar juntos todos los días, justo lo que necesitaba, porque, sin lugar a duda, era lo que más echaría de menos. Estar con él, con Rebe y con Marcelo… y con Mia.

Mia.

Antes de aquella noche en la discoteca, cuando la defendí de ese imbécil, ni siquiera podría haber recordado la última vez que habíamos hablado o si lo habíamos hecho a solas alguna vez. Después, ella escuchó aquella conversación con mi padre. Cualquier otra persona habría disimulado con tal de no reconocer, aunque fuese implícitamente, que había estado espiando, pero ella no. Me preguntó si estaba bien a bocajarro y yo, en vez de soltar un elocuente «No es asunto tuyo», le contesté porque tuve la sensación de que realmente se estaba preocupando por mí, sin dobleces, sin segundas intenciones, y eso me gustó.

Fui sincero. Ella lo fue. Y hablamos, de verdad. Eso también me gustó. No sabía hasta qué punto aquella conversación había tenido algo que ver, pero tomé la decisión que quise tomar: París.

Los días siguientes fueron… diferentes, pero en el buen sentido. Vivir con Lucas implicaba vivir con ella, y hacerlo me sumergía en situaciones como verla maquillándose en el baño, pintándose las uñas de los pies en el sofá mientras escuchaba música, bailar descalza. Mia era una chica tímida y observarla en aquellos momentos conllevaba la palabra *intimidad,* así que me hacía sentir afortunado y pervertido a la vez, como si estuviese delante de algo que no debería poder ver, como si detrás de toda aquella inocencia se escondiese toda la sensualidad del mundo.

Ella nunca decía nada, solo se sonrojaba y apartaba la mirada con una sonrisa. Eso me hacía sentir extrañamente poderoso; lograba que la sangre me corriera más rápido.

El viernes, oficialmente, era mi noche número catorce en casa de Lucas, lo que significaba

irremediablemente que al día siguiente cogería un avión con destino a París.

Salimos todos a celebrarlo… cena, unas copas, un local con buena música. Con el cambio de garito, Rebe y Mia pillaron un taxi y se marcharon a casa; Marcelo, Lucas y yo seguimos de fiesta. Iba a echarlos demasiado de menos.

Dos horas después, Lucas abrió la puerta de su piso, tambaleándose, a las cuatro y pico de la madrugada, y los tres estallamos de risa, aunque estoy seguro de que, si nos hubiesen preguntado por qué, ninguno habría podido decir qué nos hacía tanta gracia en aquel momento.

—¿Vas a poder llegar a tu habitación? —le planteé, observando cómo tomaba el pasillo en dirección a su dormitorio.

Me hizo un vago gesto con la mano, indicándome que me metiera en mis cosas, y alcanzó su puerta, que abrió con problemas, pero finalmente abrió.

—Dame un besito mañana antes de irte —dijo Marcelo antes de tirarse en plancha en el sofá.

Lucas estaba borracho. Marcelo, solo hecho polvo. Yo, milagrosamente, sobre todo después de la última ronda de chupitos, aún mantenía el pleno uso de mis facultades mentales.

Me aseguré de que la puerta principal estuviera cerrada, tapé a Marcelo con mi beisbolera, apagué las luces y giré sobre mis talones para dirigirme a la habitación de Lucas, en la que también estaba Rebe. Solo esperaba que esos dos estuviesen comportándose.

Apenas me había alejado unos pasos del salón cuando una puerta sonó. La oscuridad en la que estaba sumida la casa me dio la nocturnidad y alevosía que necesitaba para ver a Mia salir de su cuarto con una vieja camiseta de Iron Man y unas bragas de lencería blanca, una combinación extraña en la teoría y perfecta sobre su piel. Tenía el pelo revuelto y la piel suavemente encendida, y todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se activaron a la vez. Joder. Estaba preciosa y sexy. Era como un sueño erótico salido de las páginas centrales de una *Playboy*. Era como sentir, de verdad, sin barreras.

Di un paso atrás para meterme de nuevo en el salón y mis ojos la siguieron, recorriéndola de arriba abajo en su camino hasta la cocina. Abrió la nevera y la luz dibujó sus piernas contorneadas. Una media sonrisa dura y exigente se coló en mis labios mientras volví a comérmela con la mirada. Era deseo y excitación, inundándolo todo.

Mia bebió de la botella de agua. Unas gotas resbalaron por la comisura de sus labios y, cuando terminó, se las secó delicadamente con el reverso de los dedos. La imagen tuvo un eco directo en mi polla, que se despertó de golpe, pidiendo pulsar el botón de rebobinar para volver a ver esa escena un millón de veces.

Ella salió de la cocina y volvió a su habitación. Cuando la puerta se cerró de nuevo con suavidad, sentí una mecha imaginaria prendiéndose en mi interior.

La deseaba.

Con todas las condenadas letras.

No lo pensé, y con toda probabilidad debería haberlo hecho. Fui directo a su habitación y, sin llamar, sin ni siquiera pronunciar palabra, entré, cerré a mi paso y, en un acto de locura total, me

tumbé sobre ella, tomándola por sorpresa.

Mia estuvo a punto de gritar, pero le tapé la boca con la palma de la mano.

J-O-D-E-R.

¿En qué me estaba convirtiendo? En un pervertido, en un maldito acosador. ¿Es que no era capaz de pensar con claridad?

Busqué sus ojos. Estaban muy abiertos, brillantes… expectantes. Una milésima de segundo de confusión fue la antesala de toda la excitación del mundo. Ella también deseaba eso. También quería eso.

—No era capaz de pensar en otra puta cosa —susurré, apartando la mano despacio, emborrachándome de sus increíbles ojos castaños.

Mia se movió debajo de mí con timidez, pero llena de una burbujeante seguridad, hasta que mis caderas encajaron en las suyas y la costura de mis vaqueros rozó el encaje de esas bragas que me habían hecho perder el juicio.

—Yo me siento exactamente igual —murmuró, dejando a sus ojos bailar de los míos a mi boca.

Y, sencillamente, el deseo descontrolado tomó el mando.

La besé con fuerza. Ella me devolvió el beso. Perdí las manos en sus caderas, apretando con anhelo, buscando inconscientemente marcar su piel con mis dedos, dejar una prueba tangible de que había estado en esa cama, de que la había tenido debajo de mí.

Mia hundió las manos en mi pelo y una sonrisa que sonó preciosa se coló en sus labios, contagiándose de inmediato en los míos, poniéndonos complicado y más bonito eso de besarnos con ganas.

Me desabrochó la camisa con dedos nerviosos y yo me deshice de su camiseta. Me separé un segundo para observarla, porque necesité hacerlo, como si el ímpetu voraz se hubiese detenido para susurrarme «Para y mírala, me vas a agradecer la visión el resto de tu vida», y, joder, cuánta razón tenía.

Cogí un condón del bolsillo trasero de mis vaqueros y me lo puse más rápido que en todos los días de mi vida. Volví a bajar mis manos por su cuerpo, acariciando sus costados. Le rompí las bragas y la polla se me puso aún más dura cuando sentí el encaje deshacerse entre mis dedos.

Entré en ella de golpe, sin preguntarle si estaba lista, sin jugar, porque lo necesitaba, porque sabía que ella también se moría de impaciencia, porque sabía que ya estaría mojada para mí.

Me moví con fuerza, con hambre… saliendo casi del todo cada vez, entrando hasta el fondo cada vez, rápido y duro, todo lo rápido y duro que quería ser, porque otra vez era como si la complicidad mejor dibujada del universo lo dominase todo, como si fuésemos el yin y el yang, como si encajásemos a la perfección y, entonces, pasó: la calidez de su sexo le ganó la partida al deseo y me quedé quieto, aturdido, porque nunca me había sentido así, nunca había sentido que estuviese acariciando algo perfecto con la punta de los dedos.

—No te pares, por favor —me suplicó, con la voz jadeante y los ojos cerrados, dulce, con la

piel encendida, brillante; un maldito sueño.

Sonreí y me juré que iba a disfrutar cada segundo de esa noche.

—No me pararía por nada del mundo —sentencié, notando la sangre volviéndose más húmeda, más caliente en cada una de mis venas.

Y volví a entrar, a salir, a sentir.

Mia gimió y creí que iba a perder los putos papeles, porque verla excitada resultó ser lo mejor de todo. Yo tenía veintidós años y había follado más veces de las que podía recordar, con más mujeres de las que podía recordar, y aquella noche todo estaba siendo nuevo, mejor. Era calidez y dulzura, ganas de morderla, de chuparla, de hacer que se corriera hasta que perdiera el conocimiento. Me sentía a punto de pedirle que folláramos lento, de acariciarla despacio por todos lados, pero también quería asegurarme de que mis vaqueros le dejaran marcas en la parte interior de los muslos, correrme en su boca, ordenarle que se lo tragase y que me mirara a los ojos mientras lo hacía.

—Nico —jadeó, encaramándose a mis hombros, arañándolos suavemente cuando el placer se hizo tan grande que nos ganó la partida a los dos.

—Quiero hacerte de todo, joder —rugí, porque la euforia también estaba serpenteando, indomable, por mi cuerpo, porque por primera vez no estaba controlando el sexo, no era mi arma, sino que el sexo me estaba controlando a mí.

Ella se revolvió entre el colchón y mi cuerpo como si mis palabras fueran lo mejor de todo, y una sonrisa dura, exigente, se coló en mis labios.

—¿Qué quieres tú que te haga? —susurré con mi boca casi tocando el lóbulo de su oreja, imprimiéndole a esa frase la seguridad de veintidós años de perdonavidas.

Mia ahogó un nuevo gemido y abrió los ojos buscando los míos mientras su respiración se hacía más y más caótica.

Mi pregunta la había dejado aturdida y, al mismo tiempo, llevado al paraíso por la vía exprés.

La embestí de nuevo, más fuerte, más lejos, y giré las caderas en un delirante círculo. Mia volvió a gemir, casi gritar, y tuve que clavar el puño con más rabia contra el colchón para no perderme allí mismo.

—Todo lo que quieras —murmuró, y su voz sonó dulce y decidida a la vez, tímida y valiente, libre. Joder, su voz sonó de la manera perfecta para decirme que se entregaba a mí sin condiciones.

Mi polla se puso más dura dentro de ella, si es que eso era posible, mis dedos más posesivos en su cadera. En aquel momento, en aquella cama, ella era mía. Me importaba una mierda todo lo demás.

—Quiero partirte en dos —siseé justo ante de cogerla con ímpetu, movernos a los dos y dejarla de rodillas delante de mí, de espaldas a mí.

Volví a entrar con la misma rudeza, mis vaqueros chocaron contra su culo y me di cuenta de que nada de eso me bastaba, que necesitaba ser más hosco, más rápido, que necesitaba sentirla de

todas las putas maneras posibles.

Moví mi mano. Acaricié su sexo.

—¡Dios! —gritó antes de dejarse caer hacia delante, presa del placer puro, eléctrico.

Desbordada, apoyó las palmas de las manos en el colchón y su cuerpo se arqueó, pero yo la necesitaba más cerca. Deslicé mi mano hasta su cuello, apretándolo suavemente, y la obligué a volver a apoyar su espalda en mi pecho.

Mi otra mano volvió a su sexo y mis dedos resbalaron por toda su humedad sin dejar de embestirla una y otra vez.

—Nico —gimió, inconexa.

Tragué con dificultad.

El placer se arremolinó en la parte baja de mi espalda. Estaba completamente desnuda, con el cuerpo perlado de sudor, los labios entreabiertos pronunciando mi nombre como si fuera una oración. El mejor espectáculo de todo el condenado universo.

—Quiero que te corras tantas veces que te duela —la torturé.

Y, como si quisiese empezar a obedecerme, alcanzó el orgasmo con fuerza, sacudiéndose contra mí.

La tumbé, flanqueé sus muslos con mis rodillas y me deslicé al lugar más cálido del mundo. Sacudí la cabeza, obligándome a no acabar todavía. Al día siguiente me marchaba a París. No podría volver a tocarla, y no estaba preparado para renunciar a ella tan pronto.

La giré entre mis brazos. Necesitaba verle la cara, mirarla a los ojos. Sujeté sus muñecas por encima de su cabeza con una de mis manos y llevé la otra hasta sus pechos. La embestí. Su cuerpo empezó a temblar suavemente; el mío se sentía en una puta montaña rusa, donde solo subía y subía.

Pasé la palma por sus pezones, duros, y ella gimió otra vez contra mi cuello, casi un grito. Volví a repetir la operación. Su cuerpo se arqueó. Mia era jodidamente receptiva y eso lo hacía todo mucho más divertido. Agarré uno de sus pechos con ímpetu, sintiendo cómo encajaba a la perfección en mi mano.

—Nico —gimió.

Su voz, sus gemidos, notar en ellos esa ternura, esa timidez y toda su valentía… eso era lo mejor de todo.

—Dilo otra vez —le ordené.

—Nico.

—Joder, otra vez —le pedí.

—Nico.

Y me corrí dentro de ella, sin dejar de entrar, de salir, de apretar sus manos contra el colchón, de viajar por su piel desnuda con la yema de los dedos, de querer sentirla, incluso en ese momento, más, más y más.

—Nena —susurré, con la respiración jadeante, contra sus labios.

Acababa de tener el mejor sexo de toda mi maldita vida.

Salí de ella despacio. Mia se estremeció y una sonrisa, que se coló en sus labios, de nuevo se contagió en los míos.

Alcé la mano y lentamente repasé el contorno de su cara con los dedos, con los ojos fijos en el movimiento.

—¿Estás bien? —pregunté.

Y me sorprendí, porque las dos cosas, a pesar de todas las jornadas de sexo a las que me había enfrentado, eran nuevas para mí. Quería saber cómo estaba, de verdad; quería asegurarme de que se encontraba bien, de que había disfrutado; que me dejaría volver a tocarla, aunque el tiempo y la aplastante geografía jugasen en nuestra contra.

Ella asintió, su sonrisa se hizo más grande y la mía siguió el mismo camino.

—Solo necesito ir un momento al baño —se excusó.

Serpenteó bajo mi cuerpo y hasta eso lo hizo con dulzura y timidez. Una vez de pie, se puso veloz la camiseta y desapareció.

Sonreí, observándola, y creo que seguí haciéndolo hasta que regresó un par de minutos después, aunque aproveché el tiempo para deshacerme del preservativo. Cerró la puerta despacio y, con el paso dubitativo, avanzó hasta la cama, donde yo me había acomodado: las palmas de las manos apoyadas en el colchón a mi espalda, sosteniendo el peso de mi cuerpo, una pierna estirada y la otra un poco flexionada, ambas sobre la cama, aún con los vaqueros, todavía sin camiseta.

Mia tomó asiento y dio una bocanada de aire, nerviosa. La imagen me gustó y anidó bajo mis costillas. Al imbécil que todos los tíos llevábamos dentro, responsable de nuestras peores decisiones, le gustaba que fuese tímida. Esa sensación de verla así, con la piel sonrojada y los labios hinchados, jodidamente sexy, era un placer del que pocos habían podido disfrutar y en ese instante era todo mío.

—Todavía me quedan cuatro horas hasta que me marche a París —dije.

No necesité que ella hablara primero, porque sabía de sobra lo que estábamos pensando los dos. Era una putada que eso hubiese pasado cuando tenía las horas contadas, pero de nada valía dedicar un solo segundo a arrepentirse por no haber dado antes el paso cuando podíamos hacer cosas… más interesantes.

Mia se mordió el labio inferior y ese gesto me recorrió la espina dorsal, reactivando todas mis terminaciones nerviosas.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó.

—Lo tengo clarísimo —sentencié, incorporándome ágil, tomándola de la muñeca y tirando de ella hasta que estuvo sentada en mi regazo.

Mia rompió a reír, feliz, y el sonido viajó por mi cuerpo, iluminándolo.

Me frené a un escaso centímetro de su boca, con los labios entreabiertos, provocando que un jadeo acelerado se escapara de los suyos. La miré a los ojos; quería torturarla, desafiarla, que su

piel recordara la mía durante semanas.

—No quiero dejar de follarte un solo segundo —rugí.

Estrellé mis labios contra los suyos y nos tumbé sobre el colchón, haciéndome un hueco entre sus piernas con las mías. No pensaba desperdiciar un solo instante con ella.

*

Cuatro horas después estaba de pie junto a su cama, abrochándome el reloj, con el pelo aún húmedo de la ducha, con una media sonrisa en los labios y los ojos fijos en Mia, que dormía plácidamente, acurrucada contra la almohada.

Apoyé una mano en el cabecero y otra en el colchón y me incliné sobre ella para darle un último beso. Mia murmuró algo ininteligible en sueños, pero no se despertó. Estaba agotada y yo, orgulloso de ser el responsable. Sonreí y le acaricié la nariz con la mía solo para fastidiarla. Funcionó y mi sonrisa se hizo un poco más grande.

Me incorporé e iba a marcharme, lo juro, pero, entonces, algo en su mesita de noche llamo mi atención. Era uno de esos cuadernos con la cubierta trabajada para que parezcan un viejo libro de viajes. Curioso, lo cogí y lo abrí por una página cualquiera. Automáticamente, mi sonrisa se transformó en una más dura, pero también más canalla. Era su diario. Podría decir que no lo pensé, pero ¿quién iba a creerme a estas alturas?, porque sí lo hice y, lleno de alevosía y con el placer anticipado serpenteando mi cuerpo, se lo robé.

Empecé a leerlo en el taxi, camino del aeropuerto, y no pude parar. Descubrí a Mia en todo su esplendor, y esa es la expresión adecuada, porque ella es especial. Mia es magia. Inocente, dulce, pero también inteligente, valiente, desafiante. Tiene muchas cosas que decir. Está llena de sueños e ilusiones.

En París perdí la cuenta de cuántas veces lo releí y, cuando llegó el viernes, terminé el trabajo a toda velocidad para coger un vuelo que me dejó en Madrid a primera hora de la tarde.

—¿Qué haces aquí, hermano? —preguntó Lucas, sorprendido, desde el sofá.

—Nada —mentí, sin preocuparme de que eso ni siquiera fuera una excusa.

Eché un vistazo al pasillo. La puerta de la habitación de Mia permanecía abierta. Ella no estaba.

—¿Tanto nos echabas de menos? —inquirió Rebe, con cierto retintín.

También estaba en el sofá, con las piernas encima del regazo de su novio, comiendo con una cuchara tamaño gigante de un bote de helado tamaño gigante más uno.

No me molesté en levantar la vista del dormitorio de Mia.

—¿Dónde está Mia? —indagué.

Nunca se me ha dado bien eso de andarme por las ramas, pero, concretamente, aquella tarde tampoco quería.

La sonrisilla de Rebe se hizo más evidente, pero no contestó.

—No está —respondió Lucas sin levantar la vista de la televisión. Estaban viendo una vieja película de Jack Lemon.

—Eso ya lo sé —repliqué—. ¿Dónde está? ¿Cuándo va a volver?

Quería verla. Ya.

—Parece que tienes muchas ganas de encontrarla —me picó Rebe, con ese aire de listilla.

—Algo que claramente no es tu problema.

—¿No tienes nada que contarme?

La miré todo lo macarra que podía ser.

—Absolutamente nada.

Rebe ladeó la cabeza sin levantar los ojos de mí, una clara traducción de «Ah, ¿sí, Arranz?, ¿esas tenemos?».

—Mia se ha ido con sus padres el fin de semana.

Joder.

—¿Dónde?

—A Palma —contestó Lucas, sin prestarme demasiada atención.

—¿Palma? —repetí, confuso.

—Sí, ella es de allí —continúo Rebe, con la misma actitud—. ¿No lo sabías?

Achiné los ojos sobre ella. Parecía que ese día se había propuesto tocarme los huevos, lo que solo podía significar que nos había oído la última noche que pasé en Madrid. Sabía que Mia no se lo había contado. Después de haber leído su diario, la conocía. Mia era la clase de persona que se guarda sus cosas para sí como un tesoro.

—No, no sabía que era de Palma —respondí sin remordimientos—. Perdona si no me he interesado en ella todo lo que tú consideras necesario.

—No, no te preocupes por eso. Creo que ya te interesaste mucho en ella antes de marcharte a París —apostilló, con esa sonrisilla.

Lo sabía.

Resoplé al tiempo que me llevaba las manos a las caderas. No había ido hasta Madrid para que Rebe se riera de mí. Quería tocar a Mia y eso también quería hacerlo ya.

Rebe pareció entenderlo a la perfección, porque su mirada cambió, creo que apiadándose de mí, cosa que no me gustó lo más mínimo, pero, si me servía para salirme con la mía, estaba dispuesto a comportarme… solo un poco.

—Su abuela se acaba de mudar a la sierra y Mia ha ido allí con sus padres y su hermano para estar todos juntos en las fiestas de San Juan.

—¿Y qué pueblo es?

—Eso es lo mejor de todo.

—Rebe —gruñí.

—Banyalbufar —sentenció con una sonrisa.

No me jodas. ¡¿Mi pueblo?!

*

—¿Estás listo? —me pregunta Marcelo, asomándose a mi habitación.

—Sí —respondo, cogiendo el reloj de la mesita y abrochándomelo.

Esta noche hemos quedado con Lucas y Rebe para salir. Eso no es ninguna novedad, pero la de hoy es una salida especial: celebramos su aniversario. Si esos dos fueran normales, bueno, si todos nosotros fuéramos una pandilla normal, celebrarían solos que llevan yéndose a la cama —vaaaleee, y queriéndose— desde segundo de carrera, pero somos lo que un psicólogo diría un poco disfuncionales como grupo de amigos —y absorbentes, posesivos…— y, después de que hayan cenado en un restaurante de lo más cursi, vamos a encontrarnos los cuatro para tomar unas copas en un garito del centro con muy buena pinta.

*

—¿Dónde coño se han metido? —comento, mirando a mi alrededor.

El local está hasta la bandera, pero Marcelo y yo nos las hemos ingeniado para hacernos con un sitio en la barra.

—Se habrán parado a echar un polvo —contesta Marcelo, tras darle un sorbo a su gintónic con cuidado, ya que la copa estaba llena hasta el borde.

Enarco las cejas, conteniendo una sonrisa, y él pone los ojos en blanco con dramatismo.

—A hacer el amor —se corrige a regañadientes, estirando cada letra.

Sonrío. Es un cabronazo.

—¡Aquí estáis! —oigo decir a Lucas por encima de la música; una canción muy pero que muy mala.

Sonrío y me giro para verlos llegar. Están tan acaramelados y tan sonrientes que la teoría de Marcelo me parece sospechosamente acertada.

—Te lo dije —canturrea el científico de pacotilla en mi oído.

—Feliz aniversario — les digo solo para cambiar de tema (y, por favor, Dios mío, de imagen mental).

—Gracias, hermano —me lo agradece Lucas, sonriendo.

—Felicidades, preciosa. —Me acerco a Rebe con una sonrisa que me devuelve justo antes de que nos demos un abrazo.

Puede que nos pasemos la vida fastidiándonos, pero nos queremos con locura.

—Gracias, majestad —contesta, aún entre mis brazos.

—Pedíos una copa y larguémonos de la barra —les ofrezco.

Un par de minutos después, cada uno tiene un cubata en la mano y estamos listos para perdernos en el garito.

—Espera —me avisa Lucas cuando ya había empezado a moverme, alejándome—. Falta alguien.

Frunzo el ceño. ¿Quién? Ya estamos todos; en realidad, no estamos todos, falta ella. De pronto, mi cuerpo se llena de adrenalina y una media sonrisa se dibuja en mis labios. Está hablando de Mia. Está aquí. Todo esto es una puta sorpresa.

Las ganas me traicionan y doy un paso hacia mi amigo.

—¿Mia está aquí? —pregunto, acelerado.

Quiero que esté aquí.

—¿Mia? —replica Lucas, confundido.

—Hola —nos saludan a mi espalda.

Esa voz.

Me giro y ahí está, Alma, frente a mí, con un vestido increíble que resalta cada una de sus curvas, con el pelo largo, negro, suelto, y los ojos espectaculares, sonriéndome a mí, mirándome solo a mí… y me gusta que lo haga… y no puedo.

No puedo. Joder.

—La invité yo —se explica Lucas—. Volví a librería a por un libro para mí y me dijo que erais amigos.

—Tengo que irme —prácticamente interrumpo a mi amigo.

Sin esperar respuesta, sin mirarla, giro sobre mis talones y me dirijo a la puerta, desoyendo todas las veces que me llaman Marcelo, Rebe y el propio Lucas, flipando por mi comportamiento.

Empujo la pesada puerta negra del local, cabreadísimo. ¿Qué coño hace Alma aquí? No puede estar aquí. Tengo que mantenerme alejado de ella.

El viento me golpea, gélido. Estoy muy enfadado. Las cosas no tendrían que ser así. Me llevo las manos a las caderas y resoplo. Maldita sea. Es este mismo local. Miro a mi alrededor y de inmediato recuerdo a Mia, de pie, junto a la puerta, cómo ese gilipollas intentó ligar con ella. Después me llamó crío y lo hizo tímida, dulce y valiente al mismo tiempo, exactamente como es ella, y no pude evitar pensar que era diferente. No me equivocaba. Es la chica más especial de todo el condenado mundo.

—No hacía falta que salieras huyendo.

La voz de Alma vuelve a sacarme de mis pensamientos. La recorro de arriba abajo, el vestido, su cuerpo, ella. Todos los resortes de mi cuerpo se activan, tensándose. Es un puto error.

Otra vez no me molesto en dar ninguna explicación y comienzo a caminar calle arriba.

—¿A partir de ahora eso es lo que vas a hacer cada vez que nos veamos? —me pregunta, alzando el tono para que pueda oírla a pesar de los metros que ya nos separan.

Resoplo.

—No pienso volver a hacerlo, porque no vamos a volver a vernos —contesto sin ni siquiera volverme, sin detenerme.

La decisión ya está tomada. Todo esto es una estupidez.

—¿Por qué?

Dos palabras que suenan como un auténtico desafío. Me giro y lo que encuentro es a esa chica espectacular, con los brazos cruzados sobre el pecho, enfadada, retándome, demostrándome que no está dispuesta a dejarse achantar por nada ni por nadie.

—Porque tengo novia, Alma —sentencio.

Ella me mantiene la mirada, con ese reto implícito todavía reinando en sus preciosos ojos negros.

—Si es la única razón que tienes para no verme es porque, en realidad, te mueres de ganas.

Directa. Alma es directa, franca, descarada. Es un fuego puro que no teme quemarse si eso la hace sentir.

—Quiero a mi novia y la respeto. Esas son las razones que me interesan.

—Hay cosas que no se pueden frenar.

La puerta del local se abre y una canción llena el aire, sonando casi imperceptible. Tiene razón. El deseo no se puede frenar, las ganas, la ilusión por tocar a alguien, la excitación que produce incluso imaginarlo en cada célula de tu cuerpo. Alma me mira a los ojos y tengo la sensación de que puede ver, sentir, cada una de esas palabras a través de ellos, notar cómo me están golpeando por dentro. Pero, precisamente porque no se pueden frenar, soy yo el que tiene que acabar con todo esto.

—Hay cosas que hay que sentir para no poder frenarlas, Alma.

Y esa es una de las mentiras más grandes de toda mi condenada vida.

Su mirada cambia, la decepción brilla con fuerza y me siento como un auténtico cabrón.

No le doy oportunidad a decir nada, aunque, siendo sinceros, lo que me asusta es lo que pueda decir yo y echo a andar calle arriba, alejándome.

*

Es sábado y tengo libre en el periódico. El despertador no tiene que sonar y, sin embargo, llevo dos horas dando vueltas en la cama como un completo estúpido, sin poder conciliar el sueño y sin poder dejar de pensar en Alma. Me comporté como un capullo con ella. No dijo nada que no fuese verdad y yo la traté como si solo estuviese escuchando sandeces.

Pero ¿por qué me estoy castigando? Tenía un motivo para hacer lo que hice. He de mantenerme alejado de ella. Me comporté como debía. Hice lo que debía. No obstante, que tenga que mantenerme alejado yo no me da derecho a tratarla como no se merece para que se aleje ella.

Resoplo. Otra condenada vuelta más en la cama.

Fui un gilipollas que hizo lo que debía, ¿en qué tipo de posición me deja eso?

En la de tener que pedirle disculpas.

Genial.

Me levanto peleándome a patadas con las sábanas, de un humor imposible. La mañana ha empezado de escándalo, joder.

Después de una ducha y una taza de café, cruzo Arganzuela y Lavapiés y llego a Malasaña.

Delante de la librería, no sé muy bien qué hacer; bueno, sí lo sé, pero una parte de mí todavía está dándole vueltas a cómo hacerlo. Mandar un email, esa sería la puta mejor manera.

Empujo la puerta a regañadientes y la campanita, como cada vez, es el pistoletazo de salida a un universo mágico donde los libros pueden resolver cualquier cosa. Creo que ese ha sido el gran problema de toda esta situación: la fantasía que envuelve este sitio, como si estuviese repleto de sueños.

Un hombre está leyendo en una de las pequeñas mesitas redondas en el centro del local. Salvo él, todo está vacío, en silencio, incluso triste.

Miro a mi alrededor, pero no hay rastro de Alma. Camino con el paso lento hasta el mostrador. Me comporté como un capullo y tengo que disculparme, no hay más, aunque una parte de mí no pare de considerar que es un error.

La cortina de abalorios azules y diminutas conchas que separa la tienda del pequeño almacén se mueve con anticipación y Alma aparece con dos libros entre las manos. Está espectacular y eso no es una buena noticia para mí.

Al reparar en mi presencia, algo cambia en su mirada, como si se alegrase de verme aquí pero no estuviese dispuesta a reconocerlo, y, finalmente, aparta la vista y continúa caminando hasta el extremo opuesto de la barra.

Tomo aire, contrariado. Que tenga todo el derecho a estar enfadada conmigo no significa que me guste.

—He venido a pedirte disculpas por lo que pasó ayer —digo con voz firme.

—Disculpas aceptadas —contesta con un tono pasivo-agresivo perfectamente dominado, sin ni siquiera mirarme—. Ya puedes marcharte.

Vuelvo a resoplar. Puede que también tenga derecho a eso, pero tampoco me gusta.

—¿Podemos hablar? —continúo, pero supongo que no sueno tan amable como debería; nunca se me ha dado bien—. No te robaré mucho tiempo.

—Vaya, ahora sí quieres hablar. Creí que no volveríamos a vernos —me recuerda mis propias palabras.

—Ya me he disculpado por lo de ayer —le recuerdo yo—. No tuve el mejor de los comportamientos, pero he venido hasta aquí, ¿no?

—¿Y por eso tengo que caer rendida a tus pies?

Sí.

—No —me corrijo a tiempo.

Alma suelta los libros con rabia junto a la barra y, al fin, se gira para mirarme.

—Quieres hablar, hablemos —me desafía—. ¿Qué es lo que pasó anoche en realidad?

Aprieto los labios hasta convertirlos en una delgada línea. Justo de eso no quiero hablar,

joder.

—Anoche no pasó nada.

—Entonces, estás aquí disculpándote por… —deja en el aire, insolente.

—Por haberme largado así, nada más —remato, inmisericorde.

Alma me mira como si no pudiese creerse lo que acabo de decir. Cabecea y, aún más molesta que antes, se dirige de nuevo a la trastienda.

—Anoche yo tenía razón —afirma con la voz y el paso determinados, sin detenerse, otra vez sin molestarse en mirarme— y tú estabas muerto de miedo.

Desaparece en el almacén y todo mi cuerpo se tensa al tiempo que un vertiginoso enfado me sacude por dentro.

¡Maldita sea!

La impulsividad toma el mando y la sigo hasta la trastienda.

—Yo no estaba muerto de miedo —replico, sin un puto resquicio de duda, agarrándola del brazo y obligándola a girarse. El espacio es tan ínfimo que el movimiento no solo nos deja cara a cara, sino tan cerca, en todos los condenados sentidos, que los dos metros cuadrados parecen uno y, si prestara la suficiente atención, oiría su corazón latiendo desbocado como el mío.

—Claro que sí —vuelve a retarme, cerca, joder, muy cerca.

Sus labios doman cada palabra, carnosos, sensuales. De pronto me imagino demasiadas cosas que hacer con esa boca, en esta condenada habitación.

—Alma —la reprendo.

—Alma, ¿qué?

Alma, nada. Esa debería ser mi respuesta. Largarme de aquí tendría que ser mi respuesta, pero es que no quiero.

Alma todo, joder.

Dejo que mi cuerpo tome el control, mis dedos se hacen más posesivos sobre su piel y la acerco más a mí. Mis labios casi rozan los suyos. La huelo, hostias. Me inclino sobre ella y en ese preciso instante vuelvo a controlar la situación, el juego del sexo, vuelvo a erguirme sobre mí mismo. La veo con los ojos cerrados y los labios entreabiertos y la torturo quedándome muy cerca. Este soy yo. El Nico que no era desde hace cinco años.

—¿Esto es lo que quieres? —susurro con la voz ronca.

Su respiración se acelera un poco más, el sí más entregado de la historia. Una sonrisa dura y sexy se apodera de mis labios.

Pero…

Mia.

¿Qué coño estoy haciendo?

Me separó de golpe.

—No puedo hacerlo —sentencio justo antes de salir del almacén y de la librería.

Echo a andar, aunque ni siquiera sé a dónde voy. Solo quiero escapar. La mente me funciona

a mil kilómetros por hora. ¿Qué demonios me está pasando? ¿Por qué no puedo parar? ¿Qué significa Alma para mí? Y, la más acuciante de todas las preguntas, ¿por qué no puedo dejar de pensar que con ella ya no me sentiría vulnerable nunca más?

6

Nico

Gracias al puente aéreo, llegué a Palma el mismo día que había aterrizado en Madrid desde París. Pillé un taxi y estuve azuzando al conductor todo el trayecto para que llegásemos lo antes posibles a la Intermodal, la estación de autobuses, desde donde cogí uno en dirección Banyalbufar, mi pueblo y, sorprendente e inesperadamente, el pueblo de la abuela de Mia, en plena serra de Tramuntana.

En el avión, el taxi y el autobús no dejé de darle vueltas a quién podría ser la abuela de Mia. Banyalbufar es pequeño y nos conocemos todos. Nunca había visto a Mia allí. No voy a mentir y decir que le prestaba toda esa atención antes de que la defendiera de aquel baboso en la puerta de la discoteca, pero, si a lo largo de todo aquel año me la hubiera cruzado alguna vez en mi pueblecito, la habría reconocido, aunque solo hubiese sido por encontrarla en un lugar en el que no la esperaba de ninguna de las maneras.

—¡Nico! ¡Nico! —gritaron desde la carretera—. ¡Nicolás Arranz, no te escondas!

Sonreí al ver a mi hermano, Fernando, y a Quim, nuestro mejor amigo desde que éramos unos críos, montados en el viejísimo vespino de Quim, de cuando esas motos estaban de moda, y en la absurda y aún más vieja moto de mi Fer, de una marca indescifrable.

En cuanto el autobús se detuvo en la parada del acantilado, me bajé de un salto y abracé a Quim, que prácticamente se me tiró encima.

—¡Has venido! —exclamó sin soltarme, levantándome del suelo.

—La noche de San Juan no habría sido lo mismo sin ti, hermanito —añadió Fernando, zarandeándome antes de que mi amigo me soltase.

—Os echaba de menos —confesé entre risas.

—Vamos —nos apremió Quim, montándose en su moto y haciéndome un gesto para que lo hiciese con él—. El pueblo está de bote en bote y lleno de chicas guapas —añadió, canturreando.

Estaba en su salsa.

Sonreí. No dudada que tuviese razón con eso de las chicas guapas, pero por primera vez no me importaba. Tenía muy claro a quién quería encontrar.

You can’t say no forever, de Lacrosse, empezó a sonar en el móvil de Quim, que llevaba sujeto al manillar del vespino con un viejo manos libres y cinta aislante negra.

Me puse el casco que me lanzó Fer, me eché la mochila al hombro y pusimos rumbo a Banyalbufar.

—¡Tesoro! —gritó mi madre, emocionada al verme, saliendo a mi encuentro en cuanto crucé la puerta principal.

—Hola —la saludé con una sonrisa, dejando que me achuchara a conciencia.

—Qué bien que hayas venido.

—Es San Juan —di por toda explicación y, teniendo en cuenta las comilonas tan increíbles que montábamos en el pueblo durante el día y las que montábamos, con fiesta y fogata incluida, en la playa por la noche, nadie dudaría de que era un motivo genial para estar allí.

—He preparado cocas de albaricoque —me anunció, encantada—. Voy a traerte un trozo. Tienes que estar muerto de hambre.

No tenía hambre, pero sonreí y asentí, porque sabía de sobra que esa era una batalla perdida.

Dejé la mochila en el suelo del salón, despacio, y me acerqué a una de las ventanas. Mi sonrisa se hizo más grande cuando vi a personas y más personas dirigirse hacia una de las calles principales, cargadas con sillas, platos o vasos, preparándolo todo para la cena de esa noche, la víspera de San Juan.

—¡Nico! —canturreó, divertido, Quim, entrando en mi casa—. Banyalbufar nos espera.

Quise contestar, pero tenía la boca llena de coca. Estaba de vicio.

—Ya me lo vas a robar —se quejó mi madre, contagiada de su humor, con los brazos en jarras.

—No se enfade conmigo, señora Catalina —le pidió Quim, con cara de niño bueno. Si creéis que yo soy un sinvergüenza, que sepáis que lo he aprendido todo de él—, pero no lo veo nunca. Es mi mejor amigo y lo echo de menos.

—¿Y te crees que yo no? —le recriminó.

—Hagamos una cosa —le propuso—: yo me lo quedo esta noche y usted lo tiene toda la mañana de mañana.

Mi madre meditó sus palabras.

—¿Y qué pasa mañana por la tarde?

Quim entrecerró los ojos, pensando la respuesta. Quise protestar, pero la risa me traicionó y la boca llena de coca de nuevo hizo el resto para acabar tosiendo azúcar glas. Mi «situación» los hizo romper a reír y menos de un segundo después yo también lo estaba haciendo.

—¿Y cómo es que al final has venido? —inquirió Quim mientras bajábamos las escaleras de casa.

—Es San Juan —contesté, como si fuera obvio—. ¿Dónde pretendes que estuviese?

—En París —replicó con retintín—. En Madrid.

Sonreí, haciéndome el interesante. Sí, había un motivo para que estuviera allí y, sí, estaba claro que él era plenamente consciente de ello, pero no pensaba contárselo. Lo que fuera que tuviese con Mia, era nuestro, así de simple. Era demasiado especial para compartirlo con el mundo.

Les cedimos el paso a dos chicas que iban cargadas con dos cestas repletas de tomates de

ramallet. Una era rubia e iba de rojo. Parecía la versión de la noche de San Juan de Caperucita roja.

Quim se quedó mirándola, embobado, y mi sonrisa se ensanchó.

—Podrías preguntarle qué más lleva en la cestita —apunté, socarrón, al tiempo que echaba a andar de nuevo.

Él tardó un segundo de más en apartar los ojos de ella y finalmente cabeceó con una sonrisa y corrió para colocarse otra vez a mi lado.

—Entonces, ¿cuáles son los planes…?

Quim siguió hablando, pero mentiría si dijese que lo estaba escuchando. Mia salió de una de las casas de mi misma calle con una pareja de mediana edad. Debían de ser sus padres. Se despidió de ellos y, con una sonrisa, tomó una bocanada de aire, mirando a su alrededor, encantada con cómo todo el pueblo bullía, preparándose para celebrar la víspera de la noche más mágica del año.

No lo dudé y eché a andar hacia ella. El pelo rubio suelto, un sencillo vestidito de flores de algodón, la piel un poco más dorada después de pasar el día en la playa… estaba preciosa, y yo solo podía pensar en… en un millón de cosas diferentes, y en la mayoría de ellas estaba debajo de mí.

Al verme, su sonrisa se ensanchó y al mismo tiempo se volvió más tímida. Precisamente aquel gesto de aquella manera tuvo un eco directo en mí, en mi cuerpo, haciendo que el deseo creciera desbocado, que el corazón me rebotara con fuerza en el pecho.

—Hola —la saludé, deteniéndome frente a ella.

—Hola —respondió—. ¿Qué haces aquí? —preguntó, sin poder dejar de sonreír—. Creía que estabas en París.

—Ya somos dos —apostilló Quim a mi lado.

—Este es Quim —lo presenté, básicamente por no tener que responder a qué estaba haciendo allí. Lo de la noche de San Juan, con ella, delante de ella, se quedaba demasiado pequeño—. Quim, ella es Mia.

—Encantado.

—Encantada.

Lo dijeron casi al unísono, y no hubo besos de bienvenida; mejor.

—¿Y de qué os conocéis? —indagó Quim, con ese mismo retintín de «Sé que no has venido hasta aquí por mí, campeón».

—Madrid —respondimos a la vez.

«En realidad, de que follamos hace una semana y no he podido dejar de pensar en ella.»

Juro que Mia pensó lo mismo en aquel instante, porque sus mejillas se tiñeron de un suave color rojo y se mordió el labio inferior al tiempo que bajaba la cabeza. Era un puto sueño.

—Estudiamos periodismo —concreté para que lo demás siguiese siendo nuestro y de nadie más.

Mi mente me traicionó y la imagen de Mia debajo de mí, justo después de correrse, con la respiración agitada y una sonrisa maravillosa, abriendo despacio los ojos, me sorprendió, despertando mi cuerpo un poco más, haciéndome aún más consciente del suyo.

—¿Vas a venir a la cena? —le preguntó Quim, sacándome de mi ensoñación.

La noche de San Juan y su víspera son dos de los días más importantes para Banyalbufar, para toda la isla de Mallorca y las Baleares en general. Aquí nos lo tomamos muy en serio y los quinientos veintitrés habitantes, más nuestras familias, disfrutamos de miles de momentos, como, por ejemplo, la cena que nos esperaba aquella noche. Todos nos reunimos en una de las calles principales y nos sentamos a una mesa de metros y metros de longitud formada por otras más pequeñas, y las sillas que cada uno saca de su casa. Cada familia lleva algo de comer y algo de beber y lo compartimos.

—No lo sé —respondió Mia, sin dejar de sonreír—. No sé cuáles son los planes que mi familia…

Y otra vez no dudé, cómo demonios iba a hacerlo: la cogí de la mano, entrelacé nuestros dedos y tiré de ella en dirección a la cena.

—Nico —me llamó Mia, divertida, pero no se soltó, no dejó de caminar y tampoco de sonreír.

—A la cena, pues —sentenció Quim, acelerando el paso otra vez para colocarse a nuestra altura.

—Coge de ahí —le pidió Fer a Quim, interceptándonos con una cuba de un tamaño considerable llena de hielo y botellines de Estrella Damm.

Al reparar en Mia y, sobre todo, en cómo íbamos de la mano, mi hermano sonrío, satisfecho, y, para qué negarlo, yo también.

En ese momento mi madre y mi cuñada también salieron de la casa y, por supuesto, también se fijaron en nosotros. Fer, con un cesto de plástico tres veces más grande que su cabeza lleno de cerveza, ya no llamaba la atención de nadie.

—Mia, ellos son Catalina, mi madre —comencé a presentarlos, señalándola—, mi hermano, Fer, su mujer, Sara, y este pequeñajo —añadí, agarrando al niño por los dos brazos y zarandeándolo, provocando que el crío de cinco años no dejara de reír— es mi sobrino, Oriol. Familia, ella es Mia.

No me paré a pensar si quería hacerlo o no. No lo necesitaba. Nunca les había presentado a una chica, ni siquiera me había imaginado nunca haciéndolo, pero aquello sucedió de forma natural. Las cosas fueron como tenían que ser las cosas.

Sin embargo, el estado pseudomístico que había alcanzado se esfumó de golpe en cuanto mi familia empezó a sonreír, así a coro, exactamente como Mia. Fruncí el ceño, completamente confuso, y mi madre se apiadó de mí.

—Ya conocemos a Mia. ¿Qué tal está tu abuela? —le preguntó directamente a ella—. ¿Se ha instalado bien?

—Muy bien. Tiene muchas ganas de ir a la cena.

La miré sin poder entender en qué momento había pasado todo eso, pero, lo hubiese buscado o no, Mia ya era parte de mi vida.

Fuimos hasta la cena charlando de todo, de Madrid, de Banyalbufar. Quim nos contó cada uno de los aproximadamente doscientos cincuenta planes que había diseñado para el puente de San Juan y, aproximadamente también, cada dos minutos rompíamos a reír.

—Enana —la llamaron a nuestra espalda.

Mia se giró con la sonrisa preparada y, en cuanto sus ojos se toparon con los de un chico más o menos de mi edad, alto y con el pelo castaño, corrió hasta él, lanzándose a sus brazos. ¿Quién coño era ese tío?

Caminé hacia ellos mientras seguían abrazados, sí, sí, abrazados, preparando mentalmente la lista de todas las excusas que pensaba ponerle a Mia, él me importaba bastante poco, para llevármela a la otra punta de la mesa y volver a tenerla solo para mí.

—Nico —me llamó Mia—, él es mi hermano, Simón. Simón, te presento a Nico.

Su hermano. El imbécil que llevaba dentro abandonó el modo combate y me relajé de nuevo.

—Hola —nos saludamos, dándonos la mano.

—Y ellos son Jaime y María, mis padres —continúo, refiriéndose a la misma pareja con la que la había visto antes, que acaba de detenerse junto a nosotros—. Y ella es mi abuela, Remedios. Familia, él es Nico.

Nos saludamos, amables, y, en el siguiente puñado de segundos en el que nadie supo qué decir, busqué la mirada de Mia y ella se dejó atrapar otra vez mientras, tímida, se mordía el labio inferior.

—Vamos a sentarnos —anunció la abuela, señalando unos huecos en la mesa.

—Nico —me llamó Quim, pasándome el brazo por el hombro y tirando de mí—, a la mesa.

Me giré de nuevo para buscar otra vez la mirada de Mia. No quería separarme de ella, acababa de encontrarla. Ella trató de decirle algo a su familia, pero todos se estaban dirigiendo ya hacia donde había indicado Remedios.

—Ven —le pedí, esforzándome en vocalizar sin emitir sonido alguno para que ella pudiese leerme los labios mientras Quim seguía obligándome a caminar.

Miró hacia su familia, intentó que volvieran a escucharla, pero no había nada que hacer.

—No puedo —contestó de la misma manera.

Continué andando hacia atrás, azuzado por mi amigo.

—Ven —repetí con más vehemencia, sin poder evitar sonreír, casi reír.

Mi gesto se contagió en sus labios.

—Prometo volver a buscarte, Nico Arranz —dijo, insolente.

Mi sonrisa se ensanchó y le guiñé un ojo, tomándole la palabra. Mia giró sobre sus talones, pero, cuando tan solo había avanzado unos pasos, se volvió de nuevo con una sonrisa, buscándome.

Tomé asiento entre Quim y mi hermano, que enseguida me pasó una Estrella. Los tres chocamos las cervezas en un brindis y le di un trago. Estaba helada y riquísima.

Busqué a Mia con la mirada por tercera vez. Estaba sentada entre su abuela y su hermano. Ella también me miró y las sonrisas volvieron de golpe, con el corazón retumbándome en el pecho.

Saqué el móvil y reactivé el WhatsApp. No fue hasta ese momento que no me di cuenta de que Mia y yo ni siquiera teníamos un chat abierto.

Banyalbufar tiene la mejor playa del mundo.

Alcé la cabeza a tiempo de ver cómo Mia se sacaba el teléfono del bolsillo de su vestidito. Cuando leyó el mensaje, sonrío y automáticamente levantó la cabeza, buscándome. Nuestras miradas se encontraron y una chispa de diversión en sus ojos castaños conectó con una parte muy concreta de mi cuerpo.

¿Estás cambiando de tema?

Escribió, además de un emoji guiñando el ojo y sacando la lengua.

Todavía no me has contado por qué has venido aquí.

Inteligente, despierta. Ya lo había descubierto aquella noche en la discoteca. Me tomé un segundo para pensar en mi propia reflexión y me di cuenta de lo equivocado que estaba, que ella me lo había demostrado mucho antes en realidad, cuando todos estábamos en la mesa de cualquier bar, tirados en el sofá de casa de Lucas o, qué sé yo, en la cola del cine, y, con la voz suave, algo tímida, hacía un comentario mordaz y divertido acerca de lo que estuviésemos hablando.

¿Tú por qué crees que he venido?

Tengo una teoría, pero necesito más información para saber si es acertada o no.

Sonreí.

Pregunta lo que necesites.

Varias personas se levantaron, entre ellas mi madre, y comenzaron a servir la comida. Los platos con fideuá, frito de marisco, arroç brut y tomates de ramallet a rodajas aliñados con un chorro de aceite de oliva y sal empezaron a moverse por la mesa. Los botellines de cerveza chocaban unos con otros; la gente charlaba, riendo. Ese lugar es especial y esa noche, también.

Pero para hacerlo más interesante

Continué con los mensajes.

Solo puedes hacer tres preguntas.

La estaba retando. Quería jugar y quería saber cómo reaccionaría ella. Al leer el whatsapp, Mia alzó la cabeza de nuevo y volvió a buscar mi mirada con una sonrisa que trató de disimular para demostrarme que aceptaba el desafío justo antes de asentir. Mi gesto también cambió; se volvió más macarra y todo mi cuerpo se agitó, contento. Adoraba jugar.

¿Has venido porque echabas algo de menos?

Primera pregunta.

Puede ser.

Mia leyó mi mensaje, pero esa vez no alzó la cabeza y pude ver que no lo hacía porque se estaba sonrojando.

Cada vez que te sonrojas me la pones dura.

Se mordió el labio inferior, tratando, sin ningún éxito, de contener el jadeo más espontáneo que había visto en todos los días de mi vida, lo que llamó la atención de toda su familia y me hizo sonreír, jodidamente orgulloso.

Segunda pregunta.

Me llamó al orden.

Como quiera, señorita.

Cuadró los hombros, concentrándose.

¿Cuándo planeaste venir a Banyalbufar?

Esta misma tarde.

Mia frunció el ceño suavemente y sus dedos teclearon rápido.

¿Y dónde estabas esta tarde?

En tu casa.

Tan rápido como lo leyó, levantó la cabeza y dejó que atrapara su preciosa mirada.

Hileras de bombillas de balcón a balcón iluminaban la calle y la mesa, que estaba decorada con jarrones, todos diferentes, que cada uno había traído de su casa, llenos de flores. El tintineo de los botellines continuaba, los platos, las risas… Quim rompió a reír por algo que dijo Fer y yo sonreí con ellos.

¿De verdad has ido a mi casa esta tarde?

Esa fue su respuesta, y le recordé:

Lo siento, señorita, pero ya ha gastado sus tres preguntas.
Tiene que contarme su teoría.

Ella torció los labios, risueña. Tomo aire y comenzó a escribir.

Has venido hasta aquí porque no podías pasar la noche de San Juan en ningún otro lugar. ¡Vamos! ¿Has visto este sitio? Es increíble.

Sonreí y, cuando en mitad del murmullo de voces conseguí distinguir su risa a la perfección, encantada con su propia broma, mi gesto se ensanchó hasta casi reír.

Yo no lo habría explicado mejor.

—Pero ¿qué estás haciendo liado con el teléfono? —me increpó mi hermano, arrebatándome el móvil de las manos.

Fui rápido, pero él lo fue más.

—Métete en tus cosas —gruñí.

No sirvió absolutamente de nada. Fer era así. Alto, corpulento, bruto y cotilla como si lo hubiesen mandado hacer por encargo.

Bicheó la pantalla, que aún no se había bloqueado, y empezó a leer los mensajes mientras buscaba alguno interesante.

—Devuélveme el móvil —le exigí, pero él me placó sin ningún esfuerzo con una sola mano. En mi defensa diré que me saca dos cabezas.

—Cada vez que te sonrojas me… —leyó en voz alta, consiguiendo que todos se rieran,

obviamente de mí. Al llegar a la segunda parte de la frase, se calló y me miró con una sonrisa de lo más elocuente.

—Se acabó —mascullé.

Cogí la carrerilla que pude, la mesa me lo puso un poco complicado, para tomar impulso, salí disparado hacia él y, sujetándolo por la cintura, lo tumbé en el suelo. Lo último que se oyó fue el estruendo de la caída y mi hermano protestando que creía que le había roto una costilla. Rescaté el móvil de su mano y me levanté, victorioso. Mi madre me reprendió con la mirada.

—Él se lo ha buscado —me defendí, encogiéndome de hombros.

Y no le quedó otra que mal disimular una sonrisa. Sabía que tenía razón.

Me dirigía de nuevo a mi asiento cuando Fer me agarró de las piernas, llevándome de vuelta al suelo con él y haciéndome maldecir en todos los idiomas que conocía. Estuvimos peleándonos, no sé, diez minutos, pero todos dejaron de prestarnos atención a los quince segundos. Nosotros éramos así. Nos queríamos con locura, pero nos zurrábamos a la mínima de cambio. Supongo que es lo que pasa cuando tienes dos hijos, uno es grande y bruto y el otro, el más pequeño, no sabe perder.

Al volver a la civilización, me puse bien la camiseta, me pasé una mano por el pelo y regresé, por fin, a mi asiento. Busqué a Mia. Estaba riendo y el espectáculo fue fantástico. Cuando sus carcajadas se calmaron, nuestras miradas volvieron a conectar en una especie de perfecta armonía e intimidad y los dos sonreímos.

En cuanto terminamos la cena, Quim y yo nos levantamos de un salto. El plan estaba claro: pillar más cerveza, ir a la plaza a ver la pirotecnia y pasarnos toda la noche charlando y riendo, y, por supuesto, todo con Mia.

—No hagáis mucho el cafre —nos advirtió mi madre.

Los dos asentimos. Era mi madre, me conocía a la perfección… y a Quim, básicamente, igual.

—Déjalos, Cata —nos defendió Tomeu, el padre de Quim—. Si no se divierten ahora, ¿cuándo va a ser?

—Que se lo digan a Fer —lo fastidié, al otro lado de la mesa.

—El matrimonio es cojonudo —sentenció, orgulloso, para molestarme a mí.

—Para ti está claro que sí, pero ¿qué opinará Sara?

—Que claramente me precipité —respondió ella, adelantándose a cualquier cosa que mi hermano pensase decir.

Quim y yo la miramos boquiabiertos, a punto de echarnos a reír, para, un segundo después, empezar a lanzar silbidos y estallar en carcajadas abiertamente. Mi hermano la observó con los labios torcidos. Ella trató de mantener el tipo, fingiendo que no había dicho nada fuera de lo corriente, pero la presión le pudo y se echó a reír. Fer protestó un poco, pero no tardó más que un segundo en reírse tanto como ella.

—¿Lista? —le pregunté a Mia, deteniéndome frente a ella.

Su olor me sacudió, a frutas y a flores, a algo muy fresco, y las manos me hormiguearon por las ganas que tenía de volver a tocar su piel.

—Para todo —respondió con una sonrisa.

Su gesto se contagió en mis labios, más suave y más duro. Entrelacé nuestras manos y echamos a andar.

En un par de minutos llegamos a la plaza principal. En el centro, varios hombres estaban acabando de prepararlo todo para la pirotecnia. Quim me golpeó suavemente en el brazo para indicarme que fuéramos a buscar unas Estrellas.

El vecino que estaba colocando las cervezas en cubas con hielo sonrió al ver a mi amigo. Si la memoria no me fallaba, era primo suyo o algo parecido. A mí me dedicó un golpe de cabeza de pura cortesía y, entonces, llegó a Mia, y «llegó» es un eufemismo, porque se la comió entera con los ojos. Ella sonrió por puro trámite, fingiendo que no se había dado cuenta de nada, y centró la mirada en la pirotecnia. Achiné los ojos sobre el colega en cuestión. Él pareció captar el mensaje, porque apartó la vista de Mia y me entregó las cervezas. Me humedecí el labio inferior, preparándome para saltar la mesa y liarme a hostias. Podría ser un poco menos descarado, joder, y ni siquiera estaba hablando por mí, era por ella. No tenía por qué soportar que ningún baboso la hiciese sentir incómoda.

No quería que ella se sintiese mal nunca, por ningún motivo, aunque no fuese capaz de explicar por qué.

Tensé el cuerpo y di el primer paso, pero entonces noté la mano de Mia apretar la mía y tirar cariñosamente de mí. La miré y atrapé sus ojos marrones, preguntándole por qué. Ella no respondió. Solo ladeó la cabeza suavemente y, con una delicada sonrisa, tiró un poco más de mí, pidiéndome sin palabras que me olvidará de eso, que solo estábamos ella y yo y era una estupidez que perdiésemos un solo segundo.

—Quiero ver el espectáculo, por favor.

Y hubo algo en su voz, esa mezcla perfecta de dulzura y timidez, y una nota de insolencia, casi de diversión, que impactó directamente en mi sistema nervioso. Mia me vuelve loco. Me vuelve loco como es. Su inteligencia, su ternura, que me conozca tan bien y esa idea de que está dispuesta a dármelo todo, a entregarse por completo en todos los malditos sentidos, algo que no hace a la ligera. Mia es un tesoro, algo que tienes que ganarte.

No dije nada. Solo dejé que una media sonrisa se amoldara a mis labios y eché a andar con ella. Su pulgar acaricio el dorso de mi mano como recompensa y yo me humedecí, veloz, efímero, el labio inferior, pensando en todas las cosas que quería hacerle.

La llevé hasta el pequeño muro, más o menos de un metro, que se levantaba en uno de los lados de la plaza, marcando el inicio del camino de una de las calles que salen de ella, en cuesta, como todas.

Me senté. Imaginé que ella haría lo mismo, pero Mia se quedó de pie y, por primera vez desde que la cena había terminado, nos soltamos la mano.

—Va a ser increíble —comentó, girándose para ver cómo los hombres realizaban los últimos ajustes para el espectáculo.

Sonreí. Estaba muy emocionada.

Mia volvió a mirarme y, durante unos segundos, simplemente me estudió, hasta que la timidez le ganó la partida, se mordió el labio inferior y bajó la cabeza. Quería preguntarme algo, eso estaba claro. Puede que ella me conociese a mí, pero yo, a ella, también.

—¿Qué tal en París? —inquirió, buscando de nuevo mis ojos. Era una chica tímida, pero también valiente. De eso no me quedaba ninguna duda.

—Muy bien.

—Es una ciudad maravillosa —añadió, aunque era obvio que no era eso lo que quería decir.

—¿Y qué tal en Madrid?

—Muy bien —respondió.

Le di un trago a mi cerveza y, mientras bajaba el botellín, moví la otra mano y acaricié su cadera, suavemente, apenas un pequeño roce. Todo su cuerpo se tensó, preso de la excitación, y un suspiro se escapó de sus labios; sin embargo, no se movió, y eso fue lo mejor de todo. Mia despertaba algo dentro de mí, posesivo, instintivo e insaciable.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —murmuró, y su voz sonó más trémula.

—Solo el fin de semana —le expliqué, dibujando su rostro con la mirada—. Tengo que estar allí el lunes.

Mia asintió.

La plaza estaba llena de hombres y mujeres, pero empecé a darme cuenta de que más de uno de mis «vecinos» le prestaba demasiada atención a Mia. ¿Quién podía culparlos, joder?, con el pelo rubio recogido en una sencilla coleta, el inicio de dorado en su piel y ese vestidito, que era de lo más sencillo, sin enseñar nada, pero en el que pensaría las próximas doscientas veces que me masturbase. El imbécil que llevaba dentro y yo resoplamos al mismo tiempo. Podía besarla, como estaba deseando hacer desde que la había visto en mi calle, para que todos esos gilipollas entendiesen que era mía, pero también me gustaba toda la expectación, torturarla, que el deseo la derritiese despacio.

—¿Has visto esa ventana de allí? —pregunté, girando la cabeza y señalando con la barbilla una de las que tenía a mi espalda.

Mia frunció el ceño, confusa, un solo segundo y de inmediato llevó la vista hacia donde le indicaba. Como la ventana en cuestión era pequeña y el edificio estaba a unos cincuenta metros, tuvo que dar un paso para poder fijarse con la suficiente atención, colocándose entre mis piernas.

En cuanto la tuve donde quería, una media sonrisa macarra y satisfecha se coló en mis labios y, orgulloso, le di un trago a mi Estrella con los ojos sobre Mia, sin prestarle la más mínima atención a la ventana.

—¿Qué se supone que hay ahí? —inquirió, ladeando ligeramente la cabeza.

Como no contesté, Mia bajó la mirada y me descubrió recorriéndola sin ningún disimulo.

Ella no apartó su vista buscando una explicación, pero no me importó en absoluto y seguí tomándome mi tiempo para contemplar sus piernas, sus caderas, su estómago y subir sin prisas por sus pechos, su cuello, los mechones que le acariciaban la clavícula. Cuando llegué hasta sus preciosos ojos castaños, los atrapé sin ningún remordimiento.

Una suave sonrisa se apoderó de sus labios.

—Así que esto es lo que pretendía, señor Arranz —comentó, entrecerrándolos, divertida.

No solté una palabra. Moví la mano y acaricié lentamente, sin llegar a tocarla, el bajo de su vestido. Mia observó el gesto y suspiró, otra vez sin moverse, sin separarse un solo centímetro de mí.

—¿Has echado de menos Madrid? —preguntó en un murmullo, y Madrid fue una metáfora de muchas cosas, pero, más que nada, de las horas en las que la tuve debajo de mí.

—¿Tú qué crees? —susurré.

Mi voz sonó ronca.

Ella meditó unos segundos su respuesta.

—Creo que seguro que has echado de menos a Lucas y a los chicos —respondió, pero era obvio que estaba pensando en otra cosa.

Asentí.

—Sí, los he echado mucho de menos.

—Y supongo que también has extrañado la ciudad.

Volví a asentir.

—Mucho.

—Y la universidad.

—También.

—Y la comida.

No le dejé terminar la frase cuando anclé mi mano en su cadera y tiré de ella para pegarla a mí. Su piel contra la mía nos sacudió a los dos, pero yo fui capaz de disimularlo.

—¿De verdad crees que eso es lo único que he añorado? —inquirí.

Mia apartó la vista, concentrándola en sus propias manos un momento antes de volver a mirarme.

—No lo sé.

Le coloqué un mechón de pelo tras la oreja, la excusa para acariciarle la mejilla con el reverso de los dedos.

—¿Y qué necesitarías para saberlo? —murmuré.

La tenía muy cerca y me moría de ganas de que lo estuviera todavía más. Joder, quería comérmela entera.

—Eso tampoco lo sé —contestó, con sus ojos bailando de los míos a mis labios.

Me acerqué un poco más. Me incliné un poco más. La deseé un poco más.

—Yo creo que sí lo sabes —sentencié, torturador.

Mia cerró los ojos, esperando el beso. Sonreí y, con la mirada perdida en esa boca que me volvía loco, me aparté y le di un trago a mi Estrella, aunque no quité la mano de su cadera. Necesitaba sentirla cerca.

—Aquí estáis —dijo Quim, sentándose en el muro a mi lado.

Su voz sacó de su ensoñación a Mia, que abrió los ojos y me observó sin entender nada. Mi sonrisa se hizo más grande, pero también más gamberra.

—El *show* va a comenzar —anunció mi amigo, levantándose y echando a andar hacia el centro de la plaza tan rápido como había llegado.

Yo también me levanté. Mia no se movió y nos quedamos muy pegados. Mis dedos se hicieron más posesivos en sus caderas y el imbécil resopló con fuerza. Me gustaba sentirla así, casi piel con piel. Me gustaba que Mia fuera consciente de lo cerca que estábamos, todo lo que podíamos ser.

No le di tiempo a reaccionar, tampoco me lo di a mí. La cogí de la mano y tiré de ella para que camináramos hasta la pirotecnia. El espectáculo prácticamente se inició en ese mismo instante y las ruedas con tracas luminosas empezaron a girar, veloces, desperdigando chispas de luz a su alrededor.

Mia dio un respingo a mi lado, sin poder apartar la vista del millón de pedacitos luminosos, con una sonrisa maravillada. Otras partes del mecanismo se activaron. Los primeros fuegos artificiales alcanzaron el cielo y ya todo era luz y color y olor a pólvora.

—Es increíble —dijo, completamente admirada.

Sonreí. Tenía razón. Lo era.

La música comenzó a sonar más fuerte, acompasándose a la perfección con los fuegos. La gente empezó a cantar, a mover los brazos, a saltar, y la magia de la víspera de la noche de San Juan irrumpió, incontestable.

Unos veinte minutos después, con el espectáculo ya terminado, la plaza era de la música, de las canciones que sabían a verano, a noches con amigos y a mar. Quim y yo nos las apañamos para conseguir una caja de bengalas; sabía que a Mia le haría muchísima ilusión. Cuando le dimos la primera y la encendimos, su reacción fue asustarse y tirarla al suelo. Los dos la miramos y ella se llevó la palma de la mano a la boca, en la disculpa más dulce del mundo y que consiguió que Quim y yo, y un solo segundo después ella misma, rompiésemos a reír. La ayudé a sujetar la segunda y Mia no pudo dejar de sonreír mientras las chispitas se movían, alumbrando el cielo.

No dejamos de bailar. No dejamos de reír. No nos separamos un solo instante. Gastamos todas las bengalas.

—Enana —una voz llamó a Mia a mi espalda.

Ella levantó la cabeza al tiempo que yo me giraba y los dos vimos a la vez a Simón.

—Tenemos que irnos —le anunció—. Ya sabes cómo es la abuela. No quiere acostarse hasta que estemos todos allí.

Mia asintió y devolvió su vista hasta mí. ¿Por qué estaba aceptando marcharse? No podía hacerlo. Apenas eran las dos, quedaba mucha noche por delante. No quería separarme de ella.

—Tengo que volver a casa —me explico.

Pensaba llevarla a la playa, tumbarla en la arena. Quería tocarla, maldita sea.

Estaba muy cabreado.

Miré a su hermano, y lo hice francamente mal. No tenía ningún derecho a quitármela.

Mia dio un paso hacia mí. Colocó las dos palmas en mi pecho y, poniéndose de puntillas, me dio un beso en la mejilla.

El contacto, sus labios, sus manos, todo prendió una mecha imaginaria que encendió mi cuerpo, lo tensó y lo llenó de la excitación más pura que había sentido jamás.

Atrapé su mirada. Ella hizo el ademán de irse, pero mi mano se hizo más posesiva en su cadera. Lo de querer tocarla ya se había convertido en un puta anécdota. La necesitaba cerca, necesitaba sentirla contra una pared, sus piernas rodeando mi cintura, levantar ese vestido, arrancarle las bragas y embestirla; joder, morirme dentro de ella.

Mia sonrió y creo que me volvió un poco más loco. Tenía la sonrisa más bonita de la historia.

—Nos veremos mañana —me dijo.

Se separó despacio. La rabia se hizo abismal y, si antes había mirado mal a Simón, todo se multiplicó por mil cuando lo vi alejarse con ella.

—Vamos —me llamó Quim, pasándome el brazo por el hombro y tirando de mí para que lo siguiera.

Otra Estrella. Más canciones. Más risas. Más gente. Pero no era lo que quería y todo lo impulsivo que tenía dentro me susurró que por qué no hacía lo que de verdad deseaba y simplemente iba a buscarla.

Me despedí con una excusa malísima y puse rumbo a casa de la abuela de Mia, pero Quim me siguió.

—¿A dónde vas? —indagó, prácticamente corriendo para alcanzarme.

—A por lo que quiero —sentencié, enigmático.

Él sonrío. Supongo que en aquel momento, después de comérmela con los ojos, estaba bastante claro a qué me refería.

Me detuve junto a la fachada de la casa de Remedios. No podía llamar. Eran las tres de la mañana. Tampoco sabía cuál era su ventana, pero decidí arriesgarme. Solo una tenía las luces encendidas, en la planta de arriba. Una media sonrisa se dibujó en mis labios. Quizá estuviera escribiendo en su nuevo diario. Puede que también pudiese robárselo.

Fui hasta el pequeño callejón que separaba su casa de la del vecino y me agaché para recoger un puñado de piedrecitas.

—¿Qué haces? —planteó Quim.

—¿Tú qué crees? —di por toda respuesta.

Lancé la primera… y fallé, pero, al segundo intento, di de lleno en el cristal. Mi amigo se

agachó, imitándome, y, cargado de munición, empezó a tirar piedras. Cinco después, Mia se acercó a la ventana y la abrió, con el ceño fruncido pero también con una sonrisa, como si algo le dijese que era yo.

—¿Qué haces? —repitió la misma pregunta de mi amigo, pero sin poder conseguir que esa dulce sonrisa, tan idiota como la mía, desapareciera de su perfecta boca.

—Baja —le pedí, contagiado de su humor.

—No puedo. ¿Te has vuelto loco?

Pero la sonrisa seguía ahí, lo que me hacía pensar que estaba encantada de aquella versión Romeo y Julieta, *made in* la Tramuntana.

—Baja —repetí—. Tengo algo que decirte.

—Puedes decírmelo desde ahí.

Negué con la cabeza, macarra.

—Lo siento, pero no puedo.

—Nico —protestó.

—Baja —insistí—. Escápate. Ya deben de estar todos acostados. Nadie te verá.

Ella dudó.

—Creo que no están todos…

—Nico, ¿verdad?

La voz fue precedida por el ruido de la puerta abriéndose y, para cuando me giré, el padre de Mia estaba en lo alto de las escaleras que conectaban la entrada principal con la calle.

Quim no lo pensó, huyó sin mirar atrás.

—Sí, señor —contesté.

—¿Y no te parece que ya es lo suficientemente tarde?

—Tenía algo muy importante que decirle a Mia.

Su padre, con unos pantalones cortos y una camiseta de propaganda de Coca-Cola, me observó con una mezcla de condescendencia e impaciencia, preguntándome sin palabras si pensaba que era gilipollas cuando él tenía clarísimo que el único estúpido allí era yo. Sin duda alguna, una mirada muy de padre de chica al chico que sabe que quiere meterla en su cama.

—Vete a casa y díselo mañana —me ordenó.

Asentí y di un paso atrás. Alcé la cabeza, miré a Mia, que todavía estaba en la ventana y contemplaba toda la escena. Sonreí. Sonrió.

—Te he echado mucho de menos —dije.

Su sonrisa se hizo más grande. Su padre me miró mal y el problemilla que tengo con la autoridad se agitó, contento.

—Mia, adentro —pronunció, tajante.

Esperé a que cerrara la ventana y, cuando volvió a sonreírme al otro lado del cristal, le guiñé un ojo sin perder mi propia sonrisa. Claro que la había echado de menos, como un completo idiota.

—A tu casa —me advirtió su padre.

No le caí nada bien.

—Buenas noches, señor.

Anduve las tres casas que me separaban de la suya y entré en la mía.

No la había besado. No la había tocado como quería y, sin embargo, había sido una de las mejores noches de mi vida. Mia era especial. Joder, era magia.

*

A la mañana siguiente, me levanté relativamente temprano, pero no me importó. Quería llevar a Mia a la laguna, la mejor cala de la isla, y pasar el día juntos.

—¿Estás listo? —preguntó Quim, entrando en mi casa. Faltaban unos minutos para las diez.

Asentí con un trozo de coca en la boca. Esos dulces son adictivos.

—Toalla, baraja de cartas y abrebotellas —dije, moviendo la mochila que llevaba al hombro para que se echara hacia delante.

Mi amigo agitó la cabeza afirmativamente.

—Toalla y todas las Estrellas que me han cabido.

Perfecto. Estábamos preparados para irnos a la playa.

—¿Para qué llevar cosas como comida o crema solar? —planteó, con retintín, mi cuñada, entrando en el salón.

—Ocupan demasiado sitio en la mochila —me burlé, dándole un beso en la mejilla justo antes de dirigirme con Quim a la puerta.

—Ey, ey… —protesto mi hermano al verme darle un beso a su mujer—. Desde luego, estos franchutes son unos besucones.

—No te pongas celoso —repliqué—. Ya tuvimos una aventura hace un par de meses y los dos quedamos muy satisfechos. No necesitamos repetir.

Fer gruñó una protesta ininteligible entre dientes y me lanzó algo, no tengo ni la más remota idea del qué, porque conseguí alcanzar la salida antes.

Cuando puse un pie en la acera, Mia estaba bajando los escalones de su casa. Llevaba unos vaqueros cortos, deshilachados, que me hicieron pensar demasiadas cosas demasiado rápido, y una nadadora blanca, ancha y algo gastada, que traslucía el bikini que llevaba debajo. Por Dios, me ponía como una puta moto. Cualquier otra descripción de mis sentimientos en aquel preciso momento se hubiera parecido sospechosamente a una mentira.

Quim y yo fuimos hasta ella. Cuando mi amigo hizo el ademán de dar un paso más para plantarle dos besos, yo fui más rápido, entrelacé mi mano con la de ella y tiré en mi dirección. Quim era como mi hermano, pero es que a mi hermano de sangre tampoco le habría dejado acercarse a Mia. Era solo para mí.

—He oído que Banyalbufar tiene unas calas increíbles —soltó Mia con una sonrisa.

Me encantaba que siempre sonriese, que fuese una sonrisa tímida y dulce, pero también llena de fuerza, exactamente como ella.

—Agua cristalina, palabra —afirmé, guiñándole un ojo.

Dimos los primeros pasos hacia la arboleda. Acomodó su mano contra la mía y la misma sonrisa que había tenido en los labios toda la noche anterior volvió a pintarse en ellos.

—Adoro este pueblo —comentó una voz demasiado familiar a nuestra espalda—. Huele a verano.

Mia y yo nos giramos, asombrados, a la vez y los dos nos topamos con Marcelo y sus gafas de sol caminando junto a Lucas y Rebe, cogidos de la mano. Ellos aún no nos habían visto a nosotros y, cuando llevé de vuelta mi mirada hasta Mia, me sorprendió que ella tuviera la suya en nuestras manos, pensativa. Supe que estaba dudando, pero no porque que nuestros amigos nos viesen cogidos de la mano no fuese lo que quisiese, sino porque pensaba que no era lo que quería yo.

Mi sonrisa más macarra volvió a mi boca y le respondí entrelazando nuestros dedos con más ímpetu mientras me quedaba allí, esperando a que llegaran. Eso, estar con ella así, estar con ella de muchas otras maneras mucho más imaginativas, era lo que quería y no me importaba absolutamente nada lo que absolutamente nadie tuviese que decir al respecto.

—¿Qué coño hacéis aquí? —pregunté, divertido.

Los tres sonrieron y Marcelo hizo una reverencia.

—Es la noche de San Juan —respondió Rebe, como si fuera obvio—. No se nos ocurría un sitio mejor donde estar.

Mi sonrisa se ensanchó. Era genial que estuviesen allí.

—Llegáis justo a tiempo —les expliqué—. Nos vamos a la playa.

—Estamos sincronizados —apuntó Marcelo—. Ya llevamos puesto el bañador.

Cuando nos reencontramos todos, reanudamos la marcha. Rebe se colocó junto a Mia y empezaron a hablar, la verdad es que no sé de qué; desconecté. Marcelo, con su toalla al cuello como si fuera una boa de plumas parisina, se puso a mi lado.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar de muchas cosas —murmuró de tal forma que solo yo pudiese oírlo.

Sonreí con suficiencia.

—¿Qué te hace pensar que voy a hablar de esas cosas contigo?

Estaba bromeando, pero también había parte de verdad. Lo que tenía con Mia era de Mia y mío, de nadie más, como el mejor tesoro del mundo, y una parte de mí quería guardarlo con celo, como cuando eres crío y encuentras una concha alucinante en la playa.

—Que por mucho que te fascine hacerte el interesante, esto no vas a poder ocultarlo mucho tiempo.

—No lo pretendo.

—Ya se nota —sentenció—. ¿Y tiene fecha de caducidad?

Debía tenerla, ¿no? Yo regresaría a París el domingo. Ella se quedaría en Madrid. Las relaciones a distancia no funcionaban, demasiadas canciones de música pop habían dado buena cuenta de ello, pero, entonces, ¿por qué no me encogía de hombros y le decía que sí? Simple: no quería, aunque tampoco contesté. Eso tampoco quise hacerlo. Era algo que Mia y yo teníamos que hablar, decidir; otra vez algo nuestro y de nadie más.

—Como le hagas daño —me amenazó, sin bajarse las gafas de sol ni levantar su vista del frente, ajustándose la toalla al cuello con las dos manos en ella—, te corto los cojones, majestad.

Mi sonrisa se hizo un pelín más grande y un pelín más insolente y asentí una sola vez.

—Oído, cocina.

—Genial —soltó, sonriendo también.

En aquel momento sentí dos cosas diametralmente opuestas y las sentí a la vez. Me gustó que Marcelo la cuidase de esa manera, que Mia tuviese a alguien que velase así por ella, pero también me molestó. Era yo quien iba a protegerla. Siempre.

Llegamos al final de la calle, pasamos a la arboleda y, tras atravesarla, a la zona escarpada que conducía a una de las calas más bonitas de todo el Mediterráneo. Quim, mi hermano, yo y cualquier persona del pueblo habíamos usado ese camino más de un millón de veces. No era peligroso, pero era comprensible que, para quien no estuviese acostumbrado, resultase un pelín complicado de afrontar.

—¿En serio vamos a bajar por ahí? —preguntó Mia, pero ese toque de diversión, algo que se parecía mucho a la felicidad, no abandonó su voz.

Rebe se asomó con reticencia y torció los labios.

—Parece mucho más empinado de lo que es —les aseguré.

—Está chupado —sentó catedra Quim, demostrando la teoría con la práctica siendo el primero en bajar.

Marcelo carraspeó y lo siguió sin protestar. Estaba claro que ya había encontrado con qué entretenerse.

Lucas y Rebe se aventuraron después.

Mia se mordió el labio inferior, nerviosa, tratando de sopesar si se veía capaz de descender por el acantilado. Podíamos coger la moto y bajar por la carretera hasta quedar más cerca de la playa, aunque unos metros escarpados no se los iba a quitar nadie, pero me hacía ilusión que fuésemos por allí, que lo hiciese como todos en Banyalbufar lo hacíamos, que fuese una más de nosotros.

Mia cabeceó al tiempo que sonreía y dio un paso adelante, como si se estuviese diciendo a sí misma que era una locura, pero que no iba a rendirse. Aquella actitud me fascinó.

Me adelanté para asegurarme de poder cogerla si se resbalaba.

—Despacio, ¿vale? —me pidió.

Sonreí, asintiendo.

Apenas habíamos avanzado unos metros cuando pisó en falso, un par de rocas pequeñas se

desprendieron y estuvo a punto de acabar en el suelo. Me giré hacia ella, preparado para sostenerla, y Mia se quedó inmóvil. Empecé a creer que había sido un estúpido, que aquello no era buena idea. ¿Qué haría si se caía?, ¿si se hacía daño? Eso era lo último que quería, pero, entonces, Mia rompió a reír. Mis ojos volaron hasta los suyos y, aunque en el primer segundo no entendí absolutamente nada, tardé justamente esa ínfima cantidad de tiempo en contagiarme de su risa y sonreír, casi reír, yo también. Ella era sí, joder. Ella era magia.

Cuando sus carcajadas se calmaron, le ofrecí mi mano. Ella, a pesar de estar asustada, no lo dudó, la agarró y volvió a buscar mi mirada, diciéndome, sin necesidad de usar una sola palabra, que confiaba en mí. Esa sensación fue más poderosa que todas las veces que me había sentido orgulloso, confiado, especial, y simplemente me volví invencible; lo haría siempre que ella me mirase así.

En cuanto pusimos un pie en la arena blanca y la cala —una especie de pequeña laguna, de ahí su nombre, de agua color turquesa, transparente, que el mar ofrecía al adentrarse contra el acantilado— entró en el campo de visión de Mia, suspiró, admirada, sin poder levantar sus preciosos ojos marrones de semejante maravilla. Os lo dije: este rincón es uno de los más bonitos que existen.

Lo que vino después fue exactamente lo que tenía que ser. Nos bañamos, nadamos, buceamos. Lucas recogió piedrecitas que parecían cristalitos de colores. Jugamos a las cartas, charlamos de todo, nos reímos y brindamos con cerveza mientras sonaba *Applejack*, de The Triangles.

—Creo que podría pasarme el resto de mi vida aquí —comentó Rebe.

Estábamos todos tumbados en la arena, cada uno en su toalla, formando una hilera perfecta, con los ojos cerrados, respirando tranquilidad y disfrutando del sol. Mia movió la mano, despacio, y acarició el reverso de la mía con el índice. Una media sonrisa se coló en mis labios. Su dedo continúo viajando por mi mano hasta llegar a la punta del corazón. Yo aproveché el movimiento para levantarlo suavemente y atrapar el suyo. La noté sonreír. Agitó suavemente su mano para que la soltara, pero no lo hice. Se movió un poco más, pero permanecí inmisericorde, haciéndola refunfuñar bajito hasta que mi sonrisa se ensanchó y la liberé.

Mia se colocó bocabajo y comenzó a hacer pequeños dibujos concéntricos en mi mano con los dedos. Me incorporé sobre el codo sin mover la mano y la observé mientras ella se concentraba en su importante tarea. Quería follármela. Soy consciente de que no suena muy poético, pero era la pura verdad. No podía dejar de pensar en la única noche que habíamos pasado juntos. Quería tocarla, besarla absolutamente en todos los rincones de su cuerpo.

—¿Comemos algo? —planteó Lucas.

Los demás empezaron a secundar la propuesta. Mia alzó la cabeza, buscando mi mirada, y sonrió. Follármela. Tocarla. Besarla. Lo necesitaba.

—Vamos donde Biel —sugerí.

Quim asintió. En el chiringuito de Biel, si te animabas a llamarlo así, no había mucho donde

elegir, pero, lo poco que ofrecía —básicamente, pan con tomates de ramallet, aceite de oliva y sal y, a veces, raors, que él mismo pescaba y cocinaba en una barbacoa más vieja que el big bang —, estaba riquísimo.

Además, estaba relativamente cerca, al otro lado de la hilera de rocas. Podía hacerse a nado o caminando; solo teníamos que dejar la laguna, volver a subir y bajar a la cala de Banyalbufar por las escaleras de piedra. La cala era el segundo lugar más bonito del planeta.

Cuando los chicos vieron el puesto de Biel, la primera reacción fue de asombro y, la segunda, de confusión, pero aquel era uno de esos días con pescado a la brasa y el olor los convenció de que merecía muchísimo la pena estar allí.

Mientras nos preparaba la comida, me dio una pequeña cesta de mimbre llena de tomates. En cuanto me acerqué de vuelta a los chicos, Quim cogió uno y le dio un bocado. Lucas no lo dudó, pilló otro y lo mordió, imitándolo, y la sonrisa de felicidad fue absoluta. No pude culparlo. Aquel tomate sabía a tomate de verdad. Sé que puede parecer una obviedad, pero en ocasiones, en los supermercados, acabamos comprando cosas que, aunque parecen frutas y verduras, después, ni saben ni huelen ni a frutas ni a verduras.

—Pruébalo —animé a Mia, tendiéndole la cesta.

Ella me miró, dubitativa.

—Se lo está comiendo como si fuese una manzana —apuntó, risueña, observando a Quim, pero también con cierta cautela.

Sonreí, casi reí, sincero. No podía ser más dulce, y no podía llevar más razón.

—Está tan bueno que ni siquiera necesitas pan —repliqué.

Su sonrisa se ensanchó y, de nuevo confiando en mí, pilló un tomate y le dio un bocado. De inmediato, abrió mucho los ojos, sorprendida, y se le escapó un «Mmm…» de puro placer culinario.

Mi sonrisa se volvió más orgullosa y también más gamberra. Sabía que le gustaría, pero también me sentí feliz por poder compartirlo con ella, de que una vez más ella lo aceptase. Mia es de Palma, mi misma isla, pero los cuarenta y cinco minutos que separan la serra de Tramuntana de la capital, su propia geografía, la convierten en una especie de isla dentro de la isla, como si fuéramos un juego de matrioskas y nosotros encarnásemos la más pequeña, la que nadie espera que esconda un tesoro así.

—Está riquísimo —exclamó.

Y sonrió.

Y ya no pude más.

La agarré de las caderas y, estrellándola contra mí, la besé con fuerza. Mia no tardó ni siquiera un segundo en dejarse llevar. Rodeó mi cuello con sus brazos y me perdí en ella, en sus labios salados por el mar y ácidos y dulces por el tomate, en lo jodidamente bien que olía, en cómo mi cuerpo respiró en paz y al mismo tiempo salió volando con la potencia de un millón de cohetes.

Hice exactamente lo que quería y me sentí vulnerable, expuesto, porque nunca había deseado nada así, pero no me importó en aquel momento; una vez más, Mia me hizo sentir invencible.

7

Mia

Sentí sus manos en mis caderas, agarrándome con fuerza. Deseé que me dejara marcas, poder verlas después, que él también las viese. Su cuerpo contra el mío, su boca perfecta, eran como una maldita droga.

Mis brazos subieron, tímidos, por sus hombros, rodeé su cuello y me dejé llevar.

Nico conquistó mi boca. Me besó con intensidad, seduciendo mis labios, mi lengua, jugando con ella hasta que mi cuerpo, mi corazón y mi cerebro quedaron completamente rendidos a él.

Se separó despacio y mis ojos, que tardaron un segundo de más en abrirse, buscaron los suyos, increíbles y azules. Nico sonrió de esa manera rebelde, traviesa y sincera, y algo más grande que nosotros me llenó por dentro. Lo había imaginado tantas veces… ¡Llevaba enamorada de él un año! Sin embargo, absolutamente nada de lo que hubiese dibujado en mi mente se parecía remotamente a lo bien, lo especial, lo genial que me sentía justo en aquel momento, justo así.

—Me moría de ganas de hacer esto —susurró.

La sonrisa de tonta enamorada amenazó con partirme la cara en dos.

—Yo también.

—¡Tortolitos! —nos llamó Marcelo y, tan pronto como pronunció la frase, Rebe echó a andar hacia nosotros.

¡Por Dios, había olvidado que estaban ahí!

—Tenemos que hablar —sentenció con firmeza Nico. Parecía haber tomado una decisión y estar más seguro de ella que de cualquier cosa en la vida.

Asentí, con la misma sonrisa, aunque más comedida, en los labios.

—Sí.

—La comida ya está lista —nos anunció Rebeca, ya a nuestro lado.

—Empezad sin nosotros —replicó Nico, y esas tres palabras sonaron a orden.

Rebe sonrió, insolente. Siempre me maravillaba la relación que se traían esos dos. Se llevaban como el perro y el gato y aprovechaban cualquier oportunidad para fastidiarse, pero que nadie, nunca, jamás, se atreviera a hacer el más mínimo comentario malicioso sobre uno en presencia del otro, porque, con toda probabilidad, acabaría despedazado, y es que se querían con locura… como dos hermanos que no se soportan, pero que no pueden vivir separados. Así eran Nico y Rebe.

—¿Por qué no te vas adelantando tú? —le propuso ella con retintín—. Tengo algo que comentar con Mia.

Nico me miró, esperando a que yo dijese algo del tipo «No te preocupes, Rebe, hablaremos más tarde», pero me limité a encogerme de hombros con una sonrisa, siguiéndole, implícita y también un poco explícitamente, la corriente a mi amiga. ¿Qué puedo decir? Me pareció chistoso torturar un poco a su majestad; supongo que, donde las dan, las toman.

Nico resopló mientras echaba la cabeza hacia atrás y nos miraba, atónito, por turnos, sin poder creerse que de verdad fuese a ser él el que iba a marcharse.

—Vamos, vamos —lo azuzó Rebe, y tuve que contenerme para no reír.

Nico giró sobre sus talones y se fue con los chicos al tiempo que cabeceaba.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —inquirió Rebe, bajando la voz, pero en absoluto el acuciante interés, para que la conversación quedara entre nosotras.

Sonreí, a punto de echarme a reír. Estaba feliz.

—No lo sé —respondí, sincera, «pero creo que estoy en el paraíso», me guardé para mí.

—Vino a buscarte a casa, desde París —añadió con vehemencia, conteniéndose para no gritar.

—Lo sé —contesté, y también tuve que hacer un esfuerzo enorme para no ganar en decibelios—. Me lo dijo, y también que me echaba de menos, y no nos hemos separado ni un segundo en estos dos días y ahora me ha besado y yo… —Creo que nunca había hablado tan rápido y nunca había contado tanto sobre mí, pero me sentía como si estuviese conteniendo un dique lleno de palabras y más palabras y pura dicha. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando, pero no quería que se acabara por nada del mundo. Deseaba que Nico me mirase para siempre como me había mirado justo antes de besarme.

—Entonces, ¿estáis juntos?

¡Qué buena pregunta! Pero ignoraba cómo responderla. No sabía qué era lo que teníamos, ni siquiera si teníamos algo o todo eso venía limitado por una fecha de caducidad: el inicio oficial del verano y poco más… aunque mi corazón levantó la mano con urgencia. Puede que, en ese momento, estuviese henchido de felicidad y euforia, un pelín abrumado e incluso un poco asustado, pero tenía claro que lo que había pasado era mucho más que un maratón de sexo alucinante en mi habitación y un fin de semana de San Juan en una isla llena de magia.

Supongo que la confusión resultó evidente, porque Rebe suspiró suavemente.

—Mia, Nico va a volver a París el domingo, mañana —concretó—. Si quieres saber qué es esto, tenéis que hablar.

—Sí —admití, aunque no podía negar que la idea me inquietaba un poco. ¿Qué haría si él me decía «Lo siento, nena, pero esto se acaba aquí»? Y he añadido el «nena» para dulcificar el golpe.

Mentalmente resoplé, pero, entonces, por inercia, busqué a Nico con la mirada y la suya ya me esperaba. Una media sonrisa se dibujó en sus labios, se contagió en los míos y tomé una

decisión.

—¿Tú eres feliz? —inquirió Rebe.

—Sí —contesté sin dudar, sin levantar los ojos de Nico Arranz.

Nada de darle vueltas, de hacerme preguntas antes de poder obtener las respuestas; hablaríamos, claro, pero, hasta que ese momento llegara, iba a disfrutar con él, de eso, todo lo que pudiese.

Comimos entre risas, ¡el mejor pescado a la brasa que jamás se haya servido, por el amor de Dios!, regresamos a la laguna, nos bañamos en el agua cristalina, nadamos hasta las rocas y nos tomamos una Estrella allí. Nico y yo nos besamos en el mar, en la arena, en las rocas, solos y delante de todos, buscando más y obligándonos a recuperar el sentido común cuando las ganas de tocarnos mejor eran demasiado grandes.

Más agua, más risas en la toalla, más partidas al Uno con el tramposo de Quim y, por supuesto, más besos después, regresamos al pueblo. Tocaba darse una ducha y cambiarnos de ropa para volver a la cala y celebrar con todos los vecinos la noche de San Juan.

—¿Cómo nos dividiremos para dormir? —preguntó Lucas.

—Si os parece, Rebe puede venirse a casa de mi abuela —propuse— y tú y Marcelo os quedáis con Nico.

—Vamos a dormir separados, como las chicas y los chicos buenos —le dijo Lucas a su novia.

—¿Chico bueno? —bromeó ella—. Tú no sabes lo que es eso.

—A lo mejor Nico me enseña esta noche de celibato forzoso.

Lucas sonrió mirando a su amigo y Nico, con la vista al frente y una media sonrisa macarra en los labios, fingió que la cosa no iba con él.

—Pues da la asignatura por suspendida —apuntó Marcelo.

Todos sonreímos, casi reímos, y así llegamos a casa.

—Esta es la mía —comenté.

Rebe repasó la fachada y sonrió al ver la colección de cuadritos, cada uno con un azulejo pintado a mano, todos diferentes, con los que mi abuela había seguido el contorno del marco de la puerta.

—¿Nos encontramos en un par de horas? —indagó Lucas.

Rebe y yo asentimos.

En ese instante, la puerta principal de casa de mi abuela se abrió y la susodicha salió, con una sonrisa en los labios.

—¡Qué bien que ya estéis aquí! —dijo al vernos.

—Abuela, ella es mi amiga Rebeca —la presenté—. Va a quedarse con nosotros esta noche si no te importa.

—Encantada de conocerla —intervino Rebe.

—¡Maravilloso! —exclamó ella—. Pasa, pasa —la animó, moviendo las dos manos—. Te

enseñaré tu habitación.

Rebe asintió con una sonrisa; mi abuela era muy efusiva y casi imposible que no te ganara a los cinco segundos de conocerla. Mi amiga le lanzó un beso a Lucas mientras subía las escaleras y entró siguiendo a nuestra anfitriona, que ya estaba contándole anécdotas de la casa.

Yo me disponía a entrar, pero, cuando fui a soltarme de la mano de Nico, este hizo el agarre de nuestros dedos más fuerte.

—¿Nos vamos? —le preguntó Marcelo.

—Id yendo vosotros —respondió Nico, sin una mísera duda—. Quim sabe dónde está todo.

Su amigo le dedicó un amago de saludo militar y se dirigieron a la casa.

—¿Habéis probado las cocas de albaricoque? —planteó, empezando a subir los cuatro escalones que separaban la calle del rudimentario y estrecho porche. Lucas y Marcelo negaron—. Lo vais a flipar.

Con el cuerpo revolucionado por lo que sabía, y deseaba en mayúsculas, que pasaría, observé cómo Nico mantenía la vista sobre sus amigos hasta que desaparecieron en el interior de su casa y, en cuanto nos quedamos solos, me llevó contra la pared del pequeño callejón junto a mi casa y me besó con una pasión desmedida, apretándome entre su cuerpo y el muro blanco.

—No sé qué coño me pasa que no soy capaz de quitarte las manos de encima —susurró, con la voz ronca, contra mi boca.

El carrusel de hormonas que me dominaba interpretó su misión a la perfección y tiré de su camiseta, pegándolo aún más a mí. Lo necesitaba. Necesitaba sentirlo. Los besos de Nico se hicieron más deliciosos, más dominantes, y perdí la poca cordura que me quedaba y moví las caderas, buscando que su miembro, que se había despertado, grande y duro, se encontrara con mi sexo, separado solo por mi bikini, su bañador y mis divertidos pantalones cortos.

Al sentirme, Nico gruñó contra mis labios y, con sus dedos rodeando, suaves, sexys y toscos, mi cuello, me retuvo contra la pared mientras se separaba apenas unos centímetros.

—Quiero follarte —dijo, provocativo, torturador, atractivo hasta decir basta— y estoy haciendo el esfuerzo más brutal de toda mi vida para no arrancarte el bikini y hacértelo contra esta puta pared hasta dejarte sin aliento.

Mi cuerpo ardió. No pude contenerme y mis caderas lo buscaron de nuevo. Nico cerró los ojos un segundo al tiempo que un resoplido atropellado se escapaba de sus labios.

—No me provoques —me advirtió, inclinándose sobre mí hasta que nuestros labios casi se rozaron, apretando sus dedos un poco más sobre mi piel, multiplicando la loca excitación por mil —, porque, si lo haces, vas a estar gimiendo hasta que vuelva a amanecer. Va a darme igual quién pueda vernos o que tu padre me tire acantilado abajo después.

—Te mataría —le dejé claro, con mis ojos bailando de los suyos a sus increíbles labios.

—Moriría feliz —sentenció antes de volver a estrellar su boca contra la mía, de que sus dedos se anclasen, hambrientos, en mi cadera y su sexo chocase contra el mío, haciéndome gemir solo por el contacto y, sobre todo, por la promesa de que el placer sería bestial.

Nuestros besos se desbocaron. Hundí mis manos en su pelo. Nico perdió las suyas, posesivas, en mis costados, cada vez más arriba, más cerca de mis pechos, que lo ansiaban, lo necesitaban.

Ardíamos. Soñábamos. Volábamos.

—Lárgate —me ordenó con voz trabajosa, haciendo un esfuerzo titánico para separarse de mí.

Sin embargo, no le valió de mucho y, apenas un instante después de que pronunciara esa única palabra, volvió a besarme, tosco, espectacular, inigualable.

—No —le supliqué casi en un gemido.

—Lárgate, Mia —repitió. Noté cada músculo de su cuerpo tensarse un poco más, odiarlo un poco, y volvió a separarse, apenas un paso— o te juro por Dios que no voy a poder parar.

Nos miramos a los ojos. El deseo loco lo inundaba todo. Me sentía diferente a cualquier otro momento de mi vida. Era mejor que dejarse llevar, mejor que la mejor sensación; era dejar de ser solo dos para sumar uno, porque el deseo, el placer y la complicidad nos habían entrelazado.

Di una larga bocanada de aire y llamé a mi libido al orden, y juro que lo intenté, lo intenté y lo intenté, pero, entonces, Nico ya no pudo intentarlo más y volvió a besarme con fuerza, otra vez llevándome contra la pared, otra vez sintiendo su maravillosa boca contra la mía, teletransportándome al paraíso.

—Márchate, por favor —me pidió, y lo que me atizó por dentro es que lo que pronunció fue una súplica. Lo hizo vulnerable, sincero. Estaba tan abrumado como yo, sentía cada segundo de lo que nos estaba pasando tan adentro como yo.

Busqué su mirada y la imagen se hizo aún más nítida cuando lo vi con su frente apoyada en la mía, con los ojos cerrados.

—Sí —dije en un susurro, apiadándome de él, porque lo que estábamos sintiendo era más grande que él y que yo, y a Nico, acostumbrado a tener siempre el control en lo que a relacionarse con los demás se refería, nuestra pequeña revolución se le estaba haciendo un poco más difícil que a mí.

Mi voz, la dulzura que le imprimí a esa única palabra, llamó su atención, haciéndole buscar mis ojos castaños. Sonreí, con ese mismo sentimiento impregnando mis labios, y para sellar nuestro trato coloqué las manos en su pecho, me alcé sobre las puntas de los pies y lo besé en la mejilla.

Mi cuerpo me traicionó y prolongué el gesto. El cuerpo de Nico lo traicionó a él y movió la mejilla buscando mis labios. Durante el siguiente puñado de segundos nos quedamos demasiado cerca. La tentación latía, indómita. ¿Siempre iba a ser así? ¿Con esas ganas irrefrenables de tocarnos? Tenía que marcharme, porque, si no lo hacía, él no sería el único que no podría parar.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, me separé. Su mano se hizo más posesiva en mi cadera y sus dedos se deslizaron por mi piel hasta que la distancia le impidió tocarme y los dos nos odiamos por ello.

—Te veré en dos horas —dije, caminando de espaldas, tratando de consolarnos a ambos.

—En dos horas —repitió, y sonó a la amenaza más sexy del mundo. Una traducción bastante exacta de que, si pasaba ese tiempo y no estaba allí, entraría a buscarme, importándole bastante poco todo lo demás.

Mi cuerpo volvió a revolucionarse ante semejante promesa y no pude evitar sonreír como una boba, con el corazón a mil, antes de girarme y por fin entrar en casa, bajo su atenta mirada.

Subí a mi habitación y saludé a Rebe, que estaba sacando un vestido limpio de la mochila que había traído.

—¿Todo bien? —preguntó, burlona, sabiendo de sobra que la respuesta era el sí más gigante y maravillado de la galaxia.

—Todo genial —respondí, acercándome a la cama.

Su sonrisa se ensanchó. No lo sabía a ciencia cierta, ella no me lo había dicho, pero sospechaba que se alegraba, como Lucas y Marcelo, de que Nico y yo estuviésemos juntos, o lo que estuviésemos haciendo, suponiendo que estuviésemos haciendo algo… Maldita sea, tenía que hablar con él, pero es que me había tenido muy… distraída.

—¿Quién se ducha primero? —planteó Rebe.

En ese instante mi teléfono, dentro de mi bolsa, comenzó a sonar, respondiendo por mí.

—Ve tú —dije, dejando la mochila sobre la cama, tratando de encontrarlo.

—Perfecto —contestó mi amiga antes de salir de la habitación.

Moví las manos más deprisa. No quería que colgaran. ¿Dónde demonios se había metido el dichoso móvil?

—Aquí —anuncié, victoriosa, sacándolo de la bolsa.

Miré la pantalla. Fruncí el ceño. Un número de esos que parecen interminables.

—¿Diga? —respondí.

—¿Mia Nieto?

Asentí.

—Sí —añadí, ya que, obviamente, no podían verme—. ¿Quién es?

—Te llamamos del rectorado de alumnos de la Complutense.

Volví a arrugar la frente. ¿Qué podían querer de la facultad un 23 de junio?

—¿En qué puedo ayudaros? —indagué con cautela.

—Nos ponemos en contacto contigo para comunicarte que una de las plazas del programa Erasmus ha quedado libre y has sido la beneficiaria.

¿Qué?

—¿Qué?… Quiero decir —me autocorregí rápidamente—. Sé que estaba en lista de espera, pero…

—No es lo habitual —tomó el relevo, dándome la razón—, pero un alumno se ha visto obligado a rechazarla por causas de fuerza mayor y nos lo comunicó el viernes. Quisimos ponernos en contacto contigo esa misma tarde, pero, con tanto por hacer y casi todo el personal de vacaciones, nos fue imposible.

En realidad, era fácil de entender. En muchas facultades son alumnos que acaban de terminar la carrera los que se dedican a gestionar el programa Erasmus, cobrando una pequeña beca por ello. En pleno verano es normal que no funcionen a pleno rendimiento.

—No te preocupes —me apresuré a decir. Estaba contenta; en *shock*, pero contenta. Me hacía mucha ilusión poder vivir en el extranjero, aunque solo fuesen unos meses—. ¿Y dónde ha quedado libre la plaza? ¿Londres?

—No —negó, y oí el ruido de unos papeles que se movían rápido al otro lado de la línea, como si estuviese consultando la respuesta—. París.

¿París? ¿En serio?

Por un segundo, enmudecí. La idea de que sería una gran experiencia establecerme en otro país por un tiempo seguía brillando con intensidad, y yo misma puse París como tercera opción, pero en aquel momento esa ciudad implicaba muchas más cosas. Significaba irme al mismo rincón geográfico que entonces le pertenecía a Nico, cuando ni siquiera sabía lo que había entre nosotros. En el mejor de los casos, era osado, porque, quizá, él pretendía que nuestra historia se quedara en Banyalbufar. En el peor, una especie de suicidio amisto-sentimental, porque, si las bases de la primera opción eran las ciertas, parecería que me marchaba a París solo porque él estaba allí, para convencerlo de que estuviésemos juntos, y eso era lo último que quería.

—¿Tengo que darte una contestación ahora? —inquirí.

Se hizo un breve silencio.

—Sería genial —contestó, sincero. Imaginé que querría dejar ese tema cerrado cuanto antes —, pero entiendo que necesitas organizarte —continuó, y suspiré, aliviada—. Volveré a llamarte el lunes a primera hora.

—Gracias.

—Pero ya no podré darte más tiempo —me advirtió.

—No te preocupes. El lunes te daré una respuesta.

Nos despedimos, colgué y me senté en el borde de la cama, con la mente funcionando a mil kilómetros por hora. Tenía que hablar con Nico y tenía que hacerlo sí o sí.

Me duché, me puse un bonito vestido y Rebe me hizo dos trenzas de espiga. Me encantaba ese peinado, pero era incapaz de hacérmelo sola.

Puntuales como un reloj, salimos de casa. Estaba realmente impaciente. Tenía demasiadas ganas de ver a Nico.

Apenas habíamos puesto un pie en los escalones que conducían a la acera cuando ya vimos a los chicos, esperándonos a un puñado de pasos. Mi sonrisa se ensanchó cuando me di cuenta de que Nico también estaba nervioso. Puede que fuese imperceptible para los demás, pero yo llevaba casi un año estudiándolo, ¿recordáis?, y sabía detectar cada uno de sus estados de ánimo. Tenía el cuerpo tenso y estaba pasando olímpicamente de la conversación, con las manos en los bolsillos de sus vaqueros cortos y la vista centrada en sus pies, que, enfundados en unas deportivas blancas, trataban de inmiscuirse entre dos adoquines.

—Hola —los saludó Rebe, acercándose a ellos, concretamente a Lucas, que la recibió con un beso en los labios.

Al oír a nuestra amiga, Nico se giró, buscándome, y, cuando nuestras miradas se encontraron, los dos sonreímos. No lo dudó; caminó con seguridad hasta mí y, tomando mi cara entre sus manos, me besó con ganas. Mi sonrisa se hizo aún mayor. Paraíso. Paraíso. Paraíso.

—Estás preciosa —me regaló cuando nos separamos.

Bajé la cabeza, tímida. ¡Es que todavía no podía creérmelo!

—Tú tampoco estás mal —contesté, empujándolo para romper el momento. Estaba peligrosamente cerca de salir volando mientras que el cielo a mi espalda se llenaba de corazoncitos.

Nico sonrió, casi río, y su gesto se contagió en mis labios.

—No podemos estar todo el día enredados —bromeé, susurrando.

—Ponme a prueba —sentenció, guiñándome un ojo, y juro por Dios que estuve a punto de desmayarme.

Nico decidió apiadarse de mí, me cogió de la mano y nos llevó de vuelta con los chicos.

Los días que rodean las fiestas de San Juan son muy importante en Banyalbufar y la noche del 23 de junio es el momento álgido. Todo el pueblo se reúne en la playa para comer pescado asado, se enciende una hoguera, más fuegos artificiales, más música y más recuerdos bonitos que conservar toda la vida.

Como la celebración es en la cala oficial de Banyalbufar, el acceso resulta más sencillo, y no tuvimos que bajar ningún risco. Tardamos algo así como cinco segundos en aclimatarnos y, a los diez, Quim ya nos había conseguido una cerveza helada a cada uno.

El propio Quim, con Fer, el hermano de Nico, eran los encargados de la barbacoa, y creo que nunca me he reído tanto como viéndolos definir una «estrategia», palabras textuales, y después echando dicha estrategia por tierra y acabar peleándose con los trozos de cartón con los que avivaban las brasas.

Desde una vieja radio de los ochenta, en cualquier rincón de la cala, se escuchaba *Those little things*, de Ramon Mirabet.

—Voy a ir a ver a mis padres —le comenté a Nico al oído, teniéndome que poner de puntillas sobre mis sandalias para conseguir tal misión.

Él frunció el ceño en el primer instante, pero en el siguiente ya estaba preparado para convencerme como mejor sabía para que me quedara con él. Yo, que supe verlo venir, me separé, veloz, y empecé a caminar. Cuando ya me había alejado unos pasos y estaba a salvo, me giré y le sonreí para mitigar el golpe.

Nico me observó, asombrado, pero, como antes, reaccionó increíblemente rápido; esa era una de las cosas que más me gustaban de él, la capacidad que tenía de enfrentarse a cualquier circunstancia, y me enseñó su sonrisa más macarra.

—Te vas a enterar —me advirtió, sexy y divertido, casi en un susurro, asegurándose de que

podía leérselo en los labios.

Las burbujitas, el calor y todas las cosas que me hacía sentir se arremolinaron dentro de mí.

—Lo estoy deseando —pronuncié de igual manera.

No tenía ni la más remota idea de lo que estaba pasando; debíamos hablar y tenía que decidir qué sería de mi vida los próximos meses, París o Madrid, pero en aquel momento estaba en una nube, como la primera vez que ves tu película favorita. Aquella era yo. Siendo feliz. De verdad.

—¿Te lo estás pasando bien? —me planteó mi abuela con una sonrisa, que le devolví automáticamente antes de asentir—. Es muy guapo —añadió, pizpireta, en un murmullo, pero también dándome un codazo en toda regla—. Yo también me lo habría agenciado.

Mi sonrisa se ensanchó y se me escapó una carcajada. Si hubiese estado bebiendo, lo habría echado por la nariz.

Miré a mi abuela y ella sonrió, encantadísima por su comentario.

—Buenas noches, señores Nieto.

Al oír su voz, me volví hacia él con la sonrisa preparada y se hizo más grande cuando lo vi delante de mis padres, haciéndose el buen chico.

Faltaba poco para que dieran las doce y los encargados de los fuegos artificiales subieron a lo alto del camino.

—Necesito robarles a Mia —dijo.

No esperó contestación; había fracasado en eso de parecer un buen chico, me tendió la mano y la acepté sin dudar.

—Volveré pronto —me despedí con una sonrisa, y creo que tampoco engañé a nadie—. ¿A dónde vamos? —le pregunté a Nico.

—Tú y yo tenemos que hablar, ¿recuerdas? —contestó sin detenerse, y ese puñado de palabras sonó a reto, a sexy amenaza y también a lo que la Real Academia Española había decidido que debía significar «poner las cartas sobre la mesa».

—¡Enana! —me llamó mi hermano, eufórico, sorprendiéndome, cogiéndome de la cintura y levantándome del suelo mientras me hacía girar.

—¿Qué pasa? —inquirí, confusa, pero también entre risas.

—Mamá me lo ha contado —me explicó, dejándome en el suelo.

Fruncí el ceño, ¿a qué se refería?

—¡Te vas a ir de Erasmus! —continuó—. ¡A París! No sabes cómo te lo vas a pasar. Yo estuve seis meses en Copenhague y fueron alucinantes —sentenció, haciendo hincapié en cada letra de la última palabra.

—Yo…

Miré a Nico por inercia, que no se había perdido detalle de la conversación y en ese instante me observaba con una mezcla de confusión y de estar en guardia. No era así como quería que se enterara ni como pretendía abordar este tema con él. ¡Además, aún no había decidido nada!

—Todavía no sé qué voy a hacer —me parafraseé, y me pareció importante decirlo en voz

alta, porque, más que para Simón o incluso para mí, era un mensaje para Nico.

—Acepta —insistió mi hermano.

—Tengo muchas cosas a las que darle vueltas.

La mirada de Nico seguía sobre la mía. Parecía que él también estaba pensando en un montón de cosas a la vez.

—¡Simón! —lo llamó alguien entre la pequeña multitud que se agolpaba cerca de la orilla.

—¡Voy! —gritó él, marchándose tan de improvisto como había llegado.

Bajé la cabeza y resoplé. Vale. Tocaba afrontar todo aquello. Volví a alzar la cabeza y los ojos azules de Nico atraparon de inmediato los míos. Me gustaría poder decir que sé qué es lo que encontré en ellos, pero estaría mintiendo. Seguía teniendo ese brillo macarra y gamberro, seguían sabiendo a arrogancia y deseo loco, a la promesa de toneladas de placer, pero también había algo más que no fui capaz de identificar.

Nico no dijo nada, solo volvió a cogerme de la mano y reemprendimos el camino hacia lo alto del acantilado. Yo tampoco abrí la boca y me dejé llevar. Atravesamos con paso rápido la arboleda que servía de antesala a la laguna y bajamos de nuevo hasta la playa por el risco, con Nico cuidando de mí en todo momento.

En mitad de la arena, solos, arropados por la música y el murmullo que llegaba del otro lado de las piedras, Nico me soltó la mano y, despacio, nos quedamos frente a frente, apenas separados unos pasos. El ruido del mar, rítmico en cada ola, servía de telón de fondo, lo mismo que el cielo lleno de estrellas y el olor a sal y a los árboles que habíamos dejado atrás.

Estaba nerviosa, sería una estupidez negarlo; lo estaba, mucho. Ni siquiera sabía cómo afrontar ese tema conmigo misma. ¿Quería irme a París? ¿Quería dejar en pausa mi vida en Madrid? ¿Quería estar con él? Puede que dudase en las dos primeras, pero la tercera tenía una única respuesta, clara y concisa, y también en mayúsculas y con letras de neón y purpurina: sí.

—Tenemos que hablar —repetí. Me parecía un buen punto de partida.

Pero Nico no me dio opción. Dio un paso adelante lleno de ímpetu, de seguridad y de esa impulsividad que lo marcaba a fuego por dentro, y me besó con fuerza. No tardé más que una milésima de segundo en reaccionar y me pegué más a él. Cuando estamos juntos, todo es así, insaciable, ensordecedor, maravilloso; algo a lo que jamás aprenderemos a renunciar.

Nos tumbó en la arena y se abrió paso entre mis piernas. Sus besos se hicieron más desbocados y los dos comprendimos a la vez que no teníamos ningún control sobre el incendio que prendía nuestros cuerpos.

¿Quería irme a París? Sí. ¿Quería dejar en pausa mi vida en Madrid? Sí. Porque quería estar con él. Siempre.

—Vente conmigo a París —me pidió contra mi boca, con la voz ronca, trémula y delirantemente sensual.

Se separó lo suficiente como para atrapar mi mirada y todo lo que éramos nosotros estalló sin domesticar. No teníamos nada que pensar. Solo éramos sexo y una pasión descontrolada, ganas

de tocarnos, de vernos sonreír. Quería olerlo, saborearlo. Quería que, cuando me cogieran la mano, fuera la suya la que estuviese al otro lado.

—Sí —respondí.

Por un segundo el miedo me cortó la boca del estómago, pero las mariposas ocuparon rápidamente su lugar. Debajo de él, había encontrado mi lugar en el mundo.

Nico sonrió, la sonrisa más increíble de la historia, y volvió a besarme lleno de intensidad, haciendo que el placer explotara entre los dos en forma de chispitas de magia.

Se arrodilló y, sin levantar sus alucinantes ojos de mí, se inclinó y me acarició las piernas desde los tobillos, subiendo torturador. Deslizó sus dedos entre el elástico de mis bragas y mi piel y me las bajó, despacio, provocativo.

Mi cuerpo se arqueó y gemí, sintiendo cómo el placer iba creciendo más y más, sin control.

Estaba jugando y era el mejor jugador.

Se sacó un condón del bolsillo. Rompió el envoltorio con los dientes y creí seriamente que iba a arder por combustión espontánea a base de visiones eróticas.

Apoyó las palmas de las manos a ambos lados de mi cabeza y se tumbó lentamente, dominándome desde arriba. Por Dios, qué espectáculo.

La primera embestida fue brutal.

—¡Nico! —grité.

Me llenó por completo. Me abrió para él. Y, sin darme tiempo a amoldarme a lo grande y dura que la tenía, empezó a moverse como solo él sabía hacerlo, empujándome segundo a segundo a la euforia más absoluta, haciéndome desear más y más.

Me mordí el labio inferior, tratando de contener todo lo que estaba sintiendo, pero cada vez parecía una tarea más y más difícil.

—Mia, joder —gruñó, acelerando el ritmo, volviéndolo más tosco, ¡maldita sea!, ¡más delicioso!

Nico pronunció esas dos palabras enfadado con todo y todos, con él, conmigo, porque todo lo que estaba sintiendo en aquel instante, cómo estábamos piel con piel, cómo nos besábamos, cómo follábamos, lo estaba superando, abrumándolo. Estaba poniendo nuestros mundos patas arriba.

—Dios —gemí, inconexa.

Nico volvió a estrellar su boca contra la mía y fue como si me diera el oxígeno que respiraba, el agua que necesitaba.

Sus manos. Su boca. Su cuerpo. ¡Santo cielo!

¡Exploté!

—¡Nico! —grité, sin poder controlar todo el placer que me arrasaba en un orgasmo maravilloso.

Los fuegos artificiales estallaron, llenando el cielo de colores brillantes, llenándome a mí.

Él siguió embistiéndome, reavivando mi placer. Un escalón más, un grado más de

temperatura. Calor. Pasión. Placer. ¡Era demasiado bueno! ¡Y volví a ver las estrellas!

Nico entró, salió y, con el siguiente envite, se perdió dentro de mí, con su mano agarrando, sensual y posesivo, mi cadera y mi nombre en sus labios, como si fuera una oración.

*

Fuimos recuperando el aliento lentamente. Nico salió con cuidado de mí. Se deshizo del preservativo y se levantó, ayudándome a hacer lo mismo en cuanto alcanzó la verticalidad.

—¿Cuándo vas a hablar con tus padres? —me preguntó mientras se abrochaba los vaqueros y yo me sacudía la arena como podía justo antes de ponerme las bragas.

—Esta noche o mañana por la mañana.

Nico sonrió, satisfecho, y no pude evitar hacer lo mismo. Íbamos a estar juntos. ¡En París!

—La beca no comienza hasta mediados de septiembre —añadí—. Tengo tiempo suficiente para prepararlo todo.

Aún estaba intentado adecentarme el vestido cuando Nico me colocó un mechón rebelde detrás de la oreja, dejando su mano sobre mi mejilla. El movimiento, lleno de ternura, me hizo levantar la cabeza y buscar su mirada.

—Diles a tus padres que tienes que trasladarte antes para mejorar el idioma —soltó.

Involuntariamente, sonreí. Una parte de mí empezó a dar saltitos y palmaditas. La otra, a la que los ojos en forma de corazón aún le dejaban ver la realidad, comprendió de inmediato lo precipitado que era.

—No puedo, Nico —contesté—. Es una locura.

¡Y tenía razón!, pero, entonces, ¿por qué era incapaz de dejar de sonreír?

Él se las arregló para percibir todo lo que estaba sintiendo, dio un paso más, dejando nuestros cuerpos demasiado cerca, y subió la mano que le quedaba libre para acunar mi cara. Sus ojos azules atraparon los míos castaños y, no es por ser cursi, pero creo que la Tierra dejó de girar.

—Sí que puedes —replicó—. No quiero esperar más de dos meses para volver a tocarte.

Contuve un suspiro. Por Dios, era guapísimo, con el atractivo de un centenar de actores de Hollywood, y encima me decía esas cosas, un rey de la boca sexy y sucia. ¿Qué posibilidades tenía de escapar?

—Necesitaré un mes para prepararlo todo.

—Una semana.

—No puedo. Es una…

«Locura», iba a repetir, y volvía a tener razón, pero Nico me interrumpió besándome de nuevo y derribando una a una todas mis defensas.

—Te juro que haré que merezca la pena.

Sonó como la promesa más excitante y sensual que había oído en todos los días de mi vida.

No necesité decir que sí. Con aquel beso habíamos sellado el trato y los dos lo sabíamos.

*

La noche de San Juan fue increíble. A la mañana siguiente les conté a mis padres que había decidido aceptar la beca y que me marcharía en una semana, ya que tenía el francés un poco oxidado, por no decir que era casi inexistente, y necesitaba ponerme al día antes de que se iniciaran las clases. Todo fue bien, hasta que mi abuela comentó de pasada «A París es donde se ha mudado el guapo, ¿no?». A mi padre no le costó mucho atar cabos y me lanzó una mirada de esas, muy de progenitor, con las que tienes la sensación de que es capaz de averiguar por pura telepatía todas las mentiras que has intentado colarle a lo largo de tu existencia. A pesar de saber claramente qué me motivaba, ni él ni mi madre dijeron nada, aunque resultaba más que obvio que no les hacía ninguna gracia y yo decidí agarrarme a que, explícitamente, no habían pronunciado palabra.

A mediodía, Rebe, Lucas, Marcelo, Nico y yo regresamos a Madrid. Dos horas después, parte de ese tiempo deliciosamente empleado contra los azulejos del baño de la terminal, Nico puso rumbo a París. Nos besamos antes del control y me sentí como en Casablanca, solo que esta Elsa estaba eligiendo a su particular Rick.

La siguiente semana fue una auténtica locura de arreglar papeles, buscar residencia y a otro erasmus —el elegido, un holandés, que iba a ocupar mi habitación durante los seis meses que duraba mi beca en París—, hacer maletas y comprar cosas de última hora… pero todo mereció la pena cuando, ocho días después, en mitad del aeropuerto internacional París Orly, vi a Nico, guapísimo como si no hubiese un mañana y atractivo a rabiar, con unos vaqueros rotos y una camisa azul marino con pequeños estampados naranjas remangada, con el pelo revuelto y la sonrisa más macarra y sincera del mundo. Llevaba un cartel que decía «Mia Nieto», como si de pronto si hubiese transformado en el chófer más sexy de la historia, pero, entonces, lo giró entre las manos para dejarme leer «Bienvenida a nuestro París», y ya no pude más. Con la sonrisa más boba y gigante que hayáis visto jamás, eché a correr y me lancé en sus brazos. Él me agarró de la cintura, levantándome a pulso. Yo no lo dudé y rodeé sus caderas con mis piernas. Y así, en esa postura mágica, en mitad del aeropuerto, nos besamos con fuerza entre ganas y risas, demostrando que es imposible contener la palabra *felicidad*.

—Hola —susurró con su boca apenas separada unos milímetros de la mía.

—Hola —respondí, y las sonrisas, que nunca se fueron, se hicieron más grandes.

—Hola —repitió mientras yo no podía romper el hechizo de sus ojos azules.

—Hola —volví a decir, y las ganas de comernos a besos se multiplicaron.

Una chispa gamberra, traviesa y arrogante brilló en su mirada. Me dejó en el suelo, agarró mi mano en el mismo movimiento y tiró de mí para que lo siguiera.

Un puñado de minutos después estaba derritiéndome entre la pared de uno de los baños de minusválidos de la terminal internacional y su cuerpo. Por Dios, se le daba demasiado bien y en

ese mismo momento aprendí —aunque, en realidad, creo que lo supe desde la primera vez que lo vi— que jamás tendría suficiente de él.

—Nico —murmuré mientras nuestras respiraciones trataban de recuperar la calma tras un orgasmo increíble, aunque ni siquiera sabía por qué lo llamaba. Lo echaba de menos incluso en aquel instante, porque entre su cuerpo y el mío había dos centímetros de entrometido oxígeno.

—¿Qué? —contestó.

No supe qué responder. «Deseo que estemos tan cerca que hasta nuestra ropa nos estorbe» me pareció un pelín vehemente para un estado postorgásmico. Sin embargo, Nico, como siempre, supo leer en mí a la perfección y me sujetó por la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Quiero que seas sincera conmigo, Mia —dijo—. Tienes que contármelo absolutamente todo, porque tú y yo estamos juntos.

Sonreí como una idiota enamorada, y era la pura verdad. Estaba disparada; kamikaze y sin frenos.

—¿Significa que somos novios? —indagué.

Nico sonrió con malicia.

—Significa que no te molestes en dejar tus cosas en la residencia, porque tu sitio está en mi cama.

Y no salimos de ella en los tres días siguientes. Ese fue el inicio de París para mí; los primeros pasos de los siguientes meses de mi vida, que se transformaron en los siguientes años. Era mi futuro, emocionante, sexy, nuevo y, sobre todo, un futuro y un lugar donde las palabras *él* y *yo* se convirtieron en *nosotros*.

*

No sé por qué no puedo dejar de pensar en nuestro primer San Juan en Banyalbufar. Hace cinco años de aquello.

En París no deja de llover y lo cierto es que a mí me cuesta cada vez más no dormirme llorando cada noche; es como si la ciudad y yo estuviésemos compartiendo estado de ánimo.

Echo de menos a Nico. Lo echo de menos cada minuto de cada hora de cada día. Solo quiero estar con él, acurrucarme a su lado en el sofá y quedarme dormida, oler el rastro de su colonia después de que se haya marchado, levantar la cabeza y poder mirarlo.

—¿Qué tal lo llevas? —me pregunta Rebe, al otro lado de la línea.

Observo las gotas de lluvia estrellarse rítmicamente contra la ventana.

—Mal —murmuro.

Hoy ni siquiera tengo ganas de fingir que todo va bien.

Mi amiga suspira con ternura, en un gesto lleno de empatía.

—Nico no lo está pasando mucho mejor.

Su comentario me hace enderezar la espalda en la silla de la redacción.

—¿Cómo está? —inquiero, veloz, y no puedo evitar sonar preocupada.

—Imposible —contesta Rebe, sin paños calientes—. Se ha peleado con Lucas y ayer tuvo una bronca descomunal con Marcelo.

¿Se ha pelado con los chicos? Resoplo, sintiendo cómo el alma se me cae a los pies. Nico es muy impulsivo y, aunque es el último calificativo que le aplicarías viéndolo desde fuera, también es muy sensible. Siempre lo ha sido, y el problema es que nunca ha sabido cómo gestionarlo. Cuando de pequeño su padre los abandonó, se peleaba todos los días en el colegio, en la calle. No sabía cómo lidiar con la rabia, con la tristeza. Enfadarse con el mundo, jamás dar una muestra de debilidad, esa es la única manera que conoce de seguir hacia delante.

—En el trabajo lo tienen bastante puteado —me explica—. La directora de Internacional es una zorra mala. En esa sección todos tienen que hacer lo que ella dice y quiere doblegar a Nico para asegurarse de que pasa por el aro y, claro, ya sabemos el problema que tiene nuestro chico con la autoridad. Lo tiene funcionando como traductor de francés. Ni siquiera le ha dejado escribir un artículo todavía.

¿Qué? No sabía nada. ¿Por qué Nico no me lo ha contado? Tenía claro que las cosas no iban como debían en el trabajo, pero no imaginé que estuvieran tan mal.

—Francamente, creía que se la ganaría y acabaría saliéndose con la suya —continúa Rebe—, pero no ha sido así.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? —indago, poniendo en palabras lo único en lo que puedo centrarme.

Mi amiga da una significativa bocanada de aire.

—Ya sabes cómo es —responde—. Odia sentirse vulnerable.

De pronto vuelvo a pensar en ese crío que solo sabía acabar a golpes. Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco rápidamente. Me pregunto si su padre tendrá idea de todo el daño que le hizo.

—Voy a hablar con él —pronuncio, acelerada, decidida, recolocándome en el sillón—. Quiero oír su voz. Quiero que hablemos y encontrar la manera de que se sienta mejor.

Soy consciente de que sueno casi desesperada, pero no me importa. Estamos separados por mi culpa. Necesito saber que está bien.

Garabateo una excusa en un pósit y se lo dejo pegado a Silvie, una de mis compañeras, en la pantalla del ordenador. Me levanto de la mesa con el móvil en la mano y cruzo la redacción hasta llegar a las escaleras de emergencia. Marco el número de Nico.

—Nico —lo llamo en cuanto descuelga.

—Hola, nena —contesta al otro lado, y suena enfadado, triste.

—Acabo de hablar con Rebe. Me ha contado lo del trabajo. ¿Por qué no lo hiciste tú?

Sé que no es la mejor técnica que podría utilizar, que es mejor intentar sacárselo poco a poco, hacerlo hablar con toneladas y toneladas de paciencia, pero no puedo. Lo está pasando fatal y yo estoy lejos de él. Me muerdo el labio inferior para no romper a llorar. Quiero estar con él.

Nico resopla. Rebe no podría haberlo expresado mejor, odia sentirse vulnerable, odia sentir que vuelve a ser un crío que solo sabía pelearse para contener la tristeza.

—¿Y qué querías que te dijera?

—La verdad, que la cosas no están saliendo como deberían —replico, desesperada, a punto de echarme a llorar.

—Mia —gruñe, y él también suena al límite en todos los sentidos.

—Nico, puedes confiar en mí —le recuerdo, y todo esto se está complicando demasiado; lo echo muchísimo de menos, no quiero estar lejos de él. Detesto la idea de que lo esté pasando mal por las decisiones que yo he tomado y todos esos sentimientos me están desmontando por dentro, enfadándome porque no sé cómo arreglarlo—, lo sabes. Necesito que confíes en mí, que seas sincero. ¿Te has peleado con Lucas?

—Sí —contesta a regañadientes.

—¿Y con Marcelo?

¿Por qué no puedo alargar la mano y tocarlo? ¿Por qué no puedo lanzarme en sus brazos y sentir que vuelvo a estar en casa?

—Sí —ruge.

—¿Por qué?

—¡Porque ya no puedo más! —grita, y es tan sincero, duele tanto, que el siguiente puñado de segundos los dos nos quedamos en silencio—. Te quiero aquí, Mia, conmigo —añade, tan enfadado como yo, tan herido como yo—. Te quiero aquí todos los putos días. ¿Eso es lo que quieres oír?, ¿que te necesito?, ¿que no sé vivir sin ti?

Y no es una declaración de amor, es de rabia, de desesperación.

—¡Yo no quiero que te sientas así!

—¡Entonces, ¿qué coño quieres?!

—¡Lo siento, ¿vale?! ¿Eso es lo que quieres oír tú? ¡Lo siento! Siento no haberle podido decir que no al señor Legard, haberme quedado. Ya sé que estamos separados por mi culpa y lo odio; odio dormirme llorando cada noche, pero no sé cómo arreglarlo. ¡No puedo!

—¡No quieres!

Otra vez nos quedamos callados. Otra vez mi corazón se desbarata a mis pies.

—¿De verdad crees eso? —pregunto, y una lágrima resbala por mi mejilla.

—¿Importa? —replica, y me doy cuenta de que el mío no es el único mundo que acaba de hacerse pedazos.

—A mí, sí.

El silencio vuelve a hacerse con todo, pero, en realidad, está lleno de cosas, de palabras, de sentimientos, de trocitos de él y de mí, del chico que quiere tanto a su chica que no sabe respirar sin ella, de la chica que solo puede ser feliz con él, de dos personas que harían cualquier cosa la una por la otra, pero a las que el tiempo y el espacio les están robando esa posibilidad.

—Tengo que colgar, Mia —susurra, con la voz ronca.

—Te quiero, Nico —pronuncio, demasiado desesperada por oír lo mismo de sus labios.

—Ojalá hubiese aprendido a vivir sin ti, nena.

Cuelga. Bajo el teléfono, despacio. Me muerdo el interior de las mejillas para no llorar, pero, por mucho que lucho, algunas lágrimas deciden ir por libre.

Yo tampoco puedo estar sin él.

Yo solo quiero estar con él.

Me seco las lágrimas con el reverso de la mano y, con el paso acelerado, regreso a la redacción, la cruzo y me detengo frente a la puerta cerrada del señor Legard. La golpeo suavemente y espero a que mi jefe me dé paso.

—Mia —me saluda con una leve sonrisa, sin dejar de revisar las carpetas que tiene delante —, ¿qué puedo hacer por ti?

—Señor Legard, tengo que hablar con usted —respondo al otro lado de su mesa, en el centro de su pequeño despacho.

—¿Va todo bien?

No. No va nada bien.

—Yo… —empiezo, buscando las palabras adecuadas para decir lo que tengo que decir. Tardo algo así como dos segundos en darme cuenta de que solo hay una manera de hacerlo—. Lo siento muchísimo, pero voy a marcharme ya a Madrid —anuncio, llena de seguridad. Nico me necesita y yo no necesito más.

La expresión de mi jefe cambia por completo.

—Creía que te quedarías hasta que finalizara la campaña.

—Sé que se lo prometí, pero…

—¿Te están presionando en tu futuro trabajo? —me interrumpe, vehemente—. Porque puedo llamarlos y…

—Se lo agradezco —lo freno yo a él—, pero no se trata de eso.

Mi jefe resopla, con una mezcla de confusión, incipiente enfado y esa pizca de impaciencia al saber que le están causando un futuro quebradero de cabeza.

—Mia, entonces, ¿por qué te vas?

—Por mí.

Por Nico. Por los dos.

Él me mantiene la mirada. Todo eso del inminente problema se hace más grande en su expresión y yo me siento todavía peor.

—Eres mi mejor redactora —trata de convencerme.

—Por favor, yo…

—Es cuestión de semanas —me presiona.

—Señor Legard…

«No me haga esto, por favor.»

—Te ofrezco un plus. Debo hablar con Contabilidad, pero puedo garantizarte que ganarás

mucho más.

—También se lo agradezco, pero no puedo.

—Necesito que te quedes.

Milagrosamente me contengo para no volver a llorar.

—Y yo necesito marcharme —concluyo sin un solo resquicio de duda. En cuanto pronuncio esas palabras, siento cómo la fuerza, la valentía, vuelven a sacudirme de pies a cabeza. Es el efecto de saber que volveré a tenerlo cerca—. Silvie es una grandísima redactora. Le pasaré toda la información que he recopilado y tendré con ella todas las reuniones por videollamada que hagan falta hasta que se ponga al día. La ayudaré con lo que precise, pero desde Madrid —asevero, y hago hincapié en mi siguiente frase—, porque voy a irme hoy.

El señor Legard me observa, pero no dice nada más. Siempre ha sido un hombre listo y sabe que ha perdido esta guerra. No hay nada que pueda hacer o decir que me haga cambiar de opinión.

Salgo del despacho con una sonrisa, aliviada y emocionada. He tomado la decisión correcta.

Pongo al día a Silvie y me despido de ella, que me da un abrazo enorme, y de todos mis compañeros.

De camino a casa, contrato una empresa de mudanzas para que embalen y envíen nuestras cosas a España. Compro un billete. Hago las maletas.

Vuelvo a casa.

8

Nico

No puedo más.

No quiero poder más.

Odio esta puta situación.

Salgo de la redacción sin darme oportunidad a pensar. Tampoco quiero pensar, solo escapar.

Paro un taxi en la puerta del periódico y le doy la dirección. El metro no es lo suficientemente rápido.

—Hola —me saluda la chica con pinta de gótico-hípster cuando entro en la librería.

No recuerdo cómo se llama. No me interesa. No estoy aquí por ella.

—¿Está Alma? —pregunto, sin ninguna intención de sonar amable.

—No, hoy se ha tomado el día libre.

Joder.

Aprieto los dientes.

—¿Sabes dónde vive? —indago.

—Sí, pero no puedo…

Le mantengo la mirada, advirtiéndole que me importan muy poco las reticencias que tenga. Sin embargo, su expresión cambia por completo por algo que no tiene nada que ver con eso y una suave sonrisa aparece en sus labios.

—Espera… —me pide—, ¿tú eres Nico?

Pero ¿qué coño…?

—Sí.

En cualquier otro momento de mi vida, me interesaría por saber qué está pasando, porque, que imagine quién soy y que lo sea, parece marcar la diferencia en esta conversación.

—Alma vive en el número 14 de Ruiz, en el cuarto izquierda. Saliendo a la derecha.

No le doy las gracias, ni siquiera me despido. Salgo de la librería y enfilo la calle con paso acelerado. Un par de minutos después, estoy en su portal.

No lo pienso. No pienso pensar. No pienso ser el chico vulnerable nunca más.

Aprovecho que la puerta está abierta y subo hasta la cuarta planta.

—Nico —pronuncia, sorprendida, al abrir.

No pienso ser el chico vulnerable nunca más.

Atravieso la distancia que nos separa y la beso con fuerza, llevándola contra la pared,

cerrando la puerta de una patada.

Ella sonríe contra mi boca con el descaro de siempre, segura de que esto debía pasar, y me devuelve los besos con la misma intensidad.

La llevo hasta el dormitorio sin separarnos un solo centímetro.

La desnudo.

Gime.

Me coloco un preservativo.

La embisto.

Grita mi nombre.

Y todo lo que ocurre después no son mis pasos. Es el despecho, el dolor… la maldita rabia.

Necesito moverme más rápido. Necesito huir. Perdí el control de mi vida hace cinco años y tengo que recuperarlo. Necesito que no haya tristeza, que se marche todo el dolor. No quiero sentirlo nunca más. Aquí tengo el control. El sexo vuelve a ser un arma, lo que quiero que sea.

Entro con más ímpetu. Ella arquea su cuerpo.

Yo decido qué pasa. No siento que el mundo se desvanece a mi alrededor. No siento que ha dejado de girar.

No-siento-nada.

—¡Nico! —chilla cuando se corre debajo de mí.

Solo hay placer.

La embisto una, dos, tres veces más y me vació dentro de ella.

Esto es lo que quiero.

Mi respiración acelerada, pausándose poco a poco, inunda mis oídos.

—Ha sido maravilloso —murmura, encantada.

Cuento mentalmente hasta diez y me levanto. Me deshago del condón y me abrocho los vaqueros. Ni siquiera me he quitado la camiseta. Por Dios, no me he deshecho ni de los putos zapatos.

Miro a mi alrededor. Me siento mejor y peor a la vez. Me siento como una basura.

Mia.

Mia. Mia. Mia. Resoplo y me contengo para no pasarme las dos manos por el pelo. Es como todas esas peleas cuando era un crío. Nunca se llevaban la rabia, solo la dejaban latente dentro de mí.

Ha sido un jodido error.

—Lo siento, Alma —farfullo sin ni siquiera poder mirarla, dirigiéndome a la puerta—. Esto no puede volver a pasar.

¿Qué coño he hecho?

Oigo un ruido. Pasos a mi espalda.

—¿En serio vas a largarte? —casi grita, enfadada.

Yo no soy así. No soy ningún cabrón, pero no puedo quedarme y no quiero, y sé que he sido

quien ha empezado todo esto, quien ha venido hasta aquí, pero, maldita sea, lo he hecho porque necesitaba respirar y ahora creo que me estoy ahogando.

—Sí —contestó sin detenerme.

Más ruido. Más pasos a mi espalda. Un apartamento nunca se me había hecho tan grande.

—¿Vienes, me echas un polvo y te largas?

—Sí.

«No, hostias, claro que no.»

—¿Así es cómo van a ser las cosas? —me escupe, todavía más cabreada.

Y algo en esas palabras me detiene en seco.

—No —respondo, girándome y quedando de nuevo frente a ella, envuelta en la fina colcha de su cama. Está preciosa, sexy, pero ahora mismo me he vuelto inmune a eso—. Esto ha sido un error y culpa mía, así que lo siento de verdad, pero las cosas no van a ser así, porque no va a volver a pasar y tú y yo no nos veremos más.

Alma me mira sin poder creerse lo que estoy diciendo. Su enfado, poco a poco, va haciéndose más y más tangible, y simplemente asiente. Le devuelvo el gesto y mi propia mente duplica la velocidad para pensar más cosas, más rápido.

Soy un maldito cabrón.

Tengo que salir de aquí.

Echo de nuevo a andar hacia la puerta, agarro el pomo, abro. Con Alma todo ha sido diferente. No he sentido que podía escapárseme entre los dedos. No he sentido que todo lo que soy dejaba de pertenecerme.

No me he sentido vulnerable.

—Tú y yo somos especiales, Nico —pronuncia con la voz cargada de una seguridad cegadora—. Más tarde o más temprano, lo comprenderás.

Oigo sus palabras con demasiado miedo de que sean ciertas, pero, más que nada, de que no lo sean y eso sea justo lo que necesito para volver a estar bien.

Salgo sin mirar atrás.

Madrid me recibe diluviando. No protesto, me lo merezco.

Unos metros de calle más arriba, mi teléfono comienza a sonar. Me lo saco del bolsillo y miro la pantalla. La rabia, el dolor, el sentir que ha sido un error, todo lo que echo de menos, París, se recrudecen, porque es Mia.

Llevo la vista al frente con el corazón latiéndome tan desbocado que va a partirme las putas costillas, sin saber si contestar o no. No me la merezco.

—Nena —respondo.

—Nico —me llama, entusiasmada, y cierro los ojos porque su voz, mi nombre en sus labios, a pesar de lo que ha pasado, de lo que he hecho, sigue siendo un bálsamo.

—¿Qué pasa? —pregunto, y el ruido de la lluvia me echa un cable para que no note que tengo la voz entrecortada.

—¡Vuelvo a Madrid! —me explica, feliz—. ¡Mi vuelo sale en una hora!

Mi primera reacción es sonreír, voy a tenerla cerca por fin, pero al mismo tiempo el enfado que serpentea mi cuerpo desde hace treinta y un infernales días se hace brutal. ¡¿Por qué todo ha tenido que ser así, joder?!

—¿Nico? —repite, pensando que mi silencio se debe a una interferencia en las líneas—. Nico, ¿estás ahí?

—Sí —me obligo a responder—. ¿Y qué pasa con el señor Legard?

—Que no eres tú —contesta sin dudar.

Merde.

—¿Cuándo llegas? —indago, y otra vez tengo que convencer a las palabras para que atraviesen el agujero negro que tengo en la garganta, en el estómago, en el pecho.

—A las siete. Tengo que colgar —añade rápidamente—. Me están llamando para embarcar. Te quiero.

—Te quiero, nena —murmuro.

Nada de esto puede estar pasando.

Cuelgo y dejo que la lluvia me empape un poco más.

¡Nada de esto debería estar pasando!

Echo a correr, pero no es más que una ilusión, porque, aunque lo hiciese durante cien años, sería imposible que alcanzase el sitio al que pretendo llegar: una hora atrás.

Ya en casa, me doy una ducha y creo que nunca me había frotado tan a lo bestia. Me visto y, con el pelo aún húmedo, regreso a la calle y voy hasta el aeropuerto.

Recorro la terminal unas doscientas veces. Estoy demasiado nervioso, demasiado incómodo, demasiado acelerado. Las puertas se abren y, al menos, un centenar de personas empiezan a salir a un ritmo constante. La busco entre la multitud, como si lo hiciera con el oxígeno que necesito. Se me acelera el corazón. Mi respiración se vuelve un puto caos.

Más gente que no me interesa. Más caras que no son ella.

—¡Nico! —grita.

Sigo su voz, mi canto de sirena particular, y, en cuanto mi mirada se cruza con su sonrisa, salgo disparado, ella también lo hace y, como pasó en el aeropuerto París Orly hace cinco años, nos besamos con fuerza, sin importarnos quién pueda vernos.

—Nena —susurro contra sus labios, siguiendo el contorno de su cara con las palmas de las manos.

—Te he echado muchísimo de menos —declara sin dejar de besarme—. Creí que iba a volverme loca sin ti.

Los besos se vuelven más intensos, más indomables, más necesitados y, de pronto, la idea de esperar a casa para tocarla se vuelve una misión imposible.

La cojo de la mano, tiro de ella y busco con la mirada cualquier rincón donde poder estar juntos. Veo a una chica de una compañía área alemana bajar la persiana de su stand hasta la

mitad, colocar un cartel que anuncia que volverá en cinco minutos y marcharse a paso ligero, hablando por el móvil. No cierra con llave. Genial.

En cuanto la puerta encaja en el marco a nuestra espalda, vuelvo a besarla con la misma pasión, con su preciosa cara entre mis manos.

Sin separarnos un solo centímetro, abro el envoltorio de un preservativo con los dientes, acelerado, Mia me desabrocha los vaqueros y me coloco el condón sin separarme de ella, prácticamente sin dejar de besarla.

Nos muevo tosco, con las prisas que marcan las ganas, señalando sus muslos con mis manos, dando las gracias al cielo porque decidiese ponerse falda. Me deshago de sus bragas, me recoloco entre sus piernas y entro en ella, y algo me cortocircuita por dentro, porque, da igual que lo quiera o no, ya solo puedo sentirla a ella, sentirla a ella conmigo, sentirme a mí.

Y me abruma. Joder. Me desarma. Me deja completamente indefenso.

Mia baja la cabeza hasta esconder su dulce rostro en mi cuello, abrazándome con fuerza, pegándose más a mí. Mi propio cuerpo, mis caderas, la mantienen contra la pared mientras mis brazos, mis manos, mis dedos, la estrechan más contra mí.

La embisto una vez más y es íntimo, brutal, como si todas las partes de mi anatomía se destruyeran y se reconstruyeran en torno a ella, como si este pedazo de planeta Tierra fuese el único que debiese importar, como si, de verdad, sin metáforas, estuviese poniendo mi alma y mi vida en sus manos.

Me muevo despacio, profundo, haciendo que todo mi interior se haga eco de cada envite. Mi corazón toma el mando y todo, cada jadeo, cada gemido, cobra sentido, porque es la canción que me hace respirar. Da igual que nos hayamos colado en un stand del aeropuerto, que puedan descubrirnos, que estemos contra la pared con la ropa puesta; no estamos follando; aquí y ahora, estamos haciendo el amor, con todas las jodidas letras.

Se corre gimiendo bajito, acariciando mi nombre, convirtiendo todo esto en algo todavía más nuestro, tocando con su dulzura, con su magia, todos los rincones de mi ser.

Mia es mi sueño.

Mia es mi vida.

Y estoy muerto de miedo.

Hundo mi boca en su cuello. La muerdo, tratando de controlar el placer, pero esa partida está perdida incluso antes de empezarla y me dejo llevar en su interior con un «nena» en los labios.

Nos separamos lentamente, con las respiraciones entrecortadas, y atrapo sus increíbles ojos castaños. Mia los aparta y sus mejillas se sonrojan y, maldita sea, eso me pone, me gusta y me toca el corazón de más maneras de las que ni siquiera puedo entender, porque aún estoy dentro de ella, pero esa timidez que me vuele loco la hace sonrojarse solo porque la estoy mirando. Mi cuerpo entero me grita que es parte de mí, que la necesito en mayúsculas, con crueldad, y otra vez no hay metáforas.

—Te he echado de menos —murmura, alzando la vista de nuevo y dejando que vuelva a

atraparla—, y no me refiero a esto, aunque esto también lo he echado de menos —me aclara con una sonrisa que no puede controlar y que solo consigue que esté aún más preciosa—, me refiero a ti y a poder tenerte cerca y a poder tocarte y a un montón de cosas supercursis.

Rompe a reír por sus propias palabras y no tengo más remedio que hacerlo con ella, observándola.

—Vamos —digo con la sonrisa todavía en los labios cuando nuestras carcajadas se calman —. Sera mejor que salgamos de aquí.

Le doy un suave beso en la frente. Mia cierra los ojos y, sin que ninguno de los dos lo haya pretendido, el gesto se alarga y nuestra conexión, la necesidad, el miedo se hacen todavía más tangibles.

Salgo de ella y me deshago del condón. Nos arreglamos la ropa y, después de asomarme discreto para ver si hay moros en la costa, salimos del stand y del aeropuerto.

Treinta minutos de taxi después, llegamos a Carabanchel, a casa de Marcelo.

Mentiría si dijera que he dejado de pensar, absolutamente en todo, en algún momento.

—¿Enana? —pronuncia, atónito, mi compañero de piso temporal cuando ve a Mia entrar en el salón.

Ella sonríe y, como si con ese gesto él hubiese comprendido que mi chica es real, se levanta del sofá de un salto, corre hacia ella y le da un abrazo, levantándola del suelo.

—Hola, guapísimo —lo saluda Mia, sin dejar de sonreír.

—Qué maravilla que estés con nosotros —dice nuestro amigo cuando, por fin, un «por fin» acompañado de un gruñido del imbécil que cargo dentro, vuelve a dejarla en tierra firme, cogiéndola de las manos y tirando de ella para que se sienten el uno frente al otro en el tresillo—. ¿Qué haces aquí? Te quedaban no sé cuántas semanas en París.

Camino despacio hasta apoyarme, casi sentarme, en la mesa de comedor, a la espalda del sofá, y me cruzo de brazos.

Ella niega con la cabeza sin dejar de sonreír y su gesto se contagia en mis labios, solo que más tenue, duro y macarra.

—Todo lo que quiero está en Madrid —sentencia ella—, así que no quería quedarme ni un solo día más allí.

Mia mueve la cabeza hasta encontrarme y su sonrisa se hace un poco más grande. Marcelo, por su parte, observa la escena, torciendo los labios en una mueca de lo más significativa.

—¿Su majestad —apunta, refiriéndose a mí— te ha hecho chantaje para que vuelvas antes?

—De eso, nada —contesta mi chica, llena de seguridad—. Ha sido todo obra mía —añade, entrecerrando suavemente los ojos, como si acabase de confesar su plan para atracar The Mirage, el Bellagio y el MGM Grand en Las Vegas.

—Pues me encanta —replica Marcelo, achinando también los ojos.

—Lo sospechaba.

Los dos asienten, cómplices, al cabo de un segundo rompen a reír y a mí me es imposible no

hacerlo con ellos. Está aquí. Está en el maldito sofá de Marcelo.

—Lo mejor de todo es que vamos a ser compañeros de piso —comenta nuestro amigo, encantado.

—Temporalmente —aclaro, con una sonrisa canalla.

Mia se muerde el labio inferior, tratando de disimular una sonrisa, pensando en todas las cosas que implica vivir en nuestro propio piso, solos, exactamente las mismas que existían en París. Follar por la mañana, por la tarde, por la noche, comérmela a besos en el sofá y embestirla en el suelo de la cocina, hacer que se corra contra los azulejos de la ducha. No es que ahora no pueda hacerlo, pero tener un compañero de piso que puede echarte en cara que te pilló montándotelo el resto de las tardes de cañas que te queden, te obliga a buscar el momento. Aunque, siendo sinceros, es más por Mia que por mí. Me veo capaz de soportar a Marcelo contando que me vio quedar como un campeón a diestro y siniestro.

—¿Qué? ¿Por qué? —se queja el susodicho.

—Porque no quiero que mi chica se tome el café todas las mañanas rodeada de fulanos en tanga.

—Fulanos —repite con un toque pervertido, solo para fastidiarme—. Por mucho que me guste la idea, yo no me voy a la cama con fulanos.

Me inclino sobre el tresillo con los brazos aún cruzados, perfectamente consciente de que Marcelo no se pierde ni uno solo de mis movimientos.

—Si no puedes recordar cómo se llaman, son fulanos —afirmo, clavando mis ojos en los suyos.

Marcelo me mantiene la mirada mientras lentamente esboza una sonrisa para, al final, acabar lanzándome un beso, y yo me separo con una sonrisa en los labios.

Mia también sonríe, casi ríe, contemplándonos. Está más que acostumbrada a nuestras conversaciones.

—¿Sabes qué vamos a hacer? —le dice Marcelo a Mia, girándose hacia ella y pasando olímpicamente de mí—. Llamaremos a Rebe y a Lucas y nos iremos todos a cenar.

—¿Y no has pensado que, quizá, quiera descansar? —comento, desdeñoso—. Acaba de bajarse de un avión.

—No —contesta Marcelo, resuelto, y, aunque la respuesta es para mí, continúa mirándola a ella—, porque puede que haya venido aquí por ti, pero con quien realmente quiere estar es conmigo.

Le sonríe, ella le devuelve el gesto y finalmente se gira, altivo, hacia mí.

—Permíteme dudarlo —sentencio, sin un solo resquicio de duda.

—¿No te cansas de ser tan chulo? —plantea Marcelo.

—Contigo, no.

Sonrío todavía más canalla y Marcelo me dedica un mohín.

—No os peléis —bromea Mia—. Tengo tiempo para los dos.

—Voy a llamarlos —da por concluida la conversación Marcelo, levantándose y recuperando su móvil de la pequeña mesita de centro en el mismo movimiento—. Tú descansa hasta la cena y tú —me señala, amenazante— déjala descansar.

Le dedico la misma sonrisa y lo observo hasta que desaparece, ya hablando por teléfono, camino de su dormitorio. En cuanto nos quedamos solos, busco a Mia con la mirada y, automáticamente, mi gesto se transforma en uno más sexy, incluso más arrogante, siguiendo la meta que me marca su sensual boca.

—¿Qué vamos a hacer? —Y otra vez suena divertida, tímida, perfecta.

—Descansar —suelto, macarra, avanzando decidido y cadencioso hasta ella.

Mi chica me devuelve la sonrisa… y es todo lo que necesito. Me inclino sobre ella y la cargo sobre mi hombro.

Mia suelta un gritito, feliz por la sorpresa, y rompe a reír de nuevo mientras echo a andar hacia nuestra habitación.

—¡Estás loco! —comenta, encantada.

—Puede ser.

La dejo caer sobre la cama, de inmediato lo hago sobre ella y, antes de que pueda darme cuenta, estoy besándola otra vez. Por Dios, soy incapaz de quitarle las manos de encima.

—Creía que ibas a dejarme descansar —apunta, impertinente.

Sonrío, porque tiene razón y a veces me comporto como un puto yonqui.

—¿De verdad quieres descansar? —planteo.

Mia vuelve a sonreír, niega con la cabeza y la mueve hasta estrellar su boca contra la mía. Otra vez estoy perdido. Otra vez no puedo elegir. Con ella nunca puedo elegir.

Sin embargo, cuando diez minutos después bosteza dos veces seguidas, decido comportarme como un buen chico, a pesar de sus protestas, acomodarla contra mi pecho y acariciarle la espalda rítmicamente hasta que se queda dormida, un minuto y medio después.

Y es así, en mitad de mi habitación temporal, en penumbra, con *Young*, de The Chainsmokers, sonando bajito desde el cuarto de Marcelo y Mia respirando pausadamente a mi lado, que no puedo evitar que todo en lo que no he podido dejar de pensar se haga más y más acuciante.

Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar plantearme que, al estar con Alma, no sentí nada de lo que siento con Mia; no hubo esa necesidad imperiosa que me arrasa por dentro, el deseo no me recordó lo perdido que estoy cuando no puedo tocarla; nada me dijo que mi vida dejaba de pertenecerme a mí porque es solo suya. No me sentí vulnerable. En cambio, sí sentí que seguía teniendo el control, que todas las alarmas se apagaban, que solo importaba follar, correrse, ser feliz con lo que el placer va dibujando lentamente en tus venas.

Resoplo. La elección debería ser obvia, ¿no? Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que todo se está enmarañando más y más?

—¿Qué hora es? —pregunta Mia, con la voz ronca por el sueño.

—Aún es temprano. Puedes dormir un poco más.

Ella niega con la cabeza al tiempo que, soñolienta, restriega la cara contra mi pecho en un gesto que me hace sonreír.

—Quiero ducharme —me explica, incorporándose con cierto trabajo— y tengo que buscar algo que ponerme.

—Yo creo que así estás preciosa —respondo, guardándole un mechón de pelo tras la oreja.

Y mis palabras, mi gesto, no son premeditados, más bien algo que no puedo contener.

Mia tuerce los labios, risueña.

—Te agradezco la mentira de novio maravilloso —bromea—, pero necesito esa ducha.

Me da un rápido beso en los labios y se levanta de un salto antes de que pueda protestar o conseguir que se quede de alguna manera. Para compensar, me sonríe antes de alcanzar la puerta, pero refunfuño por respuesta. Quiero que se quede aquí, conmigo.

—¿Tu toalla? —inquiere, justo antes de salir.

—La azul.

Me regala otra sonrisa y se marcha definitivamente.

Vuelvo a clavar la vista en el techo y mi mente se reactiva, dándole vueltas a demasiadas cosas.

—No sé si me inquieta o no que haya una foto de Wham! en el cuarto de baño —comenta Mia cuando regresa a la habitación, unos veinte minutos después, envuelta en mi toalla y con el pelo húmedo goteando, sexy, sobre el parquet.

Va hasta su maleta, la abre en el suelo y se agacha frente a ella, rebuscando entre sus cosas bajo mi atenta mirada.

—Le dije a Marcelo que George Michael preferiría una foto de su carrera en solitario —replico, burlón, ya preparado para salir, sentado en el borde de la cama, con las rodillas separadas y los codos apoyados en ellas—, pero no me hizo ningún caso.

Mia sonríe sin levantar la vista de la ropa y, finalmente, saca un vestido de lo más sencillo y, en realidad, nada provocativo, pero que seguro que la hace ser un puto sueño, como cada vez.

Con la ropa en las manos, me observa un segundo y aparta la mirada, concentrándola en la prenda mientras su sonrisa se hace más grande, pero también más tímida, y tengo clarísimo que es por mí, porque vaya a verla desnuda. Podría ponérselo más fácil y, por ejemplo, marcharme, pero ya os lo dije, me pone como una jodida moto que reaccione así y no pienso perdérmelo por nada del mundo.

En cuanto termina de vestirse, me mira, satisfecha y divertida de que su ropa ya esté entre los dos. Sin embargo, apenas un segundo después, su expresión cambia y camina hasta mí. Sin dudarlo, se sienta a horcajadas en mi regazo y rodea mi cuello con sus brazos.

—Vamos a arreglarlo —dice con una seguridad cegadora.

Frunzo el ceño, ¿tan transparente soy para ella?, pero me recompongo rápido.

—Sé que no lo estás pasando bien en tu trabajo —continúa, y algo dentro de mí respira

aliviado de que esté refiriéndose a eso; curiosamente, mi desastrosa vida laboral ha pasado a ser una de mis últimas preocupaciones en cuestión de horas—, pero encontraremos la manera de hacer que funcione, juntos. Eres un periodista increíble, tu jefa acabará entendiéndolo.

—¿Y qué pasa si no lo hace?

Subo mis manos hasta abrirlas, posesivas, en la parte baja de su espalda.

—Si no lo hace, francamente, no se merece que malgastes un solo día más allí.

Sonrío; lo que no se ve desde fuera es que lo hago abrumado, y no soy capaz de mirarla a los ojos. No me la merezco, joder.

—Lo que estoy tratando de decirte —añade— es que quiero que seas feliz.

Está siendo sincera, al mil por mil, y eso me hace levantar la mirada de nuevo y buscar la suya. ¿Cómo puedo tener tanta suerte?

—Te tengo a ti —respondo.

Una suave sonrisa se cuela en sus labios y me aparta el flequillo de los ojos sin desunir nuestras miradas.

—Eso no cambiará jamás.

La contemplo un poco más. Doy una bocanada de aire.

—Prométeme que será verdad —le pido.

—Siempre.

Ya no puedo más y la atraigo hasta mí, besándola con fuerza.

Todo sería más fácil si no sintiese todo lo que me hace sentir.

Oímos la puerta principal y el alboroto invade la casa. Mi chica sonríe, emocionada; adora a Rebe y adora a Lucas, y el sentimiento es más que mutuo. A regañadientes, acepto que se separe de mí y Mia se levanta. Al ver que yo no hago lo mismo, me coge de la mano para que salga con ella.

Después del reencuentro, nos vamos a cenar al primer bar del barrio que nos da la oportunidad y, con el estómago lleno, a pesar de ser miércoles y nosotros, en teoría, unos adultos responsables, nos vamos a bailar y a tomar unas copas a Huertas.

Está sonando a todo volumen *Let's love*, de David Guetta y Sia. Rebe, Marcelo y Mia están dándolo todo en la pista mientras Lucas y yo nos acercamos a la barra a por una nueva ronda. No hay demasiada gente. Mejor.

—¿Qué os pongo? —pregunta la camarera, deteniéndose frente a nosotros.

Me barre de arriba abajo con la mirada, pero no me doy por aludido.

—Dos gintónics, un mojito y dos Johnnies con cola. Gracias —contesta Lucas.

La chica tarda unos segundos de más en asentir y empezar a preparar las copas, esperando a que entable conversación con ella, pero otra vez finjo que la cosa no va conmigo. No me interesa.

La música sigue sonando; observo a Mia y la cabeza me va aún más rápido.

—¿Puedo preguntarte algo? —le planteo a Lucas.

Él asiente, ligeramente echado hacia delante en la barra, con los codos apoyados en ella y el móvil entre las manos.

—Si me vas a preguntar si ya te he perdonado después de que te comportaras como un capullo —bromea, sin levantar la vista del teléfono—, la respuesta es sí, aunque claramente no te lo merezcas.

Sonrío, macarra.

—No pensaba preguntarte eso.

—Lo sé —afirma, sin asomo de dudas, guardándose el *smartphone* en el bolsillo de los vaqueros y mirándome al fin—, por eso me he adelantado yo.

Sonríe sin un solo gramo de vergüenza y no me queda otra que hacerlo con él. Además, tiene razón. Estaba insoportable, me comporté como un capullo y lo pagué con él.

—Lo siento —le digo, y lo hago con sinceridad.

—Lo sé —repite, y su sonrisa se ensancha.

Me conoce desde hace diez años y a veces creo que lo hace mejor que yo mismo.

—¿Qué era eso que querías preguntarme?

Vuelvo a contemplar a Mia. Marcelo dice algo y Rebe y ella rompen a reír. Sonrío con ella y el huracán que siento dentro de mí se recrudece.

—¿Alguna vez —empiezo a decir, girándome hacia Lucas de nuevo— has sentido que la relación con Rebe se te estaba yendo de las manos?

Mi amigo frunce el ceño, sin levantar la vista de mí, y a continuación entrecierra los ojos, meditando sobre mis palabras.

—Se más concreto —me pide.

—A que lo que estabas sintiendo era demasiado… grande —digo, a falta de una palabra mejor. Cabeceo—. Ni siquiera sé cómo explicarlo.

Lucas se toma unos segundos más.

—Estás hablando de Mia y de ti, ¿verdad?

—Estoy hablando de mí —aclaro sin dudar—. Es como una puta montaña rusa. Tengo la sensación de que me he pasado cinco años subiendo, y estos días que hemos estado separados ha llegado la condenada bajada y ahora vuelvo a subir, y yo… —no quiero sentirme así—, joder, es complicado.

—Las relaciones son así, Nico. La cuestión es que tú nunca te habías enamorado antes de Mia, y nunca lo habías pasado mal por no poder estar con ella hasta ahora. No tienes nada con qué comparar.

—El amor es un asco —pronuncio antes de poder controlarme.

Temo la reacción de Lucas, pero, cogiéndome por sorpresa, solo sonríe.

—Te has pasado cinco años en el paraíso, con una chica como Mia, que parece hecha por encargo para ti, sin separarte de ella más que un par de días, tocándola cada vez que querías y

solucionando todos los problemas con el sexo. Estas semanas, por primera vez, te las has visto con las partes difíciles de estar con alguien.

Entonces pienso en Mia, pienso en París, y me doy cuenta de que Lucas no podría tener más razón. Claro que nos peleábamos, que discutíamos como locos, incluso una de esas veces Mia tiró toda mi ropa por la ventana, pero, por muy cabreados que estuviésemos, siempre acabábamos encontrándonos, besándonos, tocándonos. Bajábamos a Madrid a la vez y, cuando lo hacíamos a Palma, siempre me las ingeniaba para que Mia acabase conmigo en Banyalbufar: «Mi madre tiene muchas ganas de verte», «Tu abuela no para de preguntarme por ti», «Te echo de menos», «Ven».

Dios, entonces, la montaña rusa, el sentirme así de perdido, de vulnerable, ¿esto es lo que toca?, ¿lo normal de una relación? ¿lo que tendría que haber experimentado hace años?

—¿Y siempre va a ser así de intenso? —pregunto, y sueno completamente diferente… asustado.

Lucas vuelve a sonreír. Me agarra un hombro con empatía y asiente a la camarera cuando esta deja nuestras copas frente a nosotros.

Recogemos las bebidas y volvemos a la pista. Mia me recibe cantando *Más de lo que aposté*, de Aitana y Morat. Sonrío y, aunque me gustaría decir que me olvido de todo, lo cierto es que no soy capaz de dejar de pensar.

*

—Mañana tenemos que hacer un montón de cosas —oigo cómo Marcelo trata de convencer a Mia en el salón.

Yo estoy en nuestra habitación, sentado en la cama, con el teléfono entre las manos, recapacitando y tratando de dilucidar hasta qué punto las malas decisiones lo son.

—No, mañana no puedo —responde Mia entre risas—. Es mi primer día de trabajo. No puedo escaparme del curro el primer día.

—Pues cuando salgas, así lo celebraremos.

Abro la agenda y paso los primeros contactos despacio hasta llegar a su nombre, a Alma. Observo cada letra con el pulgar suspendido sobre la tecla de llamada.

Con ella me siento fuerte.

Con ella tengo el control.

Pero ella no es mi ella.

No es Mia.

Bloqueo el teléfono y lo aprieto, malhumorado, en la palma de la mano, con la frustración y la rabia carcomiéndome por dentro.

Y justo en ese preciso instante comienza a sonar. Lo giro para poder ver la pantalla, pero algo me dice que ya sé quién es. Observo el nombre de Alma iluminarse y por un momento no hago

nada más, notando cómo toda la habitación se llena con la misma luz…

Hasta que rechazo la llamada.

No es Mia.

Lanzo el teléfono a la cama. Ni siquiera me importa dónde acaba.

—Marcelo nos tiene planeada toda la semana que viene —comenta Mia entre risas, entrando en el dormitorio.

El gesto se contagia en mis labios y una tenue sonrisa aparece en ellos, que se transforma en una media y dura cuando tengo clarísimo qué es lo que quiero hacer. Cojo a Mia de la muñeca y tiro de ella hasta tumbarla en la cama.

No le doy tiempo a decir nada. No le doy tiempo a prepararse. Mis manos vuelan bajo su vestido, le arranco las bragas, la embisto con los dedos. Ella gime contra mi boca y en una sola décima de segundo se me pone más dura que en toda mi maldita vida.

—Esta noche ninguno de los dos va a dormir —la amenazo.

«Te necesito.»

*

A la mañana siguiente, muertos de sueño pero con una sonrisa en la cara, nos preparamos para ir al periódico. Curiosamente, este primer día de trabajo de Mia se parece mucho a su primer día de trabajo en *Le Monde*.

—¿Has descansado? —inquiere Marcelo con retintín, llevándose la taza de café a los labios con ambas manos, tras sentarse al otro lado de la diminuta barra de la cocina.

Yo, de pie, le doy un sorbo a mi café como si no entendiese por qué me lo plantea ni tampoco a qué viene ese tonillo.

—¿Tienes algo más que preguntarme? —indago, desdeñoso y, para qué negarlo, bastante presuntuoso.

Marcelo niega con la cabeza, como un niño bueno.

—No, por Dios —contesta, fingiéndose inocente.

Dejo la taza en la pila y me dirijo al sofá, donde he dejado mi abrigo.

—Solo espero que rindas siempre igual de bien, majestad —comenta cuando paso por su lado.

Me detengo en seco y doy un paso atrás para volver a tenerlo a mi altura.

—Eso lo descubriremos juntos —replico, inclinándome sobre él hasta que mis labios casi rozan su mejilla.

Lanzo un beso al aire, así de cerca de su piel, sin llegar a tocarlo. Marcelo resopla, melodramático, y echo a andar con una sonrisa canalla en los labios y la sensación de ser el rey del mando.

—¿Estás lista para tu primer día? —le pregunto a Mia cuando entra en el salón.

Ella sonríe y asiente, entusiasmada.

—Tengo muchas ganas —sentencia.

La ayudo a ponerse el abrigo y me coloco el mío.

—Mucha suerte, enana —le dice Marcelo, girándose en su taburete para tenernos de frente.

—Gracias —responde, encantada, sin poder dejar de sonreír.

Salimos de casa y cogemos el metro hasta el periódico. En el vagón, todo son risas y más besos. Sin embargo, cuando llegamos al vestíbulo del edificio de *El País*, está hecha un flan.

—Todo va a salir bien —le recuerdo, agarrando los dos extremos de su bufanda de colores y quitándosela con delicadeza.

Ella asiente, pero está tan nerviosa que ni siquiera estoy seguro de que me haya oído.

—Eres una periodista increíble —añado—. Vas a dejarlos alucinados, nena.

Creo que es la última palabra, su apelativo cariñoso en mis labios, lo que la hace reaccionar y, por fin, me mira, de verdad, da un paso adelante y se cuelga de mi cuello, abrazándome con fuerza.

—Te quiero —susurra.

Sonrío. Es mi vida entera.

—Te quiero.

Muevo la cabeza buscando sus labios y lo que en principio, y por causa de toda lógica, es un beso de despedida se alarga y se vuelve más intenso y tengo que controlarme para no llevarla a las escaleras y follármela allí.

A regañadientes, la suelto y vamos hasta los ascensores. Ya en mi planta, lo último que veo antes de que las puertas se cierren es su preciosa sonrisa.

En la redacción, el día se presenta igual de horrible para mí que todos los que le han sucedido desde que puse los pies aquí, solo que hoy me importa mucho menos; tengo demasiadas cosas en la cabeza.

*

—¿Qué tal la mañana? —me pregunta Rebe cuando me dejo caer en la silla vecina a la suya.

Estamos en un pequeño bar cercano al periódico, donde solemos quedar para comer si ella no está en una rueda prensa, y digo *ella*; mis teletipos son amables y siempre me esperan hasta después de almorzar (ironicus modus).

—La misma basura de siempre —contesto, haciéndole una seña al camarero para que me traiga una cerveza—, ¿y la tuya?

—Bueno —responde, cruzando los brazos sobre la mesa—, no salvaré a la humanidad, pero creo que tampoco la he hundido mucho más.

—No esperaba menos de ti —sentencio, llevándome el índice a la sien y señalándola con él después.

Rebe me da un manotazo en el hombro y los dos sonreímos.

—¿Dónde está Mia? —inquiere.

—Tenía que subir a Recursos Humanos a firmar unos papeles —le explico, distraído, observando el botellín que el camarero deja frente a mí.

En el siguiente minuto ninguno de los dos habla, pero siento cómo Rebe no levanta su vista de mí. Finalmente, inclina la cabeza a un lado con suavidad y tuerce los labios, pensativa.

—¿Estás bien? —plantea.

La miro. ¿Tan horrible sería si me desahogara? He conocido a otra chica, me he acostado con ella y no he sentido nada y eso me ha gustado porque he recuperado el control, porque no he sentido que necesitaba tocarla como necesito respirar, porque no me he sentido vulnerable.

Abro la boca, dispuesto a decir que no, a hablar, cuando unos pasos me distraen.

—Hola —nos saluda Mia, cantarina.

—Hola —responde Rebe.

—Hola, nena —contesto yo.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, la cojo de la muñeca, la siento en mi regazo y la beso.

Y esta es otra puta dualidad en la que no puedo dejar de pensar, otra parte de la estúpida montaña rusa. Hace un solo segundo estaba dispuesto a desahogarme, hablarle a Rebe de Alma, pero ha sido aparecer Mia y mi cuerpo y mi corazón han tomado el control. Cuando la tengo cerca, solo puedo pensar en que lo esté aún más.

—He tenido una hora libre esta mañana y he aprovechado para buscar pisos. Marcelo me ha echado una mano desde casa —me informa, con una sonrisa—. Tenemos cuatro para ver esta tarde. ¿Crees que podrás escaparte?

Me lo pregunta en serio, de verdad, como si realmente mi trabajo en la redacción fuese de vital importancia, y no me queda otra que sonreír. ¿Cómo es posible que crea así en mí?

—Seguro que podré —afirmo.

Mia tuerce los labios en un simpático mohín, recordándome sin palabras que mi situación laboral es solo algo temporal y que, más tarde o más temprano, resurgiré de entre las cenizas de mi mesa, como un ave fénix con carnet de *El País*. A su lado, Rebe solo sonríe, riéndose de mí. Ha decidido ahorrarse lo de la simpatía.

Comemos, regresamos al trabajo y, a eso de las siete, nos escapamos para ver los pisos: uno en Tetuán, otro en el barrio de Las Letras y, el tercero, más cerca de la Puerta de Toledo, pero nada que merezca la pena.

—Creo que este es el definitivo —apuesta Mia mientras subimos las escaleras de la estación de metro de La Latina.

Sonrío con paciencia; ha tenido ese presentimiento con todos los apartamentos anteriores.

Salimos a la plaza de la Cebada y el ambiente del barrio nos recibe de inmediato. Las terracitas junto al mercado están a rebosar, el clima acompaña y todo son risas y choques de

botellines de cerveza.

Mia lo observa todo y automáticamente busca mi mirada con esa misma sonrisa iluminando la suya.

—¿Ves? —comenta, entusiasmada—. Este es nuestro sitio.

Caminamos un poco más y llegamos al edificio en cuestión. Estamos cruzando el pequeño portal cuando un ruido llama nuestra atención. Curioso, miro más allá de las escaleras y veo un gatito; no debe de tener más de un mes.

Sonrío y me acerco hasta él. Es precioso, con el pelo del lomo y las orejas de color negro y las patitas y la cara, blancas. Al verme, retrocede unos pasos e inclina la cabecita sin apartar los ojos de mí. Vuelvo a sonreír y continúo acercándome. El gatito se queda quieto, pero muy atento. Me acuclillo frente a él y, con los codos apoyados en las rodillas, extiendo suavemente la mano para que pueda olerla. Cuando termina, la muevo y lo acaricio entre las orejitas con el dorso del índice. La cría se asusta al principio, pero, tras unos segundos, se deja hacer. Siempre me han gustado los animales y la verdad es que se me dan bastante bien.

—Es muy bonito —dice Mia a mi espalda.

—Ven a tocarlo.

No necesito verla para saber que ha negado, veloz, con la cabeza. Mi chica es de esas personas que adoran a los animales, pero, igual que ellos necesitan confianza para perder el miedo al humano, ella la necesita para perderle el miedo al animal en cuestión.

—Es un poco pequeño para estar solo, ¿no?

—Su madre debe de andar por aquí —contesto, levantándome—. ¿Subimos?

—Claro —responde.

Le paso el brazo por el hombro y nos dirigimos a la cuarta planta.

—Hola —nos saluda una chavala, abriéndonos la puerta. Parece tener algún año menos que Mia—. Soy Cande —se presenta—. Yo os enseñaré el piso, el señor Campo Real, el propietario, ha tenido que marcharse a su pueblo por una urgencia.

—Hola —responde mi chica—. Yo soy Mia y él es Nico.

Ambas se sonríen. Está claro que, si se dan el tiempo suficiente, acabarán haciéndose amigas.

—El piso está muy bien —nos explica, conduciéndonos hasta el salón. Hay pocos muebles. Eso me gusta—. Tiene mucha luz y, aunque está cerca de la plaza, no se oye demasiado ruido.

Cuenta con una habitación, una pequeña cocina americana y un baño. No sé por qué, pero esta casa tiene pinta de haber vivido mucho, como cuando te encuentras con un anciano en el parque y descubres que tiene un tatuaje en el brazo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —plantea Mia.

Cande asiente.

—El piso parece una chulada y se ve que te encanta —añade, a lo que ella vuelve a asentir—, ¿por qué te vas?

Su sonrisa se hace más grande, iluminándole los ojos por completo.

—Mi novio, mi prometido —rectifica—, Sergio —concreta al fin, con esa misma sonrisa— y yo hemos decidido vivir juntos

Mia sonríe. Lo que yo diga, cinco minutos más y se harán amigas para siempre.

—Enhorabuena —la felicita.

—Gracias… e igualmente —comenta, llevando su vista hasta mí, para devolverla a ella.

Mia busca mi mirada con una sonrisa y, cuando la encuentra, tuerce los labios para contener una todavía mayor.

—Nos lo quedamos —le digo a Cande.

Es más que obvio que Mia ha encontrado su sitio y yo solo quiero que sea feliz.

Mi chica me mira, boquiabierta, pero justo así, feliz, y sé que es la decisión correcta.

—Perfecto —contesta la futura exinquilina.

Sin dudarlo, Mia corre hasta mí y me da un abrazo que yo tampoco dudo en devolverle.

—Voy a llamar al señor Campo Real para darle la buena noticia —continúa.

Por teléfono, el casero me explica los papeles que necesita ver, básicamente nuestros contratos de trabajo y nuestras nóminas, y quedamos esta semana. Cande dejará el piso libre en dos días.

Después de tomarnos una cerveza los tres juntos en la plaza y una más cuando se une Sergio, su prometido, regresamos dando un paseo hasta casa de Marcelo.

En teoría, todo va bien. Mia está aquí y hemos encontrado un buen piso en un barrio increíble, pero, en la práctica, sigo pensado. Joder, sigo hecho un completo lío.

—Me da pena que vayáis a mudaros —comenta Marcelo con un puchero. Estamos los tres acomodados en su sofá—, pero, como yo siempre encuentro el lado positivo de las cosas, ya tenemos una excusa para una cenita de celebración mañana —suelta, encogiéndose de hombros.

Mia asiente, entusiasmada. Son tal para cual.

Un sonido llega desde más allá del pasillo. Tardo un par de segundos en darme cuenta de que es mi teléfono. Me levanto a regañadientes y voy hasta la habitación.

El móvil sobre la cama se ilumina, alumbrando toda la estancia. Lo cojo de mala gana, ¿quién coño puede ser?

Y, entonces, lo veo. Es ella. Es Alma.

Me planteo colgar. Sé que es lo que debería hacer… pero no lo hago. La idea de recuperar el control me sobrevuela mientras me veo de crío, en el patio del colegio, con la ropa llena de tierra y el labio manchado de sangre, con los puños apretados y la mirada bañada en rabia, en tristeza, en dolor, pensando en mi padre, en que ya no estaba, en que le había hecho daño a mi madre, en que ya no nos quería.

No quiero volver a sentirme así nunca más.

No quiero.

—Hola —contesto, con voz ronca.

Camino hasta la puerta y la muevo hasta casi cerrarla. Soy una cabrón.

—Hola, Nico —me saluda ella—. Tenía claro que hoy me cogerías el teléfono.

—Ah, ¿sí? —replico, sentándome en la cama, dejando que la oscuridad de la estancia lo engulla todo, a mí—. Y, eso, ¿por qué?

—No lo sé —dice, misteriosa, y soy consciente de que está sonriendo—, pero lo sabía y no me equivocaba.

«No te equivocabas.»

Me paso la palma de la mano por la cara hasta taparme los labios.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Resoplo.

—No lo sé —me sincero.

—¿Estás bien con tu novia?

—No hables de ella —le advierto. Es ese instinto de proteger a Mia, incluso ahora, a pesar de que soy yo quien le está haciendo daño.

Se hace el silencio. No sé si ha colgado. No quiero que lo haga, pero no pienso disculparme por defender a Mia.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo.

—Sí.

—¿Me habrías pedido que regresáramos a Madrid?

Alma se queda callada, sin entender a qué me refiero, y es normal. Lo que no lo es que yo se lo pregunte, pero algo dentro de mí necesita saber la respuesta.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Contéstame —insisto.

—No —responde, llena de seguridad.

No sé de qué me vale, ni siquiera sé por qué lo hago, pero esa única palabra me llena de alivio.

—¿Por qué?

Soy un maldito cabrón.

—Porque es obvio que no eres feliz.

Doy una bocanada de aire, tratando de pensar, de poner cada cosa en su lugar, pero soy incapaz.

La risa de Mia desde el salón irrumpe en la habitación y mi corazón pega un brinco, furioso conmigo, con esta puta conversación. ¿Cómo sería capaz de alejarme de Mia? ¿Cómo podría renunciar a Mia? Entonces, ¿por qué estoy tan jodidamente confuso?

—Adiós, Alma.

—Nico, espera —me pide.

Y, aunque tengo claro que debería colgar, no lo hago.

—¿Qué?

—Solo quería escuchar tu voz un poco más.

Bajo la cabeza y todo lo que me está arrasando por dentro se hace un poco más grande.

—Adiós, Alma —repito, y cuelgo.

Es como poner en una balanza la vulnerabilidad y la fuerza.

—¡Majestad! —me llama Marcelo desde el salón.

—¡Va a empezar la peli! —añade Mia.

Es como elegir entre sentirme perdido o tomar el control.

*

La semana va avanzando. Quedamos con el señor Campo Real, el casero, y firmamos el contrato de alquiler. Nuestras cajas llegan desde París, y la mayoría de ellas las apilamos en el piso de Marcelo; por suerte, solo serán unos días, pero un par las mando a Banyalbufar. Son cosas que no necesito de momento y a mi madre no le importará guardarlas temporalmente.

Mia y yo pasamos cada segundo que podemos juntos, con los chicos o solos, y, por las noches, me la como a besos, porque solo entonces el amor y el deseo me permiten dejar de pensar.

No sé qué demonios hacer.

Las llamadas con Alma han seguido; no he regresado a la librería ni he vuelto a verla, pero he sido incapaz de romper el contacto. Podría mentir y decir que me he limitado a descolgar cuando ella ha llamado, pero solo sería eso, mentira, porque también la he llamado yo.

¿Qué pasa si Alma tiene razón?, ¿si somos especiales?, ¿si es con ella con quien debo estar? Quizá las palabras de Lucas fueron más literales de lo que quise entender; quizá lo que tengo con Mia es lo que todas las parejas tienen.

Nunca había estado tan confundido.

*

—Esta era la última caja —anuncia Lucas, saliendo del dormitorio.

—Gracias, tío —contesto, dejando otra junto al mueble de la tele que compramos en Ikea y acabamos de montar.

—¿Cuándo llega Mia? —pregunta Marcelo, abriendo una de las bolsas, que habíamos abandonado sobre la barra de la cocina, y sacando una botella de agua—. Si quieres tenerlo todo listo antes de que lo haga, tendremos que apretar un poco.

—Lo sé —replico, pasándome la mano por el pelo, tratando de organizar mentalmente el trabajo que queda para que nos dé tiempo.

Pretendo darle una sorpresa. El casero nos dio las llaves ayer. La idea era pasarnos el día montando muebles y trayendo cajas, pero esta mañana, temprano, la han llamado del periódico, pidiéndole que sustituyera a una compañera. No ha podido negarse, pero la conozco lo suficiente

como para saber que le hacía ilusión dejarlo todo listo en nuestro piso para trasladarnos lo antes posible, así que quiero que, cuando llegue, todo esté a punto y esta noche podamos dormir aquí.

Los tres nos esforzamos al máximo y, después de toda la tarde currando, conseguimos que el apartamento parezca más un sitio donde vivir y menos un almacén lleno de cajas de esos que subastan en televisión en una guerra de pujas. Además, hemos montado todos los muebles.

—Hola, chicos —nos saluda Rebe, nuestra compinche, entrando en el piso.

—¡Hola! —grito desde la habitación, para hacerme oír.

Estoy vaciando una de las cajas que vinieron de París. Contiene un poco de todo. Los libros que Mia tenía en la mesita, las pequeñas figuritas de animales de latón que habíamos colocado en el alfeizar de la ventana y una pequeña caja forrada con viejos trozos de papel de regalo. Curioso, la abro y sonrío al ver que es el estuche de los recuerdos de Mia: postales, las entradas de la primera vez que fuimos juntos al cine, fotografías, sus viejas gafas de sol. Mi sonrisa se hace un poco más grande. Mia no quiso tirarlas porque era las que llevaba el primer San Juan que pasamos en Banyalbufar.

—He convencido a Mia de que se acercara al chino a comprar la cena para que ganarais algo de tiempo —nos explica Rebe—, pero, conociendo la velocidad de ese restaurante haciendo rollitos de primavera, no contáis con más de veinte minutos.

Antes de que pueda controlarlo, me sumerjo en el recuerdo de aquellos días en la Tramuntana, en lo intenso que fue todo, en cómo sentí que en ese momento nada más importaba.

Llevo mi vista de nuevo hasta el fondo de la caja y me topo con las esquinas dobladas de un puñado de hojas. Es un cuento que escribí al principio de estar en París. Lo cojo y observo la vieja grapa en otra de las esquinas. Leo la primera línea. Nunca me gustó. Ni siquiera entiendo por qué Mia lo guardó. Está lleno de fallos.

A veces ni siquiera comprendo qué es lo que ella ve en mí. Mia debería estar con el mejor tío del planeta, y no estoy exagerando. Es la chica más especial que existe; es buena, generosa, inteligente, divertida, valiente… Vuelvo a mirar las gafas, a mirarlo todo, en realidad… esta casa, a sentir cómo el corazón me está golpeando las costillas solo porque ella está a punto de aparecer.

Resoplo, abrumado. Todo sería más fácil si pudiese sentir que mi vida es mía.

Oigo la puerta y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, regreso al salón.

—Esto es increíble —suelta Mia, ilusionada, sin poder dejar de contemplar cada mueble, cada rincón.

Camino decidido hasta ella, anclo mis manos en sus caderas y la estrecho contra mí, besándola con fuerza. Ella me responde y, en una sola décima de segundo, el momento, la casa, el mundo, vuelven a ser solo nuestros.

Sé que los chicos están aquí, pero no me importa absolutamente nada. He tomado una decisión y me da demasiado miedo que sea la equivocada… que sea la correcta.

—Será mejor que los dejemos solos —comenta Rebe, con una sonrisilla.

—Os esperamos en la terraza de abajo, tortolitos —añade Marcelo.

Pero ¿quién los oye?

En cuanto la puerta se cierra, la tumbo en el suelo y lo hago sobre ella. No dejamos de besarnos, de acariciarnos, de sentirnos.

Mis manos vuelan bajo su falda.

Mia arquea su cuerpo de ensueño contra el mío.

Me desabrocha los vaqueros con manos torpes, aceleradas. Saco un condón, que ella me arrebata y abre el envoltorio con la boca. El gesto me vuelve loco de más maneras de las que ni siquiera puedo describir y mis dedos se vuelven más rápidos, casi ansiosos, para deshacerme de sus bragas mientras ella me enfunda el preservativo.

La embisto.

—¡Nico! —grita, pegándose más a mí, agarrándose desesperada a mi camiseta, porque el placer pesa más que todo lo demás.

Pero necesito más.

Vuelvo a tumbarla, clavo mis manos en el suelo a ambos lados de su cabeza y atrapo sus preciosos ojos castaños para empezar a entrar con fiereza, a salir veloz, sin parar, marcando con mis caderas el ritmo que mi corazón necesita.

Mia gime, jadea, grita, y yo cada vez llego más lejos, hasta que mi puto cuerpo sufre una especie de experiencia mística y siento como si algo se separase de mí, me observase un segundo desde arriba y saliese disparado con la potencia de un cohete, dejase Madrid atrás, la tierra, nuestra galaxia y alcanzase todas y cada una de las estrellas.

—¡Nico! —vuelve a gritar cuando se corre debajo de mí.

La beso con fuerza porque quiero saborear este momento, pero otra vez necesito más y sé que ella también.

La desnudo.

Me desnudo.

La giro entre mis brazos.

Mi cuerpo cubre el suyo por completo y entro de nuevo en ella. Entrelazo nuestros dedos por encima de su cabeza. Mis caderas chocan una y otra vez contra las suyas. Le beso los labios, las mejillas, la nuca, el cuello, los hombros, la espalda… no tengo suficiente de ella.

El espacio, las nebulosas, los planetas, las putas auroras boreales, lo veo todo, lo toco todo, lo siento todo.

Vuelve a correrse con su cuerpo, el mío, perlado de sudor. Su placer me llama y me corro notando cómo cada una de mis terminaciones nerviosas se electrifican, cómo mi mente, mi corazón y mi polla entran en comunión con su sonrisa.

—Ha sido maravilloso —murmura, aún debajo de mí, apartándome el flequillo de la frente.

—Tú eres maravillosa —contesto, besándola suavemente en los labios.

Es magia.

*

Nos damos una ducha rápida y nos vestimos. Bajamos con los chicos a la terraza y, después de una ronda, regresamos arriba.

—Voy a cambiarme —dice Mia, echando a correr hacia la habitación—. Estoy deseando pillar el sofá. Creo que nunca había estado tan cansada.

Oigo el suave sonido de sus pies descalzos contra el parquet y el ruido de la cómoda. La imagino saliendo con una vieja camiseta y unos diminutos pantalones de pijama y me doy cuenta de que es mejor hacerlo ya. Algo me lo está gritando a voces.

—Mia, tenemos que hablar —anuncio con la voz ronca.

—Dame un segundo —contesta desde el dormitorio.

—Mia —repito, y una parte de mí me suplica que no lo haga—, esto se ha acabado.

—Sí, yo también quiero el divorcio —bromea—. Llevo demasiados años viéndote esa cara de guapo engreído que tienes.

Tenso la mandíbula. Soy un cabrón… y nunca me lo voy a perdonar.

—Estoy hablando en serio —sentencio.

No responde y, un par de segundos después, oigo sus pasos hacia el salón, lentos, dudosos, creo que incluso suenan tristes, joder.

—Nico… —murmura, pero ni siquiera sabe cómo seguir.

—Esto es lo mejor.

Necesito recuperar mi vida. Necesito recuperar el control.

—Pero ¿qué ha pasado? —Una lágrima resbala por su mejilla—. Creía que estábamos bien.

Al verla llorar, aunque solo sea una lágrima, algo dentro de mí se resquebraja y ya no es solo mi corazón, es mi cuerpo entero el que me grita que me estoy equivocando, pero es que tengo que bajarme de esta montaña rusa. No puedo soportar sentirme vulnerable nunca más.

—Es lo mejor —repito, con la mirada clavada en el suelo, porque no tengo ni la más remota idea de cómo hacer esto, de cómo despedirme de ella.

—Nico… —musita.

Y sé que, si vuelve a llamarme, no seré capaz de irme, así que giro sobre mis talones, cojo la mochila y la maleta que traje de casa de Marcelo con mis cosas y todavía no había deshecho y me dirijo hasta la puerta principal.

Me falta el aire. Todo me da vueltas. Duele, joder. Duele más que nada.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, el vacío se hace tan asfixiante que va a agujerearme las putas costillas.

Me vuelvo hacia la puerta con los ojos vidriosos y miro la madera como si pudiera atravesarla y llegar hasta ella.

—Te quiero, nena —susurro, y juro por todo lo que me importa que no estoy mintiendo.

Una lágrima resbala por mi mejilla, me la seco y echo a andar escaleras abajo.

«Lo siento.»

Cuando salgo del taxi, miro a mi alrededor sintiendo cómo el frío nocturno me corta la cara, pero también con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, estoy eligiendo lo que debo elegir.

Camino despacio, en silencio, tratando de dejar atrás todo lo que acaba de pasar, olvidar los ojos tristes de Mia.

Deposito la maleta y la mochila en el suelo del rellano. El movimiento sucede en silencio, aunque no lo pretendo. Llamo a la puerta y espero uno, dos, tres interminables segundos.

—Nico —vocaliza Alma, con una sonrisa enorme que ilumina sus grandes ojos negros.

No lo duda y se lanza a mis brazos.

—Sabía que vendrías —suelta sin soltarme—. Tú y yo somos especiales.

Aprieto los dientes y me obligo a mover mis manos, a devolverle el abrazo, y, aunque suene mal, egoísta, cobarde, aunque sea una cabronada, lo hago porque no siento que el mundo nos pertenezca cuando toco su piel.

Elijo no sentirme vulnerable nunca más.

9

Mia

—No… —murmuro, sin entender nada.

Siento como si todo, mi vida, acabase de derrumbarse a mis pies.

El sonido de la puerta principal encajando en el marco resuena en la casa, creo que incluso lo hace dentro de mí. No volveré a ver a Nico. No volverá a llamarme *«nena»*.

Una lágrima cae por mi mejilla y se estrella contra el suelo, pero no experimento nada, estoy entumecida. Acabo de encontrar la respuesta a si un árbol suena o no cuando cae en mitad del bosque si no hay nadie para oírlo, para querer oírlo, para querer a ese árbol.

Madrid se alía conmigo y comienza a llover. No hay truenos ni relámpagos. Solo nubes llorando bajito, como yo.

Ni siquiera soy capaz de moverme del centro del salón, de caminar en cualquier dirección, de salir de aquí. Me ha dejado. Se ha ido. Ya no volveré a sentir sus manos en mi piel, ya no volveré a sentir sus labios susurrando cosas en mi oído. Mi corazón ya no sabe cómo latir.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando mi móvil comienza a sonar sobre la mesita de centro, moviéndose destartalado por la vibración. Con los ojos rojos, la nariz hinchada y las mejillas mojadas, veo el nombre de Rebe iluminarse en la pantalla, y creo que contesto por pura inercia.

—¿Mia? —me llama Rebe. He descolgado, pero no he sido capaz de decir una sola palabra —. ¿Mia?

Más silencio. Más lágrimas. Se ha marchado.

—¿Mia? —repite—. ¿Estás bien?

Se ha marchado y no va a volver.

—No —contesto, reuniendo todas las fuerzas que puedo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, alarmada—. Nico me ha llamado diciéndome que fuera a vuestra casa para estar contigo porque me necesitabas, pero no ha querido explicarme nada más.

—Nico —tener que pronunciar su nombre en mitad de esta conversación me resulta demasiado extraño, cruel— me ha dejado. Acaba de irse.

Los siguientes diez segundos de silencio absoluto solo son la prueba definitiva de que no soy la única que está perdida con todo esto, pero, más que nada, que no estoy viviendo una especie de pesadilla de la que voy a despertarme.

—Estoy en un taxi —dice al fin—. Llegaré en diez minutos.

*

—Hola, enana —me saluda Marcelo, con voz triste, entrando en mi habitación.

Ya es de día, con toda probabilidad, más de las doce, pero aún no he querido salir de la cama.

Efectivamente, Rebe llegó diez minutos después de llamarme. Estoy segura de que estuvo azuzando al taxista para que se diera prisa en llegar. Me abrazó con cariño en cuanto abrí la puerta y no se ha separado de mí en toda la noche. No necesito preguntar para saber que ha sido ella la que ha llamado a Marcelo.

—¿Cómo estás? —añade, sentándose en el colchón y apoyando la espalda en el cabecero. No lo duda. Se descalza y se mete conmigo bajo el nórdico.

Pero yo no contesto. Solo busco su mano y la aprieto con fuerza. Necesito sentirlo un poco más cerca. Eso tampoco lo duda y, con una suave sonrisa en los labios llena de apoyo, me da lo que necesito y entrelaza nuestros dedos.

—He llamado al periódico y les he dicho que estás enferma —anuncia Rebe, entrando en el dormitorio con una bandeja en la que se puede ver un vaso de zumo, tostadas y creo que fruta— y he añadido que, como no tienes familia aquí, me quedaba a cuidarte. Toca teletrabajar —sentencia, dejando el desayuno sobre mi mesita y sentándose también en la cama.

Al no hacer el más mínimo intento por incorporarme o alcanzar la bandeja, Rebe me mira, torciendo los labios en un gesto repleto de empatía.

—Tienes que comer —me recuerda, amable.

—Tiene una pinta buenísima —interviene Marcelo, exagerando cada palabra, incluso suelta un «mmm…» de lo más impostado, que, aunque es lo último que quiero ahora mismo, consigue hacerme sonreír.

Y, no sé por qué, esa sonrisa me reactiva.

—¿Está contigo? —le pregunto a bocajarro a Marcelo, sentándome de golpe y torciendo el cuerpo hacia él—. Dime la verdad, por favor.

—No —responde—. No está conmigo.

—Pero sabes dónde está —prácticamente lo interrumpo—. Dímelo, Marcelo, por favor.

—Mia…

—Por favor —vuelvo a frenarlo.

Sé que estoy sonando vulnerable, desesperada, pero no me importa. Es Nico. Mi Nico. Necesito saber dónde está.

Rebe y Marcelo se miran, supongo que viéndome exactamente como me veo yo.

—Por favor —insisto y, antes de que pueda controlarlo, los ojos se me llenan de lágrimas.

Tiene que ser un mal sueño. No puedo perder a Nico. Mi corazón… yo… no podemos perderlo.

—Mia —me contesta Marcelo, lleno de ternura—, no sé nada de Nico. No ha ido a mi casa ni tampoco me ha llamado.

—Entonces, ¿dónde está?

«¿Dónde está?»

Un sollozo atraviesa mi pecho con violencia y rompo en llanto. Marcelo me abraza con fuerza y, apenas un segundo después, lo hace Rebe.

—No te preocupes —dice mi amigo con una seguridad absoluta y esa voz de actor de teatro tan rematadamente bonita—. Volverás a estar bien. Te lo prometo.

*

He tardado al menos tres días en querer salir de la cama y hacer cosas de persona normal con el corazón no roto, como ducharme o desayunar algo más que dos míseros bocados de una tostada. Juro que, en todos y cada uno de esos días, he intentado dejar de llorar, pero es… complicado. No obstante, a cada hora que pasa, una verdad más honda, más intensa, creo que incluso luminosa, se hace un hueco dentro de mí: se acabó el pensar que yo he hecho algo mal; se acabó el creer que yo tengo la culpa de lo que ha pasado y, más que nada, se acabó el darle alas a mi corazoncito cuando piensa que Nico va a regresar. Él me ha dejado, él se ha marchado, y yo voy a recuperar mi vida, aunque eso me cueste el alma.

Dos días después de deambular por la casa, rollo fantasma de *Los otros*, pero sin fotofobia, aunque, quizá todos los fantasmas son fotofóbicos y por eso solo salen a provocar paradas cardiacas a la población activa de noche y los que lo hacen de día están teletrabajando, como yo esta semana, decido que el mejor favor que puedo hacerme es salir. Un poco de aire fresco, ver más caras, pasear, todas esas cosas que se supone que te hacen sentir mejor; pues eso, más población activa. Además, adoro esta ciudad, perderme en ella, en todos los secretos que todavía tiene que ofrecerme y yo pienso descubrir.

Me visto —de acuerdo, un chándal, y no el más nuevo que tengo—, me recojo el pelo en una sencilla coleta y, con la cara lavada, salgo del piso.

Empiezo a andar con las manos metidas en los bolsillos, aunque lo cierto es que no tengo muy claro a dónde ir. Mi idea era solo… caminar, ser una ciudadana anónima en mitad de toda la magia que las ciudades siempre saben regalar a los que de verdad creen en ellas.

Lo que no calculo es que cada paso me hace pensar y que cada pensamiento me lleva de vuelta a Nico. Da igual que sean ideas llenas de enfado o de tristeza, porque al final siempre me empujan a un recuerdo, a algo que viví con él. Siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas y lucho porque, por los menos, no pasen de ahí. Eso también es complicado.

Pierdo la noción del tiempo y creo que también del espacio, ya que no reconozco dónde estoy, pero tampoco me importa.

No paro de oír decir a la gente con la que me cruzo el frío que hace, aunque yo no lo siento, así que decido entrar en un local cualquiera.

—¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta, amable, la dependienta.

Solo entonces observo a mi alrededor y me doy cuenta de que es una librería. Una leve sonrisa se cuela en mis labios. Me parece un sitio precioso.

—¿Puedo echar un vistazo? —inquiero, esforzándome en que mi voz suene normal.

Ella asiente, con una sonrisa.

—Sí, claro que sí.

—Gracias —murmuro.

—Esta mañana está haciendo un frío glacial, te vendrá bien un café —comenta, señalando la máquina a su espalda.

Muevo la cabeza afirmativamente, luchando para no llorar y poder acercarme ya a cualquier estantería donde los libros me protejan de todo lo demás.

Trato de concentrarme en lo que tengo delante, en buscar una novela que leer, pero es una sensación muy rara, como si fuese consciente del suelo que piso y al mismo tiempo me sintiese ausente.

La dependienta deja un café humeante en la pequeña mesa junto a la ventana, acompañada de un viejo, aunque muy bien cuidado, sillón orejero marrón oscuro. Me señala la taza con una nueva sonrisa y un golpe de cabeza. Obedezco y tomo asiento, y, rápido, el aroma viaja hasta mí, dulzón. Además del azúcar deben de haberle echado canela y, de pronto, no sé por qué, ese minúsculo detalle me hace volar hasta París. Allí todo huele a mantequilla y a la clorofila de los árboles, a la humedad del río y a ajo sofriéndose en una sartén desde cualquier pequeño bistró, donde un *chef* lleno de sueños de estrellas Michelin se esfuerza en dar lo mejor de sí. Para mí, París, sí, olía a mantequilla, pero a la de los *croissants* que Nico y yo nos comíamos sentados en un banco de nuestra calle favorita, una llena de adoquines desde donde, si encontrabas el ángulo perfecto, podías ver la Torre Eiffel; y, sí, también a la clorofila, pero a la del enorme árbol que había junto a la puerta de nuestro edificio y cuyo aroma era capaz de escalar siete plantas para encontrarse con nosotros; y, sí, a la humedad del río, a cada puente desde el que nos asomábamos para descubrir las maravillosas figuras con las que los adornaban para que pudieran verse desde los barcos que cruzaban el Sena; y, sí, a esos *chefs*, solo que éramos nosotros, cocinando para nosotros, tratando de imitar de memoria alguna receta que nos encantaba.

¿Él ya se ha olvidado de todo eso? ¿Cómo? ¿Por qué?

La campanita de la puerta de la librería suena, alguien entra o sale, no lo sé, y mi lágrima se estrella contra el bonito platito azul eléctrico. Voy a romper a llorar y no quiero hacerlo en mitad de un local lleno de desconocidos. Torpe, me meto la mano en el bolsillo, saco unas monedas y las dejo sobre la mesa, aunque no sé si el café es cortesía o debo pagar por él, y, deseando ser invisible, salgo del local.

10

Nico

Han pasado cinco días desde que llegué a casa de Alma y siento que vuelvo a tener el control. No voy a soltar la estupidez de que no he pensado en Mia, pero tampoco quiero hablar de eso. He tomado la mejor decisión, también para ella. La montaña rusa tenía que acabarse.

Esa misma noche fui muy claro con Alma respecto a mis sentimientos. Le dije que me gustaba, pero que, de momento, eso era todo lo que podía ofrecerle y que, con franqueza, también era todo lo que quería darle.

Ella lo entendió, sonrió y, antes de besarme, volvió a repetirme que éramos especiales. No sé si tiene razón. Tampoco quiero pensarlo.

*

Hace un frío de cojones cuando entro en la librería. Me froto las manos al tiempo que me las llevo a los labios para calentarlas con mi aliento y camino hasta el mostrador.

—Hola —saludo a Alma.

Pero ella no me mira a mí. Frunzo el ceño, confuso, y llevo mi vista hacia donde apunta la suya; en concreto, hacia una de las mesas que hay junto a la ventana, solo que está vacía. La campanita de la puerta suena y la puerta se cierra tras un cliente que se marcha.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Acabo de ver a la chica más triste del mundo —me explica.

La observo esperando a que continúe, pero Alma se encoge de hombros, indicándome sin palabras que toda la información que tiene se termina ahí.

Curioso, miro por la ventana y algo dentro de mí da un vuelco cuando distingo perfectamente a Mia entre la multitud que abarrota la calle, alejándose de la librería, apenada. De verdad es la chica más triste del mundo.

—He olvidado algo —pongo como excusa, dirigiéndome ya hacia la puerta—. Ahora regreso.

En cuanto el frío gélido vuelve a acariciarme la cara, empiezo a andar rápido, acelerado, hasta que la encuentro unos pasos por delante. No sé por qué lo hago, pero comienzo a seguirla. Solo quiero asegurarme de que está bien.

Mia camina despacio, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, sin levantar la vista

del suelo, pero ni siquiera ese detalle o que lleve ropa deportiva, con la nariz roja y los ojos hinchados, impide que la mayoría de los tíos con los que se cruza la recorran de arriba abajo. Siempre me ha parecido adorable, y jodidamente sexy, que no sea consciente de la atención que despierta en los hombres.

No sé cuánto tiempo llevamos así. No levanta la vista del suelo, no se fija en ningún edificio, no entra en ninguna tienda.

Calle a calle, regresamos a La Latina. Mia se detiene frente a la puerta de nuestro edificio. Se mete un mechón de pelo tras la oreja y se queda muy quieta, un par de segundos, con la mirada fija en el manojo de llaves. No necesito más que un par de segundos para darme cuenta de que, en realidad, lo que está mirando es el pequeño llavero de la Torre Eiffel, el que le compré en el aeropuerto cuando nos reencontramos en París. Una lágrima resbala por la punta de su nariz y aterriza en el pequeño adorno. Mia cierra los ojos, como si también hubiese recordado el momento exacto en el que se lo di, todo lo que sentimos, todo lo que nos dijimos.

Cabeceo. Lo último que quiero es verla así. No soy ningún idiota, sabía que no lo estaría pasando bien, pero también di por hecho que no tardaría más que un par de días en darse cuenta de que esto era lo mejor y seguiría adelante con su vida.

De repente, se reactiva, entra en el edificio y la puerta se cierra lentamente tras ella. Es el momento de marcharme, lo tengo clarísimo, pero no puedo hacerlo. Tengo que asegurarme de que está bien. Sé que es una estupidez, porque es obvio que no lo está, pero necesito hacerlo, necesito saber que en casa… ella… necesito saber que Mia está bien. Estoy demasiado preocupado como para, sencillamente, darme media vuelta y olvidar que la he visto.

Decidido, cruzo la calle y entro. Subo los escalones de dos en dos y, finalmente, me planto ante nuestra puerta. Debería replantearme si esto es adecuado, pero no soy capaz. Saco mis llaves y abro.

Atravieso el pasillo con paso sigiloso, aunque no me propongo que sea así. Echo un vistazo a mi alrededor y tardo algo así como un mísero segundo en localizarla en la cocina. El siguiente paso, igual de determinado, pero más acelerado e imprudente, me delata. Mia se gira y, al verme, se sobresalta, incluso grita. Todo lo que está pasando le gana la partida y rompe a llorar, nerviosa.

Está llorando, joder. Está llorando por mi culpa.

Otra vez no lo pienso y, con toda probabilidad, otra vez debería, pero las ganas de consolarla pesan más. Doy un nuevo paso, dispuesto a abrazarla y atajar de un golpe su tristeza y toda mi preocupación, pero ella me aparta, empujándome con las dos manos.

—¿Qué te crees que haces? —me espeta, enfadadísima—. ¿Por qué estás aquí? Lárgate.

—Mia, yo… solo quiero ayudarte.

Maldita sea, cuidar de ti.

—Márchate —repite como si mis palabras acabasen de estamparse contra una pared.

Sin embargo, no me muevo, no quiero, y no estamos hablando de ser egoísta, aunque puede

que sí, no lo sé; solo pretendo asegurarme de que está bien, de que entiende que lo que he hecho es lo mejor para los dos.

Supongo que sus palabras también se han encontrado de lleno con un muro.

—Vete.

—No.

La montaña rusa tenía que parar o toda esa intensidad iba a acabar consumiéndonos a ella y a mí.

Al ver que no me muevo, Mia resopla, molesta, tratando de contener un sollozo, y echa a andar hacia la habitación.

—Joder —gruño, siguiéndola con la mirada—. ¿Podemos hablar?

—No tengo nada que hablar contigo —contesta con la misma rabia, sin ni siquiera detenerse.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Qué acabemos así, sin ni siquiera ser capaces de mirarnos a la cara?

—¡No, claro que no es lo que quiero! —chilla, deteniéndose al fin y girándose, con el mismo sentimiento saturando el movimiento, para que estemos frente a frente—. Yo no quería nada de esto. Tú has sido el que ha decidido que lo que teníamos no era suficiente para ti, ¡que yo no era suficiente para ti!

—¡Claro que tú eres suficiente para mí! ¡Eres mucho más! ¡Lo mejor que me ha pasado en la vida!

—¡Deja de mentir! —replica, furiosa, sin poder dejar de llorar.

—¡No estoy mintiendo!

No lo estoy haciendo. Mia hace que todo lo que soy valga la pena; el problema es que, cuando no está, cuando no la tengo cerca, me siento demasiado perdido, demasiado vulnerable, y hay cosas que no quiero volver a sentir nunca más. Ya tuve suficiente de crío.

Mis palabras nos silencian a los dos, o puede que hayan sido las suyas, no lo sé.

—No te creo —susurra al fin, y mi corazón cae fulminado, porque, a pesar de todo, nunca ha dejado de pertenecerle.

La miro, callado, con el imbécil que llevo dentro protestando, llamándome gilipollas mientras yo aguanto el tirón de todo lo que siento ahora mismo, de verla llorando, de que no me crea porque, sencillamente, ya no cree en mí, de seguir queriéndola a pesar de todo.

—Porque tú sí que eras suficiente para mí —continúa, en un hilo de voz que puede que suene tímido, pero no débil; suave, pero no dócil, porque Mia es la chica más valiente del mundo—, eras más, y ahora ya no tengo nada y no voy a permitir que te lleves lo poco que queda de mí. No te lo mereces.

Cada palabra es una bala; cada latido perdido, un tiro. Trago saliva, manteniéndole la mirada y el enfado, la tristeza, y una sensación inmensa de desahucio va apoderándose de cada centímetro de mi cuerpo.

—Ojalá nunca me hubieses pedido que regresásemos a Madrid —pronuncio con la voz

ronca.

No es un reproche, es una súplica con todas las letras. Ojalá siguiésemos en París, queriéndonos como locos, siendo felices.

—Ojalá —murmura con la cara llena de lágrimas.

Y, por Dios, solo puedo pensar en volver a besarla.

—¿Puedes irte ya, por favor? —me pide.

Y no quiero. No quiero hacerlo ni por asomo, pero sé que se lo debo.

Asiento, giro sobre mis talones y me dirijo hacia la puerta.

—Deja las llaves —añade.

Aprieto el manojo en mi mano, no quiero desprenderme de él, pero otra vez soy consciente de que es lo que he de hacer y, despacio, sin volverme, lo dejo sobre el mueble antes de enfilar el pasillo y marcharme definitivamente.

En cuanto la madera encaja en el marco, todo se recrudece dentro de mí, se hace más amargo. En realidad, todo esto ha sido una prueba más. Entre nosotros todo es demasiado intenso; cuando subimos, volamos, pero, cuando bajamos, el dolor es brutal, como ser constantemente Ícaro, acercándonos más y más al sol; antes o después, terminaremos cayendo al suelo, con nuestras alas hechas pedazos.

No me doy más tiempo para pensar y regreso a la librería. Alma me recibe con una sonrisa enorme y me pide que la espere los veinte minutos que faltan hasta que cierre. Lo hago perdido entre las estanterías, con la mente funcionándome a mil kilómetros por hora.

Para cuando subimos a su casa, le he dado un millón de vueltas a todo. Necesito dejar mi mente en blanco y hago lo único que sé para conseguirlo: follar hasta caer rendido. La puerta se cierra a nuestra espalda y mis manos se deslizan hacia sus caderas, hacia su trasero. Necesito que todo pare cinco putos segundos. Ella me responde, se deja llevar y yo lo hago con ella.

El placer cumple su misión, pero mi corazón se niega a jugar su papel y, cuando con la respiración todavía acelerada ella apoya su cabeza en mi pecho, en la habitación a oscuras, no puedo evitar pensar en Mia.

*

—Buenos días —me saluda, cantarina, Alma cuando entro en la pequeña cocina, poniéndome ya el abrigo, en busca de un café antes de largarme al trabajo.

—Buenos días —respondo.

Ella se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Se me ha ocurrido que esta noche podríamos salir a tomar unas copas y puede que a bailar. Me gustaría que conocieras a mis amigos —me comenta, sin dejar de sonreír.

Le devuelvo una sonrisa infinitamente más tenue y me bebo el café de un trago.

—Ya veremos —le ofrezco por toda respuesta, y a Alma parece valerle, porque asiente,

entusiasmada.

Dejo la taza vacía en la pila y me dirijo a la puerta.

—¿No desayunas? —me pregunta.

Me detengo para contestar.

—No. Nunca —le aclaro.

—Mal hecho.

La observo esperando a que diga algo más, pero se limita a encogerse de hombros. Frunzo el ceño suavemente, algo confuso, y casi al mismo tiempo me obligo a esbozar una sonrisa.

—Tengo que irme —me despido.

Ella vuelve a asentir, con una nueva sonrisa.

—Nos vemos, amor.

El apelativo me incomoda, pero no digo nada.

Salgo del piso, del edificio, de la calle y del barrio y llego a *El País.* Apenas llevo quince minutos en mi puesto cuando empiezo a preguntarme si Mia habrá ido a trabajar. Ayer no se presentó aquí, ni tampoco los días anteriores… pero hoy, quizá, esté más recuperada y haya decidido hacerlo.

—Andrea necesita que te encargues de esto —me dice Juan, uno de mis compañeros, dejando una carpeta de color sepia sobre mi escritorio.

Asiento sin prestar demasiada atención; o bien es la traducción de un teletipo o la de una nota de prensa.

Si Mia ha venido, significa que se encuentra mejor.

Abro el dosier y me contengo para no poner los ojos en blanco cuando veo una nota de prensa de la oficina de comunicación del Ministerio de Asuntos Exteriores francés. La leo, deprisa, y en tres minutos la tengo traducida.

El tiempo decide romper la tregua y un trueno cruza al ambiente antes de empezar a llover de nuevo.

Solo necesito una excusa para acercarme al área digital y buscar a Mia. No obstante, ese pensamiento dura en mi mente unos dos segundos. En mi trabajo no pinto absolutamente nada, puedo largarme cuando quiera, nadie va a echarme de menos.

Me levanto, dejo la carpeta con la traducción en la mesa de Juan y cruzo la redacción hasta las escaleras; dos plantas más arriba: *El País* digital. Serpenteo entre las mesas y llego hasta la de Rebe. No está, pero su ordenador está encendido y hay varias carpetas abiertas sobre el escritorio. Debe de haber ido a alguna reunión. Cuando llevo mi vista hasta la de Mia, el panorama es completamente diferente. No hay rastro de ella y es obvio que no hay nadie trabajando ahí. No ha aparecido.

—*Merde* —gruño, cabreado.

Si no ha venido, es que sigue mal; tal vez salga a pasear otra vez sola bajo la lluvia.

Giro sobre mis talones y voy directo hasta el ascensor, dispuesto a largarme de aquí e ir hasta

La Latina. En cuanto las puertas se abren, camino por inercia hacia la salida. Apenas he avanzado unos pasos cuando alzo la cabeza sin ningún motivo en especial y veo a Rebe, con el costado apoyado en uno de los laterales del enorme arco que marca la entrada al edificio, un cigarrillo entre los dedos y la mirada perdida al frente, a la lluvia y a Madrid.

Por un momento pienso en dar media vuelta y bajar más tarde. Soy consciente de que actualmente no debo ser su persona favorita, pero Rebe es mi amiga y la quiero, y, al margen de todo lo que ha pasado, no quiero perderla.

—Hola —la saludo y, aunque no lo pretendo, todavía sueno cabreado por no haber visto a Mia en la redacción.

Rebe gira la cabeza hacia mí, disimulando a la perfección la sorpresa de oír mi voz.

—Hola —responde—. ¿Qué tal estás? Hace varios días que no sé nada de ti.

En esas palabras hay una pequeña parte de reproche, no por lo de Mia en sí, sino por haber decidido desaparecer, y la palabra clave es *decidido*, pero, sobre todo, hay preocupación.

—Estoy bien —contesto, lacónico, yendo al otro lado del enorme arco y apoyando también el costado en él.

—¿Vas a contarme dónde estás viviendo?

Pierdo mi vista al frente y el repiqueteo de las gotas de agua sobre el pavimento se hace con la conversación. En unos pocos segundos pienso en muchas cosas, en hablarle de Alma, en no mencionarla jamás, en contarle cómo me siento al margen de ella, porque con ella hay un «al margen» que solo me concierne a mí.

—Estoy bien —repito.

—¿Hay otra chica?

—¿Importaría eso?

—A mí, sí —responde, sincera.

Bajo la cabeza. Al final, todo esto va de volver a ser fuerte, de volver a ser el Nico que era antes.

—Se llama Alma —la informo, levantado la cabeza de nuevo, llevando mi mirada hasta mi amiga. No tengo nada de lo que esconderme.

Rebe frunce el ceño, cayendo de inmediato en la cuenta.

—¿La chica de la librería?

Asiento.

—Sí.

—Mia sabe que…

—No —la interrumpo, depositando mi vista al frente una vez más.

—¿Me cuentas por qué lo has hecho?

Trago saliva. No quiero hablar. Nunca me ha gustado. Solo Mia sabía sacarme de mi zona de confort. Además, da igual todo lo que haya pasado, lo que hay entre Mia y yo sigue siendo solo nuestro, un tesoro, y no pienso compartirlo con nadie.

—Es lo mejor —contesto, parco.

Ha llegado el momento de irme. Tengo algo demasiado importante que hacer. Me incorporo y Rebe me sigue con la mirada.

—Dicen que mañana saldrá el sol —comenta—. Podríamos quedar Marcelo, Lucas, tú y yo en nuestra terracita de Lavapiés, después del trabajo, como en los viejos tiempos.

Asiento.

—Nos vemos allí.

Me subo el cuello del abrigo y echo a andar bajo la lluvia.

—Sigo pensando que deberías hacerte con un paraguas —grita para hacerse oír.

—Y yo sigo pensado que eres una listilla —contesto, sin dejar de caminar.

Pero, tan pronto como pronuncio esas palabras, me giro y una suave sonrisa se cuela en mis labios, reflejándose también en los suyos.

Me he sentido como antes.

Al entrar en el vagón, me echo el pelo húmedo hacia atrás con la mano. Estoy empapado, pero no me importa.

No puedo evitar que algo dentro de mí esté bullendo. Es la misma sensación de ayer: saber que Mia está bien. Sin embargo, mi parte práctica y racional no para de repetirme que todo esto es un sinsentido, que yo tomé la decisión de que se acabara, que ahora toca alejarse, pero es que la posibilidad de volver al periódico y olvidarme de todo está completamente descartada.

Salgo de la estación con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, repitiéndome una y otra vez que hoy no voy a subir. Tomé una decisión y he de ser consecuente. Es lo mejor. Continuar en esa montaña rusa era un error.

Con el paso lento, me detengo delante de nuestro edificio, en la acera opuesta, y, aun en mitad de la lluvia, me apoyo, hasta casi sentarme, en un coche cualquiera.

Una parte de mí quiere convencerse de que todo está bien, de que no va a bajar porque está escuchando música, feliz porque ha entendido que realmente dejarlo era lo mejor; pero la otra necesita estar aquí porque, si nada de eso es verdad y sale a caminar hecha polvo, como ayer, tengo que cuidar de ella.

Bajo la cabeza y aprieto los dientes con la mirada fija en el suelo; cada vez estoy más cabreado y ni siquiera sé con quién o por qué; es como si mi cuerpo y mi corazón estuviesen actuando por libre y decidiendo qué sentir y, joder, soy incapaz de entenderlo, porque ahora yo y solo yo elijo qué sentir.

Mi móvil vibra en el bolsillo; un mensaje, no me interesa. Sin embargo, cuando lo hace por tercera vez en cinco segundos, pienso que podría tratarse de algo importante y miro la pantalla. Es Alma. Quiere que vayamos a un local de Malasaña con sus amigos a las diez.

Pero, por desgracia, por mucho que deseo que la posibilidad de Mia cantando y escuchando música a todo volumen en nuestro apartamento sea verdad, sale a la calle con su abrigo y la capucha subida, sin paraguas.

Con la mirada baja para protegerse de la lluvia, empieza a andar. Me olvido del móvil y comienzo a seguirla, porque nunca había hablado tan en serio como cuando he dicho que tengo que cuidar de ella.

Como ayer, calle tras calle, Mia recorre Madrid en silencio con la cabeza gacha, llorando bajito. No entra en ningún local, en ninguna tienda, ni siquiera las mira. Parece como si solo quisiese perderse, hacerse invisible. La chica con más luz sobre la faz de la Tierra solo quiere desaparecer. Por Dios, es la broma más cruel del mundo.

No sé si es consciente de las horas que pasan, pero, cuando regresamos a La Latina, ya ha anochecido. Puede que Mia haya perdido la noción del tiempo, pero yo la pierdo de todas las veces que tengo que contenerme para no quitarme el abrigo, acelerar el paso y protegerla con él, para no abrazarla.

Mia llega a nuestro edificio. Esta vez se obliga a no detenerse, a no recordar, y entra.

Cuando la puerta va a cerrarse a su espalda, en la misma línea de no tener ni una jodida idea de por qué, cruzo la calzada con el paso acelerado y, alzando la mano, la mantengo abierta.

Observo mis dedos sosteniendo la madera, confuso. Debería marcharme, pero no quiero hacerlo. Solo puedo pensar en cuidar de ella.

Subo hasta la cuarta planta y miro a mi alrededor con una extraña sensación en la boca del estómago, como si volviese a tener quince años y estuviese probando a escondidas mi primer cigarrillo… algo que sabes que no está bien, que te traerá problemas y, aun así, lo haces.

Doy un par de pasos más. Desearía tener llaves y poder entrar. Antes de que la idea cristalice en mi mente, apoyo las palmas de las manos en la puerta y dejo caer suavemente mi cuerpo hasta que mi frente descansa en el mismo lugar. Quiero entrar. Quiero abrazarla. Quiero protegerla.

Una vez más, no sé cuánto tiempo pasa hasta que me convenzo de que tengo que largarme. Bajo las escaleras con paso lento, prácticamente a regañadientes, y alcanzo de nuevo al portal. Aunque es lo último que busco, una leve, casi imperceptible sonrisa, se cuela en mis labios cuando oigo un maullido. Camino hasta el fondo del portal y la cría, el mismo gatito que vi la tarde que visitamos el piso por primera vez, me reconoce y se acerca a mí. Me acuclillo y le acaricio entre las orejas.

—Ey, pequeñín —susurro—. Tienes que cuidar de nuestra chica, ¿vale?

El animal ronronea como si realmente pudiese entenderme y mi sonrisa se hace un poco más grande.

*

De vuelta en el metro, sigo siendo incapaz de dejar de pensar en Mia. Las cosas no tendrían que ser así. Ella tendría que ser feliz. Maldita sea, es lo único que merece.

Estoy a un par de paradas de Malasaña cuando el móvil me vibra de nuevo en el bolsillo. Me lo saco con pocas ganas y lanzo un juramento ininteligible en francés y entre dientes cuando veo

un mensaje de Alma. Tendría que haber llegado al puto bar hace cuarenta minutos.

—Llegas tarde —me reprocha, saliendo a mi encuentro en cuanto cruzo la puerta del local en cuestión, uno de esos que no se sabe si son ultramodernos o ultraantiguos y donde no te puedes tomar una Mahou porque lo más parecido que tienen a cerveza de verdad es una cosa de trigo ecológico en el botellín más raro que he visto en todos los días de mi vida. Mierda. Quiero una Mahou—. ¿Qué te ha pasado? —pregunta al reparar en mi aspecto.

No puedo culparla por plantearlo. Estoy empapado.

La beso porque no me apetece tener que contestar y la cojo de la mano, tirando de ella, para que vayamos hasta la barra.

—Chicos —dice, deteniéndonos frente a un pequeño grupo a unos metros—. Este es Nico —me presenta—. Nico, estos son Claudio —me explica, señalándome a un chico con el pelo teñido de azul grisáceo y una sonrisa enorme—, Noelia…

—Eres la hermana de Diana, ¿verdad? —la interrumpo.

Ella asiente, divertida. No la conocía de nada, pero el parecido es asombroso, y no solo hablo de físico, sino de ese estilo, a caballo entre lo *punk* y lo hípster, con un collar de perro al cuello pero un extraño vestido de flores con un chaleco encima.

Alma sonríe, encantadísima de que me haya dado cuenta, y me señala a la última persona, un tío más o menos de mi edad.

—Y, como siempre, lo mejor para el final —anuncia, fingiéndose melodramática—. Nico, te presento a mi mejor amigo…

Mi móvil empieza a vibrar de nuevo. No sé por qué, mi mente elige relacionar conceptos de la manera más inadecuada y doy por hecho que es Mia, que se siente mal y me necesita, o Rebe, para decirme que Mia se siente mal y me necesita, y automáticamente decido que no hay nada más importante.

—Encantado —la freno cuando se disponía a decirme su nombre, dirigiéndome a la puerta del local y sacando el teléfono del bolsillo en el mismo movimiento, molestándome lo justo y necesario para dar una excusa creíble—: trabajo —la más rápida y que exigía menos palabras.

Miro la pantalla. Joder. El desasosiego se vuelve real. Es Rebe.

—¿Qué pasa? —pregunto, abrupto. Si se trata de Mia, quiero que me lo diga ya.

Un desconcertante segundo de silencio toma la línea.

—Nada —contesta, confusa—. ¿Estás bien?

En ese instante tengo la sensación de que por fin puedo respirar, como si acabasen de levantarme de la boca del estómago una losa de mil kilos, pero, por otro lado, con el alivio también llega el sentido común y la capacidad de pensar, la misma que ahora me pregunta qué coño estoy haciendo. He roto con Mia. Estoy con Alma. Tengo que aprender a comportarme, joder.

—¿Para qué me llamas? —inquiero, con un tono mucho más sereno.

—Para decirte que lo de mañana sigue en pie. Nos vemos en el bar de Pepe, a eso de la una.

—Claro. Cuenta conmigo —contesto, y no sé si lo hago aturdido o todavía enfadado.

Cuelgo y, con la mirada en el fondo de la calle, en Madrid, en realidad, empujo la puerta del bar.

—¿Todo bien? —me pregunta Alma, colocando sus manos en mis hombros cuando regreso a la barra.

—Sí —respondo, lacónico, aunque sería más apropiado decir que miento, lacónico.

Ella me dedica una sonrisa enorme.

—Perfecto, entonces —replica sin intuir que no le estoy diciendo la verdad.

Me da un beso en los labios y se gira para seguir hablando con Noelia.

Me acerco un paso más al mostrador.

—Una cerveza.

—¿De trigo, artesanal de olivas o de aguacate? —me plantea la camarera.

No me jodas.

—Whisky —atajo, malhumorado, la conversación—, Johnnie con cola.

—En los sitios así es difícil encontrar una cerveza —comenta una voz a mi espalda.

Muevo la vista para ver a… al mejor amigo de Alma, no tengo ni puta idea de cómo se llama, colocarse en la barra, a mi lado.

Asiento como respuesta. La verdad es que no me apetece hablar, y mucho menos tener una conversación absurda de cortesía con alguien a quien ni siquiera conozco; tengo demasiadas cosas en la cabeza. Además, no os engañéis, ese comentario sobre la cerveza ha sido de todo menos amable. Conozco a estos tíos. No le he caído bien. Yo no tengo ningún interés en arreglarlo y él tampoco en disimularlo.

—¿Estás bien? —inquiere, y otra vez la amabilidad solo es un disfraz.

—Sí —afirmo—, aunque no es asunto tuyo —sentencio, perdiendo la mirada al frente.

Yo no me escondo. Nunca. Y con los capullos como él, mucho menos.

—Pues yo creo que sí —replica sin amilanarse, tomándose su tiempo para cruzar los brazos sobre la barra e inclinarse sobre ellos—, porque resulta que Alma es mi mejor amiga y ahora está saliendo con un tío que se presenta casi una hora tarde y es así de simpático.

—Y puedo ser peor —lo interrumpo, macarra y arrogante, con una media sonrisa en los labios.

Nunca soy el colmo de la amabilidad, pero en este momento estoy demasiado preocupado por Mia, con demasiadas ganas de volver a nuestra casa para asegurarme de que está bien, así que no es buen día para tocarme los huevos.

Él suelta una especie de resoplido o da una bocanada de aire, ¿a quién coño le importa? Está cabreado, ¿y?

—No me hacen ninguna gracia los chulos de mierda —me asegura.

—Supongo que eso lo tienes tan claro porque te miras todas las mañanas al espejo.

—Mira…

—¿Qué? —vuelvo a cortarlo, esta vez llevando mi vista hacia él, porque estoy empezando a cansarme.

—¿Por qué no seguimos esta conversación fuera?

¿Salir a partirnos la cara?

—Por mí, perfecto —le dejo claro.

—¡Aquí están mis dos chicos favoritos! —comenta Alma, feliz, colocándose entre ambos y observándonos alternativamente.

Él se obliga a sonreír, fingiendo delante de ella que no pasa nada. Yo también lo hago, pero tardo un poco más.

—Hemos pensado que, cuando nos terminemos las copas, podríamos ir a bailar —nos explica—. ¿Qué os parece?

—Por supuesto —responde él.

Alma me mira a mí.

—¿Por qué no? —contesto.

Que lo que a los dos nos gustaría es liarnos a hostias resulta evidente, y que los dos hemos aceptado única y exclusivamente por ella, también.

Cambiamos de local y la noche avanza. Yo solo quiero largarme y, la verdad, no tardo en agarrar a Alma de la cintura y proponerle que nos vayamos a su casa. Ella imagina que es porque no puedo quitarle las manos de encima y, aunque follármela y olvidarme de todo es uno de mis objetivos, lo cierto es que tengo que marcharme porque me estoy asfixiando, así de claro y de cruel. No puedo dejar de pensar.

*

A la mañana siguiente es sábado y, aunque normalmente diría que el simple hecho de no tener que pisar el periódico me pone de buen humor, hoy no puedo hacerlo. Si no voy al trabajo, no sabré si Mia lo ha hecho, y me hace falta tener alguna pista de cómo está.

Le pongo a Alma una excusa y me voy sin ni siquiera desayunar. Cojo el metro y, cuatro paradas y un trasbordo después, llego a La Latina. Vuelvo a detenerme frente a nuestro edificio, otra vez en la acera opuesta, de nuevo apoyado, casi sentado, en uno de los coches aparcados.

Me saco el teléfono del bolsillo y marco. Dos tonos después, descuelgan.

—*El País*, buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo? —me responden desde la centralita.

—Hola, me llamo Nicolás Arranz, soy periodista de la sección de Internacional. Necesitaría hablar con una redactora de digital, Mia Nieto. Estamos trabajando juntos en un artículo; tengo que comentarle algo y su teléfono se ha quedado sin batería.

—Un momento, por favor.

La oigo teclear, frenética, al otro lado, comprobando los datos que le he facilitado, básicamente que de verdad trabajo allí y no soy un loco peligroso.

—Le paso —me informa al fin.

La comunicación se corta y prácticamente en ese mismo segundo comienza a dar tono de nuevo, con una canción de los ochenta sonando de fondo. Uno, dos, tres, cuatro tonos; al décimo, la línea cae y yo aprieto los dientes, preocupado y enfadado a partes iguales. Hoy tampoco ha ido a trabajar. Y, sí, soy consciente de que es sábado, pero me he pasado toda la noche tratando de convencerme de que hoy se habría levantado más animada, se habría sonreído delante del espejo para darse ánimos de esa manera tan adorable, como lo hacía en París y que siempre conseguía que acabara comiéndola a besos, y se habría marchado a trabajar, a ayudar a alguna compañera de fin de semana.

Resoplo, tratando de acomodar la rabia, la culpabilidad y la puta impotencia dentro de mí, y muevo la cabeza hasta que mi mirada se clava en el cielo, parapetada tras mis gafas de sol. Nada está saliendo como esperaba.

Las horas pasan y no hay rastro de Mia. Las terrazas de los bares frente al mercado comienzan a llenarse de gente del barrio y de toda la ciudad, dispuesta a tomar el sol y una cerveza como Dios manda, nada de mierdas de aguacate.

Miro mi reloj de pulsera. Es casi la una. Recuerdo que he quedado con Rebe y los demás. No quiero moverme de aquí, pero estoy seguro de que ellos sabrán algo de Mia y yo necesito información.

Echo a andar de nuevo y, diez minutos después, estoy en el centro de Lavapiés, esquivando autóctonos y turistas, que llenan el vecindario igual que llenaban el de La Latina. Solo tengo que caminar un par de calles hasta llegar al bar de Pepe. Es un sitio de los de toda la vida y al que nos acostumbramos cuando Lucas se mudó aquí en segundo de carrera. La comida está buena, el precio se adaptaba a lo pelados que iban siempre cuatro universitarios y Pepe nos daba vidilla dejándonos que nos tomásemos la última mientras él hacía la caja, con la única condición de que le recogiéramos la mesa y le subiésemos todas las sillas.

—Hola —me saluda Rebe, sentada a una de las mesas en la terraza.

—Hola —respondo, acomodándome a su lado.

—Has liado una buena —comenta Lucas, dejando cuatro botellines de Mahou sobre la mesa, con su tono de *Be water, my friend* que nunca lo abandona, aunque es más que obvio que está enfadado conmigo y haciendo un esfuerzo enorme por comprenderme al mismo tiempo.

No respondo. ¿Qué coño se supone que debo decir? La he liado pardísima y ahora estoy demasiado preocupado por haberle hecho todo ese daño a la chica más especial del mundo. Y estoy cabreado y me siento culpable y miserable y… joder.

—¿Qué hace este aquí? —pregunta Marcelo, ocupando una de las sillas con el logotipo de Schweppes.

—Este tiene nombre —farfullo, malhumorado.

—Este es un auténtico gilipollas —replica Marcelo, en absoluto arrepentido ni por el primer ni por el segundo «este» ni por el cariñoso adjetivo.

—Marcelo… —trata de calmarlo Rebe.

Entorno los ojos y tenso la mandíbula. Después de los días que llevo, no estoy para aguantar las estupideces de nadie.

Marcelo me responde quitándose las Ray-Ban de aviador de un golpe e, ignorando la única palabra de nuestra amiga, se inclina sobre la mesa, acercándose a mí.

—A mí no me mires así —me deja claro—. No te va a funcionar, porque, por muy guapo que seas tú y por mucho que me vayan las pollas a mí, no voy a olvidar lo que le has hecho a Mia.

—Que te jodan —gruño.

No necesito que nadie me recuerde lo que he hecho. Maldita sea, lo tengo clarísimo.

—Eso a ti, cariño —sentencia, volviéndose a dejar caer sobre la silla—. Te lo mereces muchísimo.

—¿Por qué no nos tomamos las cervezas y relajamos los ánimos? —vuelve a interceder Rebe.

Marcelo y yo la miramos durante unos segundos, y parece que los dos recapacitamos a la vez sobre la misma idea: si queremos volver a poder estar juntos, tenemos que serenarnos un poco. Además, qué coño, tiene todo el derecho a estar enfadado conmigo.

Cautos, cogemos nuestros botellines y le damos el primer sorbo en un extraño silencio.

Todo parece que va acomodándose en su lugar… pero yo no puedo más.

—¿Cómo está Mia? —planteo en un golpe de voz, con la urgencia saturándola, apartando la cerveza e inclinándome sobre la mesa—. No está yendo al trabajo. Apenas sale de casa. ¿Cómo está? —repito con más vehemencia, sin haberles dado siquiera tiempo a contentar la primera vez.

—Nico… —insiste en serenarme Rebe.

—Esto es la hostia —masculla Marcelo, indignado.

—Déjate de estupideces —le advierto—. Necesito saber que está bien.

—Pues no lo está, imbécil —contesta el aludido—. ¿Cómo se te ha pasado por la cabeza que podría estarlo? La has dejado sin darle ninguna explicación, solo diciéndole que era lo mejor…

—¡Porque era lo mejor! —lo interrumpo, y no puedo evitar sonar desesperado.

—¿Para quién? —continúa sin piedad—. ¿Para ti? ¿Para que puedas tirarte a otra sin sentirte culpable?

—Las cosas no son así —rujo, demasiado enfadado, demasiado acelerado—. No tienen nada que ver con eso.

—¡Está enamorada de ti!

—¡Y yo lo estoy de ella! —grito sin pensarlo, hablando desde las costillas.

En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento de haberlas pronunciado, de haberlo hecho en voz de alta, delante de ellos, pero, sobre todo, delante de mí, porque ya nunca más podré decirme que son mentira.

—*Merde* —siseo entre dientes, levantándome sin ninguna delicadeza y arrastrando la silla hacia atrás en el movimiento.

Clavo la mirada en el interior del bar y camino decidido hacia allí. Alcanzo la barra, pero en el fondo solo quiero seguir caminando, huir, bajarme de la puta Tierra. Me llevo la palma de la mano a la cara y acabo pasándome las dos por el pelo. ¿Qué estoy haciendo? Las cosas no deberían ser así. Yo rompí con ella. Sé por qué lo hice, que es la mejor decisión. ¿Entonces? ¿Qué demonios me pasa?

—Nico —la voz de Lucas me trae de vuelta a la realidad.

Lo miro y, al cabo de un segundo, me encojo de hombros, porque no tengo nada que decirle. No sé qué me está pasado. No sé por qué no puedo dejar de pensar en Mia, por qué necesito saber que está bien, que tiene todo lo que necesita, que es feliz. Yo solo quiero que sea feliz.

—¿Por qué lo has hecho? —inquiere, y es más que obvio que se refiere a la ruptura—. Aún estás enamorado.

—Claro que lo estoy. Nunca voy a dejar de estarlo.

La frase asusta demasiado de demasiadas maneras, pero es la pura verdad.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —insiste, desesperado por poder entenderlo.

—Porque es lo mejor —contesto, y otra vez sueno al límite—. Sé que desde fuera puede ser complicado comprenderlo y parece que solo soy un cabrón egoísta que lo que quería era largarse con otra, pero romper era lo mejor, para Mia y para mí. Y ahora lo único que me importa es saber que ella está bien.

Lucas me mira y, por primera vez, el enfado y la incomprensión se transforman en empatía, como si acabase de comprender que puede que quien lo haya dejado haya sido yo, pero el corazón se nos ha roto a los dos.

—No lo está —responde, sincero—. Se pasa el día llorando, tratando de entenderlo.

Joder. Joder. Joder.

—Tengo que irme —le anuncio, dejando que mi parte impulsiva gane a todo lo demás.

Sin dudarlo, salgo del local, desoyendo todas las veces que Lucas me llama. Cuando mi mente va más rápido de lo que mis piernas marcan, echo a correr y, tras cinco minutos, estoy de vuelta en La Latina.

Espero durante horas frente a nuestra casa, pero Mia no sale.

Tampoco el domingo.

*

—Buenos días —me saluda Alma, colocándose a horcajadas sobre mí.

Abro los ojos con dificultad, apenas he conseguido dormir esta noche.

—Antes de que me folles como un animal aquí o en la ducha… o aquí y en la ducha… —añade, y se le escapa una sonrisilla descarada que despierta mi cuerpo.

«El placer es la mejor manera de evadirse —me dice una vocecilla— Fóllatela y olvídate de todo.»

—… tenemos que hablar —asevera.

Tuerzo el gesto, contrariado.

—No me apetece hablar.

—Pues vas a tener que hacerlo —replica.

Imagino que tiene algo así como un millón de preguntas. No es que esté siendo precisamente comunicativo y, además, estos últimos días, con todo lo de Mia, tengo la cabeza en mil sitios a la vez. Es lógico que se haya dado cuenta de que algo pasa y quiera saber.

—¿De qué quieres hablar? —cedo.

—Tenemos que planear el fin de semana. Tengo pensadas un montón de cosas que podemos hacer juntos —me asegura, alzando suavemente las manos.

Por un momento, me quedo aturdido. Creo que ese era el último comentario que esperaba oír. Antes… Mia… ella siempre sabía cuándo algo no andaba bien y me hacía hablar hasta que me lo sacaba de dentro. Frunzo el ceño levemente, pero lo disimulo rápido. El cambio es bueno, ¿no? A mí no me gusta hablar de cómo me siento y, si lo hacía, era por su insistencia… aunque lo cierto es que siempre conseguía hacerme sentir mejor. Resoplo mentalmente, supongo que tengo que alegrarme de poder quedarme dentro lo que tengo dentro.

—Un amigo va a hacer una exposición de fotografía yuxtapuesta en una sala muy chula, del barrio, y también hay un certamen de poesía en el bar donde estuvimos anoche… —continúa, con la vista al frente, tratando de recordar todos los planes posibles—. Ah, y una cata de cervezas ecológicas. ¿Has probado la de aguacate? Es una pasada.

Una sonrisa desdeñosa se cuela en mis labios, pero no es para ella, es para mí mismo. El universo tiene un sentido del humor de lo más particular.

—¿Cómo era eso de follarte como un animal…? —dejo en el aire, cambiando descaradamente de tema al tiempo que me incorporo y tiro de ella, dejando su boca muy cerca de la mía.

Follar. Dejar de pensar. Me apunto a eso.

—No me distraigas —se queja, pero es más que obvio que está encantada.

—No te estoy distrayendo, me estoy centrando en lo importante —sentencio, besándola con fuerza, dejándola caer contra el colchón y tumbándome encima.

Follar. Placer. Nada más. Mi vida sigue siendo mía.

*

En el ascensor del trabajo, bueno, siendo sinceros, en el trayecto en metro, bueno, siéndolo un poco más, mientras me duchaba, me he convencido de que tengo que tomarme con tiempo todo lo que está pasando y, sobre todo, darle todo el que necesite a Mia. Sé que, al final, entenderá que lo mejor es estar separados.

Sin embargo, esa idea autoimpuesta no me dura más que un par de horas y a las once estoy

en el ascensor del periódico, camino de la quinta planta.

En cuanto la redacción digital se abre ante mí, me obligo a tragar saliva y calmarme de una maldita vez. Tengo que hacer las cosas bien o, por lo menos, con cabeza. Así que avanzo despacio, con la coraza de «No pasa nada» puesta.

Pero poco importa absolutamente todo lo que me digo cuando por fin la veo. Mia está sentada a su mesa, trabajando con aspecto triste, incluso cansado. Mueve las manos, abre carpetas, teclea, pero es obvio que no está pasando por su mejor momento. Pasan un minuto, dos, tres, y se queda muy quieta, con la mirada perdida al frente, y tengo la desgarradora sensación de que el mundo se ha emborronado a su alrededor, como si estuviese ocurriendo a una velocidad diferente a la suya mientras ella no puede moverse, sacudirse la pena, el dolor. Una única lágrima resbala por su mejilla y se estrella contra su cuaderno de notas. La prueba perfecta e indeleble de todo lo que está sufriendo.

No puedo más. Joder.

Doy el primer paso, dispuesto a cogerla en brazos y sacarla de aquí, llevarla donde sea feliz, con quien sea feliz, cuando era feliz… y ese «era» duele más que un millón de cuchillos afilados.

No obstante, con ese primer paso, también comprendo que no tengo ningún derecho, que no puedo y que no debería querer poder, porque todo esto es culpa mía, porque yo lo provoqué, porque se suponía que era lo mejor para ambos, ¡maldita sea! Y ese par de realidades, el querer protegerla y el saber que de quien debería protegerla sería precisamente de mí, chocan de frente en mi interior y las dos lo hacen llamándome gilipollas a pleno pulmón.

Enfadado como lo he estado pocas veces en mi vida, giro sobre mis talones y empujo la puerta de acceso a las escaleras con las manos, consiguiendo que se estrelle con violencia contra la pared. Bajo los escalones tratando de tranquilizarme y fracasando estrepitosamente. Ella está mal. Ella está sufriendo. ¡Y todo es por mi culpa!

Antes de que pueda pensarlo con claridad o simplemente pensarlo, le doy un puñetazo a la máquina de *vending*, en mitad del descansillo de la segunda planta. ¡Quería bajarme de la puta montaña rusa! ¡Estar bien! ¡Pero no existe la más mínima posibilidad de que pueda estarlo si ella no es feliz!

Sigo golpeándola cada vez más cabreado y, de pronto, me siento como me sentí de crío, demasiado triste, dolido, culpable y vulnerable… esa puta palabra vuelve a resurgir con más fuerza, ¡arrasándolo todo como un condenado ciclón!

—¡Hostias! —grito.

Me alejo de la máquina con la respiración agitada y los nudillos magullados, con la mente funcionándome demasiado rápido y ella… siempre ella… ella… ella… ella dentro de mí.

—Nena —murmuro, y una solitaria lágrima cae por mi mejilla, mi prueba perfecta e indeleble de todo lo que estamos sufriendo.

Me fuerzo a salir a tomar un poco el aire y, una vez que estoy en mitad de la calle, a tranquilizarme; esa es la versión oficial, la auténtica, me paso veinte minutos con la mirada en el

cielo, pensando en que nunca voy a perdonarme nada de esto, que lo único que quiero hacer es correr a abrazarla.

*

Al dar las ocho, despejo mi mesa de absurdo trabajo de teletipos y aún más ridículo trabajo de traducción y cruzo la redacción para marcharme a casa.

Salgo del complejo del periódico y de inmediato cruzo a la acera de enfrente para alejarme de la masa de compañeros que se dirigen, como yo, a la boca de metro. Hoy no me apetece charlar con nadie.

Apenas he avanzado unos metros cuando algo me pide que gire la cabeza y eche un último vistazo a la puerta. Obedezco y, entonces, la veo, a Mia, salir del edificio y, como ha pasado en la redacción, aunque pretende que no haya nada malo en la fotografía que forma, sé que no está bien. Camina con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, saluda con una tenue sonrisa y continúa andando. Es más que obvio que ella tampoco quiere encontrarse con nadie, pero, cuando solo se ha alejado unos pasos, otra de las redactoras, una de Nacional amiga de Rebe, no recuerdo cómo se llama, acelera el ritmo para alcanzarla. Empieza a hablarle. Mia responde con monosílabos, tratando de aligerar la conversación, pero la mujer no deja de preguntar, de comentar. Mia fuerza la despedida a la vez que reanuda la marcha, pero la otra la agarra del brazo, reteniéndola. Aprieto los dientes. Déjala en paz, joder.

Mia intenta zafarse, alejarse. La redactora continúa machacándola; no hace falta ser un lince para saber que le está preguntando por nosotros, por lo que ha pasado. Mia es incapaz de ser desagradable, ni siquiera con alguien que claramente se está ganando a pulso que lo manden a paseo. La noche que hablamos por primera vez de verdad, cómo tuve que quitarle de encima a aquel baboso de mierda, acude a mi mente como si fuese un viejo proyector.

La mujer sigue hablando. Mia hace un nuevo intento de soltarse, pero la otra reacciona rápido y, tomándola por sorpresa, la abraza con fuerza. El gesto desmonta a Mia, que se queda muy quieta, con las emociones golpeándole en todos los sentidos, y todo mi cuerpo se pone en guardia, sintiendo cómo ella no quiere estar ahí, cómo solo desea desaparecer.

Desaparecer. Mia es la chica más maravillosa del universo. Lo último que debería querer es desaparecer.

Al fin consigue liberarse, y se despide todo lo veloz que es capaz antes de que pueda decirle nada que la obligue a quedarse un solo segundo más. Echa a andar, nerviosa y acelerada, dobla por la primera calle que le da la oportunidad y, en cuanto se siente a salvo de miradas, se deja caer contra la pared y rompe a llorar bajito, más triste de lo que jamás la he visto.

Observo la escena inmóvil, con la rabia afilada y puntiaguda saturando cada uno de mis huesos, rememorando cada segundo de mi pelea con la máquina de *vending*, notando cómo la

montaña rusa no solo no deja de bajar, sino que se está precipitando al más profundo de los abismos.

Antes de que el pensamiento sea una idea, antes de que mi cerebro pueda recordarme lo que puedo permitirme querer y lo que no, mi corazón toma el mando. Corro hasta ella, cruzo la calle, la cojo de la muñeca y la estrecho contra mi cuerpo, abrazándola con fuerza.

Protegerla del mundo.

Cuidarla siempre.

Eso es lo único que deseo.

En el primer segundo, Mia trata de resistirse, forcejea, pero, en el segundo, un sollozo infla su pecho y rompe a llorar sin poder controlarlo.

Apoya su cabeza en mi pecho y yo hundo mi nariz en su pelo y lo beso, luchando a brazo partido para llevarme todo su dolor, con esa única idea funcionando como motor de mi corazón, haciéndolo latir más y más deprisa.

Sin soltarla un solo segundo, miro a la calzada y alzo la mano para detener un taxi que se acerca a un par de manzanas.

La meto en la parte trasera del coche prácticamente también sin alejarla de mí y, en cuanto yo hago lo mismo, la siento en mi regazo. Mia vuelve a dejarse abrazar y, mientras mis manos rodean su cintura, ella hunde su preciosa cara en mi hombro, sin parar de llorar bajito.

Calle a calle, el taxi avanza sin canciones en la radio, sin charlas con el conductor sobre el tiempo, solo con mis dedos acariciando su cadera, tratando de tranquilizarla, solo con su mano agarrando con firmeza la solapa de mi abrigo. Y, poco a poco, ella va calmándose mientras nos deslizamos en la noche y en Madrid, callados, tristes, dejando que nuestros corazones curen lo que nosotros no sabemos curar.

Al notar que el coche se detiene, Mia se separa despacio. Por inercia, por instinto, no lo sé, busco su mirada, pero ella no me deja atraparla. Va a bajarse de mi regazo, a alejarse por completo, y es en ese instante exacto en el que cada pedazo de mi cuerpo protesta y se resiente como si ella fuese mi medicina, mi aliento y mi derecho a huelga. Alzo la mano, acaricio su mejilla y mis dedos se esconden bajo su pelo, deseando ser infinitos para tocar y tocar más centímetros de su piel.

La miro a los ojos, de verdad, y ella me mira a mí, como las personas se miran cuando una mirada vale más que cualquier palabra. Mi respiración se acelera y siento que quiero decirle un millón de cosas diferentes, tantas que las palabras se agolpan en mi garganta luchando por salir, impidiéndome pronunciar ninguna.

Ella me observa con los ojos grandes y desolados y sé que también tiene muchas que decirme, pero también que se está prohibiendo hacerlo. Y eso me hace sentir ruin y miserable.

Escapar. Huir. Eso deseaba. Entonces, ¿por qué ahora esos dos verbos parecen una puta pesadilla?

Finalmente, Mia también mueve su mano, aparta la mía. Mi cuerpo y mi corazón vuelven a

llamarme gilipollas mientras dejo caer mis dedos, que llegan, inertes, al asiento, y Mia sale del vehículo.

Tardo un segundo de más en reaccionar. Cuando por fin lo hago, levanto el cuerpo ligeramente, impulsándome con los pies contra el suelo del taxi, saco un par de billetes del bolsillo de los vaqueros y se los entrego al conductor para bajarme inmediatamente después.

Mia camina en dirección a nuestro portal. Abre sin mirar atrás, pero, cuando está a punto de entrar, cruzo la distancia que nos separa, interceptándola. ¿Por qué lo hago? Me gustaría poder decir que tengo una respuesta a esa pregunta, incluso que la tengo pero no quiero dárosla, pero es que no lo sé. No quiero que se vaya… no así.

—Mia —la llamo, y mi cerebro tiene que hacer el esfuerzo de reorganización más grande de la historia para no pronunciar un «nena».

Ella da una bocanada de aire sin ni siquiera llevar su vista hacia mí y guarda silencio.

—¿Estás bien? —inquiero.

¿Pregunta estúpida? De primer puesto en un campeonato interplanetario, pero necesito desesperadamente escuchar un sí, y puede que tenga muchas dudas, que ni siquiera pueda explicar con palabras coherentes el noventa por ciento de lo que ha pasado en la última hora, en la última semana, pero no lo hago por egoísmo, no es por poder marcharme con la conciencia tranquila al lado de Alma. Por muy de hijo de puta que suene, Alma ni siquiera es una parte de la ecuación ahora mismo. Necesito que Mia esté bien, porque, si no, es imposible que yo pueda estar próximo a plantearme estarlo.

Pero Mia no responde. Solo vuelve a suspirar, con el aliento entrecortado, y se gira una vez más para entrar.

Y yo, que podría hacer muchas cosas, otra vez dejo de pensar, muevo las manos y la cojo por la muñeca, obligándola a darse la vuelta. El contacto es brutal, aún más que cuando la he abrazado en la calle, que cuando la he sentado en mi regazo en el taxi, que cuando le he acariciado la mejilla, porque es más desesperado; el tiempo se me está acabando. Mia reacciona brusca, acelerada y, más que nada, enfadada, y, así, se aparta de mí, como si mis manos en su piel le quemasen. Y eso, joder, eso es lo peor de todo.

Da un paso atrás y, con toda esa valentía que adoro, alza la cabeza y me mira directamente a los ojos, sin esconderse, sin huir, y lo que veo en su increíble mirada me fulmina hasta dejarme KO. Está herida, está triste y me odia.

«Tienes lo que te mereces, gilipollas.»

Alzo las manos con la única idea de volver a abrazarla, pero su mirada y mi sentido común me recuerdan que es algo que no me puedo permitir y las bajo con la palabra *desahucio* tatuada en mi movimiento, y duele y me vuelve loco, porque es ella; tocarla era mi religión y ahora ya no tengo nada.

Mia también lo siente, también le duele, y todas sus emociones se recrudecen en sus ojos castaños.

—Mia… —susurro, con la voz ronca.

—Nico, márchate —me pide, interrumpiéndome—. No quiero volver a verte nunca.

Sin darme opción a decir nada, a hacer nada, entra en nuestro edificio y desaparece escaleras arriba.

Mi cuerpo se prepara para dar el primer paso y salir tras ella. Mi mente me mantiene inmóvil, atado al sitio. Y mi corazón late con tanta fuerza que temo que vaya a escapárseme del pecho. Cuerpo. Cabeza. Corazón. ¿Por qué solo cuando la tenía entre mis brazos sabían respirar al unísono?

*

Me gustaría poder decir que las cosas, al día siguiente, acontecen de forma diferente o, al menos, que consigo mantenerme alejado de Mia, pero soy incapaz. La busco en el trabajo y solo regreso a mi mesa cuando me aseguro de que ella está en la suya.

También la espero a la salida, en la acera de enfrente, para asegurarme de que llega a casa sana y salva.

Y todo se repite día tras día.

Al final de cada jornada, Mia se despide de sus compañeros lo más deprisa que puede y camina con la cabeza baja hasta casa. Nunca coge el metro ni tampoco un taxi, solo se pierde por Madrid.

Y cada noche, cuando llego a casa de Alma, soy como una especie de robot. Ella me habla, se ríe, pero yo no siento nada y el sexo se convierte en la única válvula de escape, sexo que es placer y nada más. El mundo nunca deja de girar. Nunca necesito más. Nunca tengo la necesidad de abrir los ojos rápido para verla sonreír debajo de mí.

Antes de que me dé cuenta de ello, han pasado dos semanas desde que me dijo que no quería volver a verme.

El miércoles estoy esperando a que Mia salga. Hay un grupo de redactores que se han quedado rezagados en la puerta del complejo, charlando de tonterías antes de despedirse definitivamente.

Debo de llevar allí unos diez minutos cuando ella aparece. Se para a hablar con una chica, solo un puñado de segundos, y continúa caminando. Me preparo para hacer lo mismo, pero, entonces, una voz la llama, un tío la llama.

Mia se gira, él se acerca a ella. Le dice algo, no puedo oír el qué, pero ella sonríe. Le sonríe a ese tío, joder. Mi cuerpo se tensa de golpe y cada uno de mis huesos y mis músculos se preparan, como si estuviera a punto de tocar la campana de la pelea de mi vida.

Mi móvil empieza a sonar en el bolsillo de mi abrigo. Lo saco, veloz. Miro la pantalla. Es Alma. Desvío la llamada al buzón de voz sin ni siquiera necesitar pensarlo dos veces.

Él sigue hablando. Mueve las manos. Está más que claro que está intentado agradarle, sacarle

una nueva sonrisa.

Cierro los puños con rabia junto a mis costados por puro instinto, antes incluso de que mi mente mande el impulso eléctrico a mis manos.

Maldita sea.

El tío le pregunta algo. Mia niega con la cabeza, pero no se marcha. Él insiste y ella se encoge de hombros al tiempo que sonríe, otra puta vez. ¿Qué coño le está pidiendo ese cretino? ¿Una cita?

Joder. Joder. Joder.

Por fin se despiden y Mia reemprende el camino. No lo dudo y, con un enfado monumental agujereándome las costillas, echo a andar también. Cruzo la calzada y, sin darme oportunidad a pensar, no quiero, la tomo de la muñeca y la obligo a girarse.

Nunca había estado tan furioso. Nunca había estado tan acelerado. Nunca había estado tan asustado.

—¿Quién es ese tío?

Estoy tan cabreado, tan celoso, que no puedo controlarme.

—Y, a ti, ¿qué te importa? —me espeta.

Y tiene razón, ¿a mí qué me importa ya?, pero es que me importa, en un sitio muy adentro y muy oscuro, un sitio que descubrí que tenía la primera vez que la vi llorando.

Otra vez no lo pienso, no puedo más, y otra vez no quiero y me odio por no querer querer, y la beso con fuerza, llevándola contra la pared, y un millón de momentos llenos de pura magia entre los dos explotan delante de mí: cómo cantaba todas las mañanas frente al espejo mientras se secaba el pelo, usando siempre el mismo cepillo como micrófono; el olor de su pelo; cómo ronroneaba, buscándome para acurrucarse junto a mí y dormirse en el sofá; cómo me miraba y cómo se sonrojaba, a pesar de llevar cinco años juntos, cuando la pillaba.

He sido un estúpido que no ha sabido verlo, que ha pensado que eso era lo común de una relación, sin darme cuenta de que teníamos lo más especial del universo, pero ya es tarde, ¿no? Yo ya tomé una decisión.

11

Mia

Sentir sus labios contra los míos es el mejor de los bálsamos, aunque, en realidad, ese adjetivo se queda demasiado corto, demasiado plano, demasiado todo; ni siquiera compararlo con la ambrosía sería suficiente, pero da igual y lo da al mil por mil, sin dudar, porque él es Nico, porque me ha hecho daño, ¡porque rompió todo lo que teníamos!

Lo empujo y, en cuanto lo aparto, lo abofeteo, cruzándole la cara. Nico resopla, con un huracán de emociones asolándolo por dentro. Gira el rostro, despacio, y sus ojos azules, salvajes, vuelven a encontrarse con los míos.

Estoy furiosa. Estoy dolida. Pero también hay algo así como un millón de sentimientos a los que no sé cómo enfrentarme solo porque es él quien está frente a mí.

—Mia… —me llama con la voz ronca, trabajosa.

«No lo dejes seguir. No le dejes que vuelva a tocarte… o caerás.»

—No —lo interrumpo, obedeciéndome a pies juntillas, esforzándome sobremanera en mantener mis defensas arriba. Las necesito más que nunca—. No te atrevas a volver a hacerlo.

Nico me mantiene la mirada con todos los sentimientos a flor de piel y me percato de que ahora mismo no soy la única que está haciendo malabarismos con el «quiero», el «debo» y todo el deseo.

Por Dios, solo hemos necesitado un puñado de segundos para que todo sea así de intenso o quizá es que jamás ha dejado de serlo. En cualquier caso, solo es una prueba más de que no puedo quedarme. No puedo seguir un instante más con él o le acabaré suplicando por más besos, y no me lo voy a permitir. No quiero.

Lo esquivo bajo su atenta mirada y echo a andar, casi a correr, hasta el borde de la acera, alzando la mano para parar un taxi. «Vamos, vamos», rezo a la divinidad que dirige la movilidad de la ciudad de Madrid, que, no sé, en este momento debe de ser Deadpool con un mal día, porque no aparece un solo coche cuando normalmente llegan a pares.

Nico sigue a mi espalda, observándome, conteniéndose, luchando, con su cuerpo destilando rabia, tensión, y las sacudidas de las ganas, del destino, tirando del uno contra el otro una vez más.

Sé que no debería, pero, en mitad de toda esta locura, algo me pide que, por favor, me gire y lo mire, y, aunque mi sentido común me suplica que no lo haga, sigo a esa vocecita y me vuelvo, y nuestros ojos conectan de nuevo y el vínculo que nos une se despierta, cegador.

«Sálvate, Mia. Sal de aquí.»

Reúno toda mi fuerza de voluntad y rompo el hechizo. Por fin, un taxi aparece calle arriba. Lo llamo con la mano y se detiene frente a mí. Tengo que escapar de Nico, de todo lo que siento por él. Quiero seguir enfadada. ¡Tengo derecho a estarlo!

—Mia —vuelve a llamarme, saliendo tras de mí.

—No —respondo, deteniéndolo en seco cuando aún está a unos pasos.

Nico se queda quieto a regañadientes, con el cuerpo preparado para dejar de estarlo y la impulsividad marcando cada hueso de su cuerpo, como si todo lo que le hace ser un animal imprevisible e indomable, justo aquí, justo ahora, brillase con más intensidad que nunca.

Y, ¡maldita sea!, ¿por qué eso tiene que hacerlo parecer más atractivo que nunca? Santo cielo, estoy tarada.

—No —repito, y mi voz, en esa única palabra, se vuelve más desolada, porque, al final, da igual todo lo demás: es Nico y estoy enamorada de él como una idiota—. No tienes ningún derecho —sentencio.

Puede que lo quiera, puede que sea el chico más guapo del mundo, que me muera por que vuelva a tocarme, pero no pienso perdonarle todo el daño que me ha hecho.

Giro sobre mis talones para montarme en el taxi, pero, justo antes de hacerlo, con la puerta ya abierta, tengo la necesidad de decir algo más, como si las palabras estuviesen quemándome en la garganta. Me vuelvo, despacio, y alzo la cabeza porque, a pesar de todo, de lo tonta que me siento a veces por seguir queriéndolo, no tengo nada de lo que esconderme.

Nico atrapa mi mirada de inmediato y la intensidad se multiplica por mil.

—No soy tan fuerte, ¿sabes? —pronuncio, y no puedo evitar encogerme de hombros, con el gesto triste, porque una parte de mí siente que esas palabras son una disculpa, pero no para él, sino para mí.

Los ojos de Nico se bañan en algo parecido a la confusión, pero también en esa especie de revelación que alcanzamos cuando descubrimos que lo que creíamos que era negro resulta ser blanco.

Esa mirada despierta demasiadas preguntas, pero ahora mismo no puedo quedarme a pronunciar ninguna.

Desoyendo todo lo que me piden mi cuerpo y mi corazón, me monto en el coche y le digo al taxista que arranque, sin dirección, solo para poder huir de todo lo que quiero.

En cuanto pongo los pies en mi apartamento veinte minutos después y la puerta se cierra a mi espalda, me apoyo sobre ella, con el corazón latiéndome como si acabase de correr la San Silvestre vallecana.

Trato de respirar, de calmarme, pero la chispa que sus manos y sus labios han prendido en mi piel es imposible de ignorar. Mi cuerpo no sabe no sentir si Nico está al otro lado. Resoplo y me guardo el pelo detrás de las orejas. Me obligo a incorporarme y a caminar hasta el pequeño salón, porque ese trozo de madera representa a Nico, a todo lo que no puedo permitirme desear.

Mi teléfono comienza a sonar en el interior del bolso que llevo cruzado y parece que me han sacado de un sueño. Lo cojo deprisa, sin mirar y sin pensar, y en la décima de segundo antes de decir «Hola» tengo un ataque de pánico exprés, porque, ¿qué demonios voy a hacer si es él?

No debería haber respondido o, al menos, tendría que haber mirado antes la pantalla. «Si algún genio de la informática inventó la identificación de llamadas fue para simplificarnos la vida… úsala, maldita idiota.» ¿Qué le digo? ¿Qué hago? ¿Qué pienso? ¿Qué siento?

—Mia —me llama Rebe al otro lado de la línea al ver que no respondo.

Suelto el suspiro de alivio más grande de la historia, incluso cierro los ojos, agradecida de que no sea Nico. No os confundáis, el problema no es que sea él o no quien llame, lo difícil es cómo debo sentirme, y no me he equivocado eligiendo las palabras. Tengo clarísimo que la teoría dice que tendría que echarlo a patadas, pero la práctica es cruel, jodida e infinitamente más complicada.

—Hola, ¿cómo va? —respondo, forzando a las palabras a atravesar mi garganta.

—Acabo de hablar con Sonia. —Otra de las redactoras de digital.

Sé cómo me siento. Estoy enfadada. Debo estarlo. Eso es lo que tengo que sentir, pero, entonces, ¿por qué condenada razón no puedo dejar de revivir el beso una y otra vez?

—Y vamos a salir con Lucía y con Vega a tomarnos algo —continúa—. ¿Te apetece venir…?

—Sí —contesto antes siquiera de que pueda formular la invitación.

Sé que Rebe sonríe, casi ríe, sorprendida.

—A eso le llamo yo ser una chica decidida.

—¿Dónde quedamos? —indago para concretar, pero, más que nada, para cambiar de tema. Cortar todas las vías de conversación que lleven a «Nico me ha besado» me parece lo más inteligente.

—Te recojo a las diez —me informa.

Asiento, pero me doy cuenta de que no puede verme.

—Perfecto —sentencio.

Me quedo callada, porque estoy tan nerviosa que no sé qué decir. ¡Nico me ha besado! ¡Maldita sea! ¡¿Por qué?! ¡Me dejó! El cabronazo, capullo y arrogante me dejó. Resoplo, tratando de contener las lágrimas, y me doy cuenta de la línea tan increíblemente fina que separa el odio visceral del amor descontrolado.

—Mia, ¿estás bien? —inquiere Rebe.

Siempre ha sido superintuitiva.

—Sí —afirmo, y otra vez lo hago todo lo rápido que soy capaz, para evitar cualquier tipo de sospecha. Espero que funcione—. Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé —replica, perspicaz—, suenas un poco rara.

—Estoy cansada —excusa universal—. Solo es eso.

—Como tú digas —zanja el tema, pero ese tonillo suspicaz sigue ahí. Nos conocemos

demasiado bien.

Un par de minutos de conversación después, me despido y cuelgo. Decido que necesito fabricarme mi propio subidón de adrenalina, así que corro hasta los altavoces para el móvil que tengo en el salón, conecto el teléfono y abro Spotify. Busco mi lista de canciones que me ponen de buen humor —si no tenéis una, deberíais hacérosla— y, un segundo después, *The one I want*, de Electric Nana, comienza a sonar a todo volumen.

—¿Qué más? ¿Qué más? —me pregunto a mí misma, mirando a mi alrededor.

Chasqueo los dedos en cuanto lo veo claro. Voy hasta la cocina y abro un paquete de Oreos, mis galletas favoritas. Le doy un bocado a la primera y me obligo a moverme al ritmo de la música, dejando que cada vez más mis pies y mis caderas marquen el ritmo.

—Está funcionando —suelto con una sonrisa.

Corro hasta mi armario, lo abro de par en par y le presto toda mi atención a la ropa. El plan es sencillo pero efectivo: cantar a pleno pulmón, atiborrarme de chocolate y probarme vestidos. Pienso crear endorfinas en grupos de mil unidades.

Nico se acabó. Pienso ser feliz sí o SÍ.

¡A cantar!

Más o menos una hora después, me decanto por mi vestido favorito: uno negro, hasta la rodilla, con vuelo en la falda, sin escote pero con la espalda descubierta. No es de un diseñador famoso, ni siquiera de esta temporada, pero, cada vez que me lo pongo, me veo guapa, y eso me hace sentir valiente, sé que me entendéis.

Número de minutos dedicados a pensar en Nico: cero. Estoy superorgullosa.

Bajo antes de la hora. Estoy ansiosa por estar con Rebe y las chicas, bailar y tomarme una copa. Incluso estoy dispuesta a pasar de mojitos y beberme algo más fuerte, algo de tía dura, como vodka solo o whisky con hielo.

—¡¿Lista, Mia Nieto?! —me pregunta Rebe, gritando y ceremoniosa, una combinación bastante peculiar y difícil de conseguir, asomando la cabeza por la ventanilla del taxi, donde también está montada Sonia.

Sonrío de oreja a oreja y camino prácticamente dando saltitos hasta el coche.

—Tenemos que correrno s una juerga de las buenas —anuncio.

Las chicas me jalean y vitorean, y rompo a reír.

—¡Esa es mi chica! —proclama Rebe.

Pienso pasármelo de cine.

*

Tardamos algo así como quince minutos en llegar a la discoteca de moda en mitad de la zona de moda nocturna de Madrid. Conocemos al portero, amigo de un amigo de la facultad, así que nos ahorramos la cola y los veinte euros de la entrada.

—¿Nos tomamos una copa? —propongo en cuanto accedemos al interior del local y *Me quedo*, de Aitana y Lola Índigo, me recibe; no podría haber una canción mejor.

Las chicas, Lucía y Vega, que ya se han unido a nosotras, asienten entusiasmadas y nos abrimos camino hasta una de las barras.

—¿Qué queréis? —pregunta Sonia, dispuesta a encaramarse al mostrador en busca de la atención del camarero y vérselas con las decenas de personas que también quieren beber.

Tardo un segundo de más en prestarle atención, embobada con los enormes murales que decoran todo el local. Son *collages* gigantescos, cada uno de una estrella de la historia de la música, como Freddie Mercury, Bob Dylan o Antonio Vega.

—Yo, un Havana con cola —apunta Rebe—, y para Mia, un moji…

—No —la interrumpo antes de que haya acabado de pronunciar el nombre del cóctel—, mejor un… un… —pienso y repienso, ¿qué demonios pido?—… un Johnnie con cola.

Mi elección hace que Rebe clave sus ojos en mí con el ceño fruncido de pura confusión.

—¿Estás bien? —inquiere.

Asiento, veloz. Seguimos con la técnica de la rapidez para no levantar sospechas.

—¿Segura? —insiste—. Nunca te he visto beber nada con alcohol que no sea un cóctel hasta arriba de azúcar, y nos conocemos desde hace seis años —concreta, para dar más énfasis a su teoría.

Me encojo de hombros, buscando restarle importancia.

—Es bueno cambiar de vez en cuando —me justifico.

Rebe continúa observándome al tiempo que tuerce los labios con una mezcla de diversión y un poco de la perspicacia de antes.

—Como quieras —concluye al fin, y claramente me está dando el poco de cuerda que necesito.

«Gracias, amiga.»

*

Empezamos a bailar y, como siempre, la música cumple su perfecta misión y comienzo a sentirme realmente bien. Tres canciones cantadas a pleno pulmón y sin ningún tipo de talento después, me doy cuenta de que ni siquiera he necesitado el alcohol. Aún no he probado mi copa.

Tras dos temas más, Rebe agita la mano en señal de rendición, como si le estuvieran fallando todas las fuerzas de su cuerpo.

—Necesito un descanso —comenta, exhausta.

Vega asiente, tan necesitada como ella.

—Claro —le concedo, con una sonrisa y la respiración trabajosa.

Caminamos de vuelta a la barra, donde Lucía está custodiando nuestras copas y hablando con un amigo que se ha encontrado o, al menos, eso es lo que nos ha dicho; yo creo que ha quedado

con él en una de esas no-citas.

Las tres le sonreímos sin acercarnos demasiado para dejarles intimidad y recuperamos nuestras bebidas.

Todo va bien. Genial.

Número de minutos dedicados a pensar en Nico: cero. Estoy todavía más orgullosa.

Y todo va así hasta que le doy el primer sorbo a mi copa. Es Johnnie con cola. Nico bebe Johnnie con cola. De pronto un millón de recuerdos acuden a mi mente y son un millón de recuerdos de un millón de besos, porque así sabían sus labios, al sabor dulzón y amargo del licor, a la chispa del refresco, a risas con amigos en un bar, a canciones, a bailar, a pasarlo tan bien con tu gente que solo con recordarlo sonríes.

—¿Estás bien? —me pregunta Rebe por tercera vez en lo que llevábamos de día, sacándome de mi ensoñación.

Asiento, aturdida, para volver a hacerlo más rápido inmediatamente después, aunque también más confusa y enfadada. ¿Por qué tengo que sentirme así? ¿Por qué tuvo que dejarme? ¿Por qué tuvo que besarme?

Número de minutos dedicados a pensar en Nico: dos y subiendo como un cohete a reactor desbocado y sin frenos. Estoy bien jodida.

—Mia… —está a punto de insistir mi amiga.

—Salgo un momento —la interrumpo, ya echando a andar—. Necesito un poco de aire fresco.

—¡Te acompaño! —se ofrece, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música.

—No hace falta —grito yo también, volviéndome un momento, ya en mitad de la multitud que abarrota la pista.

Mirando al frente, corro hasta la puerta —bueno, todo lo que se puede correr en un local hasta la bandera— y al fin llego a la salida.

En cuanto piso la acera, siento cómo el enfado me recorre desde los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza. ¡Estoy muy cabreada! ¡Maldita sea! Todo es por su culpa y tengo derecho a poder olvidarlo, a no pensar en él nunca, jamás, si no es lo que quiero y, maldita sea (otra vez), no es lo que quiero.

—Hola —me saluda una voz.

Desconecto un segundo de mi monumental cabreo y miro a mi derecha justo a tiempo de ver a un chico, más o menos de mi edad, con la corbata aflojada, la chaqueta en una mano y una copa, que no parece la primera, en la otra, apoyarse en la pared a mi lado, invadiendo mi espacio personal, lo que me obliga a moverme a mí.

—Hola —respondo por cortesía, aunque, ahora mismo, no tengo el más mínimo interés en mantener ninguna conversación.

Clavo la vista en el suelo y me concentro de nuevo en mi enfado. Literalmente, estoy hirviendo en mi propia rabia.

—¿Qué tal estás? —pregunta, y finjo no oírlo, aunque tampoco me da tiempo a responder—. Yo, ahora, de maravilla.

—Eres muy amable —digo, tratando de que mi voz suene firme y serena—, pero quiero estar sola, gracias.

Un segundo de silencio. Solo uno.

—Vamos a charlar un rato —insiste.

—No, gracias —le dejo claro, sin mirarlo.

—Sí, gracias —replica.

Esas dos palabras me sacan de mis casillas. Solo quiero estar sola. Poder pensar un minuto.

—Te he dicho que no —le dejo (todavía) más claro, mirándolo por fin y francamente mal.

—Pero… ese no… —deja en el aire, inclinándose hacia mí, como si fuese a concederme el favor de mi vida al explicarme lo que realmente pienso—… quiere decir sí.

—Quiere decir no —lo corto sin un solo asomo de duda, separándome de la pared. Ahora, doblemente molesta: por Nico y por tener que estar aguantando a este, que lo que claramente se merece es una llave de kárate a lo Cobra Kai.

—Vamos, guapa —*re-insiste*.

«Se acabó.»

Doy un paso hacia él, dispuesta a decirle de todo y puede que a poner en práctica lo de esas llaves, cuando otra voz, dirigiéndose a mi amable compañía, me interrumpe.

—¿Tú no oyes?

Me vuelvo y veo a otro chico acercarse con el paso lento pero seguro. Lo que me faltaba. Un salvador. ¡Estoy harta! ¡No soy ninguna damisela en apuros! ¡Puedo apañármelas sola!

—¿Quién coño eres tú? —plantea el tipo número uno.

—Gracias —le digo al recién llegado—, pero puedo arreglármelas sola.

Él alza las manos en señal de tregua como respuesta al tiempo que me dedica una sonrisa de medio lado con un toque desdeñoso y otro arrogante. Una sonrisa de guapo engreído en toda regla… las conozco demasiado bien.

—Como quieras —contesta.

—Eso no lo dudes —sentencio.

Su sonrisa, a pesar de mi enérgica respuesta, sigue ahí, y eso me despista un poco.

—Guapa —me llama el tipejo a mi espalda, haciéndome recuperar el hilo en una sola décima de segundo—, estabas hablando conmigo.

Suelto una carcajada, irónica, volviéndome de nuevo.

—No, no estaba hablando contigo. Te estaba pidiendo que me dejaras en paz.

El individuo resopla, diciéndome sin palabras lo equivocada que estoy.

—¿De qué vas? —le exijo.

—De todo lo que te gusta —me suelta con una sonrisita.

—¿Seguro que puedes apañártelas sola? —inquiere, burlón, mi otro frente abierto.

—Claro que sí —respondo, girándome.

Cada vez estoy más enfadada, ¡y ya ni siquiera tengo claro exactamente por qué!

—Pues lo disimulas muy bien —me rebate, sin que ese aire socarrón lo abandone.

—Ya te digo —apostilla mi admirador.

Me giro, boquiabierta. ¡Es el colmo!

—¿Quieres callarte?

—Te estoy cortejando.

—¿A esto lo llamas tú cortejar?

Asiente, pero el alcohol le pone complicado hacer el movimiento con soltura.

—Y lo estoy consiguiendo —asevera.

—Yo también lo creo —comenta el guapo engreído a mi espalda.

«Se acabó», por segunda vez en lo que va de noche.

—¡Vete al diablo! —le suelto a mi guerra abierta número uno.

Me giro con el malhumor por las nubes y me topo con mi guerra abierta número dos.

—¡Y tú puedes irte con él! —le espeto.

Mi admirador se queja, melodramático, como si le acabase de romper el corazón, y el de la sonrisa arrogante vuelve a hacer precisamente eso: sonreírme de esa manera que, actualmente, me pone de los nervios.

Echo a andar todavía más cabreada de lo que he llegado, dejándolos a los dos atrás.

La música me recibe una vez más a todo volumen, pero no me calma. ¡Voy a volverme loca! ¿Por qué no tengo un golpe de suerte? No sé, que la noche sea redonda, reírme hasta que tenga que parar para poder respirar, salir y encontrarme con Andrés Velencoso esperándome en la puerta para llevarme a dar una vuelta por el mundo en velero. Algo que te recargue las pilas de verdad.

—Tienes una manera muy curiosa de dar las gracias a las personas que intentan ayudarte —comenta el dueño de la irritante sonrisa.

Achino los ojos y me giro en auténtico pie de guerra.

—No tengo que agradecerte nada. No te he pedido ayuda y tampoco la necesitaba.

—Claro que no —contesta, guasón—. Ya he visto lo bien que manejabas a ese tío.

—Mira —le dejo cristalino, dando un paso hacia él, alzando la barbilla—, estoy cansada de los tíos como tú, que creéis que todo a vuestro alrededor —me explico, haciendo un desdeñoso hincapié en mi argumento— os pertenece. Hacéis lo que os da la gana y después seguís haciéndolo para, luego, pretender arreglar lo que estropeáis con una estúpida sonrisa o con un beso completamente a destiempo. No os importa el caos que creáis, ni el daño.

En cuanto pronuncio la última palabra, me doy cuenta de que lo he soltado todo sin pararme a pensar, porque las palabras me ardían en el centro del pecho y necesitaba desesperadamente deshacerme de ellas en voz alta. Ya ni siquiera estoy hablando de él, estoy hablando de ÉL… Me

siento frustrada y enfadada, y otra vez estoy más triste que enfadada, y esa última parte, definitivamente, no es una buena noticia para mí.

—Lo siento —murmuro, bajando la cabeza. Estoy avergonzada—. Lo siento mucho, de verdad. Gracias por intentar echarme una mano.

Él me observa durante el siguiente puñado de segundos sin decir nada y tengo la sensación de que me está estudiando.

—Me has juzgado demasiado rápido, ¿no te parece? —plantea al fin.

—Lo sé, y otra vez lo siento.

—Puede que para mí no sea suficiente.

—Eso es un problema tuyo.

Sí, he sido poco amable y lo he involucrado en unos sentimientos —y, por lo tanto, en una soberana bronca— que no iban con él, pero ya me he disculpado. No nos conocemos, no somos amigos, y él ha sido el primero en meterse donde no lo llamaba absolutamente nadie.

—¿De quién estabas hablando? —insiste—. Porque es evidente que todo ese rollo no iba por mí.

—No te infravalores —comento, socarrona.

—Créeme, no suelo hacerlo —contesta, contagiado de mi humor.

—No hace falta que lo jures.

Esa sonrisa es marca registrada.

—¿De quién hablabas? —vuelve a preguntar.

—Eso es problema mío.

Sus labios se curvan ligeramente hacia arriba, como si acabase de terminar un dibujo sobre mí, sobre cómo soy, y eso debería molestarme un poco, porque no me conoce, pero no lo hace, y no sé si es porque no tengo dobleces, porque no me preocupa lo que un desconocido al que no volveré a ver piense de mí o, quizá, porque algo dentro de mí me dice que ha acertado.

—Está claro que necesitas una copa —argumenta a modo de diagnóstico.

—No voy a tomarme nada contigo. Ni siquiera te conozco.

—Eso tiene fácil solución. Me llamo Cesc.

Sonrío. No puedo evitar hacerlo.

—Mia —respondo.

—¿Y a qué te dedicas, Mia? —Hace una pequeña pausa al llegar a mi nombre y le da una ligera entonación, como si con esa única palabra quisiese recordarme que hemos traspasado la frontera.

—Soy periodista. Trabajo en la edición digital de *El País.* ¿Y tú?

Estoy siguiendo la conversación. En cierta manera, incluso podría decirse que estoy a gusto, pero, cuando antes le he pedido que se marchase, también iba en serio. No quiero conocer a nadie. No es el momento.

—Soy técnico superior de infraestructuras en la estación de Atocha.

Frunzo el ceño, interpretando sus palabras.

—¿Algo así como un controlador aéreo de trenes? —planteo, para poder entenderlo.

—Y de gente —añade con un resoplido resignado—, demasiada gente.

—Suena complicado. Imagino que son muchas decisiones que tomar a lo largo del día. Debes de ser un experto en tener controlados a la vez muchos frentes abiertos.

—¿Te impresiona?

—La verdad es que no —contesto, sincera, encogiéndome de hombros—. Tampoco lo haría si fueras astronauta o presidente del Gobierno si te lo tomas así.

Ahora es él quien arruga el ceño, intentando comprenderme y pidiéndome que profundice en mi teoría.

—Lo impresionante es que ames lo que hagas, que lo defiendas con pasión. Aunque fueses músico en el metro, si eso es lo que de verdad quisieras, se notaría, y yo te miraría y diría «Uau».

Una media sonrisa se cuela en los labios de Cesc al tiempo que baja la cabeza.

—Parece que he metido los dedos en una heridita —comento, bromista, al tiempo que ladeo la cabeza y tuerzo los labios.

—Podría ser —responde sin esconderse, mirándome de nuevo y sin que el gesto abandone su expresión.

Es guapo. No lo digo porque haya caído irremediablemente a sus pies, eso se acabó para mí; lo comento porque es un hecho objetivo. Cesc, actualmente sin apellido conocido, es muy atractivo. El pelo castaño rapado, los ojos verdes y una incipiente barba rasgándole la mandíbula. A eso tenemos que sumarle, como datos objetivos también, que es alto y parece tener un cuerpo de lo más armónico bajo esa camisa negra y los pantalones del mismo color.

—Entonces, ¿vas a decirme el nombre de ese chico del que hablabas?

—¿Quién te ha dicho que era un chico? —indago, impertinente—. Podría ser una rubia despampanante.

—Ya tienes toda mi atención, no hace falta que me lo pintes mejor.

Me aguanto la sonrisa justo a tiempo; es un descarado, pero no puedo evitar que mis labios se curven ligeramente hacia arriba.

—Te he hecho sonreír; oficialmente, me debes esa copa —afirma, categórico.

—Estaba pensando en otra cosa —replico sin rendirme.

—No vas a ponérmelo fácil —me desafía de la misma manera—. Interesante.

En cualquier otro momento de mi vida, si fuera otra chica, estaría más que encantada de tomarme esa copa, pero soy la que soy en el momento de mi vida en el que estoy, y ahora tengo que centrar todas mis energías en que el contador de minutos desperdiciados con un exnovio que claramente no se lo merece vuelva a ponerse a cero, siga a cero y muera en cero cuando olvide incluso que dicho contador existe.

—No voy a ponértelo fácil ni difícil, porque me voy —me despido, dando el primer paso.

—Mira —me detiene con esa única palabra—, no sé qué es lo que te hizo, pero tiene toda la

pinta de que te dejó hecha polvo. Tampoco voy a mentirte y decirte que quiero que seamos amigos, porque no —una sonrisa de lo más gamberra se cuela en sus labios mientras piensa en algo muy concreto—; definitivamente, esa idea no casa para nada con todas las cosas que me he imaginado. Pero lo de que necesitas desconectar va en serio y, a veces, lo mejor para lograrlo es un desconocido, porque no sé quién es ese chico o rubia despampanante —añade solo para hacerme sonreír… y lo consigue— y no tengo ningún interés, así que tú decides qué contarme, tú decides si llamarlo gilipollas o no, no tienes que cohibirte. Además, te prometo que no será la única vez que sonrías.

Sonríe. Sonrío.

Dudo. ¿Quién no dudaría? Suena realmente bien.

Cesc es plenamente consciente de ello.

—¿Qué tomas? —pregunta para aprovechar precisamente mis dudas y cerrar el trato.

¿Qué puedo perder?

—Sorpréndeme.

*

A la mañana siguiente, me olvido del despertador y duermo hasta que me apetece; al fin y al cabo, es sábado. Sin embargo, termino en pie relativamente pronto. Desayuno en pijama en el sofá, con una reposición de un programa de talentos en la tele, y a eso de las once decido salir.

Ya en la calle, no tengo que plantearme hacia dónde poner rumbo. Sé lo que quiero hacer. En realidad, lo mismo que llevo haciendo las dos últimas semanas: ir a la librería de Malasaña, el local donde entré el primer día que me animé a salir después de que Nico… después de que el universo me diera la oportunidad de volver a empezar (hay que ser positivos, siempre).

El caso es que ya he ido al menos una decena de veces. Siempre me siento en el mismo sillón, el que está junto a la ventana, y, simplemente, me encuentro… bien. No sé si son los libros, el olor a café o el que desprende el propio sillón, pero hay algo que me reconforta, como si una hadita pequeña y brillante me tocase el corazón con la punta de sus dedos.

*

Un par de horas después, estoy a unos pocos minutos de casa, justo delante del mercado de la Cebada, cuando mi móvil comienza a sonar. Al mirar la pantalla, automáticamente, frunzo el ceño, aunque he de reconocer que lo hago un ochenta por ciento confusa y un veinte, divertida.

—¿Desde cuándo tengo tu teléfono? —pregunto, perspicaz, pero ahí también hay un veinte por ciento de diversión.

—Desde anoche. Te lo guardé yo —confiesa Cesc sin ningún remordimiento. Anoche nos tomamos esa copa, charlamos un poco y regresé con Rebe. Nada más—. Supuse que te haría

falta cuando decidieras llamarme.

Tuerzo los labios, risueña, y sé que él está sonriendo.

—Pero has llamado tú —le recuerdo, insolente.

—Sí, es que también sé que eres una de esas chicas tímidas que no se atreven a dar el primer paso.

Sin ningún motivo en especial, llevo mi vista a la coqueta terracita frente al mercado y lo veo allí, sentado, observándome con una preciosa sonrisa en los labios. Alza la mano y me saluda con ese toque perfecto de descaro. Durante toda la conversación ha sabido dónde estaba.

—Veo que tienes todas las posibilidades controladas —comento con cierto retintín, deteniéndome.

—Deformación profesional, supongo.

—Pero… —dejo en el aire, otra vez impertinente y algo socarrona.

—¿Pero?

—Te has equivocado. —Hago una pequeña pausa dramática—. No pensaba llamarte.

—Eres muy directa.

—Ya te lo dije —respondo, encogiéndome de hombros—. Ahora mismo no puedo permitirme conocer a nadie —vuelvo a guardar un pequeño silencio— y lo cierto es que tampoco quiero —me sincero en un murmullo.

Cesc asiente desde su privilegiada mesita al sol del invierno en Madrid.

—Es ese «ahora mismo» lo que me tiene inquieto.

—Pues no debería. Yo lo tengo clarísimo.

—Pero aquí estás, hablando conmigo por teléfono.

Cazada.

Sonrío.

—Ven —me pide, rebosante de esa seguridad que resulta tan atractiva.

Niego con la cabeza.

—No puedo.

—Yo creo que sí —asevera, burlón.

Sonríe de nuevo y, una vez más, sin poder evitarlo, lo hago con él.

—Cesc —lo llamo al orden, divertida.

—Mia —me imita.

—No puedo.

Él me mira y, con toda la alevosía del mundo y sus increíbles ojos verdes sobre mí, cuelga. Deja el móvil sobre la mesa y me observa, desafiante.

Le mantengo la mirada, recogiendo esa especie de guante. ¿Qué podría pasar? ¿A qué tengo tanto miedo? Puedo conocerlo y ser simplemente amigos. Mantener el control, aprender de todo lo que me ocurrió con Nico, pasarlo bien y nada más.

—No pienso caer en tus redes —le dejo claro, deteniéndome al otro lado de la mesita de

aluminio—. No voy a dejar que ligues conmigo.

Cesc se encoge de hombros, con cero remordimientos y un puñado de arrogancia.

—Tengo mucha paciencia para las cosas que me interesan de verdad.

El comentario me gana, pero lo disimulo a tiempo. Ladeo la cabeza, displicente, a la vez que enarco las cejas, significativa. Traducción: ¿en serio te has atrevido a decir semejante bravuconada?

Cesc sigue mirándome, pero, tras unos segundos, la presión le puede y acaba sonriendo.

—¿Una cerveza? —propone, conciliador.

—Una —remarco, pero el hecho es que ya me estoy sentando.

Charlamos de todo y lo cierto es que lo paso realmente bien. Cesc me tira la caña más de un par de veces, pero yo las esquivo todas con maestría. Lo mejor de todo es que ninguno de los dos se siente incómodo o violento, ni con lo primero ni con lo segundo. Todo, toda la conversación, en realidad, fluye, pasa de forma orgánica. Hemos conectado.

Después de esta tarde de terracitas, creo que puedo decir que tengo un amigo más, y eso me alegra muchísimo.

*

Paso el domingo con Rebe y Marcelo. El lunes solo trabajo, trabajo y más trabajo, pero, cuando creo que eso va a ser lo único interesante, mi jefe se me acerca con la mirada fija en la carpeta que tiene entre las manos, se detiene frente a mi mesa y, a bocajarro, me encarga el artículo de portada del miércoles, y no estamos hablando de uno cualquiera: llevamos más de un mes trabajando en una serie de reportajes sobre el nuevo modelo de ciudad, la sostenibilidad, la conciliación con el medioambiente y todo eso, y el del miércoles será el último, el más importante, la conclusión con el que el lector se quedará. ¡Es una gran responsabilidad!

—No sé si puedo hacerlo —le digo a Rebe, sin dejar de dar pequeños paseos en el descansillo de nuestra planta. Las escaleras son el único lugar donde puede obtenerse algo de intimidad en este edificio.

¡Estoy atacada!

—Claro que puedes —contesta mi amiga sin dudar.

—Te agradezco los ánimos incondicionales, pero estamos hablando del artículo más importante del mes… —Hago una pequeña pausa, reflexionando sobre mis propias palabras—. No estoy preparada —añado, aterrada.

—Por supuesto que lo estás —insiste, y otra vez no duda.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No puedo.

—Sí puedes.

Resoplo. Actitud positiva.
—Sí puedo —digo con la boca pequeña.
Y más me vale poder.

12

Nico

Echo de menos París.

Echo de menos todo lo que significaba París.

—¿Qué conoces del sistema de legislación francés? —me pregunta Acosta, el jefe de sección o, lo que es lo mismo, la mano derecha de la directora, apoyando las palmas de las manos al otro lado de mi mesa e inclinándose hacia delante.

La lluvia repiquetea contra los cristales. Ha empezado hace una hora y no ha parado. Los fluorescentes de la redacción luchan por ganarle la partida a la luz gris de los días de tormenta, pero no lo consiguen. Me recuerda al colegio, a esa sensación de mirar las luces encendidas a las diez de la mañana, emocionado porque fuera llovía, deseando poder salir a jugar.

—Bastante —contesto, todavía recostado en mi silla. No me he molestado en enderezarme, cuadrar los hombros ni ninguna de esas chorradas. Nunca he mostrado esa clase de actitud con los jefes, aunque, siendo sinceros, tampoco he pasado de todo como ahora.

La besé. Soy consciente de que era lo último que debía hacer, pero no pude contenerme. Estaba enfadado, estaba triste. Podría decir que mi impulsividad jugó un papel, pero no sería verdad. Quería besarla, quería tocarla, quería sentirla. Quiero besarla, quiero tocarla, quiero sentirla.

La echo de menos.

Por Dios. Todo esto es una locura.

—¿Y de la última crisis de Gobierno?

—Todo está relacionado. —Es obvio—. La mayoría de los asuntos de cierta importancia y, sobre todo, los que podrían sacar a Macron del atolladero y permitirle cumplir sus grandes promesas electorales, están estancados porque el sistema de votación de la Asamblea no lo beneficia.

—Perfecto —suelta Acosta, pero, por mi explicación, más bien ha sido una contestación a sí mismo—. Escribe un artículo sobre ello. Cinco columnas. Saldrá el viernes.

¿Qué?

Frunzo el ceño imperceptiblemente apenas un segundo. ¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho?

—¿Podrás hacerlo? —pregunta al ver que no respondo nada.

—Claro —afirmo sin dudar.

—Genial —asevera, marchándose de nuevo a su diminuto despacho.

Una media sonrisa se cuela en mis labios. Voy a volver a escribir. La verdad es que ya había perdido toda esperanza.

Me enderezo en el asiento, reactivo el ordenador moviendo el ratón y comienzo a buscar y confirmar información. Voy a volver a escribir. Suena a puto sueño.

*

Entro con una sonrisa, sacudiéndome el agua del abrigo con un par de golpes. Lleva toda la tarde lloviendo. Joder, estoy emocionado con ese artículo. Ya se lo he contado a Lucas y a Quim por teléfono, pero tengo ganas de decírselo a alguien en directo, ver su reacción, que la nube en la que estoy se convierta en algo real. ¡Voy a volver a escribir!

—¡Nena! —la llamo, entrando en el salón—. ¡Nena! —repito, girando sobre mí mismo al comprobar que no está ahí.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alma, saliendo de la cocina.

Alma.

Sin saber por qué, algo dentro de mí cae decepcionado, pero una vocecita me dice que, en el fondo, sí conozco ese porqué. Alma no es mi «nena», porque mi «nena» es Mia. Así de sencillo y así de cruel, y así, por primera vez, tener cerca a Alma me decepciona. En ese mismo instante también, mi cuerpo y mi corazón toman la inamovible decisión de no llamarla así nunca más, pero la palabra se queda en la punta de mi lengua, consumiéndose despacio.

—¿Qué ocurre? —repite.

—Voy a escribir un artículo —me obligo a soltar tras un segundo de silencio más, pero parte de la emoción se ha esfumado, incluso mi sonrisa lo ha hecho—. Sobre el sistema de legislación francés.

Alma arruga la nariz.

—Qué aburrido, ¿no? —replica, volviendo a la cocina—. Quizá algún día te dejen escribir sobre algo más interesante —sigue hablando desde allí—, como la nueva subcultura o, no sé, algo tipo la revista *Vice*.

Asiento y la decepción se hace un poco mayor. De pronto tengo la idea más kamikaze de la historia y empiezo a dibujar cómo habría reaccionado Mia… su sonrisa sincera y sorprendida, cómo habría dejado todo lo que estuviese haciendo y habría corrido a abrazarme, cómo yo no habría querido soltarla y ya no tendría nada que ver con el artículo, sino porque habría llegado a casa.

Pierdo la mirada en el suelo, desorientado, y la sensación de haberme equivocado ahora, con todo, se hace tan grande que no puedo respirar.

—Hoy en la librería me ha ido genial —empieza a contarme Alma—. Ha entrado una mujer buscando una primera edición de…

¿Por qué no siento que es de verdad? Soy consciente de que suena a completa estupidez, pero también sé que me entendéis. Todos tenemos a un alguien en el mundo, solo a uno: un amigo, un hermano, tu madre, tu padre, tu chica, esa persona a la que necesitas contarle cualquier buena noticia porque hasta que no lo haces tienes la sensación de que no es real.

—… entonces, le he enseñado otro libro, que, con franqueza, no tenía nada que ver, pero he pensado que podría gustarle porque…

La idea kamikaze comienza a transformase en algo aún más peligroso, pero jodidamente vivo, que me recorre el cuerpo de arriba abajo, electrificando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—… la mujer ha sonreído y me ha dicho que llevaba años buscando ese ejemplar y que en la librería…

Quiero que sea de verdad.

—Ha sido increíble y, para cuando su amiga ha regresado, ella…

—Tengo que salir —interrumpo a Alma, dirigiéndome de nuevo a la puerta principal.

De reojo puedo ver cómo ella camina hasta colocarse bajo el umbral de la puerta de la cocina y me mira, alucinada.

—Nico —me llama.

—Volveré pronto —respondo sin pensar.

Salgo desoyendo las veces que me llama y cojo un taxi en mitad de la tormenta. Estoy nervioso, chocando una y otra vez la planta de mi deportiva contra el suelo del coche.

«Más rápido, por favor. Lleguemos. Ya.»

Me bajo en nuestra calle. No importa la lluvia. Me giro hacia nuestro edificio. Alzo la mirada y nuestras ventanas entran en mi campo de visión. Hay luz. Mia está ahí. Seguro que está cocinando con una serie en la televisión, saliendo cada cinco segundos a mirar la pantalla porque no quiere perderse nada, tarareando las canciones de los anuncios sin dejar de remover lo que tiene en la sartén, sonriendo, preciosa…

Doy una bocanada de aire, sintiendo cómo esta idea, la idea de que ella esté tan cerca, la lluvia, me calen hasta los huesos. Lo he sabido en el momento en el que he pronunciado «nena», esperando encontrarla a ella; ella es mi persona en el mundo, a quien necesito contarle las cosas para que sean de verdad.

Sin embargo, tan pronto como esta revelación se acomoda en mi pecho, otra más incómoda y puntiaguda se abre paso: Mia no quiere verme.

No puedo subir. No puedo hacerle esto.

Pero tampoco puedo irme.

Doy un paso atrás. Todas las pequeñitas cosas extraordinarias que estallaron delante de mí cuando la besé se vuelven de neón en este preciso instante. Todas y cada una de las veces que nos hemos besado brillan en mi piel. La montaña rusa se dibuja alta, reluciente, cruel.

El agua sigue cayendo con fuerza. Busco nuestra ventana. Las gotas resbalan por mis

mejillas, por mis labios. La busco a ella.

Y vuelvo a perder la noción del tiempo.

Santo cielo, ¿en qué clase de lío me estoy metiendo?

*

Cuando regreso, es más de la una. Abro la puerta principal y la culpabilidad se une a mi estado de ánimo al darme cuenta de que el piso está completamente a oscuras. Alma ya se ha dormido.

Resoplo por enésima vez y trato de ver las cosas con perspectiva, pero no soy capaz. Empiezo a creer que la única salida que me queda es resignarme.

En ese mismo instante, mi móvil comienza a sonar, iluminando el salón. Le quito el sonido, veloz, y miro la pantalla. Es Rebe.

—Enhorabuena —me felicita, cantarina, en cuanto descuelgo y, aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír.

—Gracias.

—Perdona la hora —añade, ya con un tono normal—, pero acabo de llegar a casa y no quería dejar pasar el día o la madrugada —se rectifica, rápido, mitad chistosa, mitad conformada, imagino que al mirar el reloj— sin felicitarte. Eres un gran periodista y te mereces firmar artículos otra vez. Ya va siendo hora de que dejes de ser el chico de los teletipos —asevera, con un acento francés de pacotilla.

Mi sonrisa se hace un poco mayor.

—Gracias de nuevo. —Guardo silencio un solo segundo—. Rebe —la llamo antes siquiera de saber cómo continuar, pero teniendo clarísimo que necesito hacerlo—, ¿qué tal está Mia?

Ahora la que calla es ella y todo se recrudece dentro de mí.

—Nico, ¿crees que esto es sano? Deberías centrarte en vivir tu vida.

—Contéstame.

Mi voz suena urgente y también decidida. No hay ni una sola posibilidad de que retire esa pregunta del tablero.

Rebe se queda callada por segunda vez, hasta que finalmente resopla y ya sé que, a pesar de las protestas, va a responderme.

—Está mejor. La casa le encanta y también el barrio.

Todavía a oscuras, me dejo caer en el sofá sin tan siquiera quitarme el abrigo mojado y llevo mi cabeza hasta el final de la espalda del sofá. Las palabras de Rebe caen como un bálsamo en mitad de todo el enfado y la culpa, y siento que puedo volver a respirar, aunque solo sea una ínfima y diminuta parte.

—Está adaptándose muy bien al trabajo —continúa—, aunque ahora está un poco nerviosa. Carrasco —el jefe de digital— ha confiado en Mia para un artículo muy importante y se siente

algo insegura. Yo estoy convencida de que lo hará de escándalo, pero hasta que lo haga… ya sabes cómo es.

Claro que lo sé. Mia es la persona más autocrítica que conozco y también la más exigente consigo misma. En el trabajo siempre se esfuerza al mil por mil y eso, mezclado con el hecho de que no es capaz de ver la chica tan maravillosa e increíble que es, hace que a veces dude de sí misma y considere que no lo logrará.

—¿Cuándo tiene que entregar el artículo? —inquiero.

—El miércoles. Será el final de la serie y portada de la sección.

Lo hará genial. Lo sé.

—Bueno —se despide con la palabra envuelta en un bostezo enorme—, no te entretengo más. Nos vemos mañana en el periódico.

—Claro —contesto, con la mente aún puesta en Mia.

Cuelgo y automáticamente recuerdo lo intranquila que se puso Mia la primera vez que el señor Legard le encargó el artículo central de su sección en *Le Monde*. Estaba emocionada y muerta de miedo al mismo tiempo, como los segundos en los que una montaña rusa tarda en arrancar y todavía puedes gritar que quieres bajarte… Montaña rusa, parece que no voy a poder escapar de esas dos palabras.

Estaba tan inquieta que no podía dejar de parlotear. Yo la cogí de las manos, tiré de ella y la llevé al centro del salón. Reactive el ordenador, pulsé el botón de aleatorio en Spotify y le dije que bailaríamos la primera canción que sonase, pero, entonces, la que lo hizo fue horrible y los dos, de pronto, solo con una mirada, rompimos a reír. Cuando nuestras carcajadas se calmaron, cambié la lista de reproducción y *No puedo vivir sin ti,* en la versión que Coque Malla hizo con Anni B Sweet, comenzó a sonar bajito. Rodeé su cintura con los brazos, ella puso sus manos en mis hombros y empezamos a movernos despacio, sintiendo cada letra con la que ese tema nos envolvía y, al mismo tiempo, olvidándonos de todo lo que no fuéramos nosotros.

Bailamos la misma canción toda la noche.

No lo pienso. Pillo el móvil. Trasteo en un par de páginas webs y, cuando consigo lo que quiero, tiro el teléfono en el tresillo, a mi lado.

Me obligo a quitarme el abrigo mojado y vuelvo a dejarme caer en el sofá. No me apetece tumbarme en la cama con Alma, no quiero tocarla ni que me toque, no después de haber hablado de Mia, de haber pensado en aquel día.

Me niego a seguir dándole vueltas a todo y simplemente me quedo en silencio, mirando el techo, haciendo girar el *smartphone* entre mis dedos, chocándolo rítmicamente con el sofá.

Me dejo llevar, recordando, sintiendo, y todo se entremezcla con la voz de Coque Malla.

*

A la mañana siguiente me levanto antes de que Alma se despierte. Me doy una ducha y me

tomo un par de ibuprofenos con el café para asegurarme de que, si caigo resfriado por todo lo que me mojé ayer, por lo menos lo llevaré bien.

Subo las escaleras de la estación de metro de Suanzes a grandes zancadas y llego al periódico con el paso enérgico y el abrigo abierto, dejando ver mi jersey y mis vaqueros.

Saludo a las chicas de recepción con un gesto de cabeza y llego hasta los ascensores. No sé cómo sentirme y lo odio, pero también he aprendido que tengo que ser práctico. Estoy en tierra de nadie y, cuanto antes aprenda a moverme en este territorio, mejor para mí.

Llego a mi escritorio y mi vista vuela hasta el pequeño paquete de FedEx que me espera en el centro.

No lo dudo, me quito el abrigo, abro el paquete con manos hábiles y me quedo con la pequeña cajita que hay en el interior. Giro sobre mis talones y regreso a los ascensores.

Atravieso la redacción de la edición digital y llego a la mesa de Mia. Doy una bocanada de aire, despacio, tratando, una vez más, de poner cada cosa en su lugar y fracasando estrepitosamente. Parezco haber perdido esa habilidad.

Dejo la cajita sobre el teclado de su ordenador y me marcho. No quiero que me encuentre aquí, por el mismo motivo que no subí ayer a su casa; no tengo ningún derecho. Solo le he traído lo que le he traído para que recuerde que puede con todo, que no tiene motivos para estar nerviosa, porque hará un trabajo increíble.

Regreso a mi puesto e intento concentrarme en mi artículo. Al principio me resulta un poco complicado, pero escribir es el curro de mi vida, lo que más me gusta hacer, y, antes de que me dé cuenta, las palabras empiezan a salir solas y yo solo tengo que teclear rápi…

—¿Quién te crees que eres, Nico?

Esas seis palabras me sacan de mi ensoñación de periodista, pero su voz me lleva a una aún mayor.

Alzo al cabeza y veo a Mia al otro lado de mi escritorio, con la cajita que he dejado en el suyo hace más o menos una hora en la mano. Está furiosa y me doy cuenta de hasta qué punto las cosas no están saliendo como quería.

—Solo pretendía animarte —trato de explicarle—. Rebe me contó que estabas inquieta por lo del artículo y pensé que…

—Que una estúpida canción que bailamos en París iba a animarme —termina la frase por mí, aún más dolida, con más rabia, lanzándome la placa de cristal con la serigrafía de Spotify y el código QR para escuchar *No puedo vivir sin ti*, de Coque Malla y Anni B Sweet—. No puedes hacer esta clase de cosas. No puedes preocuparte por mí.

—Siempre voy a preocuparme por ti —replico, veloz.

Siempre. Siempre. Siempre.

—Pues yo no quiero que lo hagas —sentencia, a punto de gritar.

Antes de que pueda decir nada, sale disparada de vuelta a los ascensores.

—*Merde* —gruño, levantándome de un salto, arrastrando la silla contra el suelo de losas

blancas—. ¡Mia! —la llamo, saliendo tras ella.

Pero no se detiene; ni siquiera parece oírme.

Llega hasta los elevadores, pulsa el botón al menos una decena de veces y resopla, con los puños cerrados con rabia junto a sus costados, cuando las puertas no se abren. No les concede un solo segundo más y vuelve a salir prácticamente corriendo, esta vez hacia las escaleras. Empuja la puerta con las dos manos, todavía más enfadada, y sale sin mirar atrás.

—¡Mia! —la llamo de nuevo, alcanzando la puerta y deshaciéndome de ella otra vez antes de que se cierre del todo—. ¡Mia! —repito, y mi voz se entremezcla con la de sus pisadas dejando atrás los escalones cada vez más rápido, como las mías—. ¡Mia! —pronuncio por cuarta vez, alcanzándola en mitad del rellano de la cuarta planta y cogiéndola de la mano para obligarla a girarse—. No puedes pedirme que no me preocupe por ti.

En cuanto nota mi contacto, se zafa de él, todavía más furiosa.

—¡Sí que puedo —me recuerda—, porque tú me dejaste!

—Lo hice porque era lo mejor.

Lo era, joder. Para ella. Para los dos… Pero lo cierto es que ya no lo sé. ¡No lo sé! No sé si hice lo que tenía que hacer o cometí el mayor error de mi vida.

—Lo mejor, ¿para quién? —me pregunta, herida—. Yo te lo diré: para ti, para poder estar con otra.

¿Qué?

—¿Cómo sabes que hay otra?

—Porque no soy estúpida, Nico.

Mia me mantiene la mirada y en sus preciosos ojos castaños puedo ver todo el dolor que le he causado; el abismo que, aquí y ahora, esa afirmación, esa pregunta, están creando entre los dos, como si fuese posible sentir su corazón separándose del mío físicamente. Lo indeleble tomando forma, color, ahogándome. Tener que decir adiós, odiarme por ello.

—¿Estás enamorado de ella? —me pregunta, y su voz suena más triste, desahuciada, como ahora mismo lo estoy yo.

—No —susurro con el tono grave, roto.

«Porque toda mi vida estaré enamorado de ti.»

—¿La quieres?

—No.

«Porque solo puedo quererte a ti.»

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque era lo mejor.

«Porque tenía que bajarme de esa montaña rusa.»

—¡Deja de decir eso! —me espeta con rabia—. Éramos felices.

—¡Sí, y también era una locura! —replico, desesperado, sintiéndome como me sentí cuando Mia estaba lejos de mí—. ¡Creía que iba a volverme loco si no te tocaba!

—¿Y ahora te sientes mejor?

Una bofetada sin manos en toda regla.

—No.

—Pues enhorabuena, Nico —sentencia, encogiéndose de hombros, con una lágrima resbalando por su mejilla, y siento cómo mi corazón cae hecho pedazos a sus pies—, porque lo único que has conseguido ha sido destrozarnos a los dos.

No dice nada más. Se da media vuelta y se marcha, y yo me quedo allí, mirando la porción de rellano vacío, imaginándola una y otra vez, con el dolor y la rabia resquebrajándome las venas. Me preocupaba la montaña rusa y ahora estoy cayendo en picado más allá del suelo.

*

Horas después, cuando se supone que ya debería marcharme, me despido de mis compañeros, que sí se largan, con un gesto de mano y sigo delante del ordenador. No quiero irme. Sin embargo, cuando es el guardia de seguridad del turno de noche quien aparece para decirme que van a cerrar el edificio, no me queda más remedio que largarme. No lo hago con Alma y acabo en casa de Lucas, con una cerveza en la mano, fingiendo que no hay nada raro en que me haya presentado en su piso a la una de la madrugada y que, por supuesto, no necesito hablar.

Para cuando por fin llego a casa de Alma, ella ya está dormida y yo vuelvo a acostarme en el sofá.

*

—¿Todo bien? —me pregunta Alma, entrando en la cocina.

Es temprano, más de lo habitual, así que me sorprende que ya esté despierta, aunque no digo nada. Todavía tengo el pelo húmedo de la ducha y estoy descalzo, con la mirada perdida en las gotas que poco a poco produce la cafetera eléctrica.

Asiento. Técnicamente, no hablo, así que, técnicamente, no estoy mintiendo.

—¿Y por qué has dormido en el sofá?

—Llegué tarde —verdad— y no quise despertarte —verdad a medias.

—¿Eso es todo? —insiste.

—Eso es todo —contesto, sin desviar la vista de la cafetera.

Puedo notar cómo Alma se queda unos segundos observándome, hasta que finalmente da por buenas mis palabras y se dirige a la nevera en busca de un *brik* de zumo.

No me gusta hablar, no es ninguna novedad, nunca me ha gustado, ni siquiera de crío, así que debería agradecerle que lo deje estar, pero otra vez algo dentro de mí se empeña en jugar al peligroso juego de las comparaciones. Mia sabía cuándo algo no iba bien y no me dejaba escabullirme; me hacía hablar, sacar lo que tenía dentro, y, aunque lo odiaba, he de reconocer

que después siempre me sentía mejor, me sentía liberado, joder, y con la cabeza mucho más clara para tomar la decisión apropiada. Mia nunca se rendía conmigo. Ni siquiera lo hizo cuando apenas habíamos hablado y escuchó aquella conversación con mi padre. «Tú eres el que sabe lo que realmente es importante para ti, lo que te duele y lo que puedes dejar atrás», me dijo y, hostias, qué razón tenía; sigue teniéndola ahora.

Mi móvil empieza a sonar, sacándome de mis pensamientos. Miro la pantalla. Es mi madre. Automáticamente, frunzo el ceño y, automáticamente también, me preocupo. Es demasiado temprano para un «Cariño, ¿qué tal estás?».

—Hola, tesoro —me saluda.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunto, algo alarmado.

—Sí —responde justo antes de echarse a reír por mi exceso de preocupación—, ¿tan raro es que te llame a esta hora?

—Bueno… —dejo en el aire, aunque lo cierto es que sí, es raro.

—Solo quería saber a qué hora llegarás el viernes —me explica.

Sonrío. Hace tres semanas le prometí que iría a pasar el fin de semana a Banyalbufar. Se lo debo, no me ve desde las vacaciones de Navidad, y no va a olvidarse.

—El avión sale el viernes a eso de las tres. Estaré en casa sobre las seis, más o menos —hago un cálculo rápido, contando el avión a Palma, el taxi hasta la Intermodal, la estación de autobuses y los cuarenta minutos de trayecto hasta el corazón de la Tramuntana.

—Perfecto. Nos veremos a las seis —me dice, feliz.

—Hasta pronto, mamá.

—Adiós, tesoro.

Cuelgo y dejo el móvil sobre la encimera para servirme el café.

—¿A dónde vas el viernes? —me pregunta Alma.

—A ver a mi familia.

—¿A Palma? —inquiere, emocionadísima, en cuanto pronuncio la frase.

—Sí, a Banyalbufar —concreto.

Ella asiente un número, alto, indefinido de veces.

—Voy contigo —me anuncia, aunque en ningún momento se lo he propuesto.

Yo suelto una carcajada, sorprendido y, siendo sinceros, incrédulo, y acabo negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —insiste—. Aún no conozco a tu familia y solo he visto a tus amigos una vez —no necesito hacer memoria y tengo que contenerme para no torcer el gesto cuando recuerdo aquella noche en el bar—, y eso fue antes de que estuviésemos juntos.

Otra reacción estúpida: la palabra *juntos* rechina dentro de mí como si una vieja profesora estuviera arañando una pizarra con las uñas, y es el colmo de la estupidez humana, porque, en efecto, estamos juntos.

Vuelvo a negar con la cabeza como respuesta y Alma, al comprobar que no he reaccionado

como esperaba, pone morritos y camina, cadenciosa, hasta mí.

—Tengo ganas de conocer al completo el universo de Nicolás Arranz.

Rodea mi cuello con sus brazos y me mira por debajo de las pestañas, tratando de convencerme, y, aunque no le funciona, en ese momento tengo una especie de relevación: estoy con ella, por mucho que mi corazón fuerce a mi cerebro a mandar reacciones contradictoras cuando oigo la palabra *juntos*. Echo de menos a Mia, sí, pero hice una elección por un motivo muy concreto. La dejé, empecé algo con Alma, decidí que era lo mejor, así que ya basta de comportarme como un niñato, porque no es justo para nadie. No puedo ser tan egoísta con Alma, aunque no le prometiese nada y le dejase las cosas claras… y, más que nada, no puedo destrozarle la vida a Mia al dejarla y estando fuera de la relación.

Entendí que era lo mejor, así que ya toca darle una oportunidad, de verdad, a ese «lo mejor».

—Está bien —acepto—. Nos vamos el viernes a mediodía.

—Genial —responde con una sonrisa justo antes de darme un beso como recompensa.

*

Me paso la semana trabajando sin descansar un solo segundo para tener el artículo listo el viernes por la mañana. Lo dejaré reposar y, cuando vuelva de Banyalbufar el domingo, le daré un último repaso.

Me he obedecido a mí mismo y me he mantenido alejado de Mia. No la he buscado en el redacción para asegurarme de que estaba bien, no la he esperado en la puerta de nuestra casa ni la he seguido hasta allí al salir del periódico. Tampoco le he preguntado a Rebe por ella y he intentado mantenerla al margen de mis pensamientos; eso ha sido un poco más complicado, pero me concedo un buen porcentaje de éxito.

Solo me he permito una cosa: leer su artículo el miércoles y, como estaba seguro de que pasaría, ha sido un trabajo sensacional. Mia es increíble, en todos los sentidos.

*

El viernes, a eso de la una, cierro mi vieja mochila con todo lo que necesito para estos días y salgo de la habitación. En el salón, sonrío al ver a Alma con una maleta enorme, tipo viaje de dos meses de invierno; la ropa de abrigo abulta más.

—Sabes que solo nos vamos un fin de semana, ¿verdad? —bromeo, colgándome mi mochila al hombro y quitándole el asa de su equipaje de la mano para hacerme cargo yo.

—No sabía qué ponerme —se excusa—. Quiero impresionar a tu familia.

Salimos del piso y Alma cierra con llave a nuestro paso.

—Mi familia es muy normal.

—Tu familia es de Palma —replica, maravillada, y tengo la impresión de que se los está

imaginando de veraneo en el barco del rey—. Es una pasada.

—Somos de Banyalbufar —la corrijo.

—Eso, eso… —me da la razón, bajando ya las escaleras y pasando un poco de mí.

Está claro que prefiere la idea del rey.

Después de hora y media de vuelo, llegamos a Palma y Alma parece alucinada. Incluso saca el móvil y hace pequeños vídeos desde la ventanilla del taxi.

—Esto es flipante —comenta cuando nos bajamos a unos pasos de la Intermodal —. Hasta huele a mar.

El taxista y yo sonreímos, cómplices, mientras sacamos las maletas, concediéndole el gusto, ya que ese «olor» es más sugestión que obra de la naturaleza. La costa está a más de veinte minutos andando.

—¿A dónde vamos? —inquiere, extrañada, cuando me encamino hacia la estación.

—A coger el autobús —respondo, realzando lo obvio—. Aún estamos a tres cuartos de hora de mi casa.

Alma me mira, descolocada, pero no dice nada y tampoco lo hace cuando vamos adentrándonos en la Tramuntana. No graba vídeos ni me hace el millón de preguntas que me ha planteado en el taxi.

—¡Familia! —grito al aire entrando en casa, dejando mi mochila y la maleta de Alma en el descansillo—. ¿Dónde os habéis metido?

—¡Nico! —exclama mi madre, saliendo a mi encuentro desde la cocina y abrazándome con fuerza, como todas las madres abrazan a sus hijos, da igual que tengan cinco años o cuarenta—. Qué bien que estés aquí —continúa, separándose—. Tenía muchas ganas de verte.

—Y yo a vosotros.

Como si tuviera una especie de radar, mi madre repara en Alma, que se ha quedado rezagada, observando la casa, las paredes encaladas, bañadas en el color blanco más vivo, y los techos a diferentes alturas.

Mi madre también la observa a ella, solo un par de segundos, y de nuevo vuelve a clavar sus amables e inquisitivos ojos en los míos.

—Mamá, ella es Alma —las presento. Al oír su nombre, Alma me presta toda su atención y sonríe—. Alma, ella es Catalina, mi madre.

Alma avanza la distancia que las separa y se saludan con un par de «Encantada» y dos besos. Después de eso, un largo e incómodo minuto de silencio.

—¿Por qué no pasáis a la cocina? —propone, finalmente, mi madre—. Debéis de estar muertos de hambre por el viaje.

Los dos asentimos y un momento después estamos sentados a la enorme mesa de madera de la cocina.

—Tomad —nos ofrece mi madre, dejando un plato con rebanadas de pan de pueblo tostadas, con aceite de oliva, tomates de ramallet y jamón.

Tienen una pinta cojonuda.

Sonrío, agradecido, y ataco una en cuanto la cerámica toca la mesa. Mi madre me devuelve la sonrisa. Sí, también cumple el requisito tan de madre barra abuela de sentirse feliz viendo comer a sus hijos barra nietos.

—¿No tienes hambre? —le pregunta, amable, a Alma.

—Soy vegana.

La miro, completamente perdido.

—¿En serio? —planteo.

Alma mueve la cabeza afirmativamente con una sonrisa un poco, muy, condescendiente.

No me jodas.

—Decidí tomar ese estilo de vida hace cuatro años —me informa.

Asiento, concienzudo, mientras me pregunto, concienzudamente también, cómo coño no me he dado cuenta antes.

—Bueno —interviene mi madre—, puedo prepararte tostadas sin jamón. Solo aceite de oliva y tomate.

—¿Los tomates son ecológicos? —inquiere Alma.

Mi madre me mira, tan confusa como yo, sin saber qué contestar.

—Son de Biel —comenta, sin saber si eso implica o no un sello oficial de calidad de origen.

Se hace otro violento minuto de silencio.

—Mejor me espero a la cena —sentencia Alma.

Mi madre me mira sin saber qué otra cosa decir y yo tuerzo los labios. Definitivamente, esto no me lo esperaba.

—¡Coño, jamón! —exclama Fernando, entrando en la cocina y, automáticamente, abalanzándose sobre el plato—. Hola, hermanito —añade, reparando en mí.

Sí, primero ha ido el jamón, aunque no voy a negar que lo entienda.

Su saludo continúa con algo a medio camino entre un abrazo y una llave de yudo solo para fastidiarme, y me toca los huevos, tiene un don, así que lo agarro de la cintura, tiro de los dos y acabamos rodando por el suelo.

—¡Nico! —chilla, preocupadísima, Alma—. ¡Por Dios, ¿estás bien?!

No estamos acostumbrados a que nadie se inquiete cuando nos damos cera, así que la voz de Alma nos hace detenernos en seco, levantarnos y, para qué negarlo, sentirnos un pelín avergonzados.

—No les hagas caso —le dice mi madre, sin ni siquiera mirarnos a mi hermano y a mí—. Están así todo el santo día.

—Pero estaban tirados en el suelo…

—No es la primera vez —continúa mi madre, resignada, dejándonos en un mejor lugar todavía.

—Estamos bien —concluyo, frenando a mi madre antes de que diga algo más y, de paso,

tratando de poner fin a la conversación—. Solo estábamos jugando. —Y esa última palabra suena rara.

—Soy Fer, Fernando —se corrige, intentando eliminar la idea de que acaba de hacernos sentir como dos críos.

Lo miro con el ceño fruncido, confuso. Es rarísimo ver a este garrulo descolocado.

—Alma —hace lo propio ella, todavía algo conmocionada por lo que acaba de pasar.

Mi hermano asiente. Lo conozco y ahora mismo está incómodo de la hostia, como yo.

—¿No comes? —pregunta Fer, solo para cambiar de tema.

—Es vegana —contesto por ella.

—Pero esto es jamón, del bueno —continúa, sin terminar de ver el problema.

—El jamón es carne —le recuerdo.

—El jamón es jamón —replica.

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco mientras, a mi lado, mi hermano asiente, enérgico, a su propia afirmación.

—No te preocupes —interviene mi madre—. Me encargaré de que la cena esté riquísima y sea vegana y ecológica.

Mi madre me mira para cerciorarse de que no se ha dejado nada, y yo asiento con una sonrisa. Es la mejor.

—Entre tanto, ¿por qué no subís a instalaros? —nos propone.

—Buena idea —contesto.

Doy un paso hacia Alma, la cojo de la mano y la saco de la cocina para subir a mi habitación.

—¿En serio no sabías que era vegana? —me pregunta, tumbando su maleta en el suelo y acuclillándose frente a ella para abrirla.

«Ecovegana», pienso, a punto de hacer la broma, pero me freno a tiempo.

—No. Siendo honestos, no conozco muchas cosas sobre ti.

Podría mentir y decir que sí la conozco y que eso es solo un detalle que se me ha pasado por alto, pero sería una auténtica estupidez. Conocer a una persona es algo real, casi tangible, e intentar fingirlo es como pretender dibujar el arco iris sin tener colores.

Con Mia, tenía todos los putos colores de la caja. Lo sabía todo de ella. Quería hacerlo porque me gustaba escucharla hablar, porque me interesaba de verdad, pero también para asegurarme de que estuviese bien y tuviese todo lo que necesitase, siempre.

Otra vez las condenadas comparaciones, que son siempre odiosas.

—No le des más vuelta —digo, esforzándome en sonar conciliador—. Mi madre es una cocinera increíble y le encanta dar de comer a todo el mundo. Te preparará un plato delicioso.

Alma asiente sin prestarme mucha atención. Parece pensativa. Saca su diminuto pijama de la maleta y se incorpora con él.

—Me había imaginado tu ciudad, bueno, tu pueblo —se corrige, mirando a su alrededor como si ver las paredes de mi habitación implicase ver todo Banyalbufar— de manera diferente.

—Te imaginaste que vivía en Palma —la corrijo yo, de pie al otro lado de la cama, sacando de mi mochila el par de camisetas que he traído.

No tengo por qué andarme por las ramas y ella no debería hacerlo.

—¿Vas a decir ya lo que estás pensando? —continúo, pretendiendo sonar burlón, y creo que lo consigo.

Ella se encoge de hombros, esquivando el tema, y finalmente da un paso hasta la cama, se arrodilla en ella y pone carita de cachorrito abandonado, supongo que esperando que ese gesto mitigue lo que está a punto de decir.

—Es que nos había imaginado en una casa grande y moderna frente al mar, con música *chill out* sonando de fondo, un precioso velero anclado muy cerca y todos vestidos de blanco.

—Entonces, te imaginaste que vivía dentro del estereotipo de las islas Baleares —comento, socarrón, pero, para qué negarlo, también un poco molesto.

—Nico —se queja.

—¿Cuándo te he dicho yo que tuviera un barco? —planteo.

Ella me mira como si esa idea estuviese implícita en la frase «Vivo en la isla de Mallorca».

Resoplo, tratando de controlar mi enfado. A veces pasa, ¿no? Hay personas que no conocen otros lugares y se hacen ideas preconcebidas sobre ellos. Es algo que detesto, cierto, pero ella no lo ha hecho con mala intención. Solo se ha dejado llevar por los anuncios de Iberia.

—Mira —digo, sentándome también en la cama—, Banyalbufar es mi pueblo y esta es mi casa, y me encanta. Yo soy así. Me gusta ir a la playa con mi amigo Quim atravesando la arboleda y bajando por el acantilado, comer tomates de ramallet y las cocas que preparara mi madre, y que todo sea tranquilo y pequeñito… y, ¿sabes qué? —añado con una suave sonrisa—, estoy seguro de que, si le das una oportunidad, a ti también te encantará.

Alma deja que mis ojos sigan atrapando los suyos, meditando mis palabras, hasta que finalmente asiente y sonríe. El gesto de mis labios se ensancha. Puede funcionar. Solo tengo que dejarme llevar.

—Supongo que todo es cuestión de bajar las expectativas —suelta, levantándose y dirigiéndose a la puerta—. ¿El baño?

Yo la miro masticando lo que acaba de decir.

—Segunda puerta a la derecha —contesto, y obviamente ya no sonrío mientras observo cómo se marcha pasillo abajo.

—*Superb* —gruño, irónico, levantándome de nuevo.

Cojo una de las camisetas solo para hacer algo con mis manos, pero, cuando el malhumor me gana la partida, la tiro contra la cama.

Las comparaciones son jodidamente odiosas.

*

La cena es un poco… extraña. Es la única palabra que se ocurre. Mi hermano, Sara, mi madre y Alma intentan sacar temas de conversación, pero todos parecen acabarse a los dos minutos, como si fuéramos incapaces de hilar una charla normal y corriente. Para cuando llegan los postres, tiramisú casero, todos, salvo mi madre, nos hemos rendido. Ella opta por contarnos lo bien que lo pasó cuando quedó con sus amigas la semana pasada para jugar a la escoba, en teoría, para comentar que Manuel, el alcalde, se ha implantado pelo, en la práctica.

—Nicolás Arranz —canturrea Quim, entrando en casa.

Sonrío y me levanto de un salto. El gesto se contagia en los labios de mi madre al verme.

—¿Qué pasa?, ¿ya te cuelas en mi casa sin molestarte en llamar? —finjo protestar, saliendo al salón.

Él se encoge de hombros con cero remordimientos.

—No es algo que haga ya —me explica con retintín—, más bien es algo que he hecho siempre.

—Un día de estos mi madre va a darte una paliza.

—Y me la mereceré seguro.

Ya no somos capaces de bromear más y rompemos a reír al tiempo que nos damos un abrazo. Como siempre, lo he echado muchísimo de menos.

Regresamos a la cocina y le presento a Alma. Mi madre no le da esa merecida paliza, pero sí le ofrece una porción de tiramisú y luego nos pone a Fer, a Quim y a mí a fregar los platos mientras Alma, Sara y ella se van a tomar el café al salón.

De vez cuando, echo un vistazo para ver cómo va todo. Me gustaría poder decir que en todas las ocasiones las encuentro conversando animadamente, pero estaría mintiendo.

Después, los tres friegaplatos salimos a sentarnos a la puerta de casa a charlar mientras nos bebernos la última cerveza. Hace un frío de cojones, pero no nos importa. Se ven un montón de estrellas y se respira olor a mar, de verdad.

Le digo a Alma que salga con nosotros, pero ella prefiere subir a acostarse.

Fer es el primer cobarde en volver dentro, porque, según él, y recalco, solo él, Sara lo echa de menos.

—Nos vemos mañana por la mañana —me recuerda Quim mientras chocamos las manos a modo de despedida, ya de pie junto a la puerta.

—Cuenta con ello —afirmo.

Entro de nuevo en casa, todavía con la sonrisa en los labios, que se hace aún mayor cuando, al echar un vistazo a la cocina, me encuentro con mi madre. Está cargando la vieja cafetera italiana para mañana por la mañana. La imagen automáticamente me deja de crío en esta misma cocina, viendo exactamente lo mismo. Ella ha tenido que trabajar muy duro para sacarnos adelante limpiando casas, de camarera en verano, en hoteles o en cualquier cosa que trajera dinero a esta casa. Siempre se ha levantado antes de que saliera el sol y ha sido la última en acostarse, zurciéndonos los pantalones o leyendo sus novelas románticas, y siempre con el

mismo ritual de dejar la cafetera lista de noche para, por la mañana, solo tener que ponerla al fuego.

—Hay cosas que nunca cambian, ¿eh? —comento sin dejar de sonreír suavemente, lleno de nostalgia, colocando los dos botellines vacíos en la pila.

Mi madre también sonríe.

—¿Sabes que hay gente que solo sale a charlar y a tomar cerveza a la puerta de casa en verano? —plantea, socarrona.

—Aficionados —sentencio, arrogante.

Los dos sonreímos hasta casi reír. Me encanta estar aquí, me encanta estar aquí con mi madre. Estos momentos son alucinantes y, francamente, me encantaría tener mil al día.

—¿Quieres que la encienda y nos tomamos uno? —me ofrece, y parece que es capaz de leerme la mente.

—¿Por qué? —replico, burlón—. ¿Quieres interrogarme?

Mi madre finge meditar mis palabras.

—Podría ser… —contesta, contagiada de mi humor.

Pone la cafetera al fuego y me hace un gesto para que me siente con ella a la mesa. Yo ladeo la cabeza sin dejar de observarla y una sonrisa fugaz e insolente, pero a la vez resignada, se hace con mi expresión. Debería decir que no, pero sé que es imposible que me escape de esta.

—¿Estás seguro? —pregunta a bocajarro en cuanto me siento.

—Seguro, ¿de qué? —me hago el remolón, porque, aunque sé de sobra a qué se refiere, no me apetece responder.

—De esa chica… —Resoplo. No quiero tener esta conversación—. Mira —me llama al orden mi madre antes de que pueda protestar—, no digo que Alma no sea una buena persona y estoy convencida de que hay por ahí un chico al que hará muy feliz. Yo… —hace una pequeña pausa, hay quien diría que porque no sabe cómo seguir, pero yo sé que es porque lo tiene cristalinamente claro—… bueno, solo digo que ella no es Mia.

Joder.

—Créeme, eso lo tengo clarísimo, mamá.

—¿Y vas a conformarte? —me increpa.

—Fui yo quien rompió —le recuerdo, malhumorado.

—Dirás quien se equivocó.

Genial, eso ha sido como llevar la soga a la casa del ahorcado.

—Puede ser —cedo, porque, ¿qué demonios?, a estas alturas cómo puedo saber a ciencia cierta que no he cometido la mayor estupidez de mi vida o, con total franqueza, que he tomado la decisión correcta. Tuve claro que era lo mejor. He decidido tratar de olvidarme de Mia y darle una oportunidad a Alma. Necesito un tiempo prudencial… Sin embargo, siendo sincero, ahora mismo las apuestas dentro de mí están setenta treinta a favor de la estupidez—, pero ya está hecho, mamá. Elegí estar con Alma.

—Nico, ¿tú eres feliz?

Eso quién coño lo sabe.

La cafetera empieza a silbar. Mi madre hace el ademán de levantarse, pero me adelanto, indicándole que siga sentada.

—Es complicado —digo, sirviendo dos tazas y regresando a la mesa.

Mi madre bufa, riéndose claramente de mí.

—Criar a dos hijos con el salario mínimo, eso sí que es complicado. Saber si estas con la persona correcta, no, hijo. Mia encajaba, y no me refiero al pueblo o a esta familia, me refiero a ti, contigo.

—Quizá Alma necesite más tiempo para adaptarse —respondo a la defensiva—. Solo lleva aquí unas horas.

—Sabes muy bien que no estoy hablando de eso —me reprocha, sin necesidad de usar una palabra de más—, pero espero que tengas razón.

Ya sé que Alma no es Mia, lo tengo *jo-di-da-men-te* claro, pero necesito centrarme en que esto funcione y olvidarme de ella; si no, no tendré ni una mísera oportunidad.

—Me voy a la cama —me da una tregua mi madre.

—No te preocupes, yo cargaré de nuevo la cafetera.

Ella sonríe, me agarra de la cabeza y me da un beso en la coronilla.

—Yo solo quiero que seas feliz —susurra.

—Lo sé.

De veras lo hago.

Busca mi mirada con la suya para dedicarme una sonrisa y, finalmente, se encamina hacia la puerta.

—Le he pedido a Fer que baje del altillo las cajas que enviaste de Madrid, por si necesitas algo —me informa, deteniéndose bajo el umbral—. Están en el salón.

—Gracias.

Friego las tazas, cargo la cafetera y, con la casa en el más absoluto silencio, entro con el paso lento en la sala de estar. Voy hasta las cajas y paseo la yema de los dedos por el cartón. Ni siquiera sé si es buena idea que las abra; están llenas de recuerdos, de Mia.

Deslizo una de las solapas y la levanto con cuidado. Lo primero que veo me hace sonreír. Al principio de estar en París, estábamos sin blanca. Entre su pobre beca y mi triste sueldo, apenas teníamos para pagar el alquiler y acabamos viviendo en una buhardilla diminuta en un séptimo sin ascensor, aunque con unas vistas increíbles. Lo poco que nos quedaba era para comer, nada de cines, de teatros, de restaurantes, así que lo único que hacíamos era pasear, comernos París a pasos y besos, perdernos por la ciudad una y otra vez, conociendo cada rincón y descubriéndolo de nuevo un millón de veces más.

En uno de esos paseos, vimos unos puestecitos en una de las orillas del Sena. Tenían un montón de libros antiguos, incluso algunas primeras ediciones. Me habría llevado mi peso en

novelas aquella tarde, pero los dos sabíamos que no podía ser.

Mia se escabulló cinco minutos y, cuando regresó, traía una pequeña libretita de media cuartilla de tamaño, las solapas rojo oscuro y una goma marrón para sujetarla. Me dijo que había querido comprarme un libro y no tenía suficiente dinero, pero no quería que me marchara de aquellos puestos con las manos vacías, así que me traía algo que poder llevar conmigo todos los días, donde poder apuntar todas mis ideas y, quizá, algún día, al cabo de cincuenta años, una de ellas volvería a ese mercadillo transformada en un libro maravilloso que alguien compraría porque sería su tesoro.

El mejor regalo que me han hecho jamás.

Sigo sacando cosas, recuerdos, y, entonces, en el fondo de una de las cajas, lo veo, el diario de Mia. Lo observo, sorprendido, confuso y contento a la vez mientras el corazón comienza a latirme deprisa. Cojo el libro con las dos manos y miro la portada. Una parte de mí desea leerlo, repasar cada línea una y mil veces; otra sabe que no es buena idea, que no casa con la promesa de tratar de no pensar en Mia.

Dejo el diario en la caja y, sin darme oportunidad a pensarlo dos veces, vuelvo a cerrarla y subo a la habitación.

Tengo que intentar que funcione.

*

—Buenos días —saludo a Alma cuando entra en la cocina. Lleva el mismo vestido con el que la vi por primera vez en la librería. Es un vestido alucinante.

—Buenos días —responde ella con una sonrisa—. ¿Hoy vamos a pasar el día en Palma? —me pregunta, emocionada.

Yo niego con una sonrisa.

—Tengo un plan aún mejor —anuncio. Ella me mira, expectante—. Nos vamos a la playa.

Alma arruga la frente, sin levantar sus ojos de mí.

—¿A la playa? —inquiere, confusa—. Pero es invierno y hace frío.

—Tranquila, lo tengo controlado.

—¿Qué llevas en la mochila? —plantea Quim, entrando en casa e iniciando nuestro ritual de siempre.

—Estrellas y un abrebotellas —contesto con una sonrisa, a lo que mi amigo asiente—. ¿Y tú?

—Más estrellas y otro abrebotellas.

—Estamos preparados —sentencio, guiñándole un ojo.

Sonreímos hasta casi reír, cojo a Alma de la mano y salimos de casa. Mientras cruzamos, primero el pueblo y después la arboleda, Quim y yo no dejamos de hablar, contar chistes malos y reír. Alma, en cambio, apenas pronuncia palabra. Doy por hecho que está observando el paisaje, quedándose con cada detalle. Solo espero tener razón.

—¿Cómo vamos a bajar a la playa? —pregunta Alma, mirando a su alrededor cuando dejamos atrás los últimos árboles y llegamos al borde del pequeño acantilado.

—Por aquí —contesto, buscando restarle importancia.

—Es más fácil de lo que parece —la anima Quim, empezando a descender.

Miro a Alma con una sonrisa, tratando de que sienta todo lo que siento yo, la fuerza inconmensurable del mar, el olor a clorofila y espuma salada, la preciosa Tramuntana que lo alberga todo.

—Vamos —le digo, ofreciéndole mi mano, y me doy cuenta de que es como decir sin palabras «Confía en mí».

Sin embargo, ella echa un vistazo a mi espalda y, tras un segundo de reflexión, suelta una carcajada.

—No pienso bajar por ahí.

—Puedes hacerlo —insisto.

«Confía en mí.»

—Ya, pero no quiero —asevera, cruzándose de brazos—. Tiene que haber otro camino.

—Sí, pero está bastante lejos y perderíamos algo así como una hora. Además, siempre bajamos por aquí. Si lo haces, serás uno de nosotros —añado, con mi sonrisa más encantadora.

Ella tuerce los labios, indignada.

—A eso se le llama presión de grupo, Nico —replica, molesta.

Frunzo el ceño, completamente perdido.

—La cosa no va por ahí —le aseguro.

—Ya, bueno… —responde, poco convencida—. ¿Podemos ver ese otro camino, por favor? —me pregunta, echando un vistazo a lo lejos, tratando de encontrarlo por sí misma, pero su tono no casa con sus palabras, sobre todo con las dos últimas.

La observo un momento y demasiadas cosas cruzan mi mente demasiado rápido. ¿Cómo ha podido malinterpretarme de esa manera? ¿De verdad piensa que sería capaz de presionarla para que hiciese algo que no quisiese?

No confía en mí.

Mia confió en mí.

—Claro —respondo, y no puedo evitar sonar malhumorado.

Llamo a Quim. Los tres cruzamos la arboleda de nuevo, el pueblo y salimos a la carretera, andamos un par de kilómetros y, por fin, llegamos a la playa. Intento no darle más vueltas, pero me resulta bastante complicado.

Quim parece darse cuenta de que las cosas no van demasiado bien y empieza a hacer chistes todavía más malos hasta que rompo a reír, en contra de mi voluntad. Creo que es el peor humorista de la historia.

Alma sigue a su aire. Supongo que las cosas continúan sin casar con lo que tenía pensado… ni veleros, ni piscinas con bordes infinitos, ni *glamour* sofisticado. Que comamos en el pequeño

restaurante de Biel tampoco parece cumplir sus expectativas.

—Estás muy callado —comenta cuando nos encontramos de nuevo a solas en mi habitación, después de habernos duchado.

Estoy sentado en el borde de la cama, con la rodilla flexionada, anudándome la zapatilla deportiva. Aún llevo el pelo húmedo, echado hacia atrás con las manos.

Guardo silencio, fingiendo que no tengo nada que decir porque no hay nada que decir.

Ella me observa durante unos segundos y finalmente se sienta a mi lado, envuelta en una toalla azul.

—Sé que hoy el día no ha ido como esperabas —me contengo para no soltar un resoplido; se ha quedado corta—, pero, si me dejas, tengo una idea para compensarte. He pensado un sitio donde ir.

—No tienes que compensarme —replico, hastiado.

No quiero que me compense y, en realidad, soy consciente de que no tengo derecho a estar enfadado con ella. No puedo pretender que le guste lo mismo que a mí, ni que aquí se sienta tan bien como yo, aunque supongo que me habría gustado que, al menos, lo hubiese intentado con otra actitud.

—Por favor —me pide, poniendo esa cara de cachorrito desvalido.

Es tan buen momento como cualquier otro para aclararle que esa cara no funciona conmigo.

—Alma —la reprendo.

—¿Sabes qué? —contesta, buscando de nuevo mi mirada—. Estás muy sexy cuando usas ese tono.

Noto cómo su piel se enciende. Se muerde el labio inferior. Sé perfectamente lo que quiere.

—Nico —murmura con voz trémula.

Sé perfectamente lo que quiere y no es lo que quiero yo.

—Está bien —digo, levantándome—. Acepto el plan. Compénsame.

Alma me mira, aturdida; qué cojones, incluso yo lo hago para conmigo. Es la primera vez en todos los días de mi vida que rechazo echar un polvo con la chica con la que estoy. Me contengo para no resoplar, otra vez. ¿Qué coño me está pasando?

Sin embargo, tampoco quiero dar marcha atrás. No quiero follármela, así de sencillo.

—Te dejo para que te vistas —comento, yendo ya hacia la puerta solo para escapar de esta habitación—. Te espero abajo.

Puedo notar los ojos negros de Alma sobre mí hasta que desaparezco por el pasillo, alucinada por lo que acaba de pasar. No voy a negarlo, yo también lo estoy.

Alma baja algo así como unos cuarenta minutos después. Solo necesito ver cómo se ha maquillado para entender que sus planes están en Palma y no aquí. El Uber que nos espera en la puerta también es una gran pista.

Efectivamente, su noche incluye el bar de cultura alternativa de moda y un concierto de música *neofolk* en un local la hostia de caro con vistas al mar.

*

El domingo por la mañana me levanto temprano y, sin despertar a Alma, me doy una ducha y preparo el equipaje. Tengo la sensación de que este viaje solo ha servido para darme más cosas en las que pensar o puede que pensar en las mismas, pero todavía con más intensidad.

Aprovecho que todo está tranquilo para instalarme en la mesa de la cocina y darle un último repaso al artículo. Es la vuelta número cien mil doscientos cuarenta y dos y soy consciente de que debería parar, pero quiero que sea perfecto.

Mi madre es la primera en aparecer. Aunque le digo que no hace falta, insiste, y se sale con la suya, en prepararme cocas de albaricoque para desayunar. Después llega Sara. Se sienta a mi lado y lee el artículo. Me da un par de muy buenas ideas para unas frases que no me convencían y acabamos charlando sin parar, como cada vez que estamos juntos. El tercero en aparecer por la cocina es Fer y el cuarto, Quim, los dos estoy seguro de que guiados por el aroma de la coca recién salida del horno.

Hablamos de todo y nos reímos más.

—Buenos días —saluda Alma, entrando en la estancia.

La conversación enmudece de golpe y, tras un segundo de más de silencio, todos la saludamos de la misma manera.

—¿Un café? —pregunto, levantándome y cogiendo la cafetera en el mismo movimiento para cargarla de nuevo antes incluso de oír un sí.

Ella asiente y ocupa mi sitio.

No sé por qué estoy enfadado, aunque esa no es la palabra adecuada, estoy… malhumorado, y no sé si tiene que ver con lo que pasó ayer durante el día, durante la noche o con lo que bien que me he sentido esta mañana sin que ella estuviese aquí.

—¿Te apetece un trozo de coca de albaricoque? —le ofrece mi madre—. Está recién hecha y todos los productos que he usado son veganos y ecológicos. Ayer me pase veinte minutos leyendo etiquetas en el colmado de Joaquina.

Todos sonreímos; todos, menos Alma.

—Claro —responde.

Mi madre empieza a servirle un trozo y otra vez se hacen unos incómodos instantes de silencio, como si el ambiente de la cena del viernes se hubiese hecho aún más irrespirable.

—Estábamos hablando del puente de San Juan —comento, aún pendiente de la cafetera, de espaldas a la mesa, con el único objetivo de iniciar una charla e involucrar a Alma—. Aquí es todo un acontecimiento.

—Nuestra fecha favorita del año —añade Quim.

Dejo un café frente a ella.

—¿Y no bajáis a Palma? —pregunta Alma.

Mi hermano, Quim, Sara y mi madre, que acaba de darle a la propia Alma su trozo de coca, se miran, confusos, entre sí.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —plantea Fer.

Alma mueve el tenedor de postre, coge un bocado minúsculo del dulce y se lo lleva a los labios.

—Porque dicen que es deslumbrante —explica—, con todo eso de los *dimonis* y el Parc de la Mar. Aquí, ¿qué es lo que hacéis?

—De todo —responde Quim, sin poder contenerse, haciéndonos sonreír a Fer, a Sara, a mi madre y a mí—. Cenamos todos juntos en una de las calles del pueblo. Preparamos una mesa larguísima y cada uno aporta algo.

—La comida está buenísima —interviene Sara—. Todo casero y sencillo, pero con una calidad increíble.

Tras el mínimo trozo que ha probado, empuja el plato hacia delante sin ni siquiera mirarlo y coge el café. Creo que ese gesto me molesta más que todos los demás.

—Después, la pirotecnia —continúa contando Fer— y los fuegos artificiales. Ah, y la música. Para nosotros, San Juan no es solo la noche del 23 —afirma, risueño.

Alma me mira sin entender qué quiere decir con eso de «solo el 23» y yo tomo el relevo.

—Todo eso es la noche del 22. El 23, la víspera de San Juan, pasamos todo el día en la playa, y después nos duchamos y volvemos —añado, con una sonrisa que enseguida encuentra cómplices—. Allí hacemos barbacoas con pescado fresco y, a medianoche, llegan más fuegos artificiales y las hogueras. Es una noche muy especial.

—Siempre lo ha sido —comenta mi madre, deteniéndose junto a mí—; para todo Banyalbufar, San Juan es magia en estado puro.

Alma sonríe, pero enarca las cejas de una manera muy significativa, básicamente queriendo decir que ella no entiende qué es lo que tiene de especial pasar la noche en un pueblo y una playa cuando puedes acudir a un gran acontecimiento turístico.

—Estaría bien venir —comenta, pero es más que obvio que su tono y sus palabras no casan en absoluto.

Todos respondemos que le encantará y cosas parecidas, pero también resulta cristalino que no lo creemos en realidad.

Terminamos el desayuno en silencio y nos preparamos para marcharnos.

—He olvidado el cargador del teléfono —me dice Alma cuando ya nos estamos despidiendo en la puerta de casa.

Resoplo internamente, pero lo disimulo a tiempo.

—Ya voy yo.

Entro de nuevo, cruzo el salón con paso acelerado y subo las escaleras. No tardo más que un par de segundos en ver el cargador sobre la mesita. Lo cojo y hago el camino inverso. Sin

embargo, cuando vuelvo a atravesar la sala de estar, las cajas llaman poderosamente mi atención; en realidad, lo hace una caja, una cosa.

—¡Nico! —me llama mi madre desde la calle—. ¡Tienes que darte prisa, tesoro!

Lo quiero.

Lo necesito.

No lo pienso y, con toda probabilidad, sería mucho mejor para todos los implicados que lo hiciera. Deslizo, veloz, las solapas de cartón, abro el paquete, recupero el diario de Mia y me lo guardo en la mochila.

Necesito sentirla cerca. Me paso todo el domingo leyendo a Mia.

*

El lunes me concentro en el trabajo y, lo que es más importante, en recuperar el sentido común. Es cierto que la escapada a Banyalbufar no ha salido como esperaba, pero tengo que dejar de darle vueltas, igual que tengo que dejar de leer el diario de Mia, que actualmente está guardado en el fondo de mi vieja mochila y ahí es donde se va a quedar.

En cuanto llego a la redacción, imprimo una copia del artículo y me presento en el despacho de Andrea. Mi trabajo ya estaba subido a la intranet privada del periódico, pero, como no me ha comentado nada, entiendo que no lo ha leído todavía.

—¿Puedo pasar? —pregunto, empujando suavemente la puerta entreabierta tras golpearla con los nudillos.

Mi jefa se toma unos segundos para responder.

—Adelante —dice al fin.

—Te traigo el artículo que me encargó Acosta —le explico, dejando las hojas sobre su mesa.

Ella, otra vez en silencio, mira los papeles y, a continuación, me mira a mí.

—Ya lo ha leído —asevera, lacónica, concentrándose en su ordenador.

Espero a que continúe, pero no lo hace, y tengo que controlarme porque ese silencio intermitente me está poniendo de los nervios.

—¿Qué te ha parecido? —planteo, y he de reconocer que sueno un pelín impaciente.

—Es demasiado bueno —sentencia, sin volver a posar su vista en mí.

Frunzo el ceño, confuso, solo un instante, porque esa es la ínfima cantidad que necesita mi cuerpo para ponerse en guardia. Quizá alguien pueda creer que esa frase es un halago, pero estoy demasiado quemado como para verlo así y lo peor es que sé a ciencia cierta que no me equivoco.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—No lo sé —responde, maliciosa—, pero no pienso publicarlo.

—Eso es una estupidez —gruño antes de poder controlarme, aunque, en realidad, creo que sí lo hago, porque *estupidez* no ha sido precisamente la primera palabra que se me ha venido a la cabeza.

—Puede ser —se jacta, sin importarle lo más mínimo—, pero yo decido qué se publica en esta sección, cómo y cuándo.

De repente una lucecita se enciende en el fondo de mi cerebro y en un solo segundo lo comprendo todo.

—Nunca pensaste publicarlo, ¿verdad? —le reprocho—. Desde que me encargaste la condenada historia, no fue más que otra manera de querer ponerme en mi sitio.

Otra jodida manera de demostrarme quién manda aquí.

Ella sonríe, taimada, dándome la razón.

—No te des tanta importancia, Arranz —me pide, condescendiente—, y traduce esos teletipos —concluye, lanzando sobre la mesa una carpeta de color sepia, que, al caer, deja asomar varios papeles de la agencia France-Presse de su interior.

Aprieto los dientes, cada vez más cabreado, más frustrado, más decepcionado. Es una hija de puta y yo, un auténtico imbécil por no haberme dado cuenta de lo que pretendía y hacerme ilusiones.

¡Joder!

No me molesto en recoger la carpeta y salgo disparado. Si me quedo aquí, destrozaré su despacho, la jodida redacción. ¡Odio estar aquí! ¡Odio esta puta situación!

Empujo la puerta con rabia y alcanzo las escaleras. Necesito aire fresco. Necesito liarme a hostias con el mundo. ¡Maldita sea! ¡Necesito respirar!

La máquina de *vending* entra en mi campo de visión. Mi cuerpo, mi corazón, la rabia, buscan alivio y, antes siquiera de que el pensamiento cristalice en mi mente, lanzo el primer puñetazo contra la expendedora.

Las cosas no tendrían que ser así. Adoro mi trabajo. Adoro poder escribir.

Otro puñetazo. El cristal se resquebraja.

Quiero que me dejen escribir, que me dejen en paz.

Otro.

Poder demostrar que todavía sirvo para algo, que no soy un completo gilipollas que ha destrozado todo lo bueno que tenía.

Y otro más.

Que no soy como mi padre.

—Nico.

Su voz, preocupada, atraviesa la neblina de pura furia que me envuelve y consigue traerme de vuelta.

13

Nico

Miro el cristal, hecho pedazos, mis nudillos, ensangrentados, pero yo no siento nada. Sus pasos bajando las escaleras suenan cada vez más rápido, está cada vez más cerca.

—Nico —murmura frente a mí.

Pone sus manos en mis mejillas y me obliga a girarme hacia ella, y eso sí lo siento y mi corazón suspira, aliviado, porque ella es todo mi calor, mi luz, cada latido que he perdido.

«Nena.»

—¿Estás bien? —pregunta Mia, y su voz se evapora cuando repara en las heridas de mis manos—. Lo he escuchado todo. Estaba contrastando una información con uno de tus compañeros y he oído lo que esa impresentable te decía.

La miro y siento cómo sus ojos castaños me tocan de más maneras de las que ni siquiera puedo comprender y tengo que apartar los míos, porque no me lo merezco. Todo es un desastre. Mi vida lo es. Tengo la sensación de que solo sé tomar decisiones equivocadas.

—Márchate, por favor.

—No te mereces que esa mujer te trate así —afirma, buscando mi mirada de nuevo—. Eres increíble, ¿me oyes?

Sus palabras me duelen, porque no son verdad, porque le he hecho daño a ella, a la única persona en el mundo a la que quería proteger.

—Vete —le pido, apartando sus manos de mi cara, y todo mi cuerpo protesta, llamándome gilipollas, y he de alejarme un paso para poner distancia entre los dos, porque echo demasiado de menos París, mi vida en París.

—No voy a irme —replica, tozuda, caminando de nuevo hasta mí.

—Mia… —la reprendo o la llamo, qué sé yo.

«Por favor.»

—No voy a marcharme hasta que entiendas que no te mereces esto —sentencia.

¡La echo de menos a ella!

Mi corazón toma el mando y no me muevo y dejo que se acerque. Mia vuelve a colocar sus manos en mis mejillas. Yo atrapo sus preciosos ojos marrones y algo entre los dos estalla. El hilo rojo que nos une nos arrastra a ambos, como una cuerda enterrada en la arena de la que tiras, tensándola, e irrumpe, gloriosa, sacudiéndose cada grano, más fuerte que nunca. Sus manos se

deslizan hasta esconder la punta de los dedos bajo mi pelo. Yo muevo las mías, despacio, hasta anclarlas en sus caderas.

La rabia, el amor, esa maldita vulnerabilidad, se entremezclan y me dejo llevar y dejo caer mi frente contra la suya.

Cerramos los ojos.

—Nico —susurra.

«Nena», pienso, y cada una de esas dos palabras es un bálsamo para mí, su voz lo es.

Cada uno de mis errores, los aciertos, los buenos momentos, el ser feliz, la magia de cada una de las pequeñitas cosas extraordinarias que siento cuando ella está cerca. Siento eso. Lo siento ahora, lo siento todo, y el verbo es el correcto, porque no cabe otro, porque, aunque quisiera, no podría pensar, porque esto es el corazón y nada más.

Mueve sus labios. Muevo los míos. Nuestros alientos se entremezclan.

—No puedo —musita, separándose de mí.

Mia se aleja y sale disparada escaleras arribas antes de que pueda decir nada por evitarlo, como el agua escapándoseme entre los dedos.

Me paso las manos por el pelo, intento poner cada cosa en su lugar, pero esta vez es infinitamente más complicado que nunca.

*

En cuanto puedo, me escapo del periódico. No tengo ningún interés en estar allí. Voy a la librería y, aunque podría decir que lo hago porque tengo ganas de ver a Alma, en el fondo, lo que quiero es acomodarme en el sillón junto a la ventana y rezar por que cumpla con su magia de siempre y me haga sentirme mejor solo por sentarme justo ahí.

—Hola, amor —me saluda Alma, con una sonrisa, desde detrás del mostrador en cuanto pongo un pie en el local—. ¿Quieres un café?

Asiento y ella se gira para encarar la máquina.

—No tienes buena cara —comenta, dejando la taza frente a mí.

—No he tenido un buen día en el trabajo.

—Así fue cómo nos conocimos —me recuerda, sonriendo de nuevo—, porque no tuviste un buen día.

Le devuelvo la sonrisa, aunque es un gesto de puro trámite que en ningún caso me llega a los ojos.

—No van a publicarme el artículo —anuncio, y la verdad es que me sorprendo a mí mismo. Yo no suelo hablar. No me gusta. Debo necesitarlo de la hostia para atreverme a dar un paso así.

Alma medita sobre mis palabras y, finalmente, se encoge de hombros.

—Ya te dije que no era un tema muy interesante —suelta, y yo no me puedo creer que su respuesta haya sido esa—. Tendrías que haber escrito sobre la neoglobalización cultural

establecida.

Me contengo para no poner los ojos en blanco.

—Alma —empiezo, armándome de paciencia—, trabajo en Internacional…

—¿Y eso qué más da? —me interrumpe, restándole importancia—. El dar por hecho que solo cabe política en tu sección es una manera de pensar increíblemente retrógrada. Las necesidades de información están cambiando.

No puedo más.

—¿Y qué es lo que pretendes?, ¿que convierta la sección de Internacional de uno de los periódicos de habla hispana más importantes del planeta en una puta revista para hípsters? —gruño, malhumorado.

—Al menos, así, cubriríais las necesidades auténticas de la sociedad.

Se me olvidaba que estoy hablando con una.

—Alma, por Dios…

—¿Por qué no te rindes? —vuelve a frenarme—. Deja el trabajo. Haz algo que realmente te guste.

—Cuando me dejan hacerlo, mi trabajo me gusta —replico, molesto de que tenga que estar aclarándolo a estas alturas por haberme pedido que me rinda. ¡No quiero rendirme nunca, con nada!—. Adoro escribir. Además, todo el mundo hace concesiones por su carrera laboral. Tú también las harías cuando abriste la librería.

Alma niega con la cabeza, orgullosa.

—Yo sabía lo que quería y mi padre me compró el local y me dio el dinero para montar el negocio.

Abro un poco más los ojos. Muchas piezas encajan de golpe, sobre ella, sobre su manera de ser. Alma no tuvo que luchar por este negocio, fue un regalo.

—Ríndete —concluye, inclinándose suavemente sobre la barra para pronunciar esa única palabra y luego volverse a incorporar— y sé feliz.

Asiento simplemente para que la conversación se acabe. Cojo en el café y voy hasta el sillón. En cuanto me siento, el olor me envuelve, su calidez y, en mitad de este día horrible, consigo sentirme un poco mejor. Mi trabajo. Mia. Mi vida. Puede que me haya equivocado en demasiadas cosas, que ahora mismo todo sea un caos, pero no pienso rendirme jamás. Nunca.

*

A partir de esa mañana, en el periódico todo se estanca de la peor de las maneras. Nadie vuelve a mencionar lo del artículo y ya tengo clarísimo que Andrea va a hacer todo lo posible porque no vuelva a escribir. Traducciones, teletipos, definitivamente esa será toda mi vida laboral.

Cada tarde, cuando salgo del diario, voy hasta la librería. Todos, incluida la propia aludida,

creen que lo hago por Alma, pero, en realidad, lo hago por ese sillón. Si estuviera en mis cabales, diría que es estúpido, que es solo un trozo de madera y piel sintética, pero en la actualidad, para mí, es mucho más.

No vuelvo a hablar con Mia ni a buscarla, aunque una parte de mí se muere de ganas.

*

Un jueves cualquiera, ya casi ha pasado una semana desde lo del artículo, subo las escaleras de la estación de Bilbao, en dirección a la librería. Llevo el abrigo puesto, aunque puedo permitirme hacerlo abierto. Sigue haciendo un frío de la hostia, pero hoy parece que ha amainado un poco.

Camino una, dos, tres calles, y la preciosa fachada de ladrillo visto entra en mi campo de visión. Sonrío suavemente y otra vez es el efecto a la poca distancia hasta el sillón. Tiro de la manilla para abrir, pero alguien desde el interior empuja para salir.

—Perdona —me disculpo por inercia.

Pero, entonces, alzo la cabeza y la veo, a ella, a Mia, frente a mí, saliendo de la librería. Atrapo sus preciosos ojos marrones y el corazón comienza a latirme descontrolado. Ella me mantiene la mirada un puñado de segundos y acaba apartándola, nerviosa, con la respiración acelerada como la mía, con el corazón latiéndole tan rápido como a mí.

Las manos me arden, suplicándome que las deje tocarla, y es como dos imanes el uno frente al otro, tirando de nosotros, guiándonos para colisionar, para sentirnos ahora y un millón de veces más.

Mia se mueve rápido, como si la sacasen de un sueño, sacándome a mí del mío, me esquiva y, con el paso apresurado, se aleja de la librería.

No lo dudo, salgo tras ella y, a unos pocos metros, la cojo de la muñeca, haciendo que se gire. El contacto es brutal, casi demoledor, y despierta con putos fuegos artificiales cada célula de mi cuerpo.

—Mia, espera —le pido, todavía aturdido por la propia reacción de mi piel.

—No, no puedo —replica ella, zafándose, dando un paso atrás.

—Solo quiero que hablemos.

—No —repite, negando también con la cabeza.

Solo quiere escapar, escapar de mí, y algo en mi interior, sencillamente, se rompe.

La puerta suena detrás, pero no me importa.

—Por favor —le digo, atrapando de nuevo su mirada y, por primera vez en mis veintiocho años de vida, me da igual sonar vulnerable o desesperado.

Ella sabe lo que significa y alza la cabeza, con los ojos vidriosos, a un mísero paso. Si alzara la mano, podría tocarla, podría sentirla cerca.

—No puedo —murmura, y una solitaria lágrima resbala por su mejilla.

«No, nena, no.»

—¿Qué está pasando? —pregunta una voz a mi espalda.

No les importa. No le importa a nadie. Esto es solo nuestro. Mia tampoco levanta sus ojos de mí.

Me equivoqué y nunca me arrepentiré lo suficiente.

—Nico —repite esa misma voz.

Mi nombre suena preocupado, implicando familiaridad. Mia también se da cuenta de ello y yo cierro los ojos, mortificado, llamándome gilipollas, porque mi mente acaba de ofrecerme en exclusiva un vívido resumen de lo que está a punto de pasar.

Miro a Mia, rezando por que las cosas no vayan a ser así, pero ella ya no me mira a mí, está contemplando a Alma, y esa solitaria lágrima se transforma en dos mientras lo entiende absolutamente todo. No sé de qué me sorprende, mi chica siempre ha sido la más intuitiva del mundo.

—Mia —susurro, dando un paso hacia ella.

Pero ella niega con la cabeza, con la mirada más triste del universo, gira sobre sus talones y sale disparada por la calle Manuela Malasaña.

Doy el primer paso para salir tras ella, pero esa mirada me ha dejado paralizado.

—¿La conoces? —pregunta Alma, trayéndome a la realidad de nuevo.

Clavo la vista en el suelo, tratando de poner cada cosa en su lugar, pero, maldita sea, en esta ocasión soy incapaz de hacerlo.

—Nico —insiste.

—Tengo que irme —murmuro, girándome.

—Pobre chica, ¿verdad? —comenta, ignorando mis palabras, contemplando el lugar por el que Mia se ha marchado—. Viene casi todos los días y siempre se sienta en el mismo sillón. Ahora que lo pienso, sois compañeros de butacón o algo así, porque los dos compartís siempre ese.

No puede ser.

Muevo la cabeza hasta que el sillón, la ventana, la pequeña mesita de latón, entran en mi campo de visión. Por eso me sentía reconfortado. Por eso quería volver allí una y otra vez. Mi cuerpo y mi corazón la reconocían a ella.

¿Qué demonios voy a hacer?

*

Confuso como lo he estado pocas veces en mi vida, regreso al trabajo al día siguiente. Al menos, es viernes y, a no ser que el Gobierno francés dimita en pleno y la redacción se llene de teletipos, podré descansar el sábado y el domingo.

Sin embargo, no llevo más que unos veinte minutos trabajando cuando me dejo caer sobre mi

sillón, frustrado, incapaz de concentrarme. No puedo dejar de pensar en Mia, de darle vueltas a todo.

Hemos estado yendo a la misma librería, sentándonos en el mismo sillón, como si eso fuera nuestra propia versión de *La casa del lago*. Solo puedo pensar en volver a besarla y en el daño que le he hecho y en cómo me miró cuando nos encontramos en la librería y, sobre todo, cuando entendió quién era Alma. Tiene que ser una broma, joder.

—¿Nico Arranz? —me llama un hombre, más o menos de la edad de mi padre, deteniéndose al otro lado de mi mesa.

Me resulta familiar.

—Soy yo —respondo, incorporándome en el asiento.

—Hola. Soy Julio Arramandi —se presenta con una sonrisa—, el subdirector de contenido de *El País Semanal*. —La mítica revista de interés general que acompaña al periódico los domingos —. Básicamente, he venido a llevarte con nosotros.

¿Qué?

—¿Qué? —pregunto, completamente perdido.

Mi confusión lo hace volver a sonreír. Parece que se lo está pasando de cine a mi costa.

—Hemos leído tu cuento y nos encanta —me explica—. Si aceptas, saldrá publicado en la revista en unas semanas.

—¿Mi cuento? —replico, aún más confundido—. Yo no he enviado nada.

—Debería empezar por el principio, ¿verdad? —comenta, socarrón.

—Por favor —le pido con una sonrisa que no soy capaz de contener.

—Mia Nieto, una de las redactoras de digital, me estuvo persiguiendo durante días hasta que acepté leer tu cuento y, francamente, mereció la pena.

Mi sonrisa se ensancha. ¿Mia? ¿Qué? ¿Por qué?

—Tienes mucho talento —afirma— y, te lo aseguro, te queremos con nosotros. Escribirás más cuentos, aunque no será lo único; te necesitamos para reportajes, artículos, entrevistas. ¿Te ves capaz?

—Claro —respondo sin dudar.

¡Dios! ¡Voy a volver a escribir!… Y todo gracias a Mia.

—Mi jefa está hablando con Andrea Ruiz. Pondrá pegas, porque le encanta tocar los cojones —dímelo a mí—, pero no habrá ningún problema. ¿Estás con algo ahora? ¿Necesitas un par de días para cerrar algún artículo que tengas pendiente?

Me entran ganas de reírme a carcajadas, pero me contengo.

—No tengo nada que hacer.

—Perfecto, entonces —afirma, dando una palmada—. Recoge tus cosas y te vienes conmigo. Te enseñaré la redacción.

No necesito que me lo diga dos veces. Meto lo poco que tengo desperdigado por mi mesa en la bandolera y me la cuelgo del hombro.

—Solo una cosa —comento, inclinándome sobre la mesa.

Abro la página del traductor de Google en el ordenador y lo coloco en francés-español.

—Estaba preparando a mi sustituto —explico, fingiendo que he tecleado algo de suma importancia.

Julio asiente y me hace un gesto para que lo siga. Creo que no podría sentirme mejor.

La redacción está en la quinta planta y, al compartir piso con Recursos Humanos, somos los únicos periodistas allí, lo que nos da más espacio, más tranquilidad y una sensación de libertad de lo más agradable.

Julio me presenta a la directora de contenido, su jefa, Noelia Martínez, al director de la revista, Emilio Páez, el jefe de su jefa, y al resto de mis compañeros. El ambiente es inmejorable y tardo algo así como dos minutos en sentirme integrado.

Mi cuento —el cuento que Mia hizo que leyera; cada vez que lo pienso sonrío, joder— saldrá publicado dentro de cuatro domingos, pero ya me han pedido uno nuevo, que piense una idea para un reportaje potente y la semana que viene acompañaré a Julio a una entrevista. Estoy pletórico. Me siento un periodista otra vez.

Y hay algo que me muero por hacer.

A la hora de comer, ya no aguanto más. Les comento a mis compañeros que nos vemos en el bar donde suelen almorzar y bajo a la segunda planta. Serpenteo entre las mesas, impaciente, con una sonrisa, pero el gesto se borra de mis labios cuando encuentro su mesa vacía.

—¿Dónde está Mia? —le pregunto a una de sus compañeras, no recuerdo su nombre, creo que es Lucía.

—Acaba de bajar a recepción. Le han dejado un paquete.

—Gracias —respondo, corriendo ya hacia las escaleras.

Si me doy prisa, la alcanzaré en el vestíbulo.

—Gracias —repite Mia a la chica del mostrador, con un pequeño ramo de margaritas blancas y violetas, sus flores favoritas… Un momento, ¿qué hace con un ramo de flores? ¿Quién se las ha enviado?

Aparto ese pensamiento de mi mente para más tarde y me concentro en la idea de que la tengo delante y de que debo decirle algo muy importante.

—Mia —la llamo cuando se ha alejado apenas un paso del puesto de entrada.

Sueno ansioso, lo sé, pero estoy emocionado y todavía más impaciente ahora que está frente a mí, como un niño el día de su cumpleaños.

Ella me ve. Su cuerpo la traiciona y me recorre de arriba abajo, veloz y nerviosa, antes de centrarse en mis ojos. Ese gesto hace que una nueva sonrisa se cuele en mis labios. Es adorable y sexy y preciosa.

—Tengo que…

—No puedo —me interrumpe, esquivándome y dirigiéndose a los ascensores.

Resoplo suavemente, sabía que no me lo pondría fácil. Giro sobre mis talones, rápido, y la

sigo.

—Espera, por favor —le pido—. Tengo algo que decirte.

—Tengo mucho trabajo —replica sin volverse, sin detenerse—. Debo regresar a la redacción. Mi jefe estará buscándome.

—Será solo un segundo, te lo prometo —le rebato yo.

Pero Mia no dice nada ni tampoco se para. El ascensor se abre justo cuando ella lo alcanza, una sola persona sale y Mia entra, pulsando inmediatamente el botón de su planta e, imagino, rezando para que las puertas se cierren ya.

Resoplo de nuevo, frustrado. No quiero hacer que se sienta peor ni obligarla a escucharme cogiéndola de la muñeca ni nada parecido. No obstante, la idea de que ni siquiera quiera pasar un solo segundo conmigo me resulta de lo más deprimente.

Las puertas empiezan a cerrarse.

—Gracias —le digo, y creo que lo hago al aire, porque ya casi se han cerrado.

Pero, entonces, veo su mano libre asomarse, activando los sensores de apertura del elevador; con la otra sigue sosteniendo ese estúpido ramo de flores… En serio, ¿quién se lo ha enviado?

El corazón comienza a latirme desbocado y, cuando las puertas se abren del todo y vuelvo a tenerla frente a mí, mirándome a los ojos, creo que estoy peligrosamente cerca de perder la poca cordura que me queda.

—Soy el nuevo redactor de *El País Semanal* —le explico con una sonrisa feliz, orgullosa, agradecida y, sobre todo, por y para con ella, solo con ella, cómplice— y es gracias a ti.

Mia niega con la cabeza.

—Es gracias a ti mismo. Tú escribiste ese cuento.

—Pero tú convenciste a Arramendi para que lo leyera.

—Te lo debía. —Y, en contra de todo lo que estoy sintiendo, un deje triste inunda sus palabras—. Fui yo quien te obligó a venir a Madrid. Es culpa mía que te hayas visto atrapado durante meses en un trabajo que odiabas.

—No —me apresuro a rebatir, y ahora soy yo quien niega con la cabeza para que mi única palabra gane en vehemencia—. Vine a Madrid por ti, no porque tú me obligaras.

—Al principio lo tenía claro, pero llegó un momento en que ya no supe ver la diferencia y creo que tú tampoco.

—Mia… —la llamo, aunque no hay palabras detrás. Ha sido algo a medio camino entre un resoplido con toda esa frustración, incluso esa impaciencia por encontrar la manera de arreglar las cosas, y un quejido apesadumbrado.

El verdadero problema es que no tengo ni la más remota idea de a qué puerto deberían llegar esas cosas para sentir que se han arreglado.

—Tengo que volver al trabajo —repite, aún más triste, y es la clase de tristeza con la que te acostumbras a convivir.

Las puertas empiezan a cerrarse de nuevo.

No puedo permitirlo. No puedo dejar que se vaya sintiéndose así. Doy un paso hacia delante, pongo la mano sobre el sensor, agarrándome al marco, y paro el elevador.

—Nada de lo que ocurrió desde que volví de París ha sido culpa tuya —pronuncio sin dudar, lleno de la seguridad, incluso de la arrogancia, que pongo sobre la mesa si lo que tengo enfrente me importa de verdad—. Tú me hacías feliz —sentencio, haciendo un deliberado hincapié en cada palabra.

—Me gustaría que fuera cierto —contesta, y su voz está empezando a quebrarse.

—Lo es —replico, raudo, desesperado porque me crea.

Solo quiero abrazarla. Solo quiero demostrarle a besos que es así.

Mia vuelve a negar con la cabeza.

—Nadie abandona lo que le hace feliz, Nico —responde con la voz llena de lágrimas.

«Me equivoqué —quiero decirle—. Déjame arreglarlo, para continuar», pero no puedo. No puedo comportarme otra vez como un cabrón egoísta. No me la merezco. No puedo volver a hacerla sufrir. No puedo hacérselo a más personas que al final solo serían daños colaterales en toda esta historia.

—Fui un idiota —asevero.

Mia vuelve a mirarme y nunca había tenido tantas ganas de correr a abrazar a alguien. La necesito, es así, y necesito que ella sea feliz, porque, si no, ¿de qué demonios vale todo lo demás?, ¿de qué me vale sonreír si mi corazón siempre sabrá si el suyo, en cualquier rincón del planeta, no lo está haciendo?

Fui un idiota, con todas las jodidas letras, y nunca me lo voy a perdonar. Nunca me voy a perdonar haber perdido lo único de valor que he tenido en la vida.

—Gracias por enseñarle el cuento —pronuncio—. ¿Sabes? —añado con una sonrisa que no me llega a los ojos—, ni siquiera entiendo por qué lo conservaste. Está lleno de fallos.

—Las mejores cosas en la vida siempre lo están —responde.

La miro de nuevo y, joder, todo lo que siento por ella se hace un poco más fuerte, más indeleble. Mejor.

—Tengo que irme —repite.

Asiento y, aunque es lo último que quiero, obligo a mi cuerpo a apartarse del ascensor, a quedarse quieto mientras las puertas se cierran, mientras la veo alejarse de mí. No quiero que se aleje de mí.

No puedo.

—Seamos amigos —le pido—. Yo… —empiezo a decir, pero ni siquiera sé cómo seguir. Necesito que Mia esté en mi vida de alguna manera, de la que sea, aunque sea así, cuando claramente no nos valdrá a ninguno de los dos—, por favor.

Mia me mantiene la mirada, demostrándome una vez más que es la chica más valiente del mundo, pero sus ojos se llenan de lágrimas y mi corazón cae fulminado a mis pies.

—Yo no puedo ser amiga tuya, Nico.

De pronto, un millón de momentos con ella, con mis manos sobre su piel, con su sonrisa, con su voz, con sus dedos apartando mi flequillo de mi frente, se reproducen en mi cabeza. Lo tenía todo y ya no tengo nada, pero yo he dejado de importar. Le he hecho daño, se lo estoy haciendo ahora, y esto tiene que parar.

Un nuevo paso atrás, otra vez mi cuerpo protestando, mi corazón latiendo con fuerza, la respiración agitada, otra vez tomando decisiones que no quiero tomar. Dejo que la puerta se cierre. La miro.

No quiero que se aleje de mí. No puedo… pero jamás volveré a hacerle daño. Es una promesa.

*

Al llegar a casa de Alma le cuento las buenas noticias. Ella se alegra bastante, aunque creo que da por hecho que, al ser la revista que acompaña al periódico y no el periódico en sí, se parecerá más a su adorada *Vice*.

Insiste en preparar una cena en casa mañana para celebrarlo. La idea no me entusiasma, pero creo que me vendrá bien estar con gente y tratar de divertirme un poco. Quizá, así, consiga dejar de pensar.

Rebe me llama y me propone que nos tomemos algo mañana por la mañana en nuestra terracita de siempre. Acepto sin dudar, porque me apetece estar con ellos, pero también porque estar con ellos es como estar un poco más cerca de Mia, y no quiero renunciar a eso. Creo que ahora mismo ni siquiera puedo.

*

—Hola, hola, hola —me saluda Rebe, extendiendo los brazos para darme un abrazo.

Sonrío en mitad de la terraza de nuestro bar preferido de Lavapiés. Sorteo las mesas y, aún con las gafas de sol puestas, le doy el gusto y me dejo abrazar.

—Lo sabía —suelta, orgullosa, cuando nos separamos—. Al final tenían que darse cuenta del gran periodista que eres, y en *El País Semanal* nada menos. Eso son palabras mayores, campeón.

Una suave sonrisa se cuela en mis labios.

—No ha sido mérito mío.

Ha sido ella.

Rebe también sonríe, sabiendo perfectamente a qué me refiero.

—Ya lo sé —me confirma—, pero, como ella misma te diría, el cuento era tuyo, quédate con eso.

Asiento. Ojalá fuese suficiente.

—¿Y Lucas? —indago, solo para aligerar la conversación. No quiero ser el protagonista si

ella no puede serlo conmigo.

—Tenía que acercarse un momento al cajero.

—¿Y Marcelo? —añado, echando un vistazo a mi alrededor.

Pero Rebe guarda silencio y eso me hace volver a mirarla a ella. Ya sé lo que no quiere tener que contarme.

—No va a venir, ¿verdad?

Mi amiga tuerce los labios un momento.

—No lo sé —contesta al fin—. Lo he llamado y le he explicado que molaría que estuviese aquí, le he contado las nuevas noticias y todo eso. Me ha dicho que se lo pensaría.

A él también lo echo de menos.

—Bienvenido, hermano —me saluda Lucas, colocándome la mano en el hombro y apretando —. Ya estamos tardando en tomarnos algo para celebrarlo.

Rebe espera a ver mi reacción. Mia. Marcelo. El periódico. Son demasiadas cosas. Yo sonrío, diciéndole sin palabras que está todo bien, y nos encaminamos los tres a la mesa.

—¿Cervecitas? —pregunta Lucas.

Asiento. Aún estamos en febrero, pero el invierno sigue desaparecido en combate y, aunque hace algo de frío, el sol acaricia las mesas de la terraza, las sillas de metal, las calles, con una luz tímida de lo más agradable.

—¡Pepe! —lo llama Lucas, pero nuestro propietario de bar preferido está demasiado ocupado ligando con el grupo de guiris que ocupa una de las mesas; todas son rubias y todas le encantan muchísimo.

—¡Moved el culo! —contesta Pepe, levantando la cabeza, con una sonrisa enorme para que las rubias, que no deben hablar ni un poco de español, no sean capaces de interpretar lo que está diciendo.

Lucas le dedica un pequeño aplauso y se levanta presto a la barra, dejándonos solos a Rebe y a mí.

Me acomodo en la silla y alzo la cabeza, dirigiéndola de cara al sol. Es una sensación genial.

—¿Estás bien? —me pregunta Rebe.

—¿Mia está bien? —replico yo.

Los dos nos miramos. Parece que últimamente no hacemos otra cosa.

—Nico, ¿por qué no puedes contestarme?

—Porque no quiero hacerlo —sentencio. Yo ahora no importo—. Contéstame tú.

—¿Te das cuenta de que está empezando a no tener sentido que te preocupes así por ella cuando fuiste tú quien la dejó y, sobre todo, porque ahora tienes otra novia?

Tuerzo los labios al tiempo que muevo la cabeza, molesto.

—Alma no es mi novia —le aclaro, veloz.

—Vives en su casa, Nico —me recuerda, con ese tonillo de sabioncilla que se le da tan bien poner.

—Rebe, dime cómo está —la advierto.

—¿Por qué? —me advierte ella a mí.

—Ayer la busqué —suelto de un tirón, incorporándome de nuevo en la silla.

Rebe me mira como si acabase de salirme una segunda cabeza con un cartel de «Soy gilipollas» colgado en la frente.

—Solo quería darle las gracias por haber llevado mi cuento a la revista —continúo, y no es más que una verdad a medias—, pero, entonces, hablamos, y era lo último que quería, te lo juro por Dios, pero volví a hacerle daño. —Su mirada cuando las puertas del ascensor se cerraban, su mirada en la puerta de la librería, en las escaleras. Voy a volverme loco, joder—. Le pedí que fuéramos amigos, pero ella me dijo que no podía.

Rebe resopla con suavidad y se inclina sobre la mesa para estar más cerca de mí.

—Claro que no puede —pronuncia, llena de empatía.

Un maldito tiro.

Me dejo caer otra vez sobre la silla, lleno de rabia.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque la necesito —asevero sin un solo resquicio de duda—, de la manera que sea.

—Nico, ¿cómo estás? —vuelve a insistir.

Y ya no puedo más.

—Siento un vacío aquí —contesto a regañadientes, apretándome el pecho, la parte que cubre el corazón, con la mano.

No sé qué coño voy a ganar hablando de mis sentimientos, como si me hubiese escapado de una película para tías, pero, realmente, ya no aguanto más.

—¿Es la primera vez que te pasa? —inquiere Rebe.

Al menos, me alegra estar hablando con ella y no con mi hermano Fer, Quim o Lucas. Ellos, con toda probabilidad, dirían que lo único que tengo es hambre.

—No.

—¿Y qué hiciste las otras veces?

—Follarme a Mia.

Rebe se yergue sobre la silla de metal con cara de asco.

—Nico, tío —se queja.

—Es la verdad —protesto yo. No estoy jugando—. Cuando estaba agobiado o perdido, yo… la tocaba, me hundía en ella y me olvidaba del puto mundo.

Por un segundo, el simple recuerdo de aquella sensación perfecta, de toda esa jodida paz, me alivia más que cualquier cosa que hubiese intentado cualquiera de los días anteriores.

Rebe entorna los ojos, estudiándome.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Cuándo te ha preocupado que quiera o no que me preguntes algo? —replico.

Ella me mira francamente mal y yo asiento.

—¿Qué sentías cuando te acostabas con Mia? Y, por favor —me pide, alzando con suavidad la mano, frenándome antes de que pueda contestar—, ahórrate los detalles.

—Me sentía vivo y muerto de miedo al mismo tiempo.

Vivo, porque tocarla me alimentaba el alma. Muerto de miedo, porque se acabase, porque no me dejase volver a tocarla, porque todos mis sentimientos, yo mismo, quedábamos expuestos.

Me froto los ojos con las palmas de las manos. Ni siquiera he necesitado pensarlo.

—¿Y qué sientes con Alma?

La miro y acto seguido clavo mis ojos en cualquier otra parte del bar.

—Es diferente —suelto.

Rebe sonríe, otra vez con en ese gesto de sabelotodo que me pone de los nervios.

—Tu vacío tiene nombre y se llama Mia.

—Déjame en paz —gruño a la defensiva.

—Tú mismo dijiste en esta mesa que estabas enamorado de Mia, ahora está claro que no consigues olvidarla. ¿Por qué narices lo hiciste?

—Porque de verdad pensaba que era lo mejor —casi grito, desesperado, al límite en todos los malditos sentidos, ya no puedo más— y porque dejé que lo nuevo me cegase —admito al fin—, como si Alma fuera la respuesta a mis problemas cuando Mia no era la culpable. Estaba enfadado y dolido y odiaba la idea de sentir que mi vida no merecía la pena porque Mia no estaba cerca. Alma me hacía sentir fuerte.

—Porque no la necesitas y porque no la quieres.

Obvio, ¿verdad? Y también es meter los dedos en la llaga.

No contesto y el refrán de que quien calla otorga, parece rodearme con letras luminosas y un maldito cañón de purpurina.

—¿Por qué no dejas a Alma, Nico?

Otra vez no contesto. Otra vez pienso demasiadas cosas. Sé por qué no lo hago. ¡Lo tengo clarísimo!

—¿Por qué no intentas volver con Mia?

—Rebe…

—Nico —me presiona.

—¡Porque no quiero destrozar tres vidas! —estallo, notando ese sabor amargo tan jodidamente familiar en la garganta.

Rebe se queda mirándome, estudiándome de nuevo.

—Pero ya has destrozado dos —replica, dejándome al borde del precipicio.

—Y nunca me lo voy a perdonar.

Mia. Yo. Lo único que deseo es que ella vuelva a ser feliz.

Mi amiga da de nuevo un profundo suspiro y me siento incómodo, violento, vulnerable. Odio sentirme vulnerable.

—Nunca te había visto tan perdido —concluye Rebe.

—Nunca lo había estado —confieso.

Rebe sonríe y, en mitad de toda la conversación, no sé cómo interpretar ese gesto hasta que tantos años de amistad se ponen en marcha y comprendo que ella, en este instante, tiene clarísimo cómo va a acabar todo esto.

—El problema no es perderse, Nico —asevera—, es encontrar el camino de vuelta a casa.

Rebeca Álvarez, visionaria.

—Me he preguntado mil veces qué estoy haciendo aquí —comenta una voz demasiado familiar a mi espalda—, pero, en fin… —añade, melodramático, deteniéndose junto a la mesa—, aquí estoy.

Muevo la vista y, a pesar de que es lo último que quiero, sonrío, de verdad.

—Marcelo, me parece genial que hayas decidido venir —apunta, conciliadora, Rebe.

Mis ojos conectan con los de mi amigo y por un momento nos quedamos así.

—Gracias —digo al fin.

Marcelo me mantiene la mirada. Sé que esa única palabra le ha llegado, pero, cuando está a punto de claudicar, tuerce los labios y se deja caer en una de las sillas.

—No cantes victoria tan rápido —me aclara, pero nos conocemos demasiado bien.

Una nueva sonrisa amenaza con asomar en mis labios, pero él alza un único dedo.

—Ni se te ocurra —me advierte.

Trato de contenerme, aunque la tarea es complicada. Está aquí.

14

Mia

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto a Cesc.

—No —responde desde mi cocina—. Ve poniendo la peli.

Asiento, cojo el mando de la mesita de centro y entro en Netflix. Vamos a ver *The babysitter*. Tiene ya algunos años, pero es una chulada. Me recuerda las películas de miedo de los ochenta. Tengo muchas ganas de que Cesc la vea.

—Listo —anuncia, sentándose a mi lado con un bol de palomitas.

No puedo evitar sonreír. Me encanta ver cómo se mueve por mi casa con esa familiaridad y seguridad.

Me gusta estar con Cesc.

Desde que nos «conocimos» en la discoteca, mejor dicho, desde que me esperó en la terraza de uno de los bares a unos pasos de mi casa, nos hicimos amigos y, prácticamente, nos hemos visto todos los días. Hemos ido a comer, a cenar, al cine, a un concierto, de cervecitas, de tapitas y de museos. Hemos hablado de todo, y siempre, siempre, nos hemos reído. Cesc no ha perdido una oportunidad para insinuar lo bien que se nos daría poner nuestra amistad en horizontal, pero yo en todas las ocasiones le digo que no. Últimamente, hasta nos estamos poniendo creativos: él comentó que podríamos ir a uno de esos sitios de gravedad cero y montárnoslo allí, por pura curiosidad científica, incluso podríamos escribir después un artículo para la *Muy Interesante*, y yo le contesté que no en japonés.

Hay complicidad, buen rollo, respeto.

Nos gusta estar juntos.

Los créditos empiezan mientras Cesc y yo picamos las primeras palomitas.

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunto, cogiendo un par.

—Bien —responde con la mirada en la pantalla—. Ha sido un día tranquilo. ¿Y tú?

—Hoy bien. He tenido libre en el trabajo, pero ayer… —me freno antes de seguir, porque la verdad es que no sé cómo hacerlo. No he podido dejar de pensar en la conversación con Nico, en haberlo visto otra vez.

—Ayer, ¿qué? —me anima Cesc, cogiendo palomitas y girando la cabeza hacia mí, olvidándose de la película.

Doy una bocanada de aire, armándome de valor, apoyo el codo en la espalda del sofá y la mejilla en el puño. Cesc y yo hablamos de todo. Puedo contárselo.

—Ayer lo vi… a él.

La expresión de Cesc cambia. No se enfada ni nada parecido, pero sí se vuelve más seria. Ya le ha hablado otras veces de él; de hecho, y aunque parezca una estupidez, creo que lo único que no le he dicho es su nombre, como si no hacerlo implicase que no estaba pensando en él. Y todas esas charlas han servido para que Cesc se forme su propia impresión de Nico. Yo le he contado lo bueno y lo malo, lo justo, pero el hecho de no ser capaz de entender por qué me dejó, me duele, Cesc lo sabe y ese detalle, automáticamente, ha hecho entrar a Nico en su lista de personas *non gratas*.

—¿Y? —vuelve a darme pie.

—Para ser franca, no lo sé. Nunca sé cómo me siento después de verlo o cómo debería sentirme. Es confuso y también un poco frustrante, como si una parte de mí estuviese obligando a la otra a no sentir. Creo que no me gusta esa sensación.

—Es normal que te encuentres así.

—Supongo, pero, aun así… antes era muy fácil, lo veía y yo… era como abrir una compuerta de pura felicidad.

—Por Dios, qué cursilada —bromea con una sonrisa.

Yo también sonrío, casi río.

—Pero ahora… —termino la frase al cabo de unos segundos.

—¿Por qué lo viste?

—Quería darme las gracias por algo del trabajo. —Resoplo—. Creo que todo sería más sencillo si tuviese claro lo que siento por él. A veces lo odio con todas mis fuerzas y otras me siento culpable por haber insistido en que nos marcháramos de París.

—Yo también conozco a un gilipollas que vino de París —comenta.

—¿Qué? —pregunto con una sonrisa.

—Nada —zanja el tema—. No es importante. Yo diría que el problema —reconduce la conversación tras carraspear— es que todavía estás enamorada de él.

Tuerzo los labios en un mohín.

—Me gustaría que no tuvieras razón.

Cesc sonríe con dulzura.

—No te presiones —me pide—. Todos necesitamos nuestro tiempo.

Vuelvo a dar una bocanada de aire y me encojo de hombros, algo nerviosa. Son demasiadas emociones, demasiado intensas.

—Al menos, puedo pasar el mío contigo —comento, divertida.

—Eso no lo dudes —sentencia.

Los dos sonreímos y Cesc me hace un gesto con un golpe de cabeza para que prestemos atención a la peli.

Definitivamente, me gusta mucho estar con él.

*

Después de la película y las palomitas, nos quedamos en casa haciendo un poco el tonto hasta que Cesc recibe un mensaje de teléfono. Esta noche le han propuesto ir a una fiesta y yo soy su «invitada colateral».

Me da un par de horas para arreglarme y «esas cosas de chicas» y nos vemos en la estación de metro de San Bernardo a las nueve en punto.

Acepto y todo va bien. Tengo ganas de salir y mover un poco el esqueleto… hasta que me doy cuenta de que esa estación está en Malasaña, lo que inevitablemente supone que el sarao, sea donde sea, será por allí. Nico ahora vive allí. Nico y su novia. De pronto estoy inquieta y ya no me parece tan buena idea eso de la fiesta.

—Estás muy guapa —comenta Cesc mientras caminamos por una calle cualquiera del barrio.

Sonrío mientras bajo la mirada para observar mi propio atuendo. No llevo nada especial: un vestido blanco, mi perfecto negra y unas de esas botas negras que imitan las militares, solo que estas están llenas de purpurina de colores. Me he maquillado de una manera muy sencilla y me he hecho dos trenzas de espiga. De verdad, nada fuera de lo común.

—Eres un zalamero —me quejo.

—Soy sincero —replica, fingiéndose ofendidísimo.

Yo enarco una ceja.

—A otro perro con ese hueso —le rebato.

—Puede ser —claudica, aunque hasta eso lo hace con una actitud arrogante, deteniéndose frente a un portal—, pero tú sigues estando guapísima.

No me esperaba esa respuesta y los nervios me hacen carraspear. Ha sonado tan seguro que me han temblado un poco las piernas.

—Gracias —murmuro al fin, y mi espontánea y momentánea timidez lo hacen sonreír—. Tú también estás muy guapo.

Su gesto se hace más grande. No despega sus ojos de mí y me animo a levantar los míos y dejar que conecten con los suyos. Nos quedamos en silencio y el sonido a nuestro alrededor se llena de la música que llega, invisible, desde una de las ventanas.

Cesc es un tío increíble. Ojalá pudiese sacarme a Nico de la cabeza. Ojalá dejase de importarme, dejase de odiarlo, de quererlo, de todo.

—La fiesta es en el segundo C —me explica con una socarrona sonrisa en los labios, y tengo la sensación de que ha sabido leer perfectamente en mí.

Asiento, volviendo a bajar la cabeza para desconectar nuestras miradas, aún más nerviosa que antes.

—Creía que iríamos a un local —comento solo por decir algo.

—Sí, acabaremos en uno, pero la primera copa es aquí.

Vuelvo a asentir y lo sigo portal adentro cuando, al empujar la puerta, resulta estar abierta.

Cesc llama al timbre y nos abre una chica con una sonrisa enorme y aspecto raro pero simpático.

—¡Hola, Cesc! —lo saluda, efusiva, lanzándose en sus brazos—. Te estábamos esperando.

—Hola, preciosa —la saluda él, separándose—. Ella es Mia —añade.

—Encantada —contesta la joven, lanzándose también efusiva hacia mí antes de que Cesc pueda terminar las presentaciones y plantándome dos besos—. He oído hablar mucho de ti.

—¿En serio? —pregunto, llevando mi vista hasta Cesc solo para burlarme un poquito de él.

Él finge no entender nada de esta conversación, puede que incluso ni siquiera hablar nuestro idioma, y nos hace un gesto para que entremos.

La casa no es nada pequeña, al menos es dos veces la mía, y está decorada de una manera muy chula, con los cuadros y recuerdos de alguien que, obviamente, le da mucha importancia a la nueva subcultura… no sé, un póster de *Moonrise Kingdom*, de Wes Anderson, o un *collage* enmarcado con un montón de entradas de conciertos de The Lumineers.

—Dame tu chaqueta —se ofrece Cesc, ayudándome a quitarme la perfecto y mi bolso.

—Gracias.

—Él es Claudio —me presenta a un chico con el pelo teñido de rosa chicle y un extravagante corte, que también me recibe con una sonrisa.

Cesc se aleja ya camino, imagino, de una de las habitaciones donde están dejando los abrigos.

—Hola, soy Mia —digo, devolviéndole el gesto.

—Encantado —responde antes de que nos demos dos besos.

La noche está yendo bien, Cesc regresa, estoy empezando a relajarme, pero todo da un giro de ciento ochenta grados cuando oigo una voz demasiado familiar en la cocina… No puede ser. Seguro que solo son imaginaciones mías. Debo de estar sufriendo algún tipo de *shock* postraumático.

—¿Quieres una cerveza? —me ofrece Cesc.

—Sí, por favor.

Y al oír mi voz, la de la cocina se detiene en seco, como si también me hubiese reconocido.

Al traste mi diagnóstico.

—Cesc, tengo que irme —anuncio, agitada, cuando él está a punto de dirigirse a la cocina a por las bebidas.

Él frunce el ceño, completamente perdido.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tengo que irme —repito, cada vez más inquieta, más acelerada.

—Mia, ¿qué ocurre?

Llegan pasos apresurados precisamente desde la cocina. Sale. Nos quedamos cara a cara. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Nena —murmura, como si no pudiese creer que esté aquí.

De verdad que no puede ser.
Nico no puede estar aquí.

15

Mia

Una nueva canción empieza a sonar, golpeándome de bruces contra la realidad. Es Nico. Esta es su casa, la casa que comparte con su novia.

Salgo disparada, desoyendo las veces que me llama Cesc, y prácticamente corro hasta la puerta principal.

Antes de salir puedo ver cómo Nico está a punto de abalanzarse sobre Cesc.

—¿Qué coño haces con ella? —ruge Nico.

—No me lo puedo creer —masculla Cesc en respuesta, encajando todas las piezas.

—Aléjate de ella —le advierte.

—Eres un hijo de puta —sisea.

Una parte de mí quiere quedarse, separarlos, pero no puedo hacerlo. Más aún cuando oigo la voz de la chica de la librería llamando a Nico.

Bajo todo lo deprisa que soy capaz. Tanto que, cuando alcanzo la calle de nuevo, me falta el aire. Tengo la respiración hecha un caos por la carrera y por las lágrimas. ¿Por qué he tenido que tener tan mala suerte?

Me llevo las manos a las caderas y cabeceo, tratando de calmarme, enfadada con el universo por esta broma pesada, con Nico y, sobre todo, conmigo, por no haber sido capaz de echarle valor y quedarme en vez de huir.

—Deja de huir —me reprocho.

Deja de demostrarle cuánto te importa.

Lo mejor será que regrese a casa. Empiezo a caminar de vuelta a la parada de metro, pero, cuando solo he avanzado unos pasos, el frío me recuerda que no llevo chaqueta y, con ello, que me he dejado el bolso arriba. Allí lo tengo todo: las llaves, el dinero, el móvil. Lo necesito.

Resoplo, abatida, y miro a mi alrededor en busca de una cabina. Obviamente, no la encuentro —a no ser que tengas un DeLorean y viajes en el tiempo, es bastante complicado dar con una—, pero, por suerte, veo una pequeña tasquita de las de toda la vida abierta. Espero que tengan teléfono.

El dueño es muy amable y, aunque no consumo, me deja usarlo. Supongo que la cara de pena ha cumplido su misión. Quitando a mis padres, solo me sé dos números de teléfono, así que marco uno de ellos.

—Cesc —lo llamo cuando descuelga.

—¿Mia? —contesta, preocupado—. ¿Estás bien?

Asiento, pero me doy cuenta de que no puede verme.

—Sí, pero me gustaría irme a casa. ¿Podrías bajarme mi bolso y mi chaqueta, por favor?

—Claro.

—Te espero en el portal.

Cuelgo y desando los pocos metros que me había alejado.

Apenas han pasado unos minutos cuando la luz del vestíbulo se enciende y el ruido de sus botas bajando las escaleras delatan a Cesc.

—¿Estás bien? —repite cuando nos encontramos frente a frente.

Yo también repito mi gesto y asiento.

—Sí, solo quiero irme a casa —digo, poniéndome la chaqueta y colgándome mi bolso cruzado.

—Te acompaño…

—No te acerques a ella —la voz de Nico, cabreadísimo, interrumpe a Cesc.

Levanto la cabeza justo a tiempo de verlo salir del portal hecho una furia y detenerse delante de Cesc con el cuerpo tenso, en guardia.

—Solo eres un jodido presuntuoso de mierda —continúa, sin ninguna intención de sonar amable—. Ella se merece algo mejor.

—¿Quién? —replica Cesc, con sorna—. ¿Alguien como tú?

—¡Sí, alguien como yo!

¿Qué?

Miro a Nico completamente confusa, tratando de encajar las piezas del puzle y perdiendo una y otra vez.

—Nico… —murmuro.

Y ni siquiera podría explicar qué es lo que pasa después. Nico y Cesc comienzan a pelearse a puñetazo limpio. No sé quién empieza, pero, apenas un segundo después, están rodando por el suelo.

—¡Parad! —grito, pero ninguno de los dos me oye—. ¡Queréis dejarlo ya!

Intento separarlos, pero es completamente inútil.

La luz del descansillo del edificio vuelve a encenderse y aparecen Claudio, la chica rara sin nombre y la novia de Nico; los tres, al ver lo que sucede, aceleran el paso hasta salir a la calle.

—¡Dios! —grita su novia, preocupadísima.

Por suerte Claudio consigue separarlos y, tras dos intentos, lo que es más importante, mantenerlos así. Antes siquiera de planteármelo, mis ojos vuelan hacia Nico. Está aún más enfadado, con la respiración acelerada, el labio roto por la pelea, una herida en el pómulo y otra en la ceja. Mi corazón pierde un latido al verlo así, al pensar en lo que ha gritado hace menos de cinco minutos, de tenerlo cerca, a él.

Nico también me mantiene la mirada y nuestra burbuja se forma tan rápido a nuestro

alrededor que asusta. ¿Lo odio? Sí. ¿Quiero olvidarlo? También. Pero lo quiero, y eso, ahora, pesa más que todo lo demás, porque en este momento es mi corazón el que está a los mandos de esta nave.

Doy el primer paso hacia él. Nico me mira queriendo que lo haga, pero, entonces, su novia se adelanta, corre en su dirección y se cuelga de su cuello, abrazándolo con fuerza. El movimiento no hace que Nico aparte sus ojos de mí y, por unos instantes, nos quedamos, así, mirándonos, separados por unos metros de barrio de Malasaña y por la chica que él colocó entre los dos.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta, a punto de echarse a llorar.

Nico tarda varios segundos de más, pero finalmente mueve las manos y le devuelve el abrazo. Soy una completa estúpida. Ella es su novia ahora. Yo ya no tengo nada que hacer aquí.

Giro sobre mis talones, dispuesta a marcharme, pero mis ojos se encuentran con los de Cesc, que ha presenciado toda la escena, con una herida en la barbilla, el pómulo amoratado y un corte bajo el ojo. Él desconecta nuestras miradas y suelta un bufido, terriblemente molesto.

—Me largo —gruñe a todo el mundo y creo que a nadie en especial, y simplemente comienza a andar.

Lo sigo. Tenemos que hablar. Sé que solo quería defenderme y defenderse, pero no puede comportarse así. Además, es mi amigo. No pienso olvidar eso y largarme como si no hubiese pasado nada. Sin embargo, tengo claro que está enfadado por mi reacción tras la pelea, así que camino a una distancia prudencial.

—Lo siento —me disculpo cuando ya hemos atravesado al menos cinco calles.

No me gusta este silencio entre los dos, ni que esté tan cabreado conmigo.

—Y, exactamente, ¿qué sientes, Mia? —replica, malhumorado—. ¿Seguir enamorada de él como una idiota?

Su última frase me detiene en seco.

—No me hables así —protestó—. Siento que estés enfadado, pero nunca te he mentido.

Nunca lo he hecho, ni he ocultado lo que siento, así que no me merezco que me lo eche en cara.

—Joder —farfulla, deteniéndose también y llevando la mirada al cielo. Sé que sabe que tengo razón—. ¿Por qué me has llamado? —pregunta, girándose—. ¿Por qué no te has ido a casa?

—Ya te lo he dicho. No tenía las llaves ni la cartera ni el móvil. No me sé los teléfonos de memoria. Nico siempre me regañaba porque solo recordaba el suyo y yo le contestaba que me bastaba porque era el único número que quería recordar.

Me observa mientras lo suelto todo, moviendo las manos sin ton ni son, manteniéndole la mirada, demostrándole que, en contra del mensaje que mi cuerpo parece mandar, soy una chica fuerte. De pronto, cae en la cuenta de algo.

—Y el mío —murmura, pensativo… más que eso, teniendo una especie de revelación—. ¿Por qué te aprendiste el mío? —Y su voz se hace más fuerte.

No dudo.

—Porque tú también me importas.

Y, entonces, es él quien no duda, creo que ni siquiera quiere. Cruza la distancia que nos separa y, por primera vez, me besa, de verdad.

Sus labios contra los míos son algo más que piel con piel, y un montón de cosquillitas se despiertan en la boca de mi estómago, pero, al mismo tiempo, una certeza inquebrantable se abre paso por encima de todo lo demás: no es Nico.

—Cesc —musito cuando nos separamos.

—Ya lo sé —responde con sus manos aún en mis mejillas, dejando caer su frente contra la mía y cerrando los ojos—, pero necesitaba hacerlo. Me gustas muchísimo, Mia. Más que ninguna otra chica antes.

—Yo…

Me siento como una estúpida y una desagradecida, y culpable sin ni siquiera entender por qué, pero no puedo hacerlo.

—No digas nada —me pide, separándose y mirándome de nuevo directamente a los ojos—. Sé que ahora no puedes sentir lo mismo, pero no me importa, esperaré. Esperaré todo el tiempo que necesites.

Esas palabras en sus labios suenan reales y surrealistas a la vez. Lo primero, porque sé que estaba siendo sincero, que nunca me mentiría. Lo segundo, porque estamos hablando de Cesc, que es un mujeriego consagrado. Si una chica no le da lo que quiere, pasa a la siguiente de la lista y, sin embargo, ahora estaba aquí, en mitad de una calle del centro de Madrid, diciéndome que piensa darme todo el tiempo del mundo.

—¿Y qué pasa si nunca llego a sentirme así?

—Que el tiempo que hemos pasado juntos, aunque sea viendo películas con palomitas, habrá merecido la pena.

Sonríe. Sonrío. Y, sin haberlo visto siquiera venir, me doy cuenta de que estoy empezando a vivir momentos bonitos otra vez.

*

Los días empiezan a pasar unos tras otros y llega abril. No he vuelto a ver a Nico desde aquella noche en Malasaña, aunque sería más apropiado decir que no hemos vuelto a hablar, porque, verlo, sí que lo he visto… cruzando la redacción un par de veces para comentar algo con un compañero de Cultura, camino del bar en el que come con sus compañeros, en recepción, riéndose por algo que le decía Rebe, y, en todas y cada una de esas ocasiones, no he podido evitar quedarme mirándolo embobada, repasar sus vaqueros gastados, los rotos y los que parecen más nuevos, sus camisetas o camisas, su pelo siempre con esa pinta de recién follado, sus increíbles ojos azules. La vez que oí su risa, me quedé incluso paralizada. Había olvidado lo

bonita que era y lo rematadamente bien que sentaba, como si pudiese alegrarte el peor lunes del año.

Soy imbécil, lo sé, rematadamente tarada, para más señas, pero no sé olvidarlo.

*

Estoy atravesando el vestíbulo de mi edificio, colocándome la bufanda al cuello ahora que voy a salir. El invierno se olvidó de su *impasse* hace tres días y hace un frío alucinante. Esta semana estaba liada con unas entrevistas y, por fin, las he entregado esta tarde. Yo estoy más que contenta y mi jefe, también, tanto que me ha dejado salir antes. Son todo ventajas.

Después del metro y caminar unos minutos, llego a mi edificio. Aún no he alcanzado las escaleras cuando oigo un maullido desconsolado al fondo del portal. Me detengo en seco y agudizo el oído. Al repetirse el sonido, comprendo que es un gatito y decido ir a echar un vistazo.

No me equivoco y no tardo más que unos segundos en encontrar al animalito y reconocerlo, es el mismo al que Nico se acercó el día que vinimos a ver el piso. Sigue siendo menudito y precioso, todavía una cría, y creo que tampoco me equivoco si digo que está muerto de hambre.

—No te preocupes, peque —le digo—. Vamos a solucionarlo.

Subo deprisa a casa y, veloz, cojo dos platitos, el *brik* de leche y un par de latas de atún. Regreso al portal y vuelvo a acercarme el gatito. Me da miedo que se asuste y se marche corriendo, así que me quedo a unos pasos y, con cuidado, lleno uno de los platos de leche y en el otro sirvo el atún. Me gustaría darle comida específica para gatos, de esas de tienda de animales, llena de vitaminas y *oligocosas*, pero me preocupa que, si voy a comprarla, no esté aquí cuando vuelva y no coma nada.

El pequeño no pierde detalle, pero, desconfiado, no se arrima. No voy a negar que lo entienda. Yo soy igual con los animales. Me gustan, pero me asustan un poco, así que he de coger confianza antes de acercarme y, por ejemplo, acariciarlos.

Lo dejo todo en el suelo y doy un paso atrás, dándole espacio. El gatito me mira y, a continuación, los platos; el olor del atún cumple su cometido y empieza a moverse, despacio. Huele el pescado y, por fin, empieza a comer.

Sonrío, contenta, observándolo, y decido sentarme a una distancia prudencial para asegurarme de que coma y beba lo suficiente.

El animalito ronronea, satisfecho, nada que ver con el maullido desesperado de antes, y avanza, poco a poco, hacia mí. Mi sonrisa se ensancha, me armo de valor y muevo la mano para acariciarlo. Lo que no calculo es que el animalito se asusta con el movimiento y, creyéndose que voy a cogerlo o algo parecido, me muerde.

—Dios —gruño, tapándome una mano con otra.

El gatito se asusta y sale disparado.

—No —trato de impedírselo—. Tienes que comer.

Me sujeto la mano. Duele mucho. Intento ver dónde va, pero es demasiado rápido. ¡Ay! Duele. Me miro la mano. Está empezando a sangrar en la zona entre el pulgar y el dedo índice. Un resoplido ahogado se me escapa.

—Duele. Duele. Duele.

Me levanto y, con cuidado, empujo con el pie los platitos para dejárselos escondidos bajo las escaleras y que nadie pueda quitárselos, así podrá comer más tarde.

Será mejor que me lave la herida y me la desinfecte. Subo a casa y así lo hago, pero veinte minutos después todavía no ha dejado de sangrar. Creo que tengo que ir a curármela.

Recupero mi abrigo y mi bolso y voy hasta el centro de salud. No me hacen esperar mucho y, cuando el enfermero me ve la herida, me dice que no me preocupe, que con un par de puntos estará solucionado. Sin embargo, no se toma igual de bien que el responsable sea un gatito callejero, ya que puede haberme contagiado la rabia.

Maldita sea. Eso no me lo esperaba.

Me manda a urgencias del hospital. Me pillo un taxi en la puerta y, diez minutos después, estoy entrando en las del 12 de Octubre.

Por suerte, tampoco me hacen esperar demasiado. Un enfermero muy simpático me cura la herida y la doctora me explica que van a ponerme la vacuna antirrábica para tenerlo todo bajo control. Añade que no tengo por qué sentir efectos secundarios, aunque algunos podrían ser dolores de cabeza, dolores musculares o náuseas, pero que sí me dará bastante sueño, por lo que, por seguridad, es mejor que llame a alguien para que me haga compañía en casa y asegurarse de que no tengo ningún problema.

Pruebo con Rebe, Lucas y Marcelo, pero no consigo localizar a ninguno; todos deben de estar todavía trabajando, así que llamo a Cesc.

—Hola, preciosa —descuelga y, automáticamente, sonrío.

—Hola. ¿Estás trabajando?

—Sí —responde, y suena resignado. Definitivamente, Cesc Martínez y su trabajo no son uno —, pero en media hora estoy fuera.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Sí, sobre todo si es tomarnos unas cervecitas en un sitio bonito.

Sonrío de nuevo y me preparo para darle la noticia.

—No te asustes, pero estoy en el hospital —suelto de un tirón, encogiéndome de hombros.

Solo un segundo de silencio.

—¿Estás bien? —pregunta, lleno de urgencia.

—Sí, sí —respondo de inmediato; lo último que quiero es preocuparlo. Además, de verdad que estoy bien—. Ha sido un incidente sin importancia. Un gatito me ha mordido y en el centro de salud me han mandado al hospital para que me pongan la vacuna antirrábica. El caso es que

da somnolencia y me han pedido que avise a alguien para que se quede en casa conmigo para vigilar que todo vaya bien. ¿Podrías venir?

No lo duda.

—Claro que sí. En diez minutos estoy fuera y tiro para tu piso.

Mi sonrisa se ensancha. Sabía que podía contar con él.

—Gracias.

—No tienes por qué dármelas, preciosa.

Cuelgo y espero paciente, sentada en la camilla, a que me pongan la vacuna. Acaban de hacerlo cuando oigo pasos acelerados en el pasillo, la puerta se abre de golpe y mi corazón empieza a latir con fuerza.

16

Nico

Nunca había estado tan nervioso, tan jodidamente acelerado.

Nunca había corrido tanto.

—Mia Nieto, por favor —suelto, veloz, deteniéndome frente al mostrador de admisiones de urgencias del 12 de Octubre.

Ni siquiera sé cómo he sido capaz de articular ese «por favor». Necesito verla ya.

—Mia Nieto. Mia Nieto… —repite la administrativa, comprobándolo en el ordenador.

Me contengo para no salir corriendo y buscarla por mi cuenta, completamente desesperado. Desde que me han llamado hace diez minutos diciéndome que Mia estaba en el hospital, creo que ni siquiera he sido capaz de respirar. He salido disparado de la redacción, sin dar explicaciones, he parado un taxi, tirándome prácticamente a la calzada, y he corrido los cien metros lisos por el hospital para llegar hasta aquí. No me han dicho nada. No sé si está bien. Si está herida. Por Dios, que esté bien.

—Por favor, ¿puede darse prisa? —le pido.

Necesito verla. Necesito saber que está bien.

—Está en la sala dos —contesta—. El pasillo de la derecha.

—Gracias —respondo casi en un grito para hacerme oír, corriendo ya en esa dirección.

Llevo diez putos minutos imaginándome lo peor. Necesito verla, tocarla. Necesito protegerla.

Abro la puerta sin ni siquiera llamar y, por fin, puedo volver a respirar. Mia está en la habitación, sentada en la camilla, hablando con la doctora.

—Nico… —murmura, sorprendida, mirándome como si no pudiese creerse que esté aquí.

—¿Estás bien? —inquiero, con la voz cargada de apremio, caminando hasta ella, tomando su cara entre mis manos, escudriñando cada centímetro de su cuerpo, buscando una herida, un golpe, lo que sea—. ¿Está bien? —me dirijo a la médica, que está junto a ella, apuntando algo en su historia.

La profesional sonríe, procurando tranquilizarme.

—No te preocupes —me pide, pero eso, actualmente, es una misión imposible—. Estoy bien.

—Hágale caso —responde la sanitaria, terminando de escribir lo que quiera que estuviese escribiendo y cerrando la carpeta de metal antes de encaminarse a la puerta—. Su novia se pondrá bien.

Novia.

Automáticamente nos miramos. Soy consciente de que tendría que corregir a la doctora, pero no quiero. Acabamos de entrar en un universo paralelo en el que sigo teniendo lo que más me importa en esta vida y no pienso renunciar a él.

—No soy su novia —trata de explicarle Mia, pero la mujer ya ha salido y ni siquiera la oye.

Mundo paralelo, 1; realidad, 0.

Me fijo en la venda de su mano. El corazón vuelve a encogérseme.

—¿Qué te ha pasado?

—No es nada grave —trata de calmarme.

—Mia —la reprendo, inquieto.

Ella resopla, como si se avergonzara de contármelo. Eso es una estupidez. Puede contarme lo que quiera, cuando quiera, cualquier cosa.

—Ha sido el gatito —contesta al fin.

Frunzo el ceño, confuso.

—¿El gatito?

—Sí, el gatito que encontraste en el vestíbulo de mi edificio —se explica—. Cuando he llegado del trabajo, estaba allí. No dejaba de maullar porque estaba muerto de hambre, así que le he bajado leche y algo de comer. Todo iba bien hasta que me he envalentonado y he querido acariciarlo, pero lo único que he hecho ha sido asustarlo… y me ha mordido.

La miro y, en mitad de todo el estrés, solo puedo pensar en que es la cosa más adorable del mundo y que no quiero que nada, ni siquiera el aire, le roce un solo pelo.

Le acaricio suavemente la mano vendada con el pulgar bajo la atenta mirada de los dos. Tendría que haber estado con ella. Tendría que estar con ella todos los días. Protegerla absolutamente de todo.

—¿Te duele? —pregunto, y mi voz suena diferente, todavía preocupada, pero también bañada en culpabilidad.

Mia niega con la cabeza.

—No —responde.

—Siento no haber cuidado de ti.

—No necesito que cuides de mí, Nico —replica, con el tono más dulce que jamás haya oído.

—Quiero hacerlo.

«Quiero hacerlo para siempre, nena.»

—Pero ya no puedes.

Nos miramos directamente a los ojos y siento como si me hubiesen dado la bofetada sin manos que me merezco por haberme comportado como un idiota.

Mia tira suavemente de su mano, separándola despacio de la mía, y el momento se rompe con la misma lentitud, como si fuésemos dos náufragos en mitad de una idílica isla desierta al que recogen dos barcos distintos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, y su voz se vuelve más fría, más serena.

—Me han llamado del hospital. Sigo siendo tu contacto de emergencia.

Ella baja la cabeza al tiempo que asiente.

—Siento que te hayan llamado. Lo cambiaré.

Ahora soy yo el que niega. Daría todo lo que tengo para que levantara la cabeza y me dejara volver a mirarla a los ojos.

—No hace falta —respondo.

—Sí que hace, Nico.

Mia desciende de la camilla y empieza a recoger sus cosas, quedándose más cerca de mí, pero a la vez demasiado lejos. Yo alzo la mirada al techo, enfadado con la situación.

En ese momento la puerta vuelve a sonar y entra la misma doctora.

—Mia, ya puedes irte a casa —le anuncia, tendiéndole un par de papeles—, pero recuerda que debe haber alguien contigo por la somnolencia y los otros efectos secundarios que te he comentado. No te agobies. Lo más probable es que solo sientas mucho sueño y mañana ya estarás completamente recuperada. Solo tienes que descansar.

—No se preocupe, doctora, lo hará —sentencio.

La médica me sonríe, profesional y conforme, y Mia me asesina con la mirada.

—Gracias, doctora.

La mujer vuelve a sonreírnos y se marcha.

—Te llevo a casa —digo echando a andar hacia la puerta y abriéndola. No pienso dejarla sola.

—No hace falta. Ya he llamado a Cesc. Vendrá a casa en cuanto salga del trabajo.

¿Qué?

Me detengo en seco. Ese gilipollas. Aprieto los dientes y siento cómo la rabia bloquea mi cuerpo en una sola décima de segundo, agarrotando mis dedos en el pomo. ¿Por qué coño ha tenido que llamarlo? Ah, sí, porque soy imbécil.

—Como quieras —me obligo a responder, porque, aunque me esté matando, no tengo ningún derecho a decir otra cosa—. Te llevo a casa.

—No hace falta —repite, caminando hasta mí.

—Mia —la advierto.

No voy a tener esta discusión, aunque, por mí, podemos hacerlo. La tiene perdida de antemano. Voy a cuidar de ella. No hay nada más que hablar.

Ella me fulmina con sus preciosos ojos castaños una vez más, pero, a regañadientes, echa a andar. Tiene clarísimo que no voy a rendirme.

Paro un taxi en la puerta y, cuando solo llevamos unos dos minutos en él, Mia empieza a bostezar y, tan solo después de uno más, se queda dormida sobre mi hombro.

Ladeo la cabeza para mirarla y sonrío con ternura. Me alegro de estar aquí, cuidándola; es el único sitio en el que quiero estar.

Cuando llegamos, el cese de movimiento le hace abrir los ojos mientras pago la carrera.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta, tan adormilada que nos hace sonreír al conductor y a mí.

—Sí —respondo—. Vamos —añado, iniciando el movimiento de bajarme—, te llevaré en brazos.

Ella tarda un segundo de más en reaccionar, víctima del sueño, pero finalmente niega con la cabeza.

—Gracias, pero no es preciso —responde, empezando a bajarse también.

—Mia.

—He dicho que no.

Desciende, tozuda, y comienza a andar. La distancia del coche al edificio es diminuta, pero ella bosteza al menos cinco veces y los párpados parecen pesarle cada vez más.

—Dame las llaves.

—No, puedo sola —insiste.

Me aparto un paso con el inicio de una impertinente sonrisa en los labios. Bajo esa apariencia tan dulce se esconde la chica más testaruda de la historia. Eso lo aprendí hace mucho.

Mia lo intenta una, dos, tres veces, pero, lógicamente, el juego «cojo llave, meto llave en cerradura, giro llave», con ese nivel de sueño, se le hace imposible.

Resopla, cabezota, mientras yo, a su lado, cruzado de brazos, apoyado en la puerta, observo toda la escena con ese aire macarra que se me da tan bien poner.

Mia tuerce los labios y me mira de reojo. Mi sonrisa se hace más grande.

—¿Puedes ayudarme? —murmura a regañadientes.

Achino los ojos, divertido.

—Lo siento, pero no te he oído. ¿Puedes hablar más fuerte?

Ella me mira abiertamente y resopla.

—¿Puedes ayudarme? —masculla.

—Es curioso, porque creía que podías tú sola —comento, socarrón.

No dice nada, pero, oficialmente, quiere estrangularme. Apuesto a que ya no tiene ni sueño.

Podría seguir jugando con ella, durante horas, pero decido ser un buen chico. Le quito las llaves de la mano y abro la puerta.

Atravesamos el portal. Sin dejar de caminar, echo un vistazo para ver si veo al gatito; conozco a Mia lo suficiente como para saber que sigue preocupada por él, pero no hay ni rastro.

Llegamos a las escaleras y, con el pie ya en el primer escalón, me doy cuenta de que Mia no me sigue. Extrañado, me giro hacia a ella y la encuentro con la mano en el inicio de la barandilla, incapaz de dar un paso, completamente muerta de sueño.

Mi sonrisa se hace más grande y, sin dudarlo, termino con la distancia que nos separa, rodeo su espalda con mi brazo, paso el otro bajo sus rodillas y la cojo en brazos.

—No —murmura con los ojos cerrados—. No lo necesito.

—No te preocupes, lo tengo clarísimo —respondo y, sin quererlo, mi voz se inunda de ternura mientras comienzo a subir.

—No lo necesito, de verdad —repite, pero su siguiente movimiento es colocar sus brazos en mi cuello y hundir su preciosa cara en él.

Al notar su respiración contra mi piel, una corriente eléctrica me sacude de pies a cabeza y solo se me ocurre rezar para que las escaleras se multipliquen, de pronto vivamos en un noveno y no tener que soltarla jamás.

Me las apaño para abrir la puerta sin tener que bajarla al suelo y la dejo con cuidado en el sofá. Cojo la mantita que siempre tiene doblada en el tresillo y la tapo.

A partir de aquí, lo lógico sería que me fuera, lo sé, pero, en lugar de hacerlo, me quedo sentado en la pequeña mesita de centro, respirando pesadamente, contemplándola dormir.

Es maravillosa. Es más que eso, joder. Es… ni siquiera me salen las putas palabras. Es un sueño, mi sueño, todas las cosas bonitas que hay en mi vida son ella, y sé que es una frase estúpida, pero no me importa porque así es cómo me siento. Mia es mi baremo para medir las cosas que realmente valen la pena, para saber si mi vida lo hace.

Muevo la mano, despacio, y le aparto un mechón de pelo de la mejilla.

Es como escuchar la canción más bonita del mundo, como cantarla bajito un día de lluvia, bajo las sábanas, comiéndote a besos a la única persona a la que quieres tocar el resto de tu vida. También es esa lluvia, esa cama, esa persona.

Sonrío sin poder dejar de mirarla.

Mia es mi corazón.

Llaman a la puerta, haciendo añicos mi ensoñación, y todos los músculos de mi cuerpo se ponen en guardia, porque sé de sobra quién es y no quiero tener que abrir.

Vuelven a llamar, cedo al impulso y decido no abrir. Ya estoy yo aquí para cuidarla, Cesc no pinta nada. Mia se enfadará cuando se despierte, pero ya cruzaré ese puente cuando lleguemos a ese río.

Sin embargo, cuando vuelven a golpear la puerta con los nudillos, una parte de mí comienza a llamarme gilipollas. No puedo comportarme así con ella. Mia se lo merece todo, incluido que yo empiece a pensar antes de actuar de una jodida vez.

Con esa idea en la cabeza y el imbécil que todos los tíos llevamos dentro gritándome que no lo haga y recordándome cuál sería el botín —poder tenerla todo el día para mí, poder hablar con ella, poder escucharla reír—, al fin, a regañadientes, abro.

Me encuentro con lo que ya sabía: es Cesc. Él, en cambio, no esperaba verme aquí. La sonrisa se le borra de repente y tensa la mandíbula.

—¿Qué haces aquí?

Un sinfín de posibilidades se pasan por mi cabeza en este mismo instante. La primera, la mejor, apunta el imbécil, decirle que Mia ha cambiado de opinión, que me ha llamado a mí y que se largue. Cien puntos para ese plan.

Todas las demás, de gente más o menos normal, eso ya dependiendo de lo que se considere gente normal. También está la posibilidad de tumbarlo de un puñetazo a lo Chuck Norris, y

seguro que Chuck Norris se considera a sí mismo un tipo normal.

«Piensa», me grito, casi que me obligo.

—Me han llamado del hospital y he ido a buscarla. Ella me ha dicho que tú vendrías. Se ha quedado dormida en el taxi.

Las veinticuatro palabras y tres puntos que más me han costado pronunciar en toda mi vida.

Cesc asiente y entra pasando de mí y, ya que está, emanando hostilidad. Apenas nos soportábamos cuando empecé con Alma y lo hacíamos exclusivamente porque ella estaba en medio. Desde que lo vi con Mia por primera vez, eso ni siquiera es una posibilidad. Ya nos hemos dado hasta de hostias. Alma ha dado por hecho que ha sido por ella y ninguno de los dos ha querido sacarla de su error.

Yo ahora soy todavía más consciente de que debería irme, pero otra vez no soy capaz. Desando el pequeño pasillo y regreso al salón.

Mia debe de haberse despertado con el ruido de la puerta y está adormilada en el sofá.

—¿Qué tal, preciosa? —le pregunta Cesc, sentado en el mismo lugar donde lo estaba yo solo unos minutos atrás.

—Creo que nunca había tenido tanto sueño —responde al tiempo que se frota la nariz con la palma de la mano y los ojos cerrados… aún más adorable, aún más bonita, aún más mía.

Es mi chica, joder, y nunca he tenido tantas ganas como en este momento de partirle la cara a Cesc y echarlo a patadas de aquí.

Él sonríe, ella también, y todo mi cuerpo se subleva, preso de una rabia infinita, al darme cuenta de que el que sobra aquí soy yo.

Cabreado como lo he estado pocas veces, salgo de la casa, del edificio, y comienzo a andar en dirección a ninguna parte, farfullando en francés y odiándome por haber sido tan estúpido de tomar las decisiones que tomé, por serlo ahora y no poder mandarlo todo al diablo y volver al único sitio donde quiero estar.

Me detengo en seco en mitad de La Latina. ¿Y por qué coño no lo hago? ¿Por qué no dejo ahora mismo a Alma? Regreso con Mia, le digo que la quiero, que me equivoqué… Mi cuerpo vuelve a revolucionarse, esta vez por un motivo completamente diferente. Reanudo la marcha en dirección a nuestro piso. Voy a hacerlo. Voy a recuperarla.

Pero… entonces…

Me freno a mí mismo y observo mis deportivas gastadas, quietas sobre la acera gris.

No soy ningún egoísta de mierda. No quiero serlo. Puede que haya cometido errores, que a veces sea demasiado impulsivo y otras me haya comportado como un niñato de mierda, pero nunca he querido hacerle daño a nadie… Yo no soy mi padre.

Decidí que lo mejor era dejar a Mia y la destrocé. No puedo volver a poner su vida patas arriba pidiéndole que estemos juntos de nuevo. ¿Qué pasa si vuelvo a equivocarme? ¿Si vuelvo a hacerle daño? No se lo merece. Yo no me la merezco.

Es hora de crecer y comportarme como un hombre.

*

Regreso a casa de Alma. Ella me pregunta dónde he estado y yo, después de haberme cruzado con Cesc, no puedo mentir, así que le explico de la forma más lacónica posible lo que ha sucedido. Le molesta, lo sé, pero no dice nada, y yo prefiero fingir que no hay ningún problema.

Después de cenar, estamos en el sofá viendo la tele, nada en especial; aunque lo fuese, tampoco podría concentrarme, ya que llevo una hora mirando el móvil cada cinco segundos, pensando hasta qué punto sería mala idea llamar a Mia. Podría seguir durmiendo y no quiero despertarla. La doctora dijo que debía descansar… ¿Y cómo de malo sería incordiar a Rebe hasta que llame al imbécil de Cesc para saber qué tal está Mia? No me parece tan mala opción y, de paso, molesto a Cesc. Eso son dos puntos.

—Qué injusto —comenta Alma con la mirada fija en su móvil, en un chat de WhatsApp.

—¿El qué es injusto? —pregunto, curioso.

—Un compañero de Cesc no puede ir a trabajar porque su hijo se ha puesto enfermo y él tiene que volver a Atocha a hacer su turno.

—¿Y eso es injusto para Cesc o para el compañero? —replico, impertinente—. Porque yo creo que la peor parte se la lleva el pobre crío.

—La gente no debería tener hijos si después no va a estar en situación de ocuparse de ellos o, en su defecto, pagar a alguien para que lo haga. No vale aguarle el tiempo libre a los demás.

De pronto pienso en mi madre… en todos los turnos dobles y extras que hacía por nosotros; cuántas veces, de pequeños, nos llevaba a las casas que limpiaba y nos pedía que, por favor, nos quedáramos quietos al tiempo que nos daba un libro para leer; cuando nos dejaba con la señora Manuela, con la señora Elisa o en la tienda de Joaquina, prometiéndonos una coca de albaricoque si nos portábamos como los niños buenos y listos que ella sabía que éramos. Todos los sacrificios que hizo por nosotros… los que ese tío de Atocha hará por su hijo… y caigo en la cuenta de que el comentario de Alma es increíblemente egoísta.

—Si todo el mundo pensara así —replico—, el ochenta por ciento de la población no podría tener niños.

—Pues, mira, a lo mejor así acabábamos con la superpoblación y la neoglobalización forzada.

La miro, ¿qué demonios se supone que voy a contestar a eso? Es más, ¿quiero contestar? Porque me parece una de las mayores gilipolleces que he oído.

Sin embargo, mi cerebro me recuerda que hay algo mucho más importante que sacar de la conversación: Cesc se larga de casa de Mia. Mia no puede quedarse sola.

—¿Quién se queda con Mia? —pongo mis pensamientos en voz alta, incapaz de centrarme en otra cosa.

Alma tarda un segundo en comprender a qué me refiero.

—No lo sé —responde, sin darle importancia—. Sola, supongo.

—No puede quedarse sola —digo, levantándome y cogiendo el abrigo—. La doctora lo dejó bien claro. Cesc es un puto irresponsable.

—Espera —se queja Alma, molesta, levantándose también—. ¿Vas a ir tú?

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Que llames a cualquier otra persona?

Ni de coña. Mia es mi responsabilidad. Ni siquiera tendría que haberla dejado sola con Cesc.

—No sé si ellos pueden ir y yo sí.

Acabo de ponerme el abrigo con un golpe de hombros y me dirijo hacia la puerta.

—No tienes por qué ir —protesta—. Solo es somnolencia y ya es de noche: que se vaya a dormir y punto.

—No voy a dejarla sola.

—¿Y vas a dejarme sola a mí?

—Tú no acabas de salir del hospital —trato de hacerle entender.

—¡Y a ella solo le ha mordido un maldito gato! ¿Por qué todos os compartáis como si la hubiesen operado a corazón abierto?

Ese *todos* hace que me detenga a unos pasos de la puerta y la mire esperando a que se explique.

Alma se cruza de brazos, todavía más malhumorada.

—Cesc ha pasado de mí toda la tarde y apenas me ha contestado los whatsapps porque tenía que cuidar de Mia y ahora te largas tú.

Acabáramos.

—Solo estás teniendo una rabieta, Alma —sentencio, dando un paso hacia ella— y tengo algo demasiado importante que hacer como para perder un solo segundo más.

No espero a que replique nada y, simplemente, me marcho.

Llego a casa lo más rápido que puedo. Delante de la puerta deseo tener llaves y llamo. Mientras espero, pienso otra vez que podría estar dormida, aún somnolienta por la vacuna. No quiero, pero la doctora fue muy clara. No puede estar sola.

Solo tengo que esperar unos segundos más y Mia me abre con una sonrisa en los labios. Sin que pueda hacer nada por evitarlo, a mi mente llegan en tropel todas las veces que ella me ha abierto la puerta y un recuerdo en concreto me atraviesa de pies a cabeza. Vivíamos en París. Yo volvía del trabajo y, después de subir a nuestro séptimo sin ascensor, reparé en que me había olvidado las llaves y llamé. Mia me abrió la puerta, pero, sin darse cuenta, lo hizo solo en bragas y camiseta. Al verla, dos reacciones explotaron a la vez dentro de mí. Por un lado, quería follármela contra la condenada puerta en ese mismo momento. Por otro, me puse tan celoso que la sangre me hirvió. ¿Qué hubiese pasado si hubiera sido el cartero, un vecino, el tío del gas?

Tuvimos una discusión monumental. Mia es pequeñita y muy dulce, pero sabe cómo plantarme cara. Y, al final, acabamos besándonos como locos, revolcándonos sobre el suelo.

Echo de menos París.

Sin embargo, cuando Mia me ve, su expresión cambia por completo. Entonces, ¿esa sonrisa era para Cesc? Creo que otra vez estoy a punto de hervir de rabia y celos.

—Vete —me espeta.

Decido fingir que no ha dicho nada. No puedo marcharme. Tengo que cuidar de ella. Involuntariamente, recorro su rostro con la mirada hasta llegar de nuevo a sus increíbles ojos. Sonrío. Tiene la mejilla manchada de tomate.

—¿Qué pasa? —inquiere Mia, confusa.

—¿Estás intentando hacer la cena? —planteo, burlón.

Ella alza la barbilla, tratando de darme una contestación con la que mandarme al diablo, pero acaba rindiéndose y encogiéndose de hombros, desdeñosa.

—No.

—¿No? —insisto con una sonrisa.

—No —repite—, y deja de poner esa sonrisa tan molesta.

Mi gesto se ensancha. No puedo evitarlo.

—¿Me dejas que te ayude?

Mia no se esperaba esa pregunta. Lo sopesa, supongo que la idea de que, con la mano derecha inmovilizada, para cuando termine de cocinar, será ya la hora del desayuno, resulta poco atractiva, pero, finalmente, acaba negando con la cabeza.

—Mejor, no.

—La doctora ha dicho que tenías que descansar y eso incluye comer bien —le recuerdo.

Mia vuelve a observarme, meditabunda.

—Está bien, pero solo la cena.

—Solo la cena —acepto.

Se hace a un lado y entro. Me quito el abrigo, lo dejo sobre el sofá y rodeo la pequeña barra de la cocina americana.

—Siéntate —le ordeno.

Mia me mira pasearme por la cocina. Estoy seguro de que tiene muchas cosas que decir, pero también que no va a hacerlo. Necesita pensarlo y analizarlo todo. Mi chica es muy inteligente y muy reflexiva.

—Prefiero ayudarte —suelta al fin.

—Y yo prefiero que te sientes.

—Nico…

—¿Qué te apetece cenar? —la interrumpo, para salirme con la mía.

—Me conformo con cualquier cosa.

—Eso no es lo que te he preguntado —contesto con una sonrisa.

Mia tuerce los labios.

—¿Quieres dejar de sonreír así?

—Si quieres que lo haga, mantenme ocupado —la desafío—. ¿Qué te apetece comer?

—Un *croque madame* —responde, devolviéndome el guante.

Puede que ella me conozca a mí, pero yo la conozco a ella y Mia jamás se rinde. Da igual que el desafío sea pequeño o gigantesco, siempre planta cara.

—Marchando.

Empiezo a moverme y Mia se acomoda en el sofá. Enciende la televisión y se centra en ella, sin volver a hablarme, tratando de marcar las distancias conmigo. Tarda algo así como cinco minutos en empezar a bostezar de nuevo, víctima de la somnolencia.

Acelero el ritmo. Quiero que coma antes de volver a quedarse dormida.

Meto el sándwich en el horno y voy hasta el salón, ideando alguna manera de entretenerla.

—¿Por qué no bailamos? —propongo, caminando hasta el mueble de Ikea que yo mismo monté.

—¿Qué? —pregunta, alucinada. Debe de estar pensando que tiene demasiado sueño para haber oído bien.

—Lo que he dicho —replico.

Me saco el móvil del bolsillo trasero de los pantalones y lo coloco sobre los altavoces, activándolos automáticamente con el contacto.

—No voy a bailar contigo —me deja rotundamente claro.

—El sándwich necesita unos ocho minutos en el horno para que se gratine el queso —continúo, inclinándome ligeramente hacia delante, con una mano apoyada en el mueble y la otra trasteando en mi Spotify—, así que tenemos que hacer algo que te espabile. Por eso vamos a bailar.

Mia lanza algo a medio camino entre un resoplido fugaz y una carcajada irónica e insolente.

—Claro y, ya puestos, ¿por qué no nos vamos a la cama? —me rebate.

17

Mia

No soy consciente de lo que he dicho hasta que lo he dicho y, en cuanto lo hago, me pongo roja hasta las orejas y bajo la cabeza.

¡¿Cómo he podido hacerlo?! ¡¿Cómo he podido hacerlo?!

Quiero que la tierra me trague.

Nico me mira de reojo sin girarse, imagino que para no ponerme las cosas más difíciles, pero sonríe, de verdad, por mi reacción.

—Por mí no hay ningún problema —contesta, burlón—, pero necesitaríamos más de ocho minutos y no quiero que se te enfríe el sándwich. Al final, el objetivo de todo esto es que… comas.

¡Lo conozco! Ha hecho esa pequeña pausa para cargar la última palabra de doble sentido completamente a propósito… aunque también sé que su objetivo es que me ría y me relaje después de mi metedura de pata.

Sigo en silencio, todavía con la vista clavada en el suelo, pero, al cabo de unos segundos, ya no puedo contenerme más y sonrío, casi río, al tiempo que cabeceo.

—Descarado —me quejo, divertida, lo que solo hace que su gesto se ensanche.

Es un auténtico sinvergüenza.

—Entonces, bailamos, ¿no? —resume al cabo de un instante, deslizando el dedo por la pantalla y haciendo sonar *No puedo vivir sin ti*, de Coque Malla y Anni B Sweet, la misma que bailamos en París y me regaló en una llave de Spotify.

Nico se gira hacia mí. Yo me levanto y me quedo de pie a unos pasos de él, tratando de emanar autoridad o, al menos, seguridad. No podemos bailar. Sería un error de esos por los que la gente acaba llamando a los programas de radio de madrugada.

—No vamos a bailar —sentencio.

Nico me mantiene la mirada y se encoge de hombros mientras tuerce los labios.

Está tramando algo. Lo sé.

—Entonces, escuchemos música… —deja en el aire, inocente…

Inocente, como si fuese posible aplicar esa palabra a Nico Arranz.

Tomándome por sorpresa, cambia de *playlist* y un segundo después la música más estridente que he oído jamás comienza a sonar a todo volumen. Algo a medio camino entre *heavy* y electrónica, como si fuese posible fusionar las dos canciones más ruidosas del espectro rítmico.

Sé que la lista no es suya, Quim tiene los gustos musicales más raros que os podáis imaginar, pero la está usando claramente para salirse con la suya.

—¡Quita eso! —grito para hacerme oír por encima de la canción.

Nico niega con la cabeza.

—¡Estás despierta! ¡Está cumpliendo su objetivo! —me rebate, descarado.

—¡Los vecinos van a matarme!

Yo los mataría si esto sonase en cualquier piso del edificio… ¡del vecindario!

—¡No te oigo! —miente.

—¡Nico! —protesto.

Pero él se limita a señalarse la oreja y negar con el índice, el muy sinvergüenza.

Resoplo, exasperada, mirando a mi alrededor, tratando de buscar cualquier solución. Alguien va a acabar llamando a la policía, por no hablar de que este ruido es *in-so-por-ta-ble*.

—¡Esta bien, bailaré! —cedo.

—¡¿Qué?! —sigue jugando.

—¡He dicho que bailaré!

—¡¿Qué?!

—¡Bailaré!

En ese preciso momento se deshace de la música y mi única palabra resuena por toda la casa. Nico sonríe, gamberro, y yo lo asesino con la mirada; he perdido la cuenta de cuántas veces lo he hecho últimamente.

—Está bien —comenta, simulando estar hastiado, estirando todas las vocales, como si hubiese sido yo la que hubiera estado insistiendo para bailar y no al revés. ¡Es el colmo!—. Si te pones así, bailaré.

Abro la boca, completamente indignada. Estoy a un paso muy pequeñito de recurrir a la violencia física con él, pero, antes de que pueda hacerlo o, sencillamente, arrepentirme, Nico cambia la canción. *No puedo vivir sin ti* vuelve a sonar y, con una media sonrisa, me coge de la mano, tirando con dulzura de mí hasta que avanzamos hasta el centro del salón.

Estira suavemente nuestras manos entrelazadas y coloca la que le queda libre en mi cintura. Mi cuerpo reacciona de inmediato, como si fuéramos parte de la misma piedra mística y el mero contacto de su piel con mi piel, incluso si hay ropa y enfados de por medio, lo activase.

Mi sentido común da la voz de alarma y me obligo a tensarme, a mantener las distancias. Puede que me haya visto obligada a bailar, pero de ninguna de las maneras voy a permitirme dejarme llevar como si Nico no fuese Nico o, lo que es peor, como si lo fuese.

Él sonríe, como si supiese exactamente en lo que estoy pensando, y de un solo movimiento me atrae contra su cuerpo, dejándonos demasiado cerca.

—Tenemos que estar más cerca para poder bailar —susurra, torturador.

Lo miro, atónita y enfadada y abrumada y encendida y queriéndolo odiar un poco más.

Voy a mandarlo al diablo, claro que sí. ¿Por qué demonios me estoy conteniendo? Pero justo

cuando voy a hacerlo, él le da el pistoletazo de salida a todo esto y comienza a movernos despacio, dándonos la oportunidad de sentir cada nota musical tatuarse entre los dos.

Sigo el ritmo. Estamos muy pegados. Nico me mira a los ojos y los suyos azules me complican las cosas de verdad. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Por qué tengo que sentirme así cuando está cerca?

¡Mantener la distancia!

Bajo la cabeza, obedeciéndome, huyendo de su mirada. Trato de concentrarme en cualquier otra cosa que no sea él, pero entonces desciende su mano, apenas un centímetro, y todo vuelve a empezar, esa sensación de saber que es él y solo él el que está frente a mí, su olor, todo su cuerpo, y vuelvo a levantar la cabeza, dejando que nuestras miradas conecten de inmediato, que la intimidad vaya construyéndose lentamente, bajito.

Solo necesita un segundo para hechizarme, para hacer que lo único sea él y la música… Y eso no es bueno para mí. Nada bueno. Nada nada bueno.

«¡Mia, reacciona!»

Vuelvo a bajar la cabeza, a desunir nuestras miradas, incluso a separarme todo lo que la longitud de nuestros brazos me permite. ¿Habéis oído alguna vez la expresión puerto seguro? Pues este no lo es, no lo es en absoluto.

De reojo, veo cómo una suave sonrisa se cuela en los labios de Nico, como si mi reacción le inspirase ternura. No me gusta. No quiero inspirarle ternura. No se lo merece.

Me envalentono. Lo miro. Me mira y le mantengo el gesto porque esta situación no me da miedo.

Continúa moviéndonos. La música sigue sonando y, sin quererlo, mi pequeño piso en La Latina se disfraza de París, de nuestra buhardilla, de magia.

—Es nuestra canción —murmuro, sin poder controlarlo.

Seguimos siendo nosotros y eso sí me asusta.

Me separo de golpe. Mi cuerpo protesta, pero yo lo necesito. No puedo hacer esto y, por demasiados motivos, tampoco debo.

—Creo que he oído el timbre del horno —miento, señalando a mi espalda, sobre todo porque el mío no lo tiene.

Nico suelta un suave resoplido, como si mi interrupción no solo hubiese roto mi propia burbuja, sino también la suya. Vuelve a atrapar mi mirada y, a pesar de la distancia, me siento cerca de él. ¿Acaso mi corazón no ha aprendido nada? Porque desearía con todas mis ganas que hubiese aprendido a volar sin él.

Asiente y, poco a poco, pasando junto a mí, sacudiéndome de nuevo con su olor, entra en la cocina.

Me quedo un instante con la mirada en ningún lugar y doy una bocanada de aire, tratando de recuperar la normalidad. Seamos positivos, al menos ya no tengo sueño.

Cinco minutos después no puedo decir lo mismo y, en cuanto la adrenalina escapa de mis

venas, empiezo a sentirme más cansada de lo que he estado nunca, hasta el punto de que me duermo con un trozo de sándwich en la mano.

¿Jugamos a los «hubiese»? Porque, si hubiese estado despierta, habría visto cómo Nico me cogió en brazos con cuidado de no despertarme; cómo me acomodó en la cama y me tapó con la mantita, que siempre tengo doblada en el tresillo y que estaba haciendo horas extra; cómo se sentó en el borde de la cama y me observó dormir plácidamente durante largos minutos; cómo me apartó un mechón de pelo de la cara. Sonrió, una sonrisa pequeña, sincera, preciosa, sin poder levantar los ojos de mí, y un millón de cosas diferentes cabalgaron su mirada azul, su mente y su corazón, pero él solo quiso escuchar una: me flanqueó con sus manos en el colchón, se inclinó despacio y me besó. Un dulce beso en los labios. Lo que no supo entonces, lo que yo tampoco habría sabido si hubiese estado despierta, es si ese beso estaba lleno de recuerdos o de promesas.

Nico se levantó, recorrió la casa con calma y se marchó. Cuando treinta minutos después llegó a la suya, todo estaba a oscuras y en silencio, y dio gracias a Dios por ello. Se dejó caer en el sofá, sin ni siquiera quitarse el abrigo, sacó su móvil y, aunque sabía la mala idea que era, incluso lo poco que se lo merecía, abrió la carpeta que se llamaba «Mia» y, una a una, vio todas las fotos una y otra vez. París, Banyalbufar, Madrid. Sonrío en cada ocasión que me vio sonreír a mí. Revivió nuestro primer San Juan, todos los que vinieron después, la primera vez que vimos juntos la Torre Eiffel iluminarse, todas las ocasiones en las que nos habíamos querido paseando por Madrid.

Alzó la mano y me acarició con la punta de los dedos en la pantalla al tiempo que resopló. Nunca había estado tan perdido. Nunca había estado tan confuso. La montaña rusa había vuelto a empezar, pero ahora ni siquiera sabía en qué vagón estaba.

*

—Hola —me saluda Rebe, cantarina, sentándose en mi mesa.

—Hola —respondo con una sonrisa, pero sin levantar la vista de la pantalla de mi ordenador.

Estoy a tope con el nuevo artículo, otro encargo de mi jefe y aún más importante que el anterior; creo que va a darme un ataque. Quiero que quede perfecto y, por algún extraño fenómeno de la naturaleza, cuantas más veces lo leo, más cosas que cambiar se me ocurren.

—Necesito hablar contigo de algo.

—¿Del uno al diez? —pregunto, haciendo referencia a la escala de relevancia Mia-Rebe, donde un uno es un cotilleo de un programa de televisión, algo que claramente puede esperar a no ser que incluya a uno de nuestros novios famosos, Maxi Iglesias y Sebastian Stan, en mi caso, Denzel Washington y Dani Martín, en el suyo, y un diez, algo súper-mega-urgente, del grado «Me han pillado montándomelo en los ascensores» o «Alguien a quien conocemos tiene una

aventura con otro alguien que conocemos por el que ha cambiado de orientación sexual», una información que se debe compartir sí o sí.

—Un siete —responde—. No, espera, un ocho y medio —rectifica.

—Vaya —replico, mirándola al fin—. Debe de ser algo realmente importante.

Rebe entorna los ojos, pensativa, al tiempo que agita la cabeza suavemente.

—Más que importante, es una cuestión de logística.

Arrugo la frente.

—Ahora sí que me has intrigado —me sincero.

—Recuerdas que esta noche celebramos mi cumpleaños, ¿verdad? —me pone en situación.

Asiento, enérgica. Cumplió los veintinueve el martes. Marcelo, Nico, Lucas y yo le llenamos su mesa en la redacción de globos, *cupcakes* de colores y regalos, pero, para poder festejarlo como Dios manda, con cena, disco y copas, decidimos esperar hasta hoy, viernes, y darlo absolutamente todo.

—Tengo muchas ganas de celebrarlo —continúa, veloz— y me hace mucha ilusión que estemos todos… y me preguntaba si te importaría que viniese Nico.

Pronuncia su nombre casi en un susurro y me observa llena de empatía. Es una amiga fantástica y, sí, es cierto que he estado evitando verlo en el trabajo con una maestría brutal —curiosamente, la misma habilidad de ninja sentimental que me permitía espiarlo antes de estar juntos ahora me sirve para evitar coincidir con él—, pero Rebe se merece poder estar rodeada de toda la gente que la quiere en su cumpleaños. Ni puedo ni deseo robarle eso.

—Por mí no hay ningún problema —sentencio.

Ella sonríe, pero no es un gesto pleno. La conozco, hay más.

—¿Vendrás con Cesc? —me pregunta.

Lo pienso un instante, pero me doy cuenta de que no lo necesito.

—Si te parece bien, sí.

—Me parece genial, porque Nico vendrá con Alma —suelta de un tirón.

El golpe es duro, un balazo, no voy a negarlo, pero no puedo esconderme el resto de mi vida. Ella es su novia. Mis mejores amigos son los suyos. Tenemos que aprender a convivir, y eso significa lidiar en directo con la idea de que ahora esté con otra chica… Maldita sea, cómo duele.

—Vas a venir, ¿no? —insiste, preocupada.

—Claro —contesto, pero tengo que obligarme a que mi tono suene normal.

Rebe suspira de puro alivio y, ahora sí, sonríe de verdad.

—Muchas gracias, enana —dice, inclinándose para darme un abrazo—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero.

Se baja de mi mesa de un salto y empieza a caminar hacia la suya, a unos poquísimos metros.

—A las nueve —me recuerda, señalándome.

Asiento de nuevo.

—A las nueve —repito.

Me pregunto si Rebe también ha tenido que hablar con Nico acerca de si le importa que yo vaya con Cesc. Supongo que no. Al fin y al cabo, él me dejó. Está con Alma. Resoplo mentalmente y me exijo ser más lista. ¿Acaso plantearme ese tipo de cosas me hace algún bien? La respuesta es no, y en mayúsculas.

*

Rebe y yo salimos pronto del trabajo, pasamos por mi casa a recoger mis cosas e instalamos el campamento base en la suya, donde nos preparamos para esta noche, escuchando música, pintándonos las uñas y haciendo nuestro propio pase de modelos.

Han pasado un par de minutos de las nueve cuando nos encontramos con Lucas y Marcelo en un restaurante, pequeñito pero matón, muy de moda, cerca de la Puerta del Sol. La idea es cenar todos juntos aquí y, después, irnos a un garito aún más en boga a unas calles del Palacio Real.

La comida está riquísima y nos lo pasamos realmente bien. Cesc vendrá directamente a la discoteca, igual que Nico y Alma. Estoy nerviosa, no voy a negarlo, y lo peor es que ha llegado el punto en el que no sé si lo estoy porque los chicos vayan a conocer a Cesc, por Nico o por ella.

—La primera copa es crucial —apunta Marcelo mientras hacemos cola para entrar en la disco.

Estoy demasiado inquieta y, aunque juraría que lo he disimulado muy bien, Marcelo, Rebe y Lucas han tardado algo así como tres minutos en darse cuenta de que algo ocurría; supongo que también entraba dentro de lo esperado y, por eso, les ha sido de lo más fácil reconocerlo.

Yo asiento a su teoría, concentrándome en no helarme. Tendría que haber traído un abrigo gordo y calentito y no esta chaqueta, que es una chulada pero que no abriga absolutamente nada.

—Eso —continúa— no le dejes ver que te pone nerviosa que se haya traído a esa pelandrusca.

Tuerzo los labios, reprendiéndolo.

—No sabemos nada de esa chica —le recuerdo, amable—: a lo mejor es un cielo.

Rebe y Lucas sonríen por mi comentario mientras Marcelo abre la boca, indignado, y, finalmente, asiente a trompicones, dándome la razón.

—Eres demasiado buena —concluye—. Tú eres la primera que tendría que estar llamándola pelandrusca —añade en voz baja, como si susurrar la última palabra la hiciese menos grave.

—Alma no era quien tenía novia —me explico, y hablarlo, aunque sea así, como parte de una hipótesis, duele más de lo que esperaba—, así que creo que, si uno de los dos ha sido un *pelandrusco*, ha sido Nico.

Rebe asiente a mi teoría y Marcelo alza, melodramático, las dos manos.

—Nico lleva siendo un *pelandrusco* desde los quince años —sentencia, y no tenemos más remedio que sonreír, casi reír—. Os recuerdo que estuvo a punto de batir el récord de Bertín Osborne.

—Creo que el nuevo baremo para medir ese tipo de cosas es Fermín Trujillo —apunto.

—Yo, una vez, lo vi en un bar —comenta, orgulloso, Marcelo.

La cola empieza a avanzar.

—¿A Bertín Osborne? —plantea Rebe.

—¿Y te lo ligaste? —continúa Lucas.

—¿Bertín Osborne es gay? —inquiero yo.

—No —responde Marcelo.

—Y, entonces —pregunta Lucas, confuso—, ¿cómo te lo ligaste?

—Estoy hablando de Fernando Tejero —nos aclara Marcelo.

—¿Te has ligado a Fernando Tejero? —indaga, sorprendidísima, Rebe.

—Fernando Tejero sí es gay —apunto como dato informativo. Lo vi en la portada de la revista *Cuore* con un exconcursante de «Gran Hermano».

—No me lo ligué, solo lo vi.

—¿Con Bertín Osborne? —suelta Lucas.

—¿Estaban juntos? —No me lo puedo creer—. ¡Qué fuerte!

—¿Y por qué no nos lo has contado antes? —se queja Rebe.

—Dejad de mencionar a Bertín Osborne —protesta Marcelo, desesperado—. Yo solo vi a Fernando Tejero.

—¿Y quién es Fernando Tejero? —apuntilla Lucas.

—Fermín Trujillo —le explica Rebe, volviendo al inicio de esta loca conversación.

Por fin llegamos hasta el portero. Marcelo y yo pagamos nuestra entrada.

—No, Fermín Trujillo es Fermín Trujillo —asevera Lucas.

—Eres consciente de que esas personas no viven en tu televisión, ¿no? —comenta, desdeñoso, Marcelo.

—Entonces, ¿con quién está Bertín Osborne? —recapitula Rebe.

—Con la madre de este —responde Marcelo, hastiado de que no hayamos entendido absolutamente nada, refiriéndose a Lucas.

—Le encantaría —afirma el aludido, pagando su entrada y la de su novia—. Le chiflan los caballos.

Y, tras unos segundos de reflexión, todos asentimos. Esa es una verdad incontestable.

*

La discoteca es increíble, un local gigantesco decorado con varias barras y una enorme pista de baile donde más de un centenar de personas lo dan todo al ritmo de la música. Gogós vestidos con trajes futuristas de plástico están encerrados en jaulas de neón. Y el juego de luces lo llena todo de lilas, platas y rosas. Una auténtica pasada.

—Vamos a pedirnos una copa —comenta, entusiasmado, Marcelo, cogiéndome la mano para

que lo siga—, y después a bailar como posesos.

Sonrío. No se me ocurre un plan mejor, pero, entonces, se detiene en seco y se gira hacia nosotros, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Conozco al DJ —comenta, más que orgulloso, y resulta más que obvio que ese «orgulloso» tiene algo que ver con el sentido bíblico de la palabra *conocer*.

Lucas abre la boca, dispuesto a decir algo, pero Marcelo lo amenaza con la mirada, índice en mano.

—No se te ocurra volver a mencionar a Bertín Osborne.

Rebe y yo nos aguantamos la risa como podemos mientras Lucas alza las manos en señal de tregua. Está claro que vamos a tardar un tiempo en olvidar la conversación.

Estamos anclados a un pedacito de barra, divirtiéndonos, bailando con una copa en la mano, cuando creo que, más que verlo, lo intuyo, puede que incluso lo huela, pero prefiero guardarme ese detalle para mí, es demasiado bochornoso.

Pierdo mi vista en la pista y me quedo así, evitándolo con todas las letras. No quiero verlo y, más que nada, no quiero verlo con ella.

—Hola —nos saluda Nico.

—Hola —lo saludan los chicos, prácticamente al unísono.

Y comprendo que no puedo hacer esto. Meter la cabeza en la tierra como un avestruz nunca es una opción, ni siquiera cuando eres una, así que me obligo a mirarlo y juraría que en ese preciso instante todos los planetas se alinean para demostrarme el gran error que ha sido.

Tengo la sensación de que incluso la música deja de sonar.

Está injustamente guapo; más que eso, Nico Arranz, esta noche, está arrebatador… con la camisa azul marino con pequeñas motitas blancas, los vaqueros rotos por la rodilla y sus ojos azules y su pelo indomable resaltando perfectos.

Me mira. Lo miro y todo se complica un poco más. «No, Rebe, no quiero que venga Nico, porque, cada vez que lo veo, siento que el corazón y las bragas van a escapárseme, y eso es una pésima idea.» ¿Tan difícil era?

Nico me sigue mirando y yo lo sigo mirando a él. ¿Por qué solo puedo pensar en que se coma a bocados la distancia que nos separa, me agarre de las caderas con fuerza y me bese? ¿Por qué soy incapaz de olvidar cómo me hacía sentir?

—Hola —dice al fin, con el tono ronco, y tengo la sensación de que esas cuatro letras condensan un millón de otras que no va a pronunciar.

—Hola —respondo.

¿Por qué tengo que sentirme en una canción cada vez que lo tengo cerca?

—¿No nos presentas? —dice una voz, y mi sentido común me obliga a dejar de mirar a Nico y prestarle atención a ella—. No importa —continúa, con una sonrisa—. Soy Alma —lo hace por sí misma, mirándonos a todos alternativamente.

Es la primera vez que me fijo en ella de verdad. Es guapa, muy guapa, con el pelo negro y

largo, ondulado y brillante, con los ojos oscuros y los pómulos marcados y un vestido maravilloso que ensalza sus curvas.

«No lo hagas. No lo hagas. No lo hagas», me pido, pero soy estúpida y lo hago y bajo la mirada a mi vestido, que es más divertido que sexy; a mi uno sesenta y dos; a que no soy ninguna supermodelo, ¿recordáis?; a que yo no llamo la atención; a que Nico no tiene un tipo de chica, pero que, en cualquier caso, yo no lo soy, porque tardó más de un año en saber que existía.

—Yo soy Rebe —le responde mi amiga, tratando, como siempre, de ser conciliadora y lograr que todos estemos cómodos— y él es Lucas, mi chico, aunque creo que ya lo conoces de la librería.

Alma asiente, gesto que Lucas le devuelve, y da un paso adelante para plantarles dos besos a cada uno.

Lucas está a mi lado, así que ahora me toca a mí, ¿no?

Todos me miran. Nico lo hace.

Me preparo mentalmente, pero es como si mi cuerpo se negase en redondo a colaborar. De pronto, recuerdo las palabras de Marcelo en la cola: «y que no le dejes ver que te pone nerviosa que se haya traído a esa pelandrusca».

—Mia —pronuncio al fin, y consigo sonar suave y firme, sin dejar ver ni un poquito del huracán que lo está arrasando todo dentro de mí.

Ella sonríe y lo hace con ternura, y supongo que tendría que agradecérselo, pero, en realidad, es lo peor de todo, porque es la última persona que deseo que tenga ese sentimiento por mí, porque, si es ella, no es ternura, es pena, y nunca, jamás, permitiré que nadie me tenga lástima, como si fuera una muñequita rota. Mia Nieto es fuerte.

Alma hace el ademán de mover el cuerpo para darme dos besos y mi corazón colapsa, gritándome que es demasiado. Me tenso de la cabeza a los pies. Miro a Nico y no debería, pero el problema es que él ya me está mirando a mí. Alza la mano, dispuesto a frenarla; va a salvarme, y eso tampoco debería hacerlo, pero, en el último segundo, Marcelo se le adelanta, colocándose entre las dos y dándole él dos besos a ella.

—Yo soy Marcelo —se presenta.

Durante el siguiente minuto, Nico y yo seguimos mirándonos, y todo lo que parece a punto de decirme se multiplica por mil al mismo tiempo que a mí me nacen palabras nuevas. Estoy enfadada. Él me dejo, así que tiene que mantenerse al margen de mi vida, y eso incluye salvarme. No quiero que Nico me salve nunca más.

—¿Qué tal si nos tomamos una copa? —propone Lucas, como salvoconducto para toda esta tensión.

Soy la primera en decir que sí.

Vamos a girarnos hacia la barra. Nico me busca con la mirada, pero finjo que ahora mismo ni siquiera pertenecemos a la misma galaxia. Sin embargo, de reojo, puedo ver cómo su expresión cambia en una décima de segundo. Frunzo el ceño, confusa.

Me tapan los ojos.
¿Qué pasa?

18

Nico

No me lo puedo creer, joder, y eso que ya sabía que estaría. Rebe me ha preguntado esta mañana si me importaba que Cesc viniese esta noche. Mi primera reacción ha sido un contundente no; siendo sinceros, esas han sido mis quince primeras reacciones, pero, al final, no he tenido más remedio que recordar que es el cumpleaños de Rebe y lo que más le importa a ella en el mundo es que todos, estemos donde estemos, lo hagamos cómodos. No obstante, el principal motivo por el que he aceptado ha sido porque juré no hacerle daño a Mia de nuevo, y eso incluye aceptar sus decisiones, incluso si eso significa tragarme a Cesc y estar a su lado por si me necesita.

Le he dicho a Rebe que me traería a Alma. No me ha quedado más remedio. Me oyó hablar con Lucas por teléfono e insistió sobremanera en que quería conocer de verdad a mis amigos. Yo me negué, no pensaba poner a Mia en esa situación. Alma tuvo una rabieta, algo bastante común en ella por lo que estaba descubriendo, y volví a negarme. Dejó de hablarme, mismo resultado. Pero, entonces, me preguntó si no quería llevarla porque me avergonzaba de ella. Me sentí como un cabrón y no tuve más remedio que aceptar.

Sin embargo, nada de eso ha importado cuando lo he visto acercase a ella y taparle los ojos. La sangre me ha hervido cuando Mia ha colocado sus manos sobre las suyas y ha sonreído, porque, de alguna manera, a pesar de la sorpresa inicial y no poder verlo, lo ha reconocido y algo ha estallado, llenándolo todo de rabia cuando se ha girado y, con una sonrisa aún mayor, le ha dado un abrazo.

No quiero que la toque. No quiero que le sonría. El imbécil de mi interior y yo estamos plenamente de acuerdo, ni siquiera queremos que la mire.

—¿Quieres que te los presente? —le pregunta Mia, dulce, a Cesc.

Y que le hable así me vuelve todavía más loco.

—Claro —responde, con una sonrisa que ella le devuelve de inmediato.

—Él es Marcelo —dice, señalándolo—, y ellos son Rebe y Lucas. Chicos, él es Cesc.

Todos lo saludan y se dan dos besos o la mano. Cesc también le da dos besos a Alma. Yo prefería no tener que saludarlo y sé que el sentimiento es mutuo, pero nos dedicamos un escueto «¿Qué tal?» por mantener las formas y no incomodar a los demás.

—Si tú eres Rebe —comenta él—, esto es para ti. Feliz cumpleaños —añade, con esa sonrisa de mierda, ofreciéndole un regalo.

—¿Para mí? —pregunta, sorprendida—. Muchas gracias.

Lo abre, veloz, y su sonrisa se ensancha al ver el último cedé de Vetusta Morla. Es el grupo favorito de Rebe y también el de Mia. Mia empezó a escucharlos porque le hacía ilusión que se llamaran igual que la tortuga de *La historia interminable* y acabó enamorada de su música.

—Siento no poder quedarme toda la fiesta —le explica—, pero esta noche también celebra el cumpleaños nuestra amiga Diana y no puedo faltar.

Rebe asiente. Ya lo sabe, porque yo mismo se lo dije. A eso de la una, tenemos que irnos a un local en Malasaña. ¿Nunca salen de ese barrio? Cualquier día van a decirme que la Tierra es plana, empieza en Manuela Malasaña y termina en calle Princesa.

—No te preocupes, lo importante es que has venido —responde ella.

—¿Quieres tomarte una copa? —le pregunta Mia.

Él se gira hacia ella y, en cuanto sus miradas conectan, sonríe más que encantado. Está colado por ella, joder.

¿Quién podría culparlo? Además, esta noche está preciosa. Lleva un vestido increíble, sencillo, pero ella consigue llamar más la atención que una pasarela llena de supermodelos.

—Sí, estoy muerto de sed —acepta.

Mia le devuelve la sonrisa y los dos se encaraman a la barra mientras que él pide la estupidez que decida beber.

Estoy de un humor de perros.

—¿Y a qué os dedicáis? —les pregunta Alma a los chicos, sacándome de mi ira homicida.

—Todos somos periodistas —contesta Rebe—. Lucas trabaja en la oficina de prensa de la Conserjería de Turismo del Ayuntamiento, Marcelo es *freelance* y lleva la prensa de distintas galerías de arte y Mia y yo trabajamos con Nico en *El País*.

Alma asiente.

—Creo que yo nunca podría trabajar para el Ayuntamiento —comenta—. ¿No te preocupa estar colaborando con el poder establecido?

Los tres la miran como si acabase de bajarse de una nave extraterrestre y Lucas se encoge suavemente de hombros.

—Si me pagan a fin de mes, la verdad es que no —contesta, en su línea de *Be water, my friend.*

Una respuesta que, por supuesto, no convence a Alma, aunque lo disimula rápido.

—¿Y tú qué nos cuentas? —le pregunta Rebe—. Lucas me contó que tienes una librería increíble.

—Alucinante —lo confirma su novio, después de darle un trago a su Johnnie con cola.

—Bueno, es más que una librería —replica Alma—. Me gusta pensar que todo el que entra allí encuentra lo que busca. Malasaña es una especie de hito cultural, teniendo en cuenta que lo *underground* es lo único que se puede llamar cultura realmente, y todos los negocios tenemos que estar al nivel, poniendo nuestro granito de arena para que las personas empiecen a rechazar

de una vez todo el sistema establecido y sigan las nuevas corrientes, por supuesto, no *mainstream*.

Lucas, Rebe y Marcelo asienten muy serios, incluso concentrados, siguiendo todo el discurso, pero los conozco lo suficiente como para saber que, en el fondo, se están aguantando las ganas de reírse.

—Me voy a por una copa —se excusa Marcelo, arqueando las cejas.

Miro su vaso, aún medio lleno, no voy a negar que lo entienda.

La noche va avanzando, reflejando lo obvio: Alma no encaja con los chicos, como tampoco lo hizo con Quim en Banyalbufar. Supongo que que tu novia, tus amigos y tú seáis una especie de clan a lo «Palabra de gitano», solo ocurre una vez en la vida.

—¿Te enfadas si digo que estoy deseando que nos vayamos al cumpleaños de Diana? —me pregunta Alma, entusiasmada.

Niego con la cabeza. Estamos en la barra. Lucas y Rebe se «han perdido», Mia y Marcelo están bailando a unos metros. No hay rastro de Cesc. Mejor.

—Es que me muero por ver el local nuevo —continúa—. Claudio dice que es una pasada.

Empieza a sonar *Rey del glam*, en la versión de Loquillo. Sonrío. No sé cómo se las apaña Marcelo, pero siempre consigue que la acaben pinchando.

Mia y él sonríen, encantados, y empiezan a bailar. Sonrío cuando Mia frunce los labios, tratando de poner la cara más dura que es capaz, imitando al propio Loquillo. Es adorable, joder.

Marcelo la señala y empiezan su propia versión del baile de Uma Thurman y John Travolta en *Pulp Fiction*, pero, cuando apenas llevan un par de movimientos, los dos rompen a reír. Creo que podría pasarme toda la vida viéndola reír.

Sin embargo, Cesc sale de donde quiera que estuviera metido y se acerca a ellos. Los tres empiezan a bailar. Cesc dice algo, los tres vuelven a estallar en carcajadas y mis celos viajan hasta la estratosfera. Es mi chica, es uno de mis mejores amigos y es nuestra puta canción, de la pandilla; Cesc no tiene nada que hacer ahí.

—Me llaman —comenta Alma, agitando el móvil en la mano—. Salgo —me avisa.

Asiento y, aunque pretendo que esta especie de interrupción me sirva para dejar de prestar toda mi atención a la pista de baile, no funciona, y unos tres segundos después vuelvo a clavar mi vista en ellos, que siguen bailando. Parece que Cesc sí ha encajado; de maravilla, *merde.*

Apoyo la espalda en la barra y le doy un trago, largo, a mi copa. La noche se me va a hacer eterna.

—Cesc parece simpático —comenta Rebe, colocándose a mi lado.

Finjo que no he oído sus palabras.

—Muy en la línea de Mia, ¿verdad? —continúa.

Resoplo suavemente. No hay ninguna posibilidad de que quiera tener esta conversación, ni ahora ni nunca.

—Divertido, inteligente y un poco chulo, que no se nos olvide que a nuestra peque le van los

tíos que se lo tienen un poco creído.

Me vuelvo hacia Rebe y la fulmino con la mirada, lo que solo provoca que me sonría con ese gesto de listilla.

—¿Hay algún motivo por el que hayas decido tocarme los huevos?

—¿Aparte de porque te lo mereces?

—Rebe… —la reprendo.

—¿Qué pensabas que iba a pasar cuando la vieras con otro, que iba a encantarte? —pregunta con vehemencia, separándose de la barra y girando el cuerpo para tenerme de frente.

—Rebe…

—Tienes que arreglar esto, Nico —me interrumpe.

—¿Cómo cojones pretendes que lo haga? —la freno yo—. No pienso volver a hacerle daño. Esa es mi puta prioridad, Rebeca —sentencio sin una sola duda, porque no las hay—, y si me toca comerme a ese gilipollas, tendré que hacerlo, porque lo único que me importa es que Mia sea feliz.

Lo decidí cuando vi su mirada después de decirme que no podíamos ser amigos, aunque, en realidad, había escogido esa opción mucho antes, desde la primera vez que la toqué. Mia es lo que más me importa en el mundo. No puedo dar marcha atrás a mis errores, pero sí puedo asegurarme de que va a estar a salvo de ellos, siempre.

—¿Y crees que lo es? —replica Rebe—. ¿Te has fijado en cómo se ha quedado cuando Alma se ha presentado? Y no me digas que no te has dado cuenta, porque te he visto a punto de saltar cuando tu novia, tu novia —repite haciendo hincapié en esas dos últimas palabras—, ha querido darle dos besos. Tienes que intentar recuperarla —me ordena, aún con más énfasis.

—No puedo.

—¿Por qué?

—*Mon Dieu* —mascullo, al límite—, déjalo estar, Rebe.

—¿Por qué? —insiste, inmisericorde.

—Porque, ¿qué coño pasará si vuelvo a hacerle daño? —prácticamente grito—. Mia es la chica de mi vida, pero ¿y si yo no soy el chico de la suya?, ¿si no estoy a la altura, joder? Mia se merece al mejor hombre del planeta Tierra, ¿qué ocurrirá si yo no lo soy?

Rebe guarda silencio, mirándome, estudiándome, y yo podría decir que solo está consiguiendo que me sienta más incómodo, pero no sería verdad. En este tema no tengo nada que esconder, no hay dobleces. No voy a volver a consentir que Mia sufra.

—Nico —murmura, pero ya he tenido suficiente.

—No quiero mantener esta conversación, y mucho menos aquí —replico, separándome también de la barra, dispuesto a echar a andar, aunque no tengo la más remota idea de hacia qué lugar.

—Ella te quiere, ¿lo sabes, no? —suelta cuando apenas me he separado unos pasos.

Sus palabras me detienen en seco, pero no me vuelvo, no la miro, no digo nada. ¿Qué

demonios se supone que voy a contestar a eso?

Sigo caminando. La canción cambia, dándome un respiro. Al menos así puedo dejar de imaginármelos bailando.

—Hora de irnos —canturrea Alma, deteniéndose delante de mí, colocando sus brazos sobre mis hombros y pegando su cuerpo al mío—. Diana nos está esperando.

Sé que es lo último que debería hacer, pero, buscando evadirme, muevo las manos y las coloco al final de su espalda; sin embrago, de pronto ocurre que me siento demasiado incómodo y una vocecita empieza a gritarme que el placer por el placer ya no vale, que hay cosas más importantes a las que anclar la vida.

Por Dios, necesito salir de aquí.

—Iré a buscar un taxi —anuncio, pero solo es una excusa para separarme y alejarme.

—Vale —responde Alma. Creo que tiene demasiadas ganas de volver a la «subcultura» como para darse cuenta de cómo me siento—. Iré a buscar a Cesc.

—Genial —gruño para mí cuando ya he avanzado un par de metros.

Absolutamente genial.

Paro un taxi a unos pasos de la entrada de la discoteca y espero paciente a que salgan. Un par de minutos después, Alma cruza la puerta escribiendo mensajes en su teléfono, alza la vista de la pantalla un momento, me busca, sonríe y vuelve a concentrarse en el móvil mientras avanza hasta mí.

Todo mi cuerpo se revoluciona cuando veo que Cesc no aparece solo. Mia está con él.

—Siento tener que marcharme —repite el capullo, y los dos se detienen a medio camino de la salida y el taxi, en mitad de la acerca de la calle Amnistía—. Me lo estaba pasando muy bien. Tus amigos son muy simpáticos.

—Les has caído de fábula —explica ella con una sonrisa, que él le devuelve como un resorte, encantado de estar formando parte de su universo.

—¿Seguro que no quieres venir? —le propone.

Ella niega con la cabeza, con una nueva sonrisa y toda la dulzura del mundo. Por Dios, va a matarme.

—Es el cumple de Rebe y quiero estar con ella.

—Está bien —replica él—. Te llamo mañana, ¿vale?

Mia asiente, entusiasmada.

—Hasta mañana —murmura.

Cesc da un paso como quien no quiere la cosa y, de repente, está *cerquísima-de-ella.*

—Hasta mañana —repite él.

Se dan un abrazo. Cesc rodea su cintura con ambas manos y ella se pone de puntillas para colocar los brazos en su cuello, hundiendo su cara de ensueño en él, y ya no puedo más.

—Alma —la llamo, girándome en su dirección.

Ella levanta la vista del teléfono al tiempo que pronuncia un suave «¿Sí?».

—No voy a ir al cumpleaños de Diana —le anuncio—. Rebe es mi mejor amiga y quiero estar con ella.

Técnicamente no estoy mintiendo.

Alma hunde los hombros, contrariada.

—Vamos a pasarlo muy bien —trata de convencerme—. ¿Te he dicho ya que el local es una pasada?

—Seguro que sí —le sigo la corriente. La verdad es que yo soy de los que piensan que, si te gusta con quien estás, donde estés es lo de menos; el bar de Pepe es una buena muestra de ello—. Pásatelo genial.

Alma tuerce los labios en un puchero y me mira a través de las pestañas. No voy a negar que me toca un poco la fibra, parece que realmente le hace ilusión que vaya. Miro a mi alrededor, tratando de tomar la mejor decisión, pero solo necesito verlos otra vez, a Mia sonriendo a cualquier estupidez que Cesc le haya dicho, para saber qué quiero hacer.

—Te lo compensaré —le prometo, para sentirme un poco menos culpable.

—Está bien —se rinde. Otra vez, las ganas de vivir a lo revista *Vice* han jugado a mi favor—. Cesc, ¿nos vamos?

—Claro —responde él—. Hasta mañana, preciosa.

—Hasta mañana.

Cesc y yo fingimos que ni siquiera compartimos continente, pero, cuando ve que no me monto en el taxi, frunce el ceño, aunque lo disimula rápido. No pregunta nada. Mejor. No pensaba contestarle.

Me quedo en el borde de la acera hasta que el coche desaparece calle arriba y me giro hacia la puerta de la discoteca. Mi recompensa: Mia sigue ahí… sin Cesc, solo para mí, y sé que todas esas palabras, las ideas, los sentimientos que hay detrás, son un error, pero algo dentro de mí no puede evitarlo, como si todo lo que he sentido viéndola con él hubiese movido ficha.

—Creía que ibas a marcharte con ellos al cumpleaños de Diana —comenta, y no puedo evitar notar que, en cierta manera, está a la defensiva.

Soy consciente de que es un error, pero algo dentro de mí saca pecho, porque la conozco demasiado bien y sé que lo que le ocurre es que le asusta que compartamos tiempo juntos, porque el deseo, el amor, todo lo que siempre gira entre nosotros, es demasiado fuerte, aunque sea en una discoteca llena de gente.

Me meto las manos en los bolsillos. Mi cuerpo se relaja y la seguridad, la arrogancia, van bañándome despacio, como si ella fuese todo el alimento que necesito. No me muevo. La distancia entre los dos sigue siendo la misma, pero todo a nuestro alrededor parece diluirse hasta dejar de importar.

—Rebe es mi amiga. Quiero estar con ella —parafraseo sus propias palabras.

—Ese es el único motivo, ¿verdad?

Mi chica es valiente. Mi chica nunca se esconde.

—Sí —contesto y, sin poder evitarlo, una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Nico, estoy hablando en serio —me reprende.

Las ganas de jugar, de ser otra vez el gato y el ratón, nacen en el fondo de mi pecho, aunque tenga clarísimo que las reglas han cambiado y solo hay un inocente final posible.

—¿Qué es lo que ocurre, Mia? ¿Tienes miedo?

—¿Por qué debería tenerlo? —replica, alzando la barbilla.

Me encojo suavemente de hombros, dejando que el aire que inundaba mi sonrisa ahora llene todo mi cuerpo.

—Eso mismo digo yo —suelto, echando a andar.

Mia no levanta sus ojos de mí. Ella tampoco puede controlarse y su cuerpo se enciende reaccionando al mío, a la idea de que estemos más cerca, pero, cuando da por hecho que voy a detenerme a su lado, continúo caminando con una sonrisa en los labios.

*

Lucas, Marcelo, Rebe, Mia y yo no tardamos más de cinco minutos en volver a ser los que éramos: risas, brindis, canciones cantadas con más tesón que talento y construir mil recuerdos inolvidables en una sola noche solo porque estamos juntos.

—Marcelo, hermano —insiste Lucas—, tienes que hacerme este favor.

El aludido resopla, poniendo los ojos en blanco, y yo sonrío, casi río, mientras cumplo mi misión: vigilar que Rebe no se acerque, ya que aquí su novio le está preparando una sorpresa de cumpleaños: conseguir que el DJ pinche una de sus canciones favoritas. El problema es que es lenta, y en las discotecas españolas no se pincha una lenta desde 1994.

—Pero ¿cómo le voy a pedir que ponga ese tema? —protesta Marcelo—. ¿Tú oyes qué suena?

Lucas y yo miramos hacia arriba como si eso implicara ver la música y Marcelo vuelve a poner los ojos en blanco. En nuestra defensa diré que es tarde, muy tarde.

—Has dicho que lo conocías —le recuerda Lucas.

—En el sentido «Nos hemos visto los culos» —añado yo, para darle fuerza al argumento.

Marcelo me mira mal.

—Tú, cállate, ni siquiera estabas aquí cuando lo he dicho —me recuerda.

—Pero sé cómo eres —replico— y tú, cuando conoces a alguien, conoces a alguien —asiento a la vez que pronuncio la última parte, para ganar en intensidad.

—Menos con Bertín Osborne —apunta Lucas.

—¿Conoces a Bertín Osborne? —inquiero, alucinado—. ¿Te lo has tirado?

—En serio, ¿en qué momento he dado yo a entender que ese señor es gay? —replica, a punto de estrangularnos— y, lo más importante, ¿por qué creéis que tendría algo con él? Tiene como ciento siete años.

—A mi madre le gusta —comenta Lucas.

—Pero eso es por los caballos —le recuerdo, tras darle un trago a mi Johnnie con cola.

Los dos me miran y asienten. Esa verdad no se puede negar.

—¿Vas a pedírselo? —reemprende la batalla Lucas tras cinco segundos de silencio.

Marcelo resopla.

—Es lenta —farfulla Marcelo, cruzándose de brazos.

—No es tan lenta —replica.

—Es semilenta —argumento yo— y un clásico del pop español.

Marcelo me mira realmente mal.

—¿El *pelandrusco* de los ojos azules podría no opinar? —le pide Marcelo a Lucas, desdeñoso, en una clara referencia a mí.

—Uau —me quejo, dolido, a punto de echarme a reír—. ¿Me has llamado *pelandrusco*?

—Habla con el DJ —insiste Lucas.

—Lo que te mereces —me responde Marcelo.

—Te deberé un favor enorme —trata de convencerlo Lucas.

Marcelo se queda observándolo.

—¿Enorme? —indaga.

—Gigantesco —responde Lucas sin dudar, tentándolo.

Marcelo guarda silencio, meditando toda la situación.

—¿Lo harás? —le pregunta Lucas.

—¿Al menos soy tu *pelandrusco* favorito? —le planteo yo.

El encuestado da una bocanada de aire y se descruza de brazos. Nos mira por turnos y da un paso hacia nosotros.

—Sí y sí —contesta, señalándonos alternativamente.

Los dos sonreímos, satisfechos, y observamos cómo Marcelo se marcha camino de la cabina del DJ.

Volvemos con las chicas. Marcelo regresa tres canciones después y, dos más tarde, tomando absolutamente por sorpresa a toda la discoteca, la canción que Lucas le ha pedido comienza a sonar. Todas las personas que abarrotan la pista de baile se detienen en seco y se miran, extrañadas, mientras los primeros acordes de *Una foto en blanco y negro*, en la versión de David Otero y Taburete, se va haciendo con el ambiente.

Rebe observa a Lucas, completamente alucinada, y, cuando él sonríe, satisfecho, da un gritito de alegría y se lanza a sus brazos.

Marcelo, cómplice, lleva su vista hasta mí y yo, con una suave sonrisa, le guiño el ojo como respuesta. Es el mejor y estoy muy orgulloso de él.

—¿Es por mí? —pregunta, encantadísima, al separarse.

—Siempre es por ti —responde él, sacando pecho, cogiéndola de la mano y llevándola a la pista de baile.

Al pasar junto a Marcelo, Lucas le lanza un beso de puro agradecimiento y nuestro amigo sonríe. Sé que, solo por ver lo feliz que está Rebe, le ha merecido la pena lo que sea que haya tenido que prometerle al DJ para conseguir que pusiera la canción.

Los tres los observamos perderse entre la multitud, cómo él coloca sus manos en sus caderas, cómo ella rodea su cuello con sus brazos y empiezan a moverse, dibujando un montón de cosas bonitas. Mia sonríe con sus preciosos ojos castaños sobre nuestros amigos y es imposible no darse cuenta de lo feliz que ahora mismo se siente por ellos. Es como un hada del bosque en una comedia de Shakespeare, siempre sonriendo y deseando que todos a su alrededor sonrían también. Estoy seguro de que le encantaría tener una bolsa llena de polvos mágicos con los que poder cumplir deseos. Es la chica más especial del mundo.

—Bueno —comenta Marcelo, sacándome de mi ensoñación—, ahora toca buscar a alguien con quien bailar. No voy a desperdiciar la primera lenta en treinta años de discotecas de España.

Sin esperar respuesta, sacude los hombros para autoinfundirse confianza y va hasta la pista de baile.

Miro a Mia. Oficialmente, estamos solos.

—¿Quieres bailar? —le pregunto con la vista, como ella, todavía en la pista de baile.

Mia niega con la cabeza.

—Tú y yo ya no tenemos nada que bailar, ¿recuerdas?

—Es cierto —respondo, y ella asiente, satisfecha de que haya captado el mensaje. Me doy media vuelta y me encamino a la barra—. Se me olvidaba que no te atreves a estar así de cerca conmigo.

No me detengo, pero de reojo puedo ver cómo Mia se gira hacia mí y me contempla, sorprendida, indignada y con ganas de asesinarme, todo a la vez.

—¿A qué ha venido eso? —inquiere, malhumorada.

—A nada —contesto como si no hubiese dicho nada fuera de lo común—. Solo comentaba lo obvio.

—No es verdad —niega, enérgica, caminando hacia mí.

—Ah, ¿no? —planteo, observando cómo se acerca.

—No —responde, alzando la barbilla y deteniéndose a un par de pasos.

Asiento, simulando meditar sus palabras.

—¿No ocurre nada con que estemos cerca?

—Nada en absoluto.

—Porque, para bailar, sabes que hay que estar cerca —argumento, fingiéndome inocente.

—Ya lo sé.

Echo un vistazo a mi alrededor.

—Entonces, podríamos bailar si quisiésemos —digo, encogiéndome de hombros.

—Un millón de canciones, Nico Arranz —asevera, decidida.

—¿Y qué tal esta? —la desafío.

Mi pregunta la pilla por sorpresa; su determinación, por un momento, se esfuma, y puedo ver cómo su mirada se llena de dudas, de nervios, pero también de deseo, de luz y de ilusión.

—¿Qué? —replica.

—Si para ti no es un problema… —dejo en el aire.

Mia me mantiene la mirada. Se obliga a dejar la inquietud a un lado y vuelve a pretender sonar segura.

—Claro que no —sentencia.

Sigue observándome y yo no rompo el contacto. Está nerviosa y quiere mandarme al diablo, pero se pegaría un tiro antes de reconocer que tengo razón, así que cuadra los hombros y, valiente, echa a andar hacia la pista.

Sonrío, porque me he salido con la mía, pero, sobre todo, porque podría comérmela a besos ahora mismo.

La sigo hasta la pista de baile, domando toda mi impaciencia, obligándome a hacerlo con el paso lento para poder seguir jugando.

Mia se detiene y se gira hacia mí, pero no me mira. No lo necesito para ver lo inquieta que está, pero también que no quiere marcharse.

Muevo las manos, coloco una en su cintura y le ofrezco la otra. Mia carraspea, con los nervios a flor de piel. Sus dedos se acomodan en mi hombro y deja caer su mano contra la mía. Tras un par de segundos, al fin alza la cabeza, al fin me permite atrapar su maravillosa mirada y algo dentro de mí cae fulminado, incluso antes de empezar, como si este momento solo fuese la antesala, como si el universo ya supusiese que vamos a bailar un millón de canciones más.

Ojalá.

Empiezo a movernos. Me obligo a mantenerme frío, a seguir con la pose de juego. Como pasó en su casa, ella aparta la mirada sin saber dónde posarla y yo sonrío, porque me parece la cosa más dulce que jamás haya existido. Nos mecemos despacio, al ritmo de la música, y, poco a poco, nota a nota, vamos aislándonos del resto del planeta.

Mia se relaja entre mis brazos, como si hubiésemos vuelto a París, y yo me permito mirarla sin dobleces, sin corazas, sin juegos, sin trampas. Ella mueve sus ojos y volvemos a encontrarnos y, sin darnos cuenta, los dos nos acercamos más.

Dejo que mi mano vaya donde quiere ir y se reúne con la otra en la parte baja de su espalda, Mia coloca las suyas en mis hombros, pero ya no están rígidas y sus dedos se esconden al final de mi pelo.

Ladea la cabeza, cierra los ojos, la estrecho contra mí. Mis manos se abren, posesivas, sobre su piel. Volvemos a movernos porque necesitamos mirarnos a los ojos, saber que no es un sueño, que somos reales.

Nos acercamos y nuestros alientos se entremezclan en el ínfimo espacio entre los dos.

La siento y sé que es lo único que voy a querer sentir el resto de mi vida.

Dejo caer mi frente contra la suya, cerramos los ojos, nos dejamos guiar hacia donde nuestros

corazones quieran llevarnos.

Un segundo, dos segundos, tres segundos más.

Pero algo rompe nuestra burbuja. La canción ha terminado; de hecho, ha acabado hace un rato y ni siquiera nos hemos dado cuenta de que otra, rápida y ruidosa, ha ocupado su lugar. Nos miramos a los ojos, pero los dos nos separamos, abrumados, superados por todo lo que hemos sentido.

Ha sido alucinante, íntimo, sentido, especial, de verdad; ha sido como soñar para, ahora, volver de golpe a la realidad.

Se suponía que debía ser algo inocente.

—Voy a hablar con Rebe —murmura antes de alejarse con el paso acelerado.

—Voy a salir un momento —miento antes de marcharme en sentido opuesto.

Por suerte, no nos lleva más que diez minutos recuperarnos y, cuando vuelvo de ese «salir un momento» —básicamente, estar en la puerta de la discoteca con el ceño fruncido, tratando de comprender lo que ha ocurrido, cómo he podido sentirme así tan rápido cuando tenía claro que sería un momento de lo más inocente—, todo está como siempre. Bailamos, reímos y, más o menos una hora después, literalmente nos echan del local. Hora de cerrar para ellos y de marcharnos a casa para nosotros.

Al salir, ya está amaneciendo.

—¿Vamos a desayunar? —propone Marcelo—. Mataría por una tostada y un café con leche calentito.

Todos asentimos, encantados. No hay una manera mejor de acabar una noche.

Empezamos a andar; a un par de calles hay una zona de cafeterías bastante decente. Yo levanto la cabeza sin ningún motivo en especial y me topo con las copas de los árboles frondosos, contemplo cómo el sol va colocándose, tímido, gris, naranja y dorado entre las hojas. Los pájaros empiezan a cantar. Sonrío. Madrid se está despertando.

Bajo la mirada y caigo en la cuenta de que Mia está helada. No dice una palabra, pero se abraza el cuerpo y tiene los hombros encogidos. Esa chaqueta le queda de cine con ese vestidito que lleva volviéndome loco toda la noche, pero tiene pinta de abrigar más bien poco.

Me quito mi abrigo al tiempo que doy el par de pasos que me separan de ella. Si uno de los dos va a pasar frío, prefiero ser yo.

—Toma —le ofrezco mi abrigo.

A Mia se le ilumina la expresión al verlo, solo con imaginar lo calentita que estará con él, pero, cuando está a punto de cogerlo, niega con la cabeza.

—Muchas gracias, pero mejor no —responde.

—Hace frío. Tienes que abrigarte —trato de hacerle entender.

Vuelve a negar, veloz.

—Mia… —la reprendo.

Involuntariamente, nos convertimos en el centro de atención de Rebe, Lucas y Marcelo.

—Vamos, nena, cógelo, vas a helarte —insisto.

—No, estoy bien —repite por tercera vez, pero es obvio que tiene frío, y mucho. Solo falta que le castañeteen los dientes.

—¿Quieres no ser tan testadura y coger el maldito abrigo?

—Te he dicho que no —protesta.

Nos miramos. Nos desafiamos.

Aprieto los labios en una fina línea. Va a ponerse el abrigo y va a hacerlo ya. Entre mis planes no está permitir que pille una pulmonía. Mia me mantiene la mirada, diciéndome sin palabras que no lo hará ni por todas las reservas de oro del Banco Mundial. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente tozuda? Va a volverme loco.

—Basta —interviene Marcelo, caminando, displicente, hacia nosotros.

Se quita su abrigo y lo extiende para que Mia se lo ponga. Ella sonríe con un «Gracias» en los labios y yo lo fulmino con la mirada. Ese «Gracias» era para mí.

Genial, ahora también estoy celoso de Marcelo, que en la universidad tenía un ranking de los profesores por el orden en el que se los tiraría.

Nico Arranz está disparado y sin frenos.

Malhumorado, me llevo el abrigo a la espalda para ponérmelo, pero Marcelo me interrumpe, carraspeando descaradamente.

—De eso nada —me advierte—. Ese es para mí, caballero andante.

Resoplo y se lo tiendo, pero él enarca las cejas y yo acabo poniendo los ojos en blanco al darme cuenta de lo que quiere: que extienda la prenda para que pueda ponérsela.

—Ahora que ya estamos todos calentitos, vámonos a ese bar —anuncia, envolviéndose en mi abrigo y echando a andar—. Huelo a Nico Arranz, mmm… —añade, deliberadamente alto para hacer reír a los demás y fastidiarme a mí.

No tardamos mucho en encontrar un bar, en acomodarnos en una de las mesas y desayunar en mitad de ese ambiente tan extraño y a la vez tan bien avenido que se da en las cafeterías los sábados y domingos a la siete de la mañana: los abuelillos que se levantan temprano y van a tomar un café con el periódico en la mano y los que volvemos de fiesta y necesitamos algo que echarnos al estómago antes de caer rendidos. Rebe es un buen ejemplo: después de comerse una tostada entera, se ha quedado dormida en el hombro de Lucas.

—Mi novia se ha quedado sin pilas —comenta el susodicho, observándola con ojitos tiernos.

Yo sonrío al ver cómo Mia, de regreso del baño, le devuelve la sonrisa a un anciano junto a la barra, que se ha levantado su viejo sombrero a modo de saludo al cruzarse con ella.

—A la mía le queda para rato —contesto, sin dejar de mirarla.

De pronto, la mesa se sume en el silencio absoluto. Extrañado, vuelvo la vista hacia ellos con el ceño fruncido. Lucas mal disimula una sonrisa que Marcelo no tiene ninguna intención de esconder.

—¿Qué coño os pasa? —gruño.

—Mia ya no es tu novia —replica Marcelo, con un retintín de lo más irritante.

Me humedezco el labio inferior, fugaz, tratando de resultar mínimamente intimidante y que la conversación se quede ahí, porque no tengo ni la más remota idea de qué contestar.

—Y antes, cuando discutíais por el abrigo, la has llamado *«nena»* —añade Lucas.

No ha habido suerte.

—Imaginaciones vuestras, joder —protesto a la defensiva, incómodo, sabiendo perfectamente que tienen razón.

—Lo he oído perfectamente —repone Lucas.

—Yo también —agrega Marcelo.

—Y yo —murmura Rebe, sin ni siquiera abrir los ojos. Parece que ha concentrado sus últimas energías en tocarme los huevos.

—Creía que te morías de sueño —replico, sin ningún interés en sonar amable.

—Y yo, que tú habías dejado a Mia —interviene Marcelo.

—Olvídame.

—Gilipollas —suelta Lucas con una sonrisa.

Voy a responder, algo nada simpático, por cierto, pero en ese momento oímos pasos muy cerca y sé que Mia está aquí. No voy a seguir esta charla con ella delante, pero, una vez que se sienta, aprovecho que está distraída para señalar a Lucas con los ojos entornados. «Esto no se queda aquí, hermano.»

Seguimos hablando de todo y pasándolo realmente bien. Mia nos explica que en unos días se irá a Banyalbufar. Es el cumpleaños de su abuela Remedios y el único regalo que ha pedido es que lo celebren todos juntos.

A eso de las nueve damos la noche por terminada. Marcelo se pilla un taxi hacia Carabanchel mientras Lucas, Rebe, Mia y yo empezamos a caminar. Voy en sentido contrario a Malasaña, así que me invento que tengo algo que hacer cerca de la Puerta de Toledo y voy a aprovechar que estoy en pie y que ya deben de haber abierto.

Al llegar a la plaza Segovia Nueva, nos separamos. La parejita gira por la calle de la Colegiata en dirección a Lavapiés y nosotros seguimos bajando por la calle Toledo hacia La Latina.

—Ha sido divertido —comento sin que dejemos de caminar.

Mia sonríe.

—Sí, ha sido como en los viejos tiempos. Todos juntos dándolo todo hasta que nos han echado de la discoteca.

Su gesto se ensancha y se contagia en mis labios.

—Vamos a tener que obligar a Rebe a cumplir años una vez al mes.

—Lo veo bien, pero creo que no deberíamos volver a llenarle la mesa de globos; casi le da un infarto cuando la vio, y otro a nuestro jefe —comenta, risueña.

—Entonces, cumpleaños mensuales sin globos —recapitulo—, lo veo factible.

Seguimos charlando de todo y nada y me siento realmente bien cada vez que consigo robarle una sonrisa. Unos minutos después, llegamos a nuestro edificio.

—Gracias por acompañarme —dice, deteniéndose junto a la puerta.

—Me pillaba de paso —vuelvo a mentir—. Tengo algo que hacer cerca de la Puerta de Toledo.

Ella asiente y aparta la mirada, a punto de sonrojarse; vuelve a estar nerviosa y esa combinación de dulzura y timidez es como dar en el centro de la diana de todo lo que me hace sentir.

—De todas formas, gracias —musita, alzando la cabeza de nuevo y dejando que atrape sus ojos.

Sé que debería marcharme, que es lo que toca, pero también que no es lo que quiero, y lo que es más kamikaze y peligroso de todo: sé que tampoco es lo que quiere ella. Me hice una promesa. Tengo que mantenerme alejado de ella, pero la teoría y la práctica parecen separarse kilómetros cuando la tengo así de cerca, como la razón y el corazón, como el deber y el poder, como el desear protegerla con toda tu alma y suplicarte a ti mismo que te des la oportunidad de volver a ser feliz, aunque solo un segundo, porque, si es con ella, no necesitas nada más.

—De nada —susurro, avanzando el par de pasos que nos separan.

Estamos muy cerca, en un portal, en mitad de una calle cualquiera de Madrid, con las personas que van a trabajar mezclándose con los que llegan de fiesta, con el olor a pan y café en el ambiente y la luz cruzando las calles tímida y preciosa, casi clandestina. No quiero tener que renunciar a ella. No quiero tener que alejarme, fingir una sonrisa y que tengo una vida cuando ella no está, porque ella es mi vida.

No lo pienso, aunque sé que es un error. Me inclino sobre Mia, la miro a los ojos, pero, cuando ya puedo notar toda la calidez del mundo en sus labios, ella se aparta suavemente, apenas un centímetro.

—Yo no soy así —murmura, sin moverse, cerca, muy cerca, demasiado cerca en todos los jodidos sentidos.

—A ella no le importó que tuviera novia —susurro, y yo tampoco me muevo.

Mia niega con la cabeza y sé que el momento se ha acabado.

—A quien no le importó fue a ti, Nico, y como quien no soy es como tú —sentencia.

No dice nada más, no deja que yo lo haga. Me mira a los ojos, demostrándome una vez más lo valiente que es, gira sobre sus talones, entra en el edificio y desaparece escaleras arriba.

Mia siempre ha sido mucho más valiente que yo.

19

Mia

Cierro la puerta y me dejo caer contra la madera, exactamente igual que la última vez que me besó, solo que ahora ha sido completamente diferente. Soy una estúpida que no ha aprendido nada y, esta noche, una inconsciente que se ha dedicado a bordear el precipicio, rezando por caerse.

No tendría que haberme quedado en la discoteca cuando Nico ha decidido hacerlo; mejor aún, tendría que haberlo metido a patadas en ese taxi *con-su-novia*.

No tendría que haber bailado con él, por mucho que me haya desafiado.

Tendría que haber tirado su abrigo al barro; darle una paliza por llamarme «*nena»;* decirle que, si tenía que ir a la Puerta de Toledo, diera toda la vuelta por la M30 o, mejor, al mundo, a lo Willy Fog, o lo haría yo antes de compartir camino con él…

Tendría que haber quemado mi maldito portal.

Sin embargo, en lugar de todas esas buenas decisiones, me he quedado en la disco y mi corazón se ha hinchado, feliz porque él haya decidido quedarse con nosotros en vez de marcharse, y el problema es que el «nosotros» ha empezado a desgastarse como un cuadro al que tiras un cubo de agua para dejar salir a la luz «nuestro nosotros», a ser solo él y yo cuando hemos bailado, cuando hemos hablado, cada vez que me ha hecho sonreír.

Quería que me ofreciera su abrigo. Quería que se quedara a desayunar. Y las mariposas han vuelto a brincar cuando se ha ofrecido a acompañarme a casa.

¿Me moría de ganas de que me besara? Sí. ¿Podía dejar que lo hiciera? No, porque, aunque esté enamorada de él como una idiota, aunque lo estoy completa y absolutamente del amor, hay cosas que no puedo olvidar ni perdonar. Hay cosas que siempre debo tener claras si no quiero que vuelvan a hacerme daño.

Lo mejor es ocupar mi tiempo. Ser una chica lista. Me doy una ducha, me pongo mi pijama más calentito y me meto en la cama.

Duermo todo lo que mi cuerpo necesita y, al despertar, después de comerme un sándwich, me pongo a trabajar en el artículo. Está siendo un auténtico quebradero de cabeza, pero no pienso rendirme; nunca me rindo.

A la mañana siguiente saco mi maleta pequeña de debajo de la cama, la que tiene el tamaño exacto para que cuente como equipaje de mano, roja y llena de dibujitos de colores, y meto dentro todo lo que necesito para pasar las próximas cuarenta y ocho horas en Banyalbufar.

Lo hago con una sonrisa. Me encanta estar allí, pasar mi tiempo en ese pueblo. Me da igual que sea invierno: pasear por sus calles, por la playa, incluso estar sentada en la arena contemplando el mar, charlar con los vecinos o, no lo sé, ver las horas pasar desde la ventana del salón de mi abuela… me gusta, me da paz. Siento que Banyalbufar es mi lugar.

*

El cumpleaños es genial. Nos juntamos toda la familia y mi abuela está feliz. Misión cumplida.

—Voy a dar una vuelta, abuela —le digo mientras bajo los últimos escalones y me dirijo a la puerta.

—Abrígate —me recuerda—. Hace un frío de mil demonios.

Sonrío. A su manera, la señora Remedios es una auténtica malhablada.

Obedezco, cojo el abrigo y me relío la bufanda de colores al cuello.

Salgo de la casa y empiezo a pasear sin rumbo fijo. Apenas he llegado a la plaza cuando me doy cuenta de que me he olvidado el móvil. No quiero estar desconectada, prometí en el trabajo que estaría atenta, así que doy media vuelta y me dirijo de nuevo a casa.

Sin embargo, a unos pasos, frunzo el ceño, extrañada. Una vecina llega prácticamente corriendo a casa y comienza a golpear la puerta, angustiada, llamándome. Acelero el paso al tiempo que mi abuela abre.

—Remedios, ¿está Mia? —pregunta, preocupada, la mujer.

—Acaba de… —responde ella, con el nerviosismo contagiado en su voz.

—Estoy aquí —la interrumpo, y ya somos tres las que estamos inquietas—. Manuela, ¿qué ocurre?

La mujer se gira hacia mí.

—Es Catalina. —La madre de Nico—. Se ha desmayado cuando volvía del trabajo.

—¿Qué? —murmuro.

Pero antes de que pueda contestar nada, salgo disparada en dirección a casa de Nico. Manuela me sigue. Oigo cómo mi abuela se asegura de tener las llaves en el bolsillo del mandil, cierra de un portazo y también viene con nosotras.

—La han llevado a su casa —me explica, sin que dejemos de caminar—. Han llamado a Fernando al taller y a Sara a la escuela, pero no han podido dar con ellos. Eduardo, mi marido, ha ido a buscarlos, pero yo tengo que tirar ya para el hotel o perderé el turno y no quiero que Catalina los espere sola.

Llegamos a la casa, la puerta está abierta. Me olvido de todas las normas de educación con las que mi madre siempre nos insistía a mi hermano Simón y a mí y entro sin llamar.

—Perdona que te llame a ti —añade Manuela, aún más angustiada, mientras nos dirigimos a la planta de arriba—, pero no puedo quedarme y, como tú eres la novia de su chiquillo, he

pensado que no te importaría.

Abro la boca, descolocada, y me giro hacia ella en mitad de las escaleras, a punto de aclararle que ya no soy la novia de Nico, pero eso no es lo importante ahora.

—No te preocupes. Has hecho bien en avisarme —le dejo claro.

Me detengo delante de la puerta de Catalina y llamo suavemente.

—Adelante —nos da paso. Suena cansada.

Entro, despacio, e inmediatamente la busco con la mirada. Está sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas estiradas sobre el colchón, con una taza de algo caliente, juraría que un té, en las manos y el teléfono móvil junto a ella.

—¿Qué tal estás, Catalina? —pregunto, acercándome.

—Mia, tesoro —me saluda con una sonrisa enorme, aunque, acorde con su voz, está claro que no se encuentra en el mejor estado de salud.

—La he llamado yo —le explica Manuela—, para que no te quedes sola hasta que lleguen Fernando o Sara.

—No tendrías que haberla molestado —la riñe con suavidad.

—No es ninguna molestia —intervengo.

Catalina me sonríe y, con la mano, me hace un gesto para que me acerque y me siente a su lado en la cama.

—¿Qué te ha pasado? —indago, intentado sonar lo más pausada posible para evitar que note que estoy preocupada.

—No lo sé —responde, sincera—. Acababa de limpiar la casa de la señora Guida, estaba volviendo por el camino de siempre y, de pronto, he notado mucho frío y, antes de que pudiese darme cuenta, estaba tumbada en el suelo.

Niega con la cabeza, angustiada, y yo suelto un suspiro, sin poder levantar mis ojos de ella. Solo espero que no sea nada importante.

—Será mejor que avisemos a un médico —le digo a Catalina, pero también a Manuela.

La vecina asiente.

—Podemos llamar al centro de salud, pero van a tardar en llegar —me explica—. La mayor de la Joaquina es médica en un hospital de Palma. Esta mañana la he visto comprando el pan, así que debe de ser su día libre.

—¿Podría avisarla, Manuela?

—Claro que sí.

Sin decir nada más, sale de la habitación, sacándose el móvil del bolsillo del abrigo.

—No te preocupes —intento animar a la madre de Nico, esforzándome en trasmitirle todo mi cariño. Es una mujer maravillosa—. Todo va a ir bien. Seguramente se trate de una bajada de azúcar o algo así.

Ella sonríe, como si supiese algo que desconozco, me coge de la mano y la aprieta con fuerza.

—Gracias por venir —me agradece con una sonrisa suave y cansada, pero llena de verdad.

—No tienes por qué dármelas.

La hija de Joaquina, Sofía, es internista en el Hospital Universitario Son Espases. Reconoce a Catalina y, aunque el desmayo en sí no es grave, nos cuenta que podría ser un síntoma de otras cosas y que deberíamos llevarla al hospital para que le hicieran las pruebas necesarias.

Aún no se han marchado cuando llegan Fernando y Sara. Nada más verme, el hermano de Nico me da un abrazo de oso en toda regla mientras no deja de darme las gracias por haber venido; las mismas palabras me transmite Sara. Se equivocan. No tienen nada que agradecer. Puede que Nico y yo ya no estemos juntos, pero jamás voy a olvidar los cinco años en los que me trataron como una más cada vez que estuve en esta casa. Son una familia increíble.

Fernando lleva a su madre al hospital mientras Sara y yo nos quedamos en casa. Las dos estamos muy preocupadas, así que decidimos por unanimidad que lo mejor es estar ocupadas. Hacemos la comida, incluso un tiramisú, el postre favorito de Catalina. Limpiamos y dejamos la casa en perfecto estado de revista, todo para que la madre de Nico y Fer no tenga ninguna excusa para salir de la cama los próximos días.

Mi abuela también está preocupada y la prueba es que se presenta en la casa con una bandeja de galletas recién horneadas.

Son casi las cuatro cuando vuelven del hospital. Le han hecho muchísimas pruebas. Es el corazón. Está débil. En principio descartan una posible operación, incluso han considerado que era bueno que regresase a casa hoy, pero debe descansar y olvidar el estrés, sin peros y sin excusas; tiene que cuidarse y, sobre todo, debe dejar de trabajar.

Yo quiero pensar que el hecho de que no la hayan dejado en el hospital es una buena señal, pero estamos hablando del corazón; cualquier problema relacionado con él da demasiado miedo.

—Es por haber estado tantos años trabajando de sol a sol para sacar a Fer y a Nico adelante. Todo ese sobreesfuerzo día tras día ha acabado pasándole factura —comenta Sara, con una mezcla de tristeza y enfado, mientras guarda en el mueble los platos que le voy pasando después de secarlos.

Suspiro. Sé la historia. El padre de Fernando y Nico se marchó cuando Nico apenas tenía tres años. Un buen día decidió que su vida no le gustaba y se largó a Madrid. No les dejó nada y, por supuesto, durante los quince años siguientes tampoco se molestó en enviarles un solo céntimo. Nunca se preocupó de si sus hijos tenían o no qué comer. Catalina se echó todo el peso de su familia a la espalda y ella sola, trabajando en hoteles, limpiando casas, como camarera, a veces incluso con tres trabajos a la vez, sacó a sus hijos adelante. Esa mujer es una luchadora y un orgullo para todos.

Dios, no puedo dejar de pensar en cómo va a tomárselo Nico.

—¿Crees que hará caso a los médicos? —pregunto, cogiendo un nuevo plato y secándolo con cuidado. Necesito tener las manos ocupadas.

—Ya sabes cómo es. Si tiene que cambiar su alimentación, lo hará. Se tomará las medicinas

y todo eso, pero lo de descansar… —añade, apenada—, le preocupa demasiado que estemos todos bien, que necesitemos algo y no pueda dárnoslo. Fer le ha dicho muchas veces que él se encargará de todo, pero no hay manera de convencerla.

Sara también la quiere. Es más que obvio por el cariño con el que habla de ella.

—¿Habéis hablado ya con Nico? —pregunto.

Adora a su madre. No sé cómo va a reaccionar.

—Lo he llamado desde el hospital —responde Fernando, entrando en la cocina.

Lo miro y no puedo evitar que el corazón se me caiga a los pies. Está hundido; más que eso. Fer es todo risas y bromas, y ahora parece que le han robado la luz. Catalina es la pieza angular de esta casa, de esta familia; quiere a sus hijos con locura y el sentimiento es más que mutuo. Si ella no está bien, es imposible que ellos lo estén.

Sara camina hacia él, él hacia ella y se encuentran en mitad de la estancia con un cálido abrazo. En este momento Fer la necesita más que nunca. Una débil sonrisa aparece en mis labios. En mitad de todo esto, al menos, me alegra que se tengan el uno al otro.

Decido dejarles intimidad y salgo de la cocina, pero no quiero marcharme hasta saber que Catalina está mejor o, al menos, cuando coma algo y consiga dormir, y, siendo honestas, tampoco quiero marcharme hasta saber cómo está Nico. No puedo dejar de pensar en él.

Me rodeo el cuerpo con mis propios brazos y comienzo a pasear, despacio, por el salón, a observarlo todo… las pequeñas figuritas de porcelana, las novelas de Corín Tellado con el lomo gastado por haberlas leído miles de veces, las fotos de la estantería. Sonrío cuando me topo con Nico, Quim y Fernando de pequeños, cada uno con una caña de pescar en una mano y un pez, aún enganchado al anzuelo, en la otra.

—Nico —pronuncio apenas en un murmullo, demasiado preocupada.

Santo cielo. Va a volverse loco.

En ese preciso instante la puerta principal suena y Nico entra, acelerado, con la expresión demasiado inquieta, demasiado triste, con demasiada rabia. Deja caer su mochila en el suelo de losas de terracota sin importarle cómo o dónde acaba.

Doy un paso hacia él. Él repara en mí y nos quedamos muy quietos, mirándonos, separados por un salón de truco de magia: parece medir dos centímetros, porque, a pesar de la distancia, puedo sentir lo dolido que está ahora mismo, lo triste, lo perdido, lo vulnerable, la emoción que más odia sentir… pero también parece medir kilómetros, porque solo quiero extender las manos y abrazarlo, llevarme todo ese dolor, y sé que no puedo.

Su cuerpo se tensa hasta el infinito. Sus ojos azules se llenan de lágrimas que no se permite derramar. Tiene el corazón destrozado. Siento cómo se está partiendo el mío.

—Nico —vuelvo a susurrar.

Solo quiero abrazarlo.

Mi sentido común, mi cuerpo, mi alma, todos a la vez, dan el pistoletazo de salida y doy el primer paso hacia él, pero, entonces, otros pasos a mi espalda me frenan. Fernando pasa a mi

lado como una exhalación, coge a su hermano de los hombros y lo abraza con fuerza.

Nico se deja hacer, aún quieto, como si el huracán de todo lo que siente, de lo que lleva sintiendo desde que lo ha llamado su hermano, fuese tan fuerte dentro de él que no le permitiese moverse. Se deja abrazar, pero su mirada y la mía siguen entrelazadas, porque el vínculo que nos une, el hilo rojo entre los dos, es inquebrantable.

—¿Dónde está? —le pregunta a Fer cuando lo suelta, mirándolo ya a él.

Tiene la voz más ronca de lo habitual, más dura, como si llevara horas sin mencionar palabra.

—En su habitación.

Antes de que Fernando pueda terminar la frase, Nico sale disparado escaleras arriba. Yo lo observo y todos los sentimientos se recrudecen. Solo quiero que Catalina esté bien, que Nico esté bien.

*

Ha pasado más de una hora. Estoy en la cocina, preparando café; la teoría de tener las manos ocupadas sigue en pie. El móvil de Nico está sobre la mesa. Comenzó a sonar en su mochila y su hermano lo dejó ahí. Fernando y Sara están en el salón con el pequeño Oriol, que no deja de preguntar por qué la abuela está acostada y no sentada viendo su «película de personas que siempre se dicen “Te quiero”», la telenovela turca que pasan por las tardes en Divinity.

Oigo pasos que se deshacen lentos de los escalones y sé que es Nico. Miro la cafetera en el fuego, apremiándola para que se dé prisa y así poder tener algo caliente que ofrecerle cuando entre en la habitación.

Se detiene a un único paso del umbral, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada llena de demasiadas cosas.

—¿Qué tal está? —pregunto, porque necesito desesperadamente llenar el aire con palabras adecuadas o lo siguiente que pronunciaré será un «¿Puedo abrazarte?».

Es curioso. Es la segunda vez que siento que, delante de Nico, debo decir algo para no vocalizar lo que realmente estoy pensado, y las dos veces han sido en una cocina.

Nico niega con la cabeza, fugaz y enfadado, con la mirada perdida en cualquier punto del suelo.

Está destrozado.

—¿Quieres algo? —inquiero de nuevo—. ¿Tienes hambre? Ha sobrado un montón de comida, puedo calentarte cualquier cosa.

Él vuelve a negar con la cabeza y lo único en lo que puedo pensar es en preguntarle si está bien, pero me parece obvio y estúpido e inadecuado, porque no, no lo está. ¿Quién en su situación podría estarlo?

—Nico… —lo llamo, pero, en el fondo, no sé qué decir, solo quiero ayudarlo.

—¿Es verdad que has venido la primera a ayudar a mi madre? —me pregunta, clavando sus

ojos azules en los míos, con la voz aún ronca, como si llevase demasiado tiempo en silencio otra vez.

—Manuela me ha llamado —le explico—. No podían ponerse en contacto con Fer ni con Sara.

—¿Y tú has mandado llamar al médico?

—He pensado que era lo mejor.

—¿Y no te has movido de aquí desde entonces?

Bajo la mirada. Claro que no lo he hecho. No podría haberlo hecho incluso de haber querido, porque no puedo elegir no preocuparme por él.

Nico vuelve a cabecear sin levantar su mirada de mí, llena de dolor, de rabia, pero también de un amor tan infinito que puede cortarte la respiración, con el huracán de su interior haciéndose aún mayor, asolándolo todo por dentro. Aprieta los dientes, los ojos se le llenan de lágrimas.

—Mia —ruge.

El corazón me da un vuelco.

—¿Qué? —musito.

Solo puedo pensar en abrazarlo. Solo puedo pensar en quererlo.

Nico da un paso hacia mí, otro, pero, entonces, su móvil, olvidado sobre la mesa de la cocina, comienza a sonar. Los dos miramos la pantalla a la vez y, mientras su expresión se endurece, mi preocupación por él crece todavía más.

Es su padre.

—Nico, no… —trato de impedirle que conteste, pero es demasiado tarde. El dolor y la impulsividad han ganado esta partida.

—¿Cómo te atreves a llamar? —sisea, lleno de ira—. ¿Qué coño quieres?

Su voz, a pesar de que no ha gritado y de que ni siquiera ha levantado el tono, llena la cocina. Oigo un murmullo en el salón y Fer entre la estancia con la misma inquietud que yo reflejada en el rostro.

—Claro que está mal, y todo es por tu culpa —continúa—, maldito cabrón.

Fer y yo nos miramos. Esto no va a acabar nada bien.

—No, no puedes venir. Tú no pintas nada aquí —le advierte—. Me da igual que hayas volado hasta Palma. Aquí, nunca, nadie va a perdonarte lo que hiciste.

Sin dejarle decir nada más, cuelga y lanza el teléfono sobre la mesa con el mismo enfado, a la vez que una lágrima resbala por su mejilla, pero se la seca también con rabia.

Nunca lo había visto tan vulnerable y sé que nunca lo ha odiado más.

—Nico… —lo llama Fer, tratando de abrazarlo de nuevo, pero él se deshace de su agarre y, sin mediar palabra, sale de la cocina—. ¿A dónde vas? —inquiere, girándose hacia él.

—Tengo algo que hacer —responde sin detenerse.

Su hermano y yo nos miramos. ¡Maldita sea! Está claro qué es ese algo. Va a ir a ver a su padre, a pelearse con él.

—Nico, no, espera —trata de detenerlo Fer, saliendo tras él.

Yo también los sigo.

Nico cruza el salón, desoyendo todas las veces que lo llama su hermano, y abre la puerta principal, malhumorado.

—Nico, ¿cómo está tu madre? —pregunta Quim, deteniendo su destartalada moto delante de la casa—. Acabo de llegar de trabajar y me he enterado. ¿Está bien? ¿Tú estás bien?

—Necesito que me lleves a Palma —suelta Nico, con los ojos brillándole de puro enfado.

—¿Para qué? —plantea Quim, confuso—. ¿Tu madre está en el hospital?

A la espalda de Nico, Fer niega con la cabeza y Quim, a pesar de no saber qué está ocurriendo, no necesita más para entender que todo esto es una muy mala idea.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —trata de convencerlo—. Nos tomamos una cerveza y me cuentas qué ha pasado.

Nico no mueve un solo músculo.

—O me llevas tú o me das la puta moto —contesta con ese halo de perdonavidas, más que nunca, bañándolo entero—. Iré andando si hace falta, pero voy a ir.

Quim da una bocanada de aire. Todos conocemos lo suficiente a Nico como para saber que cada palabra que ha pronunciado ha sido la pura verdad. Ahora mismo nada puede frenarlo, ni sus amigos, ni su hermano, ni cuarenta y cinco minutos de camino.

—Está bien —responde Quim, arrancando de nuevo la moto y haciéndole un gesto con la cabeza para que se monte.

—Esto no es una buena idea, Nico —intenta quemar el último cartucho Fer, pero ni siquiera parece oírlo.

Sé que yo también debería decir algo, tratar de convencerlo, pero no lo hago, y no porque crea que sea una empresa inútil, aunque de eso también soy consciente; es porque sé que lo necesita. Nico no hace esto porque le guste buscar pelea, ni siquiera porque su chulería tome el control. No sabe enfrentarse a las cosas de otra manera y, aunque tenga clarísimo que es un error, también lo comprendo. Necesita escapar y todos, alguna vez, en algún momento, lo hemos necesitado.

La última persona a la que mira Nico antes de bajarse la visera del casco es a mí.

*

Las siguientes tres horas son las más angustiosas de mi vida. Pierdo la cuenta de cuántas veces recorro de punta a punta el salón de la casa de Nico, de cuántas intercambio miradas preocupadas con Sara y Fernando.

Cuando por fin captamos el ruido de una moto detenerse en la calle, creo que, sencillamente, dejo de respirar. Apenas unos segundos después, la puerta se abre y aparece Nico, con el labio

partido, un moratón en el pómulo y la ceja rota. Tiene los nudillos ensangrentados, pero lo peor de todo es que esa rabia sigue ahí, latiendo bajo su piel, como todo el dolor.

Fernando corre hasta él.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta, cogiendo la cara a su hermano pequeño con sus enormes manos para tratar de verle las heridas, pero Nico se aparta, tosco, sin contestar.

—Hemos ido al hotel a buscar a vuestro padre —responde Quim por él. Nico se aleja unos pasos, como si en el fondo lo único que buscase fuera escapar de todo esto, de lo que acaba de vivir y lo que lleva sintiendo desde que se enteró de que su madre se había desmayado—. Nico y él han discutido en el vestíbulo. No paraba de repetir que él no tenía la culpa de nada, que las cosas ocurren porque tienen que ocurrir y que Catalina tendría que haberse cuidado mejor. (Qué cabrón.) Nico no ha podido más y ha intentado golpearlo. No sé si él había avisado a los de seguridad para que estuvieran atentos o simplemente los han visto. Dos guardias han venido a proteger a vuestro padre, Nico se ha liado a puñetazos con ellos y, bueno, ya podéis ver el resultado. Nos han echado del hotel. Tu padre —continúa Quim, clavando sus ojos en los de Fer, agravando aún más el tono— ha dejado bien claro que, queráis o no, piensa venir a ver a Catalina y, si tiene la misma actitud que ha tenido hoy, no creo que le haga ningún bien.

Ese hombre es un impresentable y un malnacido. ¿Por qué tiene que seguir haciendo daño?

—Ese desgraciado no va a poner los pies en esta casa —sentencia Fer, y nunca lo había visto tan enfadado—. De eso me encargo yo…

—Me encargo yo —lo interrumpe una voz demasiado familiar, consiguiendo que llevemos nuestra vista a la vez hasta las escaleras, para ver a Catalina bajar los últimos peldaños.

La expresión de Nico, la de todos, en realidad, se torna aún más preocupada.

—Mamá, tienes que descansar —le recuerda Fer.

Catalina observa a Nico, sus heridas, y tuerce el gesto. Él aparta la mirada. Está claro que lo último que quería era preocuparla, pero la rabia no le está dejando pensar.

—Voy a arreglar esto —insiste Catalina, como si todo lo que está pasando le hubiese hecho recuperar las energías. En realidad, es muy fácil entenderlo. Estamos hablando de sus hijos—. No voy a morirme, así que dejad de comportaros como si eso fuese a ser lo que pase.

Camina hasta Nico y lo coge de la barbilla, obligándolo a mirarla.

—Tienes que aprender a arreglar las cosas de otra manera —le advierte, soltándolo—. Ahora, ¿te sientes mejor? —lo formula como una pregunta, pero es un desafío—. Tratar de escapar del dolor no hace que desaparezca. Tienes que luchar, Nico, pero no con esto —asevera, señalando una de sus manos magulladas—, sino con esto —concluye, señalándole el corazón.

Nico le mantiene la mirada y soy consciente de que ahora mismo se está enfrentando a un millón de cosas diferentes, sintiéndolas todas.

—Y ocurre exactamente lo mismo con las cosas que te dan miedo —afirma.

Desde luego, nadie conoce a un hijo como su propia madre.

—Estás enferma. Tienes que descansar —le recuerda Sara.

—Y pienso hacerlo —asegura, sin ningún género de dudas—, pero no así. Os lo repito: no pienso morirme todavía —se parafrasea, haciendo hincapié en cada palabra, contemplándonos a todos—. Tardaré en recuperarme por completo, lo sé, y, cuando eso pase, tendré que llevar una vida sana y cuidarme y trabajar menos.

—O nada —la corrige Fer, y se gana una regañina visual.

—Pero voy a estar bien —continúa— Si los noventa no pudieron conmigo, no va a hacerlo esto —añade con una suave sonrisa.

Nos observamos entre nosotros, tratando de que el miedo dé por buenas esas palabras.

—Voy a estar bien, os lo prometo —nos garantiza—, y, ahora, ¿alguien puede acompañarme a la cocina? Me gustaría tomarme un café.

Todos nos acercamos a ella, pero es Sara quien llega antes. Catalina la agarra del brazo y, juntas, se dirigen hacia allí.

—Mia, tesoro —me llama—, hazme un favor y cúrale las heridas a este cafre —dice en referencia a Nico.

En cuanto pronuncia esas palabras, el aludido y yo nos miramos. Sé que debería negarme y evitar pasar tiempo a solas con él, pero, hoy, no quiero hacerlo.

—Claro —contesto.

Siento su mirada sobre mí mientras respondo.

Fer y Quim siguen a Catalina y Sara hacia la cocina. Apenas unos segundos después, ya se oye el murmullo de las tazas y el inicio de una conversación. Ya lo he dicho. La luz de esta casa es esa mujer. La necesitan.

—Será mejor que vayamos al baño —comento.

Nico no replica nada y los dos nos encaminamos hacia allí.

—Siéntate en la bañera —le pido mientras abro el pequeño armarito sobre el lavabo y saco todo lo que necesito: gasas, antiséptico, puntos de aproximación y un par de apósitos.

Nico obedece y, despacio, se acomoda en el borde, agarrando el mármol con las dos manos a ambos lados de sus caderas, consiguiendo que la camiseta gris que lleva se estire sobre su armónico torso.

Vierto un poco de antiséptico en la gasa y me acerco a él. Con la mirada al frente, Nico entreabre las piernas y yo me coloco entre ellas. Estamos muy cerca, aunque mi sentido común sigue haciendo horas extra y soy consciente de que eso es lo último en lo que debería pensar. Nico da una bocanada de aire y lentamente mueve su mirada hasta alzarla y observar mi rostro. Me obligo a ser práctica, a concentrarme. La herida de la ceja es la que tiene peor pinta, así que empiezo por ella.

Cuando el desinfectante entra en contacto con la herida, Nico sacude la cabeza, pero no protesta.

Pasamos los siguientes minutos en silencio, conmigo concentrándome en su herida y él, con su mente funcionándole demasiado rápido, concentrado en todo lo que ha pasado, en lo que

pasará, en mí.

—¿Por qué no me has pedido que no fuera a ver a mi padre? —me pregunta.

Yo me guardo unos segundos para mí, sopesando si es o no buena idea responder mientras le coloco un par de puntos de aproximación en la ceja. Supongo que toca ser sincera.

—Porque sabía que necesitabas hacerlo —contesto, bajando las manos y mirándolo a los ojos.

Él me mantiene la mirada y, poco a poco, una capa de chispitas y magia va aislándonos de todo el universo.

—Pero eso no significa que no sea un error —añado.

Nico se llena los pulmones de aire y tengo la sensación de que también lo está haciendo de valor.

—Tenía que intentar que el dolor desapareciese —confiesa, y nunca ha sonado tan sincero—. A veces creo que voy a perderme y nunca voy a poder encontrar el camino que me traiga de vuelta.

—Es normal estar asustado y tener miedo y también estar perdido. Solo necesitas confiar en que volverás a estar bien.

Sin separarme de Nico, cambio el antiséptico por una pomada para los golpes, me pongo un poco en la yema de los dedos y, con cuidado, se la extiendo por el pómulo amoratado.

—Es un proceso, ¿sabes? —continúo—. Y en ocasiones es lento y difícil, y en otras pasa antes de lo que habías imaginado, y a veces puedes solo y otras necesitas pedir ayuda, pero siempre, siempre, siempre llegará un día en que vas a volver a sonreír.

Termino de aplicarle la crema, pero mis dedos se niegan a separarse de su piel y, suavemente, le acaricio la mejilla.

Volvemos a mirarnos. Volvemos a conectar. Lo demás deja de importar.

Me fuerzo a seguir curándolo, a que mis manos se muevan y mis ojos no se levanten de ellas. Vuelvo a mojar otra gasa en el antiséptico y le limpio el labio.

Solo llevo unos segundos cuando, tomándome por sorpresa, Nico rodea mi cintura con sus manos y, apoyando su frente en mi estómago, me abraza con fuerza. No me lo esperaba, pero ni mi corazón ni mi cuerpo necesitaban hacerlo para poder reaccionar y devolverle el abrazo, llena de intensidad.

No hay un «fuera de aquí», no hay mundo, ni siquiera hay burbuja, solo estamos nosotros y el vínculo que nos une, dos corazones latiendo al ritmo al que quieren latir, juntos, acompasándose, tratando de alcanzar un pedacito de felicidad en mitad de toda esta locura.

Nos quedamos así todo el tiempo que necesita.

Nico se separa y vuelve a atrapar mi mirada con sus ojos azules, ahora un poquito menos tristes. Hundo los dedos en su pelo castaño y sonrío suavemente solo para animarlo a hacer lo mismo.

—¿Qué pasa si no se recupera? —me pregunta.

Y en este preciso instante estoy increíblemente orgullosa de él, porque está haciendo lo que su madre le ha pedido, está luchando contra sus miedos con su corazón, está pidiéndome que le demuestre que puede confiar.

—Que tú no vas a dejar que eso pase —respondo sin asomo de dudas. No las hay. Nico es el mejor hombre que puede existir y nunca dejará de pelear por la gente que le importa de verdad.

Sus manos se abren, posesivas, sobre mi cintura y se yergue sobre su cuerpo, como si en este preciso instante hubiese decidido reconstruirse a sí mismo. Sé que es la idea más kamikaze de la historia, pero me gusta pensar que el amor lo ha hecho.

Más miradas, más segundos, más ideas peligrosas, más sensaciones que nos gritan que el amor es el responsable de todo esto.

—Tengo que terminar de curarte —me obligo a pronunciar, y es una auténtica odisea.

Me fuerzo a separarme de él y es una hazaña aún mayor.

Nico mueve sus manos apenas unos centímetros y, cuando me dirijo al lavabo, mi cintura se desliza por ellas, prolongando el contacto.

—Estaremos enseguida —me azuzo a continuar hablando, ya a salvo de sentir, en el lavabo — e iremos a la cocina para que comas algo.

—No tengo hambre —protesta, como un adolescente enfurruñado.

—Ya —respondo, regresando a su lado con la gasa y el antiséptico—, eso me importa bastante poco —sentencio, divertida, encogiendo los hombros.

Sonrío y, aunque sé que es lo último que quiere, me devuelve la sonrisa. También sé que lo hace con franqueza.

—Quédate conmigo —me pide, y me mira tan a los ojos, tan de verdad… Está siendo sincero, se está entregando con todo lo que es.

Yo no dudo y sé que debería dudar, así que decido que lo más sensato es guardar silencio.

—Solo un poco más —añade, con la voz ronca, indomable.

—Está bien —acepto, porque no hay un solo rincón de mi cuerpo que desee decirle que no.

Volvemos a conectar y me doy cuenta de que, si quiero tener alguna posibilidad de escapar, tengo que salir de aquí.

—Vamos. Tienes que comer algo —le recuerdo.

Pero, antes de irme, me concedo lo único que quiero hacer y le aparto el flequillo de la frente.

Nico cierra los ojos, disfrutando del gesto, y, despacio, me alejo de él para dirigirme a la puerta. A regañadientes, como si de este rincón no quisiese escapar nunca, me sigue.

En ningún momento nos damos cuenta de que Catalina lo ha observado todo desde la puerta, con una suave sonrisa en los labios.

*

Después de asegurarnos de que Catalina come algo, lo hacemos nosotros también. Tras

conseguir convencerla de que se vaya a dormir, nos quedamos un rato con Fer, Quim y Sara en la cocina, charlando. Creo que a todos nos viene bien estar juntos después de lo que ha pasado hoy.

Catalina ha llamado al padre de Fer y Nico y le ha dejado cristalinamente claro que no quiere que aparezca por Banyalbufar. Le ha advertido, tajante, que no tiene ningún derecho a molestarla ni a ella ni a sus hijos, y que no puede pretender, después de cómo se ha comportado, y se comporta, formar parte de sus vidas sin ni siquiera luchar por merecérselo.

Quim se marcha a eso de las nueve.

Fer y Sara suben un poco después.

Nico y yo nos quedamos solos en el salón.

—Es Rebe —digo, enseñándole su nombre iluminarse en la pantalla de mi teléfono.

Estamos sentados en el sofá. Todo vuelve a estar tranquilo, en paz.

—Sí, a mí también me ha llamado —corrobora.

Imagino que, cuando su hermano lo ha avisado, Nico estaba en el periódico y ha salido disparado, sin dar más explicaciones. Rebe debe de haberse enterarse por cualquier otro redactor y, sin saber qué ha pasado, Marcelo, Lucas y ella han de estar muy intranquilos.

—Deberías hablar con ella —digo—. Tiene que estar muy preocupada.

Nico me mantiene la mirada. Sé que ahora mismo no quiere hablar con nadie y sé que sabe que lo sé.

—¿Un mensaje? —me ofrece, conciliador.

—De voz —negocio.

Nico pierde la vista al frente un segundo y asiente al tiempo que se humedece los labios. Coge su teléfono, al que no ha prestado la más mínima atención en todo el día, y le manda un audio a Rebeca, explicándole todo lo que ha ocurrido. Promete llamarla mañana y le pide que no se preocupe por él.

Las personas que le importan de verdad, ¿recordáis? Para Nico son su máxima prioridad, y Rebe, Marcelo y Lucas están en ese grupo.

Nico se deja caer en el tresillo hasta apoyar la nuca en el mueble. Se lleva el antebrazo a la frente y clava la mirada en el techo. Está exhausto en todos los sentidos, pero tengo la sensación de que, ahora, también más sereno, como si parte del huracán se hubiese calmado.

—¿Cómo estás? —pregunto, recostándome sobre el sofá, con el cuerpo orientado hacia él.

Nico guarda silencio un momento, pensando la respuesta.

—Creo que mejor —dice al fin.

Sonrío.

—Me alegro —replico, sincera.

Nico suspira suavemente, sin levantar sus ojos de mí.

—¿Y tú? —pronuncia con su alucinante voz—. ¿Qué tal estás?

—Creo que también mejor —lo imito.

Nico sonríe, un gesto pequeño, pero, como ha pasado antes, lleno de verdad y de magia.

—Lo has dejado todo para estar aquí.

—Tampoco te creas que tenía mucho que hacer —contesto—. Mis planes para hoy eran pasear por el pueblo y bajar a la playa. Quería disfrutar un poco de Banyalbufar.

—Eres una auténtica banyalbufarina —comenta, socarrón, pero creo que también lo hace orgulloso.

Sonrío. Me gusta sentirme parte de este lugar. Es especial.

—Buscaba despejarme y que se me encendiera la bombilla para el artículo.

—¿Estás teniendo problemas para escribirlo?

—Estoy teniendo problemas para que me guste lo que escribo —lo corrijo.

—Estoy seguro de que tienes grandes ideas, solo necesitas hacerlas encajar.

Enarco las cejas.

—Qué gran consejo —afirmo, burlona.

La sonrisa de Nico se ensancha.

—Si quieres, puedo ayudarte —me ofrece.

Tuerzo los labios, risueña, sin apartar mi mirada de la suya.

—No es una buena idea —le recuerdo.

—¿Por qué? —pregunta, haciéndose el remolón.

—Sabes de sobra por qué —respondo, sin perder el buen humor.

Nico recorre mi rostro con sus ojos. Se para un segundo de más en mis labios antes de volver a los míos.

—Creía que estábamos en una especie de tregua.

—Y lo estamos —replico—, por tu madre y por ti. Quiero ayudarte —mi voz va evaporándose con las otras palabras, pero no porque dude, sino porque deseo estar aquí, deseo poder abrazarlo con fuerza hasta que le deje de doler, y me asusta que mañana haya más deseos, que los haya esta noche, y todos tengan que ver con él.

—Y yo quiero ayudarte a ti —susurra—. Déjame ayudarte.

Alza la mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Mueve, despacio, sus dedos, acariciándome la mejilla. Antes de que pueda controlarme, ladeo la cabeza para prolongar el gesto. Nos miramos a los ojos. Estamos muy cerca en todos los sentidos y todas las señales de peligro suenan a la vez.

—Tu madre va a ponerse bien, estoy segura —afirmo, separándome, tratando de volver a territorio seguro.

«He de marcharme.»

Nico resopla suavemente, sin levantar los ojos de mí. Sabe por qué he hecho lo que he hecho.

—Quédate a dormir —me pide.

Y sabe qué es lo que pensaba decir después.

—Nico…

—Por favor.

Está siendo sincero. No está jugando. El día de hoy ha sido demasiado duro para él. ¿Cómo demonios voy a marcharme? Me necesita.

¿Cómo demonios voy a quedarme?

20

Mia

Me despiertan los rayos de sol atravesando, furtivos, el salón. Me siento como en casa, pero no es el edificio, no son estas cuatro paredes, aunque estén llenas de recuerdos… es su antebrazo, sirviéndome de almohada; su mano descansado, pesada, sobre mi cadera; su pecho, hinchándose y vaciándose rítmicamente a mi espalda. Es él. Nico es mi hogar, y eso es complicado y duro y triste, y me confunde porque, a pesar de todo, me hace demasiado feliz. Él me hace feliz.

Doy una bocanada de aire. Mi sentido común me indica que la tregua que nos concedimos ayer ya se ha terminado, que es hora de poner cada cosa en el sitio que le corresponde. Nico y yo ya no estamos juntos. Alma está en su vida y debo aprender a que ya no puedo tenerlo a él en la mía.

Me levanto con cuidado de no despertarlo. Nico protesta en sueños, pero sigue durmiendo. Lo observo con una suave sonrisa, sin poder evitarlo, y un montón de pensamientos en forma de tentaciones se cuelan en mi mente: volver a tumbarme, dejarme abrazar, ser feliz.

Opto por no ponérmelo difícil. Cojo la mantita del sillón y lo tapo con ella. Recojo mis zapatos, mi abrigo y mi bufanda y salgo de la casa.

El viento con olor a mar me golpea, frío, en la cara. Aunque ya ha amanecido, es muy temprano, y la sensación térmica, precisamente por culpa del viento, aún es muy baja.

En casa todos están aún en la cama, así que subo directa a mi habitación, me quito los zapatos y me meto bajo las sábanas. Apenas pongo la cabeza en la almohada, los ojos se me cierran por el sueño. Lo último en lo que pienso antes de dormirme es en Nico.

*

—Buenos días, abuela —la saludo, entrando en la cocina y dándole un beso.

Faltan unos minutos para las once. He dormido poco más de dos horas, pero me han sentado de maravilla.

—Buenos días, cariño.

Me sirvo una taza de café y me siento a la mesa que hay a un lado de la estancia.

—¿Qué tal está Catalina? —me pregunta.

—Mucho mejor —contesto, feliz, recordando la charla que nos dio ayer—. Va a tener que cambiar muchos hábitos, sobre todo respecto al trabajo, pero se pondrá bien.

Mi abuela sonríe, encantada con las buenas noticias.

—Mia —me llama mi madre, asomándose a la cocina—, ven al salón. Tenemos que hablar, cielo.

—Ahora mismo voy —respondo, concentrada en mi café.

Mi madre asiente y sale. Yo sigo a la mío, pero mi abuela se acerca a mí con paso seguro, me quita el café de las manos y me da, a cambio, una magdalena, al tiempo que me hace un gesto para que vaya ya al salón. Supongo que debe de ser importante.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Ellos te lo dirán. Vamos —me apremia.

Un pelín confusa, no entiendo a qué viene tanto misterio, me levanto y salgo al salón. Mis padres están sentados en el sofá. Parecen enfadados, aunque creo que la expresión más adecuada sería preocupados.

—¿Todo va bien? —pregunto con cautela.

Siempre he considerado que la mejor manera de encarar una situación, buena o mala, es conocerla.

—¿Qué tal está Catalina? —repite mi madre la pregunta de mi abuela.

—Tiene que cuidarse y descansar, pero se pondrá bien.

—Nos alegramos mucho —comenta mi padre.

El ambiente, el aire, es extraño. Está cargado de inquietud.

—¿Vais a contarme ya qué pasa? —planteo, nerviosa.

Mis padres se miran. Él asiente, dándole valor a mi madre, y ella resopla, como si lo necesitara.

—¿Por qué pasaste todo el día de ayer en casa de Nico?

La pregunta me pilla fuera de juego. La respuesta es obvia.

—Por lo que le ocurrió a su madre.

—No —prácticamente me interrumpe mamá—, por eso saliste disparada por la mañana, y lo entiendo; me habría enfadado muchísimo contigo si no lo hubieses hecho, pero podrías haber regresado cuando trajeron a Catalina del hospital.

Me encojo de hombros, y solo es un gesto de que mis nervios aumentan más y más.

—¿Qué importa cuánto me quedara?

—Importa si te quedaste por él —sentencia.

Los miro sin saber qué contestar, entendiendo a la perfección cuál es el verdadero problema. No les importa que haya pasado la noche fuera de casa. Mis padres siempre han confiado en mí y yo nunca les he dado ningún motivo para desconfiar; el problema es que la haya pasado con Nico.

—Mia, no voy a mentir —interviene mi padre—: Nico nunca ha sido santo de mi devoción, pero tú elegiste estar con él y yo tenía que respetarlo. Sin embargo, las cosas ahora son muy diferentes. Ya no estáis juntos. Te dejó. No tienes por qué pasar tiempo con él.

No necesito que mi padre me diga que no soportaba a Nico. Nunca fue maleducado con él ni lo trató de una forma incorrecta, pero resultaba más que obvio que no le gustaba. No voy a entrar a defender a ninguno de los dos. Mi padre, quizá, pecaba de demasiado protector, y Nico nunca disimuló lo chulo que puede ser a veces, ni el problemilla que tiene con la autoridad.

—No tenéis que preocuparos —trato de apaciguar las cosas—. Lo de ayer fue algo puntual que no tiene por qué volver a ocurrir. Nico y yo no somos amigos.

—Pues más a nuestro favor, cielo —toma el relevo mi madre—. No lo veas. Nico no es bueno para ti.

Frunzo el ceño. No están siendo justos.

—¿Y en qué os basáis para decir algo así?

Puede que ya no estemos juntos, pero fui muy feliz con él. Nico me hizo muy feliz.

—Nico es demasiado impulsivo —responde mi madre, con énfasis, adelantándose hasta sentarse en el borde del tresillo—. ¿En cuántas peleas se metió mientras estabais juntos?

—No en tantas —lo defiendo.

Es cierto. Nico siempre ha tenido la mecha demasiado corta y también es verdad que discutimos mucho por eso, pero él intentó mejorar, cambiar, y nunca, jamás, me puso en peligro.

—¿Y cómo es la relación con su padre? —insiste mi madre.

—Nico no tiene la culpa de eso —protesto.

—Ayer fue a buscarlo a un hotel en Palma, ¿no? —me acorrala—. Llegó a las manos con él, por el amor de Dios.

—¡No estáis siendo justos! —estallo—. Nico tiene defectos, sí, ¿y qué? Yo también los tengo y vosotros y todos. Su padre es un hombre horrible —digo con la vehemencia de conocer los hechos, de saber cómo ha hecho sufrir a Nico, a Fer, a su madre—. Los abandonó de críos, desapareció durante años y, cuando decidió volver, solo fue para hacer más daño. No tenéis ningún derecho a hablar de él como si supierais lo que pasó y mucho menos echarle la culpa a Nico.

—Mia… —me reprende mi padre.

—Mia, ¿qué? —replico, molesta—. Entiendo que Nico no os caiga bien… —continúo, cogiendo mi abrigo de la espalda de una de las sillas del salón y enrollándome la bufanda al cuello.

—Mia, por favor —me interrumpe mi madre, intentando detenerme.

—… pero no voy a permitir que digáis esas cosas de él.

—Mia…

—Adiós —zanjo la conversación, yendo hasta la puerta principal y saliendo sin mirar atrás.

En cuanto cierro, con un señor portazo, y pongo los pies en el porche, empiezo a patalear, completamente enfadada y nerviosa. ¿A qué demonios ha venido eso? ¿Por qué tienen que opinar de mi relación con Nico, sea la que sea…? ¡Maldita sea! ¡Si ni siquiera tengo una relación con él!

Echo a andar, prácticamente corriendo, hacia la arboleda. Tengo que relajarme, respirar.

—Mia.

Reconozco esa voz al instante.

Doy un paso más por inercia y me giro para ver a Nico bajando los tres escalones que separan la entrada de su casa de la acera.

—¿Qué quieres? —inquiero, malhumorada—. ¿Tu madre está bien? —rectifico, veloz, olvidándome del enfado y preocupándome en cuestión de segundos.

—Está bien —contesta Nico, con una sonrisa—. Esta mañana Manuela ha estado en casa y han estado organizando un montón de cosas que hacer juntas en casa. Lo estoy deseando —añade, socarrón.

Aunque es lo último que quiero, su frase y toda esa emoción fingida me hacen sonreír.

—¿Vas a contarme ya qué te pasa? —plantea.

Pongo cara de pena y niego con la cabeza. Lo último que quiero es hablar.

—Vale —contesta Nico—. Y, a dónde ibas, ¿puedes decírmelo?

—A la arboleda —le explico, con la voz apagada, señalando a mi espalda—. Necesito relajarme un poco.

—Pues vamos —sentencia, indicándome con un movimiento de cabeza el camino hasta los árboles, con una media sonrisa sexy y sensual a la vez, echando a andar.

Yo dudo, pero, al final, acabo siguiéndolo. A veces creo que debería dejar de darle tantas vueltas a todo; siempre caigo en la tentación con los ojos cerrados y, el noventa por ciento de las veces, una sonrisa.

Caminamos prudencialmente separados, en silencio, disfrutando, aunque solo sean unos minutos, de que el otro esté cerca, del olor a mar y de este pueblo tan especial.

Poco a poco, las casas se van espaciando y, con un paso más, comienzan los árboles, altos, verdes, frondosos. Nos adentramos, con una sonrisa que se va haciendo más grande a cada metro que avanzamos.

Nos detenemos en el centro, levanto la mirada y la pierdo en los rayos de sol que se filtran entren las hojas a la vez que giro, casi por inercia, sobre mí misma. Se respira paz y vida.

—Aquí me siento como si un hada de los bosques revolotease a mi alrededor —comento, sin poder evitar contemplar cada detalle.

Nico esboza una media sonrisa, como si conociese un secreto. Su gesto roba mi atención y consigue que me olvide de los árboles para observarlo a él.

Su sonrisa se hace más grande, mi curiosidad crece y creo que decide apiadarse de mí, porque se humedece los labios antes de empezar a hablar.

—El hada eres tú —dice—, como en una obra de Shakespeare.

Lo miro sin saber qué contestar y acabo bajando la cabeza, en ese binomio tan complicado y tan perfecto de sentirte tímida y encantada a la vez, como algo que esperas con tantas ganas que los nervios te cierran el estómago.

Nico espera a que decida volver a la realidad y, cuando lo hago, sus increíbles ojos azules atrapan los míos.

—¿Vas a contarme ya qué te pasa? —me pregunta.

Lo observo unos segundos, sopesando si quiero tener o no esta conversación.

—He discutido con mis padres —me sincero.

—¿Por qué?

—Por ti —asevero.

Nico me observa, y creo que mi sinceridad le despierta ternura, porque sus labios se curvan lentamente hacia arriba.

—No quieren que pase tiempo contigo.

Bajo la mirada. No me gusta tener que hablar de esto y, sobre todo, no me gusta tener que hacerlo con él, porque no puedo evitar pensar que, en cierta manera, mis padres tienen razón y que estoy siendo una estúpida por volver a caer en los mismos errores y que, al final, más tarde o más temprano, me hará daño otra vez.

Pero Nico me toma de la barbilla y me obliga alzar la cabeza para conectar sus ojos con los míos.

—¿Y qué quieres tú?

—¿La verdad?

Una suave sonrisa se cuela en los labios de Nico.

—Siempre.

—No tengo ni la más remota idea —confieso.

A estas alturas, sobre todo después de lo que ha pasado, debería tener claro lo que quiero, pero es que francamente no lo sé. La teoría me la conozco de memoria: no dirigirle la palabra a Nico, odiar a Nico, alejarme de Nico, pero la práctica es tan complicada que es imposible ponerlo en palabras.

—¿Te gusta pasar tiempo conmigo?

—Es un error.

—Eso no es lo importante —me rebate.

—Yo creo que sí. Lo que te dije iba en serio: tú y yo no podemos ser amigos.

Nico tensa la mandíbula, y la rabia, la frustración y la impotencia atraviesan su expresión, fugaces pero cortantes. Está claro que no fue a mí a la única a la que dolió pronunciar esa frase, recordarla.

—¿Y por qué no nos olvidamos de todo y nos ocupamos de ti?

Sus palabras me llenan de un millón de maneras diferentes y las dudas se hacen más fuertes, como las mariposas, como el hilo que nos une.

Busco su mirada y la suya ya me espera, dispuesto a dejarme leer en ella y encontrar todas las respuestas.

—Nico… —murmuro, porque no sé qué otra cosa decir.

—Madrid está a más de una hora de avión. Quizá sea cierto que el Nico y la Mia de allí no pueden ser amigos, pero nosotros dos estamos solos, aquí, en este pedacito del mundo.

Aunque me resisto, sonrío, y, aunque me resisto aún más, me encanta la idea.

—¿Recuerdas lo que te dijimos la primera noche de San Juan que pasaste en Banyalbufar?

Asiento. Fue una noche increíble.

—El 23 de junio, este pueblo se llena de magia; podríamos tomar un poco prestada para el resto del año.

Yo medito sus palabras hasta que acabo entornando suavemente los ojos sobre él.

—¿Sabes que eso es una de las mayores cursiladas que he oído en mi vida? —argumento.

Solo un segundo y los dos rompemos a reír.

—Lo único que quiero es ayudarte, Mia —afirma Nico cuando nuestras carcajadas se calman —. A pesar de cómo están las cosas entre nosotros, tú has estado a mi lado —continúa y, aunque pueda parecer una tontería porque solo son un puñado de palabras, sé que está poniendo sus sentimientos encima de la mesa; el día de ayer, lo que pasó con su madre, incluso con su padre, son cosas que no va a olvidar—. Déjame que yo lo esté al tuyo.

Lo miro. Sé que está hablando de corazón y eso me importa más que todo lo demás.

—Está bien.

Nico sonríe. Es su sonrisa más bonita, auténtica y sincera, y no tengo más remedio que devolvérsela.

—Lo primero es desahogarse —me explica, completamente convencido.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—A que tienes que sacar todo lo que llevas dentro. Has discutido con tus padres y estás tensa, así que hay que acabar con esa tensión de un plumazo.

—¿Cómo?

—Grita.

—¿Que grite?

Nico asiente, sin dudar.

—Es catártico y liberador. No sé, como correr desnuda montada a caballo, a lo canción de Queen.

—O pasar la aspiradora travestido de mujer —comento, burlona.

—Ya —concuerda Nico, bajando la voz para ganar en dramatismo—, pero aquí no tenemos ningún enchufe, así que será mejor que nos quedemos con la primera opción.

—Una lástima. Te quedaría muy bien la peluca —apunto.

—Y, a ti, correr desnuda montada a caballo.

Touché.

Aparto la mirada, con una sonrisa, sonrojada hasta las orejas. Tendría que haberlo visto venir.

—¿Lista? —me pregunta.

Me cuadro de hombros. No tengo ni idea de por qué he accedido a hacer esto.

—A la de tres, grita con todas tus fuerzas —me anima—. Una, dos, ¡tres!

Obedezco y chillo como si no hubiera un mañana, con los ojos cerrados y los puños apretados, y la sensación es… ¡espectacular!

—¿Otra vez? —me propone Nico con una sonrisa, sabiendo que acaba de demostrar que tiene razón.

Asiento.

—Una, dos, ¡tres!

Otro grito. Los pájaros se mueven en bandada y un golpe de brisa lleno de mar cruza la arboleda agitando los árboles, como si la naturaleza se hubiese aliado conmigo.

Al terminar, no puedo evitarlo y rompo a reír, consiguiendo que la sonrisa de Nico se ensanche hasta casi imitarme.

—¿Cómo te sientes? —inquiere.

—Mucho mejor —contesto, haciendo un desenfadado énfasis en cada palabra.

—Te lo dije. Gritar es un método infalible.

—Entonces, esta arboleda debe de estar llena de chillidos.

—Seguro que los árboles los utilizan para hacer la fotosíntesis.

Los dos volvemos a sonreír.

—Ahora que estás más tranquila, deberías pensar qué hacer con tus padres —plantea.

—Tienen que entenderme —contesto con determinación—. Es una decisión mía.

—¿Y puedo saber qué has decidido?

—No.

En esa respuesta también hay determinación. Es a mí a quien corresponde elegir cómo encauzar mis sentimientos hacia Nico y, aunque pueda parecer paradójico, teniendo en cuenta que él es el principal aludido, es algo que tengo que hacer al margen de Nico. Estamos hablando de mí, de cómo me siento yo respecto a todo lo que ha pasado y de cómo yo quiero escribir, leer, dibujar y sentir la siguiente página de mi vida. Él no tiene nada que decir.

—Lo entiendo —responde.

Sabía que lo haría.

—¿Y qué pasa con el artículo?

—Que tendré que darle la vuelta número ciento treinta y tres mil novecientos ochenta y una y tratar de averiguar por qué no me cierra —explico, resignada.

—También puedo ayudarte con eso.

—No vamos a trabajar juntos —le dejo claro.

Una cosa es esto, como se dieron los acontecimientos ayer, y otra muy distintas sentarnos juntos, pasar tiempo juntos y, en definitiva, comportarnos como si aún viviésemos en París.

—No tiene por qué haber ningún problema.

—Mira —decido de pronto—, si quieres ayudarme, los dos tendremos que respetar unas

normas.

Nico esboza una media sonrisa, macarra y sexy, y me observa esperando a que continúe.

—Yo trabajaré en casa, sola —recalco— y, cuando termine o tenga alguna duda, te la enviaré por email. Tú trabajaras en casa, solo —puntualizo de nuevo—, y me contestarás de la misma manera. Nada de vernos ni de presentarnos donde esté el otro. Todo será profesional y estrictamente *online*.

—Vivimos en la misma calle —me recuerda.

—¿Y? —replico, alzando la barbilla.

—Que tardo menos lanzándote una piedra desde mi ventana a la tuya que mandándote un correo electrónico —señala, gamberro.

Me encojo de hombros, diciéndole sin palabras lo poco que me importa la distancia geográfica que separa la casa de Catalina, su madre, de la de Remedios, mi abuela.

—Estas son mis normas. ¿Lo tomas o lo dejas, Nico Arranz? —sentencio, con un pelín de melodramatismo, es divertido, al tiempo que le ofrezco la mano para sellar el trato.

Nico medita mis condiciones durante un largo minuto.

—Acepto —contesta al fin, estrechando mi mano—, pero te garantizo que tú serás la primera en romper esas normas —añade, tentador hasta el infinito y más allá, bajando la voz y convirtiendo cada palabra en un sensual susurro.

Entorno los ojos, alegre y también, para qué negarlo, con el objetivo de aguantar el tirón.

—No contaría con ello, Arranz.

—Eso ya lo veremos, Nieto.

Y, durante todos estos minutos de charla barra desafío, seguimos con las manos agarradas. En cuanto me doy cuenta, me suelto, veloz, y clavo mi mirada en cualquier otro lugar, otra vez a punto de sonrojarme. Pero ¿qué me pasa? Nico, que sí era consciente, el muy cabronazo, observa mi reacción y sonríe, encantado.

—Tengo que volver —comento, señalando el pueblo a mi espalda, alejándome los primeros pasos, aunque sin girarme todavía—. Quiero empezar a trabajar ya.

—Claro —responde, y esa sonrisa sigue ahí.

*

Regreso a casa y mi pongo a escribir. Mis padres están molestos y, aunque no me gusta, he de reconocer que yo también lo estoy con ellos.

Me paso toda la mañana y toda la tarde dándole vueltas y más vueltas al artículo, pero sigo sin ver dónde está el maldito punto que me tiene completamente atascada.

Deben de ser las ocho de la tarde más o menos cuando, en mi habitación, algo, un ruido diminuto, me distrae. Miro a mi alrededor sin saber de dónde ha venido. No se repite, así que no le doy más importancia. Vuelvo a concentrarme en la pantalla de mi portátil cuando, de pronto,

otra vez, el mismo sonido. Bajo el volumen de la vieja radio, donde estaba sonando *¡Corre!* de Jesse & Joy, que se queda de fondo. Voy a echar otro vistazo cuando el ruido vuelve, una, dos veces. Me levanto y me doy cuenta de que es la ventana. Me encamino hacia ella con los ojos fijos en el cristal… cuando la veo, una piedrecita estrellándose contra él. Sonrío como una idiota, porque ya sé quién es el responsable. La abro.

Nico y Quim están en la pequeña callejuela que separa la casa de mi abuela de la de mi vecino, observando mi ventana y sonriendo como yo.

—¿Qué queréis? —pregunto, divertida.

—Baja con nosotros —contesta Nico, sin una sola pizca de duda.

Tuerzo los labios, sin dejar de sonreír.

—¿Es posible que ya te hayas olvidado de nuestro acuerdo?

Nico niega con la cabeza, canalla.

—En absoluto —responde, grandilocuente—, pero aún no he recibido ningún email, así que técnicamente no he empezado a trabajar, por lo que técnicamente no ha empezado el contrato. Además, dijiste que no podíamos pasar tiempo solos y no estaremos solos, porque estará él.

Señala a Quim, que me dedica una reverencia.

—Está muy contento —añade Nico, socarrón—. Hoy tiene una misión que cumplir.

—El día más feliz de mi vida —comenta Quim con ese tono sarcástico que a veces cuesta distinguir del normal, marca de la casa.

—Creo que estás jugando con los términos del contrato.

—Es que soy periodista —replica, encogiéndose de hombros—; se me da muy bien jugar con los términos.

—Y con las *términas* —añade Quim.

Nico frunce el ceño y lo mira, a punto de echarse a reír.

—Creía que era uno de esos juegos de palabras superpoco apropiados —se explica, devolviéndole la mirada.

—Eres lo peor —se queja Nico.

—Pues no me lleves a confusión.

Yo los observo sin dejar de sonreír.

—Baja —me pide Nico.

—No puedo —le digo.

—Sí que puedes. Y no es la primera vez que tenemos esta conversación —me recuerda, refiriéndose a mi primer San Juan en Banyalbufar.

—Y yo te recuerdo que en aquella ocasión tampoco bajé —le rebato, socarrona.

—Por eso mismo —sentencia, otra vez con una seguridad absoluta que sencillamente hace brillar todo lo que es Nico Arranz—, ¿crees que voy a dejar que vuelva a pasar?

Sonrío, hechizada, solo un poco; bueno, puede que un mucho.

—Además, para asegurarme de que me salía con la mía —continúa—, he traído esto.

Nico se lleva la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y saca una caja de bengalas.

Abro la boca, encantadísima y sorprendida a parte iguales. ¡Creía que solo podían conseguirse en verano!

—Dame cinco minutos.

Nico sonríe y yo regreso al interior de mi habitación. Me quito, veloz, el chándal viejo y me calzo unos vaqueros y un bonito jersey. Me pongo las deportivas y bajo las escaleras deshaciéndome de la cola que llevaba y peinándome el pelo suelto con los dedos.

Me estoy poniendo el abrigo y mi bufanda de colores cuando mi madre se acerca al vestíbulo.

—Mia —me llama.

Y algo dentro de mí me indica que se avecina otra discusión.

—Voy a salir un rato —eludo el tema—. No tardaré.

Pero mi madre no lo deja estar.

—No se trata de eso, y lo sabes. Vas a irte con Nico. ¿Te das cuenta de la mala idea que es? No podéis ser amigos.

—Ya te he dicho esta mañana que no lo somos —le recuerdo.

—Pues, si no lo sois y no piensas volver con él, ¿por qué quieres verlo?

Qué buena pregunta y, maldita sea, qué difícil de responder.

—Eso es algo que me corresponde a mí decidir y ahora no quiero pensarlo.

Siento tener que enfocar las cosas así. Adoro a mis padres, pero mis asuntos con Nico son cosa mía.

—¿Y tampoco quieres pensar en esa chica?

Mi madre no necesita pronunciar el nombre de Alma para dejarme clavada al suelo, como si mis pies estuviesen envueltos en cemento. No contesto. No me giro. Pero es imposible que una sola parte de mi cuerpo haya salido indemne.

—Te guste o no, quieras tenerlo en cuenta o no, ella ahora está entre los dos, y fue él quien decidió que fuera así —asevera… y, por mucho que duela, lo hace con toda la razón.

El corazón se me parte en dos. Por un lado, al recordar que fue Nico quien me dejó, quien me hizo llorar, algo de lo que no parece arrepentirse. Nunca ha dicho que lo hiciera ni que hubiese sido un error. Y, por otro, está ella… ¿De verdad quiero ponerla en la misma situación en la que estuve yo? Y no me refiero a tener una aventura con Nico, nunca lo haría, pero tampoco voy a ser tan inocente de pensar que él me hace sonreír como me hace sonreír Quim, que con él me siento como me sentiría con otra persona.

No puedo.

—No voy a hacer nada malo con él —trato de defender lo que sé que, en el fondo, no tiene defensa.

—Vas a hacerte daño y vas a dejar que él te lo haga.

Intento contenerlas, pero no soy capaz y las primeras lágrimas empiezan a caer. Cuando una

persona que te conoce tan bien te asegura que vas a sufrir, es imposible no sentir miedo. Cuando tú miras dentro ti, es imposible obviar que te sentirás culpable.

—Está bien, mamá.

Abro la puerta. Los ojos se me llenan de lágrimas y, sé que es estúpido, pero ahora mismo me siento como si estuviese renunciando a él.

En cuanto pongo los pies en el pequeño porche, la expresión de Nico cambia por completo en una sola milésima de segundo.

—No voy a ir —anuncio, tratando de que mi voz suene firme y segura cuando lo que está es rota.

—Mia… —susurra, y da el primer paso en mi dirección.

Pero no le doy oportunidad a añadir nada, bajo la cabeza, giro sobre mis talones y vuelvo a casa, cerrando a mi paso. Lo último que veo es cómo Quim sujeta a Nico para que no me siga.

Me quito el abrigo y la bufanda y los dejo con un extraño cuidado donde estaban, concentrándome en lo que mis manos hacen para no romper a llorar. Con la cabeza aún baja, paso junto a mi madre. No digo nada y ella tampoco y subo a mi habitación.

Me siento en el borde la cama, con la mirada perdida en mis propias manos. Me doy cuenta de que me he dejado la radio encendida y sigue sonando. Las lágrimas vuelven a caer. ¿Por qué no puedo olvidarlo? ¿Por qué no puedo odiarlo y continuar adelante sin él?

Lucho por seguir manteniendo el llanto a raya, pero ahora no soy capaz.

*

No sé cuánto tiempo pasa, pero ya no soporto estar más tiempo encerrada en mi cuarto. Me quito las deportivas, me envuelvo en el nórdico y bajo hasta la cocina. Moviendo los pies en pasitos cortos, rollo geisha, para no tener que desprenderme de mi «abrigo», voy de un lado a otro de la cocina. Cojo la tetera, la lleno de agua y la pongo al fuego. Mientras espero, busco una taza. Mi abuela tiene un juego precioso que trajo de un viaje a Francia, pero es intocable; a cambio, posee una colección chulísima de tazas, ninguna igual a la otra y todas con una historia que contar, que son de libre uso y disfrute.

Pillo una, la de la bandera de Reino Unido que compró en Gibraltar y un mono estuvo a punto de robarle, y pongo la bolsita de té dentro.

Un programa de preguntas se oye de fondo en la tele del salón.

El agua rompe a hervir.

La puerta suena, pero no le presto atención. Debe de ser alguna vecina que viene a recoger a mi abuela.

Me sirvo la taza.

Y, entonces, oigo su voz.

—Nico —pronuncia mi padre, con una pizca de sorpresa y la desagradable sensación de no

querer tenerlo cerca cuando abre la puerta.

—Tengo que hablar con usted, señor Nieto —insiste, porque es consciente de que cuenta con el «no» de entrada.

Un segundo de silencio. La educación puede con mi padre y lo deja pasar. Extrañada y atónita a partes iguales, los oigo cruzar el recibidor y detenerse en el salón.

—¿Qué haces aquí? —inquiere mi padre, sin perder más el tiempo. Está claro que no quiere que esta conversación se extienda más de lo estrictamente necesario.

—Estoy aquí por Mia.

¿Qué?

Una parte de mí quiere salir corriendo ahora mismo y formar parte de esa charla, pero la otra le pide sabiamente a la primera que nos quedemos aquí y escuchemos qué es lo que tiene que decir, como en uno de esos documentales de La 2; quizá, si hacemos ruido, el lince ibérico se marchará.

—¿Qué quieres? —repite mi padre, con el mismo tono de pocos amigos.

—Sé que han discutido por mi culpa y vengo a decirles precisamente eso, que todo es culpa mía.

—Nico…

—Mia cuidó de mi madre y después se preocupó por mí, porque, ya saben cómo es, no puede dejar a nadie en la estacada. Hicieron un buen trabajo con eso.

Otra vez mis padres, sé que mi madre también está en el salón, se quedan callados.

—Será mejor que te vayas —responde al fin mi padre.

—Mia es una persona increíble —insiste Nico con vehemencia, y le oigo dar un paso al frente—, deberían concentrarse en eso y, sí, se ha equivocado, pero como lo hemos hecho todos.

—El problema es que todas las equivocaciones que ha cometido mi hija han estado relacionadas contigo, y no voy a permitir que pase lo mismo con las del futuro —contesta mi padre, con tono áspero.

—Jaime… —lo reprende mi madre.

—Se fue a París por ti, incluso lo hizo antes de tiempo, y se quedó allí porque era lo que tú querías.

—¿Y no le importa que fuéramos felices? —replica Nico, malhumorado.

—¿Y te importó a ti? —le rebate mi padre, aún más enfadado—. Porque, en cuanto volvió a Madrid, la dejaste tirada por otra.

—Usted no tiene ni idea de lo que pasó —sisea Nico.

—Ah, pero ¿pasó algo diferente a eso?

—Jaime, por favor… —trata de terciar mi madre.

—No —se revuelve mi padre, casi en un grito—, es que no voy a aceptar que un niñato que siempre ha hecho todo lo posible por mantener lejos de mí a mi hija venga aquí a defenderla como si no tuviésemos ni idea de que para él no significa nada.

—Yo quiero a Mia —ruge Nico.

Y mi «¿Qué?» mental se desparrama por el suelo, porque otra vez mi cuerpo alcanza una dualidad con dos verdades que luchan a muerte dentro de mí. Nico acaba de decir que me quiere y, en contra de todo lo que debería sentir, eso me hace feliz. Mientras, por otro lado, pienso y me enfado y sé que tengo razón. Si me quiere, ¿por qué demonios me dejó?, ¿por qué demonios nos está haciendo a los dos pasar por esto? Al mismo tiempo, mi corazón, como si fuera la abuelilla sabia de todos los telefilmes románticos de Navidad, levanta el dedo y apunta que, en el fondo, él siempre supo que Nico nunca había dejado de quererme. Solo que, al contrario que en las películas, eso lo complicó todo aún más.

—Tú no te la mereces.

—¿Se cree que no lo sé? —gruñe Nico, y su seguridad, incluso su arrogancia, brillan con fuerza, pero, ahora más que nunca, también su vulnerabilidad, como si fueran los pedazos de una batalla interna descomunal—. Mia es el mayor regalo que hay en el mundo. Solo necesitas pasar un único segundo con ella para darte cuenta de ello.

No puedo más y, todavía envuelta en el nórdico, salgo de la cocina y, procurando no hacer ruido, llego hasta la puerta del salón, desde donde puedo verlos, aunque ellos no me presten atención a mí.

—Sí, es cierto —continúa—. Yo le pedí que viniera conmigo a París y que lo hiciese antes, y, sí, cada vez que veníamos de vacaciones, me las ingeniaba para tenerla siempre conmigo, pero es que no sabía vivir sin ella, y juro por Dios que he intentado que eso cambie, he luchado cada maldito día, pero no soy capaz de aprender —pronuncia, y es tan sincero que duele.

Los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas.

—Me equivoqué terminando con lo que teníamos —sentencia, y otra vez no hay dudas.

Y esas siete palabras tienen un valor incalculable, porque es la primera vez que las dice, que siento que no voy a volverme loca por no entender qué es lo que pasó. De alguna manera, están sanando mi alma rota.

Me pregunto si Nico las habría pronunciado de saber que estoy aquí, escuchándolo.

—Estaba pasándolo demasiado mal y me asusté y tomé la peor decisión de todas, dejé que me cegara lo nuevo y fui tan estúpido de creer que lo que Mia y yo teníamos era lo común, cuando, en realidad, era extraordinario.

Dios.

Contengo un sollozo tapándome la boca con la palma de la mano.

—Pero ahora ya no puedo dar marcha atrás. Mia no va a perdonarme y, si lo hace, no va a volver a cometer el error de pensar que yo soy el hombre que merece. Ya la convencí una vez de eso y ella no es de las que tropiezan dos veces con la misma piedra —añade con una suave sonrisa que no le llega a los ojos—. También hicieron un buen trabajo con eso. Además —prosigue—, sé que es lo último que podrían pensar de mí, pero nunca he querido hacerle daño a nadie y no pienso repetir, así que me toca asumir mis decisiones y vivir con ellas.

Nico se gira hacia mí. El corazón me da un vuelco y nuestros ojos se encuentran y se alimentan, porque nos sentimos como cuando dos estrellas colisionan en el cielo y crean una aún mayor, como el fuego alimentando al fuego, como el amor construyendo amor.

—Me equivoqué y nunca he sentido, nada, tanto —afirma sin levantar su mirada de la mía.

Ha sabido que estaba aquí desde el principio.

Todos se quedan callados y Nico asiente una sola vez al tiempo que se gira de nuevo hacia mi padre.

—Supongo que lo que intento decirles es que no tienen por qué discutir con Mia ni preocuparse. Es una chica muy lista, que sabe cuidar muy bien de sí misma y, si en algún momento no puede, yo lo haré, porque eso es lo único que me importa: asegurarme de que sea feliz.

Mis padres no contestan nada, creo que de alguna manera están en estado de *shock*. Nico tampoco espera a que lo hagan y empieza a andar hacia la salida. Nos miramos a los ojos, sentimos muchas cosas, pero ninguno de los dos dice nada. Nico ni siquiera se detiene.

Sin embargo, cuando oigo la puerta cerrarse tras él, cuando miro a mis padres en el centro del salón, tengo una especie de relevación. Dejo caer el nórdico y, sin ni siquiera ponerme zapatos, salgo corriendo tras él.

—¡Nico! —lo llamó en el porche, agarrándome con fuerza con las dos manos a la baranda de madera que lo rodea.

El frío me traiciona, pero mi cuerpo no se resiente. Tengo que estar aquí.

Él, que se había alejado unos pasos en dirección a su casa, se gira. Me busca con sus espectaculares ojos azules y me encuentra.

—¿Qué? —pregunta.

Y yo podría decir muchas cosas, pero solo quiero ser sincera, como él lo ha sido.

—No lo sé —respondo.

Porque de verdad no lo hago. Ahora mismo siento muchas cosas, emociones tirando de mí en diferentes direcciones, pero tenía claro que quería salir, que quería llamarlo, que quería verlo. Hemos vuelto a nuestra particular versión de Romeo y Julieta. El hilo rojo que nos une se vuelve inquebrantable, brillante, cegador.

Nico no añade nada, pero creo que lo ha entendido todo, y los dos nos separamos, cada uno en una dirección.

*

Me paso toda la noche despierta, pensando, pensando y pensando. Mi corazón loco no para de gritarme que corra a buscar a Nico, que le diga que yo también lo quiero, que volvamos a construir nuestro París en Banyalbufar, en Madrid, en la propia capital francesa, exactamente donde queramos estar, pero una parte de mí tiene miedo de volver a sufrir y me pide que lo

considere, solo un poco más; que si es un sí, ella se subirá al barco también, pero que, por favor, me dé un momento más para meditarlo todo.

*

—Buenos días —saludo a mi abuela, entrando en la cocina—. A veces tengo la sensación de que este es nuestro punto de encuentro —bromeo.

Ella sonríe.

—No me extraña —conviene—. Es la habitación más calentita y donde se guardan las magdalenas. Son todo ventajas.

La puerta suena.

—Ya voy yo —comento, dejando la taza que había cogido para servirme un café sobre la encimera y dirigiéndome a la puerta.

Unos segundos después, estoy frente a ella. Y abro. Y no me lo puedo creer.

21

Nico

Empiezo a farfullar en francés, recorriendo la cocina en ridículos paseos que nunca me alejan más de un puñado de pasos de la ventana. No me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué coño te pasa, hermanito? —pregunta Fer, entrando en la estancia y dirigiéndose, flechado, al frigorífico.

—No me lo puedo creer, joder —mascullo—. Mia está aquí con ese imbécil.

Fernando arruga la frente, confuso, pero, en lugar de seguir preguntando, saca una cerveza de la nevera y camina hasta la ventana para asomarse y sacar sus propias conclusiones.

—Estás cabreado porque Mia ha traído a ese tío —comenta mientras aprovecha que está cerca del escurridor de cubiertos para coger un tenedor y abrir el botellín con el mango. La chapa cae en el fregadero y rebota contra las pequeñas paredes de metal, ruidosa.

—Es un gilipollas —siendo precisos, Cesc es el rey de los gilipollas— y lo está paseando por la puta plaza.

—¿Es su novio?

—No. —Y solo que considere esa posibilidad me pone de peor humor—. Claro que no, hostias.

—Entonces, te estás enfadando porque ella ha traído a un amigo cuando tú trajiste a tu novia, la chica por la que la dejaste, antes.

—Yo no la paseé por el maldito pueblo.

—Porque yo te habría dado una paliza… y, con toda probabilidad, porque Alma se hubiese desmayado al ver que no tenemos ningún restaurante crudivegano —se burla.

—Tus amenazas me importan una mierda —gruño—. No lo hice porque no quise.

De Alma no comentó nada, porque lo cierto es que el muy gañán tiene razón.

Cesc señala algo al fondo de la plaza. Cuando Mia mira, él señala algo en la dirección opuesta mientras suelta cualquier estupidez, que no logro oír, y ella sonríe, casi ríe. Esa sonrisa es mía y esa risa también. ¡Joder! ¡No he estado tan cabreado en toda mi maldita vida!

—Si lo lleva a la laguna, le doy una paliza a ese gilipollas —sentencio, alejándome de la ventana, porque voy a acabar rompiendo el cristal de un condenado puñetazo si ese idiota no se marcha, solo, ya.

—Por neandertales como tú, la amable gente de pueblo tiene fama de garrula —se cachondea mi hermano, apoyándose, hasta casi sentarse, en la encimera.

—Si hubiera un calendario de garrulos, tú serías todos los meses —replico, saliendo.

*

No me lo puedo creer. Anoche tuve una especie de epifanía y vi la luz. Solo querría correr, trepar por la ventana de Mia y colarme en su habitación, convencerla a besos de que la quería más que a mi vida y de que lo único que deseaba era hacerla feliz. La discusión con sus padres, pero, más que nada, cuando Mia salió a buscarme, habían sido como un catalizador. Mia se merece al mejor hombre del mundo, ni me equivoqué ni me arrepiento de decir eso, y yo la jodí cuando decidí terminar con todo, pero quiero arreglarlo, quiero luchar día tras día, hora tras hora, para ser ese hombre mejor y poder ser digno de ella.

Sin embargo, también me di cuenta de que, si quería que todo eso tuviese un sentido, que mis actos fueran consecuentes, tenía que hacer las cosas bien y lo primero es dejar a Alma. Voy a hacerle daño, es cierto, pero también es verdad que terminará sufriendo más en mitad de una relación donde la otra persona no quiere estar. Enmendar un error o el miedo a cometer otro no son los cimientos para estar con alguien. Al final, el amor, el respeto mutuo y la confianza son los únicos que pueden hacerte feliz y libre.

No quiero dejarla por teléfono, no es justo, así que, en cuanto mi madre esté mejor y se maneje en su nueva rutina, regresaré a Madrid y hablaré con ella.

Con lo que no contaba era con que el gilipollas de Cesc se presentaría aquí. No soporto verlo cerca de Mia. Es más que obvio que va detrás de ella… Voy a volverme loco, joder.

—¿Cómo estás? —me pregunta mi madre cuando entro en el salón.

—No —replico con una sonrisa, acomodándome en la mesita de centro frente a ella, que descansa sentada en el sofá—, ¿qué tal estás tú?

—Aburridísima —contesta, sin paños calientes y una sonrisa que pretende ser resignada, pero a la que traiciona la impaciencia.

Mi gesto se ensancha.

—¿Quieres ver la tele?

Ella niega con la cabeza.

—¿Leer? Puedo ir a Palma y comprarte una de esas novelas de amoríos que tanto te gustan —le ofrezco.

—Llegas tarde —responde—. Sara va a traerme esta tarde todas las novelas de Julia Quinn.

Los dos sonreímos. Nunca entenderé de dónde sacaba el tiempo para leer tantos libros, teniendo en cuenta todas las cosas que hacía en el día, pero es una auténtica devoradora de novelas.

—¿Quieres que vaya a buscar a Manuela o a Elisa?

A mi madre se le ilumina la cara. Está claro que acabo de dar en el clavo.

—Hoy es viernes —le recuerdo—. Si quieres, podemos organizar la partida de cartas del

centro cívico aquí. Seguro que ellas estarán encantadas y, así, tú podrás jugar.

Mi madre sonríe. Misión cumplida.

—Buscaré a Manuela y la ayudaré a organizarlo todo.

La sonrisa de mi madre se transforma en una más serena, pero aún más bonita.

—Gracias, tesoro —dice.

—De nada —replico, levantándome.

Haría cualquier cosa por ella, por mi familia.

Salgo a la calle y empiezo a caminar en dirección a la plaza. A estas horas Manuela debe de estar en el pequeño bar que tiene su marido, ayudándolo a preparar los menús del mediodía.

—¡Nico! —me llaman a mi espalda.

Me giro y todo mi cuerpo se revoluciona cuando veo a Mia acercase a mí.

—Hola —me saluda, deteniéndose a unos pasos.

Tiene la nariz y las mejillas sonrojadas por el frío y está preciosa.

—Hola —le devuelvo el saludo, deseando comérmela a besos.

Cesc se detiene a su espalda. Nos dedicamos una mirada y poco más y los dos decidimos tácitamente que el otro no existe.

—¿Qué tal está tu madre? —me pregunta Mia.

—Mejor. Aburrida de tanto descansar, pero, después de lo que pasó, supongo que eso es buena señal.

Mia sonríe y asiente, dándome la razón.

—Siento lo que le ha pasado a tu madre —interviene Cesc.

Yo lo miro; sé que está siendo sincero, así que, por una décima de segundo, me olvido de que me parece gilipollas y muevo la cabeza suave y afirmativamente a su comentario.

—Gracias —respondo.

—¿Qué planes tienes? —le pregunto a Mia, y me niego a usar el plural para refirme a ellos dos.

El imbécil de mi interior me aplaude. Nosotros es Mia y yo. Cesc puede revolcarse con todo Madrid buscando la otra mitad de su posesivo.

—Ahora, comer —me explica—. Quiero que Cesc pruebe la comida de Biel.

Mia sonríe. Sabe que aquí no hay mejor comida que la de Biel. Me siento orgulloso de ser yo quien se lo enseñase.

—Y después vamos a ir a Palma —continúa—. Cesc quiere devolverme la invitación y llevarme a cenar.

Pero, ¿qué coño?

—Tiene entradas para un concierto en una sala muy chula.

No. No. No.

—No conozco al grupo —añade, sin dejar de sonreír—, pero creo que pinta bien.

Ni de coña.

Me obligo a sonreír, haciendo un esfuerzo por controlar mi cuerpo y a mí mismo. Mi yo impulsivo no puede ganar.

—Un concierto —repito, forzando a las palabras a pasar el nudo de rabia de mi garganta—. Suena bien.

Ese gilipollas no va a llevársela de mi lado.

—Verdad —concuerda Mia con la misma sonrisa.

—Verdad —repito, imitando su gesto, pensando cuántas ganas tengo de asesinar a Cesc.

—Preciosa, deberíamos irnos —comenta, precisamente, él.

Ella lo mira y asiente. Cesc le sonríe y yo estoy a punto de tumbarlo de un puñetazo.

—Diviértete —le digo a Mia.

Ella se gira de nuevo hacia mí y en una sola décima de segundo conectamos al mil por mil. No es solo algo físico, que también, ni siquiera el vínculo, la unión, la complicidad o como queráis llamarlo. Es más que eso. Un montón de sentimientos flotando a nuestro alrededor, quedándose fijos en nuestra propia versión del universo, como si fuesen una estrella más, nuestra estrella, y después, cuando la toquemos con la punta de los dedos, se deshará en millones de átomos de luz, brillando, escribiendo las palabras *amor, felicidad, deseo.*

—Gracias —susurra.

Cesc da los primeros pasos, alejándose. Yo espero a que Mia haga lo mismo, pero sigue de pie, mirándome, hechizada, y no puedo evitar sacar pecho, orgulloso, porque es por mí, por lo que sentimos.

Finalmente, cabecea, obligándose a volver a la realidad, rompe el contacto de nuestras miradas y se separa de mí para marcharse con él.

Joder.

Reemprendo mi camino de un humor de perros. Se la va a llevar a Palma, a cenar, a un concierto, pero ¿qué tipo de broma es? No quiero que esté cerca de Mia. No quiero que se la lleve. No quiero que esté aquí.

—Hola, chiquillo —me saluda Manuela, interceptándome junto a una de las mesas del bar.

Estoy tan cabreado que ni siquiera me he dado cuenta de que ya he llegado.

—¿Qué tal está tu madre? —me pregunta antes de dejarme decir nada.

—Mejor —respondo—, pero muy aburrida de tener que estar siempre descansado.

La mujer asiente con empatía. Todos en el pueblo conocen a Catalina, especialmente sus amigas, y saben que, con toda probabilidad, estos sean los dos días que haya estado con menos que hacer de los últimos veinticinco años.

—He pensado que, para animarla —le explico—, podrían jugar la partida de cartas de la semana en casa, en vez de en el centro cívico, así ella también podría participar.

En cuanto oye mi idea, Manuela da una palmada, realmente maravillada.

—Qué buena idea, chiquillo. Yo misma lo organizaré todo y avisaré a las demás.

Y, de pronto, lo veo clarísimo.

—¿Sabe que le haría mucha ilusión a mi madre? —Manuela me observa, expectante—. Que invitase también a Mia. —La mujer me mira, meditando mis palabras—. Mia y ella están muy unidas y, bueno, la ha ayudado mucho estos días. Estoy seguro de que significaría mucho para ella.

—Tienes toda la razón —asevera al cabo de unos segundos, apretándome el reverso de la mano.

Sonrío, encantado, y observo cómo entra en el bar, diciéndole a su marido que se marcha un rato a hacer unos recados. Sí, señor, me parece que alguien va a tener que cenar solo e ir solo al concierto. *Solo*, qué gran palabra.

Me marchó más feliz que una perdiz de vuelta a casa y, justo antes de entrar, le mando un mensaje a Quim, diciéndole que esta tarde no podré quedar con él. Tengo una partida de cartas.

*

A eso de las siete, el timbre suena.

—Yo me encargo —aviso, bajando las escaleras y dirigiéndome a la puerta.

—Puedo ir yo —se queja mi madre.

—No, no puedes —le recuerdo, inmisericorde.

—¡Hola, chiquillo! —me saluda Manuela, encantada, en cuanto abro la puerta, con un táper lleno de lo que parece frito de marisco y otro con croquetas.

—Hola —respondo.

Me mira de arriba abajo, estudiando mis deportivas blancas, mis vaqueros y mi jersey azul marino. Cuando se queda contenta con la inspección, me entrega los envases y pasa con total familiaridad.

—¿Dónde está tu madre? ¡Catalina! —grita, antes de dejarme responder.

Sonrío. Esta mujer es como un terremoto. Entiendo que se lleve tan bien con mi madre.

Poco después llegan Joaquina, con calamares a la romana, y Elisa, con una botella de licor casero de *nesples* que, palabras textuales, «resucita a un muerto. A tu madre la va a dejar nueva».

La última en llegar es Mia.

Cuando abro la puerta, ella está mirando a la izquierda, centrada en cualquier cosa que esté pasando al final de la calle, lo que me da tiempo a barrerla con la mirada. Una media sonrisa se cuela en mis labios cuando veo su bufanda de colores al cuello, resaltando su pelo rubio, y una tarta de limón casera entre las manos.

—Hola —saluda, con el ceño fruncido, al mover la cabeza y reparar en mí.

—Hola —le devuelvo el saludo, sin dejar de sonreír.

—¿Qué haces aquí? Creía que estarías con Quim.

Me encojo de hombros, restándole importancia.

—No podía perderme una partida de cartas tan interesante —comento, socarrón.

Mia se queda contemplándome, estudiándome para saber cuáles son mis verdaderas intenciones. ¿Qué puedo decir? Me conoce demasiado bien.

Le quito la tarta de las manos y le hago un gesto con la cabeza para que me siga al interior de la casa.

Entro en la cocina, sabiendo de sobra que va a seguirme en cuanto caiga en la cuenta de lo que ha ocurrido en realidad. Saluda a mi madre y al resto de mujeres y, tras menos de un minuto, entra en la estancia.

—¿Dónde has dejado a Cesc?

—En Palma. En su hotel. ¿Ha sido idea tuya? —pregunta, deteniéndose en el centro de la habitación.

—¿El qué? —inquiero, jugando, preparando los cubiertos y las servilletas para llevarlos a la mesa.

—Organizar esta partida de cartas —comenta, perspicaz.

—Mi madre no está acostumbrada a pasar tanto tiempo en casa descansando —le explico, fingidamente inocente, y justo ese pedacito de situación es estrictamente verdad—, así que he pensado que que jugaran la partida aquí sería una buena idea.

—¿Y lo otro?

—¿A qué te refieres?

Tengo que contener una sonrisa. Sé perfectamente a qué se refiere.

—A que me invitaran a mí —responde, sin andarse por las ramas.

Mi chica es valiente, que nadie lo dude.

Decido hacerme el interesante, concentrado en lo que estaba haciendo, sin contestarle. Es divertido y, de paso, la deja con la intriga un poco más. Eso es todavía más divertido.

Cojo los tenedores con una mano y, con el pulgar de la otra, robo un poco de nata montada de su tarta. Camino hasta ella lleno de alevosía, aprovechándome de que sigo siendo capaz de retener toda su atención, y me detengo exactamente a un paso de Mia. Me llevo el pulgar a los labios y chupo la nata sin levantar los ojos de ella, sin que esta pueda levantarlos de mi boca.

—No tengo ni la más remota idea de qué estás hablando —miento descaradamente.

Antes de que pueda reaccionar, paso a su lado y salgo de la cocina. Sonrío, orgulloso, cuando Mia se queda ahí, inmóvil, sin poder reaccionar. Algunos trucos nunca fallan.

—¡Has sido tú! —grita a los segundos desde la cocina, y mi sonrisa se ensancha, más todavía cuando la oigo salir tras de mí.

—Bueno, señoritas —digo, llegando hasta la mesa y dejando los tenedores—, podemos comenzar cuando quieran.

Las mujeres sonríen, encantadas, y Manuela me hace un gesto para indicarme dónde debo sentarme. Frente al sitio reservado para Mia. Me parece genial.

Ella llega, acelerada, dispuesta a decirme de todo, pero, al ver a mi madre y sus amigas, recuerda que no estamos solos y se detiene en seco, a punto de sonrojarse. Por Dios, si lo hace,

no sé si voy a poder contenerme.

Esperando no haber llamado la atención de ninguna de las mujeres, se mueve rápido y ocupa su asiento.

—No me puedo creer que hayas maquinado todo eso —me espeta en un murmullo, con los ojos entornados y el cuerpo inclinado hacia delante para que solo yo pueda oírla.

—He pensado que te encantaría venir a jugar —replico, socarrón, apoyando el codo sobre la mesa e imitando su postura, susurrando también y dejándonos muy cerca—. En estas partidas se toman importantes decisiones sobre la vida del pueblo. Además, Palma está sobrevalorada.

La última frase parece sacarla de quicio y una nueva sonrisa de lo más macarra se apodera de mis labios.

Elisa empieza a repartir las cartas.

—Eres un idiota —se queja.

—Solo te he hecho un favor.

—La próxima vez puedes guardarte tus favores para ti, gracias —comenta, alzando la barbilla y recogiendo las cartas que le reparten.

—No sé si te has dado cuenta de que yo tenía razón —le digo, tomando también las mías.

Mia frunce el ceño.

—¿En qué?

—Has sido la primera en romper tus propias normas. Estamos compartiendo habitación y partida de cartas.

Ella abre la boca, indignadísima, y yo me contengo para no romper a reír.

—Por tu culpa —protesta.

—No estoy seguro de que no me sienta incómodo, tendré que consultarlo con mi abogado.

Mia ladea la cabeza, sin levantar los ojos de mí.

—No tienes caso, Arranz —contesta, fingidamente seria, como si de pronto acabara de colocarse una toga—. Ayer dijiste que, si no te había enviado un email de trabajo todavía, cosa que no he hecho, y si no estábamos solos, situación que no se da, no estábamos infringiendo el contrato. Lo siento, pero sentaste un precedente —sentencia, encogiéndose de hombros.

—Un precedente muy interesante —replico, atrapando su mirada y convirtiendo cada palabra en disfraz de una muy diferente. Traducción exacta: «Me parece perfecto porque lo que quiero es estar contigo».

Mia lo entiende a la perfección y lucha por contener una sonrisa, mordiéndose el labio inferior.

Me encanta jugar.

*

Cuatro horas después, hemos jugado un número indefinido de partidas de carta, cenado, con

tarta de limón como postre incluida, y bebido el licor casero de Elisa, que efectivamente podría resucitar a un muerto.

—Yo me marcho ya —anuncia Mia, levantándose—. Ya se ha hecho bastante tarde y todavía he de escribir un poco.

Las mujeres protestan, pero ninguna le pide que se quede. Saben lo importante que es el trabajo.

Yo, con el mazo de cartas en la mano, la observo de pie junto a la mesa, en mitad de mi salón, y el corazón comienza a latirme con fuerza.

—¿Por qué no la acompañas a casa? —me pide mi madre.

Asiento y me levanto. Mia niega con la cabeza.

—No es necesario.

—Yo lo prefiero —insiste mi madre—. Me quedo más tranquila.

El resto de las mujeres asienten, dándole la razón y murmurando que, aunque Banyalbufar es un pueblo muy seguro, nunca se sabe.

Mia no puede luchar contra todas y acaba accediendo, dirigiéndose a la salida principal justo delante de mí.

—Vivo a dos casas —argumenta Mia cuando nos quedamos solos en el recibidor—. De verdad que no hace falta que te molestes.

—Ya las has oído —respondo con una sonrisa, terminando de ponerme el abrigo con un golpe de hombros. Ella no tiene más remedio que devolverme el gesto. No es nada fácil llevarles la contraria—. Y no es ninguna molestia —afirmo, sincero.

«Nada que tenga que ver contigo puede serlo.»

Mia me observa un segundo y, como cada vez, tengo la sensación de que puede leer en mí.

—Está bien —acepta al fin.

Salimos y caminamos despacio en dirección a la casa de su abuela. Cobijados bajo una noche bonita, nos lo tomamos con calma, con esa perfecta sensación de poder compartir el silencio con una persona sin necesidad de llenarlo con palabras.

Pero el trayecto es el que es, por mucho que los dos queramos estirarlo, y apenas unos minutos después nos detenemos a unos pasos de su porche.

—Gracias por acompañarme —dice, con la vista en la casa— y por usar tu malévola influencia para hacer que haya venido. Me lo he pasado muy bien.

Su comentario me hace sonreír.

—Yo también —respondo, con la vista al frente, como ella.

—Ahora vas a tener que volver a casa solo —bromea. Asiento, con los labios convertidos en una fina línea, fingidamente melodramático—, me pregunto si no será algo increíblemente peligroso. Estoy seriamente preocupada.

—Será arriesgado, pero, si quieres, cuando termine semejante gesta, puedo enviarte un mensaje para que sepas que estoy sano y salvo.

—Sí, por favor —responde, siguiendo el juego, pero contesta tan rápido que suena más sincera que otra cosa.

De inmediato, cierra la boca y vuelve a abrirla, tratando de decir algo con lo que salir del paso, pero no se le ocurre nada y vuelve a cerrarla. Me mira de reojo y vuelve a abrirla.

—Deberías abrigarte mejor —encuentra un cambio de tema al fin, girándose hacia mí y señalando el cuello de mi abrigo— o te vas a resfriar.

—Imposible —contesto, desdeñoso—. Me he bebido dos vasos del licor de la señora Elisa, estoy inmunizado para todo el invierno.

Aunque es lo último que quiere, sonríe, y yo lo hago con ella.

—Esas mujeres son como un huracán —comenta—. De mayor quiero ser como ellas.

—Estoy seguro de que Rebe estará de acuerdo contigo. Solo os faltan dos para el clan.

—Creo que podremos convencer a Marcelo y a Lucas —apunta.

—Es decir, ¿vamos a convertirnos en un clan mixto?

—¿Quién lo ha invitado, majestad? —me pincha, divertida.

—Todos los clanes necesitan un rey. Además, ibais a echarme demasiado de menos. Lo hago por vosotros.

Mia tuerce los labios con una sonrisa al tiempo que asiente varias veces.

—Qué considerado.

—Contigo, siempre.

Involuntariamente, como si quisiese poner mis propias palabras en práctica, agarro los dos extremos de su bufanda y se la ajusto con suavidad para que le abrigue un poco más.

Los ojos de Mia se posan en mi rostro mientras los míos están fijos en el movimiento.

—Gracias —murmura.

—De nada.

Y nuestras voces suenan diferente, porque la intimidad ha conquistado, despacio, en silencio, el momento. Atrapo su mirada y nos quedamos así el siguiente puñado de segundos.

—Será mejor que entre —pronuncia, con sus ojos aún conectados a los míos.

—Sí, no sé hasta qué punto es buena idea que tu padre nos sorprenda —comento, socarrón.

—Desde que hablaste con ellos, las cosas se han calmado.

—Solo fui sincero —sentencio, y es la verdad.

—Nico —me llama.

Y tengo la sensación de que se está armando de valor.

—¿Qué?

Mia me mantiene la mirada y esa idea de que estamos solos en el universo vuelve a expandirse entre los dos como la mecha de una pirotecnia.

—Olvídalo —pronuncia al fin, clavando la mirada en sus propias manos.

Doy una suave bocanada de aire al tiempo que le concedo la huida. Muevo la mano y le coloco un mechón de pelo tras la oreja, dejando que el reverso de mis dedos acaricie su mejilla.

Al notar el contacto, Mia alza la cabeza de nuevo y busca mis ojos azules con los suyos castaños.

—¿Sabes que algún día tendrás que decirme lo que estás pensando? —le digo.

—Lo sé —contesta en un murmullo perfecto—, pero, esta noche, no.

Antes de que pueda replicar nada, se separa de mí y se dirige a casa de su abuela. Me quedo observándola, con el viento cortándome la cara y el aliento saliendo blanco de mis labios. No quiero que se aleje de mí un solo centímetro. No quiero tener que despedirme de ella. No quiero verla marchar, nunca.

Regreso a casa, me despido de mi madre y sus amigas y subo a mi habitación. Me dejo caer en la cama y, con el móvil entre las manos, abro el WhatsApp y escribo un mensaje.

En casa sano y salvo.

Un par de segundos después, Mia se conecta, lo lee y contesta.

Una información muy valiosa. Me alegro mucho.

¿Sabes? Yo sí quiero decirte lo que estoy pensando ahora mismo.

La palabra «escribiendo…» aparece en su estado, bajo su nombre. Sin embargo, antes de que lo envíe, lo borra y vuelve a escribir.

¿Y qué es?

Me envía finalmente.

Sonrío.

Nena.

«Escribiendo…» vuelve a aparecer, pero otra vez lo borra antes de enviarlo, empieza a escribir, vuelve a borrar y en esta ocasión se desconecta.

No importa. Tiene todo el derecho a guardar silencio, a reservarse lo que piensa para sí. Ahora me toca a mí luchar por ella y voy a demostrarle que seguimos siendo magia.

*

A la mañana siguiente, me levanto temprano. Tengo el cuerpo… acelerado, aunque no sé si esa sería la palabra exacta. Me siento como cuando tienes claro que debes hacer algo sin falta, ese día, y no puedes pensar en otra cosa hasta que lo termines. El problema es que no sé qué es ese algo que debo hacer.

Le preparo el desayuno a mi madre y me lo tomo con ella en su habitación. Aunque protesta, acaba reconociendo que lo de las tostadas y el zumo recién exprimido en la cama no está nada mal.

De vuelta en la cocina, dejo los platos en la pila y decido pillar uno de los libros de la estantería, salir un rato al porche a tomar un poco de aire y leer.

Me siento en el primer escalón, con la espalda apoyada en la baranda de madera, y por fin le presto atención a la novela que he elegido sin ni siquiera mirar. Genial. He acabado con *Hazme amarte*, de Johanna Lindsey. Por lo menos el tío de la portada está vestido.

Podría cambiarlo por otro, pero, con franqueza, no me apetece levantarme, así que empiezo a

leer.

Llevo unos quince minutos tratando de averiguar por qué el heredero del conde de Tamdon, Robert Whitworth, y lord Dominic Wolfe se odian tanto cuando un rumor llama mi atención. Levanto la cabeza y veo a Mia sentada en los escalones del porche de su abuela, con el portátil en el regazo y una taza de café humeante a un lado.

Sonrío como un idiota solo con poder verla y, durante unos minutos, me convierto en espectador accidental de la chica más bonita del mundo.

Escribe un par de líneas, resopla, las borra y las vuelve a escribir. Así varias veces. Siempre igual de concentrada, pero cada vez más enfadada y, en cada ocasión, mi sonrisa se ensancha un poco más.

Cuando borra lo que ha escrito por enésima vez, resopla, molesta, eso también pasa por enésima vez, y deja el ordenador en el suelo.

Decido mandarle un mensaje. Me saco el móvil del bolsillo.

Parece que se está haciendo un poco complicado.

Un par de segundos después, oigo el pitidito del teléfono de Mia. Lo rescata de su bolsillo y, antes incluso de leer el whatsapp, sonríe. Esa sonrisa me ilumina por dentro.

Al leerlo, alza la vista y la lleva hasta mi casa. Cuando nuestras miradas se encuentran, el inicio de una nueva sonrisa se pinta en sus labios, pero lo disimula a tiempo.

¿En qué te basas para hacer semejante afirmación?

A que tengo ojos y a que llevo viéndote escribir y borrar la última media hora.

Mia lee mi mensaje y vuelve a resoplar.

El artículo se está complicando más de lo que pensaba.

Yo también doy una bocanada de aire. La conozco. El trabajo, dar lo mejor de sí misma, es algo muy importante para Mia, aunque, en realidad, ese no es el verdadero problema aquí. Tiene que aceptar de una maldita vez que tiene un talento inmenso y es una periodista increíble.

Vas a hacerlo muy bien.

Trato de que vea lo obvio.

Eso no lo sabes.

Qué os decía…

Eres MUY buena en tu trabajo y tienes mucho talento. El señor Legard lo sabía y tu jefe en El País también. Por eso te ha encargado este artículo, porque sabe que vas a hacer un grandísimo artículo.

Solo quieres animarme.

Solo estoy siendo sincero.

Mia levanta la cabeza del teléfono y me observa, meditando mis palabras y tratando de creérselas, pero acaba apartando la mirada y suspirando, incapaz de dar por bueno lo que he dicho.

Me contengo para no levantarme, plantarme en su porche y besarla hasta que entienda la persona tan maravillosa que es en todos los sentidos. Ahora estamos hablando de su trabajo, y quiero y necesita entender que es una buena periodista, capaz de lograr lo que se proponga.

Le hago una propuesta.

Envíame lo que tengas. Lo leeré y, entre los dos, averiguaremos por qué crees que no funciona.

No creo que sea buena idea.

Hace poco me dijeron que este tipo de cosas, estar bien, superar los obstáculos, es un proceso que a veces es largo, a veces, corto y a veces tienes que dejarte ayudar.

Parafraseo las mismas palabras que ella me dijo en el baño mientras me curaba las heridas.

Mia lee mi mensaje y tuerce los labios.

Cazada.

Está bien.

Acepta, y estoy seguro de que lo hace a regañadientes.

Está bien.

Apenas un par de minutos después, tengo un email suyo en la bandeja de entrada. El asunto me hace sonreír: «Las normas siguen en pie, Nico Arranz».

Leo el artículo. Está francamente bien, aunque es cierto que no es redondo. Marco las partes que creo que no encajan y le doy unas cuantas ideas de cómo solucionar el final.

Nos pasamos las tres horas siguientes así. Cada uno en su porche, trabajando juntos, charlando, riéndonos y sacando a flote toda esa complicidad. Nos escribimos ochenta y cinco emails.

Tengo que irme.

Me envía por WhatsApp.

Cesc va a venir a buscarme para que vayamos a comer a Palma y después ir al cine.

Joder.

Levanto la cabeza y la veo recogiendo el ordenador y el resto de las cosas que había desperdigado por los escalones. Maldita sea, no puede irse.

Miro la pantalla, tratando de encontrar algo, lo que sea, que la haga quedarse.

«¡Piensa!»

De pronto, tecleo, veloz.

Díaz trabaja hoy. Es la mejor correctora de estilo de todo el periódico y la revista, y me debe un favor. Si terminamos el artículo, puede echarle un vistazo antes de que lo entregues. Así te asegurarías de que está perfecto.

Mia lee mi mensaje y se detiene en seco. Díaz es la mejor, con diferencia, y siempre está hasta arriba, porque todos quieren trabajar con ella, así que la tentación de poder hacerlo es grande.

¿De verdad te debe un favor?

No.

Sí.

Ya me las apañaré.

Mia mira su reloj de pulsera y golpetea el escalón, nerviosa, con los pies.

¿Cuánto tiempo crees que necesitaremos para tenerlo todo listo?

Si comemos algo rápido donde Biel y nos ponemos a trabajar, lo habrás

acabado antes de cenar.

Ella duda, piensa y, finalmente, vuelve a coger el *smartphone*. Envía un mensaje, pero mi teléfono no suena, así que no es para mí. Sonrío. Ya sé que voy a tenerla toda la tarde para mí.

Pongámonos en marcha.

Eso sí me lo escribe a mí.

Por supuesto.

Ahora solo me falta convencer a Díaz y entretener a Mia para que el idiota de Cesc tampoco tenga oportunidad de pasar esta noche con ella.

*

Vamos a comer donde Biel, solo que a escondidas llamo a Quim, que finge pasarse por allí de casualidad. Entre los dos, con la ayuda ocasional de Biel, distraemos a Mia y conseguimos que la comida rápida dure dos horas. La recompensa es grande: Mia no deja de sonreír, de reír, de hablar, y cada segundo que la veo así, desinhibida, feliz, hace que cualquier esfuerzo merezca la pena.

Después, siguiendo las reglas, cada uno se marcha a su casa y seguimos trabajando por email.

Paralelamente me mando algo así como medio millón de mensajes con Rebe, su amiga Alicia, su compañero Chang y, finalmente, con Díaz. Que cuele a Mia me cuesta invitarla a café toda la semana y hacerle las dos próximas guardias de domingo. Que finja que me debía un favor delante de ella, hacerle de profesor de francés y corregirle un trabajo que debe entregar en la Escuela Oficial de Idiomas.

A las seis bajo hasta la pastelería y compro dos trozos de la tarta de chocolate más increíble del mundo y, en el bar del marido de Manuela, dos *cappuccino* para llevar. Dejo uno de cada en el primero de los escalones del porche de Mia y me instalo en el mío.

Entonces, le escribo.

Hay una sorpresa para ti esperándote
en el porche.

Espero que no sea Isabel Gemio con un sobre.

Se burla, pero, cuando sale y lo ve, una sonrisa enorme se cuelga de sus labios. Como si algo le dijera que estoy justamente aquí, me busca con la mirada y me encuentra. Su sonrisa se entrelaza con la mía. Nuestras miradas y nuestros gestos se vuelven más suaves, pero más bonitos, como si ahora fuese el corazón quien estuviese pintando nuestros labios con los dedos.

Teclea cuando se sienta con el móvil entre las dos manos, sobre sus rodillas.

Gracias.

De nada, nena.

He luchado con todas mis fuerzas, pero no he podido guardarme ese apelativo para mí.

*

Las distracciones funcionan y, para cuando Mia, satisfecha y feliz con su trabajo, le envía el artículo a Díaz, son más de las doce de la noche.

Cierro el portátil en mi escritorio y echo la cabeza hacia atrás al tiempo que me paso la palma de la mano por la nuca. Estoy cansado, pero contento. Hoy me he sentido como en París y esa idea me ha calentado por dentro.

Sonrío, dibujando a Mia en cada rincón de nuestra buhardilla: bailando, descalza, en el centro del salón, con la espuma hasta las orejas en nuestro baño, trabajando, sentada en el suelo, a la pequeñita mesita de centro, metida en nuestra cama… Echo de menos nuestra cama.

Mi teléfono comienza a sonar. Su nombre se ilumina en la pantalla y no necesito más para volver a sonreír.

—¿Hablar por teléfono entra dentro de las normas? —pregunto, socarrón.

Sé que Mia sonríe al otro lado.

—Supongo que igual que dejarme un café y un trozo de tarta de chocolate en mi porche.

—Era una tarta de chocolate increíble, he pensado que querrías probarla.

—Y tenías razón —pronuncia, veloz—, pero la próxima vez puedes dejarme dos porciones, para probarla con más propiedad.

Sonrío. Es adorable.

Me levanto, voy hasta la cama y me dejo caer en ella; reboto suavemente contra el colchón y llevo mi mirada al techo. Voy a tener que colgar un par de pósteres o un espejo ahí, me paso más tiempo del que pensaba contemplándolo.

—¿Eso es lo único que quería decirme, señorita Nieto? —planteo, burlón.

—En realidad, no, señor Arranz —contesta, contagiada de mi humor.

—Soy todo oídos.

Mia guarda un momento de silencio y sé que hemos dejado de jugar.

—Quería agradecerte que respetaras las normas —dice al fin—. Era algo muy importante para mí.

Lo sé. Los intentos de esquivarlas, las distracciones, solo han sido un juego. Esas reglas estaban para frenar todo lo que sentimos cuando estamos juntos; para que no la acorralara contra la pared y la besara hasta que cambiáramos de estación, como estoy deseando hacer; para que ella no se permitiera permitirme tocarla como quiere que haga.

Estamos en una especie de *impasse*, y dejarnos llevar nos haría más felices que en toda nuestra vida, pero también complicaría mucho las cosas. La jodí y ella tiene todo el derecho a querer poner una distancia entre los dos, y yo, antes de luchar por convencerla de que puede olvidarse del miedo y dejarme que le demuestre que la quiero como un loco, tengo que volver a Madrid y arreglar las cosas con Alma.

—Sé que tienes tus motivos, Mia —respondo, sincero.

—¿Te parece demasiado estúpido si te digo que me encantaría no tenerlos?

Sonrío, pero es un gesto débil que no me llega a los ojos.

—Claro que no.

—Es que estoy muy enfadada contigo, Nico —suelta de pronto, como si algo hubiese estallado dentro de ella—. Estoy muy enfadada por lo que hiciste y porque a veces no me dejes estarlo, y conmigo y contigo otra vez, por no ser lo suficientemente fuerte y poder odiarte y olvidarte. Quiero olvidarte —murmura, abatida y combativa a la vez, triste, pero con un deje en la voz, con una parte de ella, que se mantiene en pie de guerra ante esa posibilidad.

Y ahora no se trata de conocerla bien o no, reconozco tan bien esos sentimientos porque son los mismos que experimenté yo.

—Yo también quise olvidarte, Mia, y tampoco fui capaz —digo, porque se lo debo, porque merece saber todo lo que viví aquellos días—. Sentía que todo era demasiado intenso, que estábamos en una montaña rusa. Mi vida no me pertenecía porque estaba en tus manos, y me asusté y quise pararlo todo, pero dio igual —le aseguro, con la impotencia y la tristeza de echar la vista atrás y tener claro que te equivocaste, que ese error lo marcó todo—. Creo que incluso lo sigue dando, ¿sabes? Como si ya no tuviera opción. Da igual cuánto haya luchado por dejar de quererte, no es algo que pueda elegir.

—Es la primera vez que me cuentas todo esto —susurra con la voz apenada.

—Fui un estúpido, Mia, en todos los jodidos sentidos.

Y nunca me arrepentiré lo suficiente.

—¿Quisiste olvidarme? —Y la tristeza se transforma en lágrimas.

No quiero que le duela, no quiero que sufra más. Ahora mismo solo me gustaría ser un superhéroe y tener el poder de silenciar los recuerdos, de volverla inmune a ellos, de poder rodear la Tierra una y otra vez hasta hacerla girar en sentido contrario y dar marcha atrás al tiempo. Salvarnos a los dos.

—Lo intenté con todas mis fuerzas —contesto—, pero, al final, eres tú.

«Siempre serás tú.»

—¿Qué soy yo?

—La única mujer a la que mi corazón sabe querer.

Se hace el silencio, el dolor nos gana la partida, los recuerdos… Obligar al reloj a caminar hacia atrás suena tan bien que, si hubiera la más mínima posibilidad de conseguirlo, me lanzaría al mar en plena tormenta, en busca de mi propio Moby Dick.

—Tengo que colgar —musita.

—Eso también lo sé —susurro.

—Buenas noches, Nico.

—Buenas noches, nena.

—Nico… —me llama.

El aliento se me corta y solo puedo suplicarle a Dios que no me pida que deje de llamarla así.

—¿Qué?

Más silencio. Más miedo.

—Olvídalo —vuelve a decir—. Adiós.

—Adiós.

«Conseguiré que deje de doler. Te lo prometo.»

*

A la mañana siguiente, me levanto igual de acelerado que el día anterior, solo que en esta ocasión tengo cristalinamente claro el porqué: quiero verla.

Me visto deprisa, desayuno aún más rápido y, tras asegurarme de que Fer puede quedarse con mamá y ninguno de los dos necesita nada, salgo de casa.

—Hola, señor Arranz —me saluda Quim, saliendo a mi encuentro en mi calle—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Voy a ver a Mia —respondo sin esconderme, colocándome bien el abrigo con un golpe de hombros y echando a andar hacia casa de su abuela.

La conversación de ayer nos hizo poner las cartas sobre la mesa. La quiero y me quiere y, aunque aún queda mucho camino por recorrer, quiero estar con ella. Si necesita tiempo, se lo daré, todo el del mundo si es lo que le hace falta, pero quiero que sepa que no me rendiré hasta arreglar las cosas y demostrarle que voy a luchar por ser el hombre que se merece.

—¿Vas a plantarte en su casa y ya? —indaga mi amigo, caminando junto a mí.

—Sí —contesto, sin un solo rastro de duda.

—¿Sin ninguna excusa ni ningún plan para hacerla pasar tiempo contigo?

—Nada —respondo con determinación.

—¿En serio?

—Totalmente.

—Genial.

Sonrío.

—Lo sé.

Se acabaron los juegos. Hoy es el primer paso del resto de mi vida.

Estamos subiendo las escaleras que separan la casa de Mia de la acera cuando la puerta se abre, tomándonos por sorpresa… y más aún quiénes salen de ella.

22

Nico

Mia y Cesc salen charlando animadamente. Ella tiene una sonrisa de oreja a oreja, que se transforma en risa cuando su abuela dice algo desde el interior que no logro distinguir y Cesc le contesta que lo está deseando.

Todo mi cuerpo se agarrota, cada músculo me pide que lo tumbe de un puñetazo, que huya de todo lo que estoy sintiendo ahora mismo de la única manera que sé.

—Hola —me saluda Mia, sorprendida al reparar en mi presencia.

—Hola —susurro por inercia, con la voz endurecida.

Quiero mirarla a ella, pero solo puedo mirarlo a él, a la idea de que está en su casa, en nuestro lugar en el mundo, a que Mia está sonriendo por él.

El ruido de un coche deteniéndose a mi espalda me saca de mi ensoñación. Cuando veo la berlina negra y el conductor del mismo color, no tengo dudas de que es un Uber.

¿Qué coño hace aquí un Uber?

—Cesc y yo vamos a pasar el día en Palma —me explica Mia; pretende sonar desenfadada, pero hay un trasfondo en su voz, algo que puede que pase desapercibido para los demás, pero para mí no, algo que tiene que ver con la conversación que mantuvimos ayer por teléfono—. Como apenas hemos podido vernos estos días…

No puede ser verdad. No puede irse con él.

—Mia —la llamo, dando un paso hacia ella, y sueno cabreado, desesperado, triste, aunque la arrogancia que he entrenado durante tantos años cumple su misión a la perfección, enmascarándolo todo—, ¿podemos hablar?

Ella asiente.

—Sí, claro —se reafirma—. Cesc, ¿me das un momento?

Él la mira a ella con una sonrisa y un «Por supuesto» en los labios, para después fulminarme con los ojos a mí. ¿Quiere que nos partamos la cara? Por mí, perfecto. Lo estoy deseando.

Quim lo sigue, dejándonos intimidad.

—Había pensado que podríamos pasar el día en la playa y comer en la arboleda. La señora Manuela ha hecho tarta de queso. Tiene que estar alucinante. —Mia sonríe y la siento un poco más cerca de mí—. Y todavía tenemos esa caja de bengalas. En Palma no vas a encontrar nada especial y, si aun así quieres ir, puedo llevarte yo mismo. —Ahora mismo.

—Me encantaría, pero Cesc ha venido aquí para estar conmigo y ni siquiera hemos estado un

rato juntos los últimos dos días.

—Puede venir con nosotros —me obligo a pronunciar, a regañadientes.

Mia sonríe.

—Tú no quieres eso, Nico, y él tampoco.

Joder, es obvio que no quiero.

—Mia…

Tengo muchas cosas que decirle. Solo necesito ordenar las palabras. Explicárselo todo.

—Te llamaré cuando vuelva —me interrumpe, pasando junto a mí, para dirigirse al coche.

Maldita sea. No puedo dejar que se vaya.

—Mia, no te vayas —le pido.

Necesito decirle que la quiero, que puedo arreglar lo que estropeé. Quiero arreglarlo.

Ella me estudia con sus preciosos ojos castaños y algo dentro de mí adivina la respuesta y se muere de rabia y miedo en el mismo momento.

—Adiós, Nico —se despide y, sin mirar atrás, camina hasta el Uber y se monta con Cesc.

Yo me quedo de pie en mitad de su porche, observándola.

Nunca me había sentido tan cerca de perderla como ahora.

Nunca había tenido tanto miedo.

En cuanto el Uber se pierde de vista calle arriba, echo a andar hacia la arboleda. Estoy enfadado, estoy cabreado, estoy triste. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo pude pensar que lo que tenía con Mia no era lo más especial del mundo?

Antes de que pueda controlar mis pies, estoy corriendo, tratando de huir, solo que de esto no puedo escapar.

—¡Nico! —me llama Quim, saliendo tras de mí.

¿Qué pasa si ya es demasiado tarde? ¿Qué coño voy a hacer si la he perdido? ¡Ella es lo mejor de mi vida! ¡Ella la ilumina! ¿Por qué tuve que ser tan imbécil? ¡¿Por qué diablos tuve que equivocarme así?!

Me detengo en seco, rodeado de árboles, y aprieto los puños con fuerza. Quiero liarme a hostias con todo. Es mil veces peor que cuando me sentí perdido de vuelta en Madrid, que cuando mi padre se marchó cuando era un crío. ¡¿Qué voy a hacer si la pierdo?!

Muevo el puño hacia atrás, dispuesto a chocarlo contra un árbol. Tengo la respiración acelerada. Los ojos se me llenan de lágrimas. Quiero huir de la única forma que sé, pero no puedo escapar de todo lo que me hace sentir. No puedo escapar de quererla. No se puede escapar del amor.

«Te quiero, nena.»

—Nico —repite Quim, con el tono ajetreado, corriendo hasta detenerse a unos pasos de mí.

La necesito.

—Nico, ¿estás bien?

La necesito más que a nada.

—Vámonos —le pido con la voz ronca, arrogante, macarra, como queráis llamarla, pero, en el fondo, lo que es es una súplica, y no me importa absolutamente nada.

*

Paso el día con Quim, primero en su casa y luego donde Biel, pero, en realidad, lo único que hago es contenerme para no estar mirando el reloj cada dos minutos y, sobre todo, para no llamarla, para no presentarme en Palma, para no pedirle que se olvide de Cesc y se quede conmigo.

*

—Deja de moverte —protesta Quim—. No es ella.

Miro a la pareja pasar de largo la casa de Mia y continuar caminando calle arriba.

Resoplo, hastiado, y me dejo caer de nuevo contra las losas. Así estamos los dos, con los abrigos puestos, tumbados en mi porche, cada uno en un sentido pero con las cabezas juntas, como si fuéramos a pasarnos ideas vía infrarrojos.

—¿De verdad vas a esperarla hasta que llegue? —plantea.

No contesto, prefiero no hacerlo, aunque la respuesta es obviamente un sí. Se ha ido con el gilipollas de Cesc por la mañana y ya es más de medianoche, ¿dónde está?

—Te juro que no lo entiendo —continúa, ante mi silencio—. Estás celoso, esperando a que tu exnovia, a la que dejaste a pesar de que seguías enamorado de ella —tuerzo los labios, malhumorado; no quiero escucharlo—, regrese de una cita con un chico con el que no está saliendo mientras no le coges el teléfono a tu novia, así, resumiendo.

—Resumes de puta pena —me quejo.

—Y tu vida parece un capítulo de «Amarte así, Frijolito».

—Tengo que hablar con Mia, ¿vale? —replico, y mi mala hostia vuelve a salir a flote. De hecho, no sé cómo Quim no me ha montado en la moto y me ha dejado tirado en lo alto de la Tramuntana. Estoy imposible—. Tengo que decirle que voy a arreglar las cosas.

—¿Y qué pasa con Alma?

—Quim —vuelvo a protestar.

—¿Cómo que Quim? —batalla él—. Es tu novia. No voy a negar que no es precisamente la persona a la que me llevaría a una isla desierta, pero tampoco puedes pasar de ella así.

—No voy a pasar de ella ni así ni de ninguna manera. En cuanto regrese a Madrid, hablaremos y terminaré con ella. Es solo que no quiero hacerlo por teléfono. No me parece justo.

—Tienes razón. Si quiere tirarte algo a la cabeza, tiene todo el derecho a hacerlo.

—Eres gilipollas.

—Eso tú, señor Arranz. Mira en el lío que nos has metido.

—¿Nos has?

—Soy tu mejor amigo. —«Uno de ellos», voy a corregirlo, pero no me da la oportunidad—. Las novias que te eches, automáticamente, pasan a formar parte de mi universo, y es un universo muy complejo y delicado. —Sonrío. Nunca había escuchado a nadie autodefinirse como raro con tanto morro—. Así que nada de pijas hípsters ecoveganas a las que su padre les monta un negocio para cimentar la subcultura.

Aunque es lo último que quiero, vuelvo a sonreír.

—No te preocupes, no habrá más chicas —afirmo con la seguridad perfecta que me dan esas palabras. Me trasmiten paz—. La única chica para el resto de mi vida es Mia.

Pero, tan pronto como pronuncio esa frase, como pienso esa idea, vuelvo a mirar el reloj. Es casi la una de la madrugada y Mia no está. La sonrisa se me borra de los labios. Solo quiero que esté aquí.

Una hora más tarde. Una vocecita no para de decirme que ella no va a venir, que todo esto, el explicarle cómo me sentí, el decirle que quiero arreglarlo, llega demasiado tarde, y creo que voy a volverme loco. Solo quiero coger la maldita moto y plantarme en Palma.

—Nico, deberías entrar en casa. Mia no va a venir a dormir —en su voz ya no hay rastro de juegos, y sé que no lo está diciendo para fastidiarme.

Aunque lo odio, aunque es lo último que quiero, no me queda más remedio que rendirme ante la evidencia. Ella no va a venir. Ha elegido a Cesc.

Me levanto del porche, me despido de Quim con un par de palabras y entro en casa, directo a mi habitación. Estoy más que enfadado. Estoy dolido, decepcionado. Estoy hecho polvo, joder. Y todo es culpa mía. Me comporté como un gilipollas y ahora estoy pagando las consecuencias.

El imbécil de mi interior se cruza de brazos y me mira con ganas de tumbarme de un puñetazo. Él nunca dejó de pensar en Mia.

Me acuesto, pero sobra decir que no consigo pegar ojo. Esto es una puta pesadilla.

*

A las ocho, me niego a dar más vueltas en la cama. Me levanto y me doy una ducha. Al entrar en la cocina a por un café, tengo la tentación de acampar en la ventana, esperando a que venga Mia, pero tampoco voy a hacerlo. No voy a comportarme como un chalado acechando a su presa… aunque, como la tentación es grande, cojo la taza y lo primero que pillo para comer y me alejo de allí como alma que llevara el diablo.

Hago todo lo que he de hacer, pero, una vez que termino, necesito entretenerme para dejar de cavilar, así que me siento en el sofá, con las plantas de los pies descalzos apoyados en el canto de la mesita de centro, y me pongo a leer. No obstante, el enfado pesa más que la diversión y, cada dos frases, mi mente vuela libre y empiezo a pensar en Mia, en lo que estará haciendo Mia, en si

seguirá con Cesc, en si se habrá levantado en la misma cama que él… Paro esa línea de ideas de inmediato. Claramente, no es la mejor si no quiero convertirme en el chalado de la ventana.

Estoy lidiando con todo eso cuando llaman a la puerta. No me apetece levantarme, así que grito un «Está abierta». Lo más probable es que sea Quim.

Sin embargo, todo da un giro de ciento ochenta grados cuando es Mia la que cruza el umbral.

—Hola —me saluda con una sonrisa, caminando hasta el centro del salón.

Me contengo para no levantarme, estrecharla contra mi cuerpo y besarla con fuerza. Estoy enfadado con ella y conmigo. Estoy enfadado con el puto mundo.

—Hola —respondo sin apartar los ojos del libro.

Cuanto menos la mire, mejor; cuando la miro, no soy capaz de pensar.

—Perdona por no llamarte anoche, pero la cosa se alargó y no he regresado hasta esta mañana.

La sangre me arde. ¿Por qué no puedo dejar de echarla de menos ni siquiera ahora? Es de lo más frustrante, joder.

—No tienes por qué darme explicaciones —replico, esforzándome en sonar indiferente; juraría que no lo consigo—, tú y yo no tenemos ninguna relación. Lo dejaste muy claro ayer.

Mia frunce el ceño, confusa.

—Es cierto que no la tenemos —me deja cristalino, otra vez, y no puedo evitar que un resoplido fugaz y sardónico se escape de mis labios—, pero ¿podrías decirme cuándo exactamente te lo dejé claro ayer?

—No sé —contesto, encogiéndome de hombros, sin alzar la vista de la novela. Lo de seguir sonando desenfadado o, al menos, neutro, continúa en pie, pero sigo fracasando estrepitosamente —, quizá cuando elegiste irte con Cesc después de que te pidiera que te quedaras.

Ahora es Mia la que suspira, indignada.

—¿Y qué se suponía que debía hacer? ¿Caer rendida a sus pies, majestad? —me espeta, casi gritando.

—Claro que no —respondo como ella, dejando el libro a un lado y levantándome de un salto. Vaya, parece que lo de la indiferencia acaba de irse, oficialmente, al traste—, pero, después de lo que hablamos por teléfono, creía que las cosas entre nosotros habían cambiado.

Mia da un paso hacia mí, aún más molesta, con las manos cerradas en un puño con rabia junto a sus costados.

—Por teléfono —me recuerda, y su voz se llena con el mismo sentimiento que baña su cuerpo—, lo único que pasó es que por primera vez desde que me dejaste me explicaste por qué lo hiciste.

¿De verdad eso es lo único que fue capaz de ver?

—Te dije que te quería —rujo.

—Y yo nunca he dejado de hacerlo —prácticamente grita.

—¿Por eso te fuiste con él?

Estoy tan cabreado que no puedo pensar.

—Me fui con él porque quise hacerlo —sisea, alzando la barbilla—, porque tengo todo el derecho. Vino para estar conmigo y yo quería estar con él.

«Y yo quería estar con él.» Esa frase se queda rebotando en mi mente y la rabia se multiplica por mil.

—Me parece de puta madre, Mia —replico, molesto, dolido—. Espero que te divirtieras muchísimo.

—Lo hice —sentencia, herida como yo, y eso me parece la mayor locura de todas. ¿Por qué continuamos teniendo tanto poder sobre el otro? ¿Por qué seguimos dándonos la habilidad de hacernos daño?

—Genial —gruño.

—Genial —repite.

—Genial.

—¡Genial! —me espeta, dirigiéndose a la puerta principal, dispuesta a marcharse.

Yo me llevo las manos a las caderas. ¡Todo esto es una jodida estupidez!

—Dios —rujo de nuevo, llevando mi mirada al techo, buscando desahogarme sin ningún tipo de éxito—. Cesc solo es un chulo de mierda, ¿cómo es posible que no te des cuenta?

Mis palabras la detienen en seco a un par de pasos de la salida. Mia suelta una risa breve e irónica y se gira hacia mí.

—Puede ser —responde, desandando el camino— y, ¿sabes qué?, creo que eso es lo que te molesta en realidad, porque significa que ya no eres el único gallo del gallinero.

El dedo en el condenado centro de la llaga. Y si antes ha sido la rabia, ahora es el dolor el que se multiplica. No me importan absolutamente nada los gallineros, los gallos y las gallinas, pero no quiero que él esté en su vida, que marque la diferencia que antes marcaba yo.

—¿Ya te has acostado con él? —le pregunto, y sé que mis ojos están reflejando todo eso, todo el maldito dolor, la puta vulnerabilidad—. Te felicito por tus progresos, conmigo te costó un año dirigirme la palabra.

Mia no lo duda y me cruza la cara con el bofetón que me merezco. Yo giro el rostro, despacio, y atrapo su mirada y, joder, el corazón me cae destrozado a los pies. Le he hecho daño de nuevo y eso nunca me lo voy a perdonar.

—Me invitó a su hotel, pero, no, no me he acostado con él —me espeta con los ojos llenos de lágrimas, enfadada, dolida, decepcionada—, algo que claramente no es asunto tuyo. Ya te lo dije una vez, Nico. Yo no soy como tú.

—Mia… —susurro, con la voz ronca.

Pero ella no me deja decir nada, gira sobre sus talones y se va.

Yo la observo, aturdido, repasando toda la conversación a la velocidad de la luz, sintiendo cómo el mismo dolor se solidifica en mis venas.

Tengo que arreglarlo. Tengo que arreglarlo, hostias.

—¡Mia! —grito, corriendo tras ella.

No me pongo abrigo ni zapatos. ¿A quién coño le importa?

—Mia —la llamo de nuevo cuando solo me faltan unos pasos para alcanzarla, pero ella no se detiene—. Vamos a casa. Sigamos hablando.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar, Nico —responde sin detenerse.

—Mia —repito, cogiéndola del brazo, haciendo que se gire y se detenga—. No tendría que haber dicho eso.

—Claro que no —me espeta, zafándose de mí.

—Lo siento, ¿vale? —me disculpo, pero no suena a disculpa, porque yo también estoy enfadado, con ella, conmigo, con la puta situación.

—No, no me vale —replica, empujándome.

Pero yo no me muevo y aprovecho que ella sí para agarrarla de nuevo del brazo y estrecharla contra mí, y es un error, es un gigantesco error si quiero tener la mente clara aunque solo sea un maldito segundo. Nos quedamos muy cerca. Nuestros alientos se entremezclan. Mia cierra los ojos y estoy perdido, joder, y es lo que quiero, lo único que deseo, y la beso con fuerza.

En mitad de toda esta locura, Mia me devuelve el beso y la estrecho contra mi cuerpo y nos fundimos, joder, nos queremos con los labios, y el amor marca el camino que el deseo obedece. Ella es lo último en lo que pienso antes de dormirme, lo primero al despertarme, la echo de menos, y este beso es mi manera de ser feliz.

Al fin, lo entiendo, ella me hace perderme para que sepa dónde está mi hogar.

—Nico… —murmura, separándose suavemente de mí, apenas unos centímetros.

Dejo caer mi frente sobre la suya. No puedo separarme de ella, todavía no.

—He dejado a Alma —pronuncio las palabras antes de que cristalicen en mi mente.

Mia me mira a los ojos y, sin usar una sola palabra, nos decimos muchas cosas. Dibujo su rostro antes de volver a sus ojos castaños y, lentamente, vuelvo a inclinarme sobre ella, disfruto del momento, de la impaciencia, de todo el placer anticipado, y lo estiro para que dure horas, días, meses, porque ahora ella es mía, yo soy suyo y el mundo es de los dos.

La beso y toda la magia vuelve a estallar a nuestro alrededor.

Todos los miedos, las dudas, se esfuman o se hacen tan grandes que lo cubren todo hasta dejar de importar, y así, entre besos, con ella en mis brazos, con sus manos en mi pecho, comprendo otra de las verdades de mi vida: puede que con Mia me sienta vulnerable, pero es solo porque le está dando voz a mi corazón, y de ese órgano también nace todo lo que hace fuerte, lo que te da el valor de enfrentarte a todo, lo que te vuelve invencible.

Vamos hasta mi casa con el paso acelerado y, al mismo tiempo, comiéndonos a besos a cada metro, en el camino, en el porche; la llevo contra la pared del vestíbulo sin dejar de besarla. Nos detenemos en el salón, en las escaleras, para llegar entre sonrisas, risas y más besos, a mi habitación.

Cierro la puerta. Nos dejo caer en la cama. Todo lo que no sea su piel contra la mía me sobra,

pero todavía no quiero desnudarla, quiero que dure, joder, que este día, este momento, se transforme en una canción y suene y crezca y vuele y me permita volver a acariciarla cada vez que cierre los ojos.

—Iba a volverme loco si no volvía a tocarte —digo contra su boca.

Mis manos se deslizan por sus costados, se pierden en su cintura, en sus caderas; quiero dibujarla despacio, milímetro a milímetro.

Sus manos, nerviosas, me quitan el jersey, la camiseta. Yo la dejo hacer mientras las mías tatúan su piel con los dedos, mientras le beso la mandíbula, el cuello.

Quiero más. Más piel. Más besos. Más gemidos.

Me deshago de su abrigo, de toda su ropa, hasta dejarla en bragas y sujetador debajo de mí. Dos piezas de algodón que ni siquiera hacen juego, pero que no podrían ser más sexys sobre su piel, porque es ella, porque somos nosotros, porque el que dijo que lo cotidiano no tenía valor es el tío más estúpido de la historia, porque he besado cada rincón de este cuerpo un millón de veces y quiero hacerlo el resto de mi vida. Porque es ella. Porque es ella.

Porque es ella.

Me separo apenas unos centímetros y la contemplo debajo de mí y siento cómo mi mente, mi corazón y mi cuerpo vuelven a encontrar la paz; cómo el huracán se apaga y otro más grande, más bonito, mejor, se extiende, encendiendo todos los rincones de mi interior, que estaban a oscuras.

La miro. Quiero decirle tantas cosas que todas se agolpan por salir y solo sé besarla con pasión, tratando de demostrarle todo lo que significa para mí.

Mia desabrocha mis vaqueros y, deslizando los dedos bajo ellos, me los quita pausadamente junto a los bóxers, hasta liberar mi erección.

La rodea con la mano, una ola de placer me atraviesa de pies a cabeza y se me corta el aliento.

Abro el cajón de la mesita de noche con dedos atropellados, rebusco, veloz, hasta sacar un condón y me arrodillo entre sus piernas. Suelta un gemido cuando abro el envoltorio con los dientes bajo su atenta y excitada mirada y me lo coloco.

Vuelvo a contemplarla. Vuelvo a bebérmela poco a poco.

Hundo los dedos entre su piel y el elástico de las bragas y se las bajo lentamente, arañando el contorno de sus piernas.

Mia jadea, bajito, luchando por poder contenerse, deseándolo tanto como lo deseo yo.

Y ya no puedo más, quiero seguir jugando, pero tenerla desnuda, tenerla en mi cama, sentir cómo me mira, es demasiado para mí en todos los malditos sentidos y solo puedo…

Embestirla con fuerza.

Mia gime y su cuerpo se arquea contra el mío.

—Esto no ha hecho nada más que empezar, nena —le susurro, torturador, al oído.

Ella gime de nuevo y yo la tumbo brusco sobre la cama, agarrando sus muñecas por encima

de su cabeza, moviéndome duro, rápido, llegando más y más lejos, perdiéndonos a los dos en un laberinto de placer.

—No pares, por favor —me pide en un murmullo, con los ojos cerrados.

Y, joder, yo no pararía por nada del mundo.

Comienza a temblar suavemente, a susurrar mi nombre una y otra vez, y sé que es el momento de moverme de verdad para volverla completamente loca.

Salgo casi del todo para volver a entrar hasta el final.

—¡Nico! —grita.

Aprieto mis manos alrededor de sus muñecas. Giro las caderas y Mia se sumerge en un increíble orgasmo.

El espectáculo es tan alucinante que no tengo suficiente con verlo una sola vez. Aprieto los dientes. Acelero el ritmo y uno a uno los rescoldos de su placer se avivan.

Una embestida, dos, tres, y vuelve a correrse, iluminando mi vida, llevándome con ella al lugar donde vive todo el placer, consiguiendo que me derrame en su interior, porque el placer, el deseo y el amor acaban de aliarse para recordarme que Mia es la persona más importante de mi vida.

*

Salgo de ella con suavidad y los dos nos estremecemos con una sonrisa. Me dejo caer a su lado en mi cama de noventa y me deshago del preservativo.

—¿Estás bien? —le pregunto, aún con la respiración acelerada.

Ella asiente un número indefinido de veces.

—Creo que necesito pensar —contesta, respirando también caótica.

Sonrío. No sería mi chica si no lo hiciese.

—Lo entiendo —respondo, sincero.

Mia se levanta y, rápida, se envuelve en mi colcha. Yo alzo las caderas, aún sobre el colchón, para subirme los bóxers y los vaqueros, que me abrocho mientras salgo de la cama.

Me pongo la camiseta y el jersey, veloz. La miro y la visión me deja hechizado. El pelo rubio revuelto, la piel sonrojada y la mirada tímida, envuelta en la ropa de mi cama, observándome, desnudándome hasta el alma sin necesidad de usar las manos para leer en mí.

Hay razones que la razón no entiende y todas le pertenecen al corazón.

Nos quedamos así un tiempo indefinido, con los rayos de sol atravesando mi ventana, llenándolo todo de una preciosa luz dorada.

—Será mejor que… —me explico, señalando a mi espalda— te dé un poco de intimidad —digo al fin, girándome para que pueda vestirse.

Aunque pueda parecer una tontería después de lo que hemos hecho, la conozco y sé que así estará más cómoda.

—Ya —me avisa, y en su voz puedo notar lo nerviosa que está.

Me giro, despacio, y atrapo su mirada. Mia se mete el pelo detrás de las orejas y me dedica una sonrisa antes de bajar la cabeza, ruborizada. Por Dios, podría comérmela a besos otra vez ahora mismo.

—Voy a irme —anuncia.

Asiento y otra sonrisa vuelve a colarse en mis labios.

—Te acompaño abajo.

Caminamos hasta la puerta principal en silencio, prudentemente separados, pero no me importa; la tengo cerca y eso es lo único que necesito.

—Mis padres han llevado a mi abuela a Palma a hacer unos recados —me explica ya en el porche—. Aprovecharé para descansar y pensar —añade, y su nerviosismo se hace más evidente —. Nos vemos después.

Asiento, conteniendo una sonrisa.

Ella me devuelve el movimiento afirmativo con la cabeza.

—Adiós, Nico.

—Adiós, Mia.

Hace el ademán de girar sobre sus talones, pero acaba suspirando, tratando de tranquilizarse.

—Adiós —repite.

Es la cosa más adorable del mundo.

—Adiós.

Finalmente, se gira y empieza a caminar.

—Mia —la llamo cuando solo se ha alejado un paso.

Ella se da media vuelta y yo, tomándola por sorpresa, recorro la distancia que nos separa y la beso con fuerza, agarrando su cara entre mis manos, solo para ponerle más… fácil eso de pensar.

Me separo, pero Mia sigue con los ojos cerrados, completamente prendada del beso.

—Nos vemos después —le recuerdo, torturador.

Mis palabras la hacen salir de su ensoñación.

—Claro —responde, obligándose a recomponerse y a continuar su camino.

No dejo de mirarla hasta que entra en su casa y el imbécil de mi interior y yo estamos de acuerdo: la seguiríamos hasta allí y a cualquier lugar donde quisiese ir.

Entro en casa y, con la sonrisa más tonta del planeta en la cara, voy hasta la cocina, abro la nevera y me sirvo un vaso de zumo.

Estoy dando el primer sorbo, apoyado en la encimera, todavía descalzo, cuando oigo un par de pies bajar las escaleras y, un par de segundos después, mi hermano entra en la cocina.

—Me sorprende —comenta Fer, dirigiéndose a la nevera y sacando el *brik* del que acabo de servirme.

Frunzo el ceño, confuso.

—¿El qué? —pregunto.

Mi hermano se lleva el zumo directamente a los labios, pasando de servirse en un vaso, y yo me alegro de haber llegado antes a la nevera.

—Las quejas que tiene la gente de los muebles de Ikea —responde en clara referencia a lo que acaba de pasar con Mia en mi habitación—. Son muy resistentes.

Enarca las cejas con sorna y yo murmuro un «Cabrón» entre dientes. A pesar de todo, no me arrepiento, ni siquiera ahora que el garrulo de mi hermano lo utiliza para sacarme los colores.

—Nico… —continúa, y sé que las bromas se han terminado.

—Ya lo sé —lo interrumpo—. No necesito que digas nada.

—Pues yo creo que sí.

—Es Mia, Fer —suelto, y sé que sabe hasta qué punto mis palabras, aunque parezcan obvias, simples y pequeñitas, están llenas de sinceridad y de todo lo que me impulsa, como si fuera un maldito cohete—. No sé no tenerla cerca.

—¿Tú la quieres?

—Claro que sí —respondo sin dudar.

—Pues demuéstraselo, y no solo ahora para convencerla de que vuelva contigo. Hazlo todos los días, con cada gesto, con cada idea. Si lo haces, te puedo garantizar que todo lo demás se arreglará solo.

Sonrío. Es un auténtico gañán, pero a veces da unos consejos de lo más interesantes.

—¿Ese es tu secreto para que Sara siga soportándote? —planteo, socarrón.

—Por supuesto —responde tras beberse el equivalente a un vaso de un solo trago—, y este cuerpo para el pecado —añade, dándose un azote en el culo.

Una imagen que prefería haberme ahorrado.

—Eres lo peor —me quejo.

Fer empieza a caminar hacia a la puerta y yo vuelvo a sumergirme en mis pensamientos, en todo lo que ha dicho, en todo lo que he sentido solo por tener a Mia así de cerca.

—Nico.

—*Quoi?* —respondo en francés sin darme cuenta de que lo hago en ese idioma.

—«Cua» hacen los patitos, gilipollas —se burla.

En contra de mi voluntad, sonrío. A pesar de todo, no puedo evitar que me haga gracia.

—¿Qué quieres, capullo? —pregunto.

Fer da un largo suspiro sin levantar los ojos de mí, y comprendo que ya no estamos jugando, que ni siquiera somos hermano mayor y hermano pequeño, sino dos personas que se quieren y se preocupan por la otra, de verdad.

—No seas como papá —me pide—. Haz las cosas bien.

Le mantengo la mirada, notando cómo esas palabras van saturando uno a uno todos los músculos de mi cuerpo. Tiene razón. El daño que nos hizo va a convivir con nosotros para siempre, sería demasiado inconsciente y demasiado egoísta no aprender de esos errores, aunque no fueran nuestros.

—Te lo prometo —le aseguro.

Fer asiente y una sutil y suave sonrisa se apodera de sus labios, orgulloso de mi respuesta.

*

Un par de horas después ya no puedo más. Necesito verla, hablar con ella. Salgo poniéndome el abrigo y sonrío como un idiota cuando veo a Mia salir de casa de su abuela en dirección a la mía, con la mirada clavada en sus propias manos, que mueve suavemente al tiempo que vocaliza algo muy bajito, como si estuviese recordándose a sí misma lo que debe hacer o decir.

Sin embargo, a los pocos metros, parece arrepentirse y da media vuelta, para, después de un par de pasos, cabecear y girarse de nuevo, nerviosa, sin dejar de farfullar.

Mi sonrisa se ensancha, sin poder levantar los ojos de ella. Mia al fin alza la cabeza, me ve y mi sonrisa se cuela en sus labios.

No necesito intercambiar una sola palabra con ella para saber que las ganas de correr el uno hacia el otro son completamente mutuas. Ni siquiera somos conscientes de los ruidos a nuestro alrededor, pero, cuando una berlina negra se detiene frente a la casa de Mia, una mecha imaginaria se prende en mi interior, porque es un Uber y ya sé quién hay dentro.

Cesc no pinta nada aquí. Miro a Mia, que observa el coche con inquietud. Doy un paso adelante, dispuesto a decirle a ese gilipollas que puede largarse por donde ha venido.

Es hora de aclarar toda esta situación.

Solo que no es Cesc.

23

Nico

Alma se baja del coche, observa a su alrededor y, en cuanto se topa conmigo, sale disparada y se cuelga de mi cuello, abrazándome con fuerza. En ese mismo segundo busco a Mia con la mirada. Ella ya tiene sus preciosos ojos castaños posados en mí, en Alma. En un solo instante, la sonrisa se le borra de golpe y su mirada se llena de lágrimas.

Joder. Joder. ¡Joder!

—Estaba tan preocupada por ti —dice Alma, sin soltarse.

Tengo que hablar con Mia.

—Estoy bien —replico, alejándome de ella.

—Es obvio que no —contesta—, por qué, si no, de qué ibas a quedarte aquí —concluye, echando un nuevo vistazo a su alrededor— pudiendo volver a Madrid.

Tengo que hablar con Mia ya.

—Espérame dentro —le pido.

Ella asiente.

—Estoy agotada del viaje —me explica.

No se me pasa por alto el detalle de que no ha preguntado por mi madre, pero, francamente, tengo otras cosas más urgentes en las que centrarme.

Ni siquiera espero a que Alma cierre la puerta de mi casa cuando salgo corriendo hacia la de Mia.

Agarro el pomo, rezando por que no haya cerrado con llave, e irrumpo en el salón con el andar acelerado. Sé que sus padres y su abuela no están, y me alegro, aunque tampoco me habrían impedido encontrarla. No puedo dejarla pensando todo lo que está pensando ahora mismo.

Está al otro lado de la sala, todavía con el abrigo puesto, dando pequeños paseos como si fuera una ratoncita encerrada en un laberinto… nerviosa, triste, herida, y todo es culpa mía.

—Mia, tenemos que hablar —le pido, dando un paso hacia ella.

Solo quiero consolarla.

—No se te ocurra volver a acercarte —me advierte, señalándome con el índice, con el tono endurecido por el enfado y quebrado por el llanto al mismo tiempo. Tengo que cuidar de ella—. Hablo en serio, Nico. Si lo haces, hablaré con Alma y se lo contaré todo.

—¡Hazlo! —replico, casi desesperado.

«No me importa absolutamente nada que no seas tú.»

—¿Qué? —murmura, confusa.

—Mia, yo… —No sé cómo seguir. Tengo que reordenar las ideas en mi cabeza. Pedirle perdón, explicárselo todo, decirle que la quiero, que estoy loco por ella, que la necesito de más maneras de las que ni siquiera puedo poner en palabras.

Mia me mira sin poder creerse lo que tiene delante, a mí.

—Nico, te has convertido en una persona horrible —sentencia.

Y el mundo entero se abre a mis pies, porque no lo pronuncia dolida, no habla desde el rencor, ni siquiera lo ha hecho para hacerme daño, no quiere tenerme cerca.

«No seas como papá»; las palabras de Fer rebotan en mi cabeza.

—Mia…

—Márchate —me pide—. No quiero volver a verte nunca.

No. Las cosas no pueden acabar así.

—Mia… —la llamo de nuevo.

—Ahora.

Me mira a los ojos mientras pronuncia esa única palabra y, como siempre ha pasado entre nosotros, soy capaz de ver que está rota por dentro, destrozada como yo, y automáticamente la idea de quedarme aquí hasta que me escuche, hasta que me perdone, se desvanece. He vuelto a hacerle daño.

—Lo siento —pronuncio, rezando otra vez, en esta ocasión para que sepa que no podría ser más verdad.

No digo nada más y salgo de su casa.

En la calle, el aire parece más frío, más desangelado; simplemente, peor.

—Alma —la llamo en cuanto pongo los pies de vuelta en mi salón.

Está mirando la estantería de libros de mi madre, con la nariz arrugada porque no le gusta lo que ve.

—Tengo algo que hablar contigo —continúo.

—Estos libros son horrendos —indica con vehemencia—. La próxima vez que venga, te traeré cosas que realmente valgan la pena.

Da un paso hacia mí, pero, cuando se dispone a abrazarme, levanto suavemente las manos, frenándola.

—Esto se ha acabado —suelto, sin darle más vueltas.

Y, en realidad, es una frase equivocada, porque nunca debió empezar.

Ella frunce el ceño e inmediatamente sonríe, como si le estuviese gastando una broma.

—No, Nico Arranz —replica con voz melosa—. Tú y yo somos especiales.

Otra vez esa maldita frase, otra vez solo palabras vacías que suenan bonito pero que no significan nada.

—¿Por qué? ¿Por qué lo somos? —inquiero, hastiado de que solo sea fachada; de sus

rabietas; de que le importe más un cuadro que la gente solo porque alguien en alguna revista de moda para los que no siguen la moda dijo que era extraordinario—. Tú y yo no encajamos en ningún sentido.

—¿Y por qué hay que encajar?

—Porque en eso consiste toda esta maldita historia —argumento con énfasis, enfadado por haber sido tan jodidamente estúpido desde que puse los pies por primera vez en esa librería—, en que nos complementemos, nos hagamos mejores, Alma.

Guardo un segundo de silencio y trato de pensar. Estoy pagando con ella todo mi cabreo y eso no es justo; el único gilipollas que metió la pata hasta el fondo soy yo.

—Me comporté como un niñato —me sincero—. Le eché a Mia la culpa de todo lo que iba mal en mi vida porque era lo más sencillo, y me dejé llevar contigo porque era algo nuevo y emocionante.

—Todavía puede ser emocionante.

—Pero es que yo quiero que sea real, que me llene por dentro, Alma.

Ella asiente y se cruza de brazos. La conozco lo suficiente como para saber que ha decidido ponerse a la defensiva.

—¿Y Mia te llena por dentro?

—No hables de ella —le advierto.

Mia está fuera de esta conversación.

—Otra vez defendiéndola, siempre defendiéndola. Tú, Cesc. ¿Acaso va a romperse? —me increpa—. La dejaste, ¿por qué no puede superarlo de una vez? Solo es una mosquita muerta, que va de tímida e inocente cuando no tiene nada de ninguna de las dos cosas.

—Cállate —le paro los pies—. No tienes ningún derecho a hablar de ella y no voy a permitirte que lo hagas.

Alma sonríe, sarcástica y fugaz.

—Tienes razón, quizá yo no la conozca, pero ¿sabes quién lo hace? Cesc —se autorresponde—, y en más de un sentido —añade con malicia—. Ayer se acostaron en el hotel de Palma donde está alojado.

Yo esbozo una sonrisa macarra, suficiente y arrogante, todo a la vez.

Ha hecho lo único que podía conseguir que dejase de tenerle empatía por lo que está pasando.

—Ya puedes marcharte —le dejo claro sin levantar mis ojos de los suyos, demostrándole que no hay una sola posibilidad de que dé marcha atrás.

—¿No te importa que esté acostándose con otro mientras tú estás aquí luchando por ella?

—Lo que me importa es la confianza, y yo pondría la mano en el fuego por ella. Mia no se acostó con Cesc, y no necesito pruebas ni contrastarlo ni nada por el estilo. Ella me ha contado que no lo hizo y yo no necesito nada más. Solo estás mintiendo.

—Vas a arrepentirte.

—No —contesto, con una seguridad aplastante.

Hago todo esto por Mia y por mí, no por volver con ella. Parte de crecer es ser sincero con uno mismo e, independientemente de que consiga salvar mi relación con Mia, no puedo estar con alguien a quien no quiero.

—No se te ocurra volver a buscarme —me advierte.

«No lo haré», pienso, pero no lo verbalizo porque creo que solo le haría más daño.

—Espero que seas muy feliz, Alma —me despido.

—Yo no os deseo lo mismo a ninguno de los dos.

Asiento y observo cómo sale, con el paso acelerado e indignado, de mi casa. Diría que aguanto el golpe, pero solo estaría mintiendo, porque no es así. Lo que acaba de ocurrir aquí es que he puesto cada cosa en su lugar.

*

Intento hablar con Mia. Voy a su casa, pero no hay nadie. La llamo, pero no me coge el teléfono. Le escribo mensajes, emails. Le explico que ya había tomado la decisión de terminar con Alma, pero que no quería hacerlo por teléfono. Le cuento también todos los planes, la idea de demostrarle que podemos estar juntos. No sirve de nada. Nunca responde.

*

Ha pasado una semana desde que Mia se marchó.

Mis pies se hunden en la tierra mojada. Hace frío y ha estado lloviendo los dos últimos días. Me encanta el olor que se queda en el ambiente después de llover, y en la arboleda parece hacerse aún más intenso, como si cada árbol lo conservara solo para regalárselo después a las personas que vienen a verlos.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Con el cuarto, salta el contestador. Siempre salta.

—Hola, nena —digo.

Guardo un estúpido segundo de silencio, como si acabásemos de trasladarnos a los ochenta y su móvil se hubiese transformado en uno de esos viejos teléfonos con contestador que podías descolgar y responder a mitad de mensaje. «Nico, estaba en la ducha y he salido corriendo, creía que no llegaba a tiempo…» A veces creo que me estoy volviendo loco, que todo esto no es más que una idiotez que no va a llevarme a ningún lado, que Mia ya me ha dejado atrás.

—Este es el mensaje número treinta y dos que te dejo. Treinta y dos —repito con una sonrisa —; empieza a sonar un poco espeluznante, soy consciente de ello, solo espero que también seas capaz de verle el lado romántico y te quedes con eso.

Otro momento de silencio.

—No sé si estás escuchando estos mensajes o directamente los borras, pero tengo que seguir

intentándolo. No puedo rendirme. No puedo hacerlo si quien está al otro lado eres tú.

La luz se filtra, clandestina, entre los árboles, y un montón de recuerdos me sacuden.

—Estoy en la arboleda y acabo de acordarme del día que estuvimos aquí después de que discutieras con tus padres. Recuerdo todas las cosas que nos dijimos con palabras y todas las que nos callamos porque eran demasiado nuestras y estaban demasiado adentro. Yo tendría que haberte dicho que te quería, habértelo dicho todos los putos días, en realidad. Nena, lo siento. Siento no haber dejado antes a Alma, siento haber tenido algo con ella, siento haberme equivocado y, sobre todo, siento haber sido tan estúpido de necesitar que todo esto ocurriese para darme cuenta de que contigo no estaba perdido, que tú eres mi camino a casa. Te quiero.

Cuelgo y me separo el teléfono de la oreja con los dientes apretados y los ojos llenos de las lágrimas que no me permito llorar. Odio toda esta maldita situación. Odio no poder liarme a golpes para escapar. Odio que ella no esté a mi lado y nada se puede comparar con toda esa rabia ni con todo ese dolor.

*

Otra semana después, con otros veintinueve mensajes y ninguna respuesta, por fin tengo una buena noticia: hoy, en la revisión en el hospital, le han dicho a mi madre que oficialmente está fuera de peligro. Tendrá que seguir llevando una vida sana y tranquila, con cero estrés y ningún esfuerzo, pero ahora no queda ni la más mínima duda de que va a salir de esta como la campeona que es.

Esa gran noticia significa que puedo volver a Madrid, que puedo ir a buscar a Mia.

Cuando me despido de mi madre, me pide un último abrazo, que no es más que una excusa para decirme al oído «Tráela de vuelta, hijo». Al separarnos, me coge de la barbilla y me guiña un ojo. La sorpresa me gana la partida en un primer momento, no me esperaba esa última frase guion consejo guion amenaza, pero apenas un segundo después solo sirve para que me rearme sobre mí mismo. No voy a rendirme. Mia es mi vida y mi hogar.

De vuelta en Madrid, el primer paso está claro: recuperar mis cosas. Me aseguro de que Alma no está en su casa y utilizo las llaves por última vez para entrar. Es curioso, pero, a pesar de vivir aquí, nunca la llamé «mi casa» o, simplemente, «casa». Nunca la sentí así.

Por suerte, no tenía muchas cosas aquí y ni siquiera llegué a sacarlas todas de mi maleta, así que, en menos de una hora, lo tengo todo recogido. Antes de irme, dejo las llaves sobre la mesa y miro a mi alrededor. Lo difícil de crecer es encontrar tu sitio en el mundo, en todos los sentidos, no solo lo que se refiere a cuatro paredes; hablo de tu gente, de lo que quieres hacer con tu vida, de dónde sientes que sumas, y, definitivamente, este no lo era.

Pillo un taxi y me planto en Carabanchel Bajo. Pago la carrera y subo, con la bolsa al hombro y la maleta en la otra mano, hasta un piso muy concreto, de una planta muy concreta, de un edificio muy concreto.

—Hola —me saluda Marcelo, disimulando su sorpresa al verme en su rellano, apoyando la mejilla en el canto de la puerta—. ¿Qué tal está tu madre?

Asiento.

—Está bien.

Marcelo me devuelve el gesto, alegrándose de veras por mi familia y por mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, tratando de mantener las distancias una vez que se ha acabado el paréntesis por la salud de mi madre.

¿Volvimos a ser amigos después de que rompiese con Mia? Sí. ¿Nuestra relación siguió en el mismo punto? No. Al terminar con ella, rompí el ecosistema perfecto que habíamos creado entre Marcelo, Rebe, Lucas, Mia y yo. No solo le hice daño a ella, porque, aunque pueda parecer ridículo, no solo la dejé a ella, dejé nuestra historia y eso incluía a nuestros amigos.

—Me preguntaba si George Michael y tú seguís teniendo una habitación libre para mí.

—¿Qué ha pasado en el reino de los hípsters más allá del muro? —pregunta, melodramático, como si Madrid fuera los Siete Reinos de «Juego de tronos».

—Que no es mi sitio —contesto sin dudar.

—¿Y con Alma?

—Que no es la chica de mi vida.

Marcelo tuerce los labios sin levantar los ojos de mí. Sé que mis respuestas le han gustado y que era lo que quería escuchar, aunque ninguna de ellas ha estado motivada por ello. He sido sincero al cien por cien.

—Bienvenido —sentencia al fin, haciéndose a un lado con la puerta.

Sonrío, me echo la bolsa al hombro con una mano, cojo la maleta con la otra y entro.

—Lo hemos echado de menos, majestad —añade con una sonrisa, cerrando a mi paso.

Me giro hacia él y las sonrisas de los dos se hacen más grandes.

Yo también.

*

Con el punto uno solucionado, decido que ya es hora de hacer lo que deseo hacer con toda el alma. Dejo mis cosas en mi habitación y, sin darme tiempo siquiera a quitarme el abrigo, voy a buscar a Mia.

Llevo dos semanas sin verla y me muero de ganas, pero, más que eso, necesito que entienda que fue un error, que fui un gilipollas y que todo lo que sentimos en mi casa, en Banyalbufar, al estar juntos de nuevo, fue real, en todos los sentidos.

Me detengo delante de nuestro edificio y toda la emoción se hace más latente, casi tangible. De pronto caigo en la cuenta de que nunca dejé de decir «nuestro edificio», «nuestra casa»; nunca dejé de llamar a Mia «mi chica», y sé que debería enfadarme o, al menos, parecerme extraño, pero no lo hace… Siempre ha sido mi chica porque nunca he dejado de quererla.

Llamo al timbre y doy una bocanada de aire. Estoy nervioso, impaciente, expectante.

No ha pasado un minuto cuando oigo ruido al otro lado de la puerta. Mia abre con la sonrisa preparada y mi maldito mundo se desvanece a sus pies. Al verme, su expresión se llena de sorpresa y también de confusión, pero, entre todos esos sentimientos, sus ojos brillan, como si una parte de ella se alegrase de verme aquí y algo en mi interior se agita, contento.

No dice nada, solo se hace a un lado con la puerta y los dos entramos.

No voy a rendirme.

24

Mia

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, deteniéndome en el centro del salón, dejando una distancia entre los dos. Necesito esa distancia para poder pensar con claridad.

Sesenta y un mensajes de voz. Los he escuchado cada noche hasta quedarme dormida una y otra vez. Me los he aprendido de memoria mientras mi sentido común intentaba convencer a mi corazón de que tenía que aprender a vivir sin él… y ahora está aquí, delante de mí.

—He venido a buscarte —contesta sin rodeos.

Mi corazón da un brinco, pero me obligo a mantenerlo a raya.

Está tan guapo que duele, haciéndome sentir tantas cosas… Si de verdad quiero que esto de la distancia tenga una mísera posibilidad de funcionar, debería coger un barco y mudarme, no sé, a Madagascar.

Ha venido a buscarme.

Siento cómo mis ojos se iluminan sin que pueda contenerme. Cabeceo. No puedo ponérselo tan fácil. Me mintió. Estoy enfadada. Tengo que estarlo.

—Es mejor que te vayas, Nico —le digo.

—Mia, tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que hablar.

Nico me mantiene la mirada, como si ya contase con la idea de que no iba a ser tan sencillo, pero, aun así, tuviese claro que no va a rendirse.

—Te he enviado más de sesenta mensajes explicándotelo…

—No he escuchado ninguno —lo interrumpo, tratando de sonar indiferente.

Creo que nada me había costado más. Esos mensajes han sido como tenerlo cerca de nuevo y no quiero desprenderme de ellos jamás.

Nico trata de leer mi reacción, de saber si estoy mintiendo, y yo me esfuerzo sobremanera en que no lo consiga. Tengo que ser fuerte.

—Si tengo que explicártelo otra vez, cara a cara, lo haré, no me importa —anuncia sin dudar —. La jodí, Mia.

Quiero seguir pareciendo inmune a él, pero es demasiado difícil. Esa única frase, esas tres palabras, significan demasiado, y me muerdo el labio inferior, conteniendo palabras, sonrisas, lágrimas. Se equivocó y dolió y yo tengo demasiado miedo de volver a sufrir.

—Cometí el peor error de mi vida y durante mucho tiempo pensé que no podía dar marcha

atrás, que no podía acercarme a ti, pero después me di cuenta de que podía arreglarlo, demostrarte que puedo ser el hombre que tú te mereces.

—Me mentiste —le espeto con ira, porque recordarlo duele tanto como dolió vivirlo.

Aquel día en Banyalbufar, estaba dispuesta a volver a saltar al vacío por él y, de pronto, apareció esa berlina negra, Alma se bajó de ella y todo estalló en pedazos.

—Ya había decidido dejar a Alma, solo que no quería hacerlo por teléfono.

—Eso no es excusa. Seguías con ella y me besaste. ¡Nos acostamos, Nico!

Todo volvió a llenarse de magia y todo volvió a escurrírsenos entre los dedos.

—Lo sé y lo siento —replica, tan sincero que duele—, y por eso estoy aquí, delante de ti, con todo lo que soy, porque quiero disculparme y que me perdones.

Le mantengo la mirada y un millón de emociones diferentes cruzan la suya, la mía. Sigo enfadada, no me puedo permitir no estarlo, triste, ¿cómo demonios no iba a ser así?, pero también me siento abrumada, confusa con el amor luchando a destajo contra todo lo demás.

Y eso precisamente reflejan sus ojos azules, la rabia, la impotencia, la frustración, pero, sobre todo, el amor.

El amor puede con todo.

Nico da un paso hacia mí. Solo puedo desear que tome mi cara entre sus manos y me bese con fuerza, que estemos así para siempre, pero no puedo volver a confiar a ciegas. Soy incapaz.

Aparto la mirada y me alejo, poniendo entre los dos de nuevo un puñado de metros.

—Ya da igual —murmuro, con la voz apagada—. Todo esto llega demasiado tarde.

«No —me dice mi corazón—. No, por favor, no te rindas.»

—¿Por qué?

No contesto. No puedo. No quiero. No sé. Empiezo a moverme por el salón fingiendo que lo ordeno, solo que ya está ordenado. Necesito tener las manos ocupadas, hacer cualquier otra cosa que no sea tenerlo frente a mí, una prueba de que aún es el único capaz de acelerar mi respiración.

—Mia —me llama.

No respondo.

—Mia —repite, y su voz suena todavía más malhumorada, más impaciente.

No puedo más. Estoy al límite.

—Contéstame —ruge.

—¡Es por Cesc! —grito.

Esas tres palabras nos dejan inmovilizados a los dos, quietos, callados, mirándonos. El hilo rojo brilla con intensidad, luchando desesperadamente por no romperse.

—¿Estás con él? —inquiere, y su voz baja, ronca, hasta volverse casi un susurro.

—No —respondo, veloz. No. No. No—, pero, no sé si quiero intentarlo.

—¿Te has acostado con ese tío?

La rabia se multiplica. No tiene ningún derecho a preguntarme eso.

—¿Y a ti qué te importa si lo he hecho? —le rebato, furiosa—. No es asunto tuyo. Tú me dejaste.

Y dolió. Duele cada día.

—No puedes irte con ese tío.

—Sí que puedo, y es lo que pienso hacer.

—Mia… —me advierte.

—Puedo hacer lo que quiera —le advierto yo.

Por mí podemos pelear toda la noche, toda la semana, todo el año. Nadie va a decidir por mí. Nadie va a decirme lo que tengo que hacer.

En ese preciso momento mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa y el nombre de Cesc se ilumina en la pantalla. Los dos lo vemos a la vez. Tomándome por sorpresa, con la impulsividad y el instinto puro por bandera, Nico coge mi teléfono antes de que lo haga yo y lo lanza por la pequeña ventana de la cocina. El sonido al estrellarse contra las losas viejas y descascarilladas resuena por todo el patio.

Abro la boca, con una mezcla de indignación y sorpresa, incapaz de creerme lo que acabo de ver. ¡Ha perdido el maldito juicio ¡Y no pienso consentírselo!

No lo dudo y, por segunda vez en dos semanas, le suelto un bofetón.

Nico gira la cabeza, despacio, con la respiración entrecortada, y todo parece crecer entre los dos, lo bueno, lo malo y lo que nos hace ser nosotros, como si la intensidad siempre fuese a dominarlo todo, como si solo supiésemos querernos u odiarnos, pero siempre lo hiciésemos con todo el corazón.

—Puedes tirar mi móvil por la ventana todas las veces que quieras —le espeto con furia, dolida, demasiado cabreada como para pensar en nada más. Quiero seguir odiándolo y voy a conseguirlo—. Pueden acabarse los móviles en el maldito mundo que yo voy a salir, voy a reírme, voy a divertirme, y espero que llegue el momento en el que quiera acostarme con alguien, y enamorarme y dejar de quererte, porque eso es lo único que quiero: dejar de quererte, Nico.

—Si quieres dejar de quererme es porque todavía lo haces.

Nunca, nada, había sido tan de verdad.

—Sí, y supongo que esa es la diferencia entre tú y yo. La única idiota que sigue enamorada de alguien que no se lo merece soy yo, pero te prometo que va a acabarse —le aseguro, repleta de determinación—. Va a llegar el día en el que te mire y ya no sienta nada, te lo juro, y ahora fuera de mi casa.

La rabia late entre los dos como si fuera un condenado volcán y el amor y el deseo y las ganas de tocarnos y todo se entremezcla hasta llegar al punto en el que no sabes qué emoción perseguir.

Nos miramos un segundo e, impulsado por todo lo que estamos sintiendo, gira sobre sus talones y sale de nuestra casa.

Cuando la puerta se cierra, doy una larga bocanada de aire, tratando de calmarme y dejar las

lágrimas al margen. He tomado la única decisión que podía permitirme tomar. Tengo que seguir enfadada. Es lo mejor… aunque claramente mi corazón no esté de acuerdo.

*

Como siempre, decido que lo mejor es estar ocupada, seguir adelante. Me doy una ducha y me preparo para salir.

Más o menos dos horas después, estoy en la puerta de un local de Huertas con Cesc. Cuando regresé de Palma, no me apetecía ver a nadie, pero él insistió hasta que acepté un café y, desde entonces, nos hemos visto todos los días.

No puedo parar de pensar que debería dejar de darle vueltas y quedarme con Cesc, pero mi corazón está ahí para recordarme que eso implicaría olvidarme de Nico… y todo se vuelve gris y complicado. Las cosas serían más fáciles si pudiese olvidarme de él, de París, de Banyalbufar, de las noches de San Juan y todo lo que vivimos juntos, pero soy incapaz.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta.

La música retumba con garra. No me suena de nada, pero la pista de baile está llena de brazos en el aire, disfrutándola a tope.

—No lo sé —contesto, encogiéndome de hombros. Esto empieza a ser preocupante. Soy la única chica de veinticinco años que no sabe cómo le gustan los cubatas—. Sorpréndeme —añado con una sonrisa.

Cesc me la devuelve y se infiltra en la barra, dispuesto a buscar un hueco y poder pedir.

Empiezo a mover la cabeza al ritmo de la música mirando a mi alrededor. Todo está de bote en bote y todos parecen pasarlo realmente bien. Sonrío. El sitio es una pasada. Pero, entonces, la canción termina y los primeros acordes de la siguiente empiezan a sonar. Tuerzo el gesto cuando la reconozco: es *Ça plane pour moi*, de Plastic Bertrand, una de mis favoritas. Al principio de vivir en París, nuestro vecino de abajo la escuchaba a todas horas. Ese tema me ponía de buen humor solo con oír los primeras notas y la bailaba por toda la buhardilla, inventándome la letra.

Un día nuestro vecino se mudó y me quedé sin mi particular DJ. Echaba de menos oírla, pero ni siquiera sabía cómo se llamaba para buscarla en Spotify.

Dos días después, estaba en la cama cuando *Ça plane pour moi* empezó a sonar en el salón. Salí con una sonrisa, prácticamente corriendo. Nico me esperaba en el centro de la estancia con el mismo gesto en los labios, sexy y macarra, mi sonrisa preferida. Había averiguado dónde se había trasladado nuestro vecino, había ido a buscarlo y le había preguntado cuál era la canción. Todo, para que pudiera seguir bailando y cantando en nuestra buhardilla.

Con Nico siempre me sentí la chica más especial del mundo.

—Aquí tienes —dice Cesc, tendiéndome una copa.

Sonrío, saliendo de mi maravillosa ensoñación de buhardillas parisinas. El tema ha acabado y ni siquiera me había dado cuenta.

—Gracias —me obligo a reaccionar, aceptando el vaso; ni siquiera sé decir qué es, solo que es naranja.

—¿Qué tal te ha ido el día? —me pregunta.

—Bien —decido mentir. Mentir es mejor que hablar de todo lo que ha pasado—. ¿Y a ti? —desvío rápidamente la atención.

—Un asco —responde con una sonrisa—, pero nos vamos apañando.

Le devuelvo la sonrisa. Cesc es un tío increíble. ¿Por qué no puedo enamorarme de él?

—Mia, ¿ha pasado algo? —inquiere.

Supongo que no disimulo de una manera tan genial como pensaba. Suspiro.

—La verdad es que sí.

Cesc frunce el ceño, tratando de estudiarme.

—¿Qué ocurre, Mia?

Toca ser sincera.

—Nico ha vuelto —anuncio.

Y, a pesar de la música, del centenar de personas, de las luces cambiando de color una y otra vez, Cesc me oye a la perfección y soy capaz de ver cómo su expresión cambia en una sola décima de segundo.

—¿Y qué significa eso? —La preocupación y, en gran parte, el enfado inundan su voz.

—No lo sé.

—Mia… —protesta, cabeceando.

Me siento horriblemente mal.

—Lo siento, de verdad, Cesc, pero no lo sé, no sé cómo sentirme.

—Mia, ¿tú quieres estar conmigo? —prácticamente me interrumpe, dando un paso hacia mí.

Yo dudo y, por el amor de Dios, ¡no debería dudar! ¡Debería tenerlo claro! ¡Cesc es lo mejor para mí!

—¿Quieres estar con Nico? —reformula su propia pregunta al ver que no contesto.

—No lo sé.

Cesc me mantiene la mirada y, finalmente, cabecea de nuevo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? —plantea.

—Eso tampoco lo sé.

—Mia, tú me gustas —pronuncia Cesc con una seguridad absoluta—, lo sabes, y sé que te prometí que te esperaría, pero no puedo hacerlo, no así, no si él va a estar poniendo las cosas difíciles.

—Cesc…

—Es muy sencillo —me frena, enmarcando mi cara entre sus manos—: tienes que elegir entre Nico y yo.

Lo miro a los ojos. Me gustaría tener otra cosa que decir, pero no puedo.

—Necesito más tiempo —prácticamente le suplico.

Cesc dibuja mi rostro con sus ojos, los posa un instante de más en mis labios y sube de nuevo hasta unir nuestras miradas.

—Pues yo no puedo dártelo —sentencia.

No me da oportunidad a replicar nada. Desliza sus manos por mis mejillas hasta apartarlas del todo, da un paso atrás y, definitivamente, se marcha.

El siguiente puñado de segundos soy incapaz de reaccionar mientras la música sigue sonando, mientras todos siguen bailando.

No me he sentido más frustrada, más enfadada, en toda mi vida. Quiero elegir a Cesc, pero mi corazón se niega a colaborar.

*

Trato de distraerme, de terminarme la copa, de seguir bailando, pero todo resulta inútil y regreso a casa dando un paseo.

Acabo de dejar a un lado la estación de metro de La Latina cuando algo llama mi atención. Frunzo el ceño, curiosa, y doy un paso más hacia lo que parece…. ¿el Sacré Cœur?, el Sacré Cœur pintado con tiza blanca en mitad del suelo de la pequeña plaza.

Sonrío como una idiota, sin poder encontrarle una explicación, y miro a mi alrededor, tratando de encontrar al dueño del dibujo. Es rudimentario, pero muy bonito; el dibujo de alguien que, aunque no pueda ganarse la vida diseñando, se ha pasado horas y horas mirando ese precioso edificio y ahora podría pintarlo con los ojos cerrados porque lo hace desde el corazón.

Sigo andando y, con el primer paso, me doy cuenta de que el Arco del Triunfo de París está pintado en la fachada del Teatro La Latina, también con tiza blanca y mucho cuidado de no estropear la propia fachada del edificio.

—Pero ¿qué es esto? —musito, con una sonrisa aún mayor.

Con la curiosidad por las nubes y sin poder dejar de sonreír, continúo caminando en dirección a casa para toparme con la catedral de Notre Dame en la siguiente fachada. Mi sonrisa se apaga un poco y, suavemente, sin borrar la tiza, repaso el contorno de una de las torres con los dedos. Todavía puedo recordar el incendio que sufrió. Fue muy triste, pero estoy segura de que muy pronto resurgirá, preciosa y perfecta, en el cielo de París.

Continúo andando; en la acera de enfrente, la entrada del mercado de la Cebada está custodiada por la Ópera Garnier y el Moulin Rouge.

Un poco más adelante, las pirámides del Louvre, los Campos Elíseos, los Jardines del Trocadero y, entonces, al llegar a mi edificio, la veo, alta y esbelta junto a la puerta, como si fuera una fotografía hecha con tinta blanca: la Torre Eiffel, mi monumento favorito de todo París.

Vuelvo a mirar a mi alrededor. ¿Quién ha hecho todo esto? No puede ser casualidad. Tiene que haber un motivo.

—Mia —me llama a mi espalda.

Y podría reconocer esa voz en cualquier parte.

Me giro y Nico está a unos pasos de mí con un paquete entre las manos. Podría preguntarle si ha sido él, pero no lo necesito: los vaqueros llenos de polvo blanco y la mancha de tiza en el pelo son pistas suficientes.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto, sin poder dejar de sonreír.

—Por ti —contesta sin dudar—. Soy un estúpido —añade, y ahí tampoco duda—. Quiero pedirte perdón y nunca me sale bien.

Nico frunce el ceño, como si no pudiese entender por qué las cosas siempre se acaban torciendo.

—Así que he pensado en la última vez que creo que te hice feliz de verdad y nos he imaginado frente a la Torre Eiffel, comiéndonos un helado, charlando de cualquier tontería y riéndonos, y esta —dice, separando suavemente las manos, tratando de albergar todas las calles donde ha dejado un trocito de París— ha sido la única forma que se me ha ocurrido para traer todo eso conmigo.

Mi sonrisa se hace más suave, pero también más auténtica. Recuerdo perfectamente aquel día, lo recuerdo todo de nuestro París.

—Esa no fue la última vez que me hiciste feliz —le digo, y estoy siendo sincera—. También me hiciste feliz en Madrid y en Banyalbufar y en un millón de sitios más.

—Mia —me llama, con la voz ronca—, lo siento. Siento todo lo que ha pasado.

Sus palabras vuelven a ser el bálsamo que necesito, pero, cuando dije que tenía que pensar, iba en serio. Bajo la cabeza, trato de poner cada cosa en su lugar, pero, por Dios, es tan difícil, es Nico, mi Nico, y ha traído nuestro París.

—¿Nos sentamos? —me pide.

Alzo la mirada de nuevo y asiento. No quiero tener que despedirme de él todavía.

Caminamos juntos, pero prudentemente separados, hasta uno de los bancos de la plaza y nos acomodamos en él. El primer minuto lo pasamos en silencio, haciéndonos conscientes de lo cerca que esta el otro, disfrutando de esta especie de calma, porque ninguno de los dos sabe qué vendrá después de ella.

—Toma —dice, ofreciéndome el paquete que tiene entre las manos.

Una media sonrisa se cuela en mis labios. No necesito abrirlo para saber qué es.

—Eso también lo siento —se explica mientras me deshago del papel de regalo y me topo con un iPhone 12 Pro—. Me he comportado como el rey de los imbéciles.

—Yo no lo habría expresado mejor —respondo, dejando la caja entre los dos. Aún no he decidido si aceptarlo o no.

—Puedo asegurarte que para nada era mi intención que las cosas fueran así —añade con una sonrisa frustrada, y lo comprendo tan bien que otra se cuela en mis labios.

Cuando estamos cerca, nuestros actos parecen no depender solo de nosotros, como si hubiese

algo que nos impulsase constantemente el uno contra el otro, como si nuestros cuerpos tomasen el control, sin metáforas, y solo importara lo que deseamos, lo que sentimos, el amor y el placer.

—¿Te acuerdas de lo que te dije la primera vez que me metí en tu cama? —me pregunta.

—No, no me acuerdo —miento, y es una mentira nivel Nixon o ejecutivo de Bankia, porque lo recuerdo todo de aquella noche. Podría describir cada centímetro de su piel.

Nico sonríe, con la mirada en sus propias manos, y sé que sabe que esas cuatro palabras son puro cuento.

—Te dije que no podía pensar en otra cosa que no fueras tú, y eso sigue siendo cierto.

Cabeceo. Si quiero tener alguna oportunidad de tomar la decisión correcta, esta conversación, esa frase, su voz, es lo último que necesito.

—¿Por qué me haces esto? —me quejo, y no sé si es una protesta o una súplica y no sé si es para él o para mí.

—Porque no quiero que estés con él, Mia, y ódiame si quieres, llámame hijo de puta, pero no quiero.

Dios, Nico.

—¿Te das cuenta de que no puedes decirme esas cosas?

—Lo sé —contesta, sincero.

Y otra vez ese sentimiento que lo atiza todo como un ciclón se despierta dentro de mí. El ser como somos de verdad, el sentirnos libres de poder expresar todo lo que tenemos dentro, el renunciar a las corazas, eso somos él y yo, un chico y una chica que, cuando se miran a los ojos, se vuelven transparentes para el otro, y es un sentimiento impagable, indeleble, inalienable, como dibujar las palabras *intimidad* y *complicidad* con la punta de los dedos.

Otro momento de silencio. Otro instante repleto de un montón de cosas.

—¿Sabes qué es lo primero que aprendí con todo esto? —inquiere. Niego con la cabeza—. Que me gusto más cuando estoy contigo. Me gusta más el Nico que era, no el en el que me convertí. El Nico que sabía lo que quería, el que se reía, el que te comía a besos mientras tú tratabas de zafarte muerta de risa, el que siempre conseguía que tuvieras que pintarte los labios tres veces antes de irte a trabajar, porque esas cosas eran extraordinarias, y yo estaba tan jodidamente perdido, tan asustado, que no supe verlo. Te eché la culpa de todo porque fue muy fácil hacerlo —sentencia, alzando la cabeza de nuevo y perdiendo su mirada al frente—. Preferí pensar que tú marcaste un ritmo que yo no quería, que no te preocupó que no fuera feliz, y encontrarme a otra persona sin cargas, a la que solo tenía que enseñarle lo bueno sin preocuparme de lo malo, decidir que eso era extraordinario. Una tarde fui a verla a la librería…

No. No quiero oír nada de eso. No quiero saber cómo era su vida con ella. Duele.

—Nico, por favor…

—Déjame terminar, porque, en el momento, aquel encuentro me pareció especial. Ella lo decía, que éramos especiales…

—Quiero irme —digo, levantándome.

Quiero escapar, aunque ni siquiera sepa a dónde, pero Nico reacciona rápido. Se levanta también y me agarra de la muñeca, dejándonos muy cerca. Trato de zafarme, pero él no me deja. Su olor, a lluvia, a verano, a algo rematadamente fresco, me sacude, y suspiro llamando al orden a mi cuerpo traidor.

—¿Sabes qué es especial? Mirar a la misma persona durante años y que el corazón siga latiéndote igual de deprisa; conocer hasta el último centímetro de su cuerpo y de su interior; saber que, cuando está de malhumor, lo mejor es darle un abrazo y, cuando está de malhumor de verdad, hay que dejarla un poco a su aire, escuchando música —añade con una sonrisa que, aunque no quiero, soy incapaz de no imitar—. Es querer a esa persona hasta cuando la odias; es que, abrazarla, aunque esté en pijama y despeinada, sea lo más especial del mundo, y que un viejo y desvencijado sofá pueda convertirse en el mejor lugar solo porque os habéis quedado dormidos en él. Querer a alguien, de verdad, aunque hayan pasado veinte años, nunca deja de ser mágico, y todo lo que compartes con ella, lo bueno, lo malo y lo de todos los días, son las pequeñitas cosas extraordinarias que hacen que la vida valga la pena.

Lo miro sintiendo cómo cada palabra ha construido una escalera y, peldaño tras peldaño, nos rodeamos de más y más estrellas, de millones de cosas bonitas, porque es el amor de mi vida, así lo siento en cada milímetro de mi cuerpo, pero ¿qué pasa si vuelvo a sufrir? Yo ya aposté mi corazón en este juego, ya lo perdí.

—Te quiero, Nico —murmuro, aferrándome a su camisa y cerrando los ojos, pidiéndole sin palabras que esté más cerca—, pero no puedo. Tengo demasiado miedo.

Nico deja caer su frente sobre la mía y el momento alcanza otro nivel, se convierte en algo más nuestro, más mágico.

—Ella… —pronuncia con dificultad, con la voz ronca y la respiración echa un completo caos —, ella no olía como tú.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Márchate —le pido, pero no me muevo, no suelto su camisa.

—No se reía como tú.

Lo quiero. Lo quiero. Lo quiero.

—Por favor.

—Sé que no me merezco ni que me mires a la cara —sentencia, lleno de verdad, de seguridad, de amor—, pero, cada vez que cierro los ojos antes de dormir, a la única persona que veo es a ti, y te esperaré todo el tiempo del mundo.

Sin dejarme decir nada más, Nico me besa en la frente y obliga a mis manos, que aún conservan su tela, a soltarlo, alejándose con los vaqueros llenos de tiza, dejándome en el París que construyó para los dos.

*

A la mañana siguiente me levanto con los ojos hinchados de tanto llorar. No sé qué hacer. Debería elegir a Cesc, pero estoy enamorada de Nico. Quiero estar con Nico, pero tengo demasiado miedo de volver a sufrir.

Me doy una ducha y me preparo para ir al trabajo, lo que exige un esfuerzo extra de maquillaje para tapar que me he pasado la noche en modo «Anatomía de Grey», es decir, llorando a moco tendido por dos chicos guapísimos, con una voz en *off* relatando mi vida. Al menos, yo no tengo que operar a nadie a corazón abierto.

Cojo mi móvil nuevo, al final me lo quedé, y utilizo el trayecto en metro para restaurar mis datos, agenda, documentos, fotos y canciones desde la nube.

Una vez que pongo los pies en la redacción, me hago la firme promesa de dejar de pensar en mi vida sentimental y centrarme en el trabajo. Soy una profesional y, mientras esté entre estas cuatro paredes, eso debe ser lo más importante.

Sin embargo, todo, ¡absolutamente todo!, se va al traste cuando las puertas del ascensor se abren y veo a Nico salir de él. Por Dios, ¿por qué tiene que ser tan guapo? Mientras camina, concentrado en los papeles que tiene delante, mi cuerpo decide hacer una de las suyas y lo fotografía de pies a cabeza, fijándose en cada mezquinamente atractivo detalle mientras mi corazón le pide que, por favor, pare, que ya ha tenido suficiente. Nivel de amor: hasta el infinito y más allá; no necesito sumarle a la lista la idea de que me tumbe en el suelo de esta redacción y nos revolquemos hasta que a Madrid le den las Olimpiadas, de verdad.

Rebe, a un par de mesas, me mira con empatía. La he puesto al día de todo mientras nos tomábamos un café y está tan confusa como yo.

Cuando Nico alza la cabeza y me ve, sus ojos azules me lo ponen aún más difícil, pero, como si quisiese facilitarme la vida, me señala la carpeta, que ahora tiene cerrada, explicándome sin palabras que está aquí para ver a mi jefe. Un «No te preocupes, prometo portarme bien» en toda regla.

Sonrío, agradecida, mientras mi cuerpo arde de enfado. Quiere estar con él cada segundo de cada día.

—Cuerpo traidor —me quejo en un murmullo, estirando el cuello de mi camiseta y mirando hacia dentro, como si esa fuese la vía oficialmente reconocida para hablar con lo que te pica por dentro—, déjame pensar.

Pero ¿las cosas iban a ser tan sencillas para mí? No, claro que no. Creo seriamente que estoy a punto de echarme a reír, y el corazón me da un vuelco cuando las puertas del ascensor vuelven a abrirse y aparece Cesc.

—Buenos días, Mia —me saluda, deteniéndose al otro lado de mi mesa—. Buenos días, Rebe —añade, al darse cuenta de que mi amiga está a un escritorio de distancia (sin perder detalle).

—Buenos días, Cesc —contesta con una sonrisa algo inquieta.

Por inercia, miro hacia al despacho de mi jefe; tiene la puerta entornada, casi cerrada.

—Buenos días —respondo, llevando mi vista de vuelta hasta él.

—¿Podemos hablar? —me pide.

Asiento, haciendo el ademán de levantarme, pero Cesc me frena con la mano. Rodea mi mesa, mueve mi silla para tenerme de frente y se acuclilla al tiempo que me coge las dos manos para que también estemos a la misma altura.

—Siento lo que pasó anoche —dice como si las palabras le ardiesen en la garganta y por eso necesitase soltarlas ya, sin perder el tiempo en buscar cualquier otro lugar—. No tendría que haberte presionado así.

Una suave sonrisa, que en ningún momento me llega a los ojos, se cuela en mis labios. En eso estamos de acuerdo.

—Pero lo cierto —continúa, justo cuando estaba abriendo la boca para decir «Gracias»— es que sí pienso lo que dije.

Frunzo el ceño, completamente perdida.

—¿A qué te refieres? —planteo, y mi voz se hace eco del mismo sentimiento.

—A que no puedo seguir con esto si Nico sigue en tu vida —sentencia sin paños calientes.

—Cesc…

—Creo que ya has tenido suficiente tiempo como para tomar una decisión, que por otro lado no tendría que ser tan difícil. Él te dejó y se fue con otra.

—Las cosas no son tan sencillas.

—Porque tú no quieres que lo sean.

Suspiro. Ya sé que son mis sentimientos los que lo están complicando todo, que la elección lógica es fácil y obvia y está rodeada con flechas de neón, pero ¡no es tan sencillo!

—Cesc, no puedo.

Él resopla, frustrado, al tiempo que mira a su alrededor.

—¿Qué le ha pasado a tu móvil? —pregunta Cesc con el ceño fruncido, al reparar en mi nuevo iPhone sobre la mesa.

—Yo…

En ese preciso momento la puerta del despacho de mi jefe se abre y Nico sale. Cesc y él parecen detectarse como el dragón sabría que san Jorge andaba cerca.

Nico se detiene en seco y todo su cuerpo entra en ese estado latente de pelea al tiempo que Cesc se incorpora y los dos se desafían con la mirada.

—Cesc, vamos a hablar a la sala de descanso —le propongo, levantándome también.

Se fuerza a dejar de mirar a Nico para concentrarse en mí.

—Mia, ¿qué le ha pasado a tu móvil? —se parafrasea.

Imagino que su instinto le está diciendo que siga hasta averiguarlo porque descubrirá más cosas de las que cree.

Pero no tengo ni la más remota idea de cómo explicarlo. Soy consciente de que no tengo por qué esconderme, que Cesc y yo no estamos juntos, pero no quiero hacerle daño y, sobre todo, sé

que, si le cuento que vi a Nico, que discutimos, el móvil, la bofetada… Si le cuento lo de nuestro París, lo perderé para siempre.

Echo un vistazo a mi alrededor y mis ojos se cruzan con los de Rebe, que tuerce los labios, apenada por no saber cómo ayudarme.

—Mia —insiste Cesc.

Mis ojos se cruzan con los de Nico, que ya me esperaba, y lo que veo en ellos, en mitad de toda esta situación, me deja completamente noqueada: es el sentimiento de protección más grande que he sentido en todos los días de mi vida.

—Ayer nos chocamos al salir del ascensor —miente Nico por mí, salvándome—. La culpa fue mía, iba distraído leyendo unos papeles y no la vi. Se le cayó el teléfono y dejó de funcionar. Ha tenido que comprarse otro. Me he ofrecido a pagárselo, pero no ha querido.

Miro a Nico sin poder creer lo que está haciendo, como Rebe. Para él hubiese sido muy fácil contarle la verdad a Cesc y quitárselo de en medio: discutimos como locos porque todavía nos queremos como locos, le tiré el móvil por la ventana y Mia me cruzó la cara, después monté París para ella en el gesto más hiperromántico del mundo y le compré un *smartphone* nuevo, aunque, comparado con haber pintado algunos de los monumentos más bonitos del planeta solo para ella, el gesto quedó en su segundo plano. Simplemente, podría haberse callado y ver cómo me veía obligada a contárselo, pero no ha hecho nada de eso… Me ha dado una salida, ha salvado lo que tengo con Cesc.

Cesc medita sus palabras y asiente, parco en ellas.

—Ha debido de ser un engorro quedarte sin teléfono —me dice, concentrándose de nuevo en mí.

—No ha sido nada —murmuro por inercia.

Mientras tanto, veo cómo Nico se traga toda la rabia y echa a andar de vuelta a los ascensores, solo que no se queda a esperarlos y opta por las escaleras.

—Ahora, ¿podemos terminar nuestra conversación? —comenta Cesc.

—Espera un momento —le pido.

Pero yo no hago lo mismo en busca de una respuesta y, antes de que pueda decir «Claro, no te preocupes», ya estoy andando, casi corriendo, hacia las escaleras.

De reojo puedo ver cómo Cesc, confuso, lleva su vista hasta Rebe, que sonríe y se levanta de su mesa para acercarse a él y ofrecerle un café.

—¡Nico! —lo llamo en cuanto pongo un pie en el primer peldaño.

No contesta, pero capto unos pasos detenerse un solo segundo para reanudar la marcha inmediatamente después, y sé que es él. Acelero el ritmo y no tardo en encontrarlo dos pisos más arriba.

Al sentir que me acerco, Nico se detiene y baja la cabeza, conteniéndose.

—Nico —vuelvo a llamarlo.

Y al oír mi voz, da una bocanada de aire y empieza a subir de nuevo.

—Espera —le pido, yendo hasta él.

Otra vez mi única palabra tiene una reacción en él. Nico se frena y desanda los dos peldaños que lo separan del rellano de la cuarta planta, donde estoy yo.

Atrapa mi mirada y puedo ver un sinfín de emociones salpicar sus ojos azules. Hay rabia, hay impotencia, pero también un desahucio, una tristeza inmensos, y, como siempre, el amor peleando a brazo partido por ganar cada una de nuestras batallas.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto.

Y sé que no necesita que especifique. Ninguno de los dos puede pensar en otra cosa.

—Porque quiero que seas feliz, Mia.

Mi corazón pierde un latido para acelerarse sin remedio un segundo después.

—Nico…

—Ayer me di cuenta de eso —me explica, mirándome a los ojos, acariciando mi alma—. Yo quiero estar contigo. Quiero estarlo hasta el día que me muera, pero, por encima de eso, de lo que yo desee, estás tú, y si tu felicidad está al lado de Cesc, voy a luchar por que la tengas.

Las lágrimas empiezan a bañar mis mejillas sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Y si solo puedo ser feliz contigo pero tengo demasiado miedo?

Una suave y triste sonrisa se apodera de sus labios.

—Cuando tú y yo empezamos —dice, dando un paso hacia mí, alzando la mano y limpiándome las lágrimas con el pulgar—, saltamos al vacío y confiamos… en Madrid, la primera noche que estuvimos juntos, en Banyalbufar, al decidir intentarlo, y en París, desde que vi esa preciosa sonrisa en el aeropuerto de Orly. Lo que quiero decir es que, si quieres que volvamos a intentarlo, tendrás que saltar al vacío y confiar; yo prometo cogerte de la mano.

Los dedos de su mano acarician los míos un segundo y, sin más, gira sobre sus talones y sube a su planta.

Respiro hondo, tratando de asimilar todo lo que acaba de pasar, sus palabras, las de Cesc.

No sé qué hacer. No puedo elegir.

*

Vuelvo a mi mesa y le digo a Cesc que no tengo una respuesta para él, pero que entiendo que la necesite y la tendrá pronto. Me concedo a mí misma veinticuatro horas más para reflexionar lejos de Cesc y de Nico.

Nunca he jugado con nadie, igual que nunca he permitido que jueguen conmigo, así que no voy a empezar ahora. Los dos y yo misma nos merecemos aclarar esta situación, de verdad.

Aprovecho que es viernes y salgo antes del trabajo. Me pierdo por la ciudad, paseando, para ver si eso me ayuda a aclararme.

Cuando llego a casa, ya se ha hecho de noche, pero, sin embargo, empiezo a verlo todo más claro.

A la mañana siguiente, sé que ya he tomado una decisión. Me ducho, me pongo un bonito vestido y voy a ver a Cesc. Soy sincera en todo, en cómo me siento, en todo lo que he pensado, incluso le cuento la verdad acerca del teléfono. Le explico lo que he decidido y, aunque no le gusta, lo acepta. Sabía que me apoyaría. Es un tío genial.

Aprovecho el resto de la mañana para arreglar todo lo que debo arreglar y, a las seis, quedo con los chicos, Nico incluido, en el bar de Pepe. Nosotros cinco siempre hemos sido como cinco partes de la misma persona y, después de todo lo que ha pasado, se merecen, tanto como Nico y como yo, saber qué es lo que voy a hacer.

—¿Qué pasa? —me pregunta Rebe, sentándose frente a mí en una de las mesas del interior. Hace demasiado frío como para desafiar la temperatura en una terraza—. Estabas de lo más misteriosa por teléfono.

Sonrío, aunque no me llega a los ojos.

—Quiero contaros algo —le anuncio—, pero tenemos que esperar a que estemos todos.

Lucas es el siguiente en llegar, apenas unos minutos después, con una cajita de cartón de lo más rudimentaria llena de buñuelos de viento. Hay quien podría considerar que al dueño de un local le molestaría que te presentaras con comida de fuera, pero, cuando es el primero en acercarse a la mesa y llevarse uno en cada mano, ese resquemor desaparece.

Estoy nerviosa, muchísimo, tanto que creo que solo me pido el té para tener algo caliente entre las manos.

Nico entra en el bar detrás de Marcelo y, si ayer en el periódico creía que estaba guapo, ahora creo que voy a desmayarme. Se quita la beisbolera, dejándome ver su camisa, sus vaqueros rotos, pero no es la ropa… podría llevar una toalla a la cintura y la imagen sería igual de erótica. Creo que he elegido un pésimo ejemplo para ilustrar mi teoría, pero estoy segura de que el mensaje se ha entendido. Es una maldita locura.

Al verme, Nico me barre con la mirada y me alegro de haberme puesto este vestido, porque me siento yo con él y esa sensación me encanta. Una suave sonrisa se cuela en sus labios y sé que ha pensado exactamente lo mismo.

Marcelo se sienta a mi lado y Nico, frente a mí, y esos ojos azules me ponen demasiado complicado eso de hilar un pensamiento con sentido.

—Por Dios —me apremia Rebe—, cuéntanos ya por qué nos has pedido que viniéramos.

Me obligo a apartar la vista de Nico y bajo la mirada hasta mis manos, que juguetean con la taza. Suspiro.

—Quería deciros que lo he reflexionado mucho —empiezo—. Llevo días dándole vueltas sin saber qué hacer, y he llegado a la conclusión de que las cosas se han complicado demasiado —lucho por que mi voz siga sonando desenfadada. No quiero llorar—, así que he decidido regresar a París.

El primer «¿Qué?», completamente atónito, es el de Lucas, lo que me hace llegar a la conclusión de que, si él, que es el mayor exponente de la filosofía de fluir con la vida, está

alucinando, qué estarán pensando los demás.

—He hablado con el señor Legard, mi jefe en *Le Monde* —continúo hablando, porque necesito contarlo todo para que entiendan que ha sido algo meditado—, y me ha dicho que puedo volver cuando quiera. También he hablado con mis padres… No les ha hecho gracias, pero lo han entendido.

Nadie dice nada en el primer segundo, ni en el tercero, ni en el sexto… hasta que…

—Pero ¿qué es eso de que te vas a París? —estalla Rebe.

—No puedes irte —se queja Marcelo.

—Chicos, tengo que hacerlo. Es lo mejor.

Y no sé si es que ha llegado a su tope o es justamente esa combinación de palabras, «es lo mejor», lo que hace que Nico se levante como un resorte, arrastrando la silla por el suelo y cabreadísimo como lo he visto pocas veces en mi vida, al límite, recoja la chaqueta de la espalda de su asiento y salga disparado.

Lo observo, con mi corazón y mi cuerpo protestando. Hacerle daño es lo último que quiero.

—¡Nico! —lo llamo, saliendo tras él, y me siento como en un *déjà-vu* de las escaleras del periódico.

—Ahora no quiero hablar, Mia —responde sin detenerse.

—Pero necesito que lo entiendas —le pido.

—¿Y qué quieres que entienda? —ruge, volviéndose—, ¿que vas a largarte?

—Necesito hacerlo —replico casi en un grito, desesperada, con los puños apretados con rabia junto a mis costados.

—Y yo te necesito a ti —contesta con la voz dura, pero con la serenidad que te da el saber que es la pura verdad.

Esa seguridad me desarma, porque me hace replanteármelo todo, quererlo todavía más.

—No puedo quedarme —le digo, odiándome a mí misma por hacerlo, llorando a pesar de que me juré no hacerlo—. Te quiero, pero estoy muerta de miedo. No soy capaz de saltar —añado, encogiéndome de hombros, deseando que las cosas fueran diferentes.

Nico asiente. Quiero que corra hasta mí, que me abrace, que me convenza a besos, pero sé que no lo hará, porque nosotros siempre hemos sido libres y, cuando lo eres, realmente, nadie puede decidir por ti.

Alza la cabeza, me mira a los ojos y mi corazón grita que lo quiere, que va a hacerlo cada día de mi vida.

—Buen viaje —sentencia con la voz endurecida, solo para cubrir que está rota.

Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir.

—Adiós, Nico.

—Adiós, Mia.

Esta vez soy yo la primera en girar sobre mis talones y alejarme.

Siento que algo se rompe dentro de mí.

Acabo de despedirme del amor de mi vida.

*

Me quedo un rato más con los chicos, que tratan de convencerme de que no me marche a París, y regreso a casa. Tengo muchas cosas que hacer todavía. Estoy preparando la maleta que llevaré conmigo en el avión cuando llaman a la puerta. Debe de ser la comida china. No tenía hambre, pero todavía me queda mucha noche por delante y no quiero tener que afrontarla con el estómago vacío.

Abro, con la mirada puesta en la cartera, buscando mi tarjeta.

—Hola —saludo al repartidor—. Deme un segundito, enseguida doy con ella.

¿Por qué nunca soy capaz de encontrarla?

—Hola.

Su voz me hace alzar la cabeza y la canción más bonita del mundo comienza a sonar, porque es Nico.

—¿Qué haces aquí? —murmuro, sin poder creerme que lo tenga delante.

Nico atrapa mi mirada y vuelve a mostrarse tal y como es, sin trampa ni cartón, sin corazas, y automáticamente eso desmonta todas las mías.

—Necesito despedirme de ti —susurra.

Le mantengo la mirada y ocurre que, sencillamente, no tengo que pensar la respuesta, porque yo también lo necesito.

—Sí. —La palabra sale en un murmullo de mis labios, fuerte y valiente.

Nico se come la distancia que nos separa y me besa con fuerza, estrechándome contra su cuerpo, haciéndome sentir, haciéndome feliz.

Al contrario de lo que habría imaginado, todo sucede lento, despacio. Los dos tenemos demasiado claro que esta es la última vez que estaremos juntos y queremos conservar cada olor, cada gemido, cada beso.

Nico me desnuda tomándose su tiempo, paseando sus dedos por mi piel. Me acaricia, dibujándome, y yo me derrito entre su cuerpo y mi colchón, deseando que cada una de mis células actué como una tarjeta de memoria, porque no quiero olvidar nada de esta noche.

Cuando me tumba en la cama, solo puedo mirarlo y esperar con los brazos y el corazón abiertos a que él lo haga sobre mí.

Los besos, las caricias, los gemidos, todos se van ligando unos tras otros, unos más otros, unos por otros, y todo lo que sentimos inunda la habitación, como si fuésemos dos peces disfrutando de su pecera, nadando juntos, deslizándonos entre agua, amor, deseo y placer.

Sentirlo dentro me llena, me hace volar, me alivia y me solivianta, y lo echo de menos cuando se va y quiero que vuelva siempre, siempre, siempre.

—Nena —susurra contra mi boca.

—Nico —respondo en un grito ahogado.

Y el placer viaja lentamente por mi piel, me incendia por dentro y nos calienta a los dos. Mi piel tiembla bajo sus manos y las canciones se multiplican, las flores nacen alrededor de esta cama, se inventan colores, llegan soles, lunas y, otra vez, alcanzo todo lo inalcanzable.

Nico aprieta nuestros dedos entrelazados y me sigue en el camino que el placer construye baldosa amarilla a baldosa amarilla hasta transportarnos a nuestro particular mundo de Oz.

—Te quiero —dice.

—Te quiero —respondo.

«Te querré toda mi vida.»

*

Al tener que vestirnos, la sensación de despedida, de vacío, vuelve. Lo hacemos en silencio y siento que me duele incluso mirarlo.

Caminamos, despacio, hasta la puerta principal. La mente me funciona a mil kilómetros por hora. No quiero renunciar a él, pero no soy capaz de saltar. No puedo sacudirme el miedo.

—No puedes irte —pronuncia Nico, girándose hacia mí, deteniéndose en mitad del salón—. Estoy enfadado contigo —añade, y me deja fuera de juego porque habla completamente en serio —, conmigo, con Alma, porque aquel taxi me dejara en aquel maldito barrio, por haber sido un gilipollas, porque Alma me removiera por dentro y porque tú sigas siendo tú, que no hayas dejado que la putada que te hice te cambiase… y, cuando te miro, solo puedo ver a la chica que me vuelve completamente loco y al mismo tiempo hace mi vida mejor solo por estar en ella, de la manera que sea. Es así de sencillo y así de cruel, Mia, y no puedes decirme que estoy a doce horas de perder todo eso y pretender que me conforme. Así que no vas a irte —sentencia.

—No tienes ningún derecho a hablarme así —le dejo claro.

No puede ponérmelo así de difícil.

—Tienes razón, pero no voy a permitir que te vayas.

—¡Tú te fuiste! —le espeto con rabia—. ¡Tú destrozaste lo que teníamos!

—¿Crees que no lo sé, que no hay un maldito día en el que no me repita a mí mismo lo idiota que fui? Conocí a otra y me equivoqué. Me equivoqué, joder. Y te eché de menos desde la primera noche que dormí con ella, porque no eras tú. ¿Quieres equivocarte tú ahora para que estemos en paz? ¿Devolvérmela? ¡¿Eso va a hacer que te sientas mejor?!

—¡No! ¡Pero si eso fuese lo que quisiera, tú no tendrías nada que decir!

—Sí —contesta con una seguridad plena, dando un paso hacia mí—, puedo decirte que te sentirás triste, culpable y vacía como yo, porque lo que teníamos no es lo que tiene la gente; lo que teníamos nosotros era diferente, era especial, y la estupidez que cometí no fue fijarme en otra chica, fue pensar que lo que teníamos era algo corriente cuando en realidad era extraordinario.

Mi corazón sonríe y al mismo tiempo cae fulminado. Nico. Nico. Nico. Los labios se me

curvan en un puchero y las lágrimas me queman detrás de los ojos.

—Voy a marcharme —murmuro, y todo vuelve a empañarse con las dudas y el miedo.

—Lo sé —y otra vez está lleno de determinación—, y yo voy a esperarte. Pienso luchar por ti, Mia, y me da igual si me perdonas hoy o dentro de cincuenta años, yo voy a seguir aquí. No voy a renunciar a ti.

—¿Por qué?

—Porque tú eres todas mis pequeñitas cosas extraordinarias y no pienso rendirme con ninguna de ellas.

Me regala un último beso y sale de nuestro apartamento.

París es la mejor decisión, ¿no? Todo me da vueltas. El sentido común, el amor, el miedo, todo está peleando a destajo dentro de mí.

*

Los chicos insisten en llevarme al aeropuerto, pero les digo que no. No quiero más despedidas. La noche de ayer fue demasiado intensa. Necesito que todo pase rápido y estar ya en París, porque cada segundo que estoy aquí es un instante en el que mi corazón intenta convencerme de que me quede, en el que yo quiero quedarme, pero no puede ser.

Pago al taxista y agarro mis bártulos con fuerza. Suspiro antes de entrar en el Madrid-Barajas Adolfo Suárez y lo hago definitivamente.

Facturo una de mis maletas y me quedo con la pequeña; la llevaré como equipaje de cabina. Aún me queda más de una hora para embarcar y estoy demasiado nerviosa, ¿a qué no os sorprende?, así que, después de tomarme otro café, opto por dar una vuelta por las tiendas del aeropuerto.

Veo todo tipo de complementos, chocolatinas gigantes, colonias, pero soy como una autómata: paso por delante de las cosas, pero, en realidad, no estoy aquí.

—Quizá leer un libro me anime —me digo en un susurro, abandonando la novena tienda.

Voy hasta el quiosco de prensa que hace las veces de librería y empiezo a ojear las novelas que tienen. Hay varias que me llaman la atención, si es que leer es la cura contra todos los males de la humanidad, y al final me decanto por lo nuevo de Jana Aston; parece divertido, justo lo que necesito.

Estoy haciendo cola cuando el stand de periódicos entra en mi campo de visión. Hoy no lo he leído; normalmente lo hago en el móvil, pero, ya puestos, me vuelvo nostálgica y agarro un ejemplar de *El País* en papel.

—¿Quiere *El País Semanal*? —me pregunta el dependiente mientras busco la tarjeta para pagar; nunca sé dónde demonios se mete.

—¿Perdona? —replico.

Estaba distraída y no le he prestado atención.

—¿Que si quiere *El País Semanal*? —repite—. Hoy es domingo, el periódico viene con revista.

El País Semanal. Permitidme un suspiro interno.

—Sí —respondo al fin.

Lo pago todo y salgo de la tienda. Me acomodo en una de las sillas de plástico de espera y, aunque mi primera intención era empezar por el periódico, no puedo evitarlo y abro la revista.

Paso una página tras otra y, ni siquiera entiendo por qué, pero cada vez estoy más nerviosa. Una entrevista con los No Regrets, un artículo sobre los cinco *chefs* más importantes de nuestro país y otro sobre Hudson Racer y Sally Berry, las estrellas de la HBO… y, entonces, lo veo. El cuento de Nico, el mismo que le enseñé a Arramendi, el subdirector de la publicación. Sonrío como una idiota y estiro bien las páginas de la revista con las palmas de las manos, como si estuviera tocando algo demasiado importante… y, en realidad, puede que así sea.

Soy consciente de que es lo último que debería hacer, pero me cruzo de piernas como los nativos americanos sobre el asiento y comienzo a leer. Cada idea, cada palabra, cada coma, lo siento todo nuevo y mío a la vez; recuerdo cuando lo escribió, recuerdo sus gestos, sus ojos azules siguiendo cada línea en el ordenador.

Doy una bocanada tratando de contener todo lo que me está arrollando por dentro, pero es sencillamente imposible cuando veo una dedicatoria al final. Paso los dedos por las líneas y mi corazón se hincha de esperanza, de alivio y, sobre todo, de amor.

> Hace mucho tiempo que escribí este cuento y, cuando lo terminé, ni siquiera me gustó, está lleno de fallos. No entendía cómo iba a gustarle a nadie, cómo podía gustarle a ella, pero es que ella no es una chica como las demás. Sin darme cuenta, emprendí un viaje y aprendí que cada ser humano es como un cuento, y las imperfecciones, al final, son las que nos hacen reales y, lo que nos hace reales, al final, es lo que nos hace mágicos. La magia son las chispitas de uno mismo que regalamos a los demás, cada sonrisa, cada mirada, cada beso, porque la magia es la forma que tiene el amor de decirnos que no dejemos de luchar, que para encontrarnos antes tenemos que perdernos y, para sentirnos invencibles, antes tenemos que ser vulnerables. Las imperfecciones son nuestras, son bonitas, son canciones a oscuras, son historias, besos robados, risas en una mesa de un bar con amigos; son discusiones, son mirar a alguien y sonreír, es sentir que pones tu vida en sus manos, es saber que el amor vale más que todo lo demás, es ser de verdad, es querer, quererte, es ser feliz. Es saltar al vacío. Y eso también me lo enseñó ella.
>
> Si tú no puedes saltar, no te preocupes, nena. Yo saltaré por los dos.

—Saltar al vacío —murmuro—. Confiar —repito con voz clara—. Ser feliz.

Quiero ser feliz.

Sonrío como una idiota, agarro la maleta y cruzo corriendo el aeropuerto. Delante de mi edificio, de nuestro edificio, mi sonrisa se ensancha porque sé que estará aquí. Subo las escleras tan deprisa como puedo, llamo a la puerta, pero está abierta. Mi sonrisa se hace aún mayor; sigue

habiendo miedo, sigo estando asustada y confusa, pero esas son las imperfecciones que lo trasforman en un momento real, lo que lo hace extraordinario.

Recorro el pasillo y un millón de recuerdos van dibujándose en cada pared, la playa más bonita del mundo, la Torre Eiffel, reírnos hasta no poder más, besos, incluso una foto de George Michael en un cuarto de baño.

Llego al salón y allí están las cajas embaladas, Madrid sonando cuatro plantas más abajo y él, Nico Arranz, el chico del que me enamoré sin remedio hace más de seis años.

Nico siente cómo su cuerpo le pide que deje lo que está haciendo y se gire y levante la cabeza y me mire.

Cuando nuestros ojos se encuentran, mi sonrisa crece, pintándose en sus labios, y los recuerdos bañan también este salón, nuestro salón y París; el artículo, lo triste, lo feliz, el amor, se entremezclan, porque así funcionan las cosas y la vida, porque lo extraordinario está dentro de nosotros y, a veces, solo necesitamos a otra persona que nos toque el corazón con la punta de los dedos para enseñarnos que está ahí y demostrarnos que, si lo deseamos, podemos volar.

—Hola —le digo.

—Hola —contesta, echando a andar hacia mí.

—Hola —respondo, y mi sonrisa viaja hasta cada rincón de mi cuerpo, hasta mi corazón.

—Hola —repite, tomando mi cara entre sus manos.

—Hola —pronuncio, mirando los ojos más azules del mundo justo antes de besarnos.

—Te quiero, nena —pronuncia contra mis labios.

—Te quiero, Nico.

Y este cuento, nuestro cuento, termina con la palabra *felicidad*.

Epílogo

Nico

—Tenemos que salir —susurra contra mi boca, entre besos, pero finjo no oírla. No quiero soltarla porque no me vale ningún motivo para soltarla—. Nico —protesta entre risas.

—Shsss… —la chisto, divertido—. No saben que estamos aquí.

Ella sonríe y me devuelve cada beso.

—¡Tortolitos! —nos llama Marcelo desde el salón—. ¡Os estamos esperando!

Pongo los ojos en blanco por la interrupción, pero no pienso dejar que me estropeen los planes. Vuelvo a besarla y Mia vuelve a protestar entre risas.

—Te lo he dicho —pronuncia contra mis labios antes de empujarme, escabullirse de mis brazos y dirigirse al salón.

—Nena —la llamo en un murmullo, pero ella simula no oírme.

Cuando va a cruzar el umbral de la puerta de la cocina, se gira y me sonríe justo antes de morderse el labio inferior. Ella también lo está deseando y, por Dios, esa imagen ha valido más que cien millones de palabras.

Mia sale definitivamente.

Echo la cabeza hacia atrás, hasta chocarla con los azulejos de la pared, y resoplo. Ahora mismo solo puedo pensar en follármela de mil maneras diferentes.

Cuando mi cuerpo empieza a dejar de imaginársela debajo de mí y, por fin, atiende a razones, salgo de la cocina. Rebe, Lucas, Marcelo, Quim y Mia me están esperando en la sala de estar para irnos a la barbacoa de la noche de San Juan.

No puedo creer que sea 23 de junio de nuevo y volvamos a estar aquí, en Banyalbufar. El tiempo ha pasado rapidísimo desde que Mia decidió, gracias a Dios, no montarse en ese avión y regresó a nuestro piso. Han sido un puñado de meses geniales y cada día ha merecido la pena más que el anterior.

—¿Listo? —me pregunta Quim cuando llego hasta ellos.

Asiento. Me detengo junto a Mia y le paso el brazo por los hombros.

—Vámonos —los animo.

Nos ponemos en marcha y salimos de la casa. En la calle nos mezclamos con el resto de vecinos, que, como nosotros, bajan a la playa. Todos charlan entre ellos mientras el ruido de los primeros botellines de Estrella chocando unos con otros empieza a salpicar el ambiente.

Fantastic shine, de Love of Lesbian, suena desde la vieja radio de algún vecino. La noche es perfecta. Está llena de estrellas.

En el camino hasta la cala de Banyalbufar nos morimos de risa por los chistes malos de Quim y porque alguien haya vuelto a dar por hecho, ni siquiera estamos seguros de quién ha sido, que Marcelo y Bertín Osborne tienen un *affaire* y muy pronto acabará por salir cocinando en «Tu casa es la mía».

En la playa son todo más risas, charlas y Estrellas. Sonrío cuando veo a mi madre a unos metros, hablando con Manuela y su marido. No sé cómo explicar lo bien que me siento cada vez que la veo feliz. Lo de su corazón fue un susto demasiado complicado, pero, otra vez gracias a Dios, ha sabido adaptarse a la nueva rutina, los medicamentos están funcionando genial y todo va bien.

—Vamos a saludar a mis padres —me pide Mia, tirando de mi mano.

Me hago un poco el remolón, pero, con una sonrisa, la sigo. Cuando se enteraron de que habíamos vuelto, no les hizo la más mínima gracia, pero, igual que lo respetaron la primera vez, lo hicieron la segunda.

Mia parecía preocupada por su reacción y eso fue todo lo que necesité para enfocar todo esto de otra manera. Si mi problemilla con la autoridad y yo tenemos que ganarnos a sus padres, lo haremos. Cualquier cosa, si es por Mia, merece la pena.

—Buenas noches —saludo, poniendo cara de niño bueno.

Es la misma que mi madre me hacía poner cuando me llevaba a su turno de trabajo en el hotel y tenía que convencer a la jefa de camareras de piso de que no haría ninguna trastada. Ensayábamos esa cara durante todo el trayecto en el autobús.

—Buenas noches —me devuelven el saludo Jaime y María, los padres de Mia.

—¿Qué tal está tu madre? —me pregunta María.

Asiento.

—Muy bien —respondo con una sonrisa, que todos me devuelven.

—¿Y el trabajo? —continúa Jaime.

—Perfecto.

Y que jodidamente genial sienta poder decirlo. *El País Semanal* es una de las mejores cosas que me han pasado laboralmente. Tengo libertad creativa a la hora de escribir cuentos y alternarlos con reportajes, entrevistas o artículos, lo que me resulta de lo más estimulante. Me llevo de lujo con mis compañeros y, tanto el subdirector, Arramendi, como Noelia Martínez, la directora, son dos profesionales increíbles. Y otra vez todo se lo debo a Mia. ¿Alguien puede dudar que es la suerte de mi vida?

—¿Quién es ese? —pregunta precisamente Mia, divertida y confusa a partes iguales, señalando un punto a mi espalda.

Me giro hacia donde apunta y no tardo en ver a mi madre, en la orilla, pero ya no está hablando con Manuela y su marido, hay otro hombre. Frunzo el ceño. ¿Quién coño es?

—Debe de ser algún familiar de algún vecino —comento, restándole importancia, aunque mi voz tiene un deje inquieto que es imposible de disimular.

Pero, entonces, como si el universo quisiese llevarme la contraria, el hombre dice algo, mi madre sonríe y él también, y ninguna de las dos sonrisas son normales. Son «sonrisitas», de esas del tipo que bajas la mirada a punto de sonrojarte.

Abro la boca, completamente alucinado, mientras, a mi lado, Mia sonríe mitad por ver a mi madre feliz, mitad por cómo me lo estoy tomando yo. ¡No puede estar ligando! ¿Y quién coño es ese tío?, repito.

—Bienvenido al club —comenta Jaime, inclinándose sobre mí, disfrutando sin ningún disimulo de estar devolviéndomela.

—Tengo que averiguar quién es —comento, dando el primer paso hacia ellos.

Pero Mia me intercepta, cogiéndome de la mano y tirando de mí en dirección opuesta.

—De eso nada —me advierte—. Déjala que se divierta.

—Es mi madre —me quejo.

—Por eso —replica, burlona—. Ya ha cuidado lo suficiente de ti, ¿no crees? Es hora de que se tome una noche para sí misma.

Volvemos con los chicos, aunque yo sigo protestando. Sin embargo, maquino un plan. Mia ha dicho que no puedo acercarme, me ha amenazado con no dejarme hacerle esta noche una cosa muy concreta si no me comporto, pero no ha dicho nada de que no pueda mandar a Fer.

El plan me sale de maravilla y, cinco minutos después, lo tengo interrumpiendo la escenita de enamorados en la orilla, bajo mi atenta mirada. Con lo que no cuento es con que mi madre le presenta a ese tío y a Fernando le cae genial, hasta el punto de estar riéndose con el diez segundos después.

—¡Franchute! —me llama mi hermano desde la orilla, absolutamente feliz de estar ahí.

Pongo lo ojos en blanco, resignado. Cualquiera se lo camela.

—El plan te ha salido terriblemente mal —comenta Mia, socarrona, colocándose a mi lado y admirando mi obra.

Yo la fulmino con la mirada. Si me hubiera dejado ir a mí, nada de esto habría pasado. Si quisieran secuestrar a Fer, ni siquiera necesitarían caramelos: él solo se subiría a la furgoneta sin ventanas.

Sigue llamándome, agitando los brazos, así que no me queda más remedio que ir. Doy el primer paso, Mia piensa que va a escaparse, pero, de eso nada; sin necesitar mirar, la agarro de la mano y tiro de ella para que me siga.

—No quiero —se queja entre risas.

—Tú me has metido en este lío y tú vas a quedarte en él conmigo —le advierto.

Ella refunfuña, pero sabe que no tiene nada que hacer. ¡Mi madre se ha echado un novio! ¡No me lo puedo creer!

—Hola —saludamos al llegar.

Mi madre sonríe y su gesto se ensancha, esperando a que deje de mirar a todos lados y la mire a ella.

—Nico, te presento a Gabriele —dice, señalándolo—. Gabriele, él es mi hijo pequeño, Nico.

—Encantado —digo, ofreciéndole la mano.

—Lo mismo digo —contesta con un suave acento italiano, estrechándomela.

Lo que me faltaba, un espagueti.

—Gabriele es italiano —me cuenta mi hermano, emocionado—, de Sicilia. Vive en Catania, al lado del Etna, tío, un volcán.

El hombre sonríe.

—No es para tanto —comenta amable, con una sonrisa que, enseguida, al mirar a mi madre, se vuelve más grande.

Ella también lo observa a él y se la devuelve, y yo quiero que me caiga mal, pero se me está haciendo un poco difícil. Parece un buen tío y simpático, esa clase de sensaciones que desprendes y que en ningún caso se puede fingir, ni siquiera a primera vista.

—¿Y qué haces por aquí? —pregunto, olvidándome un poco de todo y dándole una oportunidad a la conversación.

—Vine de vacaciones, en teoría, a Palma, pero decidí visitar la Tramuntana hace unas semanas y me quedé enamorado. Hasta dejé el hotel y me instalé en un hostal pequeñito aquí en Banyalbufar.

Sonrío, como todos nosotros. Es la magia de este lugar.

Tras una pequeña charla, no me queda más remedio que certificar lo de que es un buen tío y dejar de fruncir el ceño, aunque se lo aviso a Fer y a Mia y telepáticamente también a mi madre: pienso tenerlo controlado.

*

Los fuegos artificiales comienzan poco después y el cielo se llena de una decena de colores diferentes.

Al filo de la una de la madrugada, todos seguimos en la playa, bailando mientras un grupo toca canciones propias y ajenas desde un pequeño escenario de madera.

—Ahora —llama la atención el cantante, cuando los últimos aplausos van calmándose—, buscad a una persona especial, porque esta canción hay que bailarla agarraditos.

Lucas, Rebe, Marcelo, Mia y yo nos miramos y sonreímos sin remedio. Aún no podemos creer cómo pasó, pero el hecho es que pasó y, desde que Marcelo convenció a su amigo el DJ para que pusiera la canción de Rebe y Lucas en la discoteca, las lentas volvieron a ponerse de moda y es raro la noche que salimos y no nos toca bailar al menos una.

—Para todos los enamorados —la dedica cuando los primeros acordes de *No puedo vivir sin ti*, esta vez en la versión original, la de Los Ronaldos, comienza a sonar.

Mia sonríe y camina hasta mí sin que el gesto se vaya de sus labios, moviendo las caderas y los brazos en un intento de baile, bajo mi atenta mi mirada.

En cuanto su cuerpo choca contra el mío, la estrecho con fuerza, la beso y comenzamos a movernos al ritmo de nuestra canción.

No podría haber nada mejor.

No sé cuándo alzo la cabeza y sonrío al ver a Rebe bailando con Lucas, a Fer y a Sara, a Quim haciéndolo con una chica a la que ha convencido, a Marcelo con un chico, a los padres de Mia, a mi madre y Gabriele… eso último cuesta un poco más, pero también me alegro. Solo quiero que sea feliz.

La sonrisa se transforma en endorfinas que viajan por mi torrente sanguíneo. Estoy aquí, en mi lugar en el mundo, con mi familia, mis amigos y la chica más especial que ha existido, ¿qué más podría pedir?

Recuerdo mi primer San Juan con Mia aquí y mi sonrisa se ensancha al hacer recuento de todas las cosas que vivimos, todo lo que sentimos. El gesto se vuelve medio y sexy al rememorar un momento en concreto y de pronto tengo una idea genial.

Me separo de Mia, conservando su mano en la mía, y tiro de ella, caminando hacia atrás con una sonrisa, que enseguida se contagia en sus labios. Se deja llevar, confiando en mí. Le pedí que saltara y ella saltó, y ahora mi misión en la vida es hacerla sonreír cada día, todos los días.

Volvemos a subir, caminamos hasta la arboleda y bajamos hasta la laguna, hasta nuestro pedacito de mar Mediterráneo.

Frente a frente, con sus manos todavía entre las mías, sonrío mientras nuestros pies se hunden en la arena, mirándonos a los ojos, disfrutando de la perfecta alevosía que nos regala la noche. La música que llega desde el otro lado de las piedras y las olas alcanzando la playa se convierten en nuestra banda sonora.

—La primera vez que me trajiste aquí tenías unas intenciones muy concretas, Nico Arranz —comenta, socarrona, dulce y tímida, exactamente como es ella.

Sonrío, macarra.

—Las misma que ahora —confieso sin ningún arrepentimiento.

Mia entorna la mirada, intenta salir corriendo, pero le leo las intenciones y la atrapo antes de que pueda escaparse. Ella rompe a reír, feliz, y el sonido me calienta por dentro.

La tumbo en la arena e inmediatamente lo hago sobre ella. Atrapo sus preciosos ojos castaños, Mia sonríe y creo que justo en este instante me enamoro un poco más de ella, porque es mi chica, porque la quiero tanto que a veces temo que el corazón no pueda latirme tan rápido, porque encajamos, porque nos hacemos felices, mejores, pero, sobre todo, porque es ella, Mia, la persona que me enseñó a crecer, la que me hizo ver que ser vulnerable es solo el camino para ser invencible.

—Te quiero —le digo, porque no deseo guardármelo para mí un solo segundo más.

—Yo también te quiero —responde sin dudar.

Y esto es solo una prueba más de lo que somos nosotros, un chico y una chica que se sienten libres estando juntos, que suman para ser uno, que han aprendido cuánto duele un corazón roto y, por eso, siempre jamás, cuidarán el del otro como si fuese un tesoro.

Por siempre jamás.

Tres palabras y la idea más bonita del mundo.

—Cásate conmigo —le pido, y siento como si mi yo de ahora mismo saliera de mí y viajara y volara y se encontrara con el que hace seis años le dijo aquí mismo «Ven a París».

Las dos mejores decisiones de mi vida.

Mia suelta una carcajada, incrédula y sorprendida, pero, ¿sabéis qué?, también feliz.

—Es una locura —comenta, sin poder evitar que una sonrisa enorme se cuele en sus labios.

—¿Y a quién demonios le importa? —replico, sin que la sonrisa de tonto enamorado desaparezca por mucho que luche, aunque, la verdad, no quiero luchar.

Mia me mira y en sus increíbles ojos puedo ver el amor, el deseo, la complicidad, la intimidad. Todo lo que sentimos cada vez que mis manos tocan su piel.

—¿A quién demonios le importa? —repite—. Sí, me casaré contigo —responde, feliz.

Mi sonrisa se ensancha hasta el infinito, la miro a los ojos y la beso con fuerza.

Voy a hacerla feliz el resto de mi vida.

Después de besarnos, de acariciarnos por todas partes, de hacernos tocar las estrellas dos veces, regresamos a la playa y, un par de horas después, a casa.

*

—Tienes que comer —oigo susurrar a Mia al entrar en la habitación.

No la veo, pero sé que está en el suelo, al otro lado de la cama.

—Si no —continúa, con la voz más dulce que he oído jamás—, no vas a crecer y te vas a quedar hecho un gatito pequeñito.

Sonrío, más aún cuando se levanta con las manos en las caderas y la vista en nuestra mascota. Sí, después de reconciliarnos, nos pasamos los tres días siguientes sin salir de casa y, cuando no nos quedó más remedio que ir a buscar algo de comida, nos encontramos con el animalito en el portal. Mia me miró con esos enormes ojos castaños y no necesitó decirme nada más para que supiera lo que quería: quedárselo y cuidar de él. Lo llamamos *Romeo*.

—No quiere comer —comenta.

—¿Qué le has puesto?

—El pienso que le compré en la tienda de animales.

Sonrío y Mia sabe exactamente por qué lo hago.

—Está lleno de vitaminas —protesta— y cosas que necesita.

Mi sonrisa sigue ahí y ella resopla.

—No puedes comer solo leche y atún —trata de convencerlo, girándose hacia él.

El gatito la mira, ladea la cabeza y maúlla.

—Oh, está bien —claudica, enfurruñada.

Va a salir camino de la cocina y, por ende, del atún, pero, cuando da el primer paso, clavo una rodilla en el colchón, la agarro de la muñeca y tiro de ella hasta que la tengo en la cama conmigo.

—Vamos a casarnos —digo contra sus labios, saboreando cada letra.

Ella sonríe y rodea mi cuello con sus brazos.

—Voy a convertirme en la señora de Arranz. Suena genial —sentencia.

—Suena como un puto sueño.

La beso y, antes de poder controlarlo, ya la estoy tumbando sobre el colchón, dejando que mis manos la recorran entera. Mia me alimenta, me hace sentir, me hace creer y me hace volar.

*

A la mañana siguiente bajamos todos a la playa. Esta noche cogeremos el último vuelo a Madrid, así que queremos aprovechar las horas que nos quedan en Banyalbufar.

Madrid. Es curioso cómo ha vuelto a ser nuestra ciudad. Desde que nos reconciliamos, también recuperamos nuestro ecosistema perfecto con Rebe, Lucas y Marcelo, y juntos volvimos a vivir cada pedacito de ciudad, cada concierto en la sala Sol, cada bocata de calamares en la plaza Mayor, cada cervecita en el bar de Pepe, todas las risas, las charlas a las tantas de la madrugada en un portal, los abrazos, las peleas, los consejos.

Creo que hemos descubierto nuestro tercer punto cardinal: París, Banyalbufar y Madrid. Estoy seguro de que alguna vez encontraremos el cuarto y nuestra rosa de los vientos estará completa.

Todos se van al agua, pero yo me quedo tumbado en la toalla, leyendo. Hace unos días encontré por casualidad el libro de Johanna Lindsey que le cogí a mi madre hace meses. Estaba aburrido, me leí un par de líneas más y, en contra de todo pronóstico, he acabado superenganchado. Brooke y Dominic están enamorados, ¿por qué coño no los dejan ser felices?

Rebe lleva metiéndose conmigo todo el puente, desde que me vio leer en el avión, pero no me importa; Johanna Lindsey y yo estamos por encima de eso.

—¡Nico Arranz! —me llama Quim desde el agua—. ¡Ven con nosotros!

—*¡Pelandrusco!* —añade Marcelo.

Y no tengo más remedio que sonreír.

—¡Hermano! —continúa Lucas.

—¡Majestad! —chilla Rebe.

Sonrío, pero no me muevo, no pienso hacerlo, hasta que algo me tapa el sol. Alzo los ojos detrás de mis Ray-Ban y la veo a ella, a mi chica, a Mia.

—¿Vienes, Nico? —me pide, con la voz más dulce de la historia, tendiéndome la mano.

Mi sonrisa se vuelve más suave y también más auténtica, más mía, más suya. Nunca he oído una invitación mejor.

Dejo mi libro y mis gafas sobre la toalla, me levanto y, con nuestras manos entrelazadas, vamos hasta el agua.

Y el resto del día es así, más risas y chapuzones y tomates de ramallet, hasta que el atardecer se convierte en el protagonista, tiñéndolo todo con los últimos rayos de sol, dibujando dorados, amarillos, naranjas y violetas. Me hace sentir en comunión con el mar, la playa y con ella.

Ella.

Mia, a la luz de los últimos rayos del sol, es como la canción más bonita del mundo. Solo puedo pensar en pasear mis dedos por su piel, en dejar un camino de besos suaves y húmedos desde sus labios hasta el último rincón de su cuerpo.

El verano tiene que ser esto… la playa, mis amigos, mi casa, con el corazón retumbándome contra el pecho y el deseo recorriéndome el cuerpo tan loco que me hace sonreír, con las ganas de comérmela a besos inundándolo todo y la magia llenando cada rincón.

Mia, nuestros puntos cardinales, la gente que me importa y yo. No necesito nada más para ser feliz.

Ella es mi corazón.

Referencias de las canciones

Como lo tienes tú, © 2005 Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Pereza.

Lady Madrid, © 2010 De esta recopilación Sony Music Entertainment España, SL, interpretada por Pereza.

Rey del glam, © 2018 Warner Music España, S. L., interpretada por Loquillo.

Escuela de calor, © 1984 BMG Music España, S. A., interpretada por Radio Futura.

La suerte de mi vida, © 2008 Sony Music Entertainment España, SL, interpretada por El Canto del Loco.

You can't say no forever, © Tape Records 2012/2007, interpretada por Lacrosse.

Applejack, © 2005 The Triangles, interpretada por The Triangles.

Those little things, © 2016 Estrella Damm bajo licencia de Ramon Mirabet, No Sonores SL y Warner Music Spain S. L., interpretada por Ramon Mirabet.

Young, © 2017 Disruptor Records/Columbia Records, interpretada por The Chainsmokers.

Let's love, licencia exclusiva Warner Music France, Label Parlophone, © 2020 What a Producer LTD, interpretada por David Guetta y Sia.

Más de lo que aposté, © 2020 Universal Music España, S. L. U., interpretada por Aitana y Morat.

The one I want, © 2015 Sin Anestesia, interpretada por Electric Nana.

Me quedo, © 2019 Universal Music España, S. L. U., interpretada por Aitana y Lola Índigo.

No puedo vivir sin ti, © 2013 Warner Music España, S. L., interpretada por Coque Malla, con la colaboración de Anni B Sweet.

Una foto en blanco y negro, © 2020 Altafonte, interpretada por David Otero y Taburete.

¡Corre!, © Warner Music México, S. A. de CV, interpretada por Jesse & Joy.

Ça plane pour moi, © 2014 Rachelle Productions, interpretada por Plastic Bertrand.

Fantastic shine, © 2012 Love of Lesbian bajo licencia exclusiva a Warner Music Spain S. L., interpretada por Love of Lesbian.

No puedo vivir sin ti, © 2007 Subterfuge Records, interpretada por Los Ronaldos.

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con dos hijos, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música. Hasta el momento ha publicado las series: *Todas las canciones de amor que suenan en la radio, Manhattan Love, Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964* y *Los chicos malos, las chicas listas*, así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja, La sexy caza a la chica Hitchcock, Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero, Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí, Mi mundo se llenó con el sonido de tu voz, From New York. Beautiful, Todos los carteles de neón brillaban por ti* y *En una playa al sur de tu horizonte*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/ y
https://m.facebook.com/people/CristinaPrada/100005196107587
https://www.instagram.com/cristinaprada_escritora/?hl=es

Pequeñitas cosas extraordinarias

Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea de Tiaré Pearl
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Cristina Prada, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): julio de 2021
ISBN: 978-84-0824425-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!